



Historia y Política

UCM

CEPC

UNED

LA IMAGEN PÚBLICA DEL PODER. ESCÁNDALOS Y CAUSAS CÉLEBRES EN EUROPA (SIGLOS XIX-XX)

P. Dalmau e I. Burdiel (eds.), F. Bösch y E. Berenson

ESTUDIOS

XABIER ZABALZA

«Renacimiento» literario y nacionalismo político
(1850-1900)

FÉLIX AGUIRRE

Hyndman y George: la década prodigiosa del
socialismo inglés (1880-1890)

FRANCISCO J. REYES

Socialismo y nación en Argentina (1894-1912)

TITO MENZANI

Y FRANCISCO J. MEDINA-ALBALADEJO

The consumer co-operatives in the fascist Italy

MARGARITA VILAR-RODRÍGUEZ

Y JERÒNIA PONS-PONS

El debate de la sanidad en España (1975-1986)

PALOMA AGUILAR

Exhumaciones y homenajes de fusilados republicanos
en la transición

LAILA YOUSEF SANDOVAL

Carl Schmitt y el terrorismo contemporáneo

39

enero/junio

2018

DOSIER



ESTUDIOS



RECENSIONES

Historia y Política
ISSN-L 1575-0361
Núm. 39, enero-junio 2018

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTORA

Mercedes Cabrera, Universidad Complutense, Madrid

VOCALES

Manuel Álvarez Tardío, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid

Julio de la Cueva Merino, Universidad de Castilla-La Mancha

Pedro Carlos González Cuevas, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Marisa González de Oleaga, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Ricardo Martín de la Guardia, Universidad de Valladolid

Miguel Martorell Linares, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Javier Moreno Luzón, Universidad Complutense, Madrid

Fernando del Rey Reguillo, Universidad Complutense, Madrid

SECRETARIO

Óscar Bascuñán Añover, Universidad Complutense, Madrid

CONSEJO ASESOR

Pedro Tavares de Almeida, Universidade Nova de Lisboa

José Álvarez Junco, Universidad Complutense, Madrid

Jordi Canal, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París

Antonio Cazorla, Trent University, Peterborough

Roger Griffin, Oxford Brookes University

Hans Ulrich Gumbrecht, Stanford University

Santos Juliá, Universidad Nacional de Educación a Distancia

José-Carlos Mainer, Universidad de Zaragoza

Carlos Marichal, Colegio de México

Renato Moro, Università Roma Tre

Xosé M. Núñez Seixas, Ludwig-Maximilians-Universität München

Richard Overy, University of Exeter

Diego Palacios Cerezales, University of Stirling

Pamela Radcliff, University of California, San Diego

Adrian Shubert, York University, Toronto

Raanan Rein, Tel Aviv University

Julius Ruiz, University of Edinburgh

Francisco Veiga, Universidad Autónoma de Barcelona

La revista *Historia y Política* nació en 1999. Es una publicación semestral con revisión por pares, fruto de la iniciativa de los departamentos de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, de la UCM, e Historia Social y del Pensamiento, de la UNED, ambos vinculados a facultades de Ciencias Políticas y Sociología. Desde el año 2007 el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales coedita la revista.

Si quiere saber más sobre *Historia y Política* visite las páginas web:

<http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp>

<http://www.cepc.gob.es/publicaciones/revistas/revistaselectronicas?IDR=9>

El Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y la revista Historia y Política no se identifican necesariamente con los juicios de los autores cuyos trabajos se publican.

La revista *Historia y Política* cumple con todos los criterios de calidad LATINDEX y está indizada en SCOPUS y la Web of Science: Social Sciences Citation Index (SSCI), Arts and Humanities Citation Index (AHCI) y Journal Citation Reports (JCR). También está incluida en ERIH PLUS y las bases de datos especializadas Historical Abstracts y America: History and Life.

La Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) ha otorgado a *Historia y Política* el certificado de «Revista Excelente» en la V Convocatoria de Evaluación de la Calidad Editorial y Científica de las Revistas Científicas Españolas (2016).

Historia y Política meets the LATINDEX criteria for scientific journals and is indexed in SCOPUS and the Web of Science (WOS): Social Science Citation Index (SSCI), Arts and Humanities Citation Index (AHCI) and the Journal Citation Reports (JCR). It is also included in ERIH PLUS and the specialized databases Historical Abstracts and America: History and Life.

The Spanish Foundation for Science and Technology (FECYT) has awarded *Historia y Política* its certificate of “Excellence” in the Fifth Edition of the Scientific and Editorial Quality of Spanish Scientific Journals (2016).

Historia y Política

Ideas, Procesos y Movimientos Sociales

39

enero/junio

2018

ISSN-L 1575-0361

CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES

Plaza de la Marina Española, 9 - 28071 Madrid

CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES

Los contenidos de la revista HISTORIA Y POLÍTICA
están disponibles en acceso abierto en las direcciones:

Revistas electrónicas del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales
<http://www.cepc.gob.es/publicaciones/revistas/revistaselectronicas?IDR=9>

Repositorio Español de Ciencia y Tecnología
<http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/index>

Catálogo General de Publicaciones Oficiales
<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Dialnet
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=1576>

Web of Science®

refine your research
SCOPUS



Dialnet

latindex

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y SECRETARÍA

Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA.

Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.



ISSN-L: 1575-0361

DOI: 10.18042/hp

NIPO: 787-17-022-8 (PDF)

Depósito legal: M. 9613-1999

NIPO: 787-17-023-3 (HTML)

SUMARIO

Núm. 39, enero/junio 2018

LA IMAGEN PÚBLICA DEL PODER. ESCÁNDALOS Y CAUSAS CÉLEBRES EN EUROPA (SIGLOS XIX-XX)

POL DALMAU E ISABEL BURDIEL

Presentación 17-22

ISABEL BURDIEL

La revolución del pudor: escándalos, género y política en la crisis
de la monarquía liberal en España. 23-51

FRANK BÖSCH

Politics with scandals. Germany and Britain in transnational
perspective (1880-1914). 53-77

POL DALMAU

La reputación del notable. Escándalos y capital simbólico en la
España liberal 79-107

EDWARD BERENSON

The politics of atrocity: The scandal in the French Congo
(1905) 109-138

ESTUDIOS

XABIER ZABALZA

¿Del «renacimiento» literario al nacionalismo político? Una
comparación entre los territorios de lengua catalana y los de len-
gua vasca (1850-1900) 141-170

FÉLIX AGUIRRE

Reformadores antes que marxistas. Henry M. Hyndman y
Henry George: dos biografías intelectuales durante la década
prodigiosa del socialismo inglés (1880-1890) 171-201

FRANCISCO J. REYES

La patria es el otro, pero no para siempre. La cuestión de la nación en el socialismo de la Argentina finisecular (1894-1912) 203-234

TITO MENZANI Y FRANCISCO J. MEDINA-ALBALADEJO

Between leader-worship and member's democracy: The consumer co-operatives in the fascist Italy. 235-260

MARGARITA VILAR-RODRÍGUEZ Y JERÒNIA PONS-PONS

El debate en torno al seguro de salud público y privado en España: desde la transición política a la Ley General de Sanidad (1975-1986). 261-290

PALOMA AGUILAR

Memoria y transición en España. Exhumaciones de fusilados republicanos y homenajes en su honor. 291-325

LAILA YOUSEF SANDOVAL

El terrorismo contemporáneo a la luz del pensamiento de Carl Schmitt: la metamorfosis del partisano 327-357

RECENSIONES

SALVADOR CALATAYUD, JESÚS MILLÁN Y MARÍA CRUZ ROMEO (eds.): *El Estado desde la sociedad. Espacios de poder en la España del siglo XIX*, por Juan Luis Simal 361-363

ROBERTO DI STEFANO Y FRANCISCO JAVIER RAMÓN SOLANS (eds.): *Marian Devotions, Political Mobilization and Nationalism in Europe and America*, por Raúl Mínguez Blasco 364-367

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO: *Gil-Robles. Un conservador en la República*, por Antonio Cañellas Mas 367-372

MATTEO TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, por César Rina Simón 373-376

JESÚS CASQUETE: *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, por Matteo Tomasoni 376-379

FERNANDO DEL REY Y MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO (dirs.): <i>Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras</i> , por José Luis Ledesma	379-385
HUGO GARCÍA, MERCEDES YUSTA, XAVIER TABEL Y CRISTINA CLÍMACO (eds.): <i>Rethinking antifascism. History, Memory and Politics, 1922 to the Present</i> , por Laura Branciforte	385-391
COLABORAN	393-397

TABLE OF CONTENTS

Issue 39, January/June 2018

THE PUBLIC IMAGE OF POWER. SCANDALS AND *CAUSES CÉLÈBRES* IN EUROPE (19th - 20th CENTURIES)

POL DALMAU AND ISABEL BURDIEL

Presentation 17-22

ISABEL BURDIEL

The revolution of modesty: Scandals, gender and politics in the
crisis of the liberal monarchy in Spain. 23-51

FRANK BÖSCH

Politics with scandals. Germany and Britain in transnational
perspective (1880-1914). 53-77

POL DALMAU

Reputation and elites: Scandals and symbolic capital in liberal
Spain. 79-107

EDWARD BERENSON

The politics of atrocity: The scandal in the French Congo (1905) 109-138

STUDIES

XABIER ZABALTA

From literary “revival” to political nationalism? A comparison
between the Catalan and Basque-speaking territories (1850-1900) 141-170

FÉLIX AGUIRRE

Reformers rather than marxists. Henry M. Hyndman and
Henry George: Two intellectual biographies during the prodi-
gious decade of English socialism (1880-1890) 171-201

FRANCISCO J. REYES

Fatherland is the other, but not forever. The national question in the end of century Argentine socialism (1894-1912) 203-234

TITO MENZANI AND FRANCISCO J. MEDINA-ALBALADEJO

Between leader-worship and member's democracy: The consumer co-operatives in the fascist Italy 235-260

MARGARITA VILAR-RODRÍGUEZ AND JERÒNIA PONS-PONS

The debate regarding public and private health insurance in Spain: From the political transition to the General Law of Health (1975-1986) 261-290

PALOMA AGUILAR

Memory and transition in Spain. Exhumations and tributes to executed Republicans 291-325

LAILA YOUSEF SANDOVAL

Contemporary terrorism in the light of Carl Schmitt's thought: The metamorphosis of the partisan 327-357

REVIEWS

SALVADOR CALATAYUD, JESÚS MILLÁN AND MARÍA CRUZ ROMEO (eds.): *El Estado desde la sociedad. Espacios de poder en la España del siglo XIX*, by Juan Luis Simal 361-363

ROBERTO DI STEFANO AND FRANCISCO JAVIER RAMÓN SOLANS (eds.): *Marian Devotions, Political Mobilization and Nationalism in Europe and America*, by Raúl Mínguez Blasco 364-367

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO: *Gil-Robles. Un conservador en la República*, by Antonio Cañellas Mas 367-372

MATTEO TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, by César Rina Simón 373-376

JESÚS CASQUETE: *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, by Matteo Tomasoni 376-379

FERNANDO DEL REY AND MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO (dirs.): <i>Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras</i> , by José Luis Ledesma	379-385
HUGO GARCÍA, MERCEDES YUSTA, XAVIER TABET AND CRISTINA CLÍMACO (eds.): <i>Rethinking antifascism. History, Memory and Politics, 1922 to the Present</i> , by Laura Branciforte	385-391
CONTRIBUTORS	393-397

LA IMAGEN PÚBLICA DEL PODER. ESCÁNDALOS
Y CAUSAS CÉLEBRES EN EUROPA (SIGLOS XIX-XX)

PRESENTACIÓN

POL DALMAU

Leibniz Institute of European History
Pol.Dalmau@eui.eu

ISABEL BURDIEL

Universitat de València
isabel.burdiel@uv.es

Cómo citar/Citation

Dalmau, P. y Burdiel, I. (2018).

La imagen pública del poder. Escándalos y causas célebres
en Europa (siglos XIX-XX) (presentación).

Historia y Política, 39, 17-22.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.01>

Dinero, poder, sexo, violencia y fama... son algunos de los temas recurrentes detrás de un escándalo. Celebrities, políticos de conducta sospechosa y personalidades públicas de todo tipo se convierten en objeto de escarnio en la llamada «sociedad del espectáculo», ávida de sensacionalismo e interés por destapar la cara oculta del poder. El goteo constante de escándalos parece hacer de su análisis una necesidad apremiante, si bien ya desde los años noventa han sido objeto de estudio legítimo y diferenciado¹. El escándalo es, en efecto, un fenómeno inherente a las sociedades contemporáneas y a la cultura de la celebridad desde sus orígenes en el siglo XVIII². A pesar de los recelos respecto a su supuesta trivialidad y a una historia demasiado pendiente de la actualidad política, los escándalos ya no pueden concebirse como acontecimientos anecdóticos, o

¹ Jiménez Sánchez (1995): 11; Aguilar y Martorell (2000), y Van Damme (2013).

² Lilti (2014).

meramente *événementielles*. Su estudio remite a un conflicto y una concepción de lo que deben ser la política y la moral, así como al carácter del cruce entre las esferas pública y privada que muy a menudo ayudan a construir y a transgredir.

Lo que nos interesa especialmente es la dimensión histórica y cambiante de lo considerado como escandaloso en un sistema político o en una sociedad en su sentido más amplio. Es decir, los escándalos y las llamadas «causas célebres» están estrechamente relacionados con el cambio histórico, revelando las íntimas conexiones que existen entre lo político, lo moral, lo económico y lo social. En los últimos años han atraído la atención de historiadores, antropólogos, críticos culturales, politólogos y sociólogos desde una perspectiva más compleja que apunta hacia la problematización del fenómeno. Desde todos esos enfoques, se han suscitado preguntas respecto a qué es y cómo se construye un escándalo, o cómo y por qué una «causa» se convierte en célebre. Por qué y cómo, en un momento histórico, en una sociedad y grupo determinados, actuaciones similares suscitan discusión pública e indignación frente a otros momentos, sociedades o grupos en que eso no ocurre, pasa inadvertido o no es percibido como escandaloso y notorio.

La nueva apreciación de esos fenómenos requiere, por lo tanto, una perspectiva transdisciplinar y un marco temporal y geográfico amplio y, al mismo tiempo, suficientemente delimitado. Este monográfico pretende abordar la temática de los escándalos en Europa desde un marco cronológico de largo recorrido que ilumine momentos umbrales, de crisis e inflexión. Para ello, proponemos una combinación de aproximaciones metodológicas que podrían resumirse en tres. Por una parte, los escándalos pueden ser tratados como indicadores, ventanas de acercamiento y recursos heurísticos para abordar problemas históricos más generales relacionados (para el caso que nos ocupa) con la imagen pública del poder y sus mecanismos de legitimación o deslegitimación, reproducción o momentos clave de conflicto. Por otra, podemos utilizarlos como formas de evaluar los valores culturales y políticos profundos de una época, un país, una institución o un grupo, y las relaciones que existen entre las normas y su transgresión. Finalmente, podemos considerarlos como objetos de estudio en sí mismos que tienen no solo una capacidad denotativa, sino una fuerza performativa respecto a las cuestiones antes apuntadas. Es decir, no solo como indicadores de la realidad o como recursos heurísticos, sino como fenómenos que en sí mismos «crean realidad», frecuentemente de forma contingente e impredecible para quienes los suscitan.

Para lograr aunar esas perspectivas, hemos reunido a especialistas reconocidos en el tema, procedentes de distintas historiografías y campos de análisis. El nexo común es la consideración de la dimensión histórica compleja y cambiante de lo construido como escandaloso y su relación con la imagen pública

del poder desde la crisis del Antiguo Régimen hasta las primeras décadas del siglo xx. La acotación cronológica tiene que ver con nuestra apreciación del papel fundamental que los escándalos y causas célebres desempeñaron en los conflictos en torno a las diversas definiciones y formas de concebir el liberalismo y la democracia en Europa, incluyendo su vertiente colonial y enfatizando el carácter no solo político, sino cultural de esos procesos. Procesos que, además, tuvieron profundas connotaciones raciales, nacionales, de clase y de género.

Por todo ello, nuestra propuesta se articula en torno a tres ejes que han sido tenidos en cuenta y discutidos, de forma variable, en los textos que componen el dossier. En primer lugar, la necesidad de estudiar el escándalo como un «episodio de conflicto» de fuerte dimensión histórica, que afecta al sistema normativo de una sociedad contribuyendo a la redefinición de los valores públicos predominantes y a la construcción de una nueva moral cívica³. Por ejemplo, la construcción de la ciudadanía o la redefinición del concepto del «interés general». Esa transformación en el sistema de valores hegemónicos constituye un aspecto aún poco estudiado en los estudios sobre la transición de la sociedad del Antiguo Régimen al nuevo estado liberal en Europa, así como en la crisis de estos regímenes liberales a finales del siglo xix y primeras décadas del xx. Esta cuestión, como demuestran varios artículos de este dossier, tiene importantes dimensiones transnacionales y europeas. Al mismo tiempo, advierte sobre la necesidad de eludir trabajar sobre la base de modelos o «tipos ideales». Se trata de eludir las tentaciones de la normatividad y de discutir dicotomías demasiado rígidas, y probablemente falsas, entre una «era premoderna», basada en la pluralidad normativa, el patronazgo y el juego de intereses, favores e influencias personales, por una parte, y por otra, una «sociedad moderna» de reglas neutras, universales, supuestamente igualitarias y con un funcionamiento transparente del poder y de sus representantes⁴.

En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, nos ha interesado analizar los escándalos como síntomas, y como fenómenos, de momentos de conflicto, crisis y transformación que son diversos dentro de algunas pautas comunes europeas. Por ello, nos parece importante relacionar esa dimensión pública del escándalo (lo que le constituye como tal) con la creciente «mediatización» de la política y de los debates públicos⁵. La irrupción de un escándalo es inseparable de su revelación, publicación y difusión en la esfera pública. Ello hace indispensable reflexionar no solo sobre el contenido, sino también sobre los cambios en el sistema o marco comunicativo: los orígenes y consolidación de la prensa

³ Johnston (1996): 321-335.

⁴ Dard y Fahrmeir (2014): 275-276.

⁵ Thompson (2001).

moderna, los cambios en la audiencia, el crecimiento y pluralidad de la opinión pública, las características de los actores involucrados; la importancia, por ejemplo, del periodista como actor político en el sentido que plantean Frank Bösch y Pol Dalmau en este dossier y en otros trabajos previos⁶. La nueva historia cultural de la política no puede centrarse exclusivamente en el análisis de los lenguajes disponibles o de los valores simbólicos, sino que debe atender también a las condiciones comunicativas, que nunca son estables. Interesan sus transformaciones y las consecuencias de estas⁷. Este enfoque hacia el análisis de las esferas públicas de participación política debe, en suma, integrar la dimensión comunicativa que estos conjuntos producen. Cambios que modifican la dimensión espacial y temporal de los conflictos sociales y políticos, creando nuevas formas de acción e interacción así como maneras nuevas de ejercer y representar el poder⁸.

La cuestión de la representación pública es un aspecto clave en este dossier monográfico y está presente en distintos artículos, sobre todo en los de Pol Dalmau e Isabel Burdiel, en relación con las nociones de legitimidad, autoridad, visibilidad del poder, en un contexto histórico que pone de relieve la compleja y cambiante dialéctica entre diversos actores políticos. En este sentido, nos interesan los escándalos y las causas célebres como espacios de participación política alternativos, especialmente en sociedades en que los canales oficiales están muy restringidos socialmente y con una libertad de expresión limitada. Una cuestión que está, además, estrechamente relacionada —como demuestra Isabel Burdiel— con el estudio de los mecanismos y estrategias no estrictamente públicos de creación y difusión de un escándalo, la calumnia, el libelo clandestino, los rumores, etc. Una dimensión que permite ir más allá del esquema habermasiano de discusión racional y crítica, y constituye una estrategia de los actores políticos subalternos para entrar en la esfera pública. Por ello, no se trata tanto del quién o del qué, sino del cuándo y el cómo se fabrica la representación escandalosa de una conducta y qué efectos, insistimos que frecuentemente imprevistos e ingobernables, tiene a corto, medio y largo plazo. Ese juego entre provocación, ingobernabilidad y domesticación está especialmente presente en el texto de Edward Berenson sobre el escándalo francés en el Congo de 1905. En su artículo se pone de relieve hasta qué punto la irrupción de las noticias sobre los brutales abusos de los representantes coloniales ponía en riesgo el discurso sobre la *mission civilisatrice* de Francia en África. Esto es, nos habla del potencial deslegitimador del escándalo, no solo de individuos, sino también de regímenes políticos y proyectos nacionales.

⁶ Bösch y Geppert (2008) y Dalmau (2014).

⁷ Bösch y Domeier (2008) y Frevert y Haupt (2005).

⁸ Thompson (1995): 4-5.

En tercer lugar, y de nuevo en relación con lo precedente, hemos creído importante tener en cuenta la denuncia de prácticas y comportamientos como estrategia de acción política —especialmente por parte de actores subalternos— y el impacto que dichas acusaciones tienen en la legitimidad de las instituciones, en la imagen y en las formas de visibilidad y relaciones con el poder de los actores públicos implicados⁹. Una cuestión fundamental para entender la inextricable, pero cambiante, relación entre poder social, político y simbólico. En este ámbito, una de las aportaciones principales de este dossier es demostrar que las acusaciones escandalosas no se limitan a casos de corrupción económica o moral, sino que incluyen un amplio abanico de temáticas (cuestiones diplomáticas, de raza, sexo, etc.) que invitan a examinar el escándalo desde distintos ángulos: historia de las emociones, de género, de la monarquía, de las relaciones internacionales, del colonialismo, etc. Ese carácter poliédrico del escándalo obliga a reconsiderar, seria y operativamente, los límites cambiantes entre esfera pública y privada y a evaluar en cada caso la manera en que «el recurso al escándalo» altera, cuestiona y permite entender de una manera más flexible las relaciones entre lo que se considera «racional» o «irracional» en la vida política. Una cuestión estrechamente relacionada con la dimensión narrativa de los escándalos y la indignación, y su capacidad para «crear» posibilidades políticas o culturales, relatos alternativos, que no existirían previamente o que estaban desdibujados o incluso anatematizados¹⁰.

Desde todos estos puntos de vista, nos ha interesado explorar lo que los escándalos y las causas célebres que hemos reunido aquí pueden decir acerca de las formas de adhesión a las normas vigentes y su transgresión, cuál es su función en la jerarquización de esas normas, en su cambio, regeneración o consolidación¹¹. Es decir, evaluar de qué manera las funciones de control social, de regeneración de grupo y de transgresión pueden estar estrechamente relacionadas entre sí. Cómo los escándalos pueden ser promovidos y utilizados para desviar la atención de otro tipo de problemas o responsabilidades que quedan diluidos a través de la focalización en determinados aspectos o individuos. Cómo se combinan, en suma, sus aspectos de desestabilización y estabilización de un sistema político y de la imagen pública del poder en el mismo.

Queremos agradecer a la redacción de *Historia y Política* las facilidades que nos ha proporcionado a lo largo de la preparación de este dossier. La discusión de los textos y la revisión de aquellos presentados en inglés ha sido posible gracias al ambiente intelectual y la ayuda económica del grupo

⁹ Dard *et al.* (2014).

¹⁰ Jankowski (2007) e Innerarity (2015).

¹¹ De Blic y Lemieux (2005).

de investigación HAR-53802 2014-P: «Construcciones del yo: Narraciones y representaciones del sujeto moderno entre lo personal y lo colectivo, siglos XVII-XIX».

València-Barcelona, mayo de 2017.

Bibliografía

- Aguilar, P. y Martorell, M. (dirs.). (2000). Escándalos políticos en España. *Historia y política*, 4, monográfico.
- Bösch, F. y Domeier, N. (2008). Cultural history of politics: concepts and debates. *European Review of History / Revue européenne d'histoire*, 15 (6), 577-586. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/13507480802500137>.
- Bösch, F. y Geppert, D. (eds.). (2008). *Journalists as political actors. Transfers and Interactions between Britain and Germany since the late 19th century*. Augsburg: Wißner.
- Dalmau, P. (2014). Fighting against Corruption. Newspapers and Public Morality in Modern Spain. En O. Dard, J. I. Engels, A. Fahrmeir y F. Monier (eds.). *Scandales et corruption à l'époque contemporaine* (pp. 31-50). Paris: Armand Colin / Recherches.
- Dard, O., Engels, J. I., Fahrmeir, A. y Monier, F. (eds.). (2014). *Scandales et corruption à l'époque contemporaine*. Paris: Armand Colin / Recherches.
- Dard, O. y Fahrmeir, A. (2014). Conclusion. En O. Dard, J. I. Engels, A. Fahrmeir y F. Monier (eds.). *Scandales et corruption à l'époque contemporaine* (pp. 275-278). Paris: Armand Colin / Recherches.
- De Blic, D. y Lemieux, C. (2005). Le scandale comme épreuve. Éléments de sociologie pragmatique. *Politix*, 71 (3), 9-38. Disponible en: <https://doi.org/10.3917/pox.071.0009>.
- Frevert, U. y Haupt, H. G. (eds.). (2005). *Neue Politikgeschichte. Perspektiven einer historischen Politikforschung*. Frankfurt am Main / New York: Campus.
- Innerarity, D. (2015). *La política en tiempos de indignación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Jankowski, P. (2007). *Shades of Indignation: Political Scandals in France, Past and Present*. New York / Oxford: Berghahn.
- Jiménez Sánchez, F. (1995). *Detrás del escándalo político. Opinión pública, dinero y poder en la España del siglo XX*. Barcelona: Tusquets.
- Johnston, M. (1996). The search for definitions: the vitality of politics and the issue of corruption. *International Social Science Journal*, 48 (149), 321-335. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/1468-2451.00035>.
- Lilti, A. (2014). *Figures publiques. L'invention de la célébrité*. Paris: Fayard.
- Thompson, J. B. (1995). *The Media and Modernity. A Social Theory of the Media*. Cambridge: Polity.
- (2001). *El escándalo político. Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Van Damme, S. (2013). L'éternel retour du scandale? *Hypothèses, 2012, Revue de l'école doctorale d'histoire de Paris I*, 1, 227-233.

LA REVOLUCIÓN DEL PUDOR: ESCÁNDALOS, GÉNERO Y POLÍTICA EN LA CRISIS DE LA MONARQUÍA LIBERAL EN ESPAÑA¹

The revolution of modesty: Scandals, gender and politics
in the crisis of the liberal monarchy in Spain

ISABEL BURDIEL

Universitat de València

isabel.burdiel@uv.es

Cómo citar/Citation

Burdiel, I. (2018).

La revolución del pudor: escándalos, género y política
en la crisis de la monarquía liberal en España.

Historia y Política, 39, 23-51.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.02>

(Recepción: 30/05/2017. Evaluación: 05/08/2017. Aceptación: 01/12/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

En este artículo se trata de analizar el carácter performativo de los grandes escándalos morales y políticos en torno a la familia real, que afectaron a la imagen pública y a los mecanismos de legitimación de la monarquía liberal en España durante el reinado isabelino. Abordo el tema desde la perspectiva actual de reflexión sobre la imbricación histórica de las nociones de virtud política y escándalo moral que dio lugar a la idea de «corrupción» en el universo liberal. Una idea que, como trato de demostrar, tuvo fuertes connotaciones de género, estuvo ligada a la dinámica de

¹ Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto investigación HAR-53802 2014-P: «Construcciones del yo: Narraciones y representaciones del sujeto moderno entre lo personal y lo colectivo, siglos XVII-XIX».

construcción del Estado nación, obliga a una ampliación sustancial de nuestra noción de «lo político», sugiere el carácter históricamente creativo de los escándalos y demuestra las formas heterodoxas, no necesariamente públicas o convencionalmente «razonables», que fueron conformando, en la práctica, la opinión pública y el régimen de publicidad modernos.

Palabras clave

Monarquía; liberalismo; escándalos; nación; género.

Abstract

This article analyzes the performative nature of the great moral and political scandals built around the royal family, which affected the public image and the mechanisms of legitimation of the liberal monarchy in Spain during the reign of Isabel II (1833-1868). I approach the subject from the current perspective of reflection on the historical overlapping of the notions of political virtue and moral scandal that gave rise to the idea of “corruption” in the liberal universe. An idea that, as I have tried to demonstrate, had strong gender connotations, was linked to the nation-state building dynamics, forces a substantial extension of our notion of the political, suggests the historically creative nature of scandals, and demonstrates the heterodox, not necessarily public or conventionally “reasonable” forms, which shaped the very notion of modern public sphere.

Keywords

Monarchy; liberalism; scandals; nation; gender.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. MONARQUÍA Y NACIÓN EN LA ÉPOCA DEL LIBERALISMO. III. ¿EMOCIONES PREPOLÍTICAS? IV. APOLO Y DIONISIO: LA CARA OCULTA DEL RÉGIMEN DE PUBLICIDAD MODERNO. V. TRANSGRESIÓN Y REACCIÓN. MATERIALES DE ESTUDIO. VI. Y UNA SERIE DE PREGUNTAS. *BIBLIOGRAFÍA*.

I. INTRODUCCIÓN

El 17 de octubre de 1868, en el periódico republicano *La Discusión*, Félix Pyat escribió:

Habéis despedido una mujer... ¡perdonad! Una reina, llaga de su pueblo, vergüenza de su sexo, escandalosa calamidad, cúmulo de todas las liviandades de un hombre, sin una sola virtud de mujer; con todo los vicios públicos, sin una sola virtud privada; con todos los pecados de una Magdalena, sin uno de sus remordimientos; beata que del confesionario ha ido al lupanar; cristiana con un serrallo de hombres; Luis XV hembra con su parque de rumiantes, que ha convertido [...] su lecho en trono y sus queridos en vuestros reyes. Ésta es la revolución del pudor².

Un mes antes, el 16 de septiembre, la escuadra y los cuerpos del ejército sublevados en Cádiz contra la reina Isabel II emitieron un manifiesto a la nación en el que se leía: «Ya basta de escándalos [...] Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en voz alta, delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas: queremos vivir la vida de la honra y de la libertad [...] ¡Viva España con honra!»³.

Ambos documentos —procedentes de entornos políticos muy distintos— establecieron en su momento una relación estrecha entre lo que un folleto de época llamó *Los escándalos de Isabel II* (1854) y la revolución de 1868 que forzó su abdicación. Con ella, se ponía en cuestión el modelo de monarquía constitucional establecido en España durante los convulsos años treinta del siglo XIX. Este artículo tiene el carácter de una propuesta metodológica que trata de explorar —sobre la base, en parte, de evidencia empírica tratada

² *La Discusión*, 17-10-1868.

³ Morayta (1893-1894): 541-542.

desde otro enfoque en trabajos anteriores— los patrones culturales, morales y de género que estuvieron implicados en la construcción política de esos escándalos, o que surgieron de manera nueva en la discusión de los mismos⁴. Con ello pretendo contribuir al análisis de las formas paradójicas —es decir, aparentemente contradictorias— que adoptó en España la gran batalla política entre la monarquía y el liberalismo durante el siglo XIX. En ese proceso, como en toda Europa, desempeñó un papel crucial (y aún escasamente estudiado) la conformación histórica de «lo escandaloso», tanto en términos morales como políticos y económicos. A través esos «escándalos» se forjaron mecanismos de crítica y movilización políticas altamente emocionales y sumamente operativos que contribuyeron a consolidar la ruptura liberal con la vieja monarquía procedente del Antiguo Régimen.

Desde un punto de vista más general, trato de argumentar tres cuestiones estrechamente relacionadas entre sí. Por una parte, la necesidad de cuestionar la noción clásica de esfera pública o de régimen de publicidad liberal. Por otra, las formas concretas de resignificación de las fronteras entre lo público y lo privado que implica ese cuestionamiento. Por último, el carácter performativo, históricamente creativo, de los escándalos llamados sexuales. Todo ello puede ayudar a ampliar nuestra noción de «lo político», incluyendo variables culturales capaces de hacerse cargo de la interpenetración entre pasiones e intereses, emociones y razón en la lucha política.

II. MONARQUÍA Y NACIÓN EN LA ÉPOCA DEL LIBERALISMO

En estos momentos ya se ha dejado atrás, historiográficamente hablando, una imagen de la monarquía decimonónica como una institución obsoleta, antimoderna: una reliquia del pasado, ajena (cuando no un obstáculo) a los procesos de cambio del siglo XIX. Como ha escrito Dieter Langewiesche, la monarquía constitucional fue vista (y se vio a sí misma) como parte integrante de la imagen de progreso y seguridad característica del siglo XIX europeo hasta la Gran Guerra: «El siglo burgués, el siglo de la nación y del estado nacional [...] era también el siglo de la monarquía [...] una fuerza política y cultural de integración a la que prácticamente ninguna de las naciones de Europa quería renunciar»⁵.

Sin embargo, hasta hace relativamente poco, el análisis histórico de los materiales culturales de esa fuerza de integración monárquica (y de los

⁴ Burdiel (2010 y 2012).

⁵ Langewiesche (2012): 210 y Banerjee *et al.* (2017).

conflictos suscitados en torno a ella) ha sido marginado en favor de los estudios estrictamente políticos o de teoría constitucional. La renovación de la historiografía al respecto viene demostrando que la compatibilidad (y la pugna) entre monarquía y liberalismo se dirimió, en aspectos estratégicos, dentro del ámbito de lo cultural y emocional en su acepción más amplia. Los cambios al respecto no se produjeron en planos separados, desarrollados de forma paralela o subordinados de forma lineal y mecánica unos a otros. Por el contrario, se cruzaron de forma constante, reforzándose u obstaculizándose, y lo que fue más decisivo, simbolizándose mutuamente ante la opinión pública⁶.

La resistencia de todos los monarcas a perder poder sobre su comportamiento privado (tanto en lo económico como en lo sexual) se entrecruzó frecuentemente con la tensión política entre la Corona y el Parlamento y con la pugna sobre las formas posibles de representación simbólica de ambos en relación con las aspiraciones, los valores, la moralidad y las costumbres nacionales. Valores, moralidad y costumbres que se fueron construyendo al tiempo que se construían los Estados nación que, en toda Europa occidental, constituyeron el marco político y cultural de la modernidad posrevolucionaria. Las experiencias fueron plurales pero, en todos los casos, la consolidación de «la libertad de los modernos» —en palabras del gran teórico de la monarquía constitucional que fue Benjamin Constant— implicó una necesaria «nacionalización» de la monarquía, y del monarca, en competencia o de consuno con el Parlamento como representante de la soberanía, tanto en términos políticos como simbólicos. En ese contexto, como dijo Adolphe Thiers, reinar «es ser la imagen más verdadera, la más alta, la más respetada del país»⁷. Una fórmula que, tras su aparente rotundidad, resultó siempre muy ambigua y suscitó un desconcierto político que, durante todo el siglo XIX, fue consustancial a la monarquía constitucional. Un tipo de monarquía que, en este sentido fundamental, conviene no confundir con la monarquía parlamentaria o democrática posterior. La cuestión no quedó jamás resuelta en la práctica y, de hecho, se convirtió en el núcleo de la tensión constante entre los poderes del rey y los poderes de la nación. Una tensión que estuvo ligada en todas partes a la reelaboración posrevolucionaria de las claves de identidad nacionales, las cuales fueron dominando todas las imágenes de comunidad política, social o cultural. En ese escenario, tanto la nueva monarquía como la nación se reinventaron conjuntamente⁸.

⁶ Deploige (2007).

⁷ Adolphe Thiers, *Le National* (1830), citado en Rosanvallon (1994): 157.

⁸ Anderson (1993); Kirsch (1999); Blanco Valdés (2010); Brice (2010), y Brice y Moreno Luzón (2013).

La historiografía reciente ha ido despojando a ese proceso del sentido más burdamente funcionalista que ciertas lecturas de las obras pioneras de Benedict Anderson, David Cannadine o Eric Hobsbawm pudieron propiciar en su momento⁹. Tanto la tradición monárquica como la nación fueron algo más que «invenciones» puras y simples. Viejos lenguajes, tradiciones, valores y sentimientos de pertenencia previos se reelaboraron y reorganizaron hasta construir algo tan solo parcialmente nuevo. Por ello, para entender la monarquía «moderna» es necesario ver de dónde viene, qué hábitos, comportamientos y símbolos quedaron adheridos a ella y gobernaron sus acciones (así como las de su entorno respecto a ella) de forma que, aunque para ciertos sectores podían resultar cada vez más anacrónicos, eran aún operantes cultural y políticamente para otros.

Esta cuestión es singularmente importante en lo que se refiere al comportamiento privado del monarca y a su representación pública de forma (o no) escandalosa. Resulta evidente que todos los reyes y reinas del siglo XIX, con diversos grados de resistencia y de éxito, se vieron forzados a adecuar su comportamiento político y privado (y la representación de ambos) a las reglas morales de la nueva sociedad burguesa y liberal que pugnaba por establecer su autoridad, tanto política como moral, sobre la vieja institución. Un proceso que trasciende los mecanismos oficiales de la monarquía ceremonial o escénica —la *performing monarchy* de los pioneros estudios ingleses—¹⁰.

El camino abierto por estos, hace ya más de treinta años, ha comenzado quizás a obedecer a la ley de rendimientos decrecientes. En buena medida, porque seguimos sabiendo demasiado poco respecto a la recepción de esas grandes representaciones monárquicas y sobre los conflictos de significación que podían producir en sociedades cada vez más diferenciadas social y políticamente. Menos sabemos, si cabe, de la diseminación social continua, soterrada y diaria, de materiales culturales capaces de recordar constantemente a los ciudadanos su pertenencia a una nación monárquica. Desde el teatro a la literatura, pasando por las cartas de visita, la propaganda comercial, el arte, los sellos de correo o los chistes, hay una serie de materiales que apenas han sido abordados a la hora de analizar el cruce de las dinámicas ascendentes y descendentes, legitimadoras y deslegitimadoras, del nacionalismo y el monarquismo «banales». Un entramado político-cultural sumamente complejo que —además de servir para desnaturalizar tanto la monarquía como la nación— conviene analizar como parte de una problemática común de carácter transnacional en la que los trasvases fueron muy habituales en toda Europa¹¹.

⁹ Anderson (1993); Cannadine (2004), y Hobsbawm (2002).

¹⁰ Cannadine (1983); Deploige (2007), y Unowsky (2005).

¹¹ Billig (1998); Deploige (2007); Plunkett (2002), y Brice (2010).

Por otra parte, como señaló en su momento Louise Olga Fradenburg, los estudios sobre el poder monárquico seguirán siendo inadecuados si no se analiza la forma en que la propia noción de soberanía real incluye fuertes connotaciones de género¹². Los significados culturales asociados a la diferencia sexual, la familia y el matrimonio permearon todo el ordenamiento político liberal. A pesar de sus diferencias internas, que pudieron ser muchas y cambiantes, esos significados tendieron a negar la independencia no solo política, sino moral de cualquier forma de poder, y en concreto del poder monárquico, respecto a la voluntad soberana de la nación y sus valores dominantes. Pretendo argumentar, a través del análisis de algunos de «los escándalos de Isabel II», la importancia que estos tuvieron para poner en evidencia las crisis de autoridad de la nación sobre la reina y las formas de que se valió la primera para hacerse presente y reforzar esa autoridad en peligro. El singular de «nación» es aquí meramente operativo y a lo largo del análisis espero poder subrayar la heterogeneidad y el carácter cambiante de sus manifestaciones hasta confluír en el relativo consenso moral y político que propició la llamada Gloriosa Revolución de 1868. Un consenso que se forjó en torno a materiales culturales tan diversos —y heterodoxos respecto a los más convencionales de la prensa o el debate parlamentario— como la llamada «ficción doméstica» de las novelistas morales o la pornografía política que circuló ampliamente durante el reinado isabelino. Lo que me interesa, por lo tanto, es situar la conformación de una esfera pública nacional en el debate político posrevolucionario en relación con respuestas morales y emocionales escasamente tenidas en cuenta en los estudios de carácter político tradicional.

III. ¿EMOCIONES PREPOLÍTICAS?

El 30 de enero de 1847, el diplomático y escritor Juan Valera, con buenas conexiones entre la alta sociedad y en la corte, escribió a su padre:

Las noticias políticas las sabrá usted por los periódicos, excepto aquellas que, por su carácter reservado, no se pueden publicar. Lo más notable que hay sobre este particular son los disgustos y pependencias de Palacio, que se van haciendo

¹² Fradenburg (1992). Se han realizado ya muchos trabajos en esa dirección para el período que nos ocupa. Véanse por ejemplo Munich (1996); Homans (1998); Cosandey (2000); Shulte (2002); Goodman (2003); Campbell (2007); Burr Margadant (2006); y para la España decimonónica, Burdiel (2012 y 2015) y Gutiérrez *et al.* (2014).

escandalosos, y en particular desde hace unas noches. La Reina dio un baile y, como el mismo día había tenido gran disputa con su esposo, salió casi llorando a recibir a la sociedad, y don Francisco de Asís no quiso salir y se estuvo picado y encerradito en su cuarto, y aquella noche no durmió ni visitó a su señora. Esto da motivo a infinitas hablillas y las damas de buen tono dicen que no será extraño que Su Majestad hembra busque algún consuelo, y la disculpan para cuando lo haga, con la estúpida conducta de su marido. También añaden [...] otras mil majaderías, increíbles unas y creíbles otras¹³.

En la primavera de ese mismo año, las predicciones de las damas de palacio se habían cumplido sobradamente y la reina malcasada vivía un sonoro romance con el general Serrano, cuyas tendencias liberales parecía que podían poner en peligro el régimen muy moderado inaugurado en 1845. Así lo interpretaron las clases populares de Madrid, que, al igual que las damas de la corte, consideraban que la actitud del rey provocando un conflicto público por el desvío privado de la reina era extemporánea e injustificada. En ambos casos, su moral en estos asuntos era mucho más flexible que la moral burguesa (o que el discurso burgués sobre la moral sexual) que preconizaba para «todas» las mujeres los valores de la castidad, el pudor, la templanza y la fidelidad matrimonial. De hecho, en 1847, la satisfacción de amplios sectores populares ante el *affaire* Serrano alarmó incluso a los notables progresistas que hubieran podido extraer rentabilidad política del favorito de la reina y del divorcio de esta.

La reacción popular, que no implicaba necesariamente una postura pronárquica sostenida y definida como tal, respondía a un relato ampliamente difundido sobre la familia real en general y sobre la reina en particular. Un relato que enfatizaba la injusticia cometida con una adolescente casada contra su voluntad con un hombre tildado públicamente de afeminado y del que además (aquí sí la connotación política era crucial) se conocían sus simpatías carlistas. Razones morales y políticas se retroalimentaban entre sí. Aquel matrimonio «inmoral», «contra natura», había violentado tanto la inocencia de la reina como la del pueblo liberal que había luchado en la guerra civil por sus derechos frente al infante don Carlos y el absolutismo. La opresión, la violencia y la pérdida de libertad que había sufrido el liberalismo popular desde la subida al poder de los moderados en 1843-44 —apoyados por la muy odiada exregente María Cristina— permitía una comparación estratégica y de fuerte contenido emocional con la imagen que existía entonces de una reina casi niña, forzada a aceptar un matrimonio y una opción política que se

¹³ Valera (2002): 41.

consideraban impuestas sobre ella. La intensa politización que se había producido durante los años de la ruptura liberal buscaba así, en condiciones de dura represión y exclusión política de las opciones progresistas y radicales, un cauce de expresión y movilización moral para su descontento político.

Las salidas de la reina por Madrid, acogidas desde su matrimonio con Asís con gran frialdad, empezaron a suscitar un entusiasmo inaudito. En el Teatro del Príncipe fue rodeada «por una turba de gentes de dudoso aspecto, que la saludó frenéticamente». En los toros se desplegó un enorme abanico que por una cara decía «Viva la Reina» y, por la otra, «Constitucional», acabando la corrida con una manifestación de alegría que salió de la plaza cantando el Himno de Riego, con toda su simbología revolucionaria y radical, vitoreando a la reina y a Serrano y gritando «muera» al general moderado, Narváez, y a su aliada política la reina madre, María Cristina de Borbón.

Un mal trazado, con marsellés al hombro y sombrero gacho en la cabeza [traje muy usado entonces por la gente flamenca] subió al coche de la reina y durante un largo rato fue diciéndole flores y frases picantes que la hicieron reír no poco, y otros, obsequiándola con piropos y saetas, tan comunes entre los maleantes y desocupados. El principal pecado de aquellos entusiasmados consistió así en tratar a la reina como a mujer, cosa en verdad que a ella no ofendió¹⁴.

Como mujer, y como reina, Isabel II tenía derecho a ser apoyada en sus intenciones de divorcio y, supuestamente, de cambio de rumbo político. Insisto en que manifestaciones de este tipo no prejuzgan la popularidad de la monarquía en la España de la época; un tema necesitado aún de mucha más investigación empírica. Sí apuntan, sin embargo, hacia las formas en que pudo manifestarse, en condiciones de participación profundamente oligárquicas, la voluntad de protagonismo político de las clases populares y la serie de valores y emociones que, en ese momento, se podían asociar (o no) a la nueva monarquía constitucional.

Las similitudes con el *affaire* de la reina Corolina en la Inglaterra de finales del siglo XVIII, cuando se produjo una insólita movilización popular contra el deseo de Jorge IV de divorciarse de su esposa e inhabilitarla políticamente, son evidentes. En ambos casos, los escándalos sexuales en torno a la familia real fueron mucho más que manifestaciones premodernas, o prepolíticas, para apuntar directamente a la primacía de la nación, y de sus valores morales, sobre la Corona. Como todos los escándalos, desempeñaron una función de control social, de jerarquización nueva de valores, de regeneración del grupo.

¹⁴ *Diario de Sesiones de Cortes*, 12 de abril de 1847 y Morayta (1893): 118 y ss.

Por ello, no fueron anomalías disfuncionales, o manifestaciones de irracionalidad política banales, sino momentos políticos creativos y altamente significativos¹⁵.

Lo interesante aquí es la forma en que ese tipo de movilizaciones —que durante mucho tiempo han sido juzgadas inexplicables, y denigradas, por la historia social clásica— buscaba asentar una autoridad primordial sobre las reglas básicas de lo político que ampliaban sustancialmente su concepción clásica y fundamentalmente elitista. Eran formas de reafirmación de los valores compartidos sobre qué cosa habría de ser la virtud política de manera que, como ha señalado Antoine Lilti, formaban parte de la propia configuración de un público que tomaba conciencia de sí mismo, imponía su presencia y participaba en su propia formación. Fueron por lo tanto, a mi juicio, momentos fundacionales del régimen de publicidad moderno¹⁶. Un atento observador de la cultura política popular en la España de entonces, el antiguo conspirador liberal Eugenio de Aviraneta, escribió:

El que diga que estamos sin civilizar que corra a las tabernas, las plazas, las carbonerías y los barrios bajos, y verá hombres y mujeres llenos de andrajos disputando sobre la Reina, el Rey, Montpensier, Mon, Pidal, Salamanca, Benavides, Espartero y el sistema tributario. Así es la época y habremos llegado a la de la política en la cual hasta los zapateros de viejos se creen estadistas consumados¹⁷.

Escándalos de este tipo cuestionaban además la definición liberal de esfera pública, y de opinión pública, como el reino apolíneo de la razón crítica, inmediatamente transparente, frente al impacto político de lo emocional, de lo privado y también de lo clandestino. Esta última consideración es fundamental para entender el carácter ambivalente, y sumamente resbaladizo, de los factores de deslegitimación (o relegitimación) de la monarquía que introducían los que hoy llamaríamos «escándalos sexuales» en el nuevo escenario del liberalismo o, más exactamente, de las pugnas internas del liberalismo por imponer uno u otro modelo de monarquía. Fueron luchas por el poder simbólico que cruzaban las fronteras entre lo político y lo privado a través de supuestos morales vinculantes entre ambos ámbitos. Un vínculo que se creaba al mismo tiempo que se invocaba como justificación del conflicto. En

¹⁵ Clark (2004) y De Blic y Lemieux (2005).

¹⁶ Lilti (2014) y, aunque discutiendo la cesura que parece establecer entre el reinado isabelino y la Restauración borbónica en España, Capellán (2015).

¹⁷ Archivo Histórico Nacional, Diversos, Títulos y Familias, leg. 3539/3.3, doc. 16. Eugenio de Aviraneta a Fernando Muñoz, 8 de agosto de 1847.

ese escenario es crucial evitar contraponer de forma mecánica las supuestas disfunciones morales de la familia real con los valores burgueses y liberales sobre la familia y la feminidad respetables, como si estos últimos fuesen homogéneos, estáticos y plenamente definidos al margen del conflicto sociocultural y político de la época. Por el contrario, la discusión (o más exactamente las múltiples y a menudo contradictorias valoraciones) sobre la vida íntima de la reina y de su entorno formaron parte de la conformación de dichos valores en su pugna global contra la degradación moral de las formas de vida aristocráticas, cuya representación máxima en el imaginario popular habría de quedar fijada en los llamados «misterios de Palacio»¹⁸.

La imagen idealizada de la reina Isabel, que aún pervivía en los sucesos que he expuesto más arriba, comenzó a quebrarse relativamente pronto con el paso de los años y los avatares de la lucha política entre los diversos liberalismos que pugnarón por controlar el poder de la Corona a lo largo del reinado¹⁹. El liberalismo moderado logró sin duda imponerse sobre las otras familias políticas y convertir la monarquía isabelina en una monarquía de partido. Sin embargo, al hacerlo, al no concebir otro medio de reforzarse como opción política hegemónica que el de reforzar el poder de la Corona, crearon un espacio de competencia muy restringida y muy individualizada que dependía en buena medida de su capacidad para manipular y determinar las acciones del poder real. Sin una ampliación sustancial de la esfera pública liberal, con una concepción estrechamente instrumental y excluyente de la monarquía, el resultado fue la fragmentación interna del propio moderantismo y la extensión indeseada del grado de autonomía política de la reina y de su entorno. Una reina y un entorno para los cuales la ruptura liberal se había visto siempre como una imposición que trataron continuamente de revertir.

Los diversos intentos de deriva autoritaria, con el entusiasta apoyo de la Corona, agudizaron las disensiones internas del moderantismo (un partido en el que convivían antiguos liberales, absolutistas isabelinos y excarlistas) y enlazaron cada vez más con la búsqueda de control de los grandes negocios de la época ligados al poder del Estado. Como en el resto de Europa, el combate contra la corrupción, o incluso la propia idea moderna de corrupción, definida como la incursión ilegítima de los intereses privados en la esfera pública, fue central a la historia de separación entre el Estado y la sociedad civil, y al contrario²⁰.

¹⁸ Ayguals de Izco (1855); Altadill (1871), y Thompson (2001).

¹⁹ Gutiérrez Lloret (2011).

²⁰ Engels y Monier (2014): 13-21.

En ese ámbito, la visibilidad de la monarquía alcanzó su máxima expresión en las actividades económicas, más o menos fraudulentas, de la exregente María Cristina de Borbón y de su marido morganático, y durante mucho tiempo secreto, Fernando Muñoz. Unas actividades que, además de las concesiones de ferrocarril, incluyeron las explotaciones de minas de mercurio, los fletes de barcos de esclavos, actividades de préstamo privado, modernas lecherías en París, periódicos en Madrid, negocios en Cuba, Puerto Rico y Estados Unidos, etc. La actuación de ambos, compitiendo en condiciones de privilegio con otros actores económicos, fue crucial para la deslegitimación simbólica de la monarquía isabelina y produjo, durante el breve interregno progresista de 1854-56, el primer gran juicio parlamentario por corrupción de la España contemporánea. De hecho, el debate parlamentario que se suscitó entonces en torno a las legítimas o ilegítimas relaciones entre negocios y política fue crucial para la definición moderna de corrupción en la España de la época. Un asunto cuya importancia ya ha sido avanzada pero que requeriría un estudio específico²¹.

Lo que me interesa aquí es analizar la forma en que, en ese laberinto de intereses enfrentados, la «irregular» vida amorosa de la reina Isabel se convirtió, para las diversas facciones del partido moderado y para la propia reina madre, en instrumento político. Tras el *affaire* Serrano —al que pusieron fin la autoridad combinada de María Cristina de Borbón y del general Ramón Narváez—, el rey consorte mantuvo durante toda su vida una apariencia de reconciliación tan impostada que toda España, y toda Europa, supieron por su boca, y por la de su círculo, de «las locuras de Isabel» y de la dudosa paternidad de sus hijos. Un asunto este último que utilizó hasta el fin de sus días, combinando el chantaje económico privado con las escenas públicas de *desaire* en las ceremonias de presentación y bautizo de los príncipes. Escenas respondidas por la prensa de oposición con sonoros silencios respecto a algunos de aquellos nacimientos. Se suele decir que para que algo se convierta en un escándalo debe ser, por definición, público. Sin embargo, creo que en la conformación de eso llamado público especialmente, pero no solo, en sociedades con alto niveles de oralidad— debe tenerse muy en cuenta el papel fundamental del rumor amplio y sostenido en una determinada dirección. También su origen, sus formas de diseminación social y de apropiación populares. La conformación de la opinión pública no siempre es pública.

La dama escocesa, Fanny Calderón de la Barca, casada con un político y diplomático español, consideraba que todas las fracciones de la corte y del partido moderado en el poder habían convertido en escandalosa la vida

²¹ Burdiel (2010) y Casado y Moreno (2014).

privada de la reina en función de sus propios intereses de patronazgo o políticos. Eran escándalos fabricados y profundamente hipócritas porque, comparado con lo que sucedía en la alta sociedad victoriana de la época, la conducta de las damas de Madrid era asombrosa (y consentidamente) liviana: «Lo más que pueden temer es una separación legal: hay muchas murmuraciones, pero si se mantiene el decoro público, si no hay escándalo público, no hay demasiados problemas». Lo grave y lo peligroso para la propia estabilidad del régimen era la forma en que las rencillas internas por controlar el poder personal de la reina politizaban (y ella politizaba también) la vida íntima y amorosa de Isabel II (y de su marido), convirtiéndola en escandalosa:

[...] están haciendo el juego a sus enemigos. Es la misma vieja historia de la revolución francesa: el descrédito contra la reina comenzó en las clases altas; bajó después al vulgo, y cuando se hubieron desencadenado las pasiones populares, se encontraron los nobles con que eran las primeras víctimas y que no podían contener la tempestad que ellos mismos, sin intención, habían suscitado²².

Una opinión que, desde el otro extremo del arco político, compartía José Peris y Valero, un republicano convencido:

Los amigos de Isabel II, los que la abrumaban con adulaciones de todo género, los que la enaltecían con el humo de la lisonja, los que se arrastraban a sus pies como miserables serpientes, los que habían intentado hacer creer al país que su reina era un ángel, son los primeros en publicar las disensiones que habían surgido entre los reales consortes (...) Antes no había ninguna mala pasión; después todo eran malas pasiones. Los palaciegos procuraban soplar el fuego para calentarlas, para encenderlas, para que estallasen, y si era preciso, para que sucumbiera antes que ellos [...] ¿Les convenía la difamación? Sus lenguas se convertían en trompetas que anunciaban a la España, como a la Francia, al interior como al exterior. Hicieron bien, sí, hicieron bien... Así os queremos, así²³.

Personajes tan distantes entre sí como Fanny Calderón de la Barca y José Peris y Valero apuntaban a un fenómeno de impregnación de la esfera pública con una imagen crecientemente sexualizada, brutalizada y desquiciada de la reina (y del rey), envuelta en un discurso moral que, con dosis variables de

²² Calderón de la Barca (1856): 61-62.

²³ Peris y Valero (1856): 18.

cinismo según los sectores que lo alentaron, combinaba la crítica a la corrupción personal, económica, religiosa y política de la corte con formas de refutación fuertemente misóginas y sexistas. Si todos los escándalos redefinen las fronteras entre lo público y lo privado, los que rodearon a los amantes de Isabel II fueron fundamentales para poner en cuestión —en muchas ocasiones inadvertida o indeseadamente— una concepción patrimonial del poder real que permitía a los favoritos de la reina «hacer» política en competencia con los notables liberales elegidos para el Parlamento. De hecho, y como demostró el carácter fugaz del llamado «ministerio relámpago» del marqués de Bedmar (1849), el escándalo suscitado al respecto fue extraordinariamente eficaz para frenar ese tipo de derivas personalistas y aristocráticas ante las cuales cerraban filas incluso los liberales más conservadores como el propio general Narváez. Los mecanismos políticos movilizados para lograrlo fueron, en buena medida, tan opacos y heterodoxos respecto al régimen de publicidad liberal como los utilizados por la Corona y por la Corte. Entre ellos, por ejemplo, la presión personal sobre la reina, utilizando recurrentes formas de chantaje en relación con su vida privada. Un método que usaron, indistintamente, su madre, su marido, el duque de Riánsares, políticos liberales (conservadores) como Narváez o Luis Sartorius, u otros a caballo entre el moderantismo y el antiliberalismo como Donoso Cortés.

IV. APOLO Y DIONISIO: LA CARA OCULTA DEL RÉGIMEN DE PUBLICIDAD MODERNO

Desde hace ya unos años se ha comenzado a analizar la pornografía política como uno de esos elementos clandestinos, oscuros y dionisiacos que constituían la cara oculta del Apolo de la razón que creía ser la esfera pública liberal. Un mundo de emociones, a menudo rastreras o incluso patológicamente perversas, que ha permanecido mucho tiempo minusvalorado en su capacidad para constituir esa misma esfera pública de una forma mucho más compleja y menos autocomplaciente de lo que se decía entonces y se teorizó después en la estela del trabajo seminal de Jürgen Habermas. Por su propia naturaleza, la documentación al respecto es difícil de rastrear y de interpretar, pero lo que ya sabemos apunta hacia su amplia presencia entre los mecanismos de crítica política en general y sobre la monarquía en particular. El caso más conocido y estudiado es el de la reina María Antonieta, pero materiales similares se han podido encontrar en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del siglo XIX sobre los últimos monarcas Hannover, previos al reinado de Victoria; sobre María Luisa de Parma y Godoy; sobre la familia real de

Nápoles o sobre el mismo papa, en el conflictivo proceso de unificación italiana. Más tarde, en torno al cambio de siglo, fueron escándalos de dimensión europea los relacionados con las actividades del hijo de Victoria, el futuro Eduardo VII, o el famoso *affaire* Eulenburg en torno a las amistades homosexuales del káiser Guillermo II, estudiadas por Frank Bösch. Estudios similares y diferenciados, de los que ya tenemos algún ejemplo, merecería la evolución de la campaña de difamación de la zarina Alejandra en torno a las diversas fases de la revolución rusa²⁴.

A diferencia de lo que ocurre para Francia o Inglaterra, o en períodos posteriores de la historia de España, no tenemos para el reinado isabelino los materiales pornográficos u obscenos que las bibliotecas nacionales de esos países han salvaguardado en las secciones que allí se llaman, respectivamente, *Collection de L'Enfer* y *Private Case*. Tenemos, sin embargo, abundantes referencias indirectas de la circulación clandestina de publicaciones eróticas, sobre todo francesas, pero también españolas anónimas, bajo pseudónimos y en imprentas o editoriales que utilizaban nombres y direcciones falsas para eludir la censura, especialmente en Barcelona y Valencia, también en Sevilla y Madrid. Aunque la sátira política de actualidad no era lo predominante en esas obras, sí era muy habitual la burla de la moral convencional y el irreverente anticlericalismo, así como la utilización de lo grotesco, típica del romanticismo, en un momento en que rebeldía moral y política iban muy unidas, como en todos los grandes períodos de cambio. Sabemos que durante toda la época circularon aleluyas, pasquines, álbumes, folletos clandestinos y *cartes de visite* obscenos, profundamente irreverentes, escatológicos o claramente pornográficos que, en muchos casos, tenían como objeto a los políticos en general y a la corte isabelina en particular²⁵.

Mención aparte merece, por su extraordinaria popularidad y difusión entre amplios sectores sociales, el teatro y especialmente la comedia bufa; obras en ocasiones también semiclandestinas o que vivían en el filo de la navaja de la lucha contra la censura. Sobre las obras críticas con la monarquía, representadas durante el reinado de Isabel II, tenemos pocas noticias que no sean indirectas. De su intención y características podemos sin embargo inferir mucho a través de las que se hicieron públicas o se escribieron durante aquella especie de gran catarsis colectiva de liberación que se desató con la revolución de 1868. Se representaron entonces, con gran éxito, obras conocidas como *El*

²⁴ Véanse, por ejemplo, Goodman (2003): 117-138; McCalman (1993); Calvo (2008); Collins (1985); Domeier (2015); Erber y Robb (1999), y Kolonitskii (2001).

²⁵ Rioyo (2003); Bordería (2004); Martínez y Díez (2007); Domènech (2011), y Gueña (2011).

padre Claret y Sor Patrocinio de Antonio de Campoamor u otras que lo son menos —por ejemplo, *El destronamiento de Isabel II* o *La corte de Isabel de Borbón* de Torres Rojas—, más procaces y de gran éxito de público.

Algunos estudios apuntan que en el teatro republicano de la época (salvo algunas excepciones quizás no tan menores) no hay una auténtica fijación en el cuerpo de la reina y en la reproducción de escenas obscenas explícitas. En términos generales —y a pesar de la latitud de la censura en los momentos revolucionarios—, se ha argumentado que lo que interesaba fundamentalmente a ese tipo de teatro (y a la mayor parte de la publicística más radical del momento) era la denuncia de la opresión del pueblo, de las malas leyes, de la corrupción de los políticos y también del clero; el debate sobre la forma que habría de adoptar el nuevo régimen y las primeras expectativas frustradas. Como aseguró el valenciano Navarro Gonzalvo, el objetivo era «ridiculizar a la monarquía como institución [...] sin perjurio ni calumnia, sin faltar a las severas reglas de la moral y la decencia»²⁶.

Sin embargo, necesitamos saber mucho más sobre todo ello para aceptar plenamente este punto de vista. No tenemos información suficiente sobre las posibles filiaciones políticas de la crítica de carácter pornográfico, tampoco sobre sus sistemas de comunicación, sobre las formas en que eran emitidos y recibidos mensajes muchas veces crípticos para nosotros, con sobreentendidos y códigos de sentido tan solo comprensibles en la época, sobre la base de relaciones entre redes políticas porosas y transversales y/o empresas económicas y editoriales a menudo fugaces pero reiteradas y relativamente rentables. ¿Cómo se recibían e interpretaban aquellos mensajes? ¿Qué diferencias políticas, de clase y género podía haber en esa recepción? ¿Cómo se transformaban en ideologías y pautas de movilización? ¿Cómo afectaban a la conformación de la opinión pública? Mientras que para el período de la Restauración sabemos mucho más de todo ese mundo semiclandestino, para la etapa isabelina queda casi todo por investigar²⁷.

Desde un punto de vista documental, la obra más conocida (y prácticamente la única que se conserva de ese período) es *Los Borbones en pelota*, una amplia serie de acuarelas compradas en 1986 por la sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional al representante de un coleccionista privado. Casi todas ellas están firmada por SEM, o a veces por Semen, un pseudónimo bajo el que se acogieron los hermanos Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer así como otros dibujantes, ilustradores y artistas de la época, la mayoría vinculados al

²⁶ De la Fuente (2008): 91 y (2013); Orobon (2017), y Pich (2017).

²⁷ Rioyo (2003); Bordería (2004); Martínez y Díez (2007); Domènech (2011), y Gueña (2011).

periódico satírico *Gil Blas*, como Francisco Ortego, Alfredo Daniel Perea, E. Giménez o Vicente Urrabieta²⁸. Su temática satírico-política incluía un alto porcentaje de imágenes claramente pornográficas sobre la familia real; su confesor, el padre Claret; sor Patrocinio, la llamada «monja de las llagas»; el último presidente del Consejo de Ministros isabelino, Luis González Bravo; o el notorio amante de la reina antes de la revolución de 1868, Carlos Marfori, entre otros personajes célebres del momento²⁹.

La circulación actual de esas acuarelas a través de internet, y su utilización por comentaristas políticos de diverso tipo (especialmente por la extrema derecha antimonárquica) merecerían un comentario en profundidad que no puedo realizar aquí. Baste decir que ahora, como entonces, ese tipo de obras obscenas servía a dos propósitos sobre cuyo enlace merece la pena llamar la atención. Por una parte, ofrecían (y ofrecen) la posibilidad de dar rienda suelta (bajo el paraguas respetable de la crítica política) a los deseos considerados pecaminosos, perversos, a la lujuria condenada por la moral dominante, a las ansias de dominio y/o humillación sexuales, al sexismo, la misoginia y la homofobia³⁰. Por otra, servían (y sirven) muy bien al propósito de personalizar, «explicar», acciones políticas de forma primaria, ofreciendo la supuesta clave de su origen más «natural» y secreto, más privado. La «política de dormitorio» es el epítome de la política fuera de control, opuesta al escrutinio y las formas de control ciudadano, tanto en un régimen liberal como democrático. Es la política sometida a las más bajas e inconfesables pasiones, la que repugna y fascina a un tiempo. Esa era (y es) la medida de la eficacia de la pornografía política como lenguaje de deslegitimación global que evita y cancela explicaciones más complejas. Algo que, a mi juicio, puede observarse en la interesada utilización mediática de las publicaciones académicas de *Los Borbones* en los últimos conflictos políticos, sexuales y de corrupción en torno a la monarquía española de Juan Carlos I y Felipe VI.

En el reinado isabelino, ese enlace entre pornografía y política desvelaba la profunda ansiedad de los liberales de la época hacia un doble y peligroso despliegue de independencia respecto al escrutinio y la autoridad de la nación:

²⁸ El investigador Albert Domènech me ha hecho llegar evidencia convincente para la hipótesis alternativa de que las acuarelas originales fuesen obra colectiva del grupo republicano barcelonés que se reunía en el Café Suizo y al que pertenecían Inocenci López Bernagosi, Tomàs Padró y Josep Lluís Pellicer. De ser comprobada esta hipótesis, que excluiría a los hermanos Bécquer, la interpretación política de *Los Borbones en pelota* debería ser revisada, al menos en parte.

²⁹ Burdiel (2012).

³⁰ Charnon-Deutsch (1996).

la independencia política de la monarquía y la independencia del deseo femenino que la reina parecía encarnar. Una doble independencia que era percibida como especialmente peligrosa por una sociedad en plena transición de valores y con un bajísimo grado de consenso entre los actores políticos que se pretendía solucionar, paradójicamente, a través del escudo de la legitimidad monárquica, tanto a nivel simbólico como político. La cuestión por lo tanto supone una compleja interpenetración de factores que se simbolizaban y reforzaban mutuamente.

El tratamiento que recibe Isabel II en *Los Borbones* tiene amplias concomitancias pero también varias diferencias respecto al que recibieron María Antonieta, Sofía de Nápoles o la zarina Alejandra. En el primero y el último de los casos, con la revolución ya en marcha, fue necesario bestializar a ambas, convertirlas en mujeres infames, monstruos devoradores de la patria y de sus «hombres» para poder luego juzgarlas y ejecutarlas. La atribución de una sexualidad aberrante se combinaba con su perversa capacidad para la manipulación secreta de los reyes (débiles y humillados) que trastocaría las naturalezas femenina y masculina, convirtiéndolas a ellas en las verdaderas detentadoras del poder públicamente atribuido a sus maridos. Una fantasía de engaño, manipulación y feminización de la política que buscaba de forma explícita excitar el sexismo y la misoginia en torno al poder público, y en parte también privado, de las mujeres reinas.

También, la reina española aparece representada en estas acuarelas como una Eva lasciva, completamente fuera de control, el *alter ego* del ángel doméstico o la madre cristiana que constituían los modelos de feminidad dominantes en la época. Su supuesta ninfomanía servía, a un tiempo, para simbolizar el poder aberrante de la monarquía (a través de la aberrante independencia y poder sexual de la reina) y para dar rienda suelta —tras el formato respetable de la crítica política— a la misoginia y a las fantasías más o menos perturbadoras que aquellos sublimes modelos de feminidad cancelaban y suprimían. Sexo en grupo, sodomía, escenas lésbicas, felaciones, zoofilia, etc., se suceden en las viñetas pornográficas sobre Isabel II producidas entre 1868 y 1869. De esta forma, la crítica política a la actuación del monarca era suplantada, devorada y sometida a la denigración brutal de una hembra desenfrenada, sexualmente hiperactiva, incontrolable. Esas imágenes pornográficas no tenían por supuesto un carácter descriptivo, aunque fuese posible encontrar crédulos y alarmados ciudadanos que diesen crédito a las relaciones sexuales de Isabel II con su confesor, con sor Patrocinio o con un asno. Tenían sobre todo un carácter simbólicamente performativo: una vez que se podía decir, hacer, ese tipo de alusiones, era posible justificar todo lo que se pudiera hacer en el ámbito político respecto a la reina.

A diferencia de María Antonieta o la zarina Alejandra, o María Luisa de Parma, Isabel II era una reina propietaria. No necesita servirse de su cuerpo y de su capacidad de seducción y manipulación del deseo masculino para alcanzar el poder. En nombre propio podía convocar la sumisión y los deseos (de poder) de los hombres que la rodeaban y adulaban, que satisfacían «sus deseos». La reina Isabel se convierte así no solo en una extranjera a la nación, sino en un hombre, en algo tan monstruoso como «un Luis XV hembra». Un sujeto al tiempo activo y pasivo. Frente a ella, se dibuja la humillación constante de la figura de rey, apelando a terrores masculinos clásicos como la castración, la imagen del cornudo, la usurpación literal y simbólica del miembro viril, la degradación completa de la autoridad y la dignidad masculinas. El marido engañado y afeminado, que se humilla y consiente, no puede conducir más que a la perversión moral, a la completa y esencial corrupción del cuerpo político y social. Una novela que se hizo popular en esos años, *La chula. Historia de muchos* (1870), recoge todos los rumores sobre la homosexualidad del rey que, junto a la «vil prostituta real», ultraja a la nación. Al final, lo que está en juego es la honra de los buenos españoles, que hicieron la revolución de 1868 para poder hablar de lo que era su territorio propio, la política y el poder, sin necesidad de ruborizarse ante sus madres, sus esposas y sus hijas. Honra y deshonor dependen, por lo tanto, de una reformulación moral conjunta de los espacios y valores privados y públicos.

Hay algunos aspectos que diferencian, al menos en parte, el tratamiento que recibe Isabel II respecto a las otras reinas consortes. Singularidades que, a mi juicio, no solo obedecen a la evolución artística del género entre finales del XVIII y mediados del XIX. Me refiero a la fuerte connotación bufa y carnavalesca de las acuarelas de SEM. Isabel II carece de la belleza perversa, sofisticada y temible de la reina francesa o de la rusa. No tiene tampoco su inteligencia refinada. Es un cuerpo desprovisto de gracia, grueso y fofo, casi cómico y circense. La reina Isabel es animalizada (como también lo fue María Antonieta) pero en un sentido que no la convierte en un monstruo temible sino en una bestia degradada que inspira desprecio y repulsión, risa a lo más. Es una figura de expresión ausente, indiferente o estúpida. Un animal que se entrega a sus placeres brutales e indiscriminados con la mirada perdida e inexpressiva. Es la antítesis total de toda pasión y de toda delicadeza femeninas. Un personaje de circo o carnaval, puramente grotesco y obsceno que si induce a alguna reacción grata, es a la carcajada.

Aquí reside, a mi juicio, la otra gran diferencia respecto a las representaciones de María Antonieta y de la zarina Alejandra. Isabel II no va a ser ejecutada; no lo ha sido en el momento en que se producen esas acuarelas soeces, ni en ningún momento anterior se preveía que fuera necesario hacerlo. El

exilio era suficiente y, una vez en él, la ridiculización, la degradación. En *Los Borbones* —con su recurso constante a las escenas circenses, teatrales, de marionetas y carnaval— hay una visión bufa, acorde con el culto posromántico a lo grotesco y a la risa sardónica, cruel, ligeramente siniestra pero nunca dramática o trágica, como la que se aprecia en las imágenes postreras de María Antonieta y Alejandra. Frente al refinamiento de aquellas, la imagen de Isabel II va quedando fijada popularmente como la representación de la estulticia, del capricho, la volubilidad, la indolencia, la grosería personal, la superstición milagrera, la animal incapacidad para distinguir entre el bien y el mal, la torpeza, lo feo y lo burdo, lo ordinario, pero nunca lo trágico y lo sublime³¹.

La diferencia será crucial para la evolución de la imagen de la propia Isabel II, pero también de la dinastía, favoreciendo que esta pudiese «regenerarse», seis años después, en el rey-soldado que fue Alfonso XII. Porque al final, la reina Isabel es simplemente una torpe y risible prostituta de cabaret que se ha disfrazado de reina. Lo que significan la verdadera realeza y la auténtica monarquía, así como la auténtica posición e identidad de las mujeres, queda a salvo. Tan solo hay que esperar a que acabe el carnaval. Con ello entro en mis últimas consideraciones sobre los materiales culturales y políticos que fabricaron el mensaje más subliminal, y efectivo a mi parecer, de «los escándalos de Isabel II».

V. TRANSGRESIÓN Y REACCIÓN. MATERIALES DE ESTUDIO

Desde Mijail Bajtin se ha reflexionado mucho sobre la forma en que lo carnavalesco trastoca las identidades y las jerarquías fijas de identidad sexual y de poder, pero también las refuerza y asienta en la medida en que su inversión o transgresión es lo que permite la burla, el escarnio y el escándalo. No cuestiona necesariamente las asunciones morales más convencionales, las confirma. De la estabilidad subyacente de la convención depende la posibilidad y eficacia de su transgresión cómica. El carnaval es un mecanismo de subversión y crítica pero también una válvula de escape para momentos de conflicto y/o de impotencia políticos. Los elementos transgresores de lo grotesco no implican automáticamente una crítica progresista a lo existente, ni desde el punto de vista político ni desde el punto de vista moral³².

En los que respecta al primero de esos puntos de vista, creo que en *Los Borbones* coexisten planteamientos diversos que oscilan entre el nihilismo

³¹ Burdiel (2012).

³² Bajtin (1998) y Stallybrass y White (1986).

derrotista, el cinismo político global y potencialmente reaccionario y la crítica republicana y radical ante la preeminencia de progresistas y unionistas monárquicos en el Gobierno tras la revolución de 1868. Sin embargo, si entendemos la política en el sentido más amplio que vengo proponiendo, la lectura de estos materiales, sus implicaciones a mi juicio potencialmente muy reaccionarias, se hacen más complejas e interesantes. Revelan de qué manera los patrones de significado cultural asociados a los modelos imperantes (y fuertemente interrelacionados) de madre cristiana, ángel del hogar o ciudadana virtuosa podían ser utilizados (en su brutal inversión) como símbolos de la corrupción y la perversión del cuerpo político en su conjunto. Por ello, el hecho de que el primer monarca netamente constitucional de la historia de España fuese una mujer, con una vida privada considerada de forma creciente como escandalosa, no puede ser contemplado como un hecho neutro o sin significación política relevante. Como tampoco lo es que, en los momentos cruciales de crisis de la monarquía absoluta en toda Europa (véase para España el caso de María Luisa de Parma y Godoy), se generalizase la crítica a las reinas libertinas y poderosas y a los reyes débiles y afeminados. Encarnación ambos de la aberración moral de un régimen corrompido y corruptor contra el que la revolución habría de medir sus fuerzas³³. Un planteamiento que permite analizar esos escándalos sobre las reinas, consortes o propietarias como «ceremonias estatutarias» de transformación social, algo más que epifenómenos: fenómenos creativos en sí mismos³⁴.

Comparto con Vivian R. Gruder la inquietud por las formas de hipérbole verbal que pueden acabar haciendo suponer que la Revolución francesa —o en el caso que me ocupa, la revolución española de 1868— fueron producto de los escándalos sobre la vida sexual de la reina María Antonieta o de Isabel II. Más aún, que la supuesta vida licenciosa de ambas y sus diversas maneras de desestabilizar los patrones de feminidad dominantes fueron la causa última de la revolución³⁵. Como he intentado ir desarrollando a lo largo de este texto, la cuestión es mucho más compleja. En ella, los datos objetivos sobre las actividades sexuales de las reinas tienen valor histórico y cultural (también aquí en su sentido más amplio) en tanto que fueron fabricados y representados en la esfera pública al hilo de conflictos que afectaban a muchos otros factores como la corrupción económica, el exclusivismo de partido, las restricciones a la participación ciudadana, las amenazas de reacción política, etc.

³³ Cosandey (2000) y Calvo (2008).

³⁴ De Blic y Lemieux (2005).

³⁵ Gruder (2002).

El hecho de que los valores culturales asociados a las mujeres respetables fuesen utilizados para legitimar o deslegitimar una determinada institución, en este caso la monarquía constitucional, no nos puede llevar a suponer que la conducta concreta de estas (en un sentido o en otro de lo que llamemos «objetivo») fuese la responsable última, la clave de bóveda, de la acción política. Las formas de imbricación al respecto son simbólicas en su manifestación más profunda. Es decir, se refieren a patrones de significado (incluyendo los referidos a la masculinidad y la feminidad) que permitían que la representación pública de esas supuestas conductas se convirtiese en eco significativo de todo lo demás. En otras palabras, que pudiesen ser un arma de combate capaz de legitimar o no a la monarquía constitucional entendida no solo como una institución política, sino cultural.

Es en este punto en el que creo que merece la pena una reflexión final sobre el juego de espejos que pudo producirse en la época entre materiales tan dispares entre sí como la pornografía política (consumida mayoritariamente por hombres) y la llamada ficción doméstica destinada a la moralización y educación de las mujeres de autoras tan populares durante el reinado isabelino como Ángela Grassi, Pilar Sinués o Faustina Sáez de Melgar. En sus novelas (muchas de ellas auténticos *best sellers* de la época), pero también en la prensa y en las obras más directamente de instrucción moral, estas autoras desempeñaron un papel destacadísimo en la conformación de la identidad de las clases medias españolas en torno a la ideología de la domesticidad.

No puedo entrar aquí en una valoración detallada de esa ficción doméstica que ya han estudiado en profundidad autoras como Alda Blanco e Isabel Molina. Esta última, especialmente, ha propuesto la importancia de analizar las decisivas connotaciones políticas de la ficción doméstica en tanto que conformadora de lo privado como horizonte de la plena realización personal y, al mismo tiempo, instrumento fundamental de moralización del orden social postrevolucionario³⁶. Como demostró el llamado *Manifiesto de España con honra*, en ese universo de virtud privada y cívica la familia se construye como clave de bóveda del nuevo orden liberal, asentada sobre la complementariedad (jerárquica) entre los sexos lograda a través del matrimonio (por amor y afinidad) entre una mujer casta, abnegada, discreta, sensible y piadosa que contribuye decisivamente en la educación de ciudadanos virtuosos, y un hombre que combina su virilidad y su proyección en el espacio público con su atención a lo doméstico, su condición de «hombre sentimental», esposo y padre. Esa ficción para las clases medias podía servir de puente cultural e identitario respecto a su propia heterogeneidad interna oponiéndose a la corrupción, el

³⁶ Blanco (2001) y Molina (2015).

despilfarro, la amoralidad, la brutalidad y la falta de sensibilidad tanto de la aristocracia como del populacho.

Los escándalos sexuales sobre la familia real, los que produjeron *affaires* y los que se quedaron en rumores, eran el lado oscuro y necesario del espejo de virtud en que quería mirarse una burguesía insegura de sí misma, que buscaba mecanismos de construcción y justificación de su superioridad simbólica y política, de su capacidad para apropiarse en ambos aspectos de la monarquía como símbolo de la nación. Vistas así las cosas, las escritoras virtuosas isabelinas, al menos en parte, contribuyeron a crear el espacio de significación de esa pornografía política, al igual que ocurrió en otros países de Europa, comenzando por Inglaterra³⁷. La ficción doméstica fue parte esencial del conglomerado de materiales culturales que construyó el universo de valores que permitió la demonización de la reina Isabel, su expulsión del cuerpo de la nación, su brutal sexualización como la Eva lasciva de un mundo que debía acabar con ella. Al mismo tiempo que, en privado, recopilaba con fruición materiales sobre los amantes de la reina y las posibilidades de paternidad de sus hijos, Cánovas del Castillo, el autor de la Restauración borbónica de 1874, le negaba a Isabel II su vuelta del exilio porque «V.M. no es una persona, es un reinado, es una época histórica, y lo que el país necesita es otro reinado y otra época histórica diferente de las anteriores», tanto en lo político como en lo moral³⁸.

En este terreno de análisis, tan prometedor en principio, siguen existiendo los escollos, difíciles de salvar, de las pautas y modos de recepción de los mensajes que he propuesto como pertinentes. Por lo que respecta a la novelas, sabemos muy poco de las prácticas de lectura en un momento en que esta iba configurándose cada vez más como un acto privado. Sin embargo, por analogía con lo que conocemos a través de otros estudios —por ejemplo, el ya clásico de Judith Lyon-Caen sobre los usos políticos de la novela en tiempos de Balzac³⁹— podemos vislumbrar todo un mundo oculto para los estudios centrados exclusivamente en las formas más clásicas del régimen de publicidad moderno. El mundo de las tertulias y de las trastiendas, de las lecturas en grupo de hombres y de mujeres, de los debates a veces ardientes sobre las relaciones entre realidad y ficción. Incluso, si apuramos las fuentes, las correspondencias privadas entre las lectoras (utilizo intencionadamente el femenino) y entre estas y sus autoras favoritas, podemos comenzar a vislumbrar la forma en

³⁷ Clark (2004); Erber y Robb (1999); Maza (1997), y Shulte (2002).

³⁸ Real Academia de la Historia, Archivo privado de Isabel II, leg. 9/9655, Antonio Cánovas a Isabel II, 30 de abril de 1875.

³⁹ Lyon-Caen (2006) y Lyon-Caen y Ribard (2010).

que vida y lectura se cruzaban. La manera en que se negociaban y reconfiguraban las identidades en el proceso de la lectura, cómo las novelas y el teatro podían (y pueden) ayudar a descifrar la realidad, a retrazar itinerarios vitales o a confirmarlos, ensancharlos o complicarlos⁴⁰. Las novelas, el teatro y, también, esa otra forma de ficción con efectos de verdad que fue la pornografía política.

VI. Y UNA SERIE DE PREGUNTAS

Una propuesta de estudio como esta no puede concluir más que con preguntas. Preguntas referidas, por ejemplo, a la manera en que la ideología de la domesticidad y los valores de sensibilidad, discreción, armonización de intereses y mediación atribuidos a las mujeres podían trasvasarse simbólicamente a la monarquía constitucional. ¿Era la monarquía constitucional decimonónica —como ha escrito David Cannadine— una monarquía emasculada, una versión feminizada de una institución esencialmente masculina, lo que queda «cuando el soberano es privado de las funciones masculinas históricas de dios, gobernante y general en jefe y se enfatizan —quizás por defecto o quizás intencionadamente— la familia, la domesticidad, la maternidad y el glamour»?⁴¹. En esa perspectiva tiene cada vez más interés el debate actual sobre la potencia de la imagen del ángel doméstico en la España decimonónica, y más precisamente isabelina. Las formas en que confluía, reforzaba o entraba en conflicto con las de la madre cristiana, la mujer fuerte de la Biblia o la ciudadana virtuosa⁴². Sabemos bastante ya sobre el carácter retórico e instrumental que, desde la Ilustración, tuvo la reivindicación de un espacio íntimo protegido frente a la mirada del público. Sabemos también sobre las formas de transgresión y contaminación de lo público por lo privado, pero sabemos menos sobre el fenómeno inverso: la impregnación de lo privado por lo público, su conversión en un espacio político por derecho propio.

Por otra parte, pero en estrecha relación, necesitamos saber más, y más en concreto, sobre a qué sectores sociales y políticos sirvió la demonización escandalosa de Isabel II. De qué forma aquellos escándalos ocultaron otros relativos a la corrupción económica y política durante el reinado isabelino, favoreciendo el trasvase de élites y forjando para ellas un puente que, tras el gran trauma del llamado Sexenio Revolucionario, las integró en el régimen de la Restauración a partir de 1874. Preguntas que enlazan con otras relativas a

⁴⁰ Burdiel (2015).

⁴¹ Cannadine (2004): 24.

⁴² Romeo (2014) y Mínguez (2016).

los moldes culturales y simbólicos, relacionados con lo masculino y lo femenino, que ayudaron a consolidar la monarquía constitucional «regenerada» de la Restauración. ¿El énfasis en la virilidad (militar) y la vida amorosa extramatrimonial de Alfonso XII y Alfonso XIII deslegitimó o legitimó la imagen del monarca masculino? ¿Cuándo y en qué contextos políticos hizo una cosa u otra? ¿Por qué fue «necesaria» la Restauración borbónica y fracasó la monarquía democrática de Amadeo? ¿Por qué no funcionó su imagen de caballero y hombre doméstico, esposo y padre, como no lo hizo tampoco el dechado de virtudes domésticas de su esposa?⁴³ ¿Qué nos dice el rechazo político, pero también simbólico, del matrimonio Saboya respecto a la nacionalización de la monarquía española? ¿Sobre qué moldes culturales y de género, sobre qué tipo de «pueblo», se produjo esta en realidad? Respecto a todo ello necesitamos respuestas cada vez más complejas y matizadas que, a su vez, permitan iluminar desde el pasado, sin anacronismos, controversias actuales sobre la monarquía en un contexto democrático, muy lejano políticamente pero quizás no tanto culturalmente, de la monarquía constitucional del siglo XIX.

En este artículo no he intentado otra cosa que recorrer preguntas clásicas, intentar rehacerlas al menos en parte y proponer respuestas provisionales que conduzcan, en el mejor de los casos, a otras preguntas mejor formuladas y espero que más sagaces. Estoy convencida, en todo caso, de que para ello será necesaria la ampliación de nuestra noción de «lo político» y de que los escándalos sexuales o de corrupción —con su fuerte carácter estratégico e imprevisible— ofrecen para este ámbito un potencial heurístico de primer orden. Por lo pronto, y para el caso español, su análisis descarta una lectura superficial que identifique «los escándalos de Isabel II», la pornografía política suscitada en torno a los mismos o la obra de las llamadas «escritoras virtuosas», con un déficit de modernidad. Por el contrario, todo ello apunta a un proceso transeuropeo de características muy similares y plenamente moderno, con todas sus ambivalencias morales y toda su imprevisibilidad política.

Bibliografía

- Altadill, A. (1871). *La Canalla. Novela de costumbres aristocráticas*. Madrid: Imp. de R. Labajos.
- Anderson, B. (1993) [1983]. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anónimo. (1854). *Escándalos de Isabel II*. Buenos Aires: s.e.

⁴³ Gutiérrez *et al.* (2014).

- Ayguals de Izco, W. (1855). *El palacio de los crímenes o el pueblo y sus opresores. Tercera y última época de María*. Madrid: Imp. de D. W. Ayguals de Izco.
- Bajtín, M. (1998) [1941]. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.
- Banerjee, M., Backerra, C. y Sarti, C. (eds.). (2017). *Transnational Histories of the 'Royal Nation'*. London: Palgrave. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/978-3-319-50523-7>.
- (1998) [1992]. *Talking of the Royal Family*. London: Routledge.
- Blanco, A. (2001). *Escritoras virtuosas. Narradoras de la domesticidad en la España isabelina*. Granada: Universidad de Granada.
- Blanco Valdés, R. L. (2010). *La construcción de la libertad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bordería, E. (2004). *Política, cultura y sátira en la España isabelina: José Bernat y Baldoví*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim.
- Brice, C. (2010). *Monarchie et identité nationale en Italie (1861-1900)*. Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- y Moreno Luzón, J. (eds.). (2013). Monarchia, nazione, nacionalismo in Europa (1830-1914). *Memoria e Ricerca*, 42, monográfico.
- Burdíel, I. (2010). *Isabel II. Una biografía*. Madrid: Taurus.
- (2012). *Los Borbones en pelota*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- (2015). Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma. En J. Álvarez Junco, R. Cruz y F. Peyrou (eds.). *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma* (pp. 263-282). Madrid: Marcial Pons.
- Burr Margadant, J. (2006). Representing Queen Marie-Amélie in a 'Bourgeois' Monarchy. *Historical reflections/Reflexions Historiques*, 32 (2), 421-451.
- Calderón de la Barca, F. (1856). *The Attaché in Madrid: or Sketches of the Court of Isabella II*. New York: D. Appleton & Co.
- Calvo, J. (2008). *M.^a Luisa de Parma: Reina de España, esclava del mito*. Granada: Universidad de Granada.
- Campbell Orr, C. (2007). The feminization of the monarchy, 1780-1910: Royal masculinity and female empowerment. En A. Olechnowicz (ed.). *The Monarchy and the British Nation, 1780 to the Present* (pp. 76-107). Cambridge: Cambridge University Press.
- Cannadine, D. (1983). The context, performance and meaning of ritual. The British Monarchy and the 'invention of tradition', c. 1820-1977. En E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.). *The invention of tradition* (pp. 101-164). Cambridge: Cambridge University Press.
- (2004). From biography to history: Writing the modern British monarchy. *Historical Research*, 197 (77), 289-312. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1468-2281.2004.00211.x>.
- Capellán, G. (2015). El escenario de las culturas políticas: Régimen de publicidad y metáforas de la opinión pública. En C. Forcadell y M. Suárez Cortina (coords.). *La Restauración y la República, 1874-1936. Vol. III. Historia de las culturas políticas en España y América Latina* (pp. 111-140). Madrid y Zaragoza: Marcial Pons y Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Casado, M. A. y Moreno, M. (2014). María Cristina de Borbón y María Cristina de Habsburgo: dos regentes entre los modos de vida aristocráticos y burgueses. *Historia y Política*, 31, 113-138.

- Charnon-Deutsch, L. (1996). The pornographic Subject of Los Borbones en Pelota. En D. William Foster (ed.). *Bodies and Biases: Sexualities in Hispanic Cultures and Literatures* (pp. 274-293). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Clark, A. (2004). *Scandal. The sexual politics of the British constitution*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Collins, C. (1985). Photography and Politics in Rome. The Edict of 1861 and the Scandalous Montages of 1861-1862. *History of Photography*, 9, 295-303. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03087298.1985.10443027>.
- Cosandey, F. (2000). *La reine de France: Symbole et pouvoir (XVe-XVIIIe siècle)*. Paris: Gallimard.
- De Blic, D. y Lemieux, C. (2005). Le scandale comme épreuve. Elements de sociologie pragmatique. *Politix*, 18 (71), 9-38. Disponible en: <https://doi.org/10.3917/pox.071.0009>.
- De la Fuente, G. (2008). El teatro republicano de la Gloriosa. *Ayer*, 72, 83-119.
- (2013). El teatro político en la España del siglo XIX. *Historia y Política*, 29, monográfico.
- Deploige, J. (ed.). (2007). *Mystifying the Monarch: Studies on Discourse, Power, and History*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Domeier, N. (2015). *The Eulenburg Affair. A Cultural History in the German Empire*. Rochester: Camden House.
- Domènech, A. (2011). Apuntes para la historia de la ilustración erótica y pornográfica en la España del siglo XIX. *Tebeosfera*, 9 (2.ª época). Disponible en: <http://www.tebeosfera.com>.
- Engels, J. I. y Monier, F. (eds.). (2014). *Scandales et corruption politique à l'époque contemporaine (XIXe-XXe siècles)*. Paris: Armand Colin.
- Erber, N. y Robb, G. (eds.). (1999). *Disorder in the Court: Trials and Sexual Conflicts at the Turn of the Century*. New York: New York University Press. Disponible en: https://doi.org/10.1057/9781403934314_1.
- Fradenburg, L. O. (ed.). (1992). *Women and Sovereignty*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Goodman, D. (2003). *Marie-Antoinette. Writings on the Body of a Queen*. New York and London: Routledge.
- Gruder, V. R. (2002). The Question of Marie-Antoinette: The Queen and the Public Opinion before the Revolution. *French History*, 16 (3), 269-298. Disponible en: <https://doi.org/10.1093/fh/16.3.269>.
- Guereña, J.-L. (2011). *Un infierno español. Un ensayo de bibliografía de publicaciones eróticas españolas clandestinas (1812-1939)*. Madrid: Libris.
- Gutiérrez Lloret, R. A. (2011). Isabel II, de símbolo de la libertad a deshonor de España. En E. La Parra (coord.). *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX* (pp. 221-282). Madrid: Síntesis.
- Mira Abad, A. y Moreno Seco, M. (eds.). (2014). Las reinas y la legitimidad de la monarquía en España, siglos xvii-xx. *Historia y Política*, 31, monográfico.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.). (2002) [1983]. *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Homans, M. (1998). *Royal Representations. Queen Victoria and British Culture, 1837-1876*. Chicago: Chicago University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226351155.001.0001>.

- Kirsch, M. (1999). *Monarch und Parlament im 19 Jahrhundert. Der monarchische Konstitutionalismus als europäischer Verfassungstyp-Frankreich im Vergleich*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Kolonitskii, B. (2001). La desacralización de la monarquía: Los rumores y la caída de los Romanov. En VV. AA. *Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917* (pp. 27-51). Valencia y Madrid: Biblioteca Nueva-Universitat de València.
- Langewiesche, D. (2012). La monarquía en el siglo de la nación burguesa. En J. Millán y M. C. Romeo (eds.). *La época del Estado-nación en Europa* (pp.119-132). Valencia: PUV.
- Lilti, A. (2014). *Figures publiques. L'invention de la célébrité, 1750-1850*. Paris: Fayard.
- Lyon-Caen, J. (2006). *La lectura et la vie. Les usages du roman au temps de Balzac*. Paris: Tallandier.
- y Ribard, D. (2010). *L'historien et la littérature*. Paris: La Découverte.
- Martínez, A. L. y Díez, J. I. (2007). *Venus Veneranda II: Literatura erótica y modernidad en España*. Madrid: Editorial Complutense.
- McCalman, I. (1993). *Radical Underworld. Prophets, Revolutionaries and Pornographers in London, 1795-1840*. Oxford: Clarendon Press.
- Maza, S. (1997). *Vies privées, affaires publiques. The causes célèbres of prerevolutionary France*. Paris: Fayard.
- Mínguez, R. (2016). *Evas, Marías y Magdalenas. Género y moral católica en la España liberal (1833-1874)*. Madrid: CEPC.
- Molina, I. (2015). *La ficción doméstica: Ángela Grassi, Pilar Sinués y Faustina Sáez. Una aproximación a las imágenes de género en la España burguesa* [tesis doctoral inédita]. Universitat de València.
- Morayta, M. (1893-1894). *Historia general de España, desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, vol. VII. Madrid: Felipe González Rojas.
- Munich, A. (1996). *Queen Victoria's Secrets*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Orobon, M. A. (2017). Una gloriosa revolución: prensa satírica ilustrada y afirmación militante (1868-1870). En D. A. González, M. Ortíz Heras y J. S. Pérez Garzón (eds.). *La historia, lost in translation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (pp. 1065-1075). Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha.
- Peris y Valero, J. (1856). *El proceso de los Borbones*. Madrid: Imprenta de la Regeneración.
- Pich, J. (2017). La Gloriosa y la radicalización de la sátira. Tomás Padró, La Flaca y la cultura política republicana. En D. A. González, M. Ortíz Heras y J. S. Pérez Garzón (eds.). *La historia, lost in translation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (pp. 1077-1089). Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha.
- Plunkett, J. (2002). *Queen Victoria: First Media Monarch*. Oxford: Oxford University Press.
- Rioyo, J. (2003). *La vida golfá. Historia de las casas de lenocinio, holganza y malvivir*. Madrid: Aguilar.
- Romeo, M. C. (2014). Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad pos-revolucionaria. En M. C. Romeo y M. Sierra (coords.). *La España liberal, 1833-1874. Vol. II. Historia de las culturas políticas en España y América Latina* (pp. 89-127). Madrid y Zaragoza: Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Rosanvallon, P. (1994). *La monarchie impossible*. Paris: Fayard.

- Shulte, R. (2002). The Queen. A Middle Class Tragedy: The Writing of History and the Creation of Myths in Nineteenth-Century France and Germany. *Gender and History*, 2 (14), 266-293. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/1468-0424.00266>.
- Stallybrass, P. y White, A. (1986). *The Politics and Poetics of Transgression*. Ithaca: Cornell University Press.
- Thompson, J. B. (2001). Los escándalos sexuales en la esfera política. En J. B. Thompson. *El escándalo político. Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación* (pp. 167-218). Barcelona: Paidós.
- Unowsky, D. L. (2005). *The Pomp and Politics of Patriotism. Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*. West Lafayette: Purdue University Press.
- Valera, J. (2002). *Correspondencia. Vol. I (1847-1861)*. Madrid: Castalia.

POLITICS WITH SCANDALS. GERMANY AND BRITAIN IN TRANSNATIONAL PERSPECTIVE (1880-1914)

Política con escándalos. Alemania y Gran Bretaña
en perspectiva transnacional (1880-1914)

FRANK BÖSCH

Center for Contemporary History, Potsdam
boesch@zzf-potsdam.de

Cómo citar/Citation

Bösch, F. (2018).

Politics with scandals. Germany and Britain
in transnational perspective (1880-1914).

Historia y Política, 39, 53-77.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.03>

(Reception: 30/05/2017. Review: 08/07/2017. Acceptance: 01/12/2017. Publication: 17/04/2018)

Abstract

The end of the 19th century saw a lot of spectacular scandals throughout Western Europe. There were revelations of corruption and colonial violence, of adultery and homosexuality, and of abuse of power in politics and the conduct of members of the elite. By analyzing two dozen scandals in Great Britain and Germany, this article asks who initiated these scandals and how they were communicated. Furthermore, it discusses the consequences of different types of scandals. It reveals that it was often not the new popular press but rather politicians who actually initiated scandals. Influenced by the popular press, they chose new forms of communication that changed political culture. Tabloids were less significant in respect to political press than it has been assumed. Moreover, this article shows that scandals shaped norms and influenced political actions. The scandals were an expression of contemporary political culture and were at the same time transforming it.

Keywords

Scandals; media; sexuality; Great Britain; Germany.

Resumen

El final del siglo XIX asistió a una gran cantidad de escándalos en toda Europa occidental. Fueron revelaciones de corrupción y violencia colonial, adulterio y homosexualidad, abuso de poder en política y conducta de los miembros de la élite. Este artículo analiza en torno a dos docenas de escándalos en Gran Bretaña y Alemania, trazándolos hasta sus orígenes, revelando que estaban comunicados entre sí y exponiendo sus consecuencias. El estudio revela que los políticos, más que la prensa popular, fueron los que frecuentemente iniciaron los escándalos. Esos políticos, reaccionando ante el ascenso de la prensa popular, buscaron nuevas formas de comunicación que cambiaron la cultura política. Frente a lo que frecuentemente se ha asumido, los tabloides fueron mucho menos significativos que la prensa política en la emergencia y desarrollo de unos escándalos que fueron expresión de la cultura política contemporánea, y al mismo tiempo la transformaron.

Palabras clave

Escándalos; medios de comunicación; sexualidad; Gran Bretaña; Alemania.

SUMARIO

I. INTRODUCTION. II. SCANDALS AND INTERACTIONS BETWEEN JOURNALISTS AND POLITICIANS. III. FRANCE AS A MODEL: THE CHARGE OF CORRUPTION. IV. TRANSFERRING TABOOS: SCANDALS ABOUT HOMOSEXUALITY. V. TRANSNATIONAL COMPETITION: SCANDALS CONCERNING COLONIALISM AND THE MONARCHIES. VI. CONCLUSION. *BIBLIOGRAPHY.*

I. INTRODUCTION

The decades before 1914 brought many structural changes in political, social and cultural life which deeply influenced the development of the 20th century. Two major transformations are apparent in the Western public sphere. On the one hand, the foundations of a modern media system emerged — with mass audience, a professional journalism, powerful publishers, printed photos and global news agencies¹. On the other hand, the political culture underwent transformation in these years: Democratisation progressed, political parties developed, and society itself became much more politicised. Although suffrage increased only for men, this led to a process known as the “political mass market”. The two developments were closely connected and this connection had ambivalent consequences. The rising number of scandals is one of them.

This article researches such interactions between politics and the media by analysing political scandals in Germany and Britain. These countries were chosen because they obviously had quite distinct national political and cultural traditions. While Britain had developed parliamentarianism, press freedom and the press’s perception of itself as a “fourth estate” rather early on in its national history, in Germany censorship and unelected governments lasted much longer². This paper analyses, first of all, the mechanisms of scandal within a comparative approach, and then studies the interactions and transfers between the two countries. This should indicate how press reports about political scandals were transmitted across the borders. This transnational dimension of scandals is discussed for the fields of corruption, homosexuality, colonial scandals and scandals about monarchs. Going beyond the comparative view, we ask how scandals were perceived and transferred across borders.

¹ Chapman (2005): 69-141; Bösch (2015): 77-102.

² Barker and Burrows (2002).

The analysis of political scandals is a helpful way to suggest some answers to these questions. Scandals reveal actions and reactions of journalists, politicians and the wider public at the same time. Scandals are by their very nature media events which create a broad public and international political discussion. To this end, we analysed about 25 major political scandals in Germany and Britain between 1880 and 1914, concerning different topics and norms. The cases that were chosen were those that were perceived as major scandals by the public at the time. Beyond this historical perception, scandals can be defined in an analytical way as public revelations of a supposed breach of cultural norms which lead to broad public indignation³. Therefore, scandalous events that remained secret or did not raise attention and emotions should not be called scandals. The scandals studied here were political. They were inherent in political discourse, in parliament or between politicians, and they led to debates on collective norms. Consequently, this study not only analyses newspaper articles across the political spectrum but also explores archival sources of journalists and politicians involved in these scandals, as well as parliamentary debates and court reports. Transcripts of conversations in pubs taken by police informants in Germany are also examined, to find out how the scandals were perceived in ordinary conversations⁴.

This article argues that the transformation of politics and the media was interconnected, which can be shown for both countries. This interconnection led to “politics of sensation” which changed norms of political communication. Characteristic for this “politics of sensation” was a new political language, an agenda set by the media and the transfer of moral questions from the private to the public sphere. A comparative perspective helps to show the role which journalists *and* politicians played in these transformations.

II. SCANDALS AND INTERACTIONS BETWEEN JOURNALISTS AND POLITICIANS

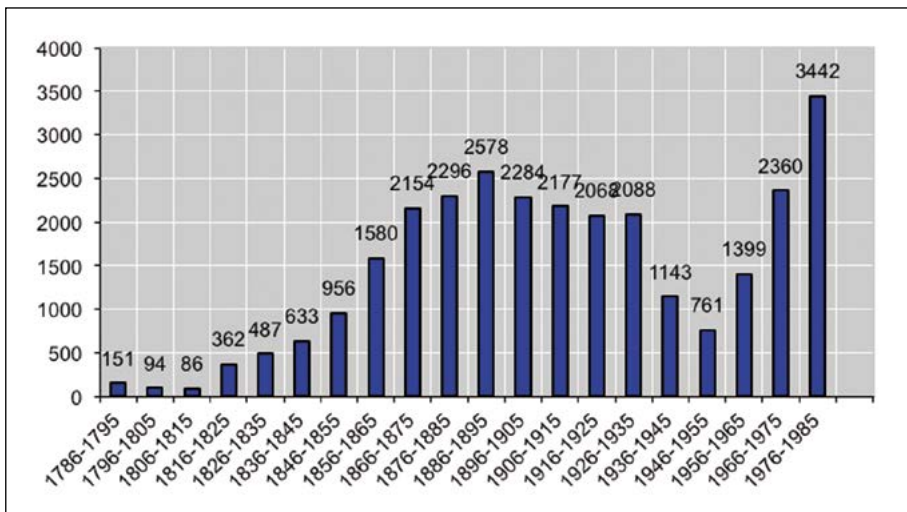
Scandals are fundamental to these changes within the media and the political culture. First of all, we can observe a massive increase in scandals all over the Western world in the decades around 1900. The growing number of events that were conceived as scandals can be proved quantitatively. An electronic search of the entire article content of a newspaper published over a long

³ See also the definitions in: Hondrich (2002): 40; Thompson (2000a).

⁴ This article takes up findings of my book, which contains more detailed sources: Bösch (2009).

period such as *The Times* shows, for instance, that usage of the word “scandal” reached its peak in the late nineteenth century. The number of pages of each newspaper increased in the following decades and the use of the word “scandal” was very similar. This also suggests that the number of scandals did not rise continuously, but reached its first peak around 1900. Not until the beginning of the 1960s do we see a considerable increase in scandals once again, when the public sphere and the political culture again underwent reconstruction. A connection between the growing number of scandals and the changing structure of the mass media, of politics and the public becomes apparent.

TABLE 1. *Mention of the word scandal in The Times 1786-1985*



Source: *Times* Digital Archive.

Apart from these quantitative observations, it is even more important that the increasing incidence of scandal can also be proved qualitatively. During the decades between 1885 and 1914 numerous great scandals were discussed for months and years all over the Western world. Many of them blended into the collective memory. One has only to recall cases such as Dreyfus and Panama scandals in France, the scandals concerning Wilde, Parnell or Marconi in Britain, or those of Eulenburg or Zabern or the *Daily Telegraph* affair in Germany. Furthermore, one finds many other similar scandals in now-forgotten contemporary sources which aroused substantial public excitement.

How can the growing number of scandals around 1900 be explained? One could interpret them as a result of the new tabloids whose journalists peddled sensation to increase sales and income. As it was shown in a recent book about sexuality in the German media between 1890-1914, the press presented nudeness and sexuality in many cases⁵. In this explanation the scandals indicate a decline of a critical public sphere. If one takes a look at today's British media landscape, this pessimistic explanation sounds familiar and convincing. Alternately, one could also explain the scandals as a result of a new "fourth estate" which challenged the politicians and started to control them.

I would argue that in both countries the scandals were neither the direct result of the new tabloid journalism and commercialisation of the media nor a sign of a new independent "fourth estate". Rather, they reveal in both countries a close interaction between press and politics to achieve political goals. At least, the political scandals were usually not brought up by journalists of the new independent tabloid newspapers such as the *Daily Mail* or the *Berliner Lokalanzeiger*. Instead, in both countries journalists of politically orientated quality papers, such as *The Times* or the *Berliner Tageblatt*, and minor papers closely connected to certain parties were the main actors. In Britain, papers including the *North London Press*, *United Ireland* or the *Daily News* started the scandals; in Germany, political papers such as *Der Vorwärts*, *Kreuzzeitung* or *Die Zukunft* engaged in similar cultivation of scandal. Politicians often wrote for these papers, or the papers were even owned by them. Politics and media worked hand in hand.

If we look at the individuals who brought scandal to light, additional similarities between Britain and Germany emerge. In both countries these individuals were often involved in the media as well as in politics. They can be divided into two types. On the one hand there were politicians who acted as journalists. An English example of this type of "politician as journalist" was the radical MP Henry Labouchere who initiated several scandals⁶. In his newspaper *The Truth* he raised scandalous charges and in the House of Commons he demanded justifications and explanation from the government. Irish Members of Parliament such as William O'Brien or Tim Healy, who still worked as journalists, acted similarly. They made scandalous accusations in papers such as *United Ireland* or *Freeman Journal* only a few days later to confront the government directly with these articles⁷.

⁵ Templin (2016).

⁶ Notes on his biography in Weber (1993): 36-43; Hind (1972).

⁷ Notes on their biography in Callanan (1996); Warwick-Haller (1990).

In Germany, this type of “politician as journalist” could be found particularly among the Social Democrats. About half of their Members of Parliament had a journalistic background. This made it easier for them to understand the inner workings of the media and reduced distances. This media-orientated type of politician also existed in other parties. A good example is Matthias Erzberger from the Centre Party, who continued to work as a journalist after he became a member of the Reichstag⁸. He dredged up many colonial scandals using investigative methods in 1906. He also used the parliament to attack scandalous behaviour in the colonies. At the same time he wrote articles for various newspapers (especially for the *Kölnische Volkszeitung*) in which he argued his case⁹. As a result, he became a media sensation and a subject for gossip. Caricatures even presented him as a keyhole journalist who spied into the “colonial kitchen” of Chancellor Bülow¹⁰.

In both countries, scandal was also exposed by journalists who wished to attain political goals. They were not members of parliament or parties, but maintained strong and informal contacts with politicians. William Thomas Stead was a prototype of this “journalist as politician” in Britain. Stead is well known as the editor of the *Pall Mall Gazette* and founder of the investigative and emotional New Journalism¹¹. His programmatic articles such as “Government by Journalism” characterised the journalist as an independent “uncrowned king”¹². However, Stead’s correspondence shows that he established a close, informal communication network and interacted with leading politicians. Through these means he acquired the knowledge he required for his campaigns. From his letters it is also clear that he often met with particular politicians¹³. He discussed his ideas with them before and after publication. Similar developments are also evident in Germany. The most famous journalist of the German Kaiserreich, and perhaps a counterpart to Stead, was Maximilian Harden. He also achieved stardom as a leading German journalist after he had initiated several scandals from the 1890s onwards¹⁴. Like Stead, he was a fairly independent journalist. However, he also kept close and regular informal contacts with the political sphere which influenced and

⁸ Leitzbach (1998).

⁹ See as a printed result of his speeches and articles: Erzberger (1906).

¹⁰ *Kladderadatsch* 33 (19.8.1906), 482.

¹¹ Schults (1972); Wiener (1988).

¹² Stead (1886): 653-674, quote 657.

¹³ The papers of Stead in the Cambridge University/Churchill Archives Centre proved this. See also: Joseph O. Baylen in Wiener (1988): 107-141.

¹⁴ Young (1971); Weller (1970).

enabled his campaigns¹⁵. And, like his British counterpart, Stead, Harden started scandals to achieve political goals.

The accumulation of scandals from the 1880s onwards was not only a result of the triumph of the mass media, but also of changes in the political culture. The transformation and polarisation of the political parties bore special responsibility. In Britain, scandal began to emerge after the Irish Parliamentary Party was established and the division of the Liberals during the Home Rule split¹⁶. In Germany, scandal increased from the beginning of the 1890s when the SPD reorganised itself following the *Sozialistengesetz*, and the Conservatives had become divided after the dismissal of Bismarck. In this perspective, scandal was a result of the polarisation of the party system, an increased electorate and the struggle for the votes of the “masses”. For these reasons, politicians and political journalists revised their practice and started to reveal scandalous secrets.

Although the new mass press seldom started scandal, it was responsible for its increase and intensity in both countries. Politicians and political journalists published scandalous accusations because they believed that the political interest of the “masses” and their press could only be aroused by juicy revelations. Politics quickly adjusted to the supposed sensational interests. Indeed, the mass press took up these charges after they had been presented in political journals, in parliament or in the courts. Also, the illustrated press, which started to publish photos in the 1890s, intensified the dynamic of these scandals with their reports.

Documented by the secret police, pub talk in Germany affirms that the scandals of the day were indeed broadly discussed events. In these conversations the entertaining gossip of the scandal reports was connected with political questions. It seems that the scandals increased interest in politics. Even quite apolitical scandals, such as those concerning incidents of homosexuality in the elite classes or adultery, led to public discussion of topics that were of political importance. The scandal about the homosexuality of General Moltke, for instance, led to debates about homosexuality in the military; scandal concerning the homosexuality of the industrialist Friedrich Alfred Krupp led to discussion about the working conditions in Krupp’s company; scandal about black prostitutes and corporal punishment in Africa prompted arguments about the legitimacy of punishment in the colonies¹⁷.

¹⁵ Famous are his contacts with Friedrich von Holstein; see Rogge (1959).

¹⁶ Cook and Vincent (1974).

¹⁷ Police Reports Bestand Politische Polizei 331-3, in: Hauptstaatsarchiv Hamburg.

Many scandals set off new scandals with similar charges within each country. If, for instance, a scandal concerning homosexuality was successful, other scandals about homosexuality followed. A similar pattern is evident concerning scandals of adultery, corruption or violence within the colonies. Once a taboo was broken, other journalists moved in for the kill. The readers of the papers gave pieces of information on similar cases to the journalists and the journalists themselves started to investigate those questions. At this stage of the scandals, the new mass press and the courts enforced this reciprocal dynamic. There was also an element of political struggle for moral superiority. If a political group was successfully attacked for moral misconduct, it tried to hit back with similar charges, while others tried to generalise the first accusations with new disclosures.

It is well known that the personal relationship between politicians and journalists was different in Germany and Britain. In Britain, the informal contacts between journalists and politicians were already closer in the late nineteenth century¹⁸. German politicians talked to journalists of their own party. Furthermore, they regarded the press merely as a mouthpiece of politics. On closer inspection, however, these differences between the two countries appear to have lessened. In Great Britain, the relationship between parties and the press increased from 1900 onwards. Liberal papers such as *Reynolds's Newspaper*, the *Pall Mall Gazette* or the *Daily News*, which had reported critically about liberal politics before, followed the party line during the scandals up to 1914. Even during the big Marconi scandal in 1912 they defended the accused liberal Secretaries of State¹⁹.

The conservative campaigns of those years also show a closer cooperation of journalists and politicians. For instance, the editor of the *National Review*, Leopold Maxse, systematically organised campaigns for conservative politicians and gave them pieces of advice for their speeches. He collected information about the private lives of liberal politicians, which could help to create scandals, through questionnaires²⁰. Even a publisher such as Lord Northcliffe joined the campaigns against liberal entrepreneurs like Cadbury or Lever²¹. The increasing connection between party politics and the press in Britain, in some respects, meant an approximation to the German model.

¹⁸ Brown (1985).

¹⁹ *Pall Mall Gazette* 12.10.1912, 3, 6; *Reynolds's Newspaper* 13.10.1912, 1; *Daily News* 11.10.1912, 5 and 12.10.1912, 1.

²⁰ West Sussex Record Office, Maxse Papers 467.

²¹ Taylor (1996): 111; Thompson (2000b): 137.

At the same time, Germany developed similarities to Britain. As the scandals show, censorship declined from 1900 onwards and the relationship between German journalists and politicians improved. For instance, the Leckert-Lützow scandal in 1896 made public that individual Secretaries of State, such as Marshall von Bieberstein, regularly talked to critical liberal journalists. In this scandal the chancellor and the foreign secretary both defended those talks against charges by the conservatives in parliament²². Though Social-Democratic journalists were still excluded from such meetings, already Chancellor Hohenlohe and especially his successor Bülow showed a growing willingness to speak with chosen journalists, even during their holidays or at home²³. In general, requests for interviews increased in Germany from 1906 onwards and were also granted, a behaviour which had been more typical for Britain and the United States. Journalists from Britain and the USA were the first to be granted such interviews.

III. FRANCE AS A MODEL: THE CHARGE OF CORRUPTION

News of scandal was quick to jump national borders. Newspapers in European countries reported broadly on scandals abroad. These international reports were already expected when the scandals came into the public light. Foreign comments were reprinted immediately in domestic papers. The mutual reports about the scandals often created decisive perceptions and stereotypes about the other country. Scandal established ideas about the typical morality in each country, which was connected to political assumptions. The foreign comments were broadly taken as arguments to underline the importance of the revelations, to demand reactions and reforms or to call for an end to public discussion. Cartoons from foreign newspapers were sometimes also reprinted to reach political goals.

In general, the German public was much more anxious about foreign reports on scandals than the British. The German right-wing press stressed especially that one should not discuss scandal because it reduced the

²² Verhandlungen des Reichstags 5.2.1897, IX. Legislaturperiode, 168. Sitz, IV. Session 1895/97, Bd. 6, 4476.

²³ *Berliner Illustrirte Zeitung (BIZ)* Nr. 13, 26.3.1898 and 30.7.1899; similarly politicians such as the Secretary of the Railway Budde (*BIZ* Nr. 33, 14.8.1904), the president of the Reichstag Graf von Ballestrem (*BIZ* Nr. 35, 29.8.1904) or the Secretary of the Interior Graf von Posabowsky-Wehner (*BIZ* Nr. 36, 4.8.1904).

reputation of the government abroad and strengthened the arguments of the enemies. This underlines the lack of national self-confidence in Germany, but also the German claim to be a morally superior nation.

How such scandals were transferred across borders depended on the type of accusation. Corruption might be taken as the first example for these transfers and differences. After the famous campaigns against the “old corruption” in the late eighteenth and early nineteenth century, scandals concerning corruption in a more narrow sense increased again around 1900 in Western Europe and North America. Obviously, not only an increase in corrupt practices was responsible for this, but also the rise of professional journalism, political polarisation and imaginative conspiracies directed at Jews and capitalists²⁴. All these elements were brought up in great scandals and then transferred to other countries. France, especially, played a major role in these cultural transfers.

Up to 1900, Britain and Germany saw themselves as cultures with a superior administration where corruption had no place. They distinguished themselves from France, which was seen as a morally and financially corrupt society. The Panama scandal in 1892 renewed this British and German self-perception especially because it revealed a great network of corruption in France which implicated several senior politicians and journalists²⁵. Anti-Semitic attacks which were brought up by the right wing journalist Édouard Drumont owing to the involvement of Jewish financiers were important elements of this French scandal. The countless international reports about the French scandal were taken as examples to create similar scandals at home. In the following years, analogous anti-Semitic accusations about the existence of a corrupt conspiracy surfaced in Germany and Britain. In Germany, especially, the anti-Semitic journalist and politician Hermann Ahlwardt brought up similar charges immediately after the Panama scandal. In his right-wing journals and in the Reichstag Ahlwardt claimed, with explicit reference to the Panama scandal in France, that Jewish financiers had taken 100 million marks from the “Reichs-Invalidenfonds” by corrupting several politicians²⁶. None of these charges could be proven. In Britain, especially, the campaigns against the colonial engagement in South Africa showed similarities. Not only was Colonial Secretary Joseph Chamberlain accused by liberal papers and politicians of mixing political

²⁴ Dard *et al.* (2015).

²⁵ Bourson (2000).

²⁶ *Verhandlungen des Reichstags* 18.3.1893, 8. Leg. Per., 2 Sess., 70. Sitz. 1736; 20.3.1893, id., 1745-1750; *Vossische Zeitung* 22.3.1893.

and private interests, but also anti-Semitic undertones were articulated against corrupt capitalist interests in “Jewburg”²⁷.

While these early campaigns directly following the Panama scandal were less successful, this changed later on. In Germany, the Social Democrats started a scandal by exposing corrupt connections between the administration of the army and Friedr. Krupp AG, the biggest steel company in Germany. It is astonishing that during this whole scandal in 1913 there was discussion about whether one could call it a “Panama” or not. The Social Democrat Karl Liebknecht had started his revelations in the Reichstag with the words: “It is a Panama, even worse than Panama”²⁸. Both the press and the courts argued during the following month about this comparison. The court martial, which was responsible for this case in the first trial, stated that the goal of the trial was to discuss and “to eliminate, if possible, the word Panama”²⁹. Similarly, the defence counsel declared that there was no “Panama”, because “Panama meant the venality of senior persons”³⁰. Finally, the prosecutor and the conservative press also felt relieved that a “Panama” had not occurred, for this would have meant “corruption of the worst case”³¹.

These lasting references to and comparisons with the French scandals served two purposes. On the one hand, the reference to the Panama scandal inspired the imagination of those who wanted to believe in a great corrupt conspiracy between the “capitalists” of heavy industry and the traditional government elite. French corruption showed the depths to which Germany could fall. On the other hand, the conservative elite responded to this comparison frequently, because it hit a sensitive point. The self-perception of the German elite relied on the assumption that the German administration was highly effective, loyal and immune to bribery. Any comparison with France seemed to endanger the reputation of the German Kaiserreich. Consequently, the conservative journalists, politicians and lawyers tried especially to re-establish this difference from France and reinforce its image as an exceptionally scandalous and corrupt country. However, the scandal was a great success for the Social Democrats, because at least regular corrupt interactions between Krupp and the Army were proved.

²⁷ Holmes (1979): 67-69.

²⁸ Reichstag, XIII. Leg., I. Sess., 144 Sitz., 19.4.1913, 4926.

²⁹ See the reports of the proceedings in: *Vossische Zeitung* 4.8.1913, 2; 6.8.1913, 4; *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* 6.8.1913, 3.

³⁰ Reports of the proceedings in: *Vossische Zeitung* 5.8.1913, 2.

³¹ Quote from the report of the proceedings in: *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* 7.8.1913, 3.

Corruption scandals related to the Panama scandal came up simultaneously in Britain. In particular, the famous Marconi scandal in 1912-13 was connected to the cases in France. Those who started the Marconi scandal — two small conservative papers called *Outlook* and *Eye-Witness* — raised similar anti-Semitic charges. They called the Postmaster General Herbert Samuel and the managing director of Marconi “two financiers of the same nationality”, who were stealing money from the taxpayers³². The journalist and author Hilaire Belloc, who was one of the authors of these anti-Semitic accusations, had grown up in France and had done his military service there when the Panama scandal started³³. His fantasy about a Jewish conspiracy probably relied on his personal relationship to France. The charges were merely based on the Jewish background of politicians and businessmen and excluded them as foreigners: “Like the other eminent recipient of public money he [Samuel, F.B.] is not of our blood or tradition and owns no real allegiance to the foreign state which has very unwisely hired him to serve it”³⁴. In general, the Liberals were charged with corrupting society and being the marionettes of corrupt Jews: “We know that they [the Liberals, F.B.] sell peerages, that they sell places on the Front-Bench, that they sell policies. We know that a rich financier, though an alien and an unsavoury one at that, can get hold of a politician just as he gets hold of a racehorse”³⁵.

In contrast to France, where many bribes were paid, the charges were completely unfounded. There was no proof for the existence of a Jewish conspiracy between Marconi’s company and the Postmaster General³⁶. However, the debate revealed other improper business connections between the Chancellor of Exchequer Lloyd George, the Attorney General Rufus Isaacs and his brother from the Marconi Company, because the latter gave tips for speculations with shares of the company. This led to a genuine scandal and almost to the resignation of Lloyd George. The emotional debate which divided the British public suggested that the moral politics against corruption had now reached Britain, too. As in Germany, opposition journalists and politicians fought hand in hand to bring down the government with such emotional accusations concerning moral standards. British and German politicians and officials were indeed not as corrupt as those in France. However, the transfer

³² *Outlook* 20.7.1912.

³³ Notes on the anti-Semitism of the famous author in: Wilson (1984).

³⁴ *Eye-Witness* 15.8.1912, 257; similar *Eye-Witness* 8.8.1912, 227-230.

³⁵ *Eye-Witness* 17.10.1912, 545.

³⁶ See the files in: British Telecommunications Archives London POST 88/34. Comp. already: Donaldson (1962); Bentley Brinkhoff (1989).

of the scandals intensified the imagination that a similar corruption could happen — and this led to scandals, too.

IV. TRANSFERRING TABOOS: SCANDALS ABOUT HOMOSEXUALITY

In Britain and Germany, France was also seen as a country without any moral standards in questions of sexuality. However, sexual scandals occurred rather rarely in France in the decades around 1900, but very often in Britain and Germany³⁷. In particular, the number of scandals concerning homosexuality increased in Britain from the 1880s onwards and in Germany from 1900. At least in certain aspects German journalists took up the British scandals and the German debate went back to Britain.

Scandals concerning homosexuality were connected with political debates and conflicts about class structures. In Britain, for instance, Irish journalists and politicians brought up such charges against members of the English administration in Dublin in 1883. The scandal, which developed quickly, was part of their fight for Irish independence. When the accusations were discussed in court, the so-called “Dublin Castle Scandal” created offending stereotypes of the moral degeneration of the English elite in Ireland³⁸. In 1889, journalists from radical papers and the radical politician Henry Labouchere brought up a scandal concerning the homosexuality of aristocrats in London who had visited a male brothel. The aim of this scandal was to sully the reputation of the upper classes³⁹. Further similar scandals followed in subsequent years, which revealed the homosexuality of Edward Samuel Wesley de Cobain MP, of the colonial hero Hector MacDonald or of Oscar Wilde. Consequently, homosexuality became a theme widely discussed in the media, although this debate was still characterised by taboo and guarded insinuation.

The famous scandal of Oscar Wilde might be taken as an example of how these disclosures in Britain were transferred to Germany by journalists and politicians. During the trial of Oscar Wilde the German journalist

³⁷ An important exception in France is the scandalous campaign of the *Figaro* against the love affairs of Caillaux; see Berenson (1992).

³⁸ Cf. for detailed sources: Bösch (2009), Chapter 2.

³⁹ Excellent sources about this scandal can be found in The National Archive (TNA), especially in: TNA HO 144/477/X24427 and DPP 1/95. For its development, but with less interest in the interaction of media and politics, Hyde (1976); Chester *et al.* (1976); Kaplan in Erber and Robb (1999): 78-99.

Eduard Bernstein reported from London for the press of the Social Democrats. His articles in *Die Neue Zeit* discussed the Social Democratic attitudes towards homosexuality in public for the first time⁴⁰. The articles demanded that these men not be punished, but at the same time condemned a “decadent” kind of homosexuality such as Wilde’s: “One has to judge in each single case whether there are wild excesses or an insuperable love for the same sex, which should not be valued as a moral judgement, but pathologically”⁴¹. Consequently, the Social Democrats did not support the rights of homosexuals in general, but constructed a critical distance from cases such as Oscar Wilde.

Those German articles about the scandal of Oscar Wilde had two consequences. On the one hand, they led to a broad German reform movement for the repeal of paragraph 175⁴². The first gay associations were founded, signatures for the repeal were collected, and August Bebel brought up the topic in the Reichstag in 1898. In his Reichstag speech, Bebel used references to homosexuality in the upper classes to threaten his opponents with scandals immanent in Germany: “If the police in Berlin would do their duty in this field, I just want to speak of this city, there would be a scandal compared to which the Panama scandal, the Dreyfus affair, the Lützow-Leckert affair and the Tausch-Normann-Schumann scandal are a cakewalk”⁴³. Although Bebel did not explicitly refer to British scandals in this speech, the charge itself and belief in the political power of scandals were transferred from abroad.

Only a few years later, the German Social Democrats started to attack the elite of the Kaiserreich with accusations of homosexuality similar to those that the Irish and Radicals in Britain had made before. In 1902 their major newspaper, *Vorwärts*, launched a big scandal by accusing the famous entrepreneur Friedrich Alfred Krupp of homosexual intercourse with young boys in Capri⁴⁴. Here, the article used the same distinctions as those that were developed in the German reception of the Oscar Wilde scandal. The charges in the articles distinguished between legal “homosexual love” and decadent orgies with young boys, which should be punished. The information about Krupp’s supposed sexual behaviour was taken from socialist newspapers in Italy,

⁴⁰ The most important Social Democratic ideas on moral questions before that were published in the several (revised) editions of: August Bebel, *Die Frau und der Sozialismus* (Stuttgart: Dietz, 1878).

⁴¹ Bernstein, “Die Beurtheilung”, in: *Die Neue Zeit* (1895), 231.

⁴² General notes on this movement in: Lautmann and Taeger (1992): 239-268, here 243.

⁴³ Verhandlungen des Reichstages 13.1.1898, Bd. 159, 16. Sitz., 410.

⁴⁴ *Vorwärts* 15.11.1902, 2.

which were then reprinted in Austria⁴⁵. This transfer of charges led not only to a great scandal but also to the death of one of the biggest industrialists in Europe. Only one week after the article Krupp died — most likely by committing suicide. Other scandals concerning homosexuality followed, especially the scandals in 1907/08 of Eulenburg and Moltke, who were close friends of the Emperor⁴⁶.

The scandals about homosexuality were taken up by the international press. The articles revealed differences within public discourse when one looks at the national provenance and the political slant of those papers. While the majority of the international press was talking about Krupp's homosexuality quite directly, the majority of the British press stayed silent about the charge. *The Daily Telegraph*, *The Times* and the *Daily Express* wrote about Krupp's life, but mentioned only "libels" which had contributed to his death⁴⁷. Still, a radical paper such as *Reynolds's Newspaper*, which had also discussed the British homosexual scandal directly, called the Krupp scandal the most important event in Germany since Bismarck's death and reported about Krupp's contacts with boys in Capri and the "mania homosexualis"⁴⁸. Later on, the charge of homosexuality against a close friend and adviser of Emperor Kaiser Wilhelm II, Graf Eulenburg, was received broadly in the European press and contributed to the impression that the German elite was homosexual⁴⁹.

However, the mutual reports showed difficulties for British journalists who wrote about such scandals from Berlin. In general, homosexuality was discussed much more openly and directly in Germany. In Britain, these cases helped to reduce taboos and construct new knowledge about homosexuals, too, but with a greater distance. Consequently, the Berlin correspondent of *The Times* started his article about a trial concerning homosexuality, which was connected with the scandal of Eulenburg, with the helpless words: "It is really difficult to know how to report a case of this kind in *The Times*. It is impossible to transmit the evidence verbatim [...]"⁵⁰. However, the journalist tried in the following lines with many details. Even the word "homosexual" was used for the first time in *The Times* in this article. So one can conclude that such reports about scandals helped to create cross-border knowledge and

⁴⁵ See *Propaganda* 18.9.1902, 15.10.1902; 20.10.1912; in Austria: *Arbeiter-Zeitung* 27.10.1902.

⁴⁶ As a recent investigation of these cases comp.: Kohlrausch (2005): 186-243.

⁴⁷ See *Times*, *Daily Telegraph* and *Daily Express* 24.11.1902.

⁴⁸ *Reynolds's Newspaper* 30.11.1902, 1.

⁴⁹ Domeier (2015).

⁵⁰ *Times* 7.11.1907, 3.

supported the creation of similar scandals. However, they were not always used for systematic campaigns against another country.

V. TRANSNATIONAL COMPETITION: SCANDALS CONCERNING COLONIALISM AND THE MONARCHIES

The “scramble for Africa” heightened political and cultural competition between Germany and Britain — especially from the German perspective. During the African land grab colonial scandal gave rise to important imaginative constructions of the other country. The numerous German articles about the violent deeds of Stanley’s Rear Column in 1890, for instance, led to a scandal with an international debate and biting commentary in Germany. The mockery of Stanley’s hypocrisy, selfishness and profiteering was obviously directed at English colonialism in general⁵¹. Similarly, the German colonial project was also subjected to scandalmongering: the brutal behaviour of colonial officers such as Heinrich von Leist, Alwin Wehlan and Carl Peters led to comments in the British press which questioned whether Germany should have colonies at all. The conservative newspaper *The Spectator* concluded on the Peters scandal: “This is the third case and yet German officials wonder why, even when they have acquired colonies, German settlers prefer to immigrate to America or to the British colonies”⁵².

The perception of colonial scandal abroad gave arguments for coping with scandal at home. In Germany, right-wing papers and politicians in particular argued that countries like England behaved worse than the Germans. The media, however, did not go public with the details or express any kind of apology. For instance the *Münchener Neueste Nachrichten* argued: “Neither England nor France nor any other colonising power makes much fuss about such attacks on natives”⁵³. The strength of the British Empire was not seen in its moral superiority, but in its power to ignore critical reports by using a patriotic self-censorship. On the other hand, the German Liberal, Catholic and Social Democratic journalists and politicians used the British cases as

⁵¹ See esp. the articles in *Neue Preussische Zeitung*, 25 Oct.-20 Nov. 1890, esp. 8 Nov. 1890, 2; also *Vossische Zeitung*, 31 Oct. 1890, 2. About Stanley in general: James J. Newman, *Imperial Footprints. Henry Morton Stanley’s African Journeys*, Washington, 2004.

⁵² *Spectator* 21.3.1896, 399.

⁵³ *Münchener Neueste Nachrichten*, 71, 13.1.1903; similar for instance: *Berliner Illustrirte Zeitung*, 12, 22.3.1896.

examples of how one could react to German scandal. Martin Spahn argued that the British prevented further scandal by punishing the guilty party, whereas the Germans did not undertake any investigations at all⁵⁴. Demands were made in Germany for the creation of parliamentary select committees, but they usually investigated British scandals. British practice was adopted, however, in meting out punishment.

Scandal usually transferred between nations through translation of the content of foreign papers. Some papers had their own foreign correspondents in London or Berlin. Other international actors were journalists reporting from the African colonies. They travelled between British and German colonies and reported rumours from both territories. Little is known about their work, for only a few papers could afford such journalists. The papers of Eugen Wolf, probably the most important German journalist in Africa in the 1890s, are excellent sources for this purpose⁵⁵. His articles for the *Berliner Tageblatt* helped to expose colonial violence. His work is also an example of journalistic cooperation between Britain and Germany. When the German authorities refused to grant him travel and telegraph permission because of his critical reports, the British helped him with his travels. Therefore the German foreign ministry spread the rumour that Wolf was a British spy⁵⁶. The work of the African correspondent thus became part of the German-British rivalry.

The competitive interaction between the public of the two countries was even more intense during scandals concerning the monarchies. The royal houses developed in connection with the extension of the media. Although the monarchs in Britain and Germany lost much of their direct political influence during the second half of the nineteenth century, the emergence of the mass media and the popular politics on the streets helped to increase the reputation and position of Queen Victoria and Wilhelm I from the 1880s onwards. While the papers tried to catch impressions of the royal household, the royals opened their doors to the media, presented their family life and participated in symbolic actions, which raised public attention⁵⁷. Both increased not only their reputation but also the incidence of scandal.

While Queen Victoria and Wilhelm I were rarely associated with scandal, their successors Edward VII and Wilhelm II had a different experience. Their character, particularly, became a popular topic. Prince Edward's moral

⁵⁴ *Times* 30.8.1906, 3.

⁵⁵ Cf. files in: Bundesarchiv Berlin/Lichterfelde R 1001-4694, and -4695.

⁵⁶ Report on 23.8.1892, in: BAB R1001-4694-121; cf. also newspaper articles in: *Hamburger Correspondent*, 13.8.1892.

⁵⁷ Plunkett (2002); Geisthövel and Knoch (2003): 59-80.

conduct was the source of much racy talk. With the Mordaunt scandal in 1870, he was charged with having had an affair with a married woman and was even questioned as a witness in a divorce trial⁵⁸. Although the Prince was not convicted, his image as a womaniser was cemented, and beyond Britain, as well. His passion for gambling led to another scandal in 1891 and precipitated a crisis of the royal house⁵⁹. The “Baccarat Scandal” revealed that the Prince used to play this illegal game of chance and even encouraged other aristocrats to join him. The public reactions during these British scandals were harsh. “Never perhaps during the present reign has there been such an outspoken criticism of one so near the Throne”, as the *Pall Mall Gazette* summed up its extensive review of press reactions on the Baccarat scandal⁶⁰. Other papers referred to the Necklace Affair of Marie Antoinette to stress the drama of the outrage⁶¹.

These British scandals led to high-paced international reports and reactions. The Germans, French and Americans made a laughing stock of the future British king. Their caricatures presented him as a gambler, drinker, debtor or in dubious company. Furthermore, foreign papers portrayed the Prince as a small boy next to his big mother. In this way the international media attacked the reputation of the future king of Britain. Several of these foreign caricatures published during the Baccarat scandal were reprinted in the British press⁶². They were taken as evidence for the need to educate the Prince. These stereotypes about the royal house went temporarily dormant in the following years, but were reactivated during times of crisis. Especially during the Boer War, when the German public became hostile to England, such accusations against King Edward VII were presented in an even more dramatic manner⁶³. Edward was called a “debauchee” in German papers, which attacked British morality in general.

Scandal concerning Wilhelm II discussed his character, too, but in general took a different direction. There was the usual questioning of sexual norms, but the attacks were directed at the entourage of the Emperor, not Wilhelm himself. The “Kotze Scandal” in 1894, for instance, revealed that a member of the high aristocracy was teasing members of the royal court with

⁵⁸ Reports of the proceedings in: *Times* 19.2.1870, 11; as a case study: Hamilton (1999). Notes on his moral conduct in general in Aronson (1988).

⁵⁹ Havers *et al.* (1977).

⁶⁰ *Pall Mall Gazette* 10.6.1891, 6.

⁶¹ *Daily Chronicle* 10.9.1891.

⁶² See the international collection in: *Review of Reviews* July 1891, 16-22.

⁶³ Geppert (2007): 135-136.

exaggerated sexual disclosures⁶⁴. Also the charge of homosexuality against his friends Eulenburg and Moltke led to a scandal which threatened the role of the Emperor⁶⁵. However, the greatest scandal arising from Wilhelm II resulted from his public speeches and interviews. Despite his martial performances, Wilhelm II was not seen negatively per se in the British press⁶⁶. Nevertheless, his public interventions in the issue led to dramatic reactions among the British public. His telegram to the Transvaal President Ohm Krüger, in which Wilhelm congratulated him for his victory after the Jameson Raid, led not only to sneering and angry articles in the British press but also to demonstrations in the streets and fights with Germans in London's East End⁶⁷.

One of the most well-known scandals in imperial Germany, the “*Daily Telegraph* Affair”, was based on an interview of the Emperor with the British newspaper. Although the British public grew accustomed to Wilhelm's brutish rhetoric, this interview is a particularly illustrative example of how such scandal led to public cross-border interaction. While Wilhelm pretended to seek friendship with Britain in his boastful interview, the British press read it differently and became outraged⁶⁸. While the Germans were merely joking about the British king, the British public was not only laughing about the German Emperor but also interpreted his scandalous speeches as a sign of the incomprehensible German manner.

Interviews with Wilhelm II also illustrated how journalists and the press became transnational actors. As mentioned above, the role of interviews as a technique of foreign diplomacy increased in 1907-08. Several leading German statesmen received foreign journalists for interviews. In particular, Chancellor Bülow granted several extensive interviews with English journalists in which he stressed his wishes for a good German relationship with England⁶⁹. The two interviews with Wilhelm II in 1908 conveyed this in particular. The first interview, which was published in *The Daily Telegraph*,

⁶⁴ See the letters in: Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz HA I, Rep. 89, Nr. 3307/4 and /10. Some notes in: Bringmann (1997): 152-201; Röhl (2001): 741-755.

⁶⁵ Kohlrausch (2005): 186-243.

⁶⁶ That at least parts of the British had a positive image of him or remained neutral is the central result of Reinermann (2001).

⁶⁷ *Id.*, 145-179.

⁶⁸ See *Daily Mail* 29.10.1908, 6; *Times* 29.10.1908, 9.

⁶⁹ See for instance the interview with Sydney Whitman, in: *Standard* 13.9.1908; WTB an Bülow 14.9.[1908], in: Bundesarchiv Koblenz N 1016-185-73; further interviews are mentioned in: Geppert, *Pressekriege*, 258-260.

emphasised his personal friendship with England. In a second interview, which was conducted by the American journalist William Bayard Hale, Wilhelm stressed the friendship with America and warned about the threat from England⁷⁰. Although the German government was able to prevent the printing of the second interview, at least the first one led to a major scandal which outraged all German parties. One could argue that the Emperor was simply inexperienced with interviews. He failed to consider the international reception or the alternative interpretation of his words. The *Daily Telegraph* affair showed that politicians took the initiative to use the press for their diplomatic goals, but were not able to control the outcome and interpretations of their interviews because they circulated in an international context. At the same time it becomes clear that the journalists were not only interested in printing spectacular stories. Furthermore they kept a lid on problematic interviews such as Hale's to protect the diplomatic interests of their states and to maintain a semblance of peace.

VI. CONCLUSION

The first aim of this article was to analyse the relationship between politics and the press through a study of scandal. The increasing number of scandals in the late nineteenth century was not only a result of the new yellow press and commercial interest or the result of an independent fourth estate. Rather, the growing interaction between the political press and the changing political culture led to polarised emotional disputes and scandalous charges. They were brought up by politicians, who acted as journalists, and journalists who had political goals. The belief that the masses could be directed by sensation influenced political and journalistic actions. Commercial interest were at least not the main goal of those, who brought up these political scandals. In both countries the results of the scandals showed the power of this changed political communication. They often led to amendments, resignations or changed norms. Scandal not only increased the power of journalists but also strengthened opposition parties and parliamentary groups which used the media to publicise sensational revelations. Despite all the historical differences between Germany and Britain, this development demonstrated how the British and German models of press and politics became more alike.

⁷⁰ A detailed analysis of the origin of these interviews in Winzen (2002); Menning and Menning (1983): 368-397.

The second aim of this article was to point out the international transfer of scandal. Scandal played an important role in the self-perception of each nation and the perception of the other. The mutual reports of the media helped to establish stereotypes and increased tensions between the different countries. In this perspective, journalists and politicians were actors who influenced politics and culture by transferring scandals from other countries. Foreign correspondents translated scandals like the cases of Oscar Wilde, Philipp Eulenburg or those about corruption in France. They were taken up by the domestic journalists and politicians. The transfers of scandals showed differences which depended on the subject under debate. Colonial scandals led to the strongest reactions. They fostered a general critique of the colonial practice of the other country, but also forced domestic reforms which were modelled on examples from abroad. Scandal about the monarchy led to a similarly intense interaction and debate, especially because the monarchs associated with scandal were taken to be representative of their respective nations. Scandals concerning homosexuality came up first in Britain and were indirectly transferred to Germany. A legal debate followed. These scandals also led to discussion of so-called “decadent” forms of homosexuality, which were attacked even by those who generally preferred exemption from punishment. Finally, a specific kind of transfer was shown for corruption scandals. France was the major reference point for Germany and Britain. The Panama scandal was an especially important event for both countries — as a model for anti-Semitic charges and imaginings of corrupt conspiracies, but also as a reference point to stress the moral superiority over France.

Consequently, one can conclude that the elite of each country was the subject of suspicion during the decades around 1900. A new kind of moral scrutiny entered the political realm. This was also a struggle in the international arena and scandals brought up national stereotypes about each nation. The international press watched and participated in the construction of those scandals. The competition for moral legitimacy and reputation anticipated the struggles on the real battlefield after 1914. Even on the battlefield, however, the moral denigration of the enemy through scandalous reports of atrocities remained a central element of politics *and* journalism.

Bibliography

- Aronson, T. (1988). *The King in Love: Edward VII's Mistresses*. London: Murray.
- Barker, H. and Burrows, S. (eds.). (2002). *Press, Politics and the Public Sphere in Europe and North America, 1760-1820*. Cambridge: Cambridge University Press. Available at: <https://doi.org/10.1017/CBO9780511496660>.

- Baylen, J. O. (1988). Politics and New Journalism: Lord Esher's Use of the Pall Mall Gazette. In J. H. Wiener (ed.). *Papers for the Millions: The New Journalism in Britain, 1850s to 1914* (pp. 107-121). New York: Greenwood.
- Bebel, A. (1878). *Die Frau und der Sozialismus*. Stuttgart: Dietz.
- Berenson, E. (1992). *The Trial of Madame Caillaux*. Berkeley: University of California Press.
- Bösch, F. (2009). *Öffentliche Geheimnisse. Skandale, Politik und Massenmedien in Deutschland und Großbritannien, 1880-1914*. Munich: Oldenbourg-Verlag. Available at: <https://doi.org/10.1524/9783486707465>.
- (2015). *Mass Media and Historical Change. Germany in International Perspective, 1400 to the present*. New York: Berghahn.
- Bourson, P.-A. (2000). *L'affaire Panama*. Paris: Edition de Vecchi.
- Bentley Brinkhoff, G. (1989). David Lloyd George and the Great Marconi Scandal. *Historical Research*, 142 (62), 295-317.
- Bringmann, T. C. (1997). *Reichstag und Zweikampf. Die Duellfrage als innenpolitischer Konflikt des deutschen Kaiserreiches 1871-1918*. Freiburg: Hochschul-Verlag.
- Brown, L. (1985). *Victorian News and Newspapers*. Oxford: Clarendon Press.
- Callanan, F. (1996). *T. M. Healy*. Cork: Cork University Press.
- Chapman, J. (2005). *Comparative Media History. An Introduction: 1789 to the Present*. Cambridge: Polity Press.
- Chester, L., Leitch, D. and Simpson, C. (1976). *The Cleveland Street Affair*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Cook, A. B. and Vincent, J. (1974). *The Governing Passion: Cabinet Government and Party Politics in Britain 1885-1886*. Brighton: Harvester.
- Dard, O., Engels, J. I., Fahrmeir, A. and Monier, F. (eds.). (2015). *Scandales et corruption à l'époque contemporaine*. Paris: Armand Colin / Recherches.
- Domeier, N. (2015). *The Eulenburg Affair. A Cultural History of Politics*. London: Camden House.
- Donaldson, F. (1962). *The Marconi Scandal*. London: Hart-Davis.
- Erzberger, M. (1906). *Die Kolonial-Bilanz: Bilder aus der deutschen Kolonialpolitik auf Grund der Verhandlungen des Reichstags im Sessionsabschnitt 1905/06*. Berlin: Germania.
- Geisthövel, A. and Knoch, H. (eds.). (2003). *Kommunikation von Beobachtung. Medienwandel und Gesellschaftsbilder 1880-1960*. Munich: Fink.
- Geppert, D. (2007). *Pressekriege. Öffentlichkeit und Diplomatie in den deutsch-britischen Beziehungen, 1896-1912*. München: Oldenbourg Verlag.
- Hamilton, E. (1999). *The Warwickshire Scandal*. London: Pan Books.
- Havers, M., Grayson, E. and Shankland, P. (1977). *The Royal Baccarat Scandal*. London: Kimber.
- Hind, R. J. (1972). *Henry Labouchere and the Empire 1880-1905*. London: Athlone Press.
- Holmes, C. (1979). *Anti-Semitism in British Society 1876-1939*. London: Arnold.
- Hondrich, K. O. (2002). *Enthüllung und Entrüstung: Eine Phänomenologie des politischen Skandals*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Hyde, H. M. (1976). *The Cleveland Street Scandal*. London: W.H. Allen.
- Kaplan, M. (1999). Did 'My Lord Gomorrah' smile? Homosexuality, Class and Prostitution in the Cleveland Street Affair. In N. Erber and G. Robb (eds.). *Disorder in the*

- Court: Trials and Sexual Conflicts at the Turn of the Century* (pp. 78-99). New York: New York University Press. Available at: https://doi.org/10.1057/9781403934314_5.
- Kohlrausch, M. (2005). *Der Monarch im Skandal: Die Logik der Massenmedien und Transformationen der wilhelminischen Monarchie*. Berlin: Akademie-Verlag. Available at: <https://doi.org/10.1524/9783050048376>.
- Lautmann, R. and Taeger, A. (1992). Sittlichkeit und Politik. § 175 im Deutschen Kaiserreich (1871-1919). In R. Lautmann and A. Taeger (eds.). *Männerliebe im alten Deutschland: Sozialgeschichtliche Abhandlungen* (pp. 239-268). Berlin: Rosa Winkel.
- Leitzbach, J. C. (1998). *Matthias Erzberger: Ein kritischer Beobachter des Wilhelminischen Reiches 1895-1914*. Frankfurt: Lang.
- Menning, R. R. and Menning Bresnahan, C. (1983). "Baseless Allegations". *Wilhelm II and the Hale Interview of 1908*. In: CEH 16, 368-397.
- Newman, J. J. (2004). *Imperial Footprints. Henry Morton Stanley's African Journeys*. Washington: Potomac Books.
- Plunkett, J. (2002). *Queen Victoria: First Media Monarch*. Oxford: Oxford University Press.
- Reinermann, L. (2001). *Der Kaiser in England. Wilhelm II. und sein Bild in der britischen Öffentlichkeit*. Paderborn: Ferdinand Schoeningh Verlag.
- Rogge, H. (1959). *Holstein und Harden politisch-publizistisches Zusammenspiel zweier Außen-seiter des wilhelminischen Reichs*. Munich: Beck.
- Röhl, J. C. G. (2001). *Wilhelm II. Der Aufbau der persönlichen Monarchie*. München: Beck 2001
- Schults, R. L. (1972). *Crusader in Babylon: W. T. Stead and the Pall Mall Gazette*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Stead, W. T. (1886). Government by Journalism. *The Contemporary Review*, 49, 653-674.
- Taylor, S. J. (1996). *The Great Outsiders: Northcliffe, Rothermere and the Daily Mail*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Templin, C. (2016). *Medialer Schmutz. Eine Skandalgeschichte des Nackten und Sexuellen im Deutschen Kaiserreich 1890-1914*. Bielefeld: Transcript. Available at: <https://doi.org/10.14361/9783839435434>.
- Thompson, B. (2000a). *Political Scandal: Power and Visibility in the Media Age*. Cambridge: Polity Press.
- Thompson, J. L. (2000b). *Northcliffe: Press Baron in Politics, 1865-1922*. London: Murray.
- Warwick-Haller, S. (1990). *William O'Brien and the Irish Land War*. Dublin: Irish Academic.
- Weber, G. (1993). Henry Labouchere: Truth and the New Journalism of Late Victorian Britain. *Victorian Periodicals Review*, 26, 36-43.
- Weller, B. U. (1970). *Maximilian Harden und die "Zukunft"*. Bremen: Universitätsverlag Schünemann.
- Wiener, J. H. (1988). *Papers for the Million: The New Journalism in Britain, 1850s to 1914*. New York: Greenwood.
- Wilson, A. N. (1984). *Hilaire Belloc*. London: Hamish Hamilton.
- Winzen, P. (2002). *Das Kaiserreich am Abgrund. Die Daily Telegraph-Affäre und das Hale-Interview von 1908. Darstellung und Dokumentation*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

- Young, H. F. (1959). *Maximilian Harden. Censor Germaniae: The Critic in Opposition from Bismarck to the Rise of Nazism*. Den Haag: Springer. Available at: <https://doi.org/10.1007/978-94-015-2457-5>.
- Young, H. F. (1971). *Maximilian Harden. Censor Germaniae. Ein Publizist im Widerstreit 1892 bis 1927*. Münster: Verlag Regensburg.

LA REPUTACIÓN DEL NOTABLE. ESCÁNDALOS Y CAPITAL SIMBÓLICO EN LA ESPAÑA LIBERAL

Reputation and elites: Scandals and symbolic capital in liberal Spain

POL DALMAU

Leibniz Institute of European History

Pol.Dalmau@eui.eu

Cómo citar/Citation

Dalmau, P. (2018).

La reputación del notable.

Escándalos y capital simbólico en la España liberal.

Historia y Política, 39, 79-107.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.04>

[Recepción: 30/05/2017. Evaluación: 17/07/2017. Aceptación: 01/12/2017. Publicación: 17/04/2018]

Resumen

El objetivo del presente artículo es examinar la importancia que el prestigio y la reputación jugaron históricamente en la legitimización de las élites liberales. Mientras que la historiografía tradicionalmente ha justificado la preeminencia social de las élites en base al control que estas ejercían de los mecanismos de influencia (como el clientelismo), y de su adscripción a espacios de sociabilidad más amplios (como los partidos y las redes de afinidad personal), nuestra intención es analizar la función que la imagen pública jugó en la perpetuación (o declive) social de dichas élites. Por medio de un escándalo político que afectó a la familia Godó, propietaria del diario barcelonés *La Vanguardia*, el artículo examinará la transformación de los valores morales en los que se basaba la legitimidad de las élites liberales, destacándose la función cada vez más importante que la prensa y la esfera pública jugaron en la nueva política de masas. De esta manera, el fenómeno del escándalo será usado como un recurso heurístico dirigido a renovar el estudio de las élites liberales, a partir de un enfoque multidisciplinar que combina la historia cultural y la historia de la comunicación política.

Palabras clave

Escándalos; reputación; capital simbólico; notables.

Abstract

This article analyses the importance that prestige and reputation played in the social legitimacy of liberal elites. While the literature has traditionally assumed that the social preeminence of liberal elites relied on their control of the “mechanisms of influence” (e.g. clientelism and patronage), and to their adscription to broader spaces of sociability (e.g. political parties and networks of affinity), our intention is to examine the function that public image played in the survival (and decline) of political elites. By focusing on a scandal that affected one of the great press baron dynasties in Barcelona, the article will uncover the historical transformation of moral values concerning the values of legitimacy and authority, and at the same time examine how the growing importance of public opinion and the press profoundly transformed routine liberal politics. In this way, scandals will be used as an heuristic tool to renew the study of elites based on an interdisciplinary perspective that combines cultural and media history.

Keywords

Scandals; reputation; symbolic capital; notables.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. LA IMAGEN PÚBLICA DEL NOTABLE. III. LA ESFERA PÚBLICA COMO CAMPO DE PODER. IV. ESCÁNDALOS Y LEGITIMIDAD. V. CONCLUSIONES. BIBLIOGRAFÍA.

I. INTRODUCCIÓN

El día 1 de julio de 1906 el periódico *La Vanguardia* publicó una carta dirigida al director. Siguiendo una práctica que parece fue inventada por la prensa británica, el rotativo barcelonés —por entonces líder de ventas en la ciudad— había adoptado la costumbre de reservar una de sus páginas a dar voz a sus lectores. En esta ocasión, sin embargo, la carta no había sido escrita por un lector anónimo, ni iba dirigida, como era habitual, a comentar algún aspecto de la vida pública, sino que había sido remitida por el mismo propietario de *La Vanguardia*, Ramón Godó Lallana (1864-1931). Como él explicaría, las razones que le habían llevado a hacerlo tenían una motivación personal:

Mi estimado amigo: En más de una ocasión he manifestado particularmente á algunos amigos íntimos el propósito que abrigaba de apartarme por ahora de la vida política activa, en que ninguna satisfacción personal he encontrado, pero sí muchos disgustos y decepciones.

Habiendo mis manifestaciones, no obstante su carácter, hasta ahora meramente particular, trascendido á la opinión en el distrito de Igualada, que tengo la honra de representar en Cortes, y sido torcidamente comentadas é interpretadas, entiendo llegado el momento de declarar que, en efecto, he tomado la firme resolución de no presentar mi candidatura en las próximas elecciones de diputados á Cortes, sea cual fuere el plazo que tarden en verificarse aquéllas y sea cual fuere el partido que las realice, considerándome, por lo tanto, desde ahora apartado de la política.

Créome, pues, obligado á poner mi resolución en conocimiento de mis amigos y de los electores del distrito de Igualada, de cuyo afecto y confianza guardaré siempre vivísimo agradecimiento.

Ruego á usted ordene la inserción en las columnas de LA VANGUARDIA de esta carta¹.

¹ *La Vanguardia*, 01/07/1906, p. 2.

Con este breve texto, el propietario del periódico más vendido de Cataluña ponía fin a su carrera política. Lo hacía con la voluntad de acabar con los rumores en que se había visto envuelto y sin esconder su desencanto con respecto a la política, en la que confesaba no haber encontrado «ninguna satisfacción personal [...] pero sí muchos disgustos y decepciones». Renunciaba de esta manera al escaño que había ocupado en el Congreso de los Diputados desde 1897, en virtud de sucesivas victorias electorales que en más de una ocasión habían llegado a alcanzar el 99 % de los votos. Esta sucesión de triunfos aplastantes eran el resultado, como fue la tónica general durante la Restauración borbónica (1874-1923), de una maquinaria caciquil minuciosamente engrasada. En efecto, Ramón Godó personificaba una alianza de más veinte de años entre el Partido Liberal de Sagasta y la dinastía de los Godó. El origen de esa alianza se remontaba a 1881, cuando el padre y el tío de Ramón (los hermanos Carlos y Bartolomé Godó Pié) fundaron *La Vanguardia* como portavoz del Partido Constitucional en Barcelona. A partir de aquel momento y hasta la carta antes reproducida, los Godó fueron un ejemplo prototípico de aquellas élites liberales que hicieron de su papel de mediador entre el Estado y el territorio la base de una próspera carrera política.

Un rol de mediador, el de estas élites locales o «notables», que fue decisivo en la consolidación del Estado liberal en España. En este sentido, y como Juan Pro ha recordado recientemente, la asociación que suele hacerse del caciquismo con el período de la Restauración no debería desviar la atención sobre el significado más primigenio y genuino del «cacique», desde su aparición en el segundo tercio del siglo XIX: actuar como enlace entre el Estado liberal y el mundo local, durante la larga etapa de inestabilidad y reacción carlista que siguieron al derrumbe del Antiguo Régimen². También en el resto de Europa existieron élites locales que ejercieron una función parecida en la articulación del Estado liberal, referidas habitualmente como «notables». Según la definición clásica de André-Jean Tudesq, este grupo social presentaba una serie de rasgos definitorios —como el arraigo al ámbito familiar, una posición acomodada, su función de liderazgo e intermediación entre la comunidad y el poder central— que, sin embargo, y como se ha apuntado recientemente, presentaba rasgos propios en cada país³.

En el espacio mediterráneo, además de contribuir al asentamiento y articulación del régimen parlamentario, los notables fueron una pieza clave para asegurar el monopolio del poder público por parte de los partidos liberales; ya

² Pro (2004) y Blakeley (2001).

³ Tudesq (1993) y Reinhard (1996). Para una genealogía del concepto, véase: Camurri (2012). Para el caso español: Inarejos (2012).

fuera mediante su contribución a los mecanismos de alternancia en el Gobierno («rotativismo», en el caso de Portugal; «sistema del turno», en España), como en la formación de coaliciones entre los mismos partidos liberales («trasformismo», en Italia)⁴. La contraprestación que estos notables recibían por su apoyo a los partidos estatales consistía en un acceso «privilegiado» a los recursos públicos para ellos y sus subordinados («clientes») y la consolidación de su hegemonía en el espacio local.

Llegados a este punto, el caso de Ramón Godó Lallana resulta de especial interés para cuestionar algunos supuestos de la historiografía sobre las élites liberales. En la carta publicada en *La Vanguardia*, Godó renunciaba a su candidatura a Cortes, cansado de tantos rumores. ¿Cuáles fueron las razones que llevaron a un político que siempre había ganado las elecciones de forma tan avasalladora a abandonar su carrera? ¿Qué motivos le inclinaron a tomar una decisión tan repentina como irrevocable? Y más importante para la historia de las élites, ¿cómo explicar una situación tan inaudita, como es el hecho de que un cacique dimitiera de la política?

En efecto, en plena España de la Restauración, dominada por las prácticas clientelares (a pesar del nuevo clima político creado por el «Desastre» de 1898 y el movimiento regeneracionista), un cacique como Ramón Godó decidió tirar la toalla. Si esta situación puede resultar sorprendente se debe a la existencia de lagunas en la manera cómo los historiadores han abordado la naturaleza del poder en la Europa liberal. Uno de los rasgos que caracterizó la trayectoria de los notables en la mayor parte del continente fue su capacidad para perpetuar su presencia en las instituciones oficiales, en algunos casos incluso hasta después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)⁵. Tradicionalmente, la historiografía ha explicado la larga hegemonía de este grupo social a partir de una doble premisa: primero, el control que ejercían sobre los «mecanismos de la influencia» (como el clientelismo político); y segundo, su adscripción a espacios de sociabilidad más amplios (como los partidos, asociaciones y redes de afinidad personal) que les permitían asentar su posición en la sociedad. Dicho de otro modo, el éxito de un notable a la hora de perpetuar su posición se basaba en su capacidad para actuar como interlocutor de los partidos estatales, en virtud del control ejercido sobre los mecanismos de representación entre el centro político y la periferia.

No obstante, la atención que los historiadores han dedicado a estudiar las «prácticas del favor» ha tendido a eclipsar otro aspecto clave del poder notabiliar: su dimensión pública. En efecto, ya sea por el interés en demostrar

⁴ Musella (1985); Casmirri y Cortina (1998), y Moreno y Tavares (2015).

⁵ Best y Cotta (2000).

que el caciquismo era un mecanismo de dominación social basado en la violencia de clase, o bien para subrayar que el sistema se basaba en la «política del pacto», las distintas corrientes historiográficas han profundizado menos en la dimensión simbólica de las élites⁶. El hecho de que las sociedades mediterráneas tuvieran un carácter eminentemente rural, con bajos niveles de alfabetización, y de que la mayoría de la población mostrara un escaso interés hacia la política oficial ha contribuido a extender la creencia de que el control de las elecciones habría sido suficiente para asegurar su dominio político. Sin embargo, otras disciplinas como la antropología o la sociología han demostrado cómo en todas las épocas las élites gobernantes, independientemente de si eran elegidas de forma más o menos democrática, han tenido la necesidad de justificar y legitimar su autoridad por medio de rituales, ceremonias y otro tipo de prácticas simbólicas⁷. Efectivamente, Max Weber ya apuntó que la posición del notable no se asentaba solamente en una base material (sin duda importante) ni en el control de la representación oficial, sino que descansaba, también, en un reconocimiento por parte de la comunidad, que denominaba «honor de estamento» o «estima social»⁸. Esta dimensión del poder, sin embargo, ha recibido menor atención en el trabajo de los historiadores, que han tendido a primar el vínculo con el poder central como factor explicativo de la larga preeminencia política de los notables.

Sin embargo, la realidad es que ni en Francia, España, Portugal o Italia el rol de mediador que los notables ejercían tuvo nunca un reconocimiento legal. En contraste con lo que ocurría en el Antiguo Régimen, en los siglos XIX y XX la relación entre patrón y cliente no tenía una base jurídica, sino que descansaba sobre acuerdos de naturaleza informal. En la práctica, esta situación implicaba que la posición del notable no era permanente ni estaba legitimada por las elecciones (manipuladas de forma sistemática), y en consecuencia estaba abierta a la competencia de otros actores, fueran los partidos de la oposición u otras élites rivales dentro del propio grupo político⁹.

⁶ Como han señalado Javier Moreno Luzón y Pedro Carasa, en: Zurita y Camurri (2008): 42 y 113-134, respectivamente. Un balance historiográfico, en: Moreno (2007).

⁷ Geertz (1994): 150 y Wilentz (1985). Conviene mencionar, además, el trabajo pionero del historiador francés Marc Bloch: Bloch (2006).

⁸ En palabras del sociólogo alemán, los notables (*Honoratioren*) «[...] adoptan, en virtud de su posición económica, un modo de vida que les otorga el “prestigio” social de un “honor estamental” y los destina al ejercicio de la dominación», Weber (2014): 1080-1081. Véase, también: Tudesq (1993): 8.

⁹ Incluso hay ejemplos de notables que fueron relevados por su incapacidad para representar de forma efectiva los intereses locales frente al poder central. Véase Marín (2006).

Este artículo se centrará en la dinastía de los Godó para analizar la dimensión pública de los escándalos y examinar de qué manera su estallido podía afectar a la legitimidad de los actores históricos implicados. Durante el período de la Restauración (1874-1923) la familia Godó se erigió en uno de los principales activos del Partido Liberal en Cataluña, gracias a la influencia ejercida a través de *La Vanguardia* y del feudo político que poseía en su distrito natal de Igualada. Su larga trayectoria política —que duró más de veinte años y llegó a involucrar hasta tres generaciones de la misma familia— se asentaba en una estrategia colectiva que combinaba el uso de las prácticas clientelares con el cultivo de la imagen (o reputación) en el territorio. Según la definición del sociólogo John B. Thompson, la reputación es un tipo de capital simbólico que puede definirse como «el aprecio o estima relativa que un determinado grupo de personas concede a un individuo o institución»¹⁰. Se trata, por lo tanto, de una forma de notoriedad personal que cuenta con algunos rasgos propios que la distinguen de otros fenómenos parecidos. A diferencia por ejemplo del carisma, que está ligado a las cualidades de un individuo y a la curiosidad que su personalidad despierta entre un público amplio; o de la gloria, que es la fama que reviste un carácter póstumo, la reputación está estrechamente ligada «al juicio que los miembros de un grupo, de una comunidad, tienen colectivamente sobre uno de sus miembros»¹¹. En base a estas definiciones y a la clasificación que Weber elaboró sobre las distintos tipos de dominación, la reputación puede considerarse una forma de «autoridad tradicional», basada en la costumbre y la ejecución del poder en base a un criterio patrimonial¹².

El primer apartado del artículo analizará las acciones que los Godó protagonizaron con el objetivo de afianzar su reputación en el territorio, en una época en que el ejercicio de los cargos representativos estaba estrechamente inspirado en la cultura del patronazgo. Se valorarán los distintos rituales que los miembros de esta familia pusieron en práctica para proyectar una imagen como «padres del distrito», así como el significado que este tipo de acciones

¹⁰ Thompson (2001): 339. Este autor define el «poder» simbólico como «the relative estimation or esteem accorded to an individual or institution by others», Thompson (2001): 246. Por su parte, Pierre Bourdieu, habla de «capital» simbólico como: «[...] capital —in whatever form— insofar as it is represented, i.e., apprehended symbolically, in a relationship of knowledge or, more precisely, of misrecognition and recognition, presupposes the intervention of the habitus, as a socially constituted cognitive capacity», Bourdieu (1986): 255.

¹¹ Lilti (2014): 3.

¹² Weber (2014): 1190-1247.

tenían para su legitimidad. El segundo y tercer apartado analizarán la oposición creciente a la que tuvieron que enfrentarse los Godó, y que culminaría en 1906 cuando el estallido de un escándalo acabó por forzar la dimisión del miembro más destacado de la familia. Este suceso será utilizado para analizar el impacto que los escándalos podían tener en la reputación de los individuos afectados, y para evaluar el potencial heurístico que estos episodios tienen a la hora de rastrear la transformación de los valores hegemónicos que rigen una sociedad.

II. LA IMAGEN PÚBLICA DEL NOTABLE

El nombre de Ramón Godó Lallana ha ido asociado tradicionalmente a la transformación de *La Vanguardia* en el gran periódico de referencia en Cataluña¹³. Fue efectivamente bajo su batuta cuando el diario rompió definitivamente los lazos con el Partido Liberal e inició un nuevo rumbo editorial, basado en la orientación comercial y la adopción de una línea política independiente. A todos estos cambios se sumó una inquietud personal, casi obsesiva, por invertir en nuevas fuentes de información (como el telégrafo y las agencias de noticias extranjeras) que le permitieran superar a sus rivales en calidad y sobre todo en cantidad de noticias. Fruto de esa nueva fórmula empresarial diseñada por Godó, *La Vanguardia* alcanzaría los 120 000 ejemplares durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), convirtiéndose de esta manera en el periódico más vendido del país (a pesar de tener una distribución regional), solo igualado por el madrileño *ABC*.

Sin embargo, existe otra faceta de la vida de Ramón Godó que ha pasado totalmente desapercibida, y es el hecho de que, de forma paralela a su condición de editor, cultivó asimismo la carrera política. En efecto, la independencia editorial de *La Vanguardia* no fue un impedimento para que su propietario militara de forma activa en las filas del Partido Liberal durante largos años. Como él mismo explicaría en una ocasión al político conservador Antonio Maura, las razones de esa militancia se remontaban a unos «compromisos de abolengo» que su familia había contraído hacía tiempo con Sagasta¹⁴. En febrero de 1881, justo una semana antes de que el flamante Partido Liberal

¹³ Gómez Aparicio (1971): 646.

¹⁴ «[...] Y ya que ha mediado la confusión de nombre á que aludo, me será permitido decir á Vd. que hace años me retiré de la política activa y rompí mis compromisos de abolengo con el partido liberal [...]». Archivo Fundación Antonio Maura, leg. 266, c. 2, Carta de Ramón Godó a Antonio Maura.

Fusionista llegara al poder por primera vez en la Restauración, los hermanos Carlos y Bartolomé Godó fundaron *La Vanguardia* para apoyar al partido en su nueva etapa. Con esta iniciativa, los hermanos Godó buscaban distinguirse como fieles paladines de Sagasta y erigir el periódico en el portavoz de sus políticas en Barcelona. En contrapartida por los servicios prestados, ambos hermanos empezaron a ganar protagonismo en las filas de los liberales dinásticos catalanes, hasta el punto de alcanzar algunos de los principales cargos organizativos¹⁵.

Otro rédito añadido que los hermanos Godó sacaron de la fundación de *La Vanguardia* fue el inicio de una trayectoria ascendente en el mundo de la política oficial. Ambos habían ejercido como concejales en Barcelona y Bilbao, pero no fue hasta 1881 —poco después de la fundación del periódico— cuando uno de ellos consiguió un escaño en el Congreso. El interés por ocupar este cargo político venía de lejos y tenía que ver con sus intereses en la industria textil. Juntos habían fundado una de las fábricas más importantes de España dedicada a la fabricación de sacos de yute para las Antillas. Este tipo de manufactura, que se utilizaba para envasar materias primas como el café y el azúcar, estaba estrechamente ligado al mercado colonial y era muy vulnerable, en consecuencia, a los vaivenes de los gobiernos en política económica.

Fruto de esos intereses en el mundo antillano, el cargo de diputado se convirtió en una de las plataformas —junto con la prensa— desde la que los hermanos Godó intentaron extender su influencia a los principales centros de decisión política. Para conseguirlo resultó decisiva la amistad con Sagasta, quien a partir de la fundación de *La Vanguardia* empezó a brindarles el apoyo del Gobierno durante las elecciones. De forma paralela a esa intervención desde el poder central, los Godó maniobraron para asentar también su posición en el espacio local mediante una red de adeptos que, a partir de 1887, se reuniría bajo el paraguas del Comité Liberal Monárquico de Igualada. Los nombres que integraban esta asociación pertenecían al círculo más próximo a la familia, formado por parientes y amigos, así como por una amalgama de partidarios compuesta de «estómagos agradecidos, tráfugas de los demás partidos con más hambre que vergüenza, vividores que se arriman siempre al sol que más calienta»¹⁶. El valor de contar con semejante red de acólitos salía a relucir durante las elecciones, cuando sus acciones —netamente caciquiles,

¹⁵ El día después de la fundación del periódico, Bartolomé Godó fue nombrado vicepresidente del Círculo Constitucional de Barcelona y, poco después, del Comité de Provincia.

¹⁶ *El Igualadino*, 10/12/1893, núm. 32, p. 2.

y que no descartaban el recurso a la violencia cuando era necesario— contribuían a amañar los resultados en beneficio de la familia. Como resultado de esa doble intervención desde el poder central y el mundo local, los Godó lograrían imponer su control en su distrito natural de Igualada. Así, durante más de veinte años (1886-1910), esta ciudad industrial del interior de Cataluña, de diez mil habitantes y cabeza de distrito electoral, se convirtió en el feudo inexpugnable de los Godó¹⁷. A lo largo de varias generaciones, los miembros de la familia coparon los cargos representativos (diputado provincial y diputado a Cortes), mediante una estrategia que se basaba en la acción colectiva: mientras uno de ellos ocupaba el escaño en el Congreso, otro hacía lo mismo en la Diputación provincial. Con esta forma de proceder colectiva, que revela una vez más la importancia que la familia y el parentesco tenían en las estrategias de las élites¹⁸, los Godó consiguieron extender su influencia a todas aquellas instituciones en las que se tomaban las decisiones que más directamente afectaban a sus intereses privados, tanto en Madrid como en Barcelona.

Sin embargo, al mismo tiempo que ejercían un férreo control sobre las elecciones, la familia Godó también dedicó gran esmero a promocionar su imagen en público. En el caso de Ramón Godó, hijo de uno de los fundadores de *La Vanguardia*, esa dimensión simbólica de las élites puede observarse, si cabe, con mayor claridad. A pesar de que representaría el distrito de Igualada durante varias legislaturas, en realidad nunca llegó a vivir en esta ciudad. Había nacido en Bilbao en 1864 (donde su padre había emigrado de forma temporal) y luego residiría el resto de su vida en Barcelona. La etapa en el País Vasco dejaría, además, una impronta visible en él: el castellano —y no el catalán— sería la lengua que utilizaría cotidianamente, siendo esta una conducta que otras élites catalanas adoptarían como forma de distinción social¹⁹. Fue su condición de «foráneo» en el distrito, en una época en la que el localismo era uno de los ejes básicos en la articulación de las identidades en Europa²⁰, lo que llevó a Ramón a protagonizar una serie de actos dirigidos a reforzar los vínculos afectivos con la ciudad de origen de su familia.

Efectivamente, no fue por casualidad que, llegado el momento de contraer matrimonio, Ramón lo hizo en Igualada, con una mujer llamada Rosa Valls (1874-1922). El enlace no solo permitió estrechar lazos con una de las

¹⁷ Los resultados electorales de este distrito, en: Varela (2001): 719; y Balcells (1982): 521 y 628.

¹⁸ Carasa (1997); Peña (1997), y Luengo (2014).

¹⁹ McDonogh (1989): 149-160.

²⁰ Gerson (2003); Confino (1997), y Blackburn y Retallack (2007).

familias más distinguidas de la ciudad, sino que fue oportunamente utilizado para introducir al joven Ramón en los círculos de la política local. Así, entre todos los festejos que se organizaron para felicitar a la pareja, destaca el banquete que el patriarca de la familia (Carlos Godó Pié) ofreció a los miembros del Comité Monárquico de Igualada. El evento congregó a todas aquellas personas que tan decisivamente contribuían a la hegemonía local de los Godó, ante los cuales se escenificó la llegada a la madurez de Ramón, presentado como el futuro heredero de la trayectoria política familiar²¹. Localidad, familia y política constituían así tres elementos que se entrelazaron durante la celebración, en la que se hizo visible además el tipo de prácticas que los Godó utilizaban para consolidar la fidelidad de sus seguidores. Así, como describía un testimonio crítico con la situación:

Un cacique, erigido en señor feudal [...] viendo que sobran abundantes provisiones de una comida, dá la orden de que al día siguiente acuda su partido á comer, y un centenar de personas, sin conciencia de su dignidad, se arroja con avidez sobre los restos del festin, mascando con el afán del goloso, y con los ojos, húmedos por el reconocimiento, vuelto á su amo y señor que contempla satisfecho el cuadro, contento de ver como se hartan sus admiradores y convencido de que con un partido tan entusiasta se puede imponer la voluntad, no á una ciudad como Igualada, sino aún á Barcelona si fuera necesario²².

La celebración del matrimonio fue utilizada de esta manera como una oportunidad para reforzar los vínculos afectivos entre la familia Godó y sus seguidores más inmediatos. El hecho de que la escenificación fuera pública y se hiciera por medio de un banquete ejemplifica el tipo de rituales en los que se asentaba la cultura del patronazgo, y revela hasta qué punto la relación entre el patrón y sus clientes se basaba en una vínculo social jerarquizado, basado en la subordinación y la dependencia²³.

En años sucesivos, sería el propio Ramón Godó quien protagonizaría otros actos parecidos, con los que pretendía afianzar su reputación en el territorio. El rasgo común en todas esas actuaciones era la voluntad de proyectar una imagen de persona cercana a la localidad, sensible a las necesidades que acuciaban a los vecinos, a la vez que heredero de una tradición política

²¹ Para los detalles de la celebración, véase: *La Vanguardia*, 03/12/1893, p. 2.

²² Juan del Noya, «¡QUÉ ASCO!», *El Igualadino*, 10/12/1893, p. 2.

²³ Un análisis detallado de las relaciones clientelares, en: Moreno (1995). El concepto de «ritual» puede definirse como «[...] un comportamiento de carácter simbólico, repetitivo e instituido socialmente», Kertzer (1988): 6. Véase también: Geertz (1994).

iniciada por su padre. Durante los períodos electorales, este tipo de gestos se multiplicaban, como lo ejemplifican los comicios celebrados en mayo de 1901. En esta ocasión, Godó visitó uno de los 32 pueblos que integraban el distrito de Igualada, llamado Prats de Rei. En este caso la visita no obedecía a una necesidad estrictamente electoral, ya que era el único candidato que se presentaba a las elecciones (que terminó ganando con el 99,77 % de los votos). Y fue no obstante este control abrumador que ejercía en el terreno electoral —por medio del caciquismo y de una baja participación endémica— que Godó no desaprovechó la oportunidad de visitar la pequeña localidad para afianzar su posición. La larga crónica que se efectuó de la visita revela cómo la dimensión pública era un elemento clave en la preeminencia social de la familia:

Esta tarde se han cerrado los talleres, fábricas y escuelas de esta villa, y todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, se han vestido de fiesta, para la noticia de que don Ramón Godó, de paso para Igualada, visitaría hoy á sus antiguos amigos de esta población. Al efecto, el vecindario ha abandonado sus hogares, para trasladarse á la carretera de Igualada, y á cosa de las quince, ó sea tan pronto se ha vislumbrado el carruaje del señor Godó, se han echado al vuelo las campanas de todas las iglesias, y el pueblo en masa le ha recibido y le ha felicitado con aclamaciones de entusiasmo diciéndole ¡Bienvenido sea nuestro diputado! ¡Dios llene de felicidad al padre del distrito! ¡Albricias y salud al amigo y amparo de los pobres! Dios bendiga al hijo de don Carlos Godó.

Los gritos de júbilo, se mezclaban con los acordes de la charanga y con las felicitaciones, de manera tan honrosa, que no creo que diputado alguno haya inspirado un recibimiento más simpático, emocionante y afectuoso, que el que describimos.

El señor Godó, fué llevado como en triunfo al Salón Capitular de estas Casas Consistoriales, donde platicó cariñosamente con muchos y distinguidas personalidades del país y de esta localidad, así como con humildes hijos del trabajo, y con el respetuoso grupo de los ancianos, y después de practicar una bellísima y cristiana obra de caridad se despidió con tan afectuosas palabras, que emocionaron á todos los asistentes al acto.

Este Ayuntamiento pondrá en práctica la idea del señor Capdevila, de Calaf, dotando á las Escuelas públicas de esta población, de unos carteles con el nombre de don Ramón Godó Lallana, para que al deletrearlo los parvulillos, aprendan ya á respetar y estimar á su bienhechor, patentizando así nuestra gratitud. Dichosos los pueblos que tienen diputados como nuestro estimado don Ramón. [...] ²⁴.

²⁴ *La Vanguardia*, 19/05/1901, p. 6.

El texto reproducido constituye una muestra del tipo de rituales que contribuían a legitimar la autoridad del notable y a naturalizar la jerarquía que imperaba en la sociedad. La visita ilustra, además, algunos de los ingredientes que alimentaban el capital simbólico de los notables. En primer lugar, el rol de «padre del distrito»: este rasgo consistía en la capacidad de actuar —y ser percibido— como el guardián de los intereses locales frente a la acción del Estado. Se trata de la misma figura a la que el historiador Manuel Marín se ha referido como «el cacique protector», y se fundaba en la capacidad de las élites locales para hacer frente a decisiones llegadas desde Madrid, ya fuera en materia de reclutamiento militar (quintas), de administración de justicia o de asuntos fiscales, vistos a menudo como injustos o arbitrarios por la población local²⁵. Esta faceta revela cómo la preeminencia de dichas élites no se basaba solamente en su rol de interlocutores con el Estado, sino también en la capacidad para resistirse a la acción de este²⁶.

La visita a Prats de Rei revela otra faceta típica de la reputación del notable: las donaciones caritativas. Mezcladas con otros gestos de deferencia (como la atención especial prestada a los grupos más «débiles» de la sociedad, como niños y ancianos), este tipo de actuaciones evocan la importancia que la economía moral tenía en la forma de ejercer el liderazgo en el mundo local. En efecto, la acción del diputado no se limitaba a velar por los intereses del distrito, sino que acarrea una serie de obligaciones morales añadidas, como el amparo de los pobres y la protección de los indefensos²⁷. Este tipo de deberes, ejercidos por medio de la caridad católica, revelan la importancia que el patronazgo tenía en la figura del diputado. Una cultura del patronazgo que, conviene enfatizar, no era tanto un supuesto «residuo» heredado de una sociedad estamental previa, sino más bien —y por encima de todo— un elemento clave sobre el que se asentó el nuevo orden liberal, tanto en España como en el resto de Europa²⁸. En contrapartida, las élites que asumían esas obligaciones morales recibían dos formas de apoyo que eran de vital importancia para su legitimación: la lealtad de sus subordinados —que en el régimen de la Restauración se manifestaba en la fidelización del voto— y el reconocimiento de su autoridad por (una parte de) la comunidad. Un ejemplo de este último caso sería la decisión del

²⁵ Marín (2000).

²⁶ Romanelli (1988).

²⁷ Sobre el asistencialismo social como forma de autoafirmación de las élites: Carasa (1987), Luengo (2014): 159-163. Puede encontrarse un gran número de ejemplos en biografías sobre personajes de la época. Por ejemplo, Moreno (1998).

²⁸ Briquet y Sawicki (1998); Monier *et al.* (2014); Cruz Romeo y Sierra (2014), y Cabrera y Pro (2014).

Ayuntamiento de Prats de Rei de enseñar a los niños a deletrear el nombre de Godó para que aprendiesen desde su tierna infancia «á respetar y estimar á su bienhechor». Tal tipo de escenificaciones contribuían a interiorizar la jerarquía social existente, basada en una institución de tipo informal (el patronazgo) que estaba fuertemente arraigada en la praxis del régimen parlamentario liberal.

Un tercer elemento que resulta clave para entender la naturaleza de la reputación es su prolongación en el tiempo. En efecto, y como señaló Pierre Bourdieu, el capital simbólico no es inmediato, sino que es el fruto de un largo proceso de acumulación, a menudo a lo largo de varias generaciones²⁹. En el caso de Ramón Godó, esa forma de estima social le venía de su adscripción a una entidad colectiva: la familia. De esta manera, a pesar de haber nacido en Bilbao y residir toda su vida en Barcelona, su nombre no era extraño en una localidad remota como Prats de Rei, donde era recibido como un «amigo». Y ello se debe a que Ramón no era una persona cualquiera, sino el heredero de la trayectoria política iniciada por su padre, condición que era evocada en aclamaciones como «Dios bendiga al hijo de don Carlos Godó». El apellido actuaba, en consecuencia, como uno de los canales a través del cual el capital simbólico se perpetuaba en el tiempo y se transmitía a sucesivas generaciones de la misma familia.

Finalmente, existe un cuarto elemento que era clave en la legitimidad de los notables: la «visibilidad» de la que gozaban en la comunidad. De hecho, el mismo origen etimológico de la palabra («ser notado») ya indica esta predisposición al liderazgo³⁰. A esto se añade el hecho de que la visibilidad no es una dimensión del poder que se origina en el espacio íntimo de las relaciones personales, sino que se cultiva —y se mediatiza— en el ámbito público³¹. En este caso, Ramón Godó jugaba con una ventaja importante: la propiedad de *La Vanguardia*. Aunque quizás sea exagerado afirmar que existía un plan premeditado, Godó utilizó de forma recurrente su periódico —el más vendido de Cataluña— para publicitar ampliamente sus actuaciones como diputado. En sus visitas a los pueblos del distrito, solía haber siempre un corresponsal de *La Vanguardia* que enviaba una crónica detallada de los hechos. Un ejemplo es la visita que el mismo Ramón protagonizó en la población vecina de Capellades en 1902, cuyo relato presenta muchos puntos en común con la realizada años después en Prats de Rei (referida anteriormente)³². La publicación de estas

²⁹ Bourdieu (2012).

³⁰ Pombeni (1993): 69.

³¹ Heinich (2012): 25 y Thompson (2005).

³² «El festival en honor de don Ramón Godó y Lallana, oportunamente anunciado, se celebró ayer en esta villa con un esplendor y entusiasmo superior á los cálculos más

crónicas no solo era una forma de publicitar sus actos a una audiencia formada por miles de lectores (en vez de a los pocos centenares de personas que solían participar en ese tipo de actos), sino que constituía un intento, por encima de todo, de ejercer el control sobre su imagen pública. Así, lejos de ser una muestra de periodismo imparcial, las crónicas publicadas en *La Vanguardia* ofrecían una versión interesada de los hechos, en la que se resaltaban —y a menudo exageraban— las muestras de estima con que era agasajado durante sus viajes. La atención que Godó ponía en proyectar una imagen positiva revela hasta qué punto la opinión pública era uno de los espacios en el que las élites buscaban reproducir su capital simbólico, y la importancia que el medio —y no solo el mensaje— tenían a la hora de hacerlo³³.

III. LA ESFERA PÚBLICA COMO CAMPO DE PODER

Sin embargo, la esfera pública no era solamente un espacio que las élites utilizaban para reproducir su estatus, sino que se trataba también de un terreno

optimistas. A la madrugada de la fiesta, fué sorprendido agradablemente el vecindario con el toque de diana [...] desde cuya hora empezó el bullicio que fué aumentando con la llegada de forasteros, adquiriendo la población tan animado aspecto, que parecía un día de fiesta mayor. [...] Después de aguardar media hora bajo la bienhechora sombra de frondosa arboleda, con gran regocijo se divisó allá lejos, en la carretera de Igualada, una jardinera en la que se aproximaba don Ramón Godó, acompañado de varios amigos. Al llegar se apearon y cambiaron afectuosos saludos con la comisión [...] al frente de la cual iba la orquesta, ejecutando marchas patrióticas. Entró por la calle de San Ramón [...] pasando en este último punto por el artístico arco triunfal levantado en honor del señor Godó [...]. Ante numerosa concurrencia que llenaba literalmente toda la casa, se hizo la ceremonia de la bendición de la misma [casa consistorial] por el reverendo cura párroco [...]. En el propio salón de sesiones se leyó, por el notario de Igualada, [...] la escritura de la donación del edificio que motivó esta fiesta [...] Acto seguido, el señor alcalde don José Morera leyó con corrección y entusiasmo un bien escrito discurso ofreciendo al señor Godó un monumento que, si modesto en sí, dijo es grande en la intención, y retirando al efecto la cortina que lo cubría apareció en punto preferente del Salón una preciosa lápida de mármol [...] produciendo todo ello aplausos y vivas al señor Godó», *La Vanguardia*, 29/07/1902, p. 2.

³³ McLuhan (2009). En esta misma línea, la socióloga Nathalie Heinich ha afirmado que en el caso de la visibilidad «mediatizada» de lo que se trata es de esclarecer «dans quelles circonstances, de quelle façon, avec quelle ampleur les visages de certaines catégories de personnes sont-ils offerts à la vision d'autrui, sous forme directe ou, plus souvent, médiatisée — et avec quels effets?», Heinich (2012): 25, y Thompson (2005).

abierto a la discusión y a la confrontación política³⁴. Este fue especialmente el caso a partir del último cuarto del siglo XIX, cuando la prensa experimentó un fuerte crecimiento en toda Europa que dio lugar a una opinión pública mucho más plural y socialmente diversificada que la esfera burguesa definida por Habermas³⁵. En efecto, si la esfera pública era uno de los ámbitos en el que las élites buscaban asentar su autoridad, también se trataba de un espacio que quedaba lejos de estar bajo su control. Un amplio abanico de publicaciones (hasta 130 solo en Barcelona) daba voz a todas las sensibilidades ideológicas, desde el anarquismo de inspiración nihilista hasta el carlismo ultramontano, y hacían de sus miles de lectores un objeto tan codiciado como escurridizo³⁶. En este contexto de dinamismo y pluralidad que la opinión pública tenía en el mundo urbano, los esfuerzos de Godó por proyectar una imagen positiva empezaron a verse contrarrestados por las acciones de sus rivales políticos. Esta situación se hizo especialmente visible a partir de 1898, cuando el «Desastre» colonial acentuó el descrédito del régimen restauracionista. La crisis de conciencia que saturó la vida pública en aquellos años —rasgo más propio del *fin de siècle* europeo que de una rareza española— contrastaría sin embargo con la capacidad de resistencia del sistema. Un amplio abanico de intelectuales vertieron amargas reflexiones sobre los males que aquejaban a la patria, pero también los mismos partidos dinásticos y la Corona se sumaron al clima de introspección dominante a través del —más estético que efectivo— regeneracionismo gubernamental³⁷. La vuelta al poder de Sagasta, tan solo cinco años después de la derrota, confirmaría la continuidad de un régimen que estaba profundamente desacreditado pero no hundido.

Si a primera vista los partidos dinásticos españoles parecieron salir indemnes de la crisis colonial, o por lo menos mejor parados que sus homólogos portugueses después del ultimátum británico de 1890, los cambios surgidos en el mapa político catalán demostrarían que esta imagen era más un espejismo que una realidad. Dos nuevas formaciones políticas (los republicanos de Alejandro Lerroux y los catalanistas de la Lliga Regionalista) irrumpieron con fuerza a partir de 1901 y arrebataron las instituciones de las manos de los partidos dinásticos en menos de una década, hasta relegarlos a una posición secundaria en muchos distritos³⁸. En ese contexto de crisis del sistema del

³⁴ Habermas (1981).

³⁵ Calhoun (1992) y François y Neveu (1999): 48-49.

³⁶ García (1975): 268.

³⁷ Pro (2006): 192-194. Sobre el posicionamiento de la Regente, véase: Lario (1999): 362 y ss.

³⁸ Sobre la evolución de los resultados electorales, véase: Rubí y Armengol (2012).

turno en Cataluña, el feudo político de los Godó se convirtió en objeto de atención por parte de republicanos y regionalistas, que empezaron a recurrir a la prensa como herramienta para combatirlo. Una muestra de cómo la esfera pública se erigía en un campo en el que los actores se enfrentaban por las fuentes del poder simbólico es un artículo publicado por *La Veu de Catalunya* en agosto de 1905, con un título contundente: «*La Vanguardia* caciquista»:

La Vanguardia se ha quitado la máscara. Al oponerse a Cataluña y a su causa nacional se ha presentado tal y como es, como es su amo, el cacique de Igualada, el catalán que ignora la lengua de sus abuelos, el mestizo que reniega de las tradiciones de la tierra de su padre. [...] Esforzados patricios portan una vigorosa campaña electoral, organizan mítines innumerables, y *La Vanguardia* calla, calla como si no pasara nada [...]. Es en Igualada donde se aprovechan de forma descarada las actas falsas; es en Igualada que se falsifica la voluntad de los electores, y cuando no se puede falsificar, se compra con dinero o con comida; es en Igualada que se busca una acta cueste lo que cueste, caiga quien caiga. [...] No tiene que confundirse, señor Godó, no nos mida con su mismo patrón (...) de moralidad mejor no hable [...] porque la gente se reiría en su cara³⁹.

El artículo de *La Veu de Catalunya* revela una de las prácticas recurrentes en la estrategia de los nuevos partidos políticos, que consistía en poner en entredicho la imagen de imparcialidad de *La Vanguardia* por el amparo que esta hacía de las prácticas clientelares. No obstante, a menudo los ataques iban más allá y apuntaban al mismo Ramón Godó, que era presentado como un cacique que se servía de todo tipo de fechorías (desde la falsificación de las actas a la compra de votos) para asegurar su dominio político. Esas acusaciones revelan cómo la denuncia se convirtió en una forma de acción política por parte de dos formaciones políticas, los catalanistas y los republicanos, que pretendían erigirse en paladines de una nueva moral cívica⁴⁰. Sus acciones contra los partidos dinásticos no se limitaban a luchar contra el fraude electoral, sino que buscaban también desacreditarlo en público. Por medio de estas acciones, en que la prensa jugaba una función clave, catalanistas y republicanos intentaban proyectar una imagen de honestidad política a la vez que pretendían educar a los votantes en sus derechos políticos.

Sin embargo, los mismos partidos no dudaban tampoco en recurrir a prácticas más agresivas, como la descalificación personal. Así, los regionalistas

³⁹ «*La Vanguardia* caciquista», *La Veu de Catalunya*, 16/09/1905, p. 1. Publicado originalmente en catalán.

⁴⁰ Dalmau (2014).

no solo acusaban a Godó de cometer fraude en las elecciones, sino que además le tachaban de ser un «mestizo»⁴¹. Este tipo de acusación no era trivial: Cataluña era una de las zonas en las que mayor resistencia hubo históricamente a la imposición de candidatos «cuneros» —hasta el punto de que el 80 % de los diputados catalanes eran oriundos de esta región—⁴². Ante esta realidad, el hecho de que Godó hubiera nacido en el País Vasco, hablara castellano y viviera lejos del distrito constituían tres argumentos que la oposición esgrimía para cuestionar su capacidad para ejercer como «padre del distrito». Paradójicamente, una línea argumentativa de este carácter no cuestionaba directamente los valores del patronazgo, sino que más bien ponía en duda los atributos personales de quien aspiraba a personificarlos. Ello evidencia que más allá de denunciar la corrupción, el discurso de la capacidad era otro de los terrenos en que se dirimía la legitimidad del poder.

Pero lejos de quedarse de brazos cruzados, Ramón Godó salió en contra de esos ataques que buscaban cuestionar sus méritos como diputado. A través de una carta publicada en *La Vanguardia*, dejaba claro que «en cuanto á las consideraciones estampadas sobre los males del caciquismo, allí donde exista, el señor Godó las suscribiría con sinceridad completa». Añadía, además, que:

[...] Por asentimiento natural y por estimación á los pueblos que le honraron con su representación en Cortes y en donde tantas afecciones tiene, el señor Godó no quiere ejercer en su distrito otra acción que la del bien, general y particular, hasta donde sus medios sociales alcancen. Las puertas de su casa están siempre abiertas para todo el que quiera contar con él persiguiendo sinceramente esos fines con respeto de la moral y de la ley. Frecuentemente, y esto no es ataque ni defensa, sino mera observación de un modo de ser de la realidad, se confunde con el caciquismo —otras veces auténtico— lo que es un estado social producido por el interés encontrado y por las pasiones desatadas de muchos. [...]⁴³

La carta de Godó demuestra cómo, en determinadas ocasiones —por más excepcionales que estas fueran— las acusaciones por corrupción podían acarrear consecuencias políticas en la España de la Restauración. El hecho de que el caciquismo fuera la piedra angular del sistema no quería decir que

⁴¹ «*La Vanguardia* caciquista», *op. cit.*

⁴² Rubí y Armengol (2001): 257.

⁴³ «NOTAS LOCALES», LV, 07/09/1900, p. 2. Este artículo fue escrito en respuesta a una carta publicada por *La Renaixensa*, 07/09/1900, p. 1, en que se interrogaba a Godó de forma abierta por las arbitrariedades que se cometían durante las elecciones en el distrito de Igualada.

sus beneficiarios estuvieran dispuestos a permanecer inmóviles viendo cómo se mancillaba su honor en público⁴⁴. Y esto se debe a que la legitimidad de los notables no descansaba solamente en su capacidad para manipular el sufragio, sino también en su habilidad para erigirse en los representantes «naturales» del mundo local. La respuesta de Godó reviste, además, un interés especial porque aporta un punto de vista que raramente puede encontrarse en la historiografía sobre la corrupción: esto es, la concepción que de la misma tenían los actores implicados en ella. Así, al mismo tiempo que no dudaba en condenar el caciquismo, Godó efectuaba una defensa pública del patronazgo. En su opinión, el problema era que el «asentimiento natural» y la «estimación» que él y su familia despertaban entre la población de Igualdada eran tergiversados maliciosamente por sus rivales políticos. Su voluntad como diputado, sin embargo, no era otra que servir al «bien general» y buscar la «cooperación de todos los hombres de buena voluntad, armonizando esos intereses y aplacando esas pasiones en lugar de fomentar la discordia con el prejuicio»⁴⁵. Godó refutaba pues sus ataques a través de una reivindicación en público de su rol como «padre del distrito», entendido como la forma de ejercer la función pública que buscaba defender los intereses de sus súbditos.

Resulta indicativo, en este sentido, que otros caciques acusados de corrupción utilizaran argumentos muy parecidos. El líder del Partido Conservador en Cataluña (Manuel Planas i Casals), por ejemplo, afirmó en una ocasión que «lo que hay es que se confunde maliciosamente el caciquismo con la legítima influencia alcanzada á fuerza de trabajos y sacrificios, y protegiendo y atendiendo, dentro siempre de sus justas aspiraciones, á cuantos á mi acuden, amigos y adversarios»⁴⁶. Este tipo de razonamiento revela de qué manera los notables locales compartían un mismo universo mental (o una misma cultura política) con los líderes de los partidos dinásticos acerca de la función que la autoridad tradicional debía jugar en el régimen parlamentario. El supuesto por el cual Sagasta o Cánovas del Castillo consideraban que el Gobierno tenía la obligación moral de intervenir en las elecciones (la llamada «influencia legítima») no era otro que actuar en defensa del «interés general», al que en ocasiones también se referían como la «nación» o la «opinión pública»⁴⁷. Ese tipo de argumentos refleja la concepción patrimonial que la clase política tenía del estado, y en el que la gestión de los recursos públicos en base a un criterio

⁴⁴ Sobre la noción de «honor», véase: Frevert (2000).

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ «Caciquisme», *La Veu de Catalunya*, 07/04/1901, p. 1.

⁴⁷ Sierra *et al.* (2010): 411-450 y Capellán (2010): 83-114.

partidista —es decir, arbitrario y exclusivo— era visto, paradójicamente, como la mejor manera de defender el «bien común».

Que tal tipo de alegatos se hiciera en un país regido por un sistema parlamentario que —por lo menos teóricamente— garantizaba los derechos de sus ciudadanos revela hasta qué punto las instituciones formales coexistían, en la práctica, con prácticas informales (como el patronazgo), que eran un ingrediente básico en la cultura política del liberalismo decimonónico. El interés por estudiar los escándalos reside, precisamente, en su condición de episodios públicos que visibilizan la irrupción de conflictos normativos sobre qué tipo de comportamientos son considerados moralmente reprochables en una sociedad.

IV. ESCÁNDALOS Y LEGITIMIDAD

La firmeza que Ramón Godó había exhibido a la hora de defender su actuación como diputado demostró ser más frágil una vez las acusaciones empezaron a salpicar a sus parientes de Igualada. Una cosa era salir a proteger su honorabilidad y la de su periódico y otra muy distinta tener que responder en público por los atropellos que sus parientes estaban cometiendo en el distrito. Este tipo de actuaciones arbitrarias no eran nuevas, ni tampoco lo eran las críticas que generaban: como hemos visto anteriormente, la oposición había denunciado el caciquismo godonista en repetidas ocasiones. Sin embargo, fue un escándalo el que terminaría produciendo la dimisión del propietario de *La Vanguardia*. Su renuncia fue la culminación de una cadena de sucesos, ocurridos de forma tan rápida como inesperada durante el mes de junio de 1906, y que llegaron a atraer la atención de buena parte de la opinión pública catalana.

El sobrino de Ramón, llamado Juan Godó Pelegrí (1876-1957), ocupaba la alcaldía de Igualada en virtud de una real orden emitida en enero de dicho año. Su nombramiento oficial contrastaba no obstante con la realidad de una ciudad en la que republicanos y catalanistas habían experimentado un fuerte crecimiento desde principios de siglo, hasta el punto de que quince de los concejales pertenecían a estas dos formaciones, por solo dos del grupo godonista. El resultado era un clima de fuerte crispación política, en el que el auge de las nuevas formaciones políticas chocaba con el apoyo gubernamental que la familia Godó seguía recibiendo desde Madrid. La situación alcanzó un punto límite cuando el 22 de junio, de madrugada, el teniente de alcalde (el republicano Leopoldo Sàbat) fue duramente agredido en medio de la calle. El responsable de la paliza era Josep Jorba (alias Rosa Negra), empleado municipal y mano derecha del alcalde Godó, tristemente conocido por haber protagonizado incidentes parecidos en el pasado. En esta ocasión, sin embargo, la agresión

terminó siendo la gota que colmaría el vaso, al sumarse a otra acción arbitraria que los partidarios godonistas habían cometido pocos días antes, cuando dos dirigentes republicanos y catalanistas fueron procesados por el alcalde godonista bajo el pretexto de haber organizado un mitin separatista⁴⁸. Ante tal situación de acoso permanente, los partidarios de ambas formaciones reaccionaron rápidamente y pusieron el grito en el cielo, denunciando los abusos cometidos por la familia Godó y reclamando justicia⁴⁹. El escaso interés del alcalde en perseguir a los culpables hizo que la crispación fuera en aumento en los días siguientes, hasta el extremo de hacerse necesario el envío de guardias civiles desde poblaciones cercanas para mantener el orden⁵⁰. La tensión que se vivía en la ciudad no tardó en atraer la atención de la prensa de Barcelona, que acabó convirtiendo lo que había empezado como un incidente estrictamente local en un suceso de considerable repercusión mediática, capaz de provocar una ola de rechazo e indignación en la Ciudad Condal⁵¹. A ello contribuyó de forma decisiva el contexto de enorme efervescencia política en el que se encontraba inmersa la ciudad a raíz de la creación de la Solidaritat Catalana. Esta amplia coalición partidista, que había sido capaz de aunar opciones ideológicas tan diversas como carlistas, republicanos y regionalistas en su rechazo común a la Ley de Jurisdicciones del Gobierno Moret, protagonizaría su primera gran demostración de fuerza un mes antes de los sucesos de Igualada (20 de mayo de 1906)⁵². Fue, por lo tanto, en un contexto de inusitada movilización política

⁴⁸ Los procesados eran Joan Llansana, presidente de la sección de Enciclopedia del Ateneu Igualadí de la Classe Obrera, y Pere Mussons, presidente del Centro Autonomista. Un tercer suceso que contribuyó de forma decisiva a alimentar el escándalo fue el ingreso en prisión, también en 1906, de partidarios godonistas acusados de haber cometido actos violentos en la población vecina de Hostalets de Pierola. Véase Planas y Vals (2012).

⁴⁹ «[...] Hoy con grandes caracteres escribimos: D. Juan Godó y Pelegrí. Justicia. Si no se nos oye, escribiremos mañana la misma hoja, cambiando unicamente las palabras Cordura y Sensatez por las de: Republicanos y Catalanistas á defenderse. Y caiga toda la responsabilidad sobre los provocadores», *El Igualadino*, 23/06/1906, p. 2; *Sometent*, 30/6/1906.

⁵⁰ *El Globo*, 23/06/1906, p. 1.

⁵¹ «(...) La rahó es tota vostra: Tant l'opinió com la premsa d'aquí ho reconeixen. Casi tot Barcelona está enterada del plet que á Igualada sosté el poble honrat contra una oligarquia de fira y tots seguim ansiosos el curs dels aconteixements.», Guillem Parés, «De la Salvatjada», *El Igualadino*, p. 2

⁵² Nos referimos al homenaje público que se ofreció en Barcelona a los diputados y senadores catalanes que habían votado en contra de la ley. Las fuentes contemporáneas estimarían la participación ciudadana en doscientas mil personas (cifra sin duda

y profundo descrédito de los partidos dinásticos cuando varios periódicos publicados en Barcelona, como *El Diluvio*, *El Poble Català* o *La Veu de Catalunya*, empezaron a protestar contra el despotismo de los Godó y organizaron varias suscripciones populares para apoyar a los procesados⁵³. En medio de esta tormenta política, *La Vanguardia* fue acusada, una vez más, de amparar el caciquismo desde sus páginas⁵⁴. El 30 de junio, diputados catalanistas y republicanos decidieron tomar cartas en el asunto y enviaron un telegrama al Consejo de Ministros protestando por los hechos ocurridos en Igualada⁵⁵.

V. CONCLUSIONES

El día siguiente a los acontecimientos relatados, Ramón Godó presentó su dimisión a través de la carta reproducida al inicio de este artículo. El editor que había conseguido transformar *La Vanguardia* en el diario más vendido de Barcelona y Cataluña ponía fin de esta manera a su carrera como diputado. Aunque él no había participado directamente en ninguno de los hechos ocurridos en Igualada, su condición de diputado hizo que su nombre fuera señalado como responsable último de la situación. Existe constancia, de hecho, de que el día posterior a la agresión se trasladó expresamente de Barcelona a Igualada para analizar la situación con sus parientes, en medio de rumores que vaticinaban la dimisión de la familia al completo⁵⁶. A todo este embrollo, ampliamente publicitado por la prensa, se sumaba el perjuicio que el escándalo estaba provocando en la imagen de *La Vanguardia* como periódico moderado e independiente. De hecho, no parece exagerado aventurar que la dimisión de Godó obedecía tanto a su hartazgo de la política (explicitado en su carta) como al intento de salvar el prestigio de su periódico. Su decisión sería ampliamente comentada en los círculos de la política oficial, tanto de

exagerada) que la convertiría en la manifestación más multitudinaria ocurrida nunca en la ciudad. Véase Riquer (2008): 53-54, e Izquierdo Ballester (2008): 55-56.

⁵³ *El Diluvio*, 30/06/06/1906, p. 9-10; *El Poble Català*, 25/06/1906, p. 1.

⁵⁴ «¿Voleu mes ridicolesa? Aixó quan se digui á las Corts y se demani responsabilitat á qui la té, posará en ridicol al autor, al senyor Godó, propietari y inspirador de *La Vanguardia* y cacich suprem d'Igualada. Com es natural, ha indignat al poble, ha soliviantat els ànims, y ha fet mes estreta la unió dels bons catalans d'Igualada, que 's preparan á escombrar tota la bruticia del districte [...]», *La Veu de Catalunya*, 29/06/1906, p. 3.

⁵⁵ *El Diluvio*, 30/06/1906, pp. 9-10.

⁵⁶ «Dietario de Igualada», *El Igualadino*, 30/06/1906, p. 1.

Madrid como de Barcelona⁵⁷, mientras que sus rivales celebraron la noticia como la victoria de un pueblo unido en su lucha contra el caciquismo⁵⁸.

De esta manera, si la fundación de *La Vanguardia* había permitido al padre y al tío de Ramón promocionar su carrera dentro del Partido Liberal, para él la condición de editor de prensa acabó siendo un arma de doble filo. La propiedad del periódico había sido una herramienta de gran valor en sus intentos por presentarse como un político arraigado en el distrito, pero al mismo tiempo le había expuesto sobremedida a los ataques de sus enemigos. Este doble filo puede considerarse, de hecho, una característica inherente a la dimensión mediatizada del poder⁵⁹. El hecho de que republicanos y catalanistas decidieran denunciar las prácticas caciquiles no constituía una estrategia nueva —de hecho se trataba de una práctica tan antigua como la misma manipulación de las elecciones—. No obstante, lo que sí había cambiado era el contexto político del país, caracterizado por el descrédito de los partidos dinásticos después del «Desastre» colonial, el surgimiento de los primeros partidos de masas en Cataluña y la consolidación de una opinión pública cada vez más plural y diversificada. En ese contexto de crisis del régimen restauracionista, artículos como el publicado por *La Veu de Catalunya*, con el título «*La Vanguardia* és caciquista» iban dirigidos a hacer colisionar las dos esferas —la prensa independiente y la política clientelar— en que tradicionalmente se había basado la carrera de los Godó. En último término, Ramón se tuvo que enfrentar al dilema de mantener su carrera política o bien salvaguardar el buen nombre de su periódico. Al optar por esta última opción, rompía de facto con el consenso que tan importante había sido en la estrategia colectiva de su familia —hasta el punto de que su sobrino (y alcalde de Igualada) no escondería su desengaño por la decisión tomada—⁶⁰. Esa situación de tirantez evidencia hasta qué punto los escándalos podían llegar a crear fisuras en la cohesión interna de las élites.

Desde una perspectiva más amplia, la renuncia de Godó revela la importancia que la imagen y la reputación tenían en la legitimidad de los notables. Más allá de asegurarse el control de los cargos oficiales mediante la manipulación de

⁵⁷ «Todos los periódicos publican una carta firmada por el diputado D. Ramón Godó, en la que manifiesta se separa de la política y renuncia á presentarse por el distrito que tantos años ha representado en las Cortes», «Retirada de Godó», *ABC*, 03/07/1906, p. 10. Véase también: *La Época*, 05/07/1906, p. 1; *La Veu de Catalunya*, 02/07/1906, p. 1; *El Diluvio*, 08/07/1906, p. 2; *La Campana de Gràcia*, 07/07/1906, p. 3.

⁵⁸ «¡¡¡Quin desastre!!!», *El Igualadino*, 08/07/1906, p. 2.

⁵⁹ Thompson (2005).

⁶⁰ Arxiu Comarcal de l'Anoia-Arxiu Municipal d'Igualada, Llibre d'actes municipals, 1906.

las elecciones, su actuación demuestra un interés en protagonizar cuántas iniciativas contribuyeran a reforzar su imagen como el representante «natural» del territorio. Para cumplir dicho cometido, no era tan importante presentarse de forma limpia a los comicios como ser capaz de cumplir con un conjunto de obligaciones morales que las poblaciones locales esperaban de su diputado; especialmente en su relación no siempre fácil con el Estado. Ese tipo de rituales —en la medida en que eran acciones que se repetían de forma periódica e incluían una estrategia de *self-fashioning* por parte de los actores involucrados— revelan lo que ha venido a llamarse la «dimensión performativa del poder»⁶¹. Al mismo tiempo, estas acciones simbólicas contribuían a reproducir los códigos del patronazgo en una sociedad que, sin embargo, estaba inmersa en una profunda transformación.

Estudiar la dimensión pública del poder no debería llevar, sin embargo, a obviar otros aspectos igualmente decisivos en la preeminencia social de los notables, como la violencia y la coacción. Tan importante como cultivar la imagen era contar con una red de acólitos dispuestos a apoyar (y beneficiarse) de un liderazgo social que a menudo reposaba tanto sobre el consenso social como sobre el recurso a la fuerza. En efecto, el particularismo a la hora de ejercer la acción pública empezó a entrar en conflicto con una parte de la población cada vez más movilizadora por un hecho sin precedentes como fue la formación de Solidaritat Catalana. Los intentos de catalanistas y republicanos por responsabilizar al propietario de *La Vanguardia* de los abusos cometidos en Igualada revelan una estrategia que buscaba perjudicar su imagen en el distrito; y evidencian cómo los escándalos constituyen a menudo una lucha entre distintos actores que se disputan las fuentes del poder simbólico⁶². En efecto, si la reputación era una forma de «estima social» que los Godó habían conseguido transmitir a lo largo de generaciones —a través de rituales como el banquete de boda, los viajes electorales o el peso que tenía el apellido familiar—, y que habían cultivado de forma activa a través de la prensa, el caso de Ramón demuestra que la reputación también era susceptible de ser contestada en público. Así, los escándalos son episodios que revisten un especial peligro para la credibilidad de los políticos, si estos son incapaces de responder de forma creíble a las acusaciones recibidas. La renuncia del propietario de *La Vanguardia* es la muestra más dramática del impacto que un escándalo puede tener para la legitimidad de un individuo.

Su caso puede verse, además, como un ejemplo de lo que el historiador italiano Edoardo Grendi llamó un caso «excepcional-normal»; es decir, un caso de estudio que dentro de su naturaleza singular alberga la semilla de un

⁶¹ Burke (2005): 36; Gunn (2012); Kertzer (1988); Geertz (1994), y Willentz (1985).

⁶² Thompson (2001): 339.

fenómeno mucho más amplio⁶³. Y este no es otro que la transformación que se estaba produciendo en toda Europa, durante el «largo siglo XIX», desde un sistema de valores basado en el pluralismo normativo propio del liberalismo oligárquico y de notables hacia una —todavía incipiente— política competitiva y de masas, en la que empezaban a establecerse nuevas líneas rojas sobre el comportamiento considerado moralmente aceptable en el ejercicio de la función pública⁶⁴. En este proceso de redefinición de los valores hegemónicos que rigen la moral de una sociedad, escándalos como el que aquí se ha estudiado evidencian un conflicto entre distintos marcos normativos (en este caso, acerca de la función que el patronazgo debía jugar en las instituciones representativas). Este tipo de acontecimientos contribuían, además, a delimitar las fronteras alrededor de ciertas prácticas que, como el clientelismo político, empezaban a ser cuestionadas por un sector cada vez más amplio de la sociedad.

En el estudio de los escándalos existe el peligro recurrente, sin embargo, de escribir la historia de la corrupción desde una perspectiva teleológica, en la que la creciente demarcación entre las esferas pública y privada se identifique como una señal de avance imparable hacia la transparencia. Afortunadamente, la historiografía ha dado ya algunas muestras de cómo la explosión de escándalos sucesivos no implicó la erradicación del clientelismo o del patronazgo en Europa. En más de una ocasión, lo que sucedió realmente fue que tal tipo de prácticas mutó y fue readaptado a nuevos contextos sociales y políticos —perpetuándose en algunos casos hasta la actualidad—⁶⁵. El interés consiste, precisamente, en examinar en qué momentos tales actuaciones dejan de ser moralmente aceptables por un espectro mayoritario de la sociedad. Es a lo largo de ese proceso que se da en el transcurso del tiempo —la fabricación histórica de la corrupción— cuando tanto el escándalo como la reputación de los individuos permiten rastrear la génesis de los valores contemporáneos.

Bibliografía

- Balcells, A. *et al.* (1982). *Les eleccions generals a Catalunya de 1901 a 1923. Relació dels resultats electorals de 1869 a 1899*. Barcelona: Fundació Jaume Bufill.
- Best, H. y Cotta, M. (eds.). (2000). *Parliamentary Representatives in Europe 1848-2000. Legislative Recruitment and Careers in Eleven European Countries*. Oxford, New York: Oxford University Press.

⁶³ Grendi (1977).

⁶⁴ Engels (2008 y 2014) y Kroeze *et al.* (2013).

⁶⁵ Briquet y Sawicki (1998); Piattoni (2001), y Monier *et al.* (2014).

- Blackbourn, D. y Retallack, J. (eds.). (2007). *Localism, landscape, and the ambiguities of place: German-speaking central Europe, 1860-1930*. Toronto: University of Toronto Press. Disponible en: <https://doi.org/10.3138/9781442684522>.
- Blakeley, G. (2001). Clientelism in the Building of State and Civil Society in Spain. En S. Piattoni (ed.). *Clientelism, Interests and Democratic Representation. The European Experience in Historical and Comparative Perspective* (pp. 77-100). Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.1017/CBO9781139175340.005>.
- Bloch, M. (2006) [1924]. *Los Reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. Richardson (ed.). *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258). New York: Greenwood.
- (2012) [1979]. *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Barcelona: Taurus.
- Briquet, J. L. y Sawicki, F. (eds.). (1998). *Le clientélisme politique dans les sociétés contemporaines*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Burke, P. (2005). Performing History: The Importance of Occasions. *Rethinking History*, 9 (1), 35-52. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/1364252042000329241>.
- Cabrera, M. A. y Pro Ruiz, J. (coords.). (2014). *La creación de las culturas políticas modernas, 1808-1833*. Madrid: Marcial Pons / Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Calhoun, C. (ed.). (1992). *Habermas and the public sphere*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Camurri, R. (ed.). (2012). Notabili e sistemi notabiliari nell'Europa liberale. *Ricerche di Storia Politica*, 3, 295-314.
- Capellán, G. (2010). «Los intérpretes de la opinión». Uso, abuso y transformación del concepto de «opinión pública» en el discurso político durante la Restauración (1875-1902). *Ayer*, 80, 83-114.
- Carasa, P. (1987). *Pauperismo y revolución burguesa. Burgos, 1750-1900*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones.
- (1997). Una aproximación al poder político en Castilla. En P. Carasa (dir.). *Élites castellanas de la Restauración. Una aproximación al poder político en Castilla II* (pp. 9-123). Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Casimirri, S. y Cortina, M. S. (eds.). (1998). *La Europa del sur en la época liberal: España, Italia y Portugal. Una perspectiva comparada*. Santander: Universidad de Cantabria. Casino: Università di Cassino.
- Confino, A. (1997). *The Nation as a Local Metaphor: Württemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871-1918*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Cruz Romeo, M. y Sierra, M. (coords.). (2014). *La España Liberal, 1833-1874*. Madrid: Marcial Pons / Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Dalmau, P. (2014). Fighting against Corruption. Newspapers and Public Morality in Modern Spain. En F. Monier, O. Dard y J. I. Engels (eds.). *Scandales et corruption politique à l'époque contemporaine (XIXe-XXe siècles)* (pp. 31-50). Paris: Armand Colin, Recherches.
- Engels, J. I. (2008). Corruption as a political issue in modern society: France, Great Britain and the United States in the long 19th century. *Public Voices*, 10 (2), 68-86. Disponible en: <https://doi.org/10.22140/pv.149>.

- (2014). *Die Geschichte der Korruption. Von der Frühen Neuzeit bis ins 20. Jahrhundert*. Frankfurt am Main: S. Fischer.
- François, B. y Neveu, E. (eds.). (1999). *Espaces publics mosaïques. Acteurs, arènes et rhétoriques, des débats publics contemporains*. Rennes: Presses universitaires de Rennes. Disponible en: <https://doi.org/10.4000/books.pur.24678>.
- Frevert, U. (2000). Condición burguesa y honor. En torno a la historia del duelo en Inglaterra y Alemania. En J. Millán y J. M. Fradera (eds.). *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura* (pp. 361-398). Madrid: Biblioteca Nueva.
- García Nieto, M. C. (1975). La prensa diaria de Barcelona de 1895 a 1910. En M. Tuñón de Lara, A. Elorza y M. Pérez Ledesma (eds.). *Prensa y sociedad en España (1820-1936)* (pp. 241-269). Madrid: Edicusa.
- Geertz, C. (1994). Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder. En *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas* (pp. 147-171). Barcelona: Paidós.
- Gerson, S. (2003). *The Pride of Place. Local Memories and Political Culture in Nineteenth-Century France*. Ithaca, London: Cornell University Press.
- Gómez Aparicio, P. (1971). *Historia del periodismo español*. Madrid: Editora Nacional.
- Grendi, E. (1977). Microanalisi e storia sociale. *Quaderni storici*, 35, 506-520.
- Gunn, S. (2012). Analysing Behaviour as Performance. En S. Gunn y L. Faire (eds.). *Research Methods in History* (pp. 184-200). Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Habermas, J. (1981) [1962]. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: G. Gili.
- Heinich, N. (2012). *De la visibilité. Excellence et singularité en régime médiatique*. Paris: Gallimard.
- Inarejos Muñoz, J. A. (2012). I notabili nella Spagna liberale: dagli esordi del costituzionalismo alla crisi del sistema dei partiti. *Ricerche di storia politica*, 2, 315-326.
- Izquierdo Ballester, S. (2008). Significació política de Solidaritat Catalana. *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, XIX, 43-69.
- Kertzer, D. (1988). *Ritual, Politics and Power*. New Haven: Yale University Press.
- Kroeze, R., Kerkhoff, T. y Corni, S. (eds.). (2013). Corruption and the Rise of Modern Politics. *Journal of Modern European History*, 11 (special issue).
- Lario, A. (1999). *El Rey, piloto sin brújula. La corona y el sistema político de la Restauración, 1875-1902*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lilti, A. (2014). *Figures publiques. L'invention de la célébrité, 1750-1850*. Paris: Fayard.
- Luengo, J. (2014). *Una sociedad conyugal. Las élites de Valladolid en el espejo de Magdeburgo en el siglo XIX*. València: Publicacions de la Universitat de València.
- Marín, M. (2000). El cacique protector. *Historia Social*, 36, 21-34.
- (2006). *Clientélisme et domination politique en Espagne. Catalogne, fin du XIX siècle*. Paris: L'Harmattan.
- McDonogh, G. W. (1989) [1986]. *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*. Barcelona: ediciones Omega.
- McLuhan, M. (2009) [1964]. *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona: Paidós.

- Monier, F., Dard, O. y Engels, J. I. (eds.). (2014). *Patronage et corruption politique dans l'Europe contemporaine*. Paris: Armand Colin, Recherches.
- Moreno Luzón, J. (1995). Teoría del clientelismo y estudio de la política caciquil. *Revista de Estudios Políticos*, 89, 191-224.
- (1998). *Romanones. Caciquismo y política liberal*. Madrid: Alianza editorial.
- (2007). Political Clientelism, Elites, and Caciquismo in Restoration Spain (1875-1923). *European History Quarterly*, 37 (3), 417-441. Disponible en: <https://doi.org/10.1177/0265691407078445>.
- y Tavares de Almeida, P. (eds.). (2015). *De las urnas al hemiciclo. Elecciones y parlamentarismo en la Península Ibérica (1875-1923)*. Madrid: Marcial Pons.
- Musella, L. (1985). Clientélisme politique et rapport entre pouvoir local et système parlementaire dans le sud de l'Italie continentale à la fin du XIXe siècle. *Mélanges de l'École française de Rome*, 197, 431-440. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/mefr.1985.2809>.
- Peña, M. A. (1997). La familia política: la utilización política del parentesco durante la Restauración. En J. Casey y J. Hernández (eds.). *Familia, parentesco y linaje* (pp. 418-419). Murcia: Universidad de Murcia.
- Piattoni, S. (ed.). (2001). *Clientelism, Interests, and Democratic Representation. The European Experience in Historical and Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.1017/CBO9781139175340>.
- Planas, J. y Valls Junyent, F. (2012). L'incident dels Hostalets de Pierola de 1904: un episodi de la decadència del caciquisme dels Godó al districte d'Igualada. *Revista d'Igualada*, 41, setembre, 18-35.
- Pombeni, P. (1993). *Autorità sociale e potere politico nell'Italia contemporanea*. Venezia: Marsilio.
- Pro, J. (2004). La culture du caciquisme espagnol à l'époque de la construction nationale (1833-1898). *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, 2 (116), 605-635.
- (2006). La política en tiempos del Desastre. En J. Pan-Montojo (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo* (pp. 151-260). Madrid: Alianza.
- Reinhard, W. (ed.). (1996). *Les Élités du pouvoir et la construction de l'État en Europe*. Paris: PUF.
- Riquer, B. de (2008). Construcció i destrucció de la Solidaritat Catalana: el paper de la Lliga Regionalista. En G. Rubí y F. Espinet (eds.). *Solidaritat Catalana i Espanya* (pp. 47-67). Barcelona: Editorial Base.
- Romanelli, R. (1988). *Il comando impossibile, stato e società nell'Italia liberale*. Bologna: Il Mulino.
- Rubí, G. y Armengol, J. (2001). Cataluña. En J. Varela (dir.). *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)* (pp. 237-282). Madrid: Marcial Pons, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- (2012). *Vots, electors i corrupció. Una reflexió sobre l'apatia a Catalunya (1869-1923)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Biblioteca Serra d'Or.
- Sierra, M., Peña, M. A. y Zurita, R. (2010). *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*. Madrid: Marcial Pons.

- Thompson, J. B. (2001). *El escándalo político. Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- (2005). The New Visibility. *Theory, Culture & Society*, 22 (6), 31-51. Disponible en: <https://doi.org/10.1177/0263276405059413>.
- Tudesq, A.-J. (1993). Le concept de notable et les différentes dimensions de l'étude des notables. *Cahiers de la Méditerranée*, 46-47 (1), 1-12. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/camed.1993.1091>.
- Varela, J. (dir.). (2001). *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España, 1875-1923*. Madrid: Marcial Pons, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Weber, M. (2014) [1922]. *Economía y sociedad*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Wilentz, S. (1985). *Rites of Power. Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Zurita, R. y Camurri, R. (eds.). (2008). *Las élites en Italia y en España (1850-1922)*. València: Publicacions de la Universitat de València.

THE POLITICS OF ATROCITY: THE SCANDAL IN THE FRENCH CONGO (1905)

La política de la atrocidad:
el escándalo en el Congo francés (1905)

EDWARD BERENSON

New York University
edward.berenson@nyu.edu

Cómo citar/Citation

Berenson, E. (2018).

The politics of atrocity: The scandal in the French Congo (1905).

Historia y Política, 39, 109-138.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.05>

[Reception: 30/05/2017. Review: 24/09/2017. Acceptance: 01/12/2017. Publication: 17/04/2018]

Abstract

On February 15, 1905, the mass-circulation *Petit Parisien* reported that one Georges Toquet, a colonial administrator, had been charged with “assassination and violence against several natives” from the French Congo. The following day all the major Parisian papers and several provincial ones led with a much larger story of what the *Petit Parisien* was already calling France’s “Scandales Coloniaux”. Two colonial administrators “laid their hands on a young black man, whom they bound tightly with rope”. They then inserted “a stick of dynamite... in the African’s anus and blew him up”.

The structure and style of these stories closely resembled the typical *fait divers*, or miscellaneous (crime) story, of the Belle Epoque. Only, unlike most mainland faits divers, the Congo story had potentially serious political consequences. “It was the prelude”, as the *Petit Parisien* declared, “to an enormous scandal in the colonial world”.

Sociologists define scandal as an event that implicates important people and often members of the government. It involves transgressions, or perceived transgressions,

against widely accepted moral standards and as such could call the reputations of key individuals into question. Scandals could change the relations of power in a society, or reaffirm existing values and mores. Although the Congo scandal would ultimately serve to reinforce prevailing ideas about the merits of colonialism in France, government officials could not, at the outset, be confident that such would be the case.

Keywords

Scandal; France; Congo; atrocities; colonialism.

Resumen

El 15 de febrero de 1905 el periódico de gran circulación *Le Petit Parisien* informó de que un administrador colonial, de nombre Georges Toquet, había sido acusado del cargo de «asesinato y violencia contra varios nativos» en el Congo francés. Al día siguiente, los principales periódicos de París, así como muchos otros de provincias, aportaron más detalles sobre un asunto al que *Le Petit parisien* se refería ya como a los «escándalos coloniales» de Francia. Dos administradores coloniales «se abalanzaron sobre un joven negro, a quien ataron fuertemente con una cuerda». A continuación insertaron «un cartucho de dinamita... en el ano del africano y lo hicieron saltar por los aires».

La estructura y estilo de este tipo de historias se asemeja a los típicos *fait divers*, o variopintas historias (de crímenes), típicas de la Belle Époque. Con la gran diferencia, sin embargo, de que en comparación con la mayoría de *faits divers*, la historia del Congo tenía el potencial de acarrear consecuencias políticas profundas. «Fue el preludio», declaró *Le Petit Parisien*, «de un enorme escándalo en el mundo colonial».

Los sociólogos definen el escándalo como un suceso que implica a personajes notorios y a menudo a miembros de Gobierno. Implica un conjunto de transgresiones, o por lo menos lo que es percibido como una transgresión, contra los valores morales predominantes en una sociedad y por ello tienen la capacidad de minar la reputación de los individuos afectados. Los escándalos tienen el potencial de cambiar el poder en una sociedad, pero también de reafirmar los valores y costumbres preponderantes. Aunque el escándalo del Congo finalmente llevaría a reforzar los argumentos preexistentes sobre los méritos del colonialismo en Francia, los miembros del gobierno no podían estar seguros, por lo menos en un principio, de que este sería su desenlace final.

Palabras clave

Escándalo; Francia; Congo; atrocidades; colonialismo.

SUMARIO

I. INTRODUCTION. II. THE SCANDAL IN THE FRENCH CONGO. III. CONCLUSIONS.
BIBLIOGRAPHY.

I. INTRODUCTION

On February 15, 1905, the *Petit Parisien*, the daily paper boasting the largest circulation in the world (1.5 million), published a short front-page article entitled “*Arrestation Mystérieuse*”. Details were sketchy, but the unsigned piece reported that a magistrate had charged one Georges Toquet with “assassination and violence against several natives” from the French Congo¹.

The following day all the major Parisian papers and several provincial ones led with a much larger story of what the *Petit Parisien* was already calling France’s “Scandales Coloniaux”. *Le Matin*, circulation 900,000, got the full, lurid scoop. In a front-page article entitled “The Black Man’s Executioners”, *Le Matin*’s reporter narrated the details of this awful “colonial crime”. The previous July 14, Toqué (not Toquet) and two subordinates, Fernand-Léopold Gaud and Pierre Proche, decided to add a little drama to what was otherwise a dull celebration of France’s national holiday. “After a copious meal, lubricated by frequent libations, the party-goers, inflamed all the more by the torrid climate, decided to treat themselves to a filthy drunken spectacle”². They laid their hands on a young black man, whom they bound tightly with rope. The drunkards then attached a stick of dynamite between the man’s shoulder blades, but before lighting the fuse, one of the revelers had a better idea. Why not insert the dynamite into the African’s anus and then blow him up? “The Negro screamed. An explosion rang out. Bloody debris, body parts, intestines were projected a great distance”.

Lest readers think that this “horrifying little pleasure, this blood thirsty act of insanity” satisfied Toqué’s macabre lust for violence, he and his friends thought it would be amusing to go one step further³. Their new idea was to ambush another black man and unceremoniously cut off his head. After disposing of the torso, Toqué dunked the head in a boiling caldron of water, the

¹ *Petit Parisien* (hereinafter *PP*), 15 February 1905.

² *Le Matin*, 16 February 1905.

³ *Ibid.*

better to make a delectable soup. The French administrators then invited the decapitated man's friends and family to dinner, after which the sadists carried out the boiled head on a platter. "This new casserole," the journalist concluded, "produced the desired effect"⁴.

The structure and style of this article closely resembles the typical *faits divers*, or miscellaneous (crime) story, of the Belle Époque. Like the plethora of articles with titles such as "Femme coupée en morceaux" ("Woman chopped in pieces"), *Le Matin*'s "The Black Man's Executioners" focused on blood and guts, on the splattered body parts that made the full horror of crime palpable to readers avid for gory details⁵.

As the audience of penny papers grew exponentially between the 1860s and the Great War, so did coverage of crime⁶. Interest in violence and the macabre was nothing new, but only since the 1860s had the technology and know-how existed for such tales to reach a huge newly literate public eager to be informed and entertained. Unlike the fictional literature that most people had read in the past, newspapers were devoted to reality, to actual events occurring in the world. Hence the widespread attention to crime, which satisfied both the public's interest in drama, violence, and gore and the journalists' professional obligation to narrate what was happening now⁷.

In reporting Toqué's "crimes coloniales" the penny papers reproduced all the elements of a mainland crime story, only coverage of the Congo drama had potentially serious political consequences. The day after the Congo story broke, the *Petit Parisien*'s reporter wrote, "The arrest of M. Emile-Eugène-Georges Toqué was just the prelude, it seems, to *an enormous scandal in the*

⁴ *Le Matin*, 16 February 1905. Like most *faits divers*, the Toqué story, as reported, differed significantly from what had actually happened, although a more accurate account does little to exculpate the French colonial agents. The man, Papka, blown up with dynamite was an individual accused of murder — probably falsely — and already in custody. The stick of dynamite was attached to his back, not placed in his anus. As for the individual whose head was boiled into a "soup", he was already dead. The events in question took place in 1903, not 1904. They belonged to no July 14th celebration, and no Europeans other than Toqué and Gaud were involved. It was the latter who did the dirty deed. Toqué, in bed with malarial fever, told Gaud "to do what he wanted" with Papka; he did not order Gaud to blow the man up. See *L'Humanité*, 17 February 1905; Toqué (1996); Challaye (1909), and Fabre (1999).

⁵ On the *faits divers*, see Ambrose-Rendu (2004); Auchair (1982); Perrot (1983), and Barthes (1964).

⁶ Thérenty (2007) and Kalifa (1995).

⁷ Thérenty (2007): 90-152.

*colonial world*⁸. What had begun as a fait divers now quickly earned promotion to the level of scandal, a much weightier category of journalistic interest.

Sociologists define scandal as an event that implicates important people and often members of the government. It involves transgressions, or perceived transgressions, against widely accepted moral standards and as such can call the reputations of key individuals into question⁹. Scandals can change the relations of power in a society, as France's Panama controversy of the early 1890s did, or reaffirm existing values and mores, as in the Caillaux Affair of 1914.

In the Panama case, the press's revelations that more than one hundred French politicians had taken bribes to disguise the impending bankruptcy of the Panama Canal Company produced a scandal whose consequences changed the balance of power in France. It boosted anti-Semitism, weakened the republic, and lent credibility to extremists of the nationalist right, as large numbers of elected officials found themselves accused of violating the public trust. Panama opened the way to the Dreyfus Affair, a scandal that threatened to rock the very foundations of the French Republic. In the Caillaux Affair, a scandal that began with a former prime minister's adultery and ended with accusations of murder against his wife, existing conceptions of masculinity and femininity were reaffirmed. So were prevailing ideas about sexual transgression and the relationship between politics and personal life¹⁰.

II. THE SCANDAL IN THE FRENCH CONGO

Although the Congo scandal would ultimately serve to reinforce prevailing ideas about the merits of colonialism in France, government officials could not, at the outset, be confident that such would be the case. When journalists from the mass-circulation press aired the word "scandal" in 1905, it necessarily worried French leaders, who knew full well that horrible, shameful things had occurred in the Congo on their watch.

If reporters were to represent Toqué's acts as typifying a widespread pattern of abuse, a pattern built into the structure of French colonial rule in Equatorial Africa, the legitimacy of France's colonial project, with its loudly proclaimed "civilizing mission" could be challenged. Such was especially

⁸ *PP*, 16 February 1905, Italics added.

⁹ On scandals as media and political phenomena, see Blic and Lemieux (2005); Thompson (2000); Dampierre (1954), and Lull (1997).

¹⁰ Blic (2005); Blic and Lemieux (2005): 14-16, and Berenson (1992).

true given the contemporaneous international scrutiny of King Leopold's Congo Free State and the reports of atrocities committed there on a very large scale¹¹. If the French Congo resembled Leopold's Congo, how could a liberal republican government justify its colonial rule? How could government leaders and ordinary people continue to ground their support for imperial expansion in the moral and humanitarian comforts of the mission civilisatrice? For French leaders and the public at large, the greatness and superiority of French culture had made France uniquely responsible for nurturing, educating, and improving the lives of those privileged to live under colonial rule. The French took pride in their empire, not as an agent of conquest and economic exploitation but as a means of elevating and enlightening the "savage" masses of the South¹².

In response to the Congo revelations, the French government launched a powerful campaign to play down their significance, a campaign whose outcome remained in doubt for nearly a year. In the competitive market of the penny press, scoops as sensational as this took on a life of their own, often resisting efforts at the highest levels to frame the narrative or change the subject. Toqué's arrest had convinced a wide array of journalists that they had a big story on their hands—a story of "horrible crimes," of crimes so "fantastic and bizarre" that "they seemed to emerge from the pages of Edgar Allen Poe"¹³. The resulting frenzy of attention from the press revealed examples of colonial violence that local administrators normally succeeded in covering up: the kidnapping and rape of Congolese women, the death of prisoners held under inhumane conditions, the harsh punishment of "rebels" and varieties of forced labor, often involving portage. Such revelations, the *Petit Parisien* declared, "inspire a set of general reflections about our entire colonial oeuvre"¹⁴.

To bring the story under control, the colonial ministry and pro-government and pro-colonial newspapers claimed that such atrocities represented the isolated acts of "two crazy men... two lost sheep (*brébis galeuses*)" and not the "colonial crimes" of a system beset with structural flaws. They then

¹¹ Hochschild (1998); Mille (1905); Morel (1903), and Morel (1904).

¹² Girardet (1972), and Conklin (1997). There is a large literature on violence in the French Empire. See, in particular, Brower (2009); Thomas (2012), and Dwyer and Nettelbeck (2018).

¹³ *PP*, 17 February 1905.

¹⁴ *PP*, 19 February 1905. In Central Africa, all goods had to be carried by human porters because pack animals could not survive the diseases born by insects common to the region. There were no roads as yet for automobiles.

proceeded to build a case against Toqué. The pro-government *Le Matin* sent its journalist to the administrator's hometown, Lorient, where former teachers described him as a sickly adolescent, almost deformed, his habits and bearing highly "irregular". The reporter asked one if he believed Toqué "capable of the atrocities he's accused of?" "I don't know and can't say", the instructor responded, "except that he wasn't honest, even if extremely intelligent. Perhaps he gave way in a moment of madness"¹⁵.

If *Le Matin's* interviews put Toqué on trial, the more independent *Petit Parisien* expressed a large measure of doubt over his guilt. It quoted Britain's "native-loving" *West African Mail*, a newspaper highly critical of France's Congolese regime, as calling Toqué "one of France's most humane colonial administrators". Sent to the accused's hometown, the *Petit Parisien's* correspondent presented him in an even more sympathetic light. Toqué was warm and appealing, sympathized with the Congolese, and warned that French policies could "lead to the extermination of the tribes in question, half of whose population has already been lost". These sentiments, the correspondent concluded, "hardly seem compatible with those of a torturer"¹⁶.

In response, *Le Matin* turned its front page over to the pro-colonial deputy René Le Hérissé, who concluded that men like Toqué and Gaud "constitute an exception, an extremely rare exception, among our colonial administrators", the vast majority of whom were "admirable for the zealotness of their devotion and their abnegation". If Toqué and Gaud's "methods resembled those practiced in certain foreign colonies", they were the exceptions that proved France's humanitarian rule. "In France", Le Hérissé declared, "we use a completely different method of colonization".

Writers for the *Petit Parisien* seemed less certain of the difference between France's colonial practices and those all too common in the Congo Free State next door. To investigate the story behind the Toqué-Gaud atrocities, reporters for the paper interviewed several anonymous sources identified only as former colonial officials in Africa. Virtually all of these informants maintained that the crimes attributed to Toqué and Gaud represented the tip of the iceberg of a much deeper structural problem. "What took place in Krebedjé [Toqué's district]", one interviewee maintained, "happens essentially everywhere in the dark continent... where white torturers reign as sovereign masters over immense territories and populations"¹⁷. Knowledge of atrocities, "which occur regularly", rarely seeped out. "My absolute belief", the interviewee said, "is that

¹⁵ *Le Matin*, 21 February 1905.

¹⁶ *PP*, 17 February 1905.

¹⁷ *PP*, 20 February 1905.

if Toqué had not returned to France, we would have known nothing of the accusations against him”.

Although top officials in the colonial ministry presented French colonists in the Congo as “devoted and humane”, they knew perfectly well that a great many were anything but. Since 1893, four successive government inspections of the French Congo had documented the negligence and incompetence of colonial officials posted there, the paucity of resources, and the abuses committed both by government agents and by individuals in the rubber trade¹⁸. Officials also knew of the atrocities attributed to Toqué and Gaud, because the Congo’s *commissaire general*, Emile Gentil, had sent the former colonial minister, Gaston Doumerge, a detailed report about the affair the previous August¹⁹. The report had remained confidential until Toqué’s arrest the following February.

The Entente Cordiale with Britain, enacted the previous year, encouraged the French government all the more to keep the Toqué story under wraps and then to downplay its importance once it broke. The British government was already unhappy over French policy in the Congo because the French companies granted monopolies there prevented British traders from operating in the region. The Berlin Congress of 1885 had explicitly guaranteed free trade in much of what would become the Congo Free State and French Equatorial Africa, and British commercial interests reacted angrily to France and Belgium’s flagrant violations of the Berlin accords. Since the 1860s, two British firms, Hatton-and-Cookson and John Holt, had between them owned about half of the major trading stations in the Congo. Most of these stations stood in regions granted to the different concessionary [monopolistic] companies. When those companies attempted to prevent Holt from doing business and went so far as to confiscate his rubber in 1899, the British trader protested to his government²⁰. The *Times* and other British papers took up the matter, as did the skillful humanitarian advocate E. D. Morel, who often cooperated with British commercial interests in Liverpool²¹. Holt was not without his own humanitarian concerns: he saw how concessionary companies in both Congos deprived Africans of the right to harvest rubber on their own and trade directly with foreign merchants. The Congolese lived at the mercy of monopolistic firms.

Meanwhile, Britain’s Aborigines Protection Society, largely indifferent to Holt’s commercial concerns, joined him and Morel in publicly condemning

¹⁸ Brunschwig (1977): 115-16.

¹⁹ *Ibid.*, 116.

²⁰ Cookey (1966): 263-64.

²¹ On Morel, see Louis and Stengers (1968).

the humanitarian consequences of France's "deplorable imitation" of the Congo Free State and the "manifest danger of further incalculable mischief ensuing"²². Given the growing international outcry against Leopold's Congo, the last thing France's republican government wanted was to share in the opprobrium directed against Belgium. With an international commission due to issue a scathing report on the Free State, the French wanted to mark as much distance between them and Leopold as they could²³. Otherwise, the developing scandal could bring down the French government.

On 26 February 1905, the new minister of colonies, Etienne Clémentel, announced the formation of a commission charged with investigating the Congo situation. By taking the initiative in creating such a commission, the French government hoped to avoid being required to make it an international body, as Leopold had been forced to do. Instead, the government would be free to stack the commission with reliable people who would produce a favorable, exculpatory report. But almost immediately, Clémentel met with an unanticipated problem. The docile bureaucrat Etienne Dubard, asked to head the commission, declined the assignment. While the colonial ministry looked for a replacement, the president of the Republic, who rarely intervened in day-to-day political affairs, publicly advocated the appointment of Pierre Savorgnan de Brazza, the famous African explorer and first commissioner of France's Congo colony.

President Loubet had long been friendly with Brazza and his family, and he likely knew the celebrated explorer eagerly sought a role in this affair²⁴. But Brazza was the last person to whom top colonial officials wanted to turn. Many of them had helped engineer Brazza's dismissal in 1898 as the Congo's commissaire general, and they rightly feared he would be disinclined to make them look good²⁵. Worse, the explorer's public stature and the political authority granted this charismatic figure would give him a large measure of independence in pursuing his investigation and writing his report. With Brazza involved, the scandal would be hard to contain. But once the president had put forth his name, the Colonial Ministry had no choice but to accept it. Brazza was a national hero and founding father of France's new African empire; to reject him would raise suspicions that there was something to hide. As it happened, the commission of inquiry, hastily conceived and prematurely announced, nearly proved a disaster for the French imperial project in

²² Quoted in Cookey (1966).

²³ Brunshwig (1977): 117 ff.

²⁴ Martin (2005): 193.

²⁵ Autin (1985): 210-217.

Central Africa. Brazza would develop serious doubts about the justice and morality of French colonialism in Central Africa, and perhaps elsewhere as well.

The popular press lauded Brazza's 1905 appointment as head of the Congo Commission. In an editorial entitled "A Great Frenchman", the *Petit Parisien* recalled the explorer's reputation as a "pacific conqueror", "an apostle of peace", and as the Frenchman who had "acquired among the natives the same moral authority as Livingstone"²⁶. Brazza was the good colonizer, the man who understood that the "basis of all truly lasting colonial activity was to improve the natives' lives, to conciliate their interests with ours". Thanks to his efforts, the Congolese had gained "such a high and pure idea of what the French flag represents that they wanted to take refuge within its folds". Neither this nor any other popular article on the Brazza Commission discussed what steps the explorer—or the government—might take to rectify the situation in the Congo, or even to understand how and why the abuses of the Congolese had been allowed to occur. It was as if Brazza's presence alone would "restore in our African colonies the principles of generosity that belong to the patrimony of France, of which Brazza, throughout his career, has been one of the most eminent representatives". Because Brazza's "name is synonymous with humanity and goodness", declared the *Petit Parisien*, the commission needed no specific objectives. "It was enough to have charged Brazza with leading it", which is why the newspaper could "loudly proclaim our confidence in the mission's success". What exactly "success" would mean remained unsaid. The assumption was, as *La Nature* put it, that Brazza had remained such "a demigod among the Africans that one sign of friendship from him" would remind them of the goodness of French colonialism and make memories of its atrocities go away²⁷.

Although top officials at the Ministry of Colonies publicly endorsed such sentiments—Brazza's mission constituted a "new apostolate", declared Clémentel—in private they expressed horror over his selection²⁸. "The appointment of Brazza", wrote Gustave Binger, director of African affairs at the Ministry, "resulted from the idiotic press campaign in response to the Gaud and Toqué affairs". Particularly worrisome to the Colonial Ministry was Brazza's selection of Félicien Challaye, a young left-leaning philosopher and recent graduate of the elite *Ecole normale supérieure*, as a member of his

²⁶ *PP*, March 13, 1905. For similar comments, see *PP, supplément illustré*, 19 March 1905; *Les hommes du jour*, 1 April 1905.

²⁷ *PP*, 23 September 1905.

²⁸ Interview with Emile Clémentel, minister of colonies, *PP*, 2 March 1905.

commission of inquiry. A talented writer, Challaye had agreed to cover the mission for *Le Temps*, the quasi-official, conservative paper of record²⁹.

To make the best of a bad situation, Clémentel directed Congo commissaire general Gentil not to cooperate with the Brazza inquiry. The minister then limited its duration to six months, including travel to and from Africa. He issued instructions designed to narrow the scope of the investigation and framed questions intended to evoke the kinds of answers the ministry wanted to hear. Brazza was asked, for example, to confirm that abuses were “extremely rare” and “limited to individual acts that cannot be seen as part of an organized system”³⁰. The minister also instructed Brazza not to include anything in his final report that would provoke “a sterile theoretical discussion of the advantages or dangers, in the French Congo, of the concessionary system”. Above all, Clémentel made it clear, the commission of inquiry was to “show the difference between the rules that [France] applies to its possessions in the Congo and the methods used in the [Congo] Free State”. Brazza was to find, in other words, that the damning international criticism of Leopold’s Congo did not apply to France³¹.

These kinds of instructions might have succeeded with a commission appointed by the ministry; with Brazza, they would have only minimal effect. Having spent twenty years in the Congo, Brazza knew what to look for, and he seemed convinced that his stature and prestige, both in France and in Africa, would permit him to root out the violence and injustice he found³². Never a writer, Brazza did not produce a narrative account of his mission, but Challaye’s dispatches allow us to follow most of the inquiry, as do books written after the fact by another member of the commission, Jules Saintoyant, and by Georges Toqué himself³³.

The dozen members of the commission, including Brazza’s wife Thérèse, left Marseille on 4 April 1905³⁴. They reached Libreville (present-day Gabon), a first destination of French ships heading for equatorial Africa, three weeks later. From the Gabon coast, the commission sailed south to the former slave-trading port of Loango, where Challaye reported that the men “dress like us, without appearing too ridiculous”³⁵. Continuing on, they steamed

²⁹ Challaye collected his newspaper articles, plus other material, in Chayalle (1909).

³⁰ Brunschwig (1977): 121-22.

³¹ *Ibid.*

³² West (1973): 177.

³³ Saintoyant (1960) and Toqué (1996).

³⁴ Coquery-Vidrovitch (1972): 172 n2, lists the ten members plus Brazza and his wife.

³⁵ Challaye (1909): 13.

into the mouth of the Congo River and then up the vast estuary to Matadi, the last town before the succession of cataracts that made the lower Congo impassable. From there, Brazza and company boarded the narrow-gauge Belgian train that chugged slowly overland to Leopoldville (now Kinshasa), capital of the Congo Free State. The four-hundred-kilometer journey took forty-eight hours, slow by European standards, but immeasurably faster than the slavers' caravan route that travelers had had to take before Leopold completed his railroad in 1898. Once in Leopoldville, the French team took a ferry across the wide expanse of Stanley Pool, landing in Brazzaville on May 16. The commission had been *en voyage* for six weeks, and the inquiry had yet to begin.

During his brief stay in the town he founded, Brazza held tense meetings with Gentil and the longtime Catholic bishop of the region, Monseigneur Augouard. Neither tried to disguise their suspicion of the former commissaire général nor their hostility to his mission of inspection³⁶. Both men had things to hide, and they worried about what Brazza might find. The mission stayed in the capital only two weeks; time was short and Brazza sought to visit as much of the colony as possible. He wanted especially to make it to Chad, where he understood some of the worst atrocities had taken place.

On May 29 the group boarded a steamer for the 750-kilometer trip up the Congo and then the Ubangi River to the town of Bangui, capital of the present-day Central African Republic. From there, the Brazza group continued north, abandoning its steamer for an oar-powered whaling boat that took the party up the Gribingui River to a pair of the most distant outposts in France's central African colony: Fort-Lamy and Fort-Crampel. This leg of the journey took five weeks. Saintoyant's narrative emphasizes just how arduous the trip was for the typical low-level colonial administrator assigned to one of these forts. Petty officials, who benefited from none of the special travel arrangements made for the Brazza commission, spent five months in transit from southern France to Fort-Crampel, a trip that left them ill, exhausted, and numbed by the sheer discomfort of the equatorial climate.

As for the outposts themselves, inexperienced colonial administrators served there with only one or two other European companions and no supervision by any higher authority. The nearest officers were weeks or months away and thus incapable of exercising any effective control, even had they wanted to. The forts were ill equipped and uncomfortable. Colonial agents had to procure much of their own food, since great distances and uncertain

³⁶ Augouard's diaries were edited by Witte (1924). On Gentil's reaction to Brazza, see Autin (1985): 245-46. On Augouard more generally, see Mahieu (2006).

means of travel made it extremely difficult for authorities to supply the outposts with sufficient provisions. There were no books or even newspapers, and little else to relieve the monotony of this grim colonial life. For all these reasons, Saintoyant wrote, the Frenchmen stationed there “live in a state of nervous exhaustion that deprives them of the level-headedness required for good public administration”. Not only did this situation “destroy the cadres’ physical vigor, it extinguishes their ardor to create” a well-functioning colony, making lapses in judgment, even criminal behavior, inevitable³⁷.

Saintoyant did not conclude from this sorry description that colonialism was a bad idea, but rather that building an empire required a huge commitment of resources and that politicians in Paris were remiss in refusing to provide them. Aggravating the problem was the refusal by French investors to sink capital into the region, whose economic potential they doubted. Large investment banks preferred to finance government loans and railroad building in “semicolonies” like Russia and Turkey. They shied away from the actual French Empire and, in particular, from unknown places like the Congo³⁸. So did potential French settlers, repelled by the Congo’s harsh climate and vast distance from France. And few French businesses showed interest in operating there, given the British dominance of African coastal trade. To lure firms to Equatorial Africa, the benefits would have to appear especially good.

For inspiration, French colonialists looked to the Belgian model. France’s Congo could not be an exact replica of the Free State, since the latter had become the private property of the Belgian king. But the French were attracted to Leopold’s method of dividing his colony into several large pieces and granting “concessionary” companies monopoly control over one or more of them. These monopolies had produced huge profits for a handful of Belgian firms and especially for the Belgian king. Perhaps they would do the same for France?

In 1899 the country’s colonial minister established forty “concessions”, each granting a single company the exclusive right to exploit the domain it received for thirty years³⁹. The smallest concession covered 1.200 square kilometers, the largest 140.000. These sizes were approximate at best; no one knew the Congo’s geography well enough to map the different concessions precisely. In fact, no one even knew exactly how big the Congo colony was. Large as these monopolies were, their advocates remained unsatisfied. Pro-colonial journalists argued that too much land had been reserved for the natives,

³⁷ Saintoyant (1960): 60.

³⁸ Coquery-Vidrovitch (1972): 62.

³⁹ Jaugeon (1961): 366. See also Coquery-Vidrovitch (1972): ch. 2.

who might therefore refuse to work for the companies, and that the French government's 15 percent share of the companies' profits was too high. Colonialists worried about the amount of rubber growing in the colony, the declining stocks of ivory, competition from firms in the Free State, and the cost of exploiting what proved to be there⁴⁰.

In fact, business conditions in the French Congo were not very good. To operate profitably in this part of the world, a firm required more than a monopoly over a particular piece of land, even a very large one. Concessionary companies needed sizable state investment in means of transport and paramilitary police, both of which King Leopold provided. Lacking other colonies to administer, the Belgian monarch could focus all of his overseas resources on the Free State. He built a railway from Stanley Pool to the Atlantic and developed a thick apparatus of command and repression that worked in tandem with the different monopolistic firms.

The French government, by contrast, had created essentially no infrastructure, save for building a modest administrative center in Brazzaville and staffing the major towns and a few outposts with a skeleton crew of low-ranking officials. Paris proved unwilling to deploy French soldiers in the Congo, engaging instead a tiny force of African paramilitary policemen charged with overseeing more than a million square miles of land. If these problems alone likely doomed the colony to economic failure, two further obstacles ensured its financial ruin: a pitiful transport system and an inadequate supply of labor. The absence of an unbroken waterway to the Atlantic coast meant that human porters had to carry goods and supplies over long distances to reach one of the region's two rivers, the Ogooué and the Alima, that flowed without obstacle toward an ocean port. Indigenous people shunned the exhausting, unforgiving labor of portage, and neither the colonial administration nor the companies would—or could—pay the large sums needed to recruit porters from other regions of Africa. To solve the manpower problem, officials regularly forced men to work.

Reluctant as the Congolese were to serve as porters, they proved even less interested in harvesting rubber, especially for the minuscule wages Europeans tended to pay. Leopold solved the manpower problem by using his large paramilitary *force publique* to compel indigenous people, en masse, to work. As Adam Hochschild has shown, the *force* did so at a grotesque human cost⁴¹. French officials and agents of the concessionary companies imitated Leopold's methods of compulsion, but they lacked the means to employ them on

⁴⁰ Jaugeon (1961): 365-71.

⁴¹ Hochschild (1998): 165.

such a large scale. As a result, economic extraction in the French Congo depended on the opportunistic, and often creative, use of violence —especially exemplary violence— to squeeze work out of the Congolese at the lowest possible price.

Banking on the prospect of doing just that, groups of investors eagerly bought shares of stock in France's new concessionary companies. Journalists extolled the supposed value of these companies, stirring a speculative interest in the stock. Shares of the Société de l'Ibenga, for example, doubled in value between late 1899 and mid-1900. But this price bubble bore little relation to the earnings potential of these companies, whose stock soon plummeted in value, leading to a great many bankruptcies⁴². By 1904, five years after the French concessions were formed, 25 percent had already ceased to exist. As for the remaining companies' financial performance, together, they lost nearly 10 million francs between 1899 and 1904⁴³.

Such miserable performance added to the French government's troubles once news of the Congo scandal leaked out. Political leaders understood that violence and the threat of violence alone kept the concessionary system from collapsing altogether. But for obvious reasons, they could never admit as much. The government's best hope was to narrowly restrict the flow of information to the Brazza commission, limit the depth and duration of its inquiry, and keep its findings, certain to include some uncomfortable revelations, confidential. Unfortunately for the governing elite, enterprising journalists made extensive use of anonymous sources whose revelations kept the Congo scandal very much alive, even after the commission left for Africa in April 1905.

A retired concessionary company manager told France's fourth-largest-selling paper, *Le Journal*, that his firm routinely forced Africans to deliver ivory and rubber to them by "tying them down and whipping them 50 times with a *chicotte*" —a cruelly ingenious lash made of raw, sun-dried hippopotamus hide, twisted to form hundreds of razor-sharp spokes. "After each blow, the victims screamed in pain, their blood spurting out". The next day, "they returned with ivory and rubber". *Le Journal's* source also claimed to have frequently seen the companies' armed agents "enter into villages, where they forced terrorized blacks to give them their ivory". The Africans received not a sou in payment, a common practice, the former official said⁴⁴. Worse, another popular paper not only confirmed the prevalence of such extortion and theft but also reported, "The administration [of the colony] tolerated such things;

⁴² *Ibid.*, 62-65; Jaugeon (1961): 375-384.

⁴³ Jaugeon (1961): 411.

⁴⁴ *Le Journal*, 28 April 1905.

judicial officials left them unpunished; and successive [colonial] governors hid them from authorities in Paris⁴⁵.

With reports such as these persistently being leaked, the colonial ministry must have been horrified when Challaye's detailed and compelling dispatches began to appear in *Le Temps*. The special correspondent, who doubled as Brazza's personal secretary for the mission, was a socialist openly hostile to the concessionary companies and suspicious from the outset of France's Congolese regime. It is unclear why *Le Temps* hired him, but impressive that it did. His remarkable series of articles, written between April and September 1905, added to the explorer's legend and, most important, confirmed the extent of French abuses in the Congo. Challaye also made a notable contribution to French travel literature, painting perhaps the best portrait to date of equatorial Africa, albeit replete with the era's racial stereotypes. Other members of the Brazza commission wrote about the Congolese mission, but without Challaye's journalistic flair and his front-page access to the mainstream press.

In many ways, Challaye's narrative followed the pattern of the travel writing he knew very well. "Sitting in front of my tent", Challaye tells his readers early on, "I read Stanley's book, *Across the Dark Continent*". He then reproduced many of the most familiar European images of Africa and presented them as "a series of spectacles—the most colorful, animated, amusing spectacles I've ever seen—spectacles that follow one another without any apparent link, just like in a dream"⁴⁶.

For Challaye, as for Joseph Conrad and so many others, Africa's shimmering exotic dream would gradually morph into a gruesome nightmare as he traveled into the "savage" midsection of the continent. Returning to Europe in 1898, Charles Castellani, Challaye's French predecessor in Equatorial Africa, felt as though he had just emerged from a "nightmare", from horrific visions that had taken him to the very "vestibule of death"⁴⁷. In Challaye's socialist-inflected telling, the nightmare had as much to do with the evils of French colonialism as with Africa itself. Even so, the young French philosopher escaped few of the era's standard images of the Dark Continent. His dispatches reproduced Conrad's portrait of Africa as a trip not just into uncharted recesses of space but into the distant mists of time⁴⁸. "On the banks of the Congo", Challaye wrote, "we relive an age anterior even to prehistoric times"⁴⁹.

⁴⁵ *Le Soir*, 15 October 1905.

⁴⁶ Chayalle in *Le Temps*, 27 May 1905.

⁴⁷ Castellani, in *L'Illustration*, 2 April 1898.

⁴⁸ Pratt (1992); Cohen (1980), and Youngs (1994).

⁴⁹ Chayalle (1909): 59.

Like most other European travelers, Challaye portrayed Africans as animalistic, the women parading naked and unashamed⁵⁰.

Beyond his stock images of African women, Challaye also found cannibalism everywhere he went. “One finds no gray hair, no senility and no blindness: children eat their parents at the first sign of decline”. As for intelligence and maturity, Challaye found little of either. “The black man”, he wrote, “can be compared to a young child and even to an animal, so narrow is his psychological life”. They think only of the here and now, preoccupied as they are by the “satisfaction of physical needs” and especially “sexual pleasure”. All this, Challaye hastened to add, is no reason to despise them or take advantage of their primitive brains. And it was wrong, he maintained, to impose hard, disciplined work on “races accustomed since time immemorial to do nothing”⁵¹.

This conclusion prepared Challaye’s readers for a detailed exposé of the atrocities committed or tolerated by French officials. The first hints of those atrocities surfaced during a bizarre “native dance” staged for the Europeans’ benefit. Brazza saw in that dance “a symbolic representation of the Calvary the inhabitants of this region had had to suffer”. Strangely, Challaye fails to mention an element of this scene reported by another member of the commission, an *inspecteur des colonies* named Saurin. According to him, Brazza also understood from the dance that a great many villagers had recently been taken captive. Questioning the local administrator, who had hoped to hide this crime, Brazza found evidence of a nearby “concentration camp” with 119 women and children held hostage under miserable conditions⁵². The women appeared to have been raped, and press accounts depicted them as suffering from venereal diseases contracted from their captors.

The dance scene, occurring on June 30, 1905, constitutes the turning point of Challaye’s story⁵³. Over the following six weeks, Brazza would uncover the full extent of the crimes and horrors that had turned his once peaceful colony into a grotesque hell on earth. The 119 hostages represented in the dance were at least still alive; descending further toward Bangui, Brazza unearthed a history that had not ended so well. In the town of Mongoumba, just south of Bangui, the commissioners discovered that members of the

⁵⁰ *Ibid.*: 74-75.

⁵¹ Chayalle (1909): 156, 160-61.

⁵² *L’Humanité*, 27 September 1905; Coquery-Vidrovitch (1972): 176.

⁵³ There is a discrepancy between Challaye’s report and the ones cited by Coquery-Vidrovitch (1972): 176 n3. Challaye has the native dance taking place on 30 June and mentions nothing about the concentration camp. Coquery-Vidrovitch dates the dance to 15 July.

colony's paramilitary regional guard had "brutalized the natives and taken advantage of the women they desired"⁵⁴. Terrified, the villagers began to flee across the river into the Congo Free State.

Desperate to collect a quantity of rubber before everyone left, the top colonial official in the region had his guards seize fifty-eight women and ten children from the different villages. He agreed to release them only after their husbands and fathers paid the elevated taxes he had imposed on them in the form of rubber. The chief of one village had his mother, two wives, and two children taken by the guardsmen, who locked them and sixty-three other hostages in a building in Mongoumba. Male villagers then began to deliver the rubber required of them, which the colonial official immediately handed over to an agent for the local concessionary company. (Companies gave the colonial government cash in exchange for rubber). Weighing the product collected, the government agent judged the quantity too small; he decided not to release the hostages, taking them back to Bangui. There, he locked all sixty-eight in a windowless hut six meters long and four meters wide. During their first twelve days in captivity, twenty-five hostages died, their bodies dumped in the river. Several days later, a doctor, newly arrived in the town, heard cries and moans coming from the hut. He pushed open the door and to his horror found a small number of skeletally thin women and children barely alive amid the stench of dead bodies and human excrement. "The skin was peeling away", wrote Dr. Fulconis, "muscles atrophied, intelligence gone, movement and speech no longer possible"⁵⁵. Of the sixty-eight hostages originally squeezed into the makeshift prison, only twenty-one had survived. One of the women gave birth before passing away, and a woman survivor adopted her child. "In this horrible drama", Challaye wrote, "it was the women cannibals who gave the cruel white men a lesson in humanity"⁵⁶.

After freeing the survivors, the young doctor notified the colonial administration of the atrocities he had seen. The court in Brazzaville took up the case, only to dismiss it on grounds of insufficient evidence. The lone action taken was to transfer the administrator responsible for the hostage taking. He was, however, moved from the outback of Bangui to the capital city of Brazzaville, where everyone wanted to be. Having uncovered this atrocity, Brazza and his colleagues proceeded to accumulate evidence of one chilling abuse after the other. "The book one needs to reread here", Challaye remarked, "is

⁵⁴ Chayalle (1909): 102.

⁵⁵ Fabre (1999): 265.

⁵⁶ Chayalle (1909): 104.

Dante's *Inferno*"⁵⁷. Shortly before the Brazza commission left for Africa, the colonial ministry shipped Toqué to Brazzaville, hoping that the proceedings against him would occur offstage, outside the French press's range. Officials did not expect that Challaye, as special correspondent for *Le Temps*, would be on the spot. The young philosopher was in fact the only journalist to cover the trial; his dispatches stood as the lone public account of the event.

Both Toqué and Gaud faced charges of murdering or ordering the murders of several Congolese men and women. The two defendants denied all accusations leveled by Africans, admitting wrongdoing only when a European, including either Toqué or Gaud, had endorsed or brought a charge. Since Toqué had himself accused his colleague of blowing up the African, Pakpa, Gaud could not deny responsibility. He did, however, claim that Toqué had told him to execute the man. Asked why he had used dynamite, his only response was that he had a few sticks in his hut and thought they would work well as a method of execution. In the pretrial phase, Gaud had testified that death by dynamite would be an ideal form of exemplary violence. The natives would see Pakpa's demise as a magical, divine intervention, something that would instill fear in their hearts and prevent future rebellions. So he hung the dynamite around Pakpa's neck, lit the fuse, and the man exploded. "Gaud recounted his crime", Challaye wrote, "with a stupefying calm"⁵⁸.

On the witness stand, Toqué confirmed what he had said during the pretrial investigation. His superiors had told him that nothing was more important than recruiting porters and collecting taxes. Finding the natives unwilling to work or pay imposts voluntarily, Toqué sent his agents to round up porters by force and take their wives and children hostage. Members of the regional guards routinely raped the women hostages, many of whom later died, along with their children, of hunger and disease. Toqué testified that he believed himself authorized to render justice and even execute Africans he judged guilty of rebellion or insubordination. When he told his superior that he had summarily shot a "rebel" named Pikamandji, Toqué claimed his boss had replied, "You have done the right thing; in the future keep such information to yourself"⁵⁹. Only later would the younger man be charged with murder.

After hearing all the testimony, the court took a full day to reach a verdict. It declared Toqué guilty as an accomplice to murder and Gaud guilty of murder without premeditation. In both cases, the court found "extenuating

⁵⁷ *Ibid.*: 107.

⁵⁸ *Ibid.*: 121.

⁵⁹ *Ibid.*: 115.

circumstance”, sentencing the pair to five years in prison. Most white residents of Brazzaville found the penalty outrageously harsh. “Accustomed to treating blacks as machines or slaves”, Challaye wrote, “to exploiting them and abusing them, they [the white population] were amazed that anyone could judge the lives of these ‘dirty niggers’ so valuable”⁶⁰. On leaving the courtroom, the journalist heard a young civil servant cry out: “It’s as if we have been naturalized as niggers”⁶¹.

Challaye’s observations about the trial and his revelations of atrocities and colonial abuse turned him against the existing regime in the Congo. But he nonetheless retained his allegiance to the most fundamental ideological pillar of the French colonial system, the mission civilisatrice. For him, it was the hero Brazza who incarnated and legitimized that mission. Brazza’s was “the only form of colonialism compatible with a democracy such as ours, a democracy that civilizes and liberates”. His successors had allowed his achievements to collapse, leaving an angry and terrified population that no longer recognized the greatness of French civilization. Whether Challaye believed a new civilizing mission could have redeemed the Congo is unclear, but given the views of other socialists at the time, it’s likely he did. Only in the 1930s did Challaye become an ardent opponent of colonialism in all its forms⁶².

As for Brazza, he was destined to die on the continent long dear to his heart. He became so sick on the last leg of the journey back to Brazzaville that he could barely stand up. He forced himself, Challaye writes, to hold one final meeting with Gentil, who appeared increasingly evasive, increasingly unwilling to let Brazza’s commission do its work. In a letter written just before his return trip home, Brazza claimed that Gentil had attempted to block his efforts at every turn. In the Ubangi-Chari region, where Brazza had discovered “the destruction pure and simple of the population”, local officials, doubtless acting on the governor’s orders, “went to great lengths to prevent me from seeing what had happened in the past and especially what is going on now”⁶³. Brazza could understand why: he found evidence of serious abuses committed even after his commission had sailed for Africa. Worse, he had caught the commissaire general in an outright lie. Although Gentil had loudly

⁶⁰ *Ibid.*: 139.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² *Ibid.* 150. On Challaye’s opposition late in life to colonialism, see Irvine (2007): 144.

⁶³ Brazza’s fellow commissioner Hoarau Desruisseaux had earlier written him that Gentil “has assiduously blocked our investigation. He has created one obstacle after the other and refuses to give us the documents we have requested”. Saintoyant (1960): 175.

announced the end of portage, the commission saw that it had continued even more ruinously than before. Brazza's conclusion was that Gentil should be removed from office. "I return home", Brazza wrote, "with the belief that my mission was necessary. Without it, we would have had a scandal on our hands worse... than those of the Belgians".

After locking horns one last time with Gentil, Brazza headed back across Stanley Pool and down to the Atlantic coast via the Belgian railway. His illness became so severe on the steamship home that he was taken ashore at Dakar, where he died on 14 September 1905. The explorer, Challaye wrote, was so brokenhearted by what he had seen in the Congo, so upset over the ruin of the great humane colony he had built, that he could no longer soldier on. Having presciently refused early on to serve King Leopold, he had been horrified to discover in the French Congo the same evils that shamed its Belgian neighbor. Brazza's "heroic sorrow", Challaye wrote, "his sublime sadness, sapped his strength and hastened his death"⁶⁴. He died a martyr to the mission civilisatrice.

Brazza had long been portrayed as a martyr, working selflessly and at the cost of his health and well-being to create a great empire for France. His death allowed this figurative martyrdom to come true. The great man, this "laic missionary" and "apostle" of freedom, wrote the *Petit Parisien's* Lucien Vrily, had anticipated, even embraced, his sacrifice to a larger cause. Before leaving for the Congo, he had told the journalist, "I will happily surrender all my remaining strength" to prevent the moral ruin of the colony⁶⁵. In announcing Brazza's death, the mass-circulation press and pictorial weeklies depicted the martyr in quasi-religious terms. They showed a saintlike, emaciated Brazza being helped toward his deathbed. Photographs pictured him lying there, his withered face looking old far beyond his fifty-three years, his blank eyes about to close for good. Brazza's biographer and brother-in-law, Jacques de Chambrun, later put these pictures to words: "Those who kneel before his emaciated body, stretched out on the whiteness of a small narrow bed, were struck by the expression on his features seemingly frozen in anguish. Suddenly, they perceived a new look to this face they all had known for so long. No longer was it the face of a hero; it was the face of a martyr"⁶⁶.

Brazza had hoped that the prestige of his name would add strength to his findings and move the Republic to make amends. Now his fame would have to exert a posthumous force. Colonial Minister Clémentel, who had

⁶⁴ Chayalle (1909): 147.

⁶⁵ *PP*, 16 September 1905.

⁶⁶ Chambrun (1930): 252.

never wanted the truth of the Congo to come out, decided to play down Brazza's findings, even while associating himself—and France as a whole—with the saintliness and martyrdom of the great man. With Brazza out of the picture, the colonial minister appears to have decided on a three-pronged strategy: extol the martyr Brazza, silence the returning members of his commission, and bring Gentil to Paris to defend his colonial administration. In the short run, the strategy did not work. A member of Brazza's commission gave copies of documents and other information to the prominent writer Robert de Jouvenel, who then leaked this material, much of it written by Brazza himself, to the press⁶⁷. The explorer's notes sharply criticized Gentil, whom he accused of heinous crimes. Brazza charged not only that Gentil had been complicit in the Congo's atrocities but that he had committed many himself.

The popular press jumped on the sensational new controversy, creating another episode in the ongoing Congo scandal. What could be juicier than a set of disturbing accusations coming "from beyond the grave", as one paper put it? According to "an individual well placed for being perfectly informed [Jouvenel]", Brazza had explicitly charged that Gentil's demands for ever increasing tax receipts and a huge force of porters had led to the hostage camps, the burning of villages, and the constant native rebellions, all repressed with excessively harsh tactics. Worse, Brazza's occult voice was now accusing Gentil of having personally "chicotted" a Gabonese man to death. Gentil had also ordered a woman flogged and then hung by her feet and several others whipped severely and placed in irons for theft and other petty crimes. Summarizing this damning information, the *Petit Parisien's* article gave what it said was a direct quote from Brazza: "Tortures and summary judgments proliferated. M. Gentil paraded through the streets with a personal bodyguard whose members whipped people who failed to salute the Governor"⁶⁸. Such quotations seemed all the more eerily real when Brazza's letter, mentioned above, surfaced in *Le Temps* the following day (September 27).

These accusations against Gentil turned the scandal into an "affair" when the commissaire and his associates, having returned to France a few days earlier, adamantly rejected Brazza's charges, accusing commission members of spreading outright lies. The commissaire's men hesitated to criticize the martyred Brazza directly, focusing their attack on other members of the commission, said to be "determined adversaries" prejudiced against Gentil from the start. The commissaire's associates implied that Brazza was too ill to conduct a genuine investigation of his own, so he took as gospel the

⁶⁷ *Le Matin* and *Le Journal*, 27-28 September 1905.

⁶⁸ *PP*, 26 September 1905.

falsehoods circulated by members of his group, and accepted suspect native testimony at face value. Since even a socialist like Challaye believed that blacks routinely made things up, the colonialists around Gentil knew they could cast doubt on Brazza's report by impugning his native sources⁶⁹. If Gentil had at times been involved in violent conflict, said his chief of staff, M. Pelletier, it was only in the context of warfare against native rebels trying to overthrow French colonial authority⁷⁰.

In a series of interviews with the press, Pelletier denied that many of the now notorious atrocities attributed to mid-level French colonial administrators and indirectly to Gentil had actually occurred. According to Pelletier, the case of the sixty-eight women and children found in a concentration camp, many of them dead, had nothing to do with Europeans; it was a wholly African affair. In Pelletier's account, members of an enemy tribe had kidnapped the victims in question after eating several others. Those kept alive were to be used as slaves⁷¹. In other, similar accounts, Gentil's surrogates attempted to explain away most of the cruelties attributed to the French. This tactic, combined with the widespread belief that African testimony could not be trusted, raised doubts not only about the information leaked from the Brazza documents but also about all prior reports of French abuses. Had Brazza still been alive, his fame and personal reputation might have enabled him to foil these efforts, but without him, Gentil and his allies in the colonial ministry could circulate a counternarrative designed to discredit the leaks coming from the commission of inquiry.

With two opposing explanations of the Congo situation, centering on a pair of antagonists, one deceased, the press polemic—and the affaire it had generated—continued unabated. Most vocal were the conservative newspapers and the socialist *L'Humanité*, which proved as thorough as it was relentless. *L'Humanité's* Gustave Rouanet, who represented the Seine Department in the National Assembly, did an extraordinary job of investigating the Congo affair. He obtained access to the Brazza commission's notes and found many sources willing to reveal what they knew. Beginning in late September 1905, Rouanet wrote no fewer than twenty-nine articles on *La Barbarie Coloniale*, almost one a day⁷². Taken together, his pieces constitute a masterpiece of advocacy journalism and the effective use of anonymous sources. The portrait

⁶⁹ See the polemic on the truthfulness of Africans in *L'Humanité*, 30 September-1 October 1905.

⁷⁰ *Le Temps*, 27 September 1905.

⁷¹ *La Liberté*, 2 October 1905.

⁷² Fabre (1999): 256.

he painted was devastating, not just for individuals like Toqué and Gentil but for the colonial system itself, Rouanet's real target. His articles would have been more influential had they appeared in a mainstream newspaper, and the intensity of his critique may have alarmed papers like *Le Temps* and the *Petit Parisien*, whose journalists had already revealed much of what Rouanet would say, if in less detail. The editors of these two papers likely felt uncomfortable with the socialist writer now repeating, and reinforcing, what they had published. Shortly after Rouanet's series began, *Le Temps* and the *Petit Parisien* backed off, leaving *L'Humanité* to face Gentil's counterattack largely alone. The socialists remained marginal enough in 1905 that opponents could dismiss their journalism on ideological grounds, without having to prove their information wrong.

Under these circumstances, Colonial Minister Clémentel decided to cool things down by announcing the formation of a new commission of inquiry. Its task would be to evaluate the respective claims of the two sides and recommend any reforms that might be needed. Jean-Marie de Lanessan, the former governor-general of Indochina and minister of colonies, chaired the group, and his collaborators included a well-known academic and several high-level civil servants from Clémentel's ministry, all favorable to Gentil⁷³. It is unclear exactly how Lanessan's panel did its work, but most members seemed eager to challenge Brazza's view that the origins of the Congo atrocities lay in the structure of France's colonial organization, especially as directed by Gentil. Lanessan's 120-page report followed to the letter Clémentel's original instructions to the Brazza commission: the abuses, deplorable as they were, resulted from the isolated acts of errant individuals. The colonial system itself was not to blame, nor was Gentil, whose career emerged from the second inquiry completely intact.

If the government found itself exculpated by the committee its leaders had named, the same was not true of the concessionary companies, whose operations, already compromised by market forces, Lanessan called into question. Even though his report explicitly—and repeatedly—pinned the blame on a few individuals, a close reading of the text suggests that the former minister had indeed found structural reasons for the Congo's problems. Those reasons were solely economic; the government bore no responsibility for the colony's ills, though it did hold the keys to their resolution. The concessionary companies, Lanessan wrote, had been a bad idea, and the government should allow no more. In the meantime, the National Assembly would have to fund the Congo more generously, and above all, the Republic would need to

⁷³ Brunschwig (1977): 123-124.

redouble its devotion to the mission civilisatrice. The colonial government, committed as always to the well-being and advancement of the native people, would have to protect the Congolese from exploitation. It must provide food, education, and medical care and ensure that natives living outside the concessionary zone could freely sell the products they raised⁷⁴.

What the Lanessan report ignored was the close structural relationship between the colonial government and the concessionary economy. Both the local administration and the companies required indigenous people to provide labor and tax payments, neither of which the Congolese wanted to give. The only way to obtain the manpower needed for portage and harvesting rubber was to compel people to work. The assessment of taxes served as a crucial means of compulsion, but it was rarely enough. Authorities continued to recruit porters by force, and the Congolese continued to flee from recruiters into the brush, where they not infrequently starved to death. When colonial officials finally built roads and introduced automobiles during the Great War, the need for porters declined. But the humanitarian situation improved only briefly; throughout the 1920s, railway construction led to the massive, forcible conscription of labor. Local people fled from the recruiters or rebelled against them, reproducing the same kinds of abuses Brazza had found decades earlier⁷⁵.

III. CONCLUSIONS

Despite its flaws, the Lanessan report, with its explicit, if muted, criticism of the concessionary companies, went further than the government wanted to go; officials at the Foreign Ministry forbade its publication. They feared it would give ammunition to France's colonial rivals and open the government to lawsuits from the companies. Despite the efforts of socialists and left-leaning Radicals like Joseph Caillaux, who wanted full disclosure of both the Lanessan text and the Brazza commission's notes, the Assembly ultimately voted overwhelmingly to keep everything secret. Only ten copies of the Lanessan report saw print, and all ten were consigned to the archives, where they remain today⁷⁶.

It is, of course, impossible to know what would have happened had Brazza been able to return home bearing his findings. In the past, he had been

⁷⁴ *Ibid.* 126-27.

⁷⁵ Coquery-Vidrovitch (1972): 176-95 and Gide (1927).

⁷⁶ Autin (1985): 262-264. The Lanessan report was finally published in Bellec (2014).

an effective publicist, and the colonial ministry would have found it extremely difficult to dismiss him and his devastating observations. As a national hero and charismatic personality, he would have caught the interest of the mass press, which would have given him a great deal of attention. The scandal would have remained alive, and the Congo might have enjoyed some genuine reforms, the colonial system itself perhaps called into question. This is why the Colonial Ministry had been so upset by Brazza's appointment to head the commission of inquiry and why the minister and his associates had worked exceedingly hard to circumscribe the commission's activities. Brazza was considered so dangerous that his wife, Thérèse, who had traveled with him on the final African trip, believed to the end of her days that her husband had not died from dysentery. He had been poisoned, she maintained, to silence him and bury his findings⁷⁷.

With Brazza dubbed a martyr and out of the picture, his opponents ignored his troublesome, divisive conclusions and diverted attention to the unifying, patriotic themes he and his friends had so carefully nurtured during his lifetime. "He was a conqueror", proclaimed *Le Matin*, "but one who conquered with kindness"⁷⁸. Brazza had always rallied a great many French men and women around his image as selfless patriot and intrepid explorer; political leaders now sought to use that image to overcome the divisions the Congo scandal had caused.

What better way to accomplish that goal than a great national communion around the fallen hero lying serenely in state? With fanfare and *éclat*, the French government organized an impressive public funeral for Brazza, a national event of the kind usually reserved for presidents, prime ministers, and luminaries like Victor Hugo⁷⁹. On October 3, 1905, virtually the entire French elite thronged the Church of Sainte Clotilde, sumptuously decorated in black and white. Government ministers, business leaders, military figures, high civil servants, celebrities, and socialites representing the "tout Paris" all came to pay their respects⁸⁰. People who rarely associated with one another rubbed shoulders as they strained to glimpse the ornate coffin of the great man and martyr to France. Such was the national unity expressed in the Church of Sainte Clotilde that clericals and secularists, putting aside their feud over the separation of church and state, pressed together to hear the

⁷⁷ *Ibid.*: 256; Pucci (2009): 188, writes, "To this day, the question of Brazza's death has remained unresolved".

⁷⁸ *Le Matin*, 16 September 1905.

⁷⁹ Ben-Amos (1997 and 2000).

⁸⁰ Martin (2005): 210.

Reverend Father Leroy extol the Catholic virtues of Savorgnan de Brazza⁸¹. For one day, at least, conflicts seemed forgotten as the country drew together around the hero's casketed body.

After representatives of the French army, resplendent in their full dress uniforms, gave an elaborate military salute, a long funeral procession set out for the Père Lachaise Cemetery, where Brazza would be lowered into his in-laws' tomb. En route, thousands of ordinary Parisians poured out of their homes and businesses to pay the hero their last respects. "The entire nation is in mourning", declared *Le Journal*, "when a great man like M. de Brazza draws his final breath"⁸².

At the gravesite, four eulogies contributed to the secular beatification of the French martyr; all emphasized national unity, the civilizing mission, and Brazza's benevolent "conquête pacifique". Brazza's work, intoned the colonialist deputy Paul Deschanel "is pure of human blood". His heroism, Deschanel added, had "widened [France's] borders" and made him "the brilliant artisan of justice and France's ideals"⁸³. Brazza, in short, had served as exemplar of the mission civilisatrice, the man whose explorations had enabled France to illuminate the Dark Continent with the radiance of its superior form of life. The unspoken subtext of this speech was that Brazza embodied the true nature of French colonialism. French men and women should think of "him" and not the dynamiters and the decapitators of colonized peoples when they seek to understand the meaning and value of French imperial expansion.

More than anyone else, Colonial Minister Clémentel associated the French Republic and its empire with the prestige and reputation of the fallen hero. Clémentel asserted that far from harming the Congolese, France, like Brazza, had sacrificed to make them civilized and free. The explorer's recent mission to the Congo, he declared, had "consolidated our moral credit". No one more than Brazza, the minister continued, "incarnates the France of liberty and civilization" or prevented his compatriots from ever doubting "the eternal traditions of justice and humanity that are the glory of France"⁸⁴. Having buried the explorer's report, Clémentel deftly used Brazza's image as charismatic hero and martyr to obscure what the explorer had wanted to expose⁸⁵.

⁸¹ Bauberot (2004).

⁸² *Le Journal*, 4 October 1905.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ Although the government suppressed Brazza's draft report, it is clear from the writings of those who accompanied him to the French Congo in 1905 that his findings condemned the very structure of the colonial regime. Saintoyant (1960) and Brisch (1906).

With the ceremony concluded, the Congo scandal quickly faded away. Neither *L'Humanité's* well-documented articles, nor an elaborate parliamentary debate could revive it. In the end, the scandal had served not to challenge deeply held French values, but to affirm them. It reinforced the widespread notion that France's colonial project was noble and good. The Congo scandal had proved to be one of those wrenching public phenomena that ultimately brings people together rather than pulling them apart. Such was the unifying power of Brazza's public image that political leaders could use it to create common perceptions diametrically at odds with what the explorer had ultimately wanted to say.

Bibliography

- Ambroise-Rendu, A. (2004). *Petits récits des désordres ordinaires*. Paris: Seli Arslan.
- Auchair, G. (1982). *Le mana quotidien: Structures et fonctions de la chronique des faits divers*. Paris: Editions anthropos.
- Autin, J. (1985). *Pierre Savorgnan de Brazza: un prophète du tiers monde*. Paris: Perrin.
- Barthes, R. (1964). Structure du fait divers. In R. Barthes. *Essais critiques*. Paris: Seuil.
- Bauberot, J. (2004). *Laïcité 1905-2005: Entre passion et raison*. Paris: Seuil.
- Bellec, D. (2014). *Le rapport Brazza: mission d'enquête du Congo: rapport et documents (1905-1907)*. Neuville-en-Champagne: Passager clandestin.
- Ben-Amos, A. (1997). Les Funérailles de Victor Hugo. In P. Nora (ed.). *Les lieux de mémoire*. Paris: Gallimard.
- (2000). *Funerals, Politics, and Memory in Modern France*. New York: Oxford University Press.
- Berenson, E. (1992). *The Trial of Madame Caillaux*. Berkeley: University of California Press.
- Blic, D. de (2005a). Le scandale comme épreuve. *Politix*, 71, 9-38. Available at: <https://doi.org/10.3917/pox.071.0009>.
- (2005b). Moraliser l'argent: Ce que Panama a changé dans la société française (1889-1897). *Politix*, 71, 61-82. Available at: <https://doi.org/10.3917/pox.071.0061>.
- Brower, B. (2009). *A Desert Named Peace: The Violence of France's Empire in the Algerian Sahara, 1844-1902*. New York: Columbia University Press.
- Brunschwig, H. (1977). Brazza et le Scandale du Congo français (1904-1906). *Bulletin des séances de l'academie Royale des sciences d'outre-mer*, 23, 112-129.
- Challaye, F. (1909). *Le Congo français*. Paris: Félix Alcan.
- Chambrun, C. de (1930). *Brazza*. Paris: Plon.
- Cohen, W. B. (1980). *The French Encounter with Africans*. Bloomington: Indiana University Press.
- Conklin, A. (1997). *Mission to Civilize: The Republican Idea of Empire in France and West Africa, 1895-1930*. Stanford: Stanford University Press.
- Cookey, S. (1966). The Concession Policy in the French Congo and the British Reaction, 1898-1906. *Journal of African History*, 7 (2), 263-64. Available at: <https://doi.org/10.1017/S0021853700006319>.

- Coquery-Vidrovitch, C. (1972). *Le Congo au temps des grandes compagnies concessionnaires*. Paris: Mouton.
- Dampierre, E. de (1954). Thèmes pour l'étude du scandale. *Annales E.S.C.*, IX, 328-336.
- Dwyer, P. and Nettlebeck, A. (2018). *Violence, Colonialism, and Empire in the Modern World*. Palgrave MacMillan. Available at: <https://doi.org/10.1007/978-3-319-62923-0>.
- Fabre, R. (1999). Gustave Rouanet et les obscures espérances: Les socialistes et l'affaire du Congo 1905-1906. In V. F. Duclert. *Avenirs et avant-gardes en France, XIXe-XXe siècle: Hommage à Madeleine Rebérioux* (pp. 251-266). Paris: La Découverte.
- Gide, A. (1927). *Voyage au Congo*. Paris: Gallimard.
- Girardet, R. (1972). *L'idée coloniale en France*. Paris: La Table ronde.
- Hochschild, A. (1998). *King Leopold's Ghost*. New York: Houghton Mifflin.
- Irvine, W. (2007). *Between Politics and Justice: La Ligue des Droits de l'Homme, 1898-1945*. Stanford: Stanford University Press.
- Jaugeon, R. (1961). Les Sociétés d'exploitation au Congo et l'opinion française de 1890-1906. *Revue d'histoire de l'Outre-Mer*, 48, 353-437. Available at: <https://doi.org/10.3406/outre.1961.1339>.
- Kalifa, D. (1995). *L'encre et le sang: Récits de crimes et société à la Belle Epoque*. Paris: Fayard.
- Louis, W. R. (1968). *E. D. Morel's History of the Congo Reform Movement*. Oxford: Clarendon Press.
- Louis, W. R. and Stengers, J. (1968). *E. D. Morel's History of the Congo Reform Movement*. Oxford: Clarendon Press.
- Lull, J. A. (1997). *Media Scandals: Morality and Desire in the Popular Culture Marketplace*. New York: Columbia University Press.
- Mahieu, M. (2006). *Monseigneur Augouard: Un poitevin roi du Congo*. La Crèche: Geste editions.
- Martin, J. (2005). *Savorgnan de Brazza, 1852-1905*. Paris: Les Indes savantes.
- Mille, P. (1905). *Le Congo Léopoldien*. Paris: Cahiers de la quinzaine.
- Morel, E. (1903). *The British Case in the French Congo*. London: Heinemann.
- (1904). *King Leopold's Rule in Africa*. London: Heinemann.
- Perrot, M. (1983). Fait divers et histoire au XIXe siècle. *Annales E.S.C.*, 38 (4), 911-919. Available at: <https://doi.org/10.3406/ahess.1983.410967>.
- Pratt, M. L. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge. Available at: <https://doi.org/10.4324/9780203163672>.
- Pucci, I. (2009). *Brazza in Congo*. New York: Umbrage.
- Saintoyant, J. (1960). *L'Affaire du Congo*. Paris: Editions Epi.
- Stoler, A. L. (2002). *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*. Berkeley: University of California Press.
- Thérenty, M.-E. (2007). *La littérature au quotidien: Poétiques journalistiques au XIXe siècle*. Paris: Seuil. Available at: <https://doi.org/10.14375/NP.9782020947336>.
- Thomas, M. (2012). *The French Colonial Mind, Volume 2: Violence, Military Encounters, and Colonialism*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Thompson, J. B. (2000). *Political Scandal: Power and Visibility in the Media Age*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Toqué, G. (1996). *Les massacres du Congo*. Paris: L'Harmattan.

- West, R. (1973). *European Exploration and Exploitation in French Equatorial Africa*. Newton Abbot: Victorian Book Club.
- White, O. (1999). *Children of the French Empire: Miscegenation and Colonial Society in French West Africa, 1895-1960*. Cambridge: Cambridge University Press. Available at: <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198208198.001.0001>.
- Witte, J. de (1924). *Un explorateur et un apôtre du Congo français: Monseigneur Augouard, archevêque titulaire de Cassiopée, vicaire apostolique du Congo français*. Paris: Emile-Paul frères.
- Youngs, T. (1994). *Travelers in Africa*. Manchester: Manchester University Press.

ESTUDIOS

¿DEL «RENACIMIENTO» LITERARIO AL NACIONALISMO POLÍTICO? UNA COMPARACIÓN ENTRE LOS TERRITORIOS DE LENGUA CATALANA Y LOS DE LENGUA VASCA (1850-1900)¹

From literary “revival” to political nationalism?
A comparison between the Catalan
and Basque-speaking territories (1850-1900)

XABIER ZABALTA

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea
xabier.zabaltza@ehu.eus

Cómo citar/Citation

Zabaltza, X. (2018).

¿Del «renacimiento» literario al nacionalismo político?

Una comparación entre los territorios de lengua catalana y los de lengua vasca (1850-1900).

Historia y Política, 39, 141-170.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.06>

(Recepción: 12/12/2016. Evaluación: 22/02/2017. Aceptación: 10/06/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

Con una perspectiva comparada, este artículo estudia el origen de los conceptos *Renaixença* y *Pizkunde* y mantiene dos tesis complementarias. En primer lugar, los «renacimientos» de las lenguas catalana y vasca se produjeron dentro del proceso de construcción de España (y Francia) como nación. El regionalismo (y sus variantes) es una de las posibles vías de nacionalización y catalanes y vascos no eran los únicos que,

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación MINECOG14/P11, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Agradezco a los profesores Joseba Agirreazkuenaga, Fernando Molina, Xosé-Manoel Núñez Seixas, August Rafanell y Rafael Roca sus aportaciones para mejorar el manuscrito.

en la segunda mitad del XIX, concebían a España como una nación plurilingüe. Y, en segundo lugar, el paso de las reivindicaciones culturales a las políticas es la excepción, no la regla. Entre los ejemplos analizados, solo en Cataluña puede vislumbrarse, con varias matizaciones, cierta continuidad entre «renacimiento» y nacionalismo. En los otros territorios de lengua catalana la identidad local sigue manifestándose en términos provinciales o regionales, no nacionales. Por su parte, en los países de lengua vasca, el nacionalismo político surgió de modo autónomo del «renacimiento» literario en vascuence. Además de la industrialización y de la actitud de las élites, la situación sociolingüística de partida, la persistencia o no de las instituciones del Antiguo Régimen y el influjo de movimientos semejantes en otros países son factores que han determinado la historia de estos territorios y, por lo tanto, deberían ser tenidos en cuenta a la hora de establecer modelos historiográficos.

Palabras clave

Renacimiento literario; lengua catalana; lengua vasca; regionalismo; nacionalismo.

Abstract

With a comparative perspective, this paper studies the origins of the concepts *Renaixença* and *Pizkunde* and holds two complementary theses. First, the “revivals” of the Catalan and Basque languages took place within the Spanish (and French) nation-building process. Regionalism (and its variants) is one of the possible ways of nationalization and, in the second half of the 19th century, Catalans and Basques were not the only ones who conceived of Spain as a multilingual nation. And second, the transition from cultural to political claims is the exception rather than the rule. Amongst the studied examples, only in Catalonia (and with many nuances) can some continuity be detected between “revival” and nationalism. In the other Catalan-speaking areas, local identity continues to manifest itself in provincial or regional terms, not in national terms. On the other hand, in the Basque-speaking countries, political nationalism emerged autonomously from the literary “revival” in the Basque language. In addition to industrialization and the attitude of the elites, the sociolinguistic situation in origin, the persistence (or not) of the institutions of the *Ancien Régime*, and the influences of similar movements in other countries are factors that have determined the history of these territories and, therefore, they should be taken into account when establishing historiographical models.

Keywords

Literary revival; Catalan language; Basque language; regionalism; nationalism.

SUMARIO

I. *RENAIXENÇA* Y *PIZKUNDE*. II. *JOCS FLORALS* Y *KOPLARIEN GUDUAK*. III. CULTURALISMO, PROVINCIALISMO Y REGIONALISMO. IV. CONCLUSIONES. *BIBLIOGRAFÍA*.

I. *RENAIXENÇA* Y *PIZKUNDE*

El concepto de «renacimiento cultural» o «literario» es un paradigma que se suele utilizar para describir los procesos de reelaboración de los fundamentos de las identidades colectivas, mayormente subestatales, en el siglo XIX². En la tipología clásica de Miroslav Hroch³, el «período de interés académico», que coincide con lo que aquí se denomina «renacimiento», se convierte en la fase A de la evolución de los «movimientos nacionales» de los «grupos étnicos no dominantes». Idealmente, a la fase A seguiría la fase B, de agitación patriótica, y a esta la fase C, o movimiento de masas. Hroch estableció su esquema basándose en casos del norte, centro y este de Europa, por lo que no resulta sencillo aplicarlo a los territorios de lengua catalana y vasca⁴.

«Renacimiento» es un término polisémico. En italiano, tal vez la lengua matriz, *Risorgimento* se refiere al proceso de unificación política de los diversos estados de la península itálica entre 1815 y 1871. En otros idiomas, «renacimiento» significa más bien los esfuerzos por parte de la *intelligentsia* para cultivar la lengua de su comunidad lingüística, a menudo tras siglos de abandono administrativo. Ese sería, en principio, el caso de la *Renaixença* en los territorios de lengua catalana⁵ y del *Rexurdimento* en Galicia⁶. Otras veces, se ha tratado de combinar la «recuperación» de una lengua con el intento de expandirla a zonas donde ya no se hablaba o, incluso, donde no existe constancia de que

² Una evaluación crítica del concepto de «renacimiento» literario entre los pueblos europeos sin estado en Marfany (2008).

³ Hroch (1985).

⁴ El propio Hroch (2000 y 2015) intentó extender su esquema al sur de Europa, incluidas Cataluña, Vizcaya y, tal vez, Guipúzcoa, aunque no los otros territorios de lengua catalana y vasca.

⁵ La bibliografía sobre la *Renaixença* es inmensa. Una selección de títulos se cita a lo largo de este trabajo. Para el estudio de las fuentes me he servido de la recopilación de Molas *et al.* (1989).

⁶ Hermida (1992); Monteagudo (1999): 327-384, y Beramendi (2007): 155-162.

se haya hablado nunca. El «renacimiento» del hebreo en Israel (*Tehiya*) sería el prototipo de éxito de esta variante y el del gaélico en Irlanda (*Athhbheochan*), el de fracaso⁷. Tampoco puede obviarse el hecho de que el «renacimiento» cultural suele mezclarse con reivindicaciones de «derechos históricos», muy presentes en el caso vasco (*Pizkunde*), por razones que se explicarán enseguida.

Como tantos conceptos que han triunfado a lo largo de la historia (Edad Media, Antiguo Régimen o Revolución industrial, sin ir más lejos), el de «renacimiento» suele ser una creación *a posteriori*, también en los casos de los que se ocupa este trabajo⁸. El «renacimiento» catalán tomó su nombre de la revista *La Renaixensa*, editada desde 1871 por la Jove Catalunya, tenida por la primera asociación catalanista⁹. Es decir, el nombre es 38 años posterior al supuesto origen del movimiento, que, de manera más que arbitraria, se ha situado en 1833, con la publicación de *La Pàtria*, de Carles Aribau¹⁰. Y es que en la elección de Aribau como patriarca de la *Renaixença* se entremezclaron razones políticas. Los representantes del primer catalanismo cultural, romántico y conservador, le otorgaron la primogenitura a causa de sus vínculos con el poder económico madrileño. Así que, por ejemplo, Antoni Puigblanch, otro de los posibles candidatos para ese título en el principado, que había escrito en catalán bastante antes de 1833, quedó descartado por su ideología radical¹¹. Aribau compuso su oda en honor del marqués de Remisa, «uno de los financieros catalanes que en la villa y corte contribuían a la constitución del Estado español moderno, doctrinario y centralista»¹². Aribau, que fue director de la Biblioteca de Autores Españoles, debía de estar muy dotado para las lenguas, pues además de la *Oda a la Pàtria* escribió otros seis poemas en catalán y varios más en castellano, italiano y francés. Además, es el posible autor de un *Discurso sobre la posibilidad de un idioma universal*¹³. Pese a lo dicho, hoy 1833 es una fecha-tótem en Cataluña. La publicación de *La Pàtria*,

⁷ Un estudio en castellano sobre la *Tehiya* y la *Athhbheochan* en Zabaltza (2006).

⁸ Curiosamente, *Risorgimento* sería la excepción a esta regla, ya que el vocablo aparece en una obra de Benvenuto Robbio di San Raffaele, de 1769, en la que se refiere no al pasado sino al esperado «renacimiento» literario italiano. *Risorgimento* (1949): 434.

⁹ Coromines (1980-1991): V, 903. Anteriormente, en castellano, la expresión «renacimiento» catalán se documenta en Rubió i Ors en 1859; Briz en 1860, y Almirall en 1868, entre otros. Gaietà Vidal utiliza *renaixement* en catalán ya en 1865 (Rossich, 1994; Domingo, 2009).

¹⁰ Rubió y Ors (1880): 164-165.

¹¹ Grau y López (1988).

¹² Sanchis Guarnier (1974): 142.

¹³ Hina (1986): 119.

un poema de circunstancias por un autor que no tenía ningún interés en la normalización de la lengua catalana, es aceptada de modo convencional como el fin de la *Decadència*, otro paradigma historiográfico¹⁴.

El origen de la *Renaixença* valenciana ha sido objeto de debate. Joan Fuster¹⁵ y Manuel Sanchis Guarner¹⁶, entre otros, afirmaron que era hija de la catalana. Otros investigadores, como Vicent Simbor, han insistido en los vínculos del «renacimiento» literario valenciano con autores románticos locales que escribieron en catalán culto antes incluso de la fecha mítica de 1833¹⁷. Finalmente, Rafael Roca se ha decantado por una síntesis entre ambas posiciones al afirmar que el movimiento valenciano «fou, a la vegada, espontani i dependent de Catalunya. Espontani perquè ací, a València, ja hi havia tota una sèrie de precursors que esperonaven i facilitaven el correu literari valencià [...]. I dependent de Catalunya perquè fou en arribar Marià Aguiló [en 1858], que portava l'alé renaixencista català, qu'els esforços s'agruparen, es dotaren de contingut i prengueren cos»¹⁸. Desde la obra de Fuster¹⁹ es un lugar común mencionar el fracaso de la *Renaixença* al sur del Cenia por su incapacidad para movilizar políticamente a la población valenciana. Como se tratará de exponer a lo largo de este artículo, solo se puede hablar de «fracaso» si se parte de una concepción teleológica que presuponga la obligatoriedad del paso de las reivindicaciones culturales a las políticas.

Respecto a las Baleares, a pesar de la importancia de figuras como el mencionado Aguiló, al que Pompeu Fabra, padre del catalán moderno, calificó como «el primer que va creure en la possibilitat de refer la nostra llengua»²⁰, el movimiento «renacentista» isleño fue una creación exclusivamente intelectual²¹. Sea como sea, los autores de la parte española del dominio lingüístico catalán estaban en contacto continuo (los valencianos Llorente y

¹⁴ Rossich (1994).

¹⁵ Fuster (1977).

¹⁶ Esa era la postura de Sanchis Guarner en 1956. Hacia 1968, matizó esta opinión, poniendo de relieve la importancia de autores anteriores a Llorente, como Vicent Boix, que escribió casi toda su obra en castellano, y Tomàs Villarroya. Sanchis Guarner (1974) y Ferrando y Cortés (2007): 254-257 y 317-318.

¹⁷ Simbor Roig (1980). Para Simbor, Joan-Baptista Escorigüela, autor de varias poesías a finales del XVIII, sería el iniciador del movimiento, no solo en Valencia, sino en todo el dominio lingüístico.

¹⁸ Roca Ricart (2007): 92-93.

¹⁹ Fuster (1992): 221-234.

²⁰ En Lamuela y Murgades (1984): 189.

²¹ Llull (1975) y Tomàs (2012a) y (2012b).

Querol reconocían como maestros al catalán Rubió i Ors y al mallorquín Aguiló) y por eso se habla de una sola *Renaixença* y no de varios movimientos diferentes. Como afirmaba uno de los autores «renacentistas», Víctor Balaguer, en 1880: «El renacimiento de las letras lemosinas es uno, como una es la lengua»²².

Diferente es el caso de la *Renaixença* rosellonesa, no solo por su debilidad (rasgo que comparte con la valenciana y la balear), sino porque se encuentra en un término medio entre el catalanismo cultural y el felibrismo, movimiento que defendía la «hipótesis lemosina», a la que alude Balaguer en la cita anterior, es decir, que el catalán era simplemente un dialecto occitano más. Desde la segunda mitad del siglo XIX esta teoría fue quedando en descrédito en Cataluña y en las Baleares (Balaguer es de sus últimos partidarios), pero se mantuvo en Occitania, en el Rosellón y en Valencia, donde serviría más tarde para justificar el secesionismo lingüístico valenciano²³. Esta dicotomía catalana/occitana se deja traslucir, por ejemplo, en Justin Pépratx, uno de los contados poetas del norte de la Albera que participó en los Juegos Florales de Barcelona, miembro prominente del *Felibritge* en el Rosellón²⁴. La Catalanofonía francesa será el pariente pobre en el «renacimiento» catalán. Justo lo contrario que la Vascofonía francesa en el vasco.

El término euskérico *Pizkunde* es un neologismo acuñado por Sabino Arana en 1896, pero hubo que esperar hasta los años 70 del siglo XX para que se concretara el ámbito temporal del «renacimiento» vasco. Por ejemplo, Joan Mari Torrealday colocó los límites cronológicos del *Pizkunde* en la abolición foral (1876) y en el inicio de la Guerra Civil (1936)²⁵. Torrealday, que enmendaba el esquema establecido por el propagandista nacionalista Aitzol en los años 20²⁶, intentó sentar los precedentes del resurgimiento en la vida pública de la lengua vasca tras cuarenta años de dictadura. Emuló para ello el concepto de *Renaixença* y lo aplicó a los territorios vascos, pero incluyendo autores (etnógrafos, lingüistas, agitadores políticos...) que escribían en castellano y en francés. Cabe añadir que, según la nueva acepción, convertida en clásica,

²² En Roca Ricart (2007): 164; cursivas suprimidas.

²³ Rafanell (1991) y (2006).

²⁴ Berjoan (2011): 88-91.

²⁵ Torrealday (1977): 247-280.

²⁶ José Ariztimuño *Aitzol* escribió sobre todo en castellano y no usó el término *pizkunde*, sino «renacimiento», con el que se refería al movimiento nacionalista vasco, supuestamente iniciado en 1882, año en el que Sabino Arana pretendía que su hermano Luis le había revelado que su patria era Vizcaya. Ariztimuño (1986-1988): 380-381.

el *Pizkunde* sería casi medio siglo posterior a la *Renaixença* oficial. Situar el origen de aquel en 1876 tiene sentido si lo que se pretende es establecer una relación de causa-efecto con el Partido Nacionalista Vasco, cuyo germen vizcaíno se constituye solo diecinueve años más tarde, en 1895, en la transición de la fase A a la fase B de Hroch. Por el contrario, la fundación de la Lliga, el primer partido nacionalista catalán, se sitúa en 1901, una vez concluida la *Renaixença*, en la transición de la fase B a la fase C²⁷.

Resumiendo. Según la historiografía catalanista tradicional, la *Renaixença* se produjo tras varios siglos de *Decadència* y ciento veinte años después de la abolición de las instituciones de la antigua Corona de Aragón, durante y tras la Guerra de Sucesión (1701-1715). Por el contrario, el *Pizkunde*, según la narrativa canónica, se inicia precisamente tras la abolición de los fueros de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, como consecuencia de la Tercera Guerra Carlista (1872-1876). (El movimiento iniciado en 1876 tuvo influencia también en Navarra, a pesar de que la ley del 21 de julio no incluía al Viejo Reino en su ámbito de aplicación). Ello explica que, frente a su homónimo en los territorios de lengua catalana, el «renacimiento» en la parte española de la Vascofonía sea un movimiento más basado en la reivindicación de la peculiaridad institucional que en la de la lengua privativa. Herederos de una tradición que se remonta incluso hasta el siglo xvi, la mayor parte de los autores fueristas²⁸ escribirán en castellano, la lengua en la que funcionaban las instituciones vasco-españolas del Antiguo Régimen, a diferencia de las catalanas, valencianas y mallorquinas. Como trataré de exponer a continuación, colocar el inicio del *Pizkunde* en 1876, como hace la historiografía, vasca y no vasca, supone dejar de lado la importante tradición vasco-francesa, anterior y mucho más centrada en la lengua.

II. JOCS FLORALS Y KOPLARIEN GUDUAK

En los apartados que siguen matizaré la influencia que se atribuye a la *Renaixença* y el *Pizkunde* en la normalización de la lengua y en la formación del nacionalismo político. Soy muy consciente de la crítica a la misma idea de *Renaixença* por parte de historiadores recientes²⁹. En este trabajo, este concepto, como el de *Pizkunde*, se utiliza como lo que es: un paradigma creado a

²⁷ Brunn (1978): 294-296 y Puhle (1982).

²⁸ Juaristi (1987); Sánchez Prieto (1993), y Rubio Pobes (2003): 254-331.

²⁹ Marfany (1992), (1995), (2001) y sobre todo (2017); Archilés y Martí (2001), y Fradera (2003).

posteriori que puede ser útil si no se toma en términos absolutos (ni el catalán ni el vascuence fueron nunca lenguas muertas, y por eso las palabras «renacimiento», «restauración» y semejantes aparecen entrecomilladas) y si se es consciente de las diferencias estructurales entre los dos dominios lingüísticos y entre territorios dentro del mismo dominio. Así, he hablado fundamentalmente de cultivo de la lengua privativa en Cataluña, Valencia, Baleares y Rosellón (también en la Vascofonía francesa, como se explicará) y de apelación a «derechos históricos» en Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra. Como suele ocurrir, la historia real es mucho más compleja que cualquier caricatura y, al menos en Cataluña, con la politización del movimiento, se iniciará también la reivindicación de instituciones propias.

El idioma catalán nunca dejó de ser el habitual de la mayor parte de la población de su dominio lingüístico, incluidas sus clases dirigentes³⁰. Una diferencia notable respecto a los territorios vascos, donde, al menos desde la industrialización, el castellano ha sido la lengua mayoritaria y la asimilación lingüística de sus élites es incluso anterior³¹. Si entendemos por *Renaixença* el proceso por el que el catalán, de ser una lengua fundamentalmente hablada se convirtió en una lengua también escrita considerada digna de un uso literario culto, mucho mayor trascendencia que *La Pàtria* tuvieron los juegos florales (*jocs florals*), iniciados una generación posterior al poema de Aribau. Como los movimientos análogos en otros lugares de Europa, el «renacimiento» del catalán y la «restauración» de los juegos florales, impulsados por intelectuales e industriales en parte castellanizados, coinciden con la generalización de la diglosia³². Más adelante se insistirá en esta idea.

Aunque el nombre se generalizó mucho más tarde, los primeros juegos florales medievales tuvieron lugar en lengua occitana en Toulouse en 1324. En los siglos posteriores hubo certámenes literarios en la Catalanofonía y la Vascofonía³³. Los juegos tolosanos, que, por lo menos, desde 1513 eran en francés, fueron interrumpidos por la Revolución, pero se restauraron (aquí sin comillas)

³⁰ En Valencia la castellanización parcial de sus clases pudientes se retrotrae a las Germanías (1520-1522) y Ninyoles (1978): 49-50.

³¹ Según Erize Etxegarai (1997: 263), hacia 1863 los vascófonos suponían el 55 % de la población en el conjunto de los territorios vascos. En aquella época hablaría vascuence el 96 % de los guipuzcoanos, el 81 % de los vizcaínos, el 65 % de los vasco-franceses, el 30 % de los navarros y el 10 % de los alaveses. Con toda probabilidad este porcentaje había descendido por debajo del 50 % para inicios del siglo xx, que es cuando se articula el nacionalismo político.

³² Marfany (2017).

³³ Urkizu (1997): 11-12 y Rossich (2006).

en 1806. A partir de ahí se ha pretendido que los juegos decimonónicos de los territorios de lengua catalana son una continuación del movimiento felibre de la Provenza, que, liderado por Frédéric Mistral, aspiraba a recuperar para la lengua de oc las glorias de los antiguos trovadores³⁴. Sin embargo, una relación tan directa no es posible ya que, hasta inicios de la década de 1860, catalanistas y felibres vivieron en un absoluto desconocimiento mutuo³⁵. Además, bastante antes de 1854, que es cuando se constituye el felibrismo como tal, en concreto en 1842, la Real Academia de Buenas Letras había organizado en Barcelona un concurso literario, antecedente inmediato de los, ahora sí, juegos florales, que tuvieron lugar en la capital catalana desde 1859. La de Buenas Letras estaba en contacto con la Académie des Jeux Floraux de Toulouse, heredera directa del Consistòri del Gai Saber. Fue en el seno de la Academia barcelonesa, estimulada por el recuerdo de los juegos medievales, donde surgió la idea de «restaurarlos», sin que mediara influencia felibre³⁶. La diferencia fundamental entre los nuevos juegos de los territorios de lengua catalana y los occitanos es que aquellos se celebraron (con la excepción parcial valenciana) en la lengua autóctona, mientras que en estos solo se utilizó el francés hasta 1895. Por eso los felibres, empeñados en revivir el provenzal, organizaron sus propios juegos desde 1862 y participaron en los de Barcelona hasta 1899³⁷.

En la segunda mitad del siglo XIX se organizaron juegos florales en la mayor parte del dominio lingüístico catalán. En este artículo se prestará atención solo a los de Barcelona («restaurados» en 1859) y a los de Valencia (en 1879, con un precedente el mismo 1859), pero también los hubo al menos en Olot (1890), Castellón (1892), Lleida (1895), Alcoi (1899) y Torrent (1900)³⁸. Contra lo que pudiera pensarse, en esta época no existió rivalidad literaria entre los certámenes de Valencia y Barcelona, ya que valencianos, catalanes y mallorquines participaban sin problema en ambos³⁹.

Que los organizadores de los primeros juegos barceloneses no las tenían todas consigo queda patente en las archiconocidas palabras de uno de ellos, el

³⁴ Sobre el felibrismo, Martel (2004) y Rafanell (2006).

³⁵ Aramon i Serra (1985); Jorba (1989), y Balanzà (1989).

³⁶ Fradera (2003): 88-94; Rossich (2006), y Freixes (2012).

³⁷ Rafanell (2006): vol. 1, 176 y 358.

³⁸ En Lleida y Girona hubo también certámenes literarios bilingües. Fuera del ámbito cronológico de este artículo, hubo juegos florales en el Rosellón desde 1924 (bilingües en catalán y francés) y, ocasionalmente, en las Baleares desde 1904. Pons i Pons (1998): 175-185; Tubino (2003): 272; Roca Ricart (2010a): 260; Berjoan (2011): 166-167, y Casacuberta (2012).

³⁹ Roca Ricart (2010a): 187-227 y Tomàs (2012a).

renombrado filólogo Manuel Milà i Fontanals: «S'havia parlat tres hores en català i ningú no havia rigut»⁴⁰. Porque los nuevos trovadores partían de una concepción plenamente diglósica de las relaciones entre el castellano y el catalán. Para la mayoría de ellos, procedentes de los mismos sectores industriales e intelectuales que estaban generalizando la diglosia, el catalán podría ser utilizado como lengua poética, pero el castellano seguiría siendo la lengua A en los demás ámbitos. Y es que en 1859 el único nacionalismo que existía al sur de la Albera era el español. De hecho, los temas abordados por los juegos barceloneses cabe encuadrarlos, hasta la última década del XIX, dentro de la tradición patriótica española, con una clara connotación antifrancesa⁴¹. Los juegos valencianos, por su parte, además de por la reivindicación de la hermandad de los territorios de lengua «lemosina», se caracterizaron por la exaltación de la unidad española y la refutación constante de las acusaciones de separatismo⁴².

Desde 1851, en la Vascofonía francesa se organizaron también juegos florales (el nombre habitual en el vascuence de la época es *koplarien guduak*, literalmente, «combates de poetas»), de la mano del mecenas de origen suletino Antoine d'Abbadie d'Arrast. Ya se ha aludido a la vinculación de los *jocs florals* con la tradición trovadoresca de los países de oc. En cambio, d'Abbadie no tenía conciencia de estar «restaurando» los certámenes euskéricos del siglo XVII, por ejemplo. El origen remoto de los *koplarien guduak* radica en París, en territorio de lengua de oïl: en los premios a los estudios de filología establecidos por Volney en 1803. Un labortano, Jean-Pierre Darrigol, fue el ganador del premio en la edición de 1829 con un trabajo sobre gramática vasca. La intervención de Michel d'Abbadie, padre de Antoine, no fue ajena a este reconocimiento⁴³. El interés filológico definirá los juegos de los territorios de lengua vasca, mientras que en los territorios de lengua catalana, con mayor o menor fortuna, primará la aspiración literaria.

Frente a los autores vasco-españoles, los vasco-franceses no se preocupaban por los «derechos históricos». Eso se debe al hecho de que ya en 1789, recién iniciada la Revolución, fueron abolidas las instituciones de todas las provincias francesas que aún las mantenían, incluidas las tres vascas, antiguos *pays d'états*, Labort, Baja Navarra y Sola (y el Rosellón, *pays d'imposition*), y nadie al norte del Bidasoa estaba interesado en restaurarlas. Por eso mismo considero excesivo hablar de «regionalismo» en las provincias vasco-francesas en la segunda mitad del XIX. A mi juicio, sería más correcto hablar simplemente de

⁴⁰ En Carmona (1967): 61, nota 1.

⁴¹ Marfany (1992).

⁴² Roca Ricart (2010a): 93-185.

⁴³ Dassance (1922).

«culturalismo» o, si prefiere la terminología de Anne-Marie Thiesse, de «nacionalismo francés regionalizado»⁴⁴, porque lo que pretendían d'Abbadie y los suyos era conservar la lengua y cultura vascas, supeditadas a las francesas, sin que existiera ninguna reivindicación de autonomía, ni siquiera de creación de un departamento vasco, separando las tres provincias vasco-francesas del Bearne. A pesar de ello, al estar centrados en el cultivo de la lengua, los juegos florales de la Vascofonía francesa son (en principio) parangonables con los de la Catalanofonía. Versificadores vasco-españoles participaron en los *koplarien guduak*, que, desde 1879, se celebraron también en la Vascofonía meridional, así que se produjo cierta síntesis entre el fuerismo del sur del Bidasoa y el culturalismo del norte. En ese encuentro entre tradiciones diferentes cabe situar la obra de autores como el navarro Arturo Campión, líder de la Asociación Euskara, y el vizcaíno Resurrección María de Azkue, que llegaría a ser el primer presidente de la Academia de la Lengua Vasca⁴⁵. La mayor parte de las composiciones de los juegos euskéricos son deliberadamente apolíticas, lo que no impide que dejen traslucir una visión muy conservadora y confesional de la sociedad vasca, hasta el punto de que los republicanos organizaron sus propias *fêtes basques*, que hicieron la competencia a las de d'Abbadie desde 1893⁴⁶. Los *koplaris* que abordan temas identitarios lo hacen desde una perspectiva de «doble patriotismo»⁴⁷ (vasco y francés o español), aunque algunos de ellos están muy cerca de posiciones etnonacionalistas vascas⁴⁸. Por razones obvias (d'Abbadie, además de vasco, era muy francés), en los juegos vascos, a diferencia de los barceloneses, no hay lugar para la galofobia. Por su tradición literaria, desde mediados del siglo XVI, y por su peso demográfico, hasta la industrialización de Vizcaya a finales del XIX, el influjo de la Vascofonía francesa en el *Pizkunde* es considerablemente mayor que el de la Catalanofonía francesa en la *Renaixença*: esta se produjo en un sentido sur-norte, mientras aquel lo hizo en el sentido norte-sur. Si existe un «renacimiento» de la lengua vasca, concepto ya de por sí cuestionable, 1851 constituye un punto de partida bastante más sólido que 1876.

⁴⁴ Thiesse (2006). El matiz de «culturalismo» (debería ser «lingüístico», pero no existe la palabra) respecto a «nacionalismo regionalizado» es que este se puede aplicar a las más variadas comarcas, mientras que aquel lo reservo para los territorios con lengua privativa.

⁴⁵ Arana Goiri tuvo sus más y sus menos con ambos. Sobre Campión, que escribió sobre todo en castellano, Zabaltza (2005): 243-263. Sobre Azkue, Kintana Goirierna (2008).

⁴⁶ Goyhenetche (1993): 8.

⁴⁷ Tomo la expresión de Fradera (2003): 59-155, y Rubio Pobes (2003): 153-177.

⁴⁸ Por ejemplo, el vizcaíno Felipe Arrese y el guipuzcoano Claudio Otaegui. Urkizu (1997): 293-294, 298-300, 306-311 y 327-328.

La existencia de juegos florales es un síntoma, no la prueba de un «renacimiento» literario. En el siglo XIX este tipo de certámenes se prodigó por todo el territorio español. Los primeros juegos florales celebrados en España en época moderna tuvieron lugar en Madrid en 1841, a iniciativa del Liceo Artístico y Literario, que se adelantó unos meses a la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona⁴⁹. Hubo juegos florales en Andalucía desde 1850, en Castilla la Vieja desde 1878, en Aragón desde 1893 y en el País Leonés desde 1901, todos ellos monolingües en castellano⁵⁰. A pesar de las esperanzas que Eugenio de Ochoa y Francisco María Tubino habían depositado en las literaturas regionales⁵¹, estos juegos no vinieron acompañados de un «renacimiento» digno de ese nombre, que resultaba superfluo, al ser el castellano la lengua del Estado. En Galicia, por su parte, también se celebraron *xogos florais* (los primeros, bilingües como la mayoría, en 1861), pero no parece que fueran un elemento definitorio del *Rexurdimento*⁵². En todos estos certámenes se exaltaba la región de turno, dentro de España, y, en ese sentido, fueron vehículos de nacionalización en un país en el que en 1877, tras veinte años de vigencia de la Ley Moyano, dos terceras partes de la población eran analfabetas, proporción superada en los territorios de lengua catalana, aunque no en los de lengua vasca⁵³. Al sur de los Pirineos, los juegos florales, incluidos, en un principio, los barceloneses, fueron un exponente tan palpable como inofensivo del «nacionalismo (español) regionalizado»⁵⁴.

Si nos fijáramos tan solo en las fechas de los juegos florales, parecería que el «renacimiento» es paralelo en los territorios de lengua catalana y vasca. Incluso podríamos pensar que el vasco (1851) se adelantó al catalán (1859), pero se trata de un espejismo. El consistorio de los juegos florales barceloneses tuvo desde sus inicios interés en fomentar una ortografía única⁵⁵. Esa

⁴⁹ Miracle (1960): 138-139 y Freixes (2012): 112-115.

⁵⁰ Núñez Seixas (2001): 510; Tomàs (2012b): 39, y, sobre todo, Soria Andreu (2002).

⁵¹ Tubino (2003) y Domingo (2009).

⁵² Hermida (1992): 71 y 240-243; Monteagudo (1999): 355 y 365, y Beramendi (2007): 156-157 y 293-297.

⁵³ Álava (30,39 % de analfabetos), Navarra (49,86 %), Guipúzcoa (50,15 %), Vizcaya (50,45 %) y Barcelona (56,80 %) estaban ese año por debajo de la media. Girona (67,84 %), Tarragona (72,90 %), Lleida (75,06 %), Palma de Mallorca (76,89 %), Valencia (78,66 %), Alicante (79,86 %) y Castellón (81,56 %), por encima. Espigado Tocino (1990).

⁵⁴ Para el papel de la región en la nacionalización española, además de la bibliografía citada hasta el momento, pueden consultarse Núñez Seixas (2001) y (2012); Archilés y Martí (2002), y Archilés (2006).

⁵⁵ *Ensaig* (1863).

preocupación es casi inexistente en el caso de los organizadores de los juegos vascos⁵⁶, ya que, por su propia fijación con los dialectos, no sirvieron de estímulo para crear una literatura de calidad, ni siquiera para establecer los rudimentos de una lengua literaria común⁵⁷. Nada de esto ocurría por casualidad. Basta comparar los lugares elegidos para los certámenes. La Barcelona de 1859, que contaba por entonces con 220 000 habitantes, no era solamente la capital de Cataluña, sino uno de los escasos núcleos industrializados de la península y la mayor ciudad de Europa occidental en la que se hablaba mayoritariamente una lengua distinta a la estatal⁵⁸. Por su parte, Valencia, donde la castellanización era más palpable, tenía por entonces 90 000 habitantes. Lo lógico es que en los territorios vascos se hubiera escogido como sede de los juegos a Pamplona, Vitoria, Bayona o Bilbao, las ciudades más pobladas a mediados del siglo XIX, pero el vascuence era en todas ellas muy minoritario. Urruña, sede de los juegos vascos entre 1851 y 1863, era por entonces una población labortana de apenas 3600 habitantes. Este dato es representativo de la opción tomada por el «renacimiento» en los casos que estudiamos. Siendo como eran ambos movimientos conservadores y nostálgicos, en la Vascofonía fue un movimiento ruralista sin remisión, mientras que en la Catalanofonía dejaba la puerta abierta a las clases urbanas. Jean Oxalde, el ganador de los Juegos Florales vascos de 1851, era un guarda forestal y agente de aduanas, natural de Bidarray, un pueblecito de la Baja Navarra, de ideología bonapartista, por más señas, como el propio d'Abbadie. El ganador de la *englantina d'or* de los juegos de Barcelona de 1859, Damas Calvet, era un ingeniero industrial proveniente de una familia adinerada de Figueres que estaba al corriente de la literatura europea de su tiempo (fue precisamente él quien puso en contacto a Frédéric Mistral, líder de los felibres, con los primeros «renacentistas» catalanes).

⁵⁶ Una de las excepciones se produjo en las fiestas euskaras de Durango, organizadas por el Ayuntamiento de la localidad (no por d'Abbadie) en 1886, que destinó un número del programa a un «Proyecto, bases y Reglamento de una Academia de la lengua Euskara, en completa armonía con los principios católicos», una vez más, en castellano. El número fue cubierto por el historiador carlista vizcaíno Arístides de Artiñano, cuya obra en lengua vasca es ignota y que sin ningún pudor reconocía haber escrito su opúsculo «á vuela pluma y con el solo objeto de que no quedara desierto el número del cartel literario». Artiñano y Zuricalday (1886): «Advertencia», sin paginar.

⁵⁷ Sarasola (1982): 136 y Rubio Pobes (2003): 281-294. Los juegos florales estaban incluidos en las fiestas euskaras, que reunían también concursos de ganado y todo tipo de actividades folclóricas y deportivas.

⁵⁸ Véase Bairoch *et al.* (1988): 283.

Los juegos florales en los territorios de lengua catalana, tanto en Barcelona como en Valencia, fueron una creación de élites educadas en castellano, lengua en la que se expresaban habitualmente por escrito, como prueba su correspondencia privada⁵⁹. Élites, decía, castellanizadas en parte, pero que habían mantenido el catalán como lengua hablada y que como ideal literario pugnaban por un idioma culto, basado en la tradición medieval, un modelo inviable que habrá que modificar. Por el contrario, los juegos florales en los territorios de lengua vasca, donde la tradición literaria escrita y el recuerdo de un uso institucional del idioma privativo eran mucho más endebles, propugnaban una literatura popular, basada en el versolarismo⁶⁰, con valor más antropológico que artístico, salvo honrosas excepciones. Ya se ha señalado que los juegos florales, catalanes, valencianos y vascos, iniciaron su andadura en el momento álgido de la diglosia. La diferencia crucial es que en la Catalanofonía la diglosia no dio lugar a la sustitución lingüística, como sí ocurriría en parte de la Vascofonía, donde, debido no solo pero también a los juegos florales y a las fiestas euskaras, el vascuence se identificó con el mundo rural, con lo que, implícitamente, se transmitió la idea de que no era adecuado para la vida urbana.

Los juegos barceloneses, monolingües en catalán, abrieron para la lengua catalana un resquicio en el espacio público más formal, que hasta entonces le había estado vedado casi por completo. Una generación después de los primeros juegos, la «recuperación» de la lengua iniciada por autores diglósicos (que habían optado por el monolingüismo no por motivos ideológicos, sino por fidelidad a la tradición medieval) se había mezclado con otro tipo de intereses. Dicho de otro modo: la lengua se «politizó». Hroch consignaría el paso de la fase A a la fase B. El monolingüismo de los juegos fue mudando paulatinamente en la exigencia del reconocimiento público de la lengua (en cambio en Valencia, donde dada la situación sociolingüística ya fue un logro que se optara por el bilingüismo y donde las élites se mantuvieron al margen de cualquier reivindicación de tipo político, no surgió reivindicación alguna en ese sentido). *La Renaixença* se posicionó a favor de la oficialidad exclusiva del catalán por lo menos desde 1883 y esa misma fue en 1892 la postura de las Bases de Manresa, uno de los hitos del incipiente catalanismo político⁶¹. A partir de entonces el catalán se fue introduciendo, no sin resistencias, en

⁵⁹ Simbor Roig (1980): 13-17; Solà (1991): 146, y Anguera (1997): 41.

⁶⁰ El versolarismo (*bertsolaritza*) es una técnica popular de versificación, normalmente improvisada, típica de la Vascofonía.

⁶¹ En cambio, el Centre Català, fundado por Almirall (1882) era favorable a la oficialidad compartida entre el castellano y el catalán. Llorens i Vila (1992): 83 y 172-173.

diversas instituciones, privadas y públicas, empezando por el Ateneo Barcelonés en 1895. Semejante demanda resulta inexistente hasta época mucho más reciente en la Vascofonía, dado que las clases pudientes se encontraban bastante más asimiladas lingüísticamente que las catalanas, por lo que el apoyo que decían dar al idioma tenía no poco de retórico (y eso que los juegos eran monolingües en vascuence⁶²). Además, no hace falta caer en el purismo de los nuevos trovadores catalanes para entender que una lengua culta puede servir para la vida moderna y cuestionar (o no: ahí está el contraejemplo valenciano) la hegemonía del castellano y del francés. Lo que es seguro es que una lengua dialectalizada solo sirve para la vida doméstica y rural (y para certámenes literarios arcaizantes). Los nacionalismos respectivos serán herederos de esa posición de partida. Desde sus cargos de presidente de la Diputación de Barcelona y de la Mancomunidad Catalana, Enric Prat de la Riba apoyará la ortografía del Institut d'Estudis Catalans, que no era la suya (ni la de los juegos florales)⁶³. Sabino Arana, por el contrario, será siempre contrario a la unificación del idioma y partidario de una literatura dialectal (en realidad, varias literaturas dialectales) y trató de imponer su peculiar ortografía⁶⁴. La unificación ortográfica, que en la Catalanofonía se consiguió en 1913 gracias al apoyo del nacionalismo político, no se consiguió en la Vascofonía hasta 1968, en parte debido a la oposición del nacionalismo político.

Los *jocs florals* fueron reivindicados por Prat de la Riba como un precedente del nacionalismo catalán⁶⁵. Por el contrario, Sabino Arana abominó de las fiestas euskaras, incluyendo los *koplarien guduak*, tildándolas de carnaval extranjerizante⁶⁶. En las posturas de ambos existe una buena dosis de exageración, pero no dejan de ser significativas. El nacionalismo de Prat de la Riba pretendía ser la culminación de la *Renaixença*. Muy al contrario, el de Arana Goiri se presentaba en su retórica prometeica como una ruptura con prácticamente todo lo que había existido hasta entonces. No puede ser casualidad que el vocablo *Pizkunde* se documente por primera vez el 21 de septiembre de

⁶² Los juegos florales organizados por d'Abbadie en la Vascofonía francesa desde 1851 eran exclusivamente en vascuence y así lo siguieron siendo en la Vascofonía española desde 1879. Sin embargo, al sur de los Pirineos se prodigaron otros certámenes, que, con la excepción de los del Ayuntamiento de San Sebastián, solían combinar el vascuence y el castellano, incluso en zonas con un alto porcentaje de vascófonos monolingües. Dávila Balsera y Eizaguirre Sagardia (1995) y Toledo Lezeta (1998).

⁶³ Balcells *et al.* (1996): 441-457.

⁶⁴ Arana Goiri (1980) y Kintana Goiri (2008): 459-479.

⁶⁵ Prat de la Riba (2000): 610 y (2000): 124.

⁶⁶ Arana Goiri (1980).

1896, en el escudo de la sociedad Renacimiento de la Historia y la Lengua de Bizkaya, que es también el acta de nacimiento del más conocido de los neologismos sabinianos: *Euzkadi*⁶⁷. Según Sabino Arana, el *Pizkunde* no empieza ni con los juegos florales ni con la abolición foral, sino con su propio concepto de *Euzkadi*. Y en esto radica la principal innovación del nacionalismo vasco respecto al culturalismo anterior. D'Abbadie y todos los *koplaris* habían cantado a *Euskal Herria*, («la Tierra del Vascuence», término documentado desde 1567). El *Euzkadi* de Sabino Arana, además de «la Tierra del Vascuence» incluía también zonas de Álava, Vizcaya y Navarra donde solo se hablaba castellano desde hacía siglos⁶⁸. Su *Pizkunde* se aleja del de d'Abbadie y de la *Renaixença*, que actuaban exclusivamente en comarcas de lengua vasca y catalana, para situarse en un territorio indefinido entre la *Athbheochan* y la *Teħiya*.

Una última idea antes de acabar este apartado. El precio del esfuerzo por convertir el catalán en la lengua A, que solo tuvo recompensa, y muy tardíamente, en Cataluña, fue el aumento de la distancia sociolingüística respecto al catalán de los otros territorios, especialmente en Valencia, donde siguió siendo la lengua B, con la aquiescencia de algunos autores *jocfloralescos* que se movían en una situación diglósica como pez en el agua. Desde la irrupción del catalanismo político, el «valenciano» es, sociológicamente hablando, una lengua diferente del «catalán» («sociológicamente», no desde el punto de vista filológico). En los territorios vascos no ocurrió este fenómeno, porque todos, incluidos los nacionalistas, a pesar de declaraciones en sentido contrario, se resignaban a que el vascuence fuera la lengua B, supeditada al castellano o al francés. En ese sentido, el nacionalismo vasco constituye una anomalía, al menos si se le compara con sus homónimos del este, centro y norte de Europa, e incluso con Flandes, los casos estudiados por el primer Hroch, dado que uno de los objetivos prioritarios de los nacionalismos sin Estado suele ser colocar la lengua privativa por lo menos en un nivel de igualdad respecto a la lengua estatal⁶⁹.

III. CULTURALISMO, PROVINCIALISMO Y REGIONALISMO

Todos los «renacimientos» objeto de estudio de este trabajo fueron en un principio subproductos del «nacionalismo regionalizado», español y francés.

⁶⁷ En la última página de su obra *Lecciones de ortografía del euskera bizkaino*. Arana Goiri (1980): 982.

⁶⁸ Zabaltza (2005): 23-33.

⁶⁹ Hobsbawm (1991): 120-128, y Hroch (2000): 83-84 y (2015): 215-217.

Pero la *Renaixença* demostró el potencial de la lengua privativa, lo que, sumado a la apuesta de las élites catalanas por esta lengua (que, a pesar de la diglosia, nunca había dejado de ser la suya), imprimirá un carácter lingüístico muy marcado al nacionalismo catalán, del que carece el nacionalismo vasco, por ejemplo. Y en Cataluña tampoco fue todo un camino de rosas. Fue un proceso lento, muy minoritario al principio, que pudo no haberse dado, como en Valencia, Baleares y Rosellón, donde, para bien y para mal, la lengua no se «politicizó». Por dar un dato, en 1887, más de medio siglo después del inicio oficial de la *Renaixença*, de los 183 periódicos de Cataluña solo 15 se publicaban en catalán⁷⁰. Eso es muy significativo, no solo por el papel desempeñado por la prensa para «imaginar» la nación⁷¹, sino porque únicamente podemos hablar de nacionalismo catalán cuando el objetivo es la normalización de la lengua en todos los ámbitos de la vida cotidiana, no su mera supervivencia en una situación diglósica, como habían pretendido los *jocfloralescos* y, en general, los primeros catalanistas. El catalanismo político solo se impondrá tras la *Renaixença*, vinculado a movimientos como el *Modernisme* y el *Noucentisme* y, por supuesto, ya se ha apuntado, a la opción de las élites y al dinamismo económico y social de Barcelona.

No cabe duda de que se produjo un «salto» entre el «renacimiento» catalán y el nacionalismo posterior, que incorporó la idea de que España era solo un Estado⁷². Ese salto es todavía más abrupto entre el *Pizkunde* iniciado en 1851 y el nacionalismo vasco, ya que a la discontinuidad ideológica hay que añadir la lingüística. La *Renaixença* no fue, ni mucho menos, una condición suficiente para el surgimiento del catalanismo político, pero sí una condición necesaria. Y aclaro que entiendo por catalanismo político una ideología plural en constante evolución, más amplia que el nacionalismo, y con un enorme potencial de amalgama social. Porque el catalanismo albergó en su seno varias tendencias, a menudo contrapuestas entre sí. Tan catalanista era el federalista Almirall como el nacionalista Prat de la Riba. No se puede concluir que la *Renaixença*, iniciada (supuestamente) en 1833, anunciaba ya la Lliga, creada casi setenta años después. Como reduccionista resulta identificar la Lliga con todo el catalanismo, cuando este partido, en cuya formación participaron elementos empresariales que no habían participado en el «renacimiento» literario⁷³, nunca consiguió aglutinar al conjunto del movimiento. Solo Solidaritat Catalana (1906-1909), a la que, además de la Lliga, se sumaron nacionalistas

⁷⁰ Figueres (1986): 80.

⁷¹ Anderson (1991): 24-25.

⁷² Marfany (1992), (1995), (2001) y (2017).

⁷³ Riquer (1977): 305-310 y 331-334.

de otras tendencias, carlistas y republicanos, fue capaz de reunir a todos los catalanistas durante una breve coyuntura. Claro que, a partir de Solidaritat, el catalanismo se convierte en un movimiento de masas en Cataluña. Es la fase C de Hroch.

Si no resulta sencillo vincular los «renacimientos» literarios con movimientos nacionalistas, en ocasiones ni siquiera se pueden establecer concomitancias con movimientos regionalistas. Ya se ha hablado del *Pizkundea* vasco-francés. También el prócer del sector cultista de la *Renaixença* valenciana, Teodoro Llorente, puso un gran empeño en evitar la politización del movimiento en Valencia. El valencianismo, para él, se limitaba a cultivar la lengua valenciana o catalana (él utilizaba ambas denominaciones sin problema⁷⁴) según patrones arcaizantes. La creación de un partido no ya nacionalista sino simplemente regionalista quedaba por completo descartada. Por eso sería más exacto tildar a la *Renaixença* valenciana de movimiento culturalista, más que regionalista, ya que en ningún momento pretendió recuperar las instituciones abolidas por los Borbones a principios del siglo XVIII, ni crear otras nuevas. Se trata este de un aspecto fundamental que lo distingue de su homónima catalana. Obvia añadir que esa oposición a la politización no impidió a Llorente ser dirigente del Partido Conservador y diputado y senador por esta formación. La *Renaixença* valenciana, que incluía también un sector más popular en torno a Constantí Llombart, no pasó de ser un movimiento de la *intelligentsia*. El propio Llorente era consciente de la diferente evolución que estaban tomando los acontecimientos en Cataluña y en Valencia cuando, no sin cierta aprehensión, constataba ya en 1885 que «la diferència de criteri entre los trovadors valencians, que al llohar les glòries de nostre antich Reyne no aspiren a restablir-lo, en dany de la unitat espanyola, y els trovadors catalans — molts d'ells, si no tots — que trevalen per l'autonomia de Catalunya»⁷⁵. València Nova y las diversas asociaciones que surgirán desde principios del siglo XX intentarán en vano transformar el valencianismo cultural en un movimiento autonomista sólido⁷⁶. El valencianismo nunca superó la fase B de Hroch. Por su parte, en las Baleares y en el Rosellón, las agrupaciones con veleidades políticas (regionalistas y nacionalistas) fueron débiles e inconsistentes⁷⁷. Es decir: ambos territorios se quedaron en la fase A. Cataluña, el único territorio de la Catalanofonía en el que las reivindicaciones culturales fueron con éxito de la mano de las políticas, es la excepción, no la regla.

⁷⁴ Roca Ricart (2010b): 45-46.

⁷⁵ Llorente (2013): 151.

⁷⁶ Cucó (1999): 69-71.

⁷⁷ Llull (1975); Pons i Pons (1998); Carrió i Trujillano (1999), y Berjoan (2011).

En el caso vasco, el aranismo, que fue la forma de nacionalismo que triunfó, no surgió del «renacimiento» literario previo, fundamentalmente vasco-francés y «apolítico», sino de los autores fueristas vasco-españoles (e incluyo entre ellos a los llamados «apologistas del vascuence», como Astarloa)⁷⁸, que se expresaban casi exclusivamente en castellano. Como la mayor parte de los «bizkaitarras», Sabino Arana era en origen castellanohablante y su conocimiento de la literatura euskérica no pasaba de superficial. El catalanismo tuvo una base social amplia y heterogénea, entre otras razones porque partió de una situación sociolingüística relativamente halagüeña, dado que todas las clases autóctonas y parte de las de origen inmigrante eran catalanohablantes. El nacionalismo vasco surgió en el ambiente castellanohablante de Bilbao en la mente de un líder carismático, que reinterpreto en clave independentista los postulados fueristas y, obvia decirlo, no contó con el apoyo de movimientos análogos al *Modernisme* o al *Noucentisme*. En contraste con los miembros de la patronal catalana que confluyen en la Lliga en 1901, la mayoría de los antiguos partícipes de la Sociedad Euskalerría, fueristas intransigentes seguidores del empresario naviero Ramón de la Sota que ingresaron en el PNV desde 1898, estaban todavía más castellanizados que Arana Goiri y algunos de ellos concedían más viabilidad al «dialecto bilbaíno» (un castellano salteado de palabras euskéricas) que al vascuence⁷⁹. Para el primer nacionalismo vasco el fundamento de la nacionalidad no será la lengua, sino la propia voluntad de diferencia. El radicalismo y el racismo de su discurso (compatibles con una praxis política regionalista) solo en parte disimulan ese voluntarismo.

Anteriormente he afirmado que el primer nacionalismo vasco no tuvo interés en crear una lengua literaria común. Sin embargo, faltaría a la verdad si no matizara que, desde el inicio, el nacionalismo contribuyó de modo significativo, si no a la normalización, sí al menos a la dignificación de la lengua vasca, lo que queda de manifiesto en un cierto aumento de la producción bibliográfica. En la etapa del *Pizkunde* anterior al nacionalismo (1850-1895) se publicaron anualmente quince libros en vascuence. En la posterior (1896-1935) fueron veinticinco anuales⁸⁰. El nacionalismo fue un factor en la

⁷⁸ Madariaga Orbea (2008).

⁷⁹ Juaristi (1999) y Corcuera Atienza (2001): 493-571. Sota financió, entre otros proyectos, el que, es considerado como el primer periódico vasco-español íntegramente en la lengua privativa, *Euskalzale*, dirigido por Azkue (Bilbao, 1897-1899). Kintana Goiriena (2008): 394-399.

⁸⁰ Entre 1876 y 1895 se publicaron 403 libros en lengua vasca, unos 20 por año. Entre 1896 y 1935 fueron 1019 libros, unos 25 por año. Entre 1850 y 1875, coincidiendo con los juegos florales vasco-franceses, aparecieron 309 libros, unos 12 por año.

socialización de la lengua, bastante más determinante de lo que inducen a pensar las frías cifras. El nacionalismo es a la vez causa y efecto del *Pizkunde* y, de hecho, compite con él. La fase A es anterior, contemporánea e incluso posterior a la fase B.

Otra cuestión en la que hay que incidir es que la literatura fuerista, expresada en castellano, reivindicaba, más que la lengua privativa de los vascos, su tradición institucional. Pero esa tradición se enfrentaba al hecho de que en el Antiguo Régimen cada uno de los territorios vascos tenía sus propios fueros y era autónomo respecto a los demás. Salvados tres años de ocupación napoleónica (1810-1813) nunca había existido una entidad civil que englobara a Álava, Guipúzcoa y Vizcaya y, menos aún, a Navarra⁸¹ (en cambio, Cataluña y Valencia no fueron divididas en provincias hasta 1833). Así que el *Pizkunde* vasco-español tendía a ser más provincialista que regionalista. A la inversa, las provincias vasco-francesas sí que formaban, desde 1790, una unidad administrativa (junto al Bearne): el Departamento de los Bajos Pirineos. Sin embargo, al norte del Bidasoa no se reivindicó de modo explícito la creación de una región vasca hasta la Segunda Guerra Mundial⁸². Así que, hablando con propiedad, antes de la aparición del nacionalismo, no existió regionalismo en la Vascofonía, sino culturalismo y provincialismo, que, como mucho, aspiraba a una laxa confederación de los territorios vascos. El propio Sabino Arana, que fue albacea del fuerismo intransigente, se dio a conocer en 1892 con un libro titulado significativamente *Bizkaya por su independencia* y no, por ejemplo, *Euskeria por su independencia*. En 1898, siendo diputado provincial de Vizcaya, propuso la constitución de un Consejo Regional con representantes de Álava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya para guiar a las cuatro diputaciones en las negociaciones con el poder central y sugerir actuaciones de interés común⁸³.

Antes de 1850 se habían publicado 414 libros en vascuence, es decir, apenas 1,3 por año. Torrealdai (1997): 68, 91 y 115. Que sepa, no existe una recopilación tan exhaustiva de la producción bibliográfica de lengua catalana como la que Torrealdai ha realizado de la de lengua vasca, por lo que no he podido realizar una deseable comparación en este ámbito entre los dos dominios lingüísticos.

⁸¹ Entre 1775 y 1936 existieron las llamadas Conferencias Políticas, que reunían a los representantes de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya y en las que participaron también los de Navarra desde 1897. Agirreazkuenaga (1995).

⁸² Jacob (1994): 107. El movimiento eskualerrista, activo en los años treinta, no se posicionó claramente por la creación de un departamento vasco. Larronde (1994). En el Rosellón no se produce la reivindicación de un departamento catalán, cuyos límites coincidirían con los de los Pirineos Orientales, con la mera supresión de la comarca languedociana de la Fenolleda.

⁸³ Arana Goiri (1980).

Sabino Arana, nacionalista radical en teoría, fue, en la práctica, uno de los primeros regionalistas que superó el tradicional provincialismo vasco-español. Y aun así nunca llegó a exigir la creación de algo parecido a un Gobierno vasco, reivindicación que solo se documenta durante el fracasado proceso autonómico de 1917-1919, cuando ya existía una Mancomunidad Catalana⁸⁴. Valga ese dato para ilustrar el diferente grado de conciencia «nacional» de las provincias vascas y Cataluña.

Los «renacimientos» literarios se manifiestan en todos los territorios en los que se habla la lengua que se pretende «revivificar». Fueron los autores «renacentistas» los que crearon y divulgaron los símbolos identitarios de todo el dominio lingüístico, que, mucho más tarde, serían reinterpretados como símbolos pan-nacionalistas. Por ejemplo, Jacint Verdaguer, el autor de *L'Atlàntida* (1877), obra españolísima y cumbre de la *Renaixença*, convirtió en 1888 el *Pi de les Tres Branques* (Pino de las Tres Ramas), en Berga, que hasta entonces era contemplado como una representación de la Trinidad, en el símbolo de la unidad del Cataluña, Valencia y Baleares⁸⁵. El lema *Zazpiak Bat* (las siete son una), que simboliza la unidad de las provincias vascas de España y Francia, se expandió a toda la Vascofonía desde los Juegos Florales de Iurreta (1891) y San Juan de Luz (1892)⁸⁶. Aunque pueda sorprender desde la perspectiva actual, ni el *Pi de les Tres Branques* ni el *Zazpiak Bat* eran en un principio símbolos nacionalistas y podían, por tanto, ser asumidos por quienes en la Catalanofonía o en la Vascofonía se sentían españoles y franceses.

Los activistas de los «renacimientos» literarios entendían a España (o, en su caso, a Francia) como una nación plurilingüe. Dado que en un principio no se dudaba de la hegemonía de la lengua castellana (o francesa) ni de la unidad política del Estado español (o francés), la fraternidad de Cataluña, Valencia, Baleares y Rosellón por una parte o la de Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra y la Vascofonía francesa, por otro, no suponía ningún problema, ni para las élites locales ni para las de Madrid (ni para las de París), como simboliza la inauguración de la Gran Fiesta de la Tradición del Pueblo Vasco de San Sebastián por la familia real al completo (1904), ante los escudos de las

⁸⁴ Belausteguigoitia (1918).

⁸⁵ Verdaguer (1974): 413.

⁸⁶ En Iurreta se documenta un poema, de autoría anónima, en el que en acróstico se lee: «Zazpiak beti bat» (las siete son siempre una). Urkizu (1997): 373 y Altzibar (1998). El lema, ya sin el *beti*, fue incluido en el escudo de las siete provincias de la Vascofonía en los juegos de San Juan de Luz, entre otros, en un cartel editado por Jules Mesnard (Imp. Belfond & Cie, Paris).

provincias vascas de España y Francia⁸⁷. O, por dar un ejemplo mucho más conocido, la lectura en catalán por parte de Menéndez Pelayo, discípulo de Milà i Fontanals, del discurso de mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona de 1888, en presencia de la Reina Regente⁸⁸. Porque catalanes y vascos no eran los únicos que aceptaban, con mayor o menor convencimiento, el plurilingüismo español, al menos en el plano literario⁸⁹. Cuando se pretenda acabar con el monopolio del castellano en el ámbito administrativo, lo que solía ir parejo a la reivindicación de la autonomía o incluso la independencia, la actitud de estas élites cambiará por completo. El castellano, que hasta entonces había sido solo un elemento implícito del nacionalismo español, se convertirá en definitorio⁹⁰. Los «renacimientos» culturales, en tanto que no cuestionaban el *statu quo* lingüístico, podían ser aceptables para el régimen de la Restauración (también para el Segundo Imperio e incluso, a pesar de su laicismo y su política educativa, para la Tercera República); los nacionalismos políticos, sobre todo el catalán, no.

De manera paradójica, los nacionalismos periféricos pondrán en un segundo plano la unidad cultural que los «renacimientos» habían proclamado. En parte debido al abandono de los sabinianos, la asociación Eskualzaleen Biltzarra (1902), heredera del culturalismo de d'Abbadie y cuyo ámbito de actuación eran las siete provincias de la Vascofonía, pronto dejó de funcionar al sur de los Pirineos⁹¹. Por su parte, las primeras organizaciones políticas catalanistas tendrán más interés en fomentar la unidad de acción entre catalanes, vascos y gallegos frente a Madrid que la hermandad con Valencia y Baleares, territorios que, por la debilidad del particularismo, empezaban a ser considerados como una carga en la lucha por la autonomía⁹².

Al explicar la aparición de los nacionalismos periféricos en España se suele incidir en la pérdida de lo que quedaba del Imperio en 1898. Es indudable que el «Desastre» de 1898 repercutió en la expansión de los nacionalismos catalán y vasco (originariamente solo vizcaíno). Pero por sí solo no explica el éxito de estas ideologías, porque también en Álava, Navarra, Valencia y Baleares hubo un 98, pero en estos territorios el nacionalismo alternativo al español

⁸⁷ Aizpuru (2000): 100.

⁸⁸ La visita real y la oposición a la Exposición Universal motivaron el boicot de Almirall y los republicanos, que organizaron unos juegos alternativos. Pinyol i Torrents (2012).

⁸⁹ Mainer (2002) y Domingo (2009).

⁹⁰ Núñez Seixas (2013).

⁹¹ Goyhenetche (1993).

⁹² Llorens i Vila (1992): 230-231.

fue mucho más débil, cuando no inexistente. Incluso, en algún caso, dará lugar a regionalismos españolistas opuestos a los nacionalismos periféricos. Si para Cataluña y Vizcaya (solo posteriormente, también para Guipúzcoa) puede servir, con matices, el esquema tripartito de Hroch, para los demás territorios españoles (y franceses) con lengua privativa, resulta mucho más convincente la parábola del perro silencioso de Ernest Gellner⁹³. Según el modernista Gellner, quien, frente a la actitud más matizada de su compatriota Hroch, insistió en la estrecha vinculación de la industrialización con el surgimiento de las naciones, solo una minoría de las comunidades lingüísticas desarrollan movimientos nacionalistas, es decir, «ladran». Los hechos diferenciales «objetivos», como la lengua, no generan por sí solas reivindicaciones políticas. Son los intereses económicos y la actitud de las élites ligadas a estos los que resultan determinantes.

Una de las elaboraciones teóricas que facilitó el paso al nacionalismo fue la hipótesis del relativismo lingüístico, según la cual la mentalidad de un individuo o de un colectivo viene determinada por la lengua en que se expresa⁹⁴. Desde principios del siglo XIX, esta hipótesis, que, a pesar del éxito que ha conocido, dista mucho de haber sido demostrada, sirvió como argumento para los movimientos nacionalistas del centro y del este de Europa al presuponer que pueblos con lenguas diferentes tenían mentalidades diferentes y que, por tanto, precisaban de leyes diferentes para gobernarse. Dicho de otro modo: se identificó «nación» con «lengua», por lo que no podían existir naciones plurilingües. Entre los nacionalismos periféricos hispánicos fue el catalán el que más uso hizo de esta hipótesis (y eso que valencianos, baleares y roselloneses no parecían tener la misma mentalidad que los catalanes). Es cierto que entre los primeros catalanistas algunos, como Víctor Balaguer, añoraban, al menos retóricamente, la antigua Corona de Aragón y otros, como Manuel Duran i Bas, imbuido del espíritu de la Escuela Histórica del Derecho, colocaban al derecho privado catalán por encima de la lengua entre los elementos constituyentes de la nacionalidad. Pero estas tendencias historicistas, comunes por otra parte a todos los regionalismos (y culturalismos) europeos, quedaron superadas en Cataluña desde la década de 1880, con la constitución de las primeras asociaciones políticas catalanistas. El aranismo, que no se interesó por lo que ocurría fuera de los límites de *Euzkadi*, prefirió, en cambio, recurrir a una supuesta «raza» en la que cabían por igual hablantes de castellano, de francés y de vascuence. Eso tampoco ocurrió por casualidad.

⁹³ Gellner (1983): 64.

⁹⁴ Zabaltza (2006): 165-188. Llobera (1983) ha estudiado la influencia del concepto de *Volksgeist*, idea hermana del relativismo lingüístico, en el catalanismo.

Tradicionalmente, los vascófonos constituían en los territorios vascos una minoría en términos cualitativos, ya que tendían a ocupar los estratos sociales inferiores, pero, desde la industrialización de finales del XIX, que, paradójicamente, es cuando surge el nacionalismo, fueron, además, una minoría en términos cuantitativos. Por si fuera poco, para entonces partes del país, incluidas muchas zonas urbanas, estaban castellanizadas (o francesizadas). Para la mayoría de los primeros nacionalistas vascos, la lengua privativa fue mucho más un símbolo que un medio de comunicación. Solo en la medida en la que el nacionalismo se expandió a zonas de lengua vasca fue incorporando una concepción más lingüística y menos racial de lo vasco⁹⁵. Una victoria parcial de Azkue y Campián sobre Arana Goiri. En cambio, los nacionalistas catalanes tuvieron claro desde el principio que la lengua, hablada por todos los estamentos sociales, por todos los sectores ideológicos y en toda Cataluña (salvo el Valle de Arán), era el fundamento de la nacionalidad. De hecho, si existe en la periferia de España un nacionalismo que se aproxime a su tipología oriental, mal llamada «étnica», ese es el catalán.

IV. CONCLUSIONES

Hroch concibió su esquema tripartito partiendo de los «movimientos nacionales» surgidos en el norte, centro y este de Europa, varios de ellos en imperios multiétnicos. Él mismo intentó más tarde ajustar el enfoque al abordar casos del sur del continente, cuya estructura política es el Estado nación. Admitiendo que en toda tipología existe cierta dosis de arbitrariedad, el paso de la fase A (interés académico) a las fases B (agitación patriótica) y C (movimiento de masas) puede ser reconocido en Cataluña si se entiende por *national movement* no «nacionalismo catalán», sino «catalanismo político», que es algo bastante más amplio. Este esquema no es aplicable a los demás territorios de la Catalanofonía, a los que Hroch no presta ninguna atención. En el suroeste de Europa, la transición del «renacimiento» al nacionalismo se nos muestra como la excepción, no como la regla. La apuesta decidida de un sector de las élites, que solo una generación antes se decantaban por la diglosia, y el peso de Barcelona, una urbe de lengua catalana, tuvieron mucho que ver con esa excepcionalidad. El nacionalismo solo surge cuando las expresiones culturales se entremezclan con intereses económicos, normalmente en sociedades industriales. Una diferencia cultural o lingüística no tiene por qué crear reivindicaciones políticas, como lo prueban no solo Valencia, Baleares y el

⁹⁵ Véase, por ejemplo, sobre Guipúzcoa, Aizpuru (2000).

Rosellón, sino también Álava, Navarra y el País Vasco Francés (por no hablar de Occitania), territorios de industrialización tardía en los que el «perro silencioso» de Gellner se impone al esquema de Hroch. La peculiaridad de Guipúzcoa y Vizcaya, sobre todo de esta última, donde las clases que servirán de sostén al nacionalismo estaban castellanizadas en gran medida, es que el perro ladró, pero no en la lengua que había esperar.

Los nacionalismos políticos pueden dotar de consistencia a los «renacimientos» literarios. Aunque Hroch no insiste en este punto, la influencia entre ambas etapas es biunívoca (la fase A repercute en las fases B y C, pero las fases B y C siguen influyendo en la fase A). Muy a menudo, es el nacionalismo el que ha creado reivindicaciones culturales y no a la inversa. Los nacionalismos suelen invocar los «renacimientos» como precedentes, ya que en ellos encuentran su justificación histórica, obviando el hecho de que las únicas naciones de los «renacentistas» eran España y Francia.

Pero más allá de estas disquisiciones eruditas, los «renacimientos» literarios nos retrotraen a una época en la que los diversos territorios españoles no habían sido «imaginados» todavía como monolingües. Aunque fuera en términos diglóticos, catalanes y vascos coincidían en que la lengua castellana formaba parte de su legado y muchos que no eran catalanes y vascos asumían el carácter plurilingüe de la monarquía española. Los nacionalismos (tanto los periféricos como el central) debilitaron esta manera de entender a España y a sus pueblos.

Bibliografía

- Agirreazkuenaga, J. (dir.). (1995). *La articulación político-institucional de Vasconia: Actas de las Conferencias formadas por los representantes de Álava, Bizkaia, Gipuzkoa y eventualmente de Navarra (1775-1936)*. Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- Aizpuru, M. (2000). *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa (1893-1923). Orígenes, organización y actuación política*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Altzibar, X. (1998). 'Zazpiak Bat' gaia XIX. mendean. En *Antoine d'Abbadie (1897-1997), Congrès International* (pp. 663-688). Bilbao, Donostia: Eusko Ikaskuntza, Euskaltzaindia.
- Anderson, B. (1991) [1983]. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London, New York: Verso.
- Anguera, P. (1997). *El català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*. Barcelona: Empúries.
- Aramon i Serra, R. (1985). *Frederic Mistral i la Renaixença catalana*. Barcelona: Rafael Dalmau Editor.
- Arana Goiri, S. (1980) [1896]. Lecciones de ortografía del euskera bizkaino. En S. Arana Goiri. *Obras completas*, vol. 2 (pp. 810-982). San Sebastián: Senda.

- (1980) [1897]. Las Fiestas Euskaras. En S. Arana Goiri. *Obras completas*, vol. 2 (pp. 1256-1259). San Sebastián: Sendoa.
- (1980) [1898]. Proposición de Sabino Arana siendo diputado. En S. Arana Goiri. *Obras completas*, vol. 3 (pp. 2396/1-2396/3). San Sebastián: Sendoa.
- Archilés, F. (2006). 'Hacer región es hacer patria'. La región en el imaginario de la nación española de la Restauración. *Ayer*, 64, 121-147.
- y Martí, M. (2001). Satisfaccions gens innocents. Una reconsideració de la Renaixença valenciana. *Afers*, 38, 157-178.
- (2002). Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea. En M. C. Romeo e I. Saz (eds.). *El siglo xx. Historiografía e historia* (pp. 245-278). Valencia: Universitat de València.
- Ariztimuño, J. (1986-1988) [1921]. La muerte del euskera o los profetas del mal agüero. En J. Ariztimuño. *Obras completas*, vol. 1 (pp. 335-388). San Sebastián: Erein.
- Artiñano y Zuricalday, A. de (1886). *Proyecto de Academia Bascongada*. Barcelona: Establecimiento Tipolitográfico de los Sucesores de N. Ramírez y Compañía.
- Bairoch, P., Batou, J. y Chèvre, P. (1988). *La population des villes européennes de 800 à 1850. Banque de données et analyse sommaire des résultats*. Genève: Centre d'Histoire Économique Internationale de l'Université de Genève.
- Balanzà, E. (1989). Relacions entre escriptors occitans rodanians i escriptors dels Països Catalans (1860-1900). En A. M. Badia i Margarit y M. Camprubí (eds.). *Actes del Vuitè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, vol. 1 (pp. 365-386). Barcelona: Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes, Abadia de Montserrat.
- Balcells, A., Pujol, E. y Sabater, J. (1996). *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.
- Belausteguigoitia, R. de (1918). *Las bases de un gobierno nacional vasco*. Bilbao: Imp., Lit. y Enc. Viuda e Hijos de Grijelmo.
- Beramendi, J. (2007). *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*. Vigo: Xerais.
- Berjoan, N. (2011). *L'identité du Roussillon (1780-2000): penser un pays catalan à l'âge des nations*. Canet: Trabucaire.
- Brunn, G. (1978). Die Organisationen der katalanischen Bewegung (1859 bis 1923). En Th. Schieder y O. Dann (eds.). *Nationale Bewegung und soziale Organisation*, vol. 1 (pp. 281-571). München, Wien: Vergleichende Studien zur nationalen Vereinsbewegung des 19. Jahrhunderts in Europa.
- Carmona, Á. (1967). *Dues Catalunyes. Jocfloralescos i xarons*. Barcelona: Ariel.
- Carió i Trujillano, B. (1999). *El nacionalisme a les Balears (1898-1936)*. Palma de Mallorca: Documenta Balear, Caixa de Balears, Consell de Mallorca.
- Casacuberta, M. (2012). Els certàmens floralescos en el procés de construcció de la cultura del catalanisme: els casos de Girona, d'Olot i de l'Empordà. En J. M. Domingo (ed.). *Joc literari i estratègies de representació. 150 anys dels Jocs Florals de Barcelona* (pp. 403-435). Barcelona: Societat Catalana de Llengua i Literatura.
- Corcuera Atienza, J. (2001). *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1976-1903)*. Madrid: Taurus.
- Coromines, J. (1980-1991). *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*. Barcelona: Curial.

- Cucó, A. (1999) [1971]. *El valencianisme polític (1874-1939)*. Catarroja, Barcelona: Afers.
- Dassance, L. (1922). L'Abbé Darrigol et le Prix Volney en 1829. *Gure Herria*, 10, 557-565.
- Dávila Balsera, P. y Eizaguirre Sagardia, A. (1995). Las Fiestas Euskaras en el País Vasco (1879-1936). En P. Dávila Balsera (coord.). *Lengua, escuela y cultura. El proceso de alfabetización en Euskal Herria (siglos XIX y XX)* (pp. 257-311). Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Domingo, J. M. (2009). Renaixença: el mot i la idea. *Anuari Verdaguer. Revista d'Estudis Literaris del Segle XIX*, 17, 215-234.
- Ensaig de ortografia catalana: estampat per manament del Consistori dels Jochs Florals en lo present any de gracia 1863* (1863). Barcelona: Imprenta y Llibreria de Salvador Manero.
- Erize Etxegarai, X. (1997). *Nafarroako euskararen historia soziolinguistikoa (1863-1936). Soziolinguistika historikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*. Iruñea: Nafarroako Gobernua.
- Espigado Tocino, G. (1990). El analfabetismo en España. Un estudio a través del censo de población de 1877. *Trocadero. Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 2, 173-192.
- Ferrando, A. y Cortés, S. (eds.). (2007). *Manuel Sanchis Guarner. Context, paraula, record*. València: Universitat de València.
- Figueres, J. M. (1986). El Diari Català (1879-1881): plataforma d'exposició del pensament catalanista. En *Catalanisme: història, política i cultura* (pp. 73-98). Barcelona: L'Avenç.
- Fradera, J. M. (2003) [1992]. *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1828-1868*. Madrid: Marcial Pons.
- Freixes, A. (2012). Les Corts d'Amor en la gènesi del projecte floralesc. La redescoberta del certamen medieval. En J. M. Domingo (ed.). *Joc literari i estratègies de representació. 150 anys dels Jocs Florals de Barcelona* (pp. 81-124). Barcelona: Societat Catalana de Llengua i Literatura.
- Fuster, J. (1977) [1956]. La poesia valenciana de Llorente als nostres dies. En J. Fuster. *Obres completes*, vol. 5 (pp. 295-345). Barcelona: Edicions 62.
- (1992) [1962]. *Nosaltres, els valencians*. Barcelona: Edicions 62.
- Gellner, E. (1983). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goyhenetche, J. (1993). Les origines sociales et historiques de l'association Eskualzaleen Bilzarra (1893-1913). *Bulletin du Musée Basque*, 135, 1-68.
- Grau, R. y López, M. (1988). Antoni Puigblanch: una visió fatalista liberal del projecte nacional espanyol. En A. Balcells (ed.). *El pensament polític català (Del segle XVIII a mitjan segle XX)* (pp. 41-55). Barcelona: Edicions 62.
- Hermida, C. (1992). *Os precursores da normalización. Defensa e reivindicación da lingua galega no Rexurdimento (1840-1891)*. Vigo: Xerais.
- Hina, H. (1986) [1978]. *Castilla y Cataluña en el debate cultural (1714-1939). Historia de las relaciones ideológicas catalano-castellanas*. Barcelona: Península.
- Hobsbawm, E. J. (1991) [1990]. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hroch, M. (1985) [1968]. *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*. Cambridge: Cambridge University Press.

- (2000) [1996]. *In the National Interest. Demands and Goals of European National Movements of the Nineteenth Century: A Comparative Perspective*. Prague: Charles University.
- (2015) [2005]. *European Nations: Explaining Their Formation*. London, New York: Verso.
- Jacob, J. E. (1994). *Hills of Conflict. Basque Nationalism in France*. Reno, Las Vegas, London: University of Nevada Press.
- Jorba, M. (1989). La polèmica de l'origen felibre o autòcton de la Renaixença. En A. M. Badia i Margarit y M. Camprubí (eds.). *Actes del Vuitè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes* (pp. 343-363). Barcelona: Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes, Abadía de Montserrat.
- Juaristi, J. (1987). *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*. Madrid: Taurus.
- (1999). *El "chimbo" expiatorio (La invención de la tradición bilbaína)*. Madrid: Espasa Calpe.
- Kintana Goiriena, J. (2008). *Intelektuala nazioa eraikitzen: R.M. Azkueren pentsaera eta obra*. Bilbo: Euskaltzaindia.
- Lamuela, X. y Murgades, J. (1984). *Teoría de la lengua literaria segons Fabra*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Larronde, J. C. (1994). *Le mouvement eskualerriste (1932-1937). Naissance du mouvement nationaliste basque en Iparralde*. Bilbao: Fundación Sabino Arana.
- Llobera, J. R. (1983). The Idea of *Volksgeist* in the Formation of Catalan Nationalist Ideology. *Ethnic and Racial Studies*, 6 (3), 332-350. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/01419870.1983.9993417>.
- Llorens i Vila, J. (1992). *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític. Dels orígens a la presidència del Dr. Martí i Julià (1891-1903)*. Barcelona: Abadía de Montserrat.
- Llorente, T. (2013). *Obra valenciana completa. Estudi i edició crítica a cura de Rafael Roca Ricart*. València: Acadèmia Valenciana de la Llengua.
- Llull, A. (1975). *El mallorquinisme polític, 1840-1936 (Del regionalisme al nacionalisme)*. París: Edicions Catalanes de París.
- Madariaga Orbea, J. (2008). *Apologistas y detractores de la lengua vasca*. San Sebastián: Fundación para el Estudio del Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia.
- Mainer, J. C. (2002). Notas sobre el regionalismo literario en la Restauración: el marco político e intelectual de un dilema. En J. C. Mainer y J. M. Enguita Utrilla (eds.). *Entre dos siglos. Literatura y aragonésismo* (pp. 7-26). Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Marfany, J. L. (1992). Mitologia de la Renaixença i mitologia nacionalista. *L'Avenç*, 164, 26-29.
- (1995). *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*. Barcelona: Empúries.
- (2001). *La llengua maltractada. El castellà i el català a Catalunya del segle XVI al segle XIX*. Barcelona: Empúries.
- (2008) [2004]. Llengües sense estat i renaixences romàntiques. En J. L. Marfany. *Llengua, nació i diglòssia* (pp. 273-301). Barcelona: L'Avenç.
- (2017). *Nacionalisme espanyol i catalanitat (1789-1859). Cap una revisió de la Renaixença*. Barcelona: Edicions 62.

- Martel, Ph. (2004). Le Félibrige: un incertain nationalisme linguistique. *Mots. Les Langages du Politique*, 74, 43-57. Disponible en: <https://doi.org/10.4000/mots.4273>.
- Miracle, J. (1960). *La restauració dels Jocs Florals*. Barcelona: Aymà.
- Molas, J., Jorba, M. y Tayadella, A. (eds.). (1989). *La Renaixença. Fonts per al seu estudi (1815-1877)*. Barcelona: Universitat de Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Monteagudo, H. (1999). *Historia social da lingua galega. Idioma, sociedade e cultura a través do tempo*. Vigo: Galaxia.
- Ninyoles, R. L. (1978) [1969]. *Conflicte lingüístic valencià. Substitució lingüística i ideologies diglòssiques*. València: Eliseu Climent Editor.
- Núñez Seixas, X. M. (2001). The Region as *Essence* of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936). *European History Quarterly*, 31 (4), 483-518. Disponible en: <https://doi.org/10.1177/026569140103100401>.
- (2012). Historiographical Approaches to Sub-national Identities in Europe: A Reappraisal and Some Suggestions. En J. Augusteyn y E. Storm (eds.). *Region and State in Nineteenth-Century Europe. Nation-Building, Regional Identities and Separatism* (pp. 13-35). London, New York: Palgrave Macmillan.
- (2013). La(s) lengua(s) de la nación. En J. Moreno Luzón y X. M. Núñez Seixas (eds.). *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo xx* (pp. 246-286). Barcelona: RBA.
- Pinyol i Torrents, R. (2012). Els dos Jocs Florals de 1888. En J. M. Domingo (ed.). *Joc literari i estratègies de representació. 150 anys dels Jocs Florals de Barcelona* (pp. 327-352). Barcelona: Societat Catalana de Llengua i Literatura.
- Pons i Pons, D. (1998). *Ideologia i cultura a la Mallorca d'entre els dos segles (1886-1905). El grup regeneracionista de l'Almudaina*. Palma: Leonard Montaner Editor.
- Prat de la Riba, E. (2000) [1898]. Compendi de la història de Catalunya. En E. Prat de la Riba. *Obra completa*, vol.1 (pp. 572-610). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, Proa.
- (2000) [1906]. La nacionalitat catalana. En E. Prat de la Riba. *Obra completa*, vol. 3 (pp. 117-170). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, Proa.
- Puhle, H. J. (1982). Baskischer Nationalismus in spanischen Kontext. *Geschichte und Gesellschaft*, 8, 51-81.
- Rafanell, A. (1991). *Un nom per a la llengua. El concepte de llemosí en la història del català*. Girona, Vic: Eumo, Estudi General de Girona, Estudis Universitaris de Vic.
- (2006). *La il·lusió occitana. La llengua dels catalans entre Espanya i França*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Riquer, B. de (1977). *Lliga Regionalista: la burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*. Barcelona: Ediciones 62.
- Risorgimento. (1949). En *Enciclopedia Italiana di Scienze, Lettere ed Arti*, vol. 29 (pp. 434-452). Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana.
- Roca Ricart, R. (2007). *Teodor Llorente i la Renaixença valenciana*. València: Institució Alfons el Magnànim.
- (2010a). *El valencianisme de la Renaixença*. Alzira: Bromera.
- (2010b). Teodor Llorente i la llengua dels valencians. *Caplletra*, 49, 43-63.
- Rossich, A. (1994). Decadència i Renaixença: una visió programàtica de la literatura catalana. La literatura del XVI i del XVII vista des de la Renaixença. En *Actes del Col·loqui Internacional sobre la Renaixença*, vol. 2 (pp. 33-50). Barcelona: Curial.

- (2006). Els certàmens: de la Gaia Ciència als Jocs Florals. En S. Martí (coord.), *Actes del Tretzè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, vol. 1 (pp. 63-90). Barcelona: Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes, Abadia de Montserrat.
- Rubio Pobes, C. (2003). *La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rubió y Ors, J. (1880). Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas. *Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona*, III, 141-238.
- Sánchez Prieto, J. M. (1993). *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo (1833-1876)*. Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias.
- Sanchis Guarner, M. (1974). Las dos vertientes, restauradora y progresista, de 'la Renaixença' valenciana. En *Siete temas sobre historia contemporánea del País Valenciano. Ciclo de conferencias de la Facultad de Filosofía y Letras* (pp. 135-154). Valencia: Universidad de Valencia.
- Sarasola, I. (1982) [1971]. *Historia social de la literatura vasca*. Madrid: Akal.
- Simbor Roig, V. (1980). *Els orígens de la Renaixença valenciana*. València: Universitat de València.
- Solà, J. (1991). *Episodis d'història de la llengua catalana*. Barcelona: Empúries.
- Soria Andreu, F. (2002). Tópicos y temas floralistas. En J. C. Mainer y J. M. Enguita Utrilla (eds.), *Entre dos siglos. Literatura y aragonesismo* (pp. 73-89). Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Thiesse, A. M. (2006). Centralismo estatal y nacionalismo regionalizado: Las paradojas del caso francés. *Ayer*, 64, 33-64.
- Toledo Lezeta, A. M. (1998). Antoine d'Abbadie Hegoaldean (1879-1895). En *Antoine d'Abbadie (1897-1997), Congrès International* (pp. 535-546.). Bilbo, Donostia: Eusko Ikaskuntza, Euskaltzaindia.
- Tomàs, M. (2012a). Els Jocs Florals de Barcelona i la literatura mallorquina del segle XIX. En J. M. Domingo (ed.), *Joc literari i estratègies de representació. 150 anys dels Jocs Florals de Barcelona* (pp. 249-288). Barcelona: Societat Catalana de Llengua i Literatura.
- (2012b). Les relacions de Teodor Llorente amb Catalunya i Mallorca. En R. Roca (ed.), *Teodor Llorente, cent anys després* (pp. 31-71). Alacant: Universitat d'Alacant.
- Torrealdai, J. M. (1997). *Euskal kultura gaur. Liburuaren mundua*. Oñati: Jakin.
- Torrealdai, J. M. (1977). *Euskal idazleak, gaur. Historia social de la lengua y literatura vascas*. Oñati: Jakin.
- Tubino, F. M. (2003) [1880]. *Historia del renacimiento literario contemporáneo de Cataluña, Baleares y Valencia*. Pamplona: Urgoiti Editores.
- Urkizu, P. (ed.). (1997). *Anton Abbadiaren koplarien guduak. Bertso eta aire zenbaiten bilduma (1851-1897)*. Bilbo, Donostia: Eusko Ikaskuntza, Euskaltzaindia.
- Verdaguer, J. (1974) [1888]. Pàtria. En J. Verdaguer (1974). *Obres completes* (pp. 407-458). Barcelona: Selecta.
- Zabaltza, X. (2005). *Mater Vasconia. Fueros, lenguas y discursos nacionales en los países vascos*. San Sebastián: Hiria.
- (2006). *Una historia de las lenguas y los nacionalismos*. Barcelona: Gedisa.

REFORMADORES ANTES QUE MARXISTAS.
HENRY M. HYNDMAN Y HENRY GEORGE: DOS
BIOGRAFÍAS INTELECTUALES DURANTE LA DÉCADA
PRODIGIOSA DEL SOCIALISMO INGLÉS (1880-1890)

Reformers rather than marxists. Henry M. Hyndman
and Henry George: Two intellectual biographies during
the prodigious decade of English socialism (1880-1890)

FÉLIX AGUIRRE

Universidad de Valparaíso

felix.aguirre@uv.cl

Cómo citar/Citation

Aguirre, F. (2018).

Reformadores antes que marxistas. Henry M. Hyndman y Henry George:
dos biografías intelectuales durante la década prodigiosa del socialismo inglés (1880-1890).

Historia y Política, 39, 171-201.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.07>

(Recepción: 07/12/2016. Evaluación: 31/03/2017. Aceptación: 05/05/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

El trabajo toma como pretexto dos biografías políticas que sintetizan el debate intelectual sobre el futuro del socialismo inglés durante el siglo XIX, para revisar un período que se extiende desde la emergencia del primer partido que se autodenomina a sí mismo «socialista» (1881) hasta la publicación de los *Fabian Essays* (1889), cuando las ideas colectivistas provocan un cambio generacional en la Sociedad Fabiana que será determinante para comprender la posterior aparición del Partido Laborista. Concluimos que la tradición del socialismo inglés no descansa únicamente en su apuesta por la determinación de las relaciones de producción en las decisiones políticas, sino en la defensa de un conjunto de valores que no son exclusivos de una tradición ideológica, sino que se presentan —al menos en

alguna forma o grado— entrelazados y dispersos por el ambiente intelectual de este período.

Palabras clave

Historia del pensamiento político; historia intelectual; socialismo inglés; reformismo inglés; Henry M. Hyndmann; Henry George.

Abstract

This work draws from two political biographies to summarize a moment in the intellectual debate about English Socialism during nineteenth century, to review a period that it goes from the emergence of the first party self-identified as “socialist” in the country, in 1881, to the publication of *Fabian Essays*, in 1889, when collectivist ideas drive a crucial generational change in the Fabian Society, central to understand the emergence of the Labour Party. We suggest that the English Socialist tradition is not based solely in a position about the coupling between the relations of production and political decision-making, but also in the championship of a number of values that are not exclusive of a particular ideological tradition, but are somehow visible in the intellectual environment of the period.

Keywords

History of political thought; intellectual history; English socialism; English reformism; Henry M. Hyndmann; Henry George.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. LA SOCIALDEMOCRACIA MARXISTA DE HENRY MAYERS HYNDMAN. III. LA REFORMA AGRARIA Y EL SOCIALISMO: SINGLE TAX GEORGE. IV. EPÍLOGO. REFORMADORES ANTES QUE MARXISTAS. BIBLIOGRAFÍA.

I. INTRODUCCIÓN

El mismo año en que una reforma de la educación pública¹ se disponía a desparramar por todo el país las primeras escuelas elementales y cuando otra reforma, la electoral de 1867, había ampliado el número de electores entre los trabajadores urbanos, sentando las bases legales para los famosos seis años dorados de las reformas sociales conservadoras de Disraeli, A. V. Dicey, en su clásico *Law and Public Opinion in England during the Nineteenth*, describe la década de 1870 como la del fin del individualismo y el comienzo del colectivismo².

Efectivamente, a partir de 1870 los dos grandes partidos tradicionales ensayaron todo tipo de reformas progresivas en la legislación laboral y electoral, en respuesta a las condiciones económicas y las nuevas demandas sociales. Mientras Randolph Churchill (1849-1894) lideró un cierto resurgimiento de la llamada *tory democracy*, que pretendió acaparar la atención del electorado trabajador mediante la profundización de las reformas políticas de Disraeli, por el lado liberal, Joseph Chamberlain se granjeó el respeto del mundo del trabajo con su famoso socialismo de *gas and water*, en Birmingham, municipalizando algunos servicios básicos e implementando un vasto programa de aseo y limpieza de la ciudad, que incluyó el desarrollo de áreas verdes y la construcción de bibliotecas públicas. Miembro electo del Parlamento en 1876, el político liberal reorganizó una casi olvidada National Liberal Federation que a partir de entonces procuró canalizar el apoyo adormecido de los clubes radicales en un intento de modernizar la anquilosada ideología *Whig*³.

Mientras una fracción del Partido Liberal comenzaba a abandonar el trasnochado laissez-faire para acercarse a la moda del intervencionismo estatal, la ortodoxia intelectual del liberalismo comienza a sentir los ecos del idealismo

¹ Foster Education Act.

² Dicey (1962).

³ Blaxill (2015): 88-117.

alemán y del positivismo francés, al tiempo que el amargor del disenso interno. El propio John St. Mill había dejado una herencia inquietante, preñada de insinuaciones socialistas y de críticas a la política económica clásica. Había escrito que la inevitable extensión de la democracia política estaba indisolublemente unida al cuestionamiento de los privilegios económicos y sociales de antaño. La década de 1880 revistió las insinuaciones de Mill con un contenido más ideológico.

Este decidido cuestionamiento intelectual de la ortodoxia liberal se presenta con una triple perspectiva; filosófica, jurídica y económica. En filosofía, la escuela idealista de los discípulos oxfordianos de T. H. Green, F. M. Bradley, B. Bosanquet y L. T. Hobhouse hunde sus raíces en Hegel para tratar de abordar la superación de la dicotomía liberal tradicional entre el individuo y el Estado, proponiendo un nuevo concepto de «individualidad» coherente con la idea de un sistema social integrador. Solamente la vida en comunidad da sentido a lo individual, creando las condiciones para el desarrollo de la personalidad e invistiéndola de libertades, derechos y deberes⁴.

El segundo golpe se presenta bajo la forma de una controversia jurídica en la que tomarán parte importantes intelectuales conocedores de la obra de Comte y Gierke. El positivismo comteano fue popularizado en Inglaterra por Edward Beesly y Frederic Harrison, y su afinidad con el socialismo ya ha sido estudiada pormenorizadamente⁵. Lo que nos interesa destacar aquí es la enorme influencia que este paradigma tiene para dotar de un nuevo impulso a la historia de la jurisprudencia durante estos años, apoyado además en la impronta del darwinismo social, en especial tras la aparición del trabajo de Henry Maine *Ancient Law* en 1871. El positivismo facilitó una aproximación menos deductiva a la evolución histórica del derecho, otorgando menos importancia a la ley natural y a los derechos naturales derivados de la concepción clásica, al tiempo que permitía un estudio histórico positivo de los hechos del derecho y de la evolución de la legalidad. El método de Maine era, esencialmente, histórico-comparativo, procurando abordar la configuración política de las sociedades en función de sus estructuras y marcos legales, comparándolas con otras sociedades en semejante estadio de evolución. El resultado fue, como cabría suponer, una visión más dinámica pero igualmente conservadora del cambio social⁶.

Sin embargo, este método podía muy bien usarse con otro objetivo. Un ejemplo de ello es la obra F. W. Maitland, quien siguiendo las especulaciones del jurista alemán Gierke adopta el concepto de *real responsibility* y del origen

⁴ Bosanquet (1890): 357 y Collini (1976): 86-11.

⁵ Richter (1964): 476-478 y Milne (1962).

⁶ Maine (1871).

espontáneo del «grupo», para, esta vez apoyándose en sus propias especulaciones, sostener que algunos de estos colectivos sociales —como las Iglesias y los sindicatos— poseían derechos históricos inherentes que no necesitaban el reconocimiento del Estado para ser ejercidos con toda justicia⁷.

En economía, el abuso y las simplificaciones intelectuales que se cometieron en la utilización del término individualismo reciben en esta época una serie de golpes casi mortales. En unas condiciones económicas muy diferentes a las que vio triunfar el *laissez-faire*, la política económica liberal debió encajar las críticas adicionales que provocaron los cambios económicos estructurales y la pobreza crónica. Y si la impotencia intelectual del liberalismo económico y la caída del Gobierno fueran poco, finalizando la década de 1870 —más marcadamente durante toda la década de 1890— la nueva versión del concepto de «utilidad marginal» mostraría la incomodidad de algunos «nuevos» liberales con la teoría clásica y la necesidad de buscar un nuevo horizonte teórico⁸.

Pero, a pesar de lo apuntado más arriba, pocos podrían afirmar que Green, Maitland o Wicksteed fueran personajes populares y reconocidos por la gran mayoría de los socialistas, que preferían la propaganda contra el industrialismo a compartir las vicisitudes teóricas del idealismo, la fútil promesa del positivismo o las todavía vagas críticas de los marginalistas. Eran Coleridge, Carlyle, Ruskin o el propio William Morris quienes cumplían este perfil intelectual propagandista, expresado en un tono educado no en las aulas de las mejores universidades, sino en el fragor de la práctica política por la conquista de la opinión pública, utilizando la literatura y los medios de prensa dirigidos a la clase media y trabajadora. Especialmente, John Ruskin fue en ese momento el intelectual más solicitado, a quien todo buen periodista se veía obligado a citar. Sus ideas y teorías estafalarias sobre el trabajo, su odio visceral contra el *laissez-faire* y sus experimentos cooperativos en Sheffield hacían de él un moralista provocador, mucho más atractivo y comprensible al oyente socialista que la mayoría de sus coetáneos⁹.

A partir de 1879 los debates sobre el incierto horizonte del comercio internacional y la discusión sobre el proteccionismo muestran hasta qué punto la opinión pública ha perdido la confianza en la política económica tradicional. La prestigiosa *Quarterly Review* habla abiertamente de la necesidad de un nuevo paradigma económico¹⁰, y en el período que va de 1879 a 1881 los ana-

⁷ Boucher y Vicent (2000).

⁸ Beer (2001); Jones (1988): 473-491 y Landreth y Colander (2006).

⁹ Armytage (2007).

¹⁰ *The Quarterly Review* (1879): 183. British Library of Political and Economic Science (BLPES).

listas políticos se encuentran enfrascados en debates teóricos. T. E. Leslie comienza su estudio sobre la «teoría de renta» del economista norteamericano Henry George; John Rae publica una serie de artículos sobre la Escuela Económica Alemana de Schmoller y Roscher, la teoría de Lasalle, Marx y los jóvenes hegelianos; el conservador W. H. Mallock escribe sobre nuevos movimientos y modas sociales y H. M. Hyndman publica sus opiniones sobre la inevitable revolución que se avecina en las islas británicas¹¹.

La década crítica del liberalismo dio paso al denominado por algunos «renacimiento socialista»¹². Una década que hace gala de un vasto eclecticismo intelectual, que incluye la tradición del owenismo cooperativo, la interpretación socialista de la economía ricardiana, la condenación místico-romántica del capitalismo, el utilitarismo renovado por John St. Mill y las primeras lecturas de los trabajos de Marx y Engels, que comenzaban a llegar a Inglaterra en su versión francesa.

Las razones que explican este «renacimiento» están, sin lugar a dudas, marcadas también por las circunstancias económicas cambiantes provocadas por la gran depresión (1873-1896), su incidencia en el desempleo y en la condición miserable en la que se encontraban algo más de dos tercios de los habitantes de las islas británicas. Una crisis que, como a sus coetáneos liberales, afectó también a muchos socialistas de esta década que provenían de una clase media asalariada londinense, muy ligada al sector profesional de los servicios y la administración pública. A excepción de nombres como Hyndman, Morris, Bland, Annie Besant y Champion, quienes recibieron sustanciosas herencias que sirvieron para financiar las organizaciones y el aparato propagandístico del socialismo, la mayoría de ellos fueron abogados, miembros del servicio civil, periodistas, arquitectos, artistas, escritores y trabajadores sociales, volcados hacia su nuevo espacio natural: la opinión pública¹³. Todos participaron muy activamente en la emergencia de una cultura política que vio nacer un sinnúmero de clubes de discusión, sociedades seculares y asociaciones políticas de distinto ámbito ideológico, que constituyen un fiel reflejo del éxito de estas nuevas clases medias en acercar su manera de entender la política a las instituciones tradicionales, a los círculos parlamentarios y a los cuarteles generales de los grandes partidos y de la prensa londinense. Coincidían

¹¹ La mayoría de estos trabajos aparecen en el período comprendido entre 1879 y 1881, en las publicaciones londinenses de mayor circulación: *Contemporary Review*, *Fortnightly Review* y *Nineteenth Century*, en British Library of Political and Economic Science (BLPES).

¹² Bennett (2010): 9-10.

¹³ Conway (1979).

con los liberales en el diagnóstico sobre las dificultades económicas del imperio, pero, como anunciaba un columnista del *Times*, se hacían eco también del fin de una década marcada por el «infortunio» y la «depresión» económica, causante de la miseria endémica que parecía asolar al sector trabajador de la industria y del comercio en las grandes urbes metropolitanas e invitando a liberales y radicales a liderar este deterioro intelectual del mundo trabajador y revertir su condición, «educándoles para comprender las desventajas de su posición» y de esta manera «dirigirles»¹⁴.

Como veremos, las ideas y los valores con que el socialismo inglés plantea su crítica a la sociedad industrial difícilmente podrían ser considerados excepcionales en la escena política inglesa de fines del siglo XIX. Mientras que uno de los pilares ideológicos del conservadurismo está cimentado, precisamente, en el rechazo a los valores del individualismo moderno, enfatizando la necesidad de reformas radicales para su encauzamiento dentro de la tradición moral británica, el liberalismo político apostará por una indisimulada crítica a las instituciones políticas tradicionales y a la no menos tradicional distribución de la riqueza y del privilegio¹⁵.

II. LA SOCIALDEMOCRACIA MARXISTA DE HENRY MAYERS HYNDMAN

El profesor Willard Wolfe sugiere que este «renacimiento socialista» se inicia en enero de 1881, con la aparición de un artículo publicado en la revista *Nineteenth Century* —la publicación liberal más leída—, firmado por Henry M. Hyndman, que proclamaba a sus lectores el «despertar de una época revolucionaria»¹⁶. El asombro y la incredulidad podría haber sido la primera reacción frente a esta proclama amenazadora, pues todavía para la gran mayoría de los lectores victorianos de este tipo de publicaciones el socialismo y las revueltas proletarias parecían algo superado tras los rebotes ahogados del carlismo, por lo que, para muchos, no había conflicto social alguno capaz de oscurecer la bonanza que Chamberlain y sus correligionarios radicales aseguraban con el beneplácito de Gladstone.

Además, el artículo de Hyndman no podía ser un folleto revolucionario por varias razones. La más importante es que por aquel entonces el propio Hyndman apenas disimulaba una convicción ideológica comprometida con el radicalismo conservador educado en Eton, así como su profesión de

¹⁴ Wolfe (1977).

¹⁵ Harrison y Boyd (2003) y Bevir (2011).

¹⁶ Wolfe (1977): 67 y Lawrence (1992): 163-186.

intermediario financiero, ocupación que jamás abandonó pese a su crítica cada vez más apasionada de la sociedad industrial. Es indudable que, al menos en esta primera época, Hyndman es un producto intelectual de la tradición radical, pero de una parte de ella que hunde sus raíces en la aristocracia terrateniente que engrosará las filas de este radicalismo *tory*, muy diferente del profesionalismo radical de John St. Mill o Charles Bradlaugh. Un conservadurismo capaz de ver con simpatía tanto el cartismo como los movimientos independentistas continentales, al tiempo que defender el robustecimiento de la política imperial británica.

Hyndman provenía de una acomodada familia de la aristocracia colonial y no entró en contacto con el mundo radical hasta su paso por las aulas de Cambridge. En ese momento, su mirada al mundo del trabajo parece una estrategia para atraer la atención de estas nuevas clases, mientras que su defensa del imperio, su respeto por las instituciones tradicionales y la apuesta por un mejoramiento gradual de las condiciones sociales para los más desprotegidos hacen de su figura un prominente ejemplo de la democracia conservadora de fines de la década de 1870. Un *tory* con un profundo sentido paternalista de la función del Estado que comenzó a mostrar su antipatía hacia el liberalismo tan pronto como la cuestión irlandesa volvió a estallar en las manos del Gobierno de Gladstone y en el preciso instante en el que comienza a leer una versión francesa de *El Capital*¹⁷.

Haciendo gala de un indisimulado tono radical, el primer manifiesto de Hyndman, *England For All*, aunque demanda la necesidad de acometer la creación de un partido de clase proletaria —la naciente Democratic Federation—, apuesta también por una nueva ampliación del sufragio, una reforma constitucional que acortara la legislatura del Parlamento a tres años, el endurecimiento de la legislación contra la corrupción, la abolición de la Cámara de los Lores, un estatuto de autonomía para Irlanda y la nacionalización de la tierra. Toda una batería de medidas colectivistas muy familiares para cualquier radical y que apelaban al liderazgo moral de la clase media, en un tono positivista, en el que predominaba la necesidad de una vida social más armoniosa sobre la defensa de cualquier tipo de emancipación proletaria¹⁸.

Aunque para algunos el avance colectivista era preocupante, lo cierto es que la opinión pública parecía predispuesta a asumir que las reformas socialistas apoyadas por este nuevo radicalismo no implicarían cambios cualitativos en el sistema social. Para John Morley¹⁹, por ejemplo, era difícil olvidar las

¹⁷ Tsuzuki (1961) y Hyndman (1911).

¹⁸ Hyndman (1881a).

¹⁹ Morley (1908).

palabras y consejos de John St. Mill sobre el peligro de apoyar una completa reorganización de la economía, mediante la intervención compulsiva e indiscriminada del Estado. Se trata del mismo tono gradualista de Frederic Harrison, quien aconseja benevolentemente a la clase trabajadora poner toda su confianza en el poder legislativo del Estado como principal instrumento para combatir eficazmente la desigualdad. Un radical-liberal de corazón que hablaba del poder de la opinión pública para «moralizar» y regenerar el capitalismo, pero sin llegar a transformar el sistema de propiedad privada que lo sustentaba. Esta era la opinión también de Arnold Toynbee en 1882, cuando justificaba el apoyo radical al estatuto de autonomía para Irlanda de 1881: «The Radicals have finally accepted [escribe Tonybee] the fundamental principle of Socialism, that between men who are unequal in wealth there can be no freedom of contract»²⁰.

La transición de Hyndman desde este conservadurismo democrático al marxismo, durante 1881, sucede entre su frustrada candidatura al distrito de Marylbone, en marzo de ese año, y sus actividades de oposición a las medidas coercitivas del Gobierno de Glandstone en Irlanda. Tuvo dos importantes experiencias durante este período. La primera, un encuentro con Disraeli que le revela la nueva alianza del partido conservador con la burguesía industrial que, a juicio de Hyndman, aleja a los *tories* del mundo del trabajo. La segunda, su amistad con el intelectual de origen alemán Rudolph Meyer, exsecretario privado de Bismarck y hombre influyente en los círculos socialdemócratas alemanes durante la década de 1870. Por boca de Meyer, Hyndman escuchó la primera versión sobre las obras de Marx, Lasalle y de Rodbertus. En especial, fue el encuentro con la obra de Lasalle, quien apela a la necesidad de vincular los intereses de los trabajadores a la tierra y la necesidad de una regeneración social protagonizada por un Estado intervencionista, la que espoleó el instinto social de Hyndman y sus primeros pasos socialdemócratas: «[...] the selfishness of the capitalist and the middle class should be controlled by the state in the interest of the bulk of the people»²¹.

La bonanza entre este conservadurismo «revolucionario» y el radicalismo no tardaría mucho en resquebrajarse. Durante el invierno de 1881, tras la aparición de un segundo manifiesto en el que denunciaba la locura y la hipocresía del Gobierno, inmediatamente la Federación de Clubes Radicales censuró públicamente a Hyndman y retiró su apoyo al partido. A partir de entonces Hyndman se transformó en un líder testimonial de la clase trabajadora, que comenzaba a ver en el radicalismo no un aliado circunstancial sino un enemigo latente.

²⁰ Toynbee (1882): 223.

²¹ Hyndman (1881b): 355.

Las tensiones que esta ruptura iba a producir en el seno de la federación no se hicieron esperar. A la salida de la mayoría de los radicales siguió la reticencia o el abierto recelo de buena parte de los intelectuales republicanos que simpatizaban con las demandas del mundo del trabajo. Su portavoz era la brillante hijastra de John St. Mill, Helen Taylor, quien, junto a Hyndman, por su cercanía al mundo proletario londinense, fue el personaje más importante de la naciente federación. Al contrario del orgulloso Hyndman, Taylor sí estaba dispuesta a reconocer que un Gobierno de Chamberlain y Morley sería «a little better than any government now existing in the world, although contemptibly behind public opinion»²².

Muy por el contrario, Hyndman, parafraseando de nuevo a Lasalle, volvía sus ojos al mundo conservador terrateniente, a quienes prefería antes que a estos críticos y «traidores» liberales²³. En una insinuación que comenzaba a ser congruente con el marxismo, pero también con su conservadurismo radical, Hyndman comienza a referirse a un inevitable conflicto de clase entre el capital y el trabajo. Una actitud que se ve reforzada por la opinión del núcleo duro de sus aliados de la federación: veteranos cartistas y exiliados continentales, muy cercanos al anarquismo, que terminaron por convencer a su líder de la necesidad de cerrar filas en torno a una organización cuya disciplina le permitiera tomar un control efectivo de las fuerzas revolucionarias, proveyéndolas de su natural e imprescindible orden institucional e intelectual.

Durante un período muy breve las dos tendencias de la federación conviven merced al consenso que proyectaba en el mundo socialdemócrata la figura de Charles Bradlaugh, pero esta alianza se verá frustrada por la fascinación que creó en la Federación —y en toda la opinión pública británica— el triunfante viaje que realizó el economista norteamericano Henry George a las islas británicas durante el verano de ese mismo año, con el resultado paradójico de una federación que «became more Socialist and more intransigent»²⁴. Tanto más paradójico cuanto Henry George no era ni socialista ni intransigente.

Con el beneplácito y la colaboración de los miembros más brillantes e influyentes del partido, H. H. Champion, R. P. B. Frost y William Morris, varios de ellos economistas jóvenes que vivieron su conversión al socialismo escuchando las impactantes palabras de Henry George y reforzando con ellas su convicción en el agotamiento del sistema capitalista, el acercamiento doctrinal definitivo de Hyndman al marxismo parece comenzar en el invierno de

²² Wolfe (1977): 76.

²³ Tsuzuki (1961): 40.

²⁴ Wolfe (1977): 77-78.

1882-1883, aunque todavía en 1883 su versión del socialismo fuera tan ecléctica como para dar cabida a la tradición owenita, a Ruskin y al socialismo cristiano²⁵.

La defensa de la nacionalización de la tierra, probablemente el debate más «intenso» y prolijo de toda la segunda mitad del siglo en Gran Bretaña²⁶, parecía ser el nuevo caballo de batalla. Consecuentemente, todos —excepto Morris— militaban al tiempo en la federación y en la Land Nationalisation Society, contribuyendo activamente a la formación de la Land Reform Union, en la primavera de 1883, organización políticamente mucho más agresiva hacia los terratenientes que la anterior. Su órgano de propaganda fue el *Christian Socialist*, el primer periódico militante desde la década de 1850 que ayudaron a fundar. Los líderes tenían las competencias necesarias para transformar —al fin— la federación en un importante centro de propaganda socialista. Todos habían recibido una excelente educación, provenían de familias acomodadas y eran excelentes articulistas dispuestos a gastar su dinero y talento en una buena causa. Con la ayuda de varios ilustres miembros del movimiento librepensador, como H. Burrows, B. Bax, J. C. Foulger y, más tarde, E. Aveling, transformaron el partido en un grupo publicista de éxito, como lo demuestra la recepción positiva que tuvieron los órganos de propaganda *Justice* y *To-Day*, un aparato que contribuyó y alentó la conversión de la federación en una organización abiertamente marxista, que fue rebautizada con el nombre de Social-Democratic Federation (SDF) en 1884.

Hyndman se centra ahora en la adopción de la teoría del plusvalor como corolario de la explotación de la clase trabajadora y justificación última de la lucha de clases. Convencido que los políticos ingleses deberían dedicarse a repasar «[...] the History of own country and specially working class movement», intentó aplicar algunas de las ideas generales del materialismo histórico y dialéctico al pasado de su propio país, descubriendo un proceso a través del cual «[...] Laboures became more a more blood and flesh mechanism, at the mercy of a geat mechanical force», llegando a convertirse en «literally and

²⁵ Pelling (1979) y Thompson (2006).

²⁶ «En el intenso debate sobre la nacionalización de la tierra que tuvo lugar en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XIX terciaron algunos de los economistas más importantes de la corriente principal, como Sidgwick y Marshall, que glosaron críticamente las opiniones de distinguidas figuras públicas, tales como Herbert Spencer —quien, a pesar de ser un individualista radicalmente opuesto a la extensión del poder gubernamental, defendió durante gran parte de su vida la nacionalización de la tierra— o Alfred R. Wallace —el famoso científico, que encabezó a finales del siglo XIX el movimiento pro-nacionalización». Ramos (2007): 71.

truly slaves of their own production; [trabajadores cuyos] bodies and minds stunted and eфеebled by the very nature of their employment»²⁷.

Su alusión al conflicto social y al papel que juega el poder en la configuración de la sociedad industrial introduce una nota de realismo político que, equivocado o no, insistía en la importancia de la lucha de clases y en el carácter orgánico de una sociedad que en nada se parecía al resultado de la suma de «utilidades» que muchos radicales contemporáneos todavía defendían como un catecismo ideológico. La transmutación, casi religiosa, del individuo en una clase, como manifestación palpable del conflicto social, requería, cuando menos, de una revisión profunda de la premisa clásica utilitarista sobre el hedonismo individualista que parte del propio radicalismo comenzaba a cuestionar.

Pero este extravagante concepto de utilidad, convertido en interés de clase, obviamente conllevaba también una revisión del marxismo. Marx se valía de la dialéctica hegeliana para demostrar las divergencias entre el materialismo —y hay que recordar que el utilitarismo es una variante de ese materialismo— y el idealismo. Tales divergencias —según el propio Marx— le permitían apostar por la superación de las contradicciones históricas de una filosofía hasta entonces divorciada de la praxis social, para, a partir de tal superación, lograr una nueva síntesis entre el conocimiento racional y la acción. La revolución, armada con la comprensión dialéctica de las leyes económicas inexorables del desarrollo, sería capaz de cooperar con el objetivo último de las fuerzas sociales, que no era otro que transformar a la clase trabajadora en los sepultureros de la vieja sociedad victoriana, asestando el golpe definitivo a un sistema económico ahogado en sus propias contradicciones.

Esta fusión dialéctico-marxista entre la ciencia, la ética y la historia, basada en aspectos tanto subjetivos como objetivos de la experiencia humana, interpretada de muy diversas maneras, continúa siendo eje central de polémicas teóricas que no son objeto de este trabajo, pero que sin duda cautivaron a los primeros lectores de *El Capital*, como H. M. Hyndman, de ahí que la versión del marxismo de Hyndman deba ser entendida como una más —quizá la primera— de las variantes que considera el materialismo como un instrumento de aproximación a la realidad inmediata en la que se desenvuelve la naturaleza humana, aunque, en el caso de Hyndman, se diera una mayor importancia a la explicación histórica del materialismo y se menospreciara su visión dialéctica. Quizás, como muy bien señala S. Pierson, «[...] as Marx concluded, the British Socialist leader [se refiere a Hyndman] lacked the patience necessary to “study a matter thoroughly”. But without the dialectic

²⁷ Hyndman (1981b): 69 y 239 y Hyndman (1882): 302.

Hyndman's socialism rested on a simple utilitarianism which Marx himself had earlier condemned as a "suphistical rationalization of existing society"²⁸. Efectivamente, sin una dialéctica capaz de sospechar permanentemente de la realidad, el marxismo pierde buena parte de su energía crítica, y este desprecio de Hyndman parecía dejar al socialismo británico huérfano del impulso intelectual necesario para defender un cambio cualitativo en su modo de vida tradicional.

Quizás sea esta la razón por la que la visión del desarrollo histórico de la sociedad británica que Hyndman describe en sus ensayos siempre fue fiel a su origen conservador y radical, aunque cada vez con un acento más agrarista y populista. Cuando emplea el término «revolución» en sus trabajos iniciales, se refiere más bien a una transformación gradual impulsada por las propias instituciones democráticas, distinguiendo este gradualismo de cualquier otro proceso de concienciación que permitiera la toma del poder por las clases trabajadoras. Incluso posteriormente, una vez formada la Social-Democratic Federation, en los momentos en que parecía vislumbrarse una posibilidad cierta de violencia social, su visión del socialismo se torna de un utopismo muy cercano al positivismo de moda. Con ello, Hyndman se disociaba de esos otros socialistas que pregonaban «to transcend all previous experience of human motives... at one bound», apostando por un socialismo que acarrearía un orden social presidido por el florecimiento de la cultura y una «truer morality», que emergería del propio «spirit of communism», diseminado ya en los barrios más humildes de las grandes ciudades y que requería de una nueva educación, así como de un «habit of work» más eficiente²⁹.

La Social-Democratic Federation arrastró desde su origen una serie de incongruencias doctrinales que, engalanadas con una retórica muchas veces violenta, resultó ser uno de los problemas centrales que enfrentó durante su breve aventura como partido. Pero, por el momento, sus principales acólitos continuaban criticando el capitalismo por su tendencia monopolística y por los privilegios de clase a que daba lugar la distribución de la riqueza, dentro de una línea marcadamente radical. Además, tendían a usar los argumentos de Henry George contra los privilegios antisociales de los arrendatarios agrícolas, para defender una reforma profunda de la propiedad de la tierra, usufructuando, además, de las tres leyes económicas de moda: la teoría ricardiana de la renta, la «ley de hierro» de los salarios y la teoría del plusvalor, concebida como corolario de las dos anteriores. El resultado era una sustancial simplificación de todas, insistiendo machaconamente en que la teoría del plusvalor

²⁸ Pierson (1973): 63-64.

²⁹ Hyndman (1981b): 457 y 459.

resultaba ser un producto inevitable y ortodoxo de principios económicos clásicos, a los que añadían su propia manera de entender la realidad social derivada de tales principios.

Sin duda este era el precio de la tendencia socialdemócrata a considerarse la culminación de una tradición y parte protagonista de un nuevo alumbramiento ideológico. Y no se trataba de una excepción. En todo el continente europeo circulaban multitud de versiones vulgarizadas del marxismo como novela corriente, aunque, a decir verdad, muy pocas de ellas reducían el marxismo a una pura teoría económica, como pretendía la SDF, que concebía la teoría del plusvalor como una consecuencia inevitable de la teoría del valor trabajo de la economía clásica.

La responsabilidad de esta interpretación de Marx parece achacable al propio Hyndman. En su arrogante *Historical Basis of Socialism in England*, por ejemplo, comentaba que la teoría de la renta en Marx era equivalente a la de Rodbertus, a quienes se refiere como miembros de la misma escuela. A nadie puede sorprender, por tanto, que las doctrinas alemanas del llamado socialismo de Estado se parecieran sospechosamente a las del radicalismo conservador británico. Para ambas corrientes su aproximación al socialismo era, primero, una abierta oposición a los valores liberales imperantes, de forma que concebían la acción estatal como un paternalismo que inspiraba ese nacionalismo que Marx tanto detestaba. Tres elementos —estatismo, nacionalismo y elitismo— que, manifiestamente en Hyndman, vuelven a recordar la intransigente hostilidad de Lasalle hacia los políticos liberales y su optimismo en la fortaleza de la democracia parlamentaria. Un encono frente al liberalismo que, en el caso de Hyndman, le llevó a cometer el famoso error de aceptar dinero *tory* para financiar la campaña electoral de tres candidatos de la SDF en 1885: el suceso conocido como el «*tory Gold*»³⁰.

Aunque podemos catalogar el marxismo y la organización que Hyndman lideraba como heterodoxos, si comparamos las ideas más importantes de la doctrina marxista que defendían con las de Bernstein o las fabianas, se trataba sin duda de un marxismo ortodoxo. Abrazaron la concepción de la plusvalía en su forma más rígida, insistiendo en que la miseria del proletariado, debido a las relaciones de producción en el sistema de intercambio capitalista, sería cada vez mayor y ningún sindicato podría remediarlo, predicando un inevitable conflicto de clase en una forma violenta e insurreccional. Pero, a pesar del uso retórico del término «revolución», nunca desarrollaron una teoría o un programa de acción demasiado coherente con tal anhelo. Es cierto que su versión sobre la dialéctica de la historia era determinista y abocaba a

³⁰ Webb (1980): 394.

una inevitable crisis apocalíptica, pero su concepción del cambio social se parecía más a una transferencia de poder, a la que seguiría una reorganización de la sociedad sobre una distribución más colectivista, que a la toma de las instituciones por una vanguardia revolucionaria. ¿Reformistas con aureola revolucionaria?

Algunos opositores a Hyndman, concluyendo que su socialismo no defendía los principios y las acciones que conducían a una verdadera revolución y que solamente usufructuaba del partido para asustar al Gobierno, trataron de buscar un nuevo horizonte ideológico.

Este cambio de actitud del radicalismo tiene su epílogo en el debate público que sostuvieron Hyndman y Charles Bradlaugh en abril de 1884. Durante esta acalorada discusión sobre los auténticos beneficios que el socialismo acarrearía al conjunto del país, Bradlaugh utilizó todos los argumentos de la política económica ortodoxa para refutar las premisas socialistas de Hyndman, haciendo gala de su reconocida elocuencia. A pesar del esfuerzo de este último por distanciarse de la violencia y por convencer al auditorio de que el secularismo de Bradlaugh nunca podría estar a la altura de los problemas sociales y económicos del momento, el pope radical logró identificar a Hyndman y sus acólitos con una caricatura de socialistas armados con dinamita y dispuestos a destruir la propiedad privada, reduciendo la vida social a la más uniforme de las mediocridades³¹.

Aunque la opinión pública radical nunca olvidó este retrato sombrío del socialismo, la publicidad que se dio al debate resultó ser fructífera también para la socialdemocracia. Por ejemplo, para algunos importantes seguidores de la Secular Society presentes en los debates, el socialismo comenzó a ser lo suficientemente atractivo como para acercarse al partido. Edward Aveling y Annie Besant, ambos vicepresidentes de la organización de Bradlaugh, fueron quizá los dos personajes más importantes que recalaron en el partido. Como sabemos, el primero se convirtió en uno de los más fieles intérpretes del marxismo en Gran Bretaña, mientras que Besant fue persuadida por la amistad que le unía a G. B. Shaw para integrar posteriormente la Sociedad Fabiana. Otros prominentes secularistas que se acercaron al partido fueron Herbert Burrows y John Burns, quienes llegaron a formar parte de la ejecutiva socialdemócrata, así como A. P. Hazel y Tom Mann, quienes desde el periodismo o la historiografía contribuyeron a escribir muchas páginas sobre el movimiento laborista posterior.

Sin embargo, la verborrea de Hyndman y las arengas que podían leerse en *Justice*, portavoz de la SDF, editado por el propio Hyndman, difamaban

³¹ Se pueden seguir las vicisitudes de este debate en un texto ya clásico de Royle (1980).

sistemáticamente a todos los políticos radicales y amenazaban con hacer saltar definitivamente la hasta entonces principal fuente de reclutamiento socialdemócrata. Helen Taylor denunciaba a *Justice* como «an engine of public demoralization», provocando con sus palabras un auténtico terremoto en la federación³². Taylor todavía era en 1884 el único miembro del comité ejecutivo de la federación que se resistía a aceptar la doctrina de la lucha de clases y la insurrección popular. Sus lealtades doctrinales seguían firmemente arraigadas en su pasado radical y su socialismo era todavía moralista y positivista. Para ella, socialismo era sinónimo de «another name of civilisation»; una transformación gradual que podía perfectamente ser obstaculizada por un uso «inmoral» de la fuerza³³.

Hyndman no se oponía necesariamente a esta concepción ética y positivista del socialismo. La idea de una transformación gradual de la sociedad, utilizando métodos pacíficos de orden legislativo, continuó siendo parte de la redacción de sus ensayos. Pero en ese verano de 1884 se estaba convirtiendo en la autoridad mesiánica del marxismo británico. Su rigidez doctrinal y su oposición a cualquier compromiso con el radicalismo o con cualquier otra forma de socialismo que antepusiera la ética sobre la revolución provocó la dimisión de Helen Taylor y su salida del partido, arrastrando con ella a una fracción de seguidores que volvieron sus ojos nuevamente a la causa por la reforma agraria³⁴.

No terminaron aquí los problemas para la socialdemocracia. Finalizando 1884 un nuevo cisma dividió a la organización entre izquierdas y derechas. La primera, con un renovado ímpetu anarquista, clama por una política más revolucionaria, criticando las reformas políticas que defiende una «derecha» que seguía fiel a la permeación del socialismo por una vía más institucional³⁵. En diciembre, William Morris, acompañado de la mayoría del comité ejecutivo, dimite y crea una nueva organización, la Socialist League. En los años siguientes, la permanente hostilidad, el rencor y el sectarismo entre ambas organizaciones calaría muy hondo en la imagen de todo el movimiento socialista, sobre todo a partir de diciembre de 1885, cuando una nueva fracción en el partido provocó el nacimiento de otro grupo escindido de la federación: la Socialist Union.

La tradicional animadversión de Hyndman hacia el sindicalismo³⁶, a cuyos portavoces acusaba de ser una «aristocracia» del mundo del trabajo,

³² Wolfe (1977): 105.

³³ Wolfe (1977): 106.

³⁴ Briggs y Saville (1971).

³⁵ Tsuzuki (1961).

³⁶ Pierson (1973).

«[...] a hindrance to that complete organisation of the workers which alone can obtain for the workers their proper control over their own labor»³⁷, y las sucesivas rupturas en el seno de la organización socialdemócrata mantenían a la gran masa de trabajadores británicos ajenos al socialismo, en tanto que la mayoría de los intelectuales radicales habían comenzado a considerar el socialismo como un movimiento sectario y sin futuro. Pero terminando 1884 hubo un nuevo intento de convencer al mundo radical de que su aliado natural continuaba siendo el socialismo.

III. LA REFORMA AGRARIA Y EL SOCIALISMO: *SINGLE TAX GEORGE*

A comienzos de la década de 1880 el movimiento por la reforma de la tierra parecía ser la única fuerza capaz de crear una audiencia masiva para el socialismo y desperezar a un radicalismo dividido. El agro británico continuaba siendo un monopolio protegido por una sólida barrera legal que impedía cualquier insinuación reformista. El éxito de la Land League en las elecciones de 1880 espoléó otra vez una campaña por la autonomía de Irlanda, generando la presión necesaria para la redacción de un nuevo estatuto (1881) que despertó las iras del liberalismo económico, por su marcado acento colectivista y por su oportunismo político, mientras algunos radicales, como Arnold Toynbee, consideraban la nueva legislación como una bocanada de aire fresco de renovada conciencia social³⁸.

Aunque el problema del desempleo y la pobreza continuaba siendo la principal temática de los debates en los clubes radicales, intermitentemente, algunos de sus líderes comenzaban a transmitir a su público la repercusión directa que la distribución de la propiedad de la tierra tenía en los grandes problemas urbanos. Un sector agrario, convenientemente parcelado y cultivado, sería capaz de abastecer de alimentos al conjunto de la población y frenar la tendencia migratoria que recordaba que las grandes masas de desempleados urbanos eran trabajadores expulsados del mundo rural por terratenientes desaprensivos que desafiaban la teoría clásica liberal de la propiedad como resultado únicamente del esfuerzo personal.

La batalla por la cuestión agraria tuvo un precedente inmediato en 1879, cuando la Agricultural Labourer's Union logró aprobar una moción parlamentaria que promovió una batería de reformas legales sobre la propiedad de la tierra en el Trade Union Congress de ese mismo año. La experiencia

³⁷ Hyndman (1881b): 187.

³⁸ Toynbee (1882).

política de Charles Bradlaugh durante los sesenta le devuelve a la escena política durante los ochenta al lograr el apoyo del sindicalismo para la causa reformista. En febrero de 1880 Bradlaugh convocó una multitudinaria conferencia sobre la cuestión agraria y su prestigio fue suficiente para atraer delegados de todos los niveles de la clase trabajadora y de todos los rincones de la Inglaterra industrial³⁹.

Disputar a los terratenientes la libre disposición y explotación de sus tierras fue una medida catalogada inmediatamente como socialista. Sin embargo, Bradlaugh jamás se consideró a sí mismo como tal. Su propuesta sobre el problema de la tierra nos muestra hasta qué punto algunos ilustres radicales estaban preparados para dinamitar los intereses del «landlordismo» sin sentirse vinculados al socialismo y sin comprometer ningún derecho legítimo de propiedad, repitiendo que el interés del terrateniente era el interés del monopolio⁴⁰.

Las insinuaciones de Bradlaugh sobre la necesidad de implementar un impuesto gradual sobre la tierra que, contrariamente al sentir socialista, no fuera confiscatorio, sino que sirviera como persuasión para obligar al terrateniente a parcelar, era la única posibilidad que este radicalismo vislumbraba para sacar de la miseria a toda una generación de desempleados industriales, obligando con ello al terrateniente a asumir su responsabilidad como parte de la nación. Se trataba de un sentir compartido con la generación anterior del radicalismo, pues ni Bradlaugh ni ningún otro radical habría tenido la osadía de aplicar los mismos argumentos sobre el capital a otras formas de propiedad.

En 1882, el influyente naturalista Alfred Russel Wallace argüía que el sistema de tenencia de la tierra en las islas británicas era el «más bárbaro del mundo»⁴¹, la principal conclusión de su primer trabajo sobre el archipiélago malayo que, como es bien sabido, llamó la atención de John St. Mill, quien lo reclutó en la Land Tenure Reform Association.

Russell Wallace, considerando demasiado tímida la herencia de Mill y en plena propaganda proirlandesa, apostó por una completa nacionalización de la tierra. Era la primera vez que un reconocido reformador radical hacía una declaración tan contundente, de forma que la bien ganada reputación intelectual de Wallace dio a sus ideas una cobertura lo suficientemente amplia entre los círculos liberales como para que muchos progresistas, entre 1880 y 1882, fundaran junto a él la Land Nationalisation Society. El fichaje más notable de la nueva organización fue Helen Taylor, siempre dispuesta a arrimar su

³⁹ Se puede seguir la convocatoria en los reportajes *ad hoc* en el *National Reformer*, 8, 15 y 22 de febrero de 1880; British Library of Political and Economic Science (BLPES).

⁴⁰ Emy (1973) y Royle (1980).

⁴¹ Wallace (1905): 238.

hombre en defensa de una propuesta como la de Wallace, muy especialmente porque la nacionalización de la tierra parecía ser la culminación lógica del camino abierto por su padrastró.

Henry George, quien siempre confesó su admiración por Mill, accedió a patrocinar ambas organizaciones y su prestigio creciente convirtió al movimiento en un portavoz indispensable a tener en cuenta en esta breve historia del renacimiento socialista. En pocos meses más, George comenzaría a dar muestra de su elocuencia en los discursos a las audiencias que le proporcionaron ambas organizaciones y se convertiría en el personaje más reconocido de todo el movimiento por la reforma de la tierra. Sus comentarios sobre la injustificada renta que proporcionaba la tierra a la mayoría de sus propietarios impactó en economistas tan reputados como Leslie, Wicksteed, Marshall, Toynbee y Rae⁴².

Pero, a pesar de que la opinión pública británica casi siempre consideró a George un portavoz del socialismo, y aunque en todas las discusiones académicas se le recibía como un abierto defensor de la nacionalización de la tierra (*land socialist* o *agrarian socialist*)⁴³, su propuesta de socialización de la renta económica que proporcionaba la tierra —y no tanto la «nacionalización»—, como veremos, debe ser considerada como la única medida «socialista» aceptable para George.

Lo cierto es que el momento en que George se convierte en noticia de primera plana el socialismo es el telón de fondo que acapara todos los debates públicos. Su periplo por Gran Bretaña coincide con el alumbramiento de nuevos grupos socialistas y con el renacimiento del interés por el mundo del trabajo, lo que le valió ser señalado como un prominente socialista norteamericano, sobre todo tras su frustrada candidatura a la municipalidad de Nueva York en 1886, una aventura que estuvo apoyada por los sindicatos y las organizaciones socialistas, ganándose con ello las antipatías de la prensa conservadora que continuamente le acusaba de socialista y anarquista⁴⁴.

En *Progress and Poverty* George comienza aceptando la aproximación clásica a la ciencia económica de Smith, Ricardo y Mill, declarando que la economía es un ejercicio deductivo y que su principal justificación se arraiga en ancestrales leyes naturales. El primer esfuerzo de deducción que propone pasa por desechar dos falsas ideas: la base doctrinal de la teoría de los salarios y el maltusianismo. A pesar de las expresiones religiosas que solían adornar sus discursos y ensayos, las soluciones de George estaban más apegadas a la

⁴² Ramos (2001): 187-231.

⁴³ Silagi y Faulkner (1991): 243-255.

⁴⁴ Candeloro (1979): 113-127.

realidad de lo que cabía de esperar, y muy cercanas —sin mencionarlo— a lo que defendían sus coetáneos cristiano-socialistas: ¿cómo era posible que un «intelligent and beneficent creator» fuera responsable de la «wretchedness and degradation which are the lot of such a large portion of human kind»?⁴⁵. Obviamente, Malthus debía estar equivocado.

El argumento de George se volvía hacia la teoría de la renta de Ricardo. La tierra, al contrario de lo que sucedía con el capital, no se reproducía; su valor variaba con la demanda y aquellos que la poseían tenían el poder de apropiarse de «so much of the wealth produced by the exertion of labour and capital upon as exceeds the return which the same application of labour and capital could secure in the least productive occupation in which they treely engage»⁴⁶. De ahí que, en su rol de acaparadores de rentas, los terratenientes adolecieran de una función económica inútil, pese a que su rol social fuera importante. Su renta era una simple acumulación, tan injusta como monopólica, puesto que Dios había creado la tierra para el disfrute de todos. La novedad era la capacidad que demostraba este reformador para encadenar dos de los factores económicos clásicos —la tierra y el capital— y su dedo amenazante señalando de nuevo a los terratenientes como los grandes enemigos del progreso. La ley de los salarios y del interés eran simples corolarios de la ley de la renta, en tanto que las tierras marginales eran las que terminaban fijando el valor de unos salarios que, obviamente, variaban de manera inversa a la renta. Cualquier innovación tecnológica que se tradujera en un aumento de la productividad provocaría siempre un rezago en los salarios.

Como vemos, George no era, definitivamente, anticapitalista, sino, en cierta forma, un convencido defensor de la competencia. Su defensa del interés se complementaba con una concepción orgánica de la productividad: «The power of increase which the reproductive force of nature, and the in effect analogous capacity for exchange, give to capital», de forma que así como la teoría del valor trabajo justificaba una renta, la productividad orgánica justificaba el interés⁴⁷. El monopolio natural que Ricardo criticaba al comentar la acumulación de rentas que la especulación de la propiedad de la tierra estaba provocando necesitaba de alguna regulación social, que tanto el propio Ricardo como Mill ya insinuaban y que compartían otros economistas durante la década de 1880⁴⁸. George proporcionó el eslabón entre los bajos salarios y la necesidad de regular socialmente la renta de la tierra, no como

⁴⁵ George (2005): 295-296.

⁴⁶ George (2005): 119.

⁴⁷ George (2005): 132 y 155-156.

⁴⁸ Conway (1979).

otros economistas, por la presión que ejercía el aumento geométrico de la población, sino por un avance incontenible de la especulación sobre el valor de la tierra que obligaba a elevar el rendimiento del agro mucho más allá de sus límites naturales. Como el nivel general de los salarios —de acuerdo con Ricardo— estaba determinado por el costo que requería el cultivo de tierras marginales, el avance especulativo de las rentas estaba indisolublemente unido tanto a los bajos salarios como a las bajas utilidades.

Allí donde el marxismo encadenaba la pobreza con las relaciones de producción propias del capitalismo, George unía el destino de la pobreza con la acumulación de la propiedad agraria, justo en el momento en que los disturbios por la cuestión irlandesa habían vuelto a prender en la opinión pública británica. Por fin un reformador radical hablando el idioma ricardiano. La impresión que causó George en muchos jóvenes resultará crucial para entender el futuro de una parte de este socialismo que no quería desprenderse de su acervo radical.

George solía afirmar que la clave de la expansión material estaba marcada por dos factores: la tecnología y —ahora sí— la población. El incremento sostenido de la población tendía a reducir el margen de productividad de los cultivos, incrementando la proporción del producto agregado que era incorporado a la renta. La tecnología («improvements in the industrial arts») seguía este mismo impulso, de forma que si la población se estabilizaba manteniéndose en manos privadas la tendencia de la tierra, los avances técnicos producirían «all the effects attributed by the malthusian doctrine of pressure of population». Esta era la razón por la que se podía constatar una «tendency of rent to overpass the limit where production would cease»; una tendencia que justificaba nada menos que la gran depresión industrial⁴⁹. Esta irresistible tentación especulativa en los precios de los productos de la tierra forzaba el margen de cultivación mucho más allá de lo estrictamente necesario para abastecer la demanda, reduciendo al mismo tiempo la recompensa de la mano de obra y el interés del capital, y provocando, además de una ralentización de la producción, la depresión generalizada de una economía cada vez más interdependiente.

La expansión urbana y la constante presión que ejercía la especulación de la tierra le otorgaban al propietario del suelo un incremento de su renta moralmente injustificado. Un impuesto terminaría con esta injusticia. Una técnica no revolucionaria que la democracia liberal podía perfectamente asumir por razones de justicia y equidad. Un *single tax* que ayudaría al Gobierno en la promoción del bienestar general, al tiempo que aliviaría la presión sobre el

⁴⁹ George (2005): 288.

capital y la iniciativa individual. Una medida impositiva que habría de transformarse en un instrumento de acción política, y en parte también de un nuevo impulso moralista enfocado hacia la concientización sobre las causas que explicaban el flagelo de la pobreza moderna: «From this fundamental injustice flow all the injustices which distort and endanger modern development, which condense the producer of wealth to poverty, and pamper the non-producer on luxury, which rear the tenement house with the palace, plant the brother behind the church, and compel us to build prisons as we open new schools»⁵⁰.

George, como podemos apreciar, no era un defensor de la nacionalización de la tierra. Trata el problema de la renta de la tierra como una medida excepcional y apegada a la economía clásica. Su anhelo, un incremento gradual de la imposición sobre el valor de la tierra hasta una apropiación final del valor de la renta económica por el Estado, pretendía socializar la renta, no la tierra. Este era el «fruto» deseado y oculto, no la apropiación de miles de hectáreas con su consiguiente compensación económica.

Sin embargo, es un hecho que George fue considerado por muchos un defensor de la nacionalización de la tierra y un reconocido socialista. Y esta confusión ilustra muchas cosas que estaban sucediendo durante esta década y que hemos insinuado más arriba: la escasa diferenciación doctrinal e ideológica de muchos reformadores y las incógnitas que para muchos se abrieron sobre si tras el *single tax* George insinuaba otros objetivos igualmente colectivistas, como de hecho propuso parte del movimiento sindical y parte del socialismo al pregonar distintas medidas de colectivización en el ámbito municipal. Quizá si George hubiera llegado a triunfar en su elección a la alcaldía de Nueva York, antes de que las discrepancias con el socialismo comenzaran a ser apreciables, habría sido interesante comprobar el programa de reformas que habría implementado en su ciudad. Desgraciadamente, su carismática personalidad nunca tuvo la oportunidad de aterrizar en una oficina pública y esta quizá sea la clave para entender el paradójico padrinazgo que George ejerció en este resurgimiento socialista durante las seis visitas que prodigó a las islas británicas entre 1881 y 1890.

Arnold Toynbee, probablemente el primer socialista en prever los efectos no deseados de esta influencia de George en el movimiento socialista, en dos conferencias pronunciadas en Londres durante el mes de enero de 1883, sostenía que George, a pesar de su «warm and fierce sympathy» por la condición humana, era un hombre «fundamentally dangerous»; el peligro residía en su profunda convicción en lo que Toynbee definía como «economic harmonies»;

⁵⁰ George (2005): 240-241.

si la propiedad privada es abolida —sostenía Toynbee— «individual interest will harmonize with common interest, and competition, which we know is often now a baneful and destructive force, will then because a beneficent one», una peligrosa tendencia que de ser aceptada obstaculizaría el desarrollo del sindicalismo, la «extension of the protection of state» y el estudio científico de los grandes problemas nacionales⁵¹.

Otra muestra temprana de la seriedad con que era tomado George proviene de los grandes y medianos propietarios agrícolas, quienes decididos a luchar contra esta amenaza fundaron la Liberty and Property Defense League. La prensa socialista recogió la noticia de la nueva organización de propietarios recordando al público que solamente veinte miembros destacados de la nueva liga eran dueños de algo más de dos millones de acres de tierra británica. Pero la tenaz oposición de la liga a las teorías de George alentó la supervivencia de esta organización por más de veinte años, representando el origen de la intolerante actitud latifundista frente al problema de la reforma agraria que culminará en una abierta hostilidad hacia la política del futuro primer ministro liberal Lloyd George.

Los ataques a George comenzaban a multiplicarse. Esta vez desde el lado radical, Joseph Chamberlain se declaraba «electrified» tras la lectura de *Progress and Poverty*. A pesar de su coincidencia en la trascendencia que para el programa radical tenía la cuestión agraria, atacaba las ideas del reformador norteamericano por su ambigüedad; una combinación de «truth and error», «fallacy and fact», que abocaba a soluciones «drastic» y «alarming»⁵².

Cuando George visita Irlanda por primera vez, la Democratic Federation da también sus primeros pasos y su líder histórico, H. M. Hyndman, ya reconoce que *Progress and Poverty* ha abierto el camino hacia una revolución intelectual⁵³. A comienzos de 1884, cuando la principal obra de George ya se ha convertido en una referencia ideológica obligada, el movimiento Christian Socialism reaparece con toda su fuerza y se crea la Fabian Society⁵⁴.

⁵¹ Toynbee (1882): 42.

⁵² Chamberlain (1883).

⁵³ Hyndman (1883).

⁵⁴ La Sociedad Fabiana, hoy un influyente *think tank* socialista en el que han militado un número importante de líderes del laborismo británico desde su creación, en 1884, debe su nombre al general romano Fabio Cunctator, cuyas tácticas empleadas frente a Aníbal —a juicio de Frank Podmore, uno de sus fundadores— eran «precavidas y correctas». Junto con el Partido Laborista Independiente (1893) y las *Trade Unions* fue una de las tres organizaciones cofundadoras del Partido Laborista Británico, en 1906. Pease (1916) y McBriar (1966).

Hasta 1887 todas las organizaciones socialistas sin excepción apoyaron la campaña iniciada por George para lograr una reforma profunda de la distribución de la renta de la tierra, pero todos, también casi sin excepción, rechazaban la idea de que este impuesto resolviera los urgentes problemas sociales. La objeción de George al programa de los American Socialists, en agosto de ese mismo año, provocó las iras de H. M. Hyndman, quien se apresuró a señalar las diferencias irreconciliables entre ambos, acusándole de ser una mera comparsa electoral, utilizada por la mano siniestra del capitalismo⁵⁵. Por si esta declaración pareciera poco, el episodio de los anarquistas de Chicago se transformó en el epílogo de esta paradójica relación. En octubre de 1887, durante un acto público de apoyo a los condenados en New Jersey con el beneplácito de todas las organizaciones obreras, la policía irrumpió en la reunión causando numerosos heridos y deteniendo a muchos dirigentes sindicales que intervenían en el acto. George, pese a condenar la agresión de la policía, declaró su convicción en la culpabilidad de los anarquistas condenados a la pena capital. Los socialistas británicos de nuevo reaccionaron virulentamente. El *Christian Socialist* de diciembre de ese año le recordaba a George que él mismo había condenado la manera como se eligió el jurado que determinó la culpabilidad de los anarquistas y por tanto su indefensión. Su detracción, nueve meses después, en medio de su campaña electoral, fue calificada como una «shameful action»⁵⁶. Una expresión bastante más moderada que la que le dedicó William Morris: «Henry George approves of this murder; do not let anybody waste many words to qualify this wretch's conduct. One word will include all the rest-traitor!!»⁵⁷.

Como cabía sospechar, el recibimiento a George durante sus visitas al Reino Unido entre 1888 y 1889 esta vez no fue tan cordial y entusiasta. No al menos desde las filas del socialismo militante. Por primera vez era recibido no como un defensor de la causa de los trabajadores sino como el nuevo santón de un no menos novel grupo político, los autodenominados British Constitutional Radicals, la flamante (y breve) nueva izquierda del viejo partido liberal. El 17 de noviembre de 1888 el siempre atento e impertinente *Commonweal* avisaba a sus lectores: «Look out! Mr. Henry George left New York in the "Eider" on Saturday for England. If he comes to hold meeting he may be sure of a warm welcome from those who remember how he denounced the men of Chicago»⁵⁸. Cuando se confirmó que la visita de George era para apoyar la

⁵⁵ Hyndman (1887).

⁵⁶ *Christian Socialist*, 1-12-1887. BLPES

⁵⁷ *Commonweal*, 12-11-1887. BLPES.

⁵⁸ *Commonweal*, 17-11-1888. BLPES.

candidatura al Parlamento de los Radicales Constitucionalistas, *Justice* llamó a todos los socialistas a expresar su rechazo contra él, «with resolute and uncompromising hostility»⁵⁹.

El epitafio de esta comunión de George con el movimiento socialista se escribió tras el debate público que el intelectual norteamericano sostuvo con H. M. Hyndman en Londres, en el verano de 1889. Como era usual en él, George se limitó —una vez más— a defender la socialización de la renta de la tierra, mediante la implementación de un único impuesto, como el paliativo que requería la sociedad británica para salir de la crisis económica. Hyndman obvió todos los argumentos economicistas de George y discutió la ambigua relación entre George y el socialismo. Fue un verdadero diálogo de sordos, que se resume en las palabras con que Beesly, miembro por entonces de la Positivist Society, y, a la sazón, moderador de la mesa, calificó aquel encuentro: «He agreed with neither party, and that in his opinion the best parts of the speeches were those in which the opponents destroyed each other's arguments»⁶⁰.

Poco más puede añadirse sobre un hombre que en el transcurso de sus seis visitas a las islas británicas fue arrestado dos veces, se transformó en testigo mudo de un enconado debate parlamentario y jugó un rol decisivo en el divorcio en el partido irlandés que determinó el futuro de la reciente historia política de ese país. Al menos tres de sus seis visitas fueron organizadas como verdaderos eventos políticos que recorrieron casi todos los rincones del reino y durante el tiempo que estuvo ausente su campaña en favor del *single tax* estuvo financiada y sostenida por una de las organizaciones más eficaces de la época. A pesar de su desencuentro con muchos que se consideraron deslumbrados por su oratoria, la verdad es que sus conversos llegaron a formar una legión, con hombres como Hyndman, Morris, S. Weeb, G. B. Shaw y K. Hardie, todos ellos llamados a desempeñar un papel esencial en el futuro del socialismo.

IV. EPÍLOGO. REFORMADORES ANTES QUE MARXISTAS

Como hemos sugerido, presentar las características distintivas de esta versión del socialismo nos obliga a explorar las limitaciones de ciertas categorías a las que estamos hoy acostumbrados, como la de homologar socialismo con colectivismo y presuponer que las organizaciones de la clase trabajadora se identificaron siempre con ese horizonte ideológico. Sin duda, el hecho de

⁵⁹ Lawrence (1992): 163-186.

⁶⁰ Lawrence (1992): 85-86.

que en las postrimerías del siglo XIX se usara el término colectivismo como sinónimo de socialismo ha provocado un sinnúmero de confusiones y malentendidos, pues muchos *tories* y liberales, como otros tantos que se autoproclamaban socialistas, deseaban ver ensanchado el rol de Estado, de la misma manera que muchos socialistas dudaban que sus objetivos se cumplieran simplemente incrementando la actividad legislativa del Estado, una idea —para ellos— estrecha del colectivismo, defendida, curiosamente, por buena parte del mundo conservador.

Pocos ejemplos más elocuentes del efecto que provocó esta frenética disputa por las ideas que la dislocación que sufrió la correlación tradicional de fuerzas en la arena política británica, entre las elecciones de 1906, cuando el Partido Liberal obtuvo dos tercios de los asientos del Parlamento, mostrándose aún como una fuerza política imparable, confiada en que las nuevas leyes de reforma política continuarían aumentando su masa de votantes provenientes de las clases populares, y los comicios de 1924, cuando apenas dos años después de la abrupta salida de Lloyd George —y en pleno cisma sus aliados del Partido Conservador— los liberales vieron dramáticamente reducida su presencia en el Parlamento a 40 escaños, muy lejos de los 151 que había logrado el entonces exultante Partido Laborista⁶¹.

Igualmente confuso puede resultar sostener que el socialismo fue el telón ideológico de fondo que orientó la actividad política de las organizaciones obreras. Evidentemente, la condición de las clases trabajadoras era el centro desde el que gravitaba buena parte de la teoría y de la práctica del socialismo de esta época, pero el apoyo —casi incondicional— de una no despreciable porción de trabajadores a los partidos conservador y liberal, y la defensa de valores abiertamente individualistas de muchas de sus organizaciones durante todo este período, no deben ser olvidados en mor de una supuesta tradicional «solidaridad de clase», pues la propaganda y la agitación política que promovieron muchas de estas organizaciones en favor de la reforma de la legislación laboral, industrial y electoral, y las distintas formas de generar autoayuda y cooperación que pregonaron, no siempre se generaron o se desarrollaron bajo la inspiración de principios socialistas.

Por ejemplo, la condena de la «desigualdad», entendida tanto como desigualdad distributiva del ingreso y de la riqueza, como desigualdad en las condiciones de trabajo, en la vida social y en el ejercicio del poder político aparece como un valor instrumental defendido por toda una generación de

⁶¹ Como sabemos, tras la debacle de 1924 el Partido Liberal desapareció casi por completo de la escena política, causando, además de la perplejidad de sus ideólogos, un prolífico debate sobre las razones que explicaron su colapso político. Bédarida (1979).

intelectuales. Pero pareciera que, como sucede en nuestros días, la controversia sobre la igualdad absoluta y la vindicación de que todo individuo debía recibir el mismo trato en todos los aspectos de su vida solían formularse mejor como un requerimiento instrumental, lo que podría muy bien ejemplificar por qué el socialismo durante este período tiende a mostrar una sola voz cuando la crítica que expresa a la sociedad industrial se sustenta en que las diferencias económicas y sociales no justifican un tratamiento desigual, pero muestra mucho menos unidad cuando defiende proposiciones para un nuevo contrato social o cuando discute los detalles del nuevo sistema de distribución de la riqueza que traería el socialismo.

Algo semejante sucede cuando analizamos la crítica ética del capitalismo y la tendencia a contemplar en los desafíos asumidos por el socialismo la reconstrucción moral de la sociedad. Frente a los valores consumistas y competitivos del capitalismo, contra la lucha del hombre contra el hombre como estandarte moral y la puerta abierta al abismo del egoísmo que acarrea, el socialismo se presentaba bajo el aura de una transformación moral que reforzaría el espíritu de una nueva conciencia social más solidaria, cuyos instrumentos principales eran la cooperación y la fraternidad. Una aproximación ética evidentemente muy enlazada a la condena de la desigualdad, en tanto esta era percibida como el principal obstáculo para el nuevo idealismo regeneracionista, de manera que abrazando el socialismo el ser humano no solamente podía desembarazarse de un modo de vida cruel e injusto, como el industrial, considerado «antinatural», sino que también podía acercarse a su auténtica dimensión humana «natural» y a la reconciliación con el resto de la humanidad.

Sea como fuere, mientras un casi desconocido Karl Marx moría en Londres, el 13 de marzo de 1883, E. R. Pease, uno de los fundadores y primer biógrafo de la Sociedad Fabiana, recordaba que por aquel entonces casi nadie fue consciente de la enorme influencia que el pensamiento y las obras del intelectual alemán tendrían en los años venideros: «[...] we were however aware of Marx [escribe] and I find that my copy of the french edition of 'Das Kapital' is date 8th october, 1883; but I do not think that any of the original fabians had read the book or had assimilated its ideas at the time the Society was founded»⁶².

Aunque la llamada versión «científica» del socialismo británico se fraguó bajo el influjo del último aliento de Marx y a pesar de que *El Capital* fue publicado casi doce años antes que *Progress and Poverty*, fue George y no Marx quien estimuló a los intelectuales que crearon la Sociedad Fabiana, y, en

⁶² Pease (1925): 40.

buena medida, a muchos otros que continuaron militando en la Federación Socialdemócrata y después en el Partido Laborista Independiente. Y todo esto no porque desconocieran a Marx, sino porque su imaginación y sus convicciones sociales se vieron profundamente perturbadas tanto por el vigor de la prosa de Henry George como por la presencia cautivadora de su persona y de su propaganda, como lo demuestra el hecho de que *Progress and Poverty* fuera publicado en 1879 y en apenas tres años circulara ya en una edición de bolsillo, precisamente cuando George se disponía a visitar Irlanda por primera vez. Con George, el radicalismo volvió de nuevo sus ojos a la cuestión eternamente pendiente de Irlanda, abrazando con entusiasmo la reforma agraria. Ese primer viaje de George sensibilizó a muchos ciudadanos sobre la escandalosa disociación entre la justicia distributiva y los principios tradicionales de la política económica.

Pero, a pesar del impacto que provocó el estilo de George, la mayoría de los líderes socialistas —con la excepción de la Sociedad Fabiana⁶³— despreciaban este singular ejemplo de populismo agrarista. Paradójicamente, a pesar de su estilo mesiánico y de que su teoría de la renta sonaba casi tan escolástica como la de Marx, Henry George fue uno de los primeros reformadores en sostener que la acción humana debía seguir una pauta de acción racional en favor de la causa por la justicia social, de manera que su estilo contradictorio siempre encontraba un punto de referencia en una realidad económica y social preñada de prejuicios a los que él añadía un elegante sentido victoriano de la religiosidad que compartía con la mayoría de sus admiradores, como él, de clase media y, como él, reformadores.

¿Ha dejado de tener relevancia el socialismo por el solo hecho de haber fracasado como alternativa a la gestión de la producción y de la distribución de la riqueza que ofrece el capitalismo? Es cierto que «socialismo» y «propiedad

⁶³ El libro de George fue recibido como un suceso extraordinario, en especial, por los primeros socialistas fabianos. Recordando el impacto que *Progress and Poverty* generó en esa primera generación («gave an extraordinary impetus to the political thought of the time»), uno de ellos reconoce que George se transformó en una suerte de puente intelectual para que el fabianismo, «learned to associate the new gospel with the old political method». La idea fabiana de un impuesto que grabara la renta y el interés con el propósito de financiar servicios sociales y culturales para la comunidad obviamente se inspiraba en las ideas del reformador norteamericano, pero también en estrategias más radicales que intermitentemente aparecían en el *Christian Socialist*, que apostaban por una abierta nacionalización de la tierra y por una propiedad pública de los medios de producción como corolario necesario de la doctrina social cristiana. Stigler (1979): 163-173.

pública» son dos términos indisolublemente unidos, como puede seguirse en la historiografía política, pero no es menos cierto que sería un error imperdonable que tales consideraciones doctrinales sobre el más adeudado sistema de propiedad opacaran el corazón mismo de la tradición socialista y nos impidieran ver que tales discusiones no son sino corolarios de convicciones y creencias previas: hemos olvidado que los acuerdos económicos que discute el socialismo, en sus orígenes, siempre están subordinados a fines morales que conforman también valores sociales.

Bibliografía

- Armytage, W. (2007). *Heavens Below: Utopian Experiments in England, 1560-1960*. London: Routledge.
- Bédarida, F. (1979). *A social history of England 1851-1975*. London: Methuen.
- Beer, M. (2001). *A history of British socialism, 2*. London: Psychology Press.
- Bennett, O. (2010). Raymond Williams, Culture and society 1780-1950. *International Journal of Cultural Policy*, 16 (1), 9-10. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1080/10286630902902962>.
- Bevir, M. (2011). *The Making of British Socialism*. New Jersey: Princeton University Press.
- Blaxill, L. (2015). Joseph Chamberlain and the Third Reform Act: A Reassessment of the 'Unauthorized Programme' of 1885. *Journal of British Studies*, 54 (1), 88-117. Disponible en: <https://doi.org/10.1017/jbr.2014.251>.
- Bosanquet, B. (1890). The Antithesis between individualism and Socialism Philosophically Considered. *The Charity Organisation Review*, 69, 357.
- Boucher, D. y Vincent, A. (2000). *British Idealism and Political Theory*. Edimburgh: Edimburgh University Press.
- Briggs, A. y Saville, J. (eds.). (1971). *Essays in Labour History, 1886-1923*. London: Palgrave Macmillan. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/978-1-349-00755-4>.
- Candeloro, D. (1979). The Single Tax Movement and Progressivism, 1880-1920. *The American Journal of Economics and Sociology*, 38 (2), 113-127. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1536-7150.1979.tb02869.x>.
- Chamberlain, J. (1883). 'Labourers' and 'Artisans' Dwellings. *Fortnightly Review*, 34, 761-776.
- Collini, S. (1976). Hobhouse, Bosanquet and the State: Philosophical Idealism and Political Argument in England, 1880-1918. *Past and Present*, 72, 86-111. Disponible en: <https://doi.org/10.1093/past/72.1.86>.
- Conway, S. (1979). *Theory and Practice in the British Labour Movement, 1876-1893. A study of class Ideology* [tesis doctoral inédita]. University of Oregon.
- Dicey, A. (1962). *Law & Public Opinion in England: During the Nineteenth Century*. London: Macmillan.
- Emy, H. (1973). *Liberals, Radicals, and Social Politics, 1892-1914*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.1017/CBO9780511560941>.

- George, H. (2005) [1879]. *Progress and poverty*. New York: Cosimo Inc.
- Harrison, K. y Boyd, T. (2003). *Understanding Political Ideas and Movements*. Manchester: Manchester University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.9760/MUPOA/9780719061516>.
- Hyndman, H. M. (1881a). *England for All*. London: Gilbert & Rivington.
- (1881b). Lights and Shades of American Politics. *Fortnightly Review*, 171, 340-357.
- (1882). The Coming Revolution in England. *North American Review*, 135 (311), 299-322.
- (1883). *The Historical Basis of Socialism in England*. London: Kegan Paul, Trech.
- (1911). *The Record of Adventurous Life*. London: Macmillan.
- Jones, P. (1988). Henry George and British Socialism. *American Journal of Economics and Sociology*, 47 (4), 473-491. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1536-7150.1988.tb02078.x>.
- Landreth, H. y Colander, D. (2006). *Historia del Pensamiento Económico*. Madrid: McGraw Hill.
- Lawrence, J. (1992). Popular Radicalism and the Socialist Revival in Britain. *Journal of British Studies*, 31 (2), 163-186. Disponible en: <https://doi.org/10.1086/386002>.
- Maine, H. (1871). *Ancient law. In connection with the early history of society, and its relation to modern ideas*. Charles Scribner & Co: New York.
- McBriar, A. (1966). *Fabian Socialism and English Politics, 1884-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Milne, E. (1962). *The Social Philosophy of English Idealism*. London: Allen & Unwin.
- Morley, J. (1908). *The Life of Richard Cobden*. London: Macmillan.
- Pease, E. (1925). *The history of the Fabian Society*. London: Library of Alexandria.
- Pelling, H. (1979). *Popular Politics and Society in Late Victorian Britain: Essays by Henry Pelling*. London: Macmillan. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/978-1-349-86113-2>.
- Pierson, S. (1973). *Marxism and the Origins of British Socialism*. Ithaca, New York: Cornell University.
- Ramos, J. (2001). Henry George en la historia del pensamiento económico. *Historia Agraria*, 25, 197-231.
- (2007). Los economistas y el debate sobre la nacionalización de la tierra en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XIX. *AREAS Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 26, 63-73.
- Richter, M. (1964). The Politics of Conscience: T. H. Green and His Age. *Journal of Philosophy*, 63 (16), 476-478.
- Royle, E. (1980). *Radicals, Secularists, and Republicans: Popular Freethought in Britain, 1866-1915*. Manchester: Manchester University Press.
- Silagi, M. y Faulkner, S. (1991). Henry George and Europe: George and His Followers Awakened the British Conscience and Started a New, Freer Society. *The American Journal of Economics and Sociology*, 50, (2), 243-255. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1536-7150.1991.tb03331.x>.
- Stigler, G. (1979). *Historia del Pensamiento Económico*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Thompson, N. (2006). *Political Economy and Labour Party. The Economics of Democratic Socialism, 1984-2005*. London: Routledge.

- Toynbee, A. (1882). *Lectures on the Industrial Revolution of the Eighteenth Century*. London: Longmans.
- Tsuzuki, C. (1961). *Henry M. Hyndman and British Socialism*. London: Oxford University Press.
- Wallace, A. (1905). *My Life. A Record of Events and Opinions*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.5962/bhl.title.69406>.
- Webb, R. (1980). *Modern England: from the eighteenth century to the present*. HarperCollins College.
- Wolfe, W. (1977). *From radicalism to socialism: Men and ideas in the formation of Fabian Socialist Doctrines, 1881-1889*. New Haven: Yale University Press.

LA PATRIA ES EL OTRO, PERO NO PARA SIEMPRE.
LA CUESTIÓN DE LA NACIÓN EN EL SOCIALISMO
DE LA ARGENTINA FINISECULAR (1894-1912)¹

Fatherland is the other, but not forever.
The national question in the end of century
Argentine socialism (1894-1912)

FRANCISCO J. REYES

Universidad Nacional del Litoral/IHUCSO-Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)
reyesfranciscoj@live.com

Cómo citar/Citation

Reyes, F. J. (2018).

La patria es el otro, pero no para siempre. La cuestión
de la nación en el socialismo de la Argentina finisecular (1894-1912).

Historia y Política, 39, 203-234.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.08>

(Recepción: 15/05/2017. Evaluación: 26/06/2017. Aceptación: 05/10/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

Este trabajo aborda en el caso argentino un problema fundamental en la constitución del socialismo moderno durante la Segunda Internacional: el lugar de la nación y del nacionalismo en los partidos socialistas. Se toman en cuenta una pluralidad de voces e intervenciones que demuestran, a la vez que la temprana presencia de dicho problema en el socialismo local, una constante tensión identitaria dentro del mismo. Las fuentes analizadas evidencian la riqueza que adquirió la intromisión de los motivos

¹ El autor agradece la lectura de Fernando Suárez y Natacha Bacolla, la generosidad de Carlos Herrera, los comentarios a una parte del texto por Hernán Díaz y las valiosas sugerencias de los evaluadores anónimos de la revista, eximiendo a todos ellos de posibles errores.

nacionales en el Partido Socialista argentino, desde escritos regulares en la prensa partidaria y en órganos de reflexión teórica hasta conferencias a cargo de dirigentes e intelectuales de aquel, pasando por algunas voces críticas de las posiciones socialistas y de referentes internacionales del movimiento. La perspectiva adoptada comprende a los procesos identitarios en sus diferentes dimensiones analíticas y en sucesivos momentos que muestran los cambios operados en la mediana duración histórica. De acuerdo a la hipótesis de un temprano rechazo de las efusiones patrióticas desarrolladas en el país, se sostiene que, a partir de ese fenómeno más general que fue el nacionalismo, la recepción de los debates y resoluciones de la Internacional, así como de querellas internas al socialismo argentino, cobró forma hacia el centenario de 1910 una versión propia del patriotismo, el «buen nacionalismo», que intentó conciliar la base doctrinaria internacionalista con un nuevo contexto que marcará por décadas a esta identidad política.

Palabras clave

Argentina; identidades políticas; nacionalismo; Segunda Internacional; socialismo.

Abstract

This work addresses, in the Argentinian case, a key problem in the constitution of modern socialism during the Second International: the place of the nation and the nationalism in the Socialists Parties. The paper takes into account a plurality of voices and interventions that demonstrate, as well as the early presence of this problem in local socialism, a constant identity tension within it. The sources analysed show the richness acquired by the intrusion of national motives in the Argentine Socialist Party, from regular writings in the party press and in bodies of theoretical reflection, to conferences by the leaders and intellectuals, passing through some critical voices of the socialist positions and international referents of the movement. The adopted perspective takes into consideration the identity processes in their different analytical dimensions and in successive moments that show the changes operated in the median historical duration. According to the hypothesis of an early rejection in the party of the patriotic effusions developed in the country, it is argued that from the more general phenomenon that was nationalism, the reception of the debates and resolutions of the International, as well as internal disputes within the Argentine socialism, took shape towards the 1910 Centenary an own version of patriotism. Thus, this “Good nationalism” tried to reconcile the internationalist doctrinaire base with a new context that will mark for decades this political identity.

Keywords

Argentine; political identities; nationalism; Second International; socialism.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. CONTRA LA «RELIGIÓN PATRIÓTICA»: 1. La organización partidaria y la naturalización de los extranjeros. 2. Frente a la pedagogía patriótica: el lugar de las fiestas patrias. 3. El conflicto argentino-chileno: la guerra y las formas del patriotismo. III. IMPASSE DEL CAMBIO DE SIGLO. IV. LA INFLEXIÓN NACIONALISTA DE LA IDENTIDAD SOCIALISTA: 1. La querrela por los símbolos. 2. Entre Zeballos y Hervé: el «buen nacionalismo» socialista. V. CONCLUSIONES. *BIBLIOGRAFÍA.*

I. INTRODUCCIÓN

El aquí analizado constituyó un problema propio del movimiento socialista que coaguló en la experiencia de la Segunda Internacional (1889-1914), retomado luego por una amplia historiografía sobre el tema hasta nuestros días. En efecto, la relativa simultaneidad de los procesos de organización de los partidos socialistas con las distintas expresiones de los nacionalismos no ha dejado de llamar la atención a la hora de complejizar el estudio de los procesos de sus construcciones identitarias.

Las décadas del cambio del siglo XIX al XX en Argentina constituyen un ejemplo claro de la emergencia de un Partido Socialista (PS) en paralelo a las crecientes manifestaciones políticas, intelectuales y estatales de un patriotismo militante que, de acuerdo a las periodizaciones adoptadas, maduró entre el inicio de la inmigración interoceánica masiva y la celebración del centenario de la Revolución de independencia en 1910². Por supuesto, las periodizaciones propias de cada caso no dejan de revelar una sintonía con el citado

² En los estudios recientes sobre la emergencia del nacionalismo, mientras Bertoni (2001) ha puesto el foco en la definición de un problema para las élites políticas e importantes sectores de la sociedad argentina en torno a la inmigración, conflictos políticos limítrofes, un sistema de fiestas patrias y una pedagogía patriótica en las escuelas públicas, etc.; Devoto (2002) analiza la evolución de los planteos nacionalistas de las élites político-culturales desde finales del siglo XIX, para lo cual establece un quiebre hacia el centenario de 1910, cuando tomaría forma un «nacionalismo cultural» esencialista, para dar lugar en la década de 1920 al «nacionalismo de los nacionalistas», autoritario y antidemocrático. Por su parte, Castro (2012) ha demostrado la importancia que ocupó la «cuestión nacional» en las inquietudes y motivos políticos de la oligarquía gobernante de esos años.

problema más general, de forma que puede pensarse en un acompasamiento diferencial de acuerdo a coyunturas y puntos de inflexión específicos.

Resulta comprensible que, tratándose el socialismo de una amplia identidad política que colocaba en su núcleo la «solidaridad internacional de los trabajadores», las obras generales encontrarán el quid de la cuestión en la pendiente que llevó a la Primera Guerra Mundial. La supuesta ruptura de esa solidaridad entre los socialistas europeos que apoyaron los esfuerzos bélicos de sus respectivos Estados habría demostrado que la sobredeterminación nacional terminó pesando más que el contenido doctrinario de clase en que se fundaban. De allí el énfasis puesto por el trabajo de Georges Haupt en los dilemas y límites del legado marxista para comprender la esencia del fenómeno de la nación³. Caben aquí una serie de aclaraciones.

Por un lado, la mencionada especificidad de este dilema en cada espacio⁴; y, por otro, la temprana definición de un «nacionalismo socialista» deseado como una conciliación entre nacionalismo e internacionalismo, reconociendo los contextos de desarrollo de cada clase obrera⁵, lo cual conllevaba considerar la integración política de aquella a los Estados nación⁶. Aquí resulta sugestiva la interpretación de un especialista en ambos fenómenos como Eric Hobsbawm cuando aseguraba que, si bien resultaría lógico ver como mutuamente excluyentes las atracciones del nacionalismo y el socialismo, los análisis sobre este cruce deben incorporar el supuesto de que los actores históricos siempre sustentan diversos apegos y lealtades simultáneas, apareciendo el conflicto cuando ciertas circunstancias obligan a privilegiar una sobre otras⁷. Por último, como ha planteado Kevin Callahan, la cuestión había sido asumida por la Segunda Internacional al constituir las bases de un «internacionalismo» socialista como parte de su propia cultura política: «Un movimiento socialista está preocupado por sus prerrogativas nacionales y luego entiende el desarrollo de su propio movimiento como contribución a una más amplia causa internacional»⁸.

Pertinentes estos argumentos para la Internacional, se vuelve necesario abordar el carácter diferencial que asumió la cuestión de la nación en el caso del socialismo argentino. El mismo no vendría a refutar a aquel, sino, precisamente,

³ Haupt (1982).

⁴ Desde la cuestión de las nacionalidades en el Imperio austro-húngaro hasta la «cuestión colonial» entre los socialistas británicos, alemanes e italianos. Derfler (1973): 86-109.

⁵ La noción de «nacionalismo socialista» pertenece a Schwarzmantel (1987).

⁶ Berger (1999).

⁷ Hobsbawm (2012) [1990]: 132-134.

⁸ Callahan (2010): XVIII (traducción propia).

a demostrar la amplitud de los debates suscitados en sus filas al verse interpeladas por otro fenómeno igualmente internacional: el nacionalismo. Aquí se sostiene que en Argentina el encuentro del socialismo con la nación dio lugar a una precoz matización de sus planteos internacionalistas, pero también a una profunda desconfianza frente a las efusiones nacionalistas. Este joven socialismo debió lidiar con contenidos ideológicos cada vez más extendidos en el Estado, la política y la sociedad, mientras se compenetraba en las disputas del sistema político. La periodización adoptada refleja las particularidades que asumió ese encuentro a través de sucesivas coyunturas en que distintos vectores jalonaron el debate y las tomas de posición —no siempre homogéneas— de los socialistas.

Las inflexiones significativas operadas en los procesos identitarios se explican mejor en una mediana duración histórica. Al atender a las sucesivas etapas del problema, a la forma en que el PS lidió y se fue introduciendo en esta tensión en torno a la nación, es posible advertir la compenetración de aquel con la misma. En la perspectiva privilegiada, se impone ampliar aquellas interpretaciones que infieren, a partir del análisis de una figura excepcional, una caracterización más o menos homogénea de un fenómeno inherentemente matizado. Es el caso de los trabajos centrados en el principal dirigente del socialismo argentino, Juan B. Justo, y la evolución de sus ideas sobre la cuestión de la nación, que han solido generalizar sus postulados para el conjunto del PS⁹. Fue José Aricó quien se refirió a la «hipótesis de Justo» como el intento por definir al socialismo como un movimiento que tenía su razón de ser en Argentina. Justo habría efectuado una asimilación del movimiento obrero a la realidad nacional al promover un proceso de «nacionalización de masas» para integrar a inmigrantes y criollos en un mismo fenómeno de transformación socialista democrática, aunque no habría advertido el vínculo problemático entre realización nacional e hipótesis socialista¹⁰. Al igual que trabajos que destacan las gradaciones de la ideología internacionalista en los planteos de Justo (un discurso universalista con una concepción de la nación como momento necesario de la evolución política de la humanidad)¹¹, se dejan en un cono de sombras otras visiones alternativas a la de aquel. Así, se vuelve fundamental restituir

⁹ La obra de síntesis más importante sobre el partido identificó la centralidad del problema hacia el centenario: Walter (1977); en tanto ciertas interpretaciones basadas en Justo sostuvieron que a fines del siglo XIX el socialismo fue en Argentina la punta de lanza de un «nacionalismo popular» que prolongaba la tradición liberal: Bailly (1984): 18 y 26-27.

¹⁰ Aricó (1999): 72-74, 79 y 85.

¹¹ Da Orden (1994): 62 y 66.

el carácter coral y constantemente tensionado de las solidaridades políticas militantes, siempre expuestas a debates y cambios de rumbo.

Si en toda identidad política se opera una constante reformulación entre la dimensión de la representación (el «nosotros» que pretende construir), la de la alteridad (los «otros» frente a los cuales se recorta) y la de la tradición en la que se filia¹², resulta conducente problematizar y reconstruir la forma en que esta secuencia del cambio de siglo terminó por producir una inflexión fundamental que incluyó en la identidad partidaria del socialismo argentino el tema de la nación, rescatando antecedentes que han sido escasamente atendidos.

II. CONTRA LA «RELIGIÓN PATRIÓTICA»

La cuestión de la nación jugó un papel significativo desde los prolegómenos de la institucionalización del PS argentino a mediados de la década de 1890. La misma política del país se encontró en esos años teñida por sus tópicos, calando en la constitución de otra importante fuerza opositora a los Gobiernos de entonces, la Unión Cívica Radical (UCR). Asimismo, la naturaleza del vínculo político con la comunidad nacional de la gran cantidad de inmigrantes que arribaban, el protagonismo de las conmemoraciones patrióticas como fenómeno novedoso, así como la toma de posición del conjunto de los actores políticos frente al conflicto limítrofe entre Argentina y Chile¹³ contribuyeron a que dicha cuestión deviniera un problema para el socialismo.

La nota distintiva de la lectura socialista consistió, primeramente, en un rechazo de la identificación con los sentimientos patrióticos. Una intervención temprana en el órgano partidario del socialismo argentino —*La Vanguardia* (en adelante *LV*)— planteaba que el cuerpo social de toda nación se encontraba escindido entre los propietarios y los trabajadores: una nación «burguesa», sagrada para el ciudadano y que diferenciaba a un pueblo del resto; y la nación de la miseria y las necesidades. Concluyendo que «el proletariado no tiene patria»¹⁴, consigna célebre para el internacionalismo socialista a partir del *Manifiesto comunista*, evidenciaba ciertos puntos ciegos en el marxismo vulgar, como lo vinculado a los necesarios espacios de la organización política, aspecto que fuera discutido por los principales teóricos de la Internacional¹⁵. En esta

¹² Aboy Carlés (2001): 42-68.

¹³ Sin referencias al PS, estos fenómenos han sido analizados por Bertoni (2001).

¹⁴ «Las dos naciones», *LV*, 21-04-1894.

¹⁵ Por ejemplo, el hecho de que Marx y Engels se habían percatado de que pese a que «los obreros no tienen patria», el proletariado debía no obstante «conquistar el poder

concepción temprana, la nación aparecía como un cuerpo político desgarrado por diferencias de clase que erosionaron una especie de armonía originaria. Para ciertos referentes —algunos inmigrantes— de la incipiente organización partidaria, la evolución del patriotismo lo transformaba en un sentimiento sacralizado. El francés Hipólito Curet estimaba que el «sagrado amor a la patria» promovido por las iniciativas estatales y los «partidos burgueses» (el PAN o la UCR) incitaba el odio a los extranjeros y concluía que «el fanatismo religioso ha sido reemplazado por el fanatismo patriótico»¹⁶.

Los socialistas comenzaban a encontrarse en creciente antagonismo contra un adversario capaz de permear como una cúpula a la ciudadanía de cada país y relegar a un lugar marginal los clivajes que matrizaban a los partidos socialistas pensados como «partidos de clase». Sin embargo, los desafíos no eran los mismos en cada espacio.

1. LA ORGANIZACIÓN PARTIDARIA Y LA NATURALIZACIÓN DE LOS EXTRANJEROS

Un punto sensible del proceso formativo del socialismo argentino estribó en la serie de agrupaciones de origen étnico que se autodefinían adherentes a ese ideario en una clave necesariamente internacionalista, ya que entendían que su actividad en el país reportaba una solidaridad con sus conmlitonos de otras latitudes. Eran el club alemán Vorwärts (1882), el grupo francés Les Égaux (1891) y el italiano Fascio dei Lavoratori (1894). Su confluencia con otras dos —la Agrupación Socialista y el Centro Socialista Universitario— decantó el camino para la creación del periódico *LV* (1894) y el primer congreso del Partido Socialista Obrero Argentino (1896)¹⁷.

Su hipótesis respecto de la necesaria ciudadanía de los inmigrantes aseguraba que la mayor parte de ellos eran obreros, por lo cual su toma de conciencia y organización política dependían del movimiento socialista, en cuyo corazón se ubicada el «partido obrero» de clase, y al constituir esos trabajadores la mayor parte de la sociedad, una eficaz propaganda llevaría a que el PS se

político» y convertirse en «clase nacional» en un sentido diferente a la burguesía revolucionaria. Sobre el abordaje de la cuestión de la nación por parte de Marx, el primer marxismo, los debates de la Segunda Internacional y la Revolución rusa existe una amplia bibliografía. Véanse Szporluk (1988) y Nimni (1985).

¹⁶ Hipólito Curet, «El patriotismo», *LV*, 18-04-1896.

¹⁷ Para la secuencia formativa del PS ver Tarcus (2013): 129-176 y 276-363; y Martínez Mazzola (2008): 67-78.

convirtiera en el representante de las mayorías, siempre y cuando esos trabajadores pudieran votar en elecciones libres. Este era el meollo de la «acción política» y su vínculo con lo que Ricardo Falcón denominó la «cuestión étnica». En este punto, los socialistas argentinos, que hasta 1900 desarrollaron una serie de debates respecto de qué estrategia adoptar¹⁸, siguieron los dictados de los congresos de la Internacional que terminaron por excluir a los «sindicalistas puros» y a los anarquistas¹⁹. En cuanto a la percepción desde fuera del PS, pesaba la caracterización del socialismo como «planta exótica», formulada prematuramente desde el catolicismo hasta la UCR, pasando por el conservadurismo gobernante. El argumento era que un partido que representara exclusivamente al proletariado no tenía razón de ser en el país debido a que en el mismo no se habrían desarrollado aún conflictos de clases como en Europa²⁰.

Este énfasis en la naturalización introdujo una concepción en torno a la nación en los años fundacionales del socialismo que conllevaba, sin embargo, una fuerte crítica tanto de las fuerzas «burguesas» como de la otra tendencia predominante en el movimiento obrero, el anarquismo, quien en sus distintas versiones rechazaba *tout court* cualquier tipo de transacción con la patria²¹. El PS decía luchar contra los «prejuicios patrióticos» de los propios trabajadores inmigrados que mantenían un apego nostálgico a sus comunidades de origen, en función de lo cual los mismos debían apelar a un «patriotismo bien entendido» en clave del internacionalismo socialista²². Se trataba de abreviar en la «patria universal del proletariado», primera valoración del sentimiento patriótico que se diferenciaba de los sentidos tradicionales asignados al término al entenderlo como parte de la «lucha práctica»²³.

En una retrospectiva titulada sugestivamente *El socialismo argentino*, Juan J. Justo postularía que la labor del partido en esos años había consistido

¹⁸ Falcón (2011) [1986/1987]. Lucas Poy siguió los planteos del PS donde se cruzan el problema de la ciudadanía y los derechos políticos de los trabajadores inmigrantes con la delimitación de una conciencia de clase. Véase Poy (2015).

¹⁹ Sobre los debates en la Internacional sobre la «acción política» y la naturalización de los extranjeros en cada país, ver Cole (1959): 29-42.

²⁰ El punto se ilustra en un artículo-debate con *El Argentino*, órgano de la UCR: «La planta exótica del socialismo», *LVI*, 09-06-1894.

²¹ En este rechazo Ricardo Falcón encontraba el éxito inicial del anarquismo para captar mayores voluntades dentro de unos sectores trabajadores predominantemente inmigrantes. Véase Falcón (2011) [1986/1987]. Para un mayor detalle de la actitud anarquista ante la cuestión de la nación, véase Suriano (2001): 264-271.

²² «Naturalización de los socialistas extranjeros», *LVI*, 09-06-1894.

²³ «Naturalización de extranjeros», *LVI*, 10-11-1894.

en la «argentinización» de la organización obrera, reconociendo que si tuvo sus precursores en agrupaciones de carácter «extranjero», ello no lo volvía un fenómeno «exótico», al considerar que era desde sus orígenes «un movimiento que tenía su razón de ser en los caracteres fundamentales de la sociedad argentina»²⁴. En su concepción, este proceso de «argentinización» socialista se encajaba en un tríptico a la vez político (el paso de las agrupaciones de filiación étnica a la formación partidaria), social (la creciente presencia de argentinos nativos en la conducción partidaria y la asimilación de los extranjeros) y, en última instancia, ideológico-doctrinario (la adaptación de las originales consignas internacionalistas a los problemas de la política argentina, escapando a las rigideces de los constructos teóricos del marxismo). Este proceso se desarrolló con una cadencia menos armónica que la sugerida por Justo, incluyendo una serie de sucesivos matices y desafíos, debido a la distancia entre los deseos de la dirigencia del PS y los conflictos de la sociedad argentina del cambio de siglo.

2. FRENTE A LA PEDAGOGÍA PATRIÓTICA: EL LUGAR DE LAS FIESTAS PATRIAS

Los socialistas invistieron con otras connotaciones las conmemoraciones de fechas ya consagradas en el calendario del Estado: las «fiestas patrias» como el 9 de julio (Día de la Independencia Nacional) y el 25 de mayo (Día de la Revolución de 1810), que habían recibido un vigoroso impulso entre las décadas de 1880 y 1890, cuando para los gobernantes liberal-conservadores el pasado patrio comenzó a vislumbrarse como un reservorio de valores que debían ser exaltados en pos de cohesionar y crear lazos de solidaridad nacional en una población heterogénea. Los desfiles en la capital federal se vieron engalanados de un ceremonial más solemne, donde los símbolos patrios se combinaban con la presencia de instituciones estatales como el Ejército y las escuelas públicas. Se pensaba que existía un espacio público simbólico que estaba implícitamente en disputa²⁵, por lo que cobró forma un nacionalismo estatal que reinterpretaba el pasado comunitario con el fin de regenerar la sociedad, un llamamiento a la movilización de sus miembros explotando sus emociones colectivas vinculándolas a la patria²⁶.

²⁴ Justo (1920c) [1910]: 117.

²⁵ Bertoni (2001): 79-120.

²⁶ Sobre la tarea de regeneración colectiva nacionalista, ver Smith (1999): 177-181, quien define la «comunidad étnica» como una población humana que cuenta con un mito de ascendencia y recuerdos comunes, donde juega un rol fundamental el

Encadenado a ello, es posible advertir una reflexión socialista principalmente en torno al 25 de mayo, en donde, antes que nada, se trata de una combinación de farsa y fanatismo. En determinados momentos, los socialistas parecían no poder tomar totalmente en serio unos rituales conmemorativos que consideraban excesivamente aparatosos; en otras ocasiones, cuando los actos patrios cosechaban éxitos de público, el espectáculo se prestaba a una disquisición más profunda. Luego de que el Centro Socialista Obrero organizara su primera celebración del Primero de Mayo en Buenos Aires, la crónica del desfile de las tropas del Ejército nacional, luego del *Te Deum* de las autoridades en la catedral metropolitana, enfatizó en las implicancias ideológicas de un «aparato bélico-religioso». La cruz y la espada venían a guardar física y espiritualmente a una celebración que era en esencia de la «clase rica». Para *LV*, aquella traslucía un contenido clasista, así como el Primero de Mayo el proletariado celebraba anualmente su autoafirmación internacional, ya que si bien la revolución homenajead refería supuestamente a los derechos políticos conquistados con la independencia, estos eran «puramente nominales»²⁷.

En 1898, el joven militante José Ingenieros se refería a un desfile patriótico con un matiz evolucionista que implicaba el reconocimiento de la necesidad histórica de las naciones como etapa inevitable en el camino hacia el socialismo, pero denunciaba el carácter farsesco del sentimiento patrio:

Ningún socialista negaría su aplauso entusiasta a la memoria de los que lucharon sinceramente para conquistar la emancipación política del país; sabemos que ella señala una faz determinada y fatal en el desenvolvimiento de los pueblos y que facilita su desarrollo económico posterior, haciendo posible y necesaria la lucha en nombre de ideales nuevos [...] Pero no es en ese concepto [...] que se inspiran los beneficiados por la organización social presente al invitar al pueblo a participar en las mascaradas patriotas²⁸.

Otro punto nodal era la crítica a la sacralización de la patria, su fetichización, según la vulgata socialista. Irrumpía aquí la novedad que descubrían los socialistas en las intenciones de los promotores de los festejos. Pero estos no

análisis de una «cultura política peculiar» de ceremonias, ritos, símbolos, valores cívicos y tradiciones.

²⁷ «25 de Mayo», *LV*, 26-05-1894.

²⁸ José Ingenieros, «La comedia de la libertad y el 25 de Mayo», *LV*, 21-05-1898. Si bien este intelectual socialista mostraba una mirada algo comprensiva del fenómeno, el doctrinarismo economicista de la vulgata segundointernacionalista imponía sus límites. Haupt (1982): 34-37.

dejaban de apelar a motivos anclados en un pasado considerado glorioso: la celebración de «algunos militares, supuestos semidioses» (José de San Martín, Manuel Belgrano) erigidos en héroes nacionales. Culto que proyectaba el «fanatismo de los que [...] queman incienso sobre el altar de la ignorancia»²⁹, al apelar a una emotividad irracional, todo lo contrario a la ilustración de las masas propuesta por «el advenimiento de la ciencia a la política». En la más difundida lectura del pasado nacional ensayada por el PS, *La teoría científica de la historia y la política argentina* de Justo (1898), la revaloración de ese devenir no tenía nada de entusiasmo patriótico: era el progresivo desarrollo de la lucha de clases en el seno de los procesos políticos y económicos más generales, o sea, un objetivismo historicista despojado de criterios culturales como la lengua o la religión, ya que Argentina era considerada entonces un «país nuevo», en donde los elementos que singularizaban a toda nacionalidad aún no estaban desarrollados³⁰.

Las opciones celebratorias del «proletariado consciente» remitían a un contraejemplo: las conmemoraciones del Primero de Mayo llevadas a cabo por el PS. Pensado como una celebración política que miraba hacia el porvenir, mientras las «fiestas retrospectivas» que enfatizaban en «la leyenda religiosa o patriótica» remitían al conservadurismo de un pasado anquilosado, asegurando además que «el pueblo argentino no tiene glorias. La independencia fue una gloria burguesa»³¹. Otros postulaban que los trabajadores no podían confiar en la patria, porque la «idea antigua», donde el territorio de una nación era patrimonio de todo el pueblo, conllevaba ahora tomar las armas para defender los intereses burgueses³².

No obstante esta comparación entre las fiestas patrias y las socialistas como opuestos equivalentes (pasado vs. futuro, burguesía vs. proletariado, irracionalidad vs. conciencia)³³, los miembros del PS no dejaban de auscultar que las formas de movilización y hasta las estéticas políticas de ambas compartían

²⁹ «El 25 de Mayo. Su apreciación histórica», *LV*, 26-05-1900.

³⁰ Justo (1920a) [1898]: 31. Así y todo, el autor iniciaba el escrito afirmando: «Amo al país en que vivo [...] a todos los que aquí trabajan y luchan [...] me llamo argentino». Justo pretendía demostrar que el socialismo tenía una razón de ser en Argentina al continuar las luchas populares entabladas a inicios del siglo XIX.

³¹ Los discursos se transcriben en Juan B. Justo, «La Fiesta del Trabajo», *LV*, 01-05-1896 y «¿Por qué somos fuertes?», *LV*, 09-05-1897.

³² Transcrito en *LV*, 01-05-1897.

³³ Para un análisis centrado en un estudio de caso, véase Becerra (2005), quien aborda la tensión entre los criterios de clase de la identidad socialista y la cuestión nacional desde la perspectiva de las políticas educativas del PS.

un cierto paralelismo, esto es, nacionalismo y socialismo formaban parte de un mismo clima de época. Pese al carácter de «otro» con que definían a las efusiones patrióticas, un cierto *élan fin-de-siècle* común recorría las impresiones de aquellos que estaban atentos a movimientos más profundos que los de las disputas políticas cotidianas: demostraban el poder de pasiones que remitían al pasado, pero también de su manipulación para calar en las emociones de las masas³⁴.

3. EL CONFLICTO ARGENTINO-CHILENO: LA GUERRA Y LAS FORMAS DEL PATRIOTISMO

Se ha hecho mención al conflicto con Chile como telón de fondo del fenómeno analizado, agudización desde 1894 de un viejo diferendo limítrofe entre los dos países antes de su resolución en 1902, desarrollándose en Argentina un clima de agitación denominado el «gran movimiento patriótico». Una de las medidas gubernamentales ante la posibilidad de una guerra fue la reactualización en 1894 de la Guardia Nacional, que convocaba a los ciudadanos a ejercicios regulares con armas, decisión que se profundizó hacia 1901 con la Ley de Servicio Militar Obligatorio. Además de medidas de parte del Estado, el conflicto derivó también en la movilización de importantes sectores de la sociedad civil, destacándose la creación de las primeras Ligas Patrióticas (1898 y 1901), que pretendían encuadrar actividades como la instrucción militar o colectas para armamentos³⁵.

Las implicancias de este movimiento se desarrollaron en paralelo a la consolidación partidaria del socialismo, el cual respondió desde sus primeros congresos mediante una fuerte crítica al cariz militarista que adquirió buena parte de la opinión pública. Por ello muchos de los planteos del PS se vieron recalibrados ante la interpelación nacionalista generada por el conflicto argentino-chileno, al exacerbar muchas de sus posiciones incluso antes de que el tema adquiriera centralidad en los debates de la Internacional³⁶. Los socialistas argentinos adoptaron así las consignas pacifistas de «guerra a la guerra» y «solidaridad socialista internacional» para evitar todo tipo de conflagración. Sin embargo, las intervenciones más elaboradas sobre la cuestión se encargaron de

³⁴ Sobre las fiestas patrias como ejemplo para el ritual socialista del Primero de Mayo, ver Reyes (2016a): 65-71.

³⁵ Bertoni (2001).

³⁶ La evolución de las discusiones sobre el antimilitarismo en la Internacional, en Callahan (2010).

vincularla con la movilización nacionalista. Esto es: ¿cómo debían concebirse esas manifestaciones de un patriotismo militante y belicoso desde el Estado y la sociedad?, ¿qué actitud debían tomar los trabajadores?

Dos de los más activos propagandistas, Adrián Patroni e Ingenieros, definieron claramente quiénes eran sus adversarios: la «gran prensa burguesa», que planteaba la consigna de la «patria en peligro»; la «reacción clérigo-militar» que se experimentaba en la Francia del *affaire* Dreyfus³⁷; los «políticos oportunistas» y los «traficantes del patriotismo», en donde ubicaban a los ministros de Guerra y Marina, los parlamentarios que agitaban el fantasma del avance chileno sobre las fronteras y las ligas patrióticas. Mientras Patroni se centraba en lo que percibía como «candidez popular» ante las consignas patrióticas³⁸, el universitario Ingenieros se explayó en un registro más intelectual, al afirmar que ese patriotismo que hablaba de la integridad nacional no era un sentimiento genuino, sino producto de la manipulación de la prensa y los políticos belicistas. Existía, sin embargo, un dato a tener en cuenta: aquel sí era un sentimiento entendible —citaba a Émile Durkheim y su noción de «solidaridad»— en tanto amor al sitio donde se nace y vive, pero el problema radicaba en los «fetiches del culto patriótico», en la pedagogía promovida por las escuelas al cantar sistemáticamente el himno nacional, el culto a los héroes patrios, etc. En suma, «la religión de la patria»³⁹.

Ante la sedimentación de una educación patriótica en las escuelas públicas, sumada a los desfiles de tropas y la exaltación del pasado, desde el PS se fue desarrollando una profunda desconfianza frente a casi cualquier expresión realizada en nombre de la patria. En la concepción socialista de una progresiva toma de conciencia (obrero, en particular, ciudadana, en general), la sacralización de dicha entidad se revelaba como un sucedáneo moderno de la religión tradicional, por lo que se imponía la desmitificación de lo que se repetía como «mentira patriótica».

No obstante, para 1900 los socialistas operarán un sensible viraje en sus concepciones. En una conferencia pensada para el Primero de Mayo Ingenieros refirió las clásicas consignas de la fecha; pero en lo que hace al patriotismo —que consideraba «cosa ya juzgada por los socialistas»— afirmó que «las condiciones del ambiente y oportunidad política hacen que algunos socialistas

³⁷ «Decadencia de un pueblo. A propósito de la cuestión Dreyfus», *LV*, 26/02/1898. Se explicaba que el «descenso nacional» de Francia se habría iniciado con el movimiento del general Boulanger y la «adoración de la espada» en nombre de la patria.

³⁸ Adrián Patroni, «Los trabajadores y la cuestión chilena», *LV*, 12-02-1898.

³⁹ Ingenieros (1898): 13 y 19.

afirmen ser patriotas»⁴⁰. Esta referencia, que podía expresarse en sentido amplio mediante la idea de «patria universal del proletariado», no era extraña en los miembros del PS para referirse a la necesidad de la nacionalización de los extranjeros. Otro dirigente, Alfredo Pasqualetti, aseguraba que en el debate doctrinario no debía confundirse la lucha contra el «nacionalismo» —una de las primeras menciones del término en Argentina— con «antipatriotismo», ya que «no sería más que nacionalismo al revés»⁴¹. Más explícito fue Justo en el apartado dedicado al internacionalismo en un escrito clave: *El Socialismo*. Allí intentaba convencer tanto a los trabajadores cosmopolitas como a los «hombres sinceros, apegados a la tradición y los símbolos, para quienes nada es tan precioso como su bandera», de que el socialismo entendido como «buen nacionalismo» era la mejor defensa posible para toda nación debido a que promovía la «solidaridad obrera», la «equidad económica», la «asimilación de la población inmigrada» y la «independencia política»⁴².

Para inicios del siglo xx los socialistas argentinos, sin sustentar posiciones homogéneas, comenzaron a incorporar algunos de los motivos esgrimidos por un sentimiento nacionalista más amplio. Sin embargo, este gesto tenía mucho de reacción defensiva ante lo que consideraban un nacionalismo beligerante. No había una reivindicación nacionalista de los socialistas, de forma que antes que instalarse en una tradición patriótica, desde el PS se ampliaba cautelosamente su espectro de interpelación promoviendo una forma particular de dicha representación nacional conciliada con su propia doctrina como movimiento internacional.

III. IMPASSE DEL CAMBIO DE SIGLO

Una serie de cambios institucionales a comienzos del siglo xx así como el aumento de la conflictividad obrera trajeron aparejado un nuevo clima para

⁴⁰ José Ingenieros, «1° de Mayo», *LV*, 01-05-1899. Ingenieros citaba un intercambio epistolar con el francés Gabriel Deville como disparador del posible reconocimiento de un «patriotismo socialista». Sobre esto último, véase Winock (1992): 366-374. Sobre la evolución de la idea de nación en la obra de Ingenieros, ver Terán (2001): 293-297.

⁴¹ Alfredo Pasqualetti, «Internacionalismo y sentimentalismo», *LV*, 18-06-1898. Pasqualetti también citaba a Deville, de forma que es posible asegurar que dichas ideas sobre la no incompatibilidad del socialismo con cierto patriotismo ya estaban en circulación.

⁴² Justo (1920b) [1902]: 71-72.

el desenvolvimiento de la estrategia socialista. Esto se cruzaba en las inquietudes de la dirigencia conservadora que había instalado la necesidad de hacer frente a lo que entendían como una agitación social producida por la presencia extranjera en el país. Este cruce entre la «cuestión social» y la «cuestión étnica», sumado a una ola de impugnación política más general, trajo aparejada una doble respuesta de las autoridades.

Desde los sectores más reaccionarios se apeló a una legislación represiva plasmada en la Ley de Residencia de Extranjeros (1902), que imponía la deportación de aquellos extranjeros que hubieran participado en alguna protesta social y limitaba las garantías constitucionales. Mientras que desde los círculos reformistas, en parte para canalizar la protesta político/social y regenerar las instituciones representativas, en 1902 se promovió una ley electoral que terminó permitiendo la promoción en 1904 del primer diputado socialista, Alfredo Palacios. Este nuevo contexto tendía a profundizar la integración del socialismo reformista, pero también obligaba a tomar una postura crítica frente al carácter xenófobo de las medidas gubernamentales⁴³. Afloraba nuevamente la problemática de la nación y su carácter inclusivo o exclusivo.

Considerando los matices de las opiniones socialistas, la actitud del PS impondría límites al antipatriotismo. La llegada de Palacios al Parlamento redimensionaba la significación del partido y sumaba una nueva tribuna. La singularidad de su personalidad estribaba en el énfasis en una profesión de fe patriótica mayor a la media socialista, interpretando *LIV* su juramento en la Cámara —por la Patria, pero no por Dios y los Santos Evangelios— como una redefinición de la «noción de patria», «amplia y generosa como nuestros ideales»⁴⁴. Palacios instaló una crítica a la draconiana Ley de Residencia, al solicitar su derogación, que recibió una invectiva del diputado Belisario Roldán. Este asoció las protestas obreras a los extranjeros, poniendo así en cuestión las distintas tendencias de izquierdas al afirmar que «el socialismo y el anarquismo son seres extraviados e intrusos» y proponer la prohibición de la bandera roja⁴⁵.

El motivo nacionalista de la «planta exótica» generaría reflejos internacionalistas dentro del PS. Fue el caso de Gabriela Laperrière de Coni, para quien la bandera roja sintetizaba los valores socialistas, así como una defensa

⁴³ Sobre el cruce entre «cuestión social» y «cuestión étnica», véase Falcón (2011) [1986/1987]; en cuanto a la reforma política de 1902 y la elección de Palacios como consolidación del perfil reformista del PS, véanse Walter (1977) y Martínez Mazzola (2008).

⁴⁴ «El primer paso», *LIV*, 15-04-1904.

⁴⁵ «La derogación de la ley de Residencia», *LIV*, 23-07-1904.

contra el particularismo nacionalista: «Resume y funde a todas las naciones en una sola [...] representa la patria de los que poseen todas»⁴⁶. A partir de entonces, la referencia a las banderas y la posibilidad o no de su combinación adquirirá el tono de adhesiones fuertemente interiorizadas en torno a las causas defendidas. Condensación en los símbolos que remitía a una concepción sacra de dichas causas, deviniendo en casos irreductibles frente a la controversia⁴⁷. Esta intervención permite profundizar además en otra de las tensiones que atravesó al PS al evolucionar su perfil reformista: el surgimiento de un sector crítico que abogó por profundizar el carácter «obrerista» de la práctica y la identidad socialistas, en donde se ubicó Laperrière.

Si bien existieron disidencias previas, esta tendencia cristalizó con la creación de una central sindical asociada al partido en 1903, la Unión General de Trabajadores (UGT). La disputa se operó primero dentro de los órganos partidarios, para materializarse en la creación de un nuevo periódico en 1905 (*La Acción Socialista*, en adelante *LAS*) que se identificó con las ideas del sindicalismo revolucionario, en auge en Francia e Italia, y la virtual expulsión del grupo en el VII Congreso del PS (1906), para crear inmediatamente la Agrupación Socialista Sindicalista⁴⁸. Durante esa década de 1900 el sindicalismo revolucionario se ubicará como parte de la más amplia familia socialista, al ofrecer una alternativa a la que se consolidaba con centro en el partido —siguiendo al intelectual francés Édouard Berth se hablará de «los dos socialismos»⁴⁹—. Por otro lado, radicalizará los planteos en torno al antipatriotismo, obligando a la corriente principal del PS a diferenciarse y definir una estrategia al respecto.

A poco de instalarse la voz de prensa del sindicalismo, las críticas al parlamentarismo en general y a la democracia en particular, juzgada como transacción con las instituciones burguesas, se combinaron con una (des) calificación del diputado Palacios como «socialista patriota». Un contrasentido para quienes se definían como el «verdadero socialismo», obrerista e

⁴⁶ Gabriela Laperrière, «¿Trapo rojo intruso?», *LV*, 23-07-1904.

⁴⁷ Sobre los símbolos políticos y sus connotaciones sacras, Berstein (2006).

⁴⁸ Esta disputa intrapartidaria y la tendencia obrerista que ubicaba al sindicato como la institución básica de organización ha sido analizada por Falcón (2011) [1986/1987]; Martínez Mazzola (2008): 135-145, y Belkin (2007). Ninguna de estas importantes contribuciones analizó los posicionamientos del sindicalismo revolucionario respecto del patriotismo.

⁴⁹ Estos «dos socialismos» eran: «el socialismo de Estado, reformista, democrático, pacifista, parlamentario» y «el socialismo obrero, que no es necesario calificar de otra manera»; Édouard Berth, «Los dos socialismos», *LAS*, 21-09-1905.

internacionalista, lo que era decir —a su entender— antipatriota⁵⁰. La cuña sindicalista se vuelve significativa para la evolución de la identidad socialista porque contaba con una base doctrinaria lo suficientemente fundada como para forzar los términos del debate. No solo en lo que refería al papel de los sindicatos y del partido, sino también porque efectuaba una recepción de las formulaciones del socialismo internacional bastante bien ajustada a las disputas políticas locales. En el congreso del PS que finalmente los expulsaría, los sindicalistas se encolumnaron detrás de un antipatriotismo y un antimilitarismo sin fisuras, lo que dio lugar a un acalorado debate⁵¹. La figura internacional clave era Gustave Hervé, ubicado en el ala izquierda del socialismo francés con un furibundo antipatriotismo como única postura posible ante la «reacción nacionalista»⁵², que tensionaba frente al patriotismo socialista de Jean Jaurès fundado en la tradición revolucionaria francesa⁵³.

El herveísmo se constituyó en un elemento doctrinario explícito en la conferencia de Emilio Troise para el Primero de Mayo de 1906⁵⁴, con referencias a la reciente obra de Hervé *Leur Patrie* (1905), donde este condenaba al patriotismo como una religión fanática sintetizada en el «culto a la bandera»⁵⁵ y que Troise calificaba de «sentimiento estúpido». Otros ejemplos fueron la traducción del artículo «Socialismo antipatriótico» de Hervé⁵⁶, la publicación de las encuestas de revistas francesas como *Le Mouvement Socialiste* y *Vie Socialiste* en torno al patriotismo en que se criticaba a los «socialistas patriotas»⁵⁷, y el saludo al Congreso de la CGT en Amiens que declaró al antipatriotismo como postura oficial⁵⁸. Algunos meses después, la UGT local, en manos sindicalistas, se declaraba también por la propaganda antimilitarista y antipatriótica⁵⁹.

Al impugnar convicciones como la posibilidad de un patriotismo socialista y al arraigar en el movimiento obrero, el desafío al PS se volvió mayúsculo

⁵⁰ Bartolomé Bossio recordaba el juramento de Palacios por la Patria y que se autoconciencia «patriota» («La lucha de clases en el Parlamento», *LAS*, 11-09-1905).

⁵¹ «Proposiciones al VII Congreso» y «Antimilitarismo y antipatriotismo», *LAS*, 01 y 16-04-1906.

⁵² La primera mención a Hervé es «Patriotismo y socialismo», *LAS*, 21-09-1905.

⁵³ Schwarzmantel (1987).

⁵⁴ Emilio Troise, «Antimilitarismo y antipatriotismo», *LAS*, 01-05-1906.

⁵⁵ Hervé (1905): 89. Su itinerario desde la izquierda socialista hasta el nacionalismo, en Heuré (1997).

⁵⁶ «Socialismo antipatriótico», *LAS*, 11-01-1906.

⁵⁷ «Antipatriotismo y antimilitarismo», *LAS*, 01-08 y 16-09-1906.

⁵⁸ «Los dos Congresos», *LAS*, 16-10-1906.

⁵⁹ «El IV Congreso de la Unión General de Trabajadores», *LAS*, 01/01/1907.

porque afectaba a las perspectivas de crecimiento de una fuerza ahora integrada al juego de las instituciones representativas. Si esa tímida primera identificación del socialismo con la nación no generaba mayores entusiasmos, un nuevo clima de agitación patriótica —personificado en la agresiva política armamentista del canciller Estanislao Zeballos⁶⁰— encerró progresivamente al PS entre dos fuegos: el antipatriotismo de buena parte de la familia socialista y un ascendente chauvinismo vectorizado por la cercana celebración del centenario de 1910.

Una respuesta fue distinguir «dos patriotismos»: la «patria burguesa» y la «patria socialista» y definir al patriotismo como un «sentimiento innato», estribando la cuestión en qué contenido sustentaba y hacia dónde dirigirlo. Uno miraba hacia el pasado (el burgués) y otro hacia el futuro (el socialista); el primero consistía en «una serie de sacrificios ininterrumpidos sin motivos», mientras el segundo «no pide sacrificios en nombre de una abstracción mentirosa [...] Para él las fronteras desaparecen»⁶¹. ¿Qué hacer, en el otro frente, ante la propaganda antipatriótica, cercana a posiciones anarquistas? Otra respuesta, enmarcada en una campaña de «paz armada», puso límites al antipatriotismo socialista. Por eso antes del VII Congreso Justo expresó la inconveniencia de dicha empresa al considerarla «extravagante e insensata», excusa perfecta para los «patriotereros de profesión». Proponía, en cambio, «cultivar lo bueno y corregir lo malo», hacer «buen patriotismo»⁶², continuar la tolerancia con los extranjeros y su nacionalización.

A la postre, este momento constituiría un *impasse* para una fuerza que se filiaba en una tradición internacionalista pero que a partir de su progresivo involucramiento con los problemas de la política nacional debía demostrar su arraigo. Esta situación dilemática no era privativa del caso argentino, pero una nueva oleada de «chauvinismo delirante»⁶³ motivó una resolución del PS en su VIII Congreso (1908): en vista de que «la clase dominante explota la falsa idea de patria que tiene la masa del pueblo», era preciso reconocer «como necesaria hoy la existencia de las naciones en el actual momento histórico, con sus particulares costumbres, idioma, tradición», pero se «condena ese patrioterismo estrecho de la clase dominante que procura levantar barreras infranqueables

⁶⁰ Esta agitación nacionalista dio lugar a expresiones similares a las del conflicto con Chile, pero la agresividad partía del mismo gobierno; Castro (2014).

⁶¹ Eliseo Ibáñez, «La patria burguesa y la patria socialista», *LV*, 30-07-1904; Esteban Dagnino, «Los dos patriotismos», *LV*, 13-05-1905.

⁶² Juan B. Justo, «El Patriotismo», *LV*, 22-03-1906. Esta crítica al antipatriotismo ha sido destacada en relación a la evolución de las concepciones de Justo por Da Orden (1994): 62.

⁶³ «La paz armada», *LV*, 03/04-09-1906.

para la fraternidad de los pueblos»⁶⁴. Se conjugaba un triple fenómeno: la inevitabilidad de un sentimiento patriótico en el pueblo, la evolución de las formaciones sociales con caracteres nacionales distintivos y, finalmente, un principio de manipulación de parte de la burguesía que hacía jugar aquel sentimiento a favor de sus intereses de clase. Es posible constatar entonces un cambio respecto de 1900: en la aceptación definitiva del fenómeno nacional se revalorizaba la síntesis de un internacionalismo como conciliación de la pertenencia nacional y la voluntad internacionalista de los distintos partidos socialistas.

Una posición singular como la del escritor modernista Manuel Ugarte, delegado del PS argentino en la Internacional, ofrece un matiz, mas no un contrapunto. Presente en las discusiones de Stuttgart (1907) sobre el antimilitarismo y el colonialismo, a su entender las distintas posiciones habían definido una «pretendida incompatibilidad entre socialismo y patria» —aunque se evidenciaron disonancias—, lo cual Ugarte consideraba un error. Sin desentonar con la idea de los «dos patriotismos», se declaraba «enemigo del patriotismo brutal y egoísta que arrastra las multitudes a la frontera para sojuzgar a otros pueblos [...] del patriotismo ancestral». En cambio, rescataba «otro patriotismo superior, más conforme con los ideales modernos [...] que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras», ejemplificando el caso de América Latina frente al «imperialismo anglosajón» de los Estados Unidos⁶⁵.

Para este intelectual de estilo independiente, existía una nación latinoamericana fundada en una «unidad moral» entre pueblos que habían sido separados por vicisitudes políticas y ahora se veían amenazados. Asignaba en esta tarea un lugar central a «la parte más ilustrada» de cada uno de esos países como vanguardia esclarecida⁶⁶, lo cual generaría su futura salida del PS. El de Ugarte era un caso más en una miríada de voces que desde el socialismo reclamaban la necesidad de conciliar sentidos con la patria, ya antes de que en 1908 se suscitara un célebre debate entre Justo y el socialista italiano Enrico Ferri respecto de las condiciones necesarias para el desarrollo del socialismo como movimiento histórico en los países periféricos del sistema capitalista⁶⁷.

⁶⁴ En Oddone (1983): 179.

⁶⁵ Manuel Ugarte, «Socialismo y patria», *LV*, 02-07-1908.

⁶⁶ Manuel Ugarte, «La defensa latina», *El País*, 05-10-1901. En su doble faceta como «artista» y «ciudadano de partido» se descubre el conflicto entre lugares de enunciación y legitimación de este socialista latinoamericanista. Véase Ehrlich (2006/2007): 105-106.

⁶⁷ El debate entre Justo y Ferri, que lateralmente refiere al vínculo entre socialismo y nación, excede los límites de este trabajo. Ver Aricó (1999): 112-114 y Martínez Mazola (2008): 160-167.

IV. LA INFLEXIÓN NACIONALISTA DE LA IDENTIDAD SOCIALISTA

Si un tema sensible para los socialistas fue cómo posicionarse ante la importancia adquirida por los símbolos nacionales, la pedagogía patriótica encarada por el presidente del Consejo Nacional de Educación, José María Ramos Mejía, vino a confirmar los temores de una «religión de la patria». Lo que se denominará aquí la «querrela de los símbolos» estuvo así condicionada por una vigorosa política oficial de nacionalización de masas⁶⁸. Un segundo frente estuvo constituido por la faz más conflictiva del momento del centenario, en que las izquierdas y el PS, en particular, experimentaron la polarización en un antagonismo creciente. No casualmente los momentos de mayor algidez se experimentaron en los meses de mayo de 1909 y 1910, cuando las conmemoraciones del Primero de Mayo coincidieron con los festejos por el centenario de 1810, considerado el nacimiento de la nación argentina.

La llamada «semana sangrienta» de mayo de 1909 marcará el devenir de los acontecimientos y las valoraciones del socialismo en torno al nacionalismo. La represión oficial desatada el Día de los Trabajadores contra la manifestación anarquista generó una acción de solidaridad poco antes impensada, al declararse ese día una huelga general por iniciativa del PS con apoyo del sindicalismo revolucionario. El reflejo socialista fue ambiguo ante lo que concebía como una campaña antiextranjera del Gobierno nacional: por un lado, reafirmó su pertenencia a un movimiento internacional de trabajadores —si bien dividido por tendencias—; pero, por otro, denostó en un manifiesto partidario la impostura de los «patrioterros» que apelaban a «la obra sanguinaria de sus jenízaros» como «procedimiento de argentinización». En un giro que demostraba un sentimiento de pertenencia nacional, el texto aseguraba que los socialistas eran «continuadores de la obra de la independencia» y cifraban sus esperanzas en «la hora del Centenario»⁶⁹.

Esto inició un debate al interior del socialismo sobre qué posición tomar ante la violencia nacionalista, pero también ante la celebración de una nación que se quería democrática. La evolución de la coyuntura confirmará los diagnósticos más pesimistas, aunque comenzará a visibilizar mejor aquellas posturas que intentaban conciliar al socialismo con aquella. Si el foco se coloca en los temores oficiales por la llamada «huelga general del Centenario» proclamada por anarquistas y sindicalistas revolucionarios, en la ola de violencia desatada sobre las izquierdas en mayo de 1910 y en la sanción ese año de la

⁶⁸ Castro (2012).

⁶⁹ *LV*, 06-05-1909. Sobre los rituales socialistas en el centenario y el lugar conflictivo de la cuestión nacional, en Reyes (2016b).

denominada Ley de Defensa Social⁷⁰, la patria aparecía efectivamente como un «otro». En medio del choque entre la revolución social y las expresiones del nacionalismo xenófobo, la mayor parte de la dirigencia del PS entendía que, sin embargo, existían motivos para celebrar el centenario, aunque por fuera de los actos oficiales⁷¹. El dilema fundamental de 1910 estribaba en si era posible conciliar los términos de ese aparente antagonismo irreductible, si la bandera roja y la nacional podían expresar una misma causa.

1. LA QUERELLA POR LOS SÍMBOLOS

La forma en que los socialistas lidiaron con esta coyuntura vino a interpelar convicciones profundas de su identidad política: dejaba en evidencia una orfandad en la tradición en que se filiaba PS respecto de posibles antecedentes que otorgaran sentido al socialismo en Argentina. Los símbolos, como las banderas, condensaban y podían expresar convicciones y valores, pero también arrastraban sentidos sedimentados que podían reformularse en un presente de cambio. Poco después de la «semana sangrienta» el PS organizaría una conferencia sobre la «Revolución de 1810» con intervenciones de Nicolás Repetto y Alfredo Palacios. Lo importante del caso estriba menos en la originalidad de ambas interpretaciones acerca del gran mito nacional —ambos abrevaban en la consagrada idea de la independencia como una «revolución de la clase burguesa»— que en sus matices y las consecuencias que éstos trajeron aparejadas.

Ni uno ni otro establecieron un claro antagonismo entre nacionalismo e internacionalismo, sino que se encargaron de reivindicarse, a la vez, como socialistas y argentinos. Repetto dirigió su crítica al «exceso de símbolos y cánticos patrióticos» con que los nacionalistas mistificaban a la revolución, apelando en cambio el socialismo al esfuerzo mancomunado de los «trabajadores conscientes argentinos y extranjeros» para concretar el «progreso político» del país. De forma implícita, se reconocía el partaguas histórico de 1810, pero la polémica se dio a partir de las afirmaciones de Palacios. No necesariamente por sostener que el movimiento socialista se presentaba «como continuador de la obra iniciada antemano» —algo ya presente en el manifiesto—, sino porque esbozó una definición simple del «concepto de patria»

⁷⁰ Suriano (2010).

⁷¹ Así lo demuestran los artículos sobre los festejos aparecidos en *LV* y las declaraciones de Justo y Enrique Dickmann aparecidas en *La Argentina*, «Opiniones y pronósticos sobre la huelga general», 28 y 29-04-1910.

según la cual los socialistas no eran antipatriotas por formar parte de un movimiento internacional que aspiraba como «ideal lejano» a la supresión de las fronteras, ya que todas las nacionalidades cabrían en la «sociedad del futuro». Pero, como contracara, no creía que «la bandera roja excluyera a la bandera argentina» y consideraba «una repudiable locura la afirmación de Hervé cuando dice que la bandera de Francia débese colocar sobre un estercolero. Somos patriotas en el sentido amplísimo de la palabra», terminaba por asegurar⁷².

Los motivos podían responder a la desconfianza de la coyuntura frente a las efusiones patrióticas, así como a la progresiva reformulación de una identidad partidaria en la cual el internacionalismo había sido importante en sus orígenes, pero que ahora debía matizarse, de allí el entredicho con el antipatriotismo de Hervé⁷³. A partir de entonces, la referencia a las banderas y la posibilidad de su combinación adquirirá el sentido antes referido de convicciones cuasi religiosas, al desatar un debate que tuvo a *LV* y la *Revista Socialista Internacional*—(en adelante *RSI*), órgano teórico del PS creado en 1908 y dirigido por el abogado de origen español Enrique Del Valle Iberlucea— como cajas de resonancia. En tren de una clasificación general, se fueron definiendo un ala imbuída de un antipatriotismo radical, apegada al internacionalismo; otra que aceptaba con cierto escepticismo la idea de «patria», como una instancia necesaria; y finalmente un pequeño sector «patriota»⁷⁴.

Para la posición intermedia, lo fundamental era despejar tanto los prejuicios nacionalistas como los internacionalistas, en función de continuar la labor de nacionalización de los inmigrantes, pero también de evitar el «fanatismo» de los símbolos con que se asociaba al nacionalismo⁷⁵. El escaso entusiasmo de este grupo, compuesto por voces experimentadas dentro de las filas partidarias, se fundaba tanto en su rechazo del nacionalismo exacerbado como en el temor a que los socialistas cayeran en la trampa del anarquismo, que se autoexcluía de la comunidad nacional y atraía acciones represivas, por lo que reconocer la entidad de la patria como necesaria a la acción socialista

⁷² Los discursos en: «La conferencia del domingo. La revolución de 1810», *LV*, 24/25-05-1909.

⁷³ La frase de Hervé databa de un artículo en clave antipatriótica ante los avances del nacionalismo francés.

⁷⁴ La voz de Ugarte no estuvo representada, al encontrarse de gira por América Latina, pero continuará postulando que todo el continente constituía una nación.

⁷⁵ Juan B. Justo, «La Patria»; Carlos N. Caminos, «De la patria al patriotismo»; y Basilio Vidal, «Todavía sobre la patria»; en: *LV*, 26 y 28-05-1909 y 02-06-1909.

no podía constituir una «herejía» doctrinaria⁷⁶. Asimismo, se destacaban convencidos internacionalistas que reconocían en la «tradición de Mayo» de 1810 el camino legítimo para la construcción de una nación libre e igualitaria. Ello se expresaba en la senda coherente de una filosofía de la historia de inspiración marxista, filiada en un imaginario utópico y humanista típico de la Segunda Internacional, que ubicaba en el futuro el momento de unión de todas las naciones, como lo expresara Del Valle Iberlucea en sendos editoriales que abrían una encuesta sobre «Socialismo y Patriotismo»⁷⁷.

Para aquellos embanderados en el internacionalismo combativo este era el fundamento de una identidad sin fisuras que no debía reconocer fronteras. Si algunos consideraban a Hervé un «socialista admirable», en este grupo el componente generacional jugaba sin lugar a dudas un papel importante, como radicalización de aquellas posturas que los dirigentes más experimentados matizaban. Así, para Martín Casaretto y José Penelón el antagonismo de los símbolos nacionales y socialistas implicaba que no podía haber socialistas patriotas como no existían socialistas católicos⁷⁸. En el secretario general del PS, Mario Bravo, la dicotomía era más patente aún porque las banderas operaban de forma transparente como íconos: la celeste y blanca era «el símbolo de la clase constituida que gobierna», mientras la roja representaba «acción, transformación, revolución»⁷⁹. Si se tiene en cuenta el manifiesto de la «semana sangrienta», se comprende que la de la «fracción juvenil» era una opinión defensiva y cada vez más minoritaria, pero para nada inaudible dentro del PS. Cabe referirse a las consecuencias que conllevó la Ley de Defensa Social, al prohibir la bandera roja y cualquier otro símbolo del movimiento obrero para manifestaciones públicas e instalar —esta vez hacia afuera del partido— un clivaje entre lo nacional y lo antinacional, entre el orden y la subversión, entre la comunidad política legítima y quienes quedaban fuera de ella.

Esta conflictividad de la coyuntura permite comprender la opinión paradigmática de Justo. En su informe para el PS sobre el Congreso de la Internacional de Copenhague (1910), al que asistiera como delegado, además de reportar la denuncia contra la oligarquía gobernante en Argentina y el voto de

⁷⁶ Francisco Dagnino, *RSI*, núm. 7, 25-05-1909.

⁷⁷ Enrique Del Valle Iberlucea, «Pasado y presente» y «La “Internacional”», *RSI*, núm. 7/8, 25-05 y 14/15-07-1909. Sobre el marxismo de esta emergente figura del socialismo argentino, véase Tarcus (2013): 448-459.

⁷⁸ Respuestas de Martín Casaretto y José Penelón, *RSI*, núm. 8, 14/15-07-1909.

⁷⁹ Mario Bravo, «Melancólica imagen de la patria», *LV*, 05-06-1909; Alejandro Comolli, «Patrias y banderas»; José Muzzilli, «El concepto de “patria”»; Martín Casaretto, «El patriotismo ante el criterio obrero», *LV*, 26, 29 y 30-05-1909.

solidaridad de las distintas legaciones, se detuvo en la estética de la sala europea: «La bandera roja acogía allí a las banderas nacionales que, como símbolos de los diferentes países, pueden subsistir sin peligro». Para los socialistas que aceptaban la idea de patria era la capacidad inclusiva de su causa —esa «obra de paz y solidaridad humana»— la que permitía el internacionalismo de Copenhague, forma de sintetizar y conjurar las implicancias negativas de la «cuestión nacional» en tiempos del centenario⁸⁰. Pero ante la propuesta formulada por Mario Bravo en el IX Congreso de que los grupos parlamentarios de los partidos nucleados en la Internacional explicitaran su protesta ante la Ley de Defensa Social, no solo se opuso la voz de Alfredo Palacios (la calificó de «extemporánea y perjudicial»)⁸¹, sino que se hizo eco uno de los más importantes periódicos «burgueses», instalando la cuestión de la nación en un primer plano:

Lo que siempre hemos reprochado al socialismo es, en efecto, su falta de comprensión del fenómeno argentino [...] se ha limitado a aplicar las recetas de los partidos congéneres del viejo mundo [...] su única probabilidad de éxito, aquí como en todas partes, está en convertirse en un partido argentino [...] animado por el anhelo de lograr a la par que el mejoramiento de las clases obreras, el progreso superior de la patria⁸².

2. ENTRE ZEBALLOS Y HERVÉ: EL «BUEN NACIONALISMO» SOCIALISTA

Como consecuencia del debate y producto asimismo de la avanzada nacionalista, ciertos representantes del partido comenzaron a plantear que su misión histórica implicaba la construcción de una «nueva patria». Esta suerte de reflejo socialista del centenario frente a la consigna de una «restauración nacionalista» —título de la célebre obra del escritor Ricardo Rojas (1909)— traía consigo, a la vez, algunos aportes doctrinarios a tono con las formulaciones más generales dentro de la Segunda Internacional.

Esta posición se personifica en el joven Antonio De Tomaso al asegurar que el internacionalismo no significaba un antipatriotismo *à-la-Hervé*, en tanto a su entender los socialistas otorgaban un verdadero sentido práctico a la idea de patria. Afirmaba que tanto esta como la democracia debían ser

⁸⁰ Juan B. Justo, «El Partido Socialista de la Argentina en el Congreso Internacional de Copenhague», *LIV*, 10-11-1910.

⁸¹ «IXº Congreso del Partido Socialista», *LIV*, 26/27-12-1910.

⁸² «El congreso socialista», *La Nación*, 28-12-1910.

firmemente sostenidas por la clase trabajadora, negando que fuesen un «invento burgués». La figura del socialismo que citaba y resultaba paradigmáticamente socialista y patriota era Jaurès, pero seguía también al teórico revisionista de la socialdemocracia alemana Eduard Bernstein —protagonista de una famosa querrela teórica— para refutar la consigna del *Manifiesto comunista*. Destacaba: la misma «ha perdido en nuestros días mucho de su valor y se irá perdiendo cada vez más y más, a medida que por la influencia creciente de la democracia socialista el obrero sea cada vez más ciudadano»; finalizando: «Siendo socialistas somos patriotas» y, en tanto tales, «buenos nacionalistas» y no «chauvnistas», incorporando así una carga positiva al patriotismo de los socialistas⁸³. Al igual que Palacios en su fundamentada respuesta a la encuesta de la *RSI*, en la cual apelaba tanto a Marx y Engels como a Jaurès y Deville para reconocer al internacionalismo como fundamento doctrinario del movimiento socialista y al patriotismo como un «sentimiento natural» compuesto de impresiones y recuerdos inevitables⁸⁴.

La alternativa de un «buen nacionalismo» socialista que no traicionara sus fundamentos como partido del proletariado permitía redimensionar la alteridad que se había instalado en el clima del centenario. En consonancia, fue nuevamente Justo el que en su citado *El socialismo argentino* destacaba el carácter nacional del PS, ya que si este venía a acelerar y encauzar en un sentido progresivo el desarrollo histórico nacional, la exégesis de Justo reconocía unos pocos referentes que podían ser reivindicados: el proyecto de «reforma intelectual y moral» del *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría (1837); un Juan Bautista Alberdi que adquiriría, a ojos de su evolucionismo, un perfil más moderno que aquel al proponer el progreso material del país. Dos figuras que desde las décadas anteriores venían siendo erigidas en los ideólogos de la gran transformación que venía haciendo de la Argentina una nación moderna. Al evaluar en concreto la evolución de las agrupaciones socialistas desde la década de 1880, Justo se esmeró por afirmar que este movimiento tenía en sus precursores un carácter «extranjero» pero no «exótico», mientras que en el cambio de siglo la «organización obrera, al desarrollarse, se ha argentinizado»⁸⁵.

Para De Tomaso, la concepción «sana del patriotismo» socialista tenía su núcleo en la lucha contra todos los tipos de injusticias, completando así la

⁸³ Antonio De Tomaso, «Patria y socialismo», *LV*, 27-05-05-1909 y *RSI*, núm. 7, 25-05-1909. El texto de Bernstein era *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Sobre Bernstein y el debate sobre la «cuestión nacional» en la socialdemocracia alemana, véase Krumeich (2014).

⁸⁴ Alfredo Palacios, *RSI*, núm. 7, 25-05-1909.

⁸⁵ Justo (1920c) [1910]: 117.

promesa realizada en la independencia, y sostenía: «Nuestra labor tiende a organizar definitivamente la nacionalidad argentina»⁸⁶. Al iniciarse la campaña electoral de 1910, contrapuso en una conferencia ante un público obrero el «nacionalismo inteligente» de un socialismo que propugnaba por una reforma intelectual y moral por la «elevación humana» de las masas trabajadoras, a un «nacionalismo patriotero», quintaesencialmente condensado en el chauvinismo de Zeballos⁸⁷. El acompasamiento de estos postulados con algunas de las discusiones suscitadas en el socialismo internacional se evidenciaba en las citas de autoridad. No sorprende entonces que los referidos Bernstein y Jaurès se erigieran en paradigmas de un combate que tenía un doble frente.

A principios de 1910 aparecía en *LV* la entrevista que Repetto realizara a Jaurès en París, un año antes de su visita a Argentina. Éste focalizó en la propaganda antipatriótica al afirmar que el mismo herveísmo era un «movimiento tan patriotero como el nacionalismo francés», porque había sido creado exclusivamente para las disputas político-ideológicas dentro de Francia. Según afirmaba, «la patria representa un hecho real y de más alto interés, circunstancia que no excluye la amplísima idea del internacionalismo y que no se oponen, en manera alguna, a la lucha que la clase trabajadora realiza para obtener su emancipación integral»⁸⁸. En ese momento Jaurès se disponía a publicar en Francia *L'Armée Nouvelle*, su obra sobre la cuestión de la nación, el internacionalismo y el antimilitarismo. Esta posición, que reivindicaba un «nacionalismo sano», no dejará de ser recepcionada con ciertas notas aclaratorias por aquellos identificados con las posturas internacionalistas, caso de la revista *Humanidad Nueva*. Así, Fernando De Andreis se preguntaba en su elogioso comentario: «¿Cómo contrarrestar el concepto heroico de Hervé que proclama el odio implacable contra el ejército y vivificar ese nacionalismo amplio que Jaurès pregona como única solución [...]?»⁸⁹.

La respuesta fue propinada por el mismo Jaurès en sus conferencias en Buenos Aires, en especial en la titulada «Nacionalidad, democracia y clase obrera». Allí intentó enhebrar las ideas que venía sosteniendo en el debate político de la III República francesa, sus posiciones en los congresos de la Internacional y los dilemas del socialismo local al explicar cómo el

⁸⁶ Antonio De Tomaso, «Sobre patriotismo», *LV*, 30-05-1909.

⁸⁷ «Discursos de Cúneo y De Tomaso», *LV*, 29-01-1910.

⁸⁸ Nicolás Repetto, «Una entrevista con Jaurès», *LV*, 02-02-1910.

⁸⁹ Fernando De Andreis, «La organización socialista francesa y el Ejército Nuevo», *Humanidad Nueva*, n° 4, 01-05-1911. Sobre la visita de Jaurès a Argentina, sus opiniones sobre el país y el lugar de la nación en el proyecto socialista, ver Herrera (2016).

proletariado, sujeto político fundamental del PS, se erigía no solo en el pilar fundamental de la democracia que se buscaba construir, sino también en el cimiento social de una nacionalidad joven como la argentina a través de la idea de «crisol». De esta forma, esbozaba una interpretación que conciliaba las convicciones de las distintas posturas del PS —en privilegio de los «patriotas»— con las inquietudes de sus interlocutores de las élites del centenario, al instalar en el espacio de representación identitaria del socialismo a la clase obrera como «factor nacionalista»⁹⁰.

Finalmente, es posible efectuar una última referencia significativa sobre los usos del pasado nacional que el emergente nacionalismo socialista estaba dispuesto a realizar. Una vez más, existía una versión matizada y no necesariamente entusiasta de las connotaciones patrióticas que ello implicaba, y otra en donde la asociación aparecía de forma explícita. El centenario del nacimiento de Alberdi oficiará como excusa para la singular apropiación socialista de un panteón nacional donde, a ojos del PS, predominaban los «héroes del sable» antes que los políticos o pensadores civiles⁹¹. En la conferencia de homenaje, Justo comenzó afirmando que los socialistas «[s]omos discípulos de Alberdi [...] por su actitud moderna y progresiva». La reivindicación de Palacios reveló mucho más su enrolamiento en la «fracción patriota» del PS. Al referirse al pedido de derogación del servicio militar obligatorio, estableció primeramente la necesidad de poner límites al antipatriotismo: la «milicia ciudadana» era para él —siguiendo a Jaurès— la mejor forma de «defender la patria con convicción». En este sentido, el ejemplo de Alberdi y su *El crimen de la guerra* servía para combatir el «nacionalismo impulsivo», apelando al «buen nacionalismo socialista», fundado en «prosperidad, engrandecimiento y paz»⁹².

A su manera, los socialistas argentinos emprendían el desafío de encontrar lo que podía haber de «verdad» en el nacionalismo, filiándose en una tradición progresista (la liberal) al proponer una versión pacifista y democrática frente a otra más extendida, por momentos autoritaria y de pretensiones homogeneizantes, tal como los distintos grupos del socialismo británico lo hicieran con la tradición radical decimonónica frente al jingoísmo imperalista⁹³ y como los socialistas franceses se identificaran con la tradición revolucionaria y patriótica frente a la «reacción nacionalista» de corte militarista y

⁹⁰ Jaurès (1922) [1911]: 49-56. La idea de «crisol» había sido esbozada en sentido democrático por el nacionalista Ricardo Rojas (Devoto, 2002: 54-77).

⁹¹ «Restauración nacionalista», *LV*, 12-03-1910.

⁹² «La conferencia de anoche en Unione e Benevolenza», *LV*, 17-02-1910.

⁹³ Ward (1999).

revanchista que madurara con el *affaire* Dreyfus. En esta encrucijada en torno al centenario, podría pensarse que el contenido cívico y democrático del nacionalismo de los socialistas encontraba puntos de contacto con la también opositora UCR, pero aquí vuelve a adquirir peso el recorrido previo de cada una de estas fuerzas y cómo eso se conjugó con los posicionamientos de la hora. Si el proceso de democratización encontró en las demandas del radicalismo por el sufragio libre un motivo de su nuevo protagonismo, el apoyo de la UCR a las campañas de «paz armada» a fines del siglo XIX e inicios del XX, la constante presencia de militares en sus filas, su exacerbado culto a los símbolos patrios y una retórica partidaria que asociaba una autoasignada misión histórica de regeneración moral con una «causa nacional» sin fisuras⁹⁴ evidenciaban, por otro lado, todo lo que seguía separando —y de hecho separará en los años siguientes— a radicales y socialistas en cuanto a la cuestión aquí abordada.

V. CONCLUSIONES

Si la experiencia del socialismo argentino puede pensarse, desde una perspectiva más abarcativa, como un capítulo —periférico— del desafío que enfrentaron las fuerzas que se referenciaban en la Segunda Internacional frente a la cuestión de la nación, antes de la Primera Guerra Mundial, es posible vislumbrar lógicas comunes vinculadas a la recepción y tramitación particular de ciertos debates cada vez más acuciantes desde 1900. De ello no se infiere, no obstante, una causalidad que permita explicar la inflexión operada en el PS en la coyuntura crítica que discurre entre el clima del centenario y la reforma política de 1912. Antes bien, es este conflictivo momento local el que vino a explicitar y, de alguna manera, a resolver una tensión existente en la identidad socialista que fue tomando forma en el cambio de siglo.

Por otro lado, el internacionalismo nunca pasó de ser una convicción que vinculaba al socialismo argentino con procesos más amplios del mundo occidental: organización de los movimientos obreros, optimismo y fe en el progreso, la concreción de una instancia como la Internacional que aportaba un paraguas identitario. En tanto, lo que mutó fue un arraigado antipatriotismo inicial que, ante el avance del nacionalismo, devino en un patriotismo socialista que pretendía conjugar la causa de los trabajadores y de la civilización con las promesas exaltadas en la causa nacional del centenario, traducida por la

⁹⁴ Un análisis de ambas fuerzas en torno al centenario en términos de las culturas políticas en Reyes (2016b).

perspectiva de una democratización política que los socialistas concibieron como llave maestra de su proyecto de sociedad, sus valores e, incluso, sus tradiciones.

La querella por los símbolos expresó, de alguna manera, la forma en que la arraigada creencia de los socialistas en su causa particular —sintetizada en la bandera roja o el Primero de Mayo— transitó una crisis tamizada por los motivos nacionales, desde lo que expresaba la bandera argentina en las celebraciones patrias (una tradición de sistematización reciente) hasta la promesa de un destino de grandeza. Pero aunque la desconfianza frente al patriotismo exaltado no desaparecerá, como ocurrirá en los posteriores *affaires* Ugarte (1913) y Palacios (1915) —dos socialistas «patriotas»—, la mirada de los «otros» sedimentada por el estigma de la «planta exótica» consolidará la convicción de que en Argentina el socialismo debía expresar su identificación con el pasado, el presente y el futuro de la nación, aunque no en un sentido chauvinista.

Basta pensar en las respuestas dadas por Justo en la Cámara de Diputados (1912) o por el senador electo Del Valle Iberlucea (1913), en la clave de un «nacionalismo sano», para constatar cuánto había cambiado respecto de 1900, o incluso de 1909, pese a que esos «otros» (conservadores en el primer caso, radicales en el segundo) no necesariamente le reconocieran sus credenciales patrióticas. Así puede comprenderse que Mario Bravo, internacionalista durante la querella de 1909, expresara un año después en su «Canción a la República» el mito integracionista del «crisol de razas», el de Argentina como nación progresista que ejemplificaba la patria universal propugnada por los socialistas:

Será himno colectivo y a la vez exclusivo,
será canción del mundo y a la vez argentina
Hombres pide esta tierra a todo el mundo,
Igualdad piden sus trabajadores,
Ellos tienen derecho de ser cumbre,
Si ellos dan a la patria su energía...⁹⁵

La inflexión nacionalista de la identidad socialista remite entonces al planteo inicial, a la necesidad de pensar los jalones de aquella, a la vez dentro y fuera de cada coyuntura, en la mediana duración, una decantación que termina por colmar y hacer patente un nuevo componente del «nosotros» reivindicado por los socialistas. Desde la temprana inclusión de la nación como

⁹⁵ Bravo (1985) [1910]: 18-19.

problema y la desconfianza frente a los sentimientos patrióticos en la última década del siglo XIX, hasta la formulación —como respuesta hacia 1900— de una concepción «sana» del emergente fenómeno nacionalista y la comprensión de aquella entidad entendida como instancia «necesaria» del devenir hacia la sociedad socialista; y, finalmente, la incorporación por la virtual generalidad profesión de fe política.

Con todo, este análisis de una identidad político-partidaria necesariamente coral abre otros frentes más generales a indagar: por un lado, el de las modalidades y variantes que adoptó el nacionalismo a inicios del siglo XX, trascendiendo el «nacionalismo de los nacionalistas» (de derecha)⁹⁶, escasamente vinculado por la historiografía a la evolución de las principales fuerzas gestadas entonces; por otro, al largo devenir de las tensiones internas que se operarán en el socialismo (y el espectro más amplio de las izquierdas) y en las que jugará un papel no menor la capacidad o no de representar un espacio identitario que se quiera fiel a las tradiciones más arraigadas de dicho movimiento, a la par de la mayor centralidad que adquirirá aún la cuestión de la nación en la política argentina durante las décadas centrales del siglo XX.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Aricó, J. (1999). *La hipótesis de Justo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Baily, S. (1984). *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Becerra, M. (2005). ¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX. En H. Camarero y C. Herrera (eds.). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo* (pp. 97-119). Buenos Aires: Prometeo.
- Belkin, A. (2007). *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Berger, S. (1999). British and German Socialist Between Class and National Solidarity. En S. Berger y A. Smith (comps.). *Nationalism, Labour and Ethnicity, 1870-1939* (pp. 31-63). Manchester: Manchester University Press.
- Berstein, S. (2006). Symbolique et politique: nature et fonction des symboles partisans. En M. Agulhon y A. Becquer (eds.). *La République en représentations* (pp. 43-47). Paris: Publications de la Sorbonne.

⁹⁶ Devoto (2002).

- Bertoni, L. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la identidad nacional en Argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bravo, M. (1985) [1910]. Canción de la República. En D. Cúneo (comp.). *Mario Bravo, poeta y político*. Buenos Aires: CEAL.
- Callahan, K. (2010). *Demonstration culture. European Socialism & the Second International, 1889-1914*. Leicester: Troubador.
- Castro, M. (2012). *El ocaso de la República oligárquica. Poder, política y reforma electoral, 1898-1912*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2014). Estanislao Zeballos: sensibilidad diletante, nacionalismo y estado, 1906-1912. *Anuario del Centro de Estudios Históricos*, 14, 183-201.
- Cole, J. (1959). *Historia del pensamiento socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Da Orden, M. L. (1994). Entre internacionalismo y nacionalismo. El enfoque de la nación en Juan B. Justo. *Estudios Sociales*, 6, 55-72. Disponible en: <https://doi.org/10.14409/es.v6i1.2311>.
- Derfler, L. (1973). *Socialism since Marx*. New York: Palgrave Macmillan. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/978-1-349-15510-1>.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ehrlich, L. (2006/2007). Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo. Una convivencia difícil. *Políticas de la Memoria*, 6/7, 105-118.
- Falcón, R. (2011) [1986/1987]. Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912). *Estudios Sociales*, 40, 193-221. Disponible en: <https://doi.org/10.14409/es.v40i1.2678>.
- Haupt, G. (1982). Los marxistas frente a la cuestión nacional. La historia del problema. En M. Lowy, G. Haupt y C. Weil (eds.). *Los marxistas y la cuestión nacional* (pp. 10-82). Barcelona: Fontamara.
- Herrera, C. (2016). Jaurès en Argentine — L'Argentine de Jaurès. *Cahiers Jaurès*, 221, 109-130.
- Hervé, G. (1905). *Leur Patrie*. Paris: Librairie de Propagande Socialiste.
- Heuré, G. (1997). Itinéraire d'un propagandiste: Gustave Hervé, de l'antipatriotisme au pétanisme (1871-1944). *Vingtième Siècle*, 55, 16-28. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/xxs.1997.3660>.
- Hobsbawm, E. (2012) [1990]. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Buenos Aires: Crítica.
- Ingenieros, J. (1898). *La mentira patriótica, el militarismo y la guerra*. Buenos Aires: Biblioteca Obrera.
- Jaurès, J. (1922) [1911]. *Conferencias pronunciadas en Buenos Aires por el diputado socialista francés*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- Justo, J. B. (1920a) [1898]. La teoría científica de la historia y la política argentina. En *Socialismo* (pp. 5-34). Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1920b) [1902]. El Socialismo. En *Socialismo* (pp. 37-77). Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1920c) [1910]. El socialismo argentino. En *Socialismo* (pp. 81-119). Buenos Aires: La Vanguardia.
- Krumeich, G. (2014). Internationalisme, patriotisme et Social-Démocratie Allemande. *Cahiers Jaurès*, 212/213, 53-63.

- Martínez Mazzola, R. (2008). *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)* [tesis doctoral]. Buenos Aires: FFyL-UBA. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1879>.
- Nimni, E. (1985). Marxism and Nationalism. En M. Shaw (ed.), *Marxist Sociology Revisited* (pp. 99-142). London: MacMillan. Disponible en: https://doi.org/10.1007/978-1-349-17912-1_4.
- Oddone, J. (1983). *Historia del socialismo argentino*. Buenos Aires: CEAL.
- Poy, L. (2015). Ciudadanía, derechos políticos y conciencia de clase. La cuestión de la naturalización de los extranjeros en los orígenes del socialismo argentino. *Diálogos*, 16 (2), 3-29. Disponible en: <https://doi.org/10.15517/dre.v16i2.16026>.
- Reyes, F. (2016a). De la velada de club a la estética de los cortejos. La construcción del 1.º de Mayo socialista en la Argentina finisecular (1894-1900). *Boletín Ravignani*, 44, 42-77.
- (2016b). Radicales y socialistas frente a la centralidad de la nación. Sobre rituales partidarios y culturas políticas en el momento del Centenario (1909-1912). *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 16 (2), 1-30.
- Schwarzmantel, J. (1987). Class and Nation: Problems of Socialist Nationalism. *Political Studies*, 35, 239-255. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.1987.tb01886.x>.
- Smith, A. (1999). *Myths and Memories of the Nation*. New York: Oxford University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/j.1354-5078.1999.00331.x>.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires: Manantial.
- (2010). Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero. *Revista de Trabajo*, 8, 19-27.
- Szporluk, R. (1988). *Communism and Nationalism*. New York: Oxford University Press.
- Tarcus, H. (2013). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, científicos e intelectuales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Terán, O. (2001). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la «cultura científica» (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Walter, R. (1977). *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*. Austin: The University of Texas at Austin.
- Ward, P. (1999). Socialist and 'True' Patriotism in Britain in the Late 19th and Early 20th Centuries. *National Identities*, 2, 179-194. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/14608944.1999.9728110>.
- Winock, M. (1992). *Le socialisme en France et en Europe, XIX^e-XX^e siècle*. Paris: Seuil.

BETWEEN LEADER-WORSHIP AND MEMBER'S
DEMOCRACY: THE CONSUMER CO-OPERATIVES
IN THE FASCIST ITALY

Entre el culto al líder y la democracia de los socios:
las cooperativas de consumo en la Italia fascista

TITO MENZANI

Università di Bologna
tito.menzani@gmail.com

FRANCISCO J. MEDINA-ALBALADEJO

Universitat de València
francisco.medina@uv.es

Cómo citar/Citation

Menzani, T. y Medina-Albaladejo, F. J. (2018).
Between leader-worship and member's democracy:
The consumer co-operatives in the fascist Italy.
Historia y Política, 39, 235-260.
doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.09>

(Reception: 30/03/2017. Review: 16/06/2017. Acceptance: 01/10/2017. Publication: 17/04/2018)

Abstract

We analyse the impact of the Italian fascist regime on the consumer co-operative movement. This is of great interest because of the clash between an anti-democratic political culture and a democratic economic culture. We intend to demonstrate that the fascist regime penalized the consumer co-operative movement in various ways. However, a small number of organizations were an exception to this state of events, and paradoxically succeeded, from an entrepreneurial point of view. Some problems — small size, excessive social investments, a more

political than entrepreneurial vision — were often resolved by the new administrators. This distinction is absolutely essential also in terms of the “legacy” for the consumer co-operative movement after 1945 in Italy.

Keywords

Consumer co-operatives; fascism; interwar period; Italy; State.

Resumen

En este artículo se analiza el impacto del régimen fascista italiano en el movimiento cooperativista de consumo, tema de interés ya que supone un choque entre una cultura política antidemocrática y una cultura económica democrática. Se intenta demostrar que el régimen fascista penalizó al movimiento cooperativista de consumo de varias formas. Sin embargo, un reducido número de organizaciones constituyeron una excepción a este fenómeno y, paradójicamente, tuvieron un considerable éxito en su funcionamiento desde el punto de vista empresarial. Algunos problemas —tamaño reducido, excesiva inversión social, una visión más política que empresarial— fueron resueltos de manera frecuente por los nuevos administradores afines al régimen. Esta configuración del movimiento durante el periodo fascista también fue absolutamente esencial en términos de «legado» para entender la evolución del movimiento cooperativo de consumo italiano después de 1945.

Palabras clave

Cooperativas de consumo; fascismo; periodo de entreguerras; Italia; Estado.

SUMARIO

I. INTRODUCTION. II. THE EVOLUTION OF CO-OPERATION IN ITALY. III. VIOLENCE AND THE ANTI-CO-OPERATIVE CULTURE. IV. CONCLUSIONS. *BIBLIOGRAPHY.*

I. INTRODUCTION

In the nineteenth century, during the industrialization and spread of the liberal economy, several theories emerged as a reaction to the social consequences of the new market society. These theories postulated that the co-operatives were a formula via which to mitigate what was termed “the social question”: low wages, unequal distribution of income and wealth, deficiencies in public sanitation cause by the urbanization process, etc¹.

The ideological origin of co-operation as a lever for social change was in utopian socialism; in this context, we should note especially Rowert Owen in Great Britain, who considered that the way to achieve social welfare was through a community organization that was itself based on co-operation and collective ownership. In France, other utopian socialists also favoured co-operation, such as Charles Fourier, who proposed phalansteries; Louis Blanc, who considered that the industry should be organized in co-operative bases within social workshops under the direction of the State; or the anarchist Pierre-Joseph Proudhon, who suggested that society should be organized in a federation of workers' associations based on mutualism and co-operation, (and thus that the State would disappear).

Marxists revised the role of co-operatives and stated that reproducing the methods of capitalism did not help socialism and did not serve to answer the social question. The socialist movement initially had grave misgivings about the formation of these entities². However, after the dissolution of the First International (1876), more pragmatic revisionist theories emerged, such as Fabianism in England, which favoured a gradual social improvement of the working class though the action of political parties, trade unions and co-operatives that were located within the capitalist system. Later, the Catholic Church also began to consider co-operatives as a kind of formula that could

¹ Thompson (1966); Williamson (1991), and Wrigley (1990).

² Brazda and Schediwiy (1989).

be used to solve the social question; this change was due to the encyclical *Rerum novarum* of the Pope Leo XIII (1891).

The co-operative movement originated in Great Britain in 1844, with the creation of the Rochdale Equitable Pioneers Society in Manchester County. The fact that it rapidly spread to other English regions and European countries was due to the Holyoake's writings about this institution³.

Consumer co-operation is a form of enterprise that is universally considered democratic. Co-operatives are owned by shareholders who, on an equal basis — one member has one vote — decide on the future of their organization. Consumer co-operation was initially politically neutral. During the period of impressive development that it subsequently experienced, this was, however, often set aside. In continental Europe, co-operatives were promoted in connection with socialist, christian and democratic liberal traditions. In every case, however, these were political cultures which recognized the value of democracy (albeit from different perspectives), and as such they did not have any difficulty in interacting with the co-operative form of business⁴.

In the case of Italy, consumer cooperatives emerged during the late nineteenth century, in all three of the political traditions (socialist, christian and democratic liberal). However, only the Socialist cooperatives were to become a widespread movement that was active in most of the national territory. The main advocates of this model — e.g. the Marxists Camillo Prampolini and Antonio Vergnanini — believed that the consumer cooperative should be at the service of the popular classes and receive the profit gained by the shopkeeper. In addition, as suppliers, they had to be privileged agricultural, agro-food and manufacturing cooperatives, if they were to support other parts of the movement. It was a utopian project of “integral cooperation”, which was never realized, but which was an ideal model to which to aspire⁵.

According to the historiographical evidence, the development of these entities during the interwar period was unequal mainly for two reasons: how the post-war period was managed in each country, and the new political and social conditions generated by the fascist regimes.

Italian fascism came into being in 1919 as a radical and nationalist, but also anti-Bourgeois and anti-monarchic, political movement, which later evolved to embrace anti-socialist ideas. Between 1919 and 1922, fascists were organized into paramilitary groups, and violently attacked unions, left-wing parties and cooperatives, killing or injuring thousands of political opponents.

³ Holyoake (1857).

⁴ Zamagni and Zamagni (2010).

⁵ Battilani (2005).

Concurrently, they presented themselves as a reactionary movement that was working in increasing harmony and was able to protect the traditional order from the threat of a revolution similar to that of 1917 in Russia. In 1922, the fascist leader Benito Mussolini was given by the king the task of forming the new government of the country. Through this institutional role, over the course of a few years, he transformed the weak Italian democracy into a dictatorial regime⁶.

In European democracies, the consumer co-operatives continued to spread and they went through a process of concentration (through mergers and the creation of regional federations). In this context, the “technocrats” played an important role in the management of these entities. They focused more on economic efficiency than internal democracy, which had been previously one of the main features of traditional consumer co-operatives. This new focus is notable especially in the Scandinavian countries⁷, in Finland, in Germany during the Weimar Republic and in Switzerland, but not so much in Great Britain or France, where there were more traditional and politicized entities⁸. How did these democratic organizations adapt themselves to totalitarian regimes?

This paper examines the impact of the Italian fascist regime on the consumer co-operative movement. It is a matter of great importance because this movement is related to the clash between an anti-democratic political culture and a democratic economic culture. We will demonstrate in this work that the fascist regimes penalized the consumer co-operative movement, because co-operation was considered a model far removed from authoritarian planning, because it was connected to anti-fascist ideologies, and finally because one of the groups that supported fascism was the small shopkeepers (these were in direct competition with the retailing co-operatives).

Despite this, consumer co-operation survived in Italy, whereas in Germany it was obliterated only in 1941 in the context of the war. Not only did co-operation survive, but in Italy it also exhibited some elements of innovation and modernity from a business point of view, which seemed to be in marked contradiction to the overall panorama. The reason for this rests on the fact that in order to survive, some societies adapted to the new

⁶ Bosworth (1998).

⁷ The important role of the consumer co-operatives helped the positive vision of this region in countries such as the United States. The Nordic countries were considered a successful example of the “middle way” between capitalism and socialism in the turbulent decade of 1930. See Hilson (2013).

⁸ Brazda and Schediwiy (1989); Friberg *et al.* (2012), and Furlough (1991).

institutional and organizational paradigm. Thus, even if they became distorted from a co-operative point of view because the oligarchic structure replaced democracy, they gained in terms of economic efficiency and their technical-organizational abilities. For example, the Italian consumer co-operative movement created a national consortium in 1927. Moreover, fascism in Italy and nazism in Germany had a controversial and non-uniform approach to co-operatives. Some consumer co-operatives were simply closed or strongly impeded. Others were placed under the management of men close to the regime, in order to control these organizations and to defuse their political drive. The regime sometimes played an entirely negative role, impoverishing the co-operative and using it for patronage purposes, whereas in other areas entrepreneurial activity was developed in a more technical sense, with modern management being introduced and greater efficiency resulting. It should be acknowledged that prior to this the consumer co-operatives had suffered from some problems — their small size, excessive social investments, and a more political than entrepreneurial vision — which were often resolved by the new administrators or by the old managers who had aligned themselves with the new course.

For a long time, Italian co-operation during the fascist period and German co-operation under the nazis were considered of little interest because it was believed that the co-operative movement had been defeated and “compressed”⁹. This view stemmed primarily from the judgements of anti-fascist co-operators after 1945, who were influenced by ideological visions or strong emotions. More recently, quantitative analysis has refuted this historiographical statement, and it has been demonstrated that many co-operative sectors were not handicapped by fascism in terms of turnover or employees¹⁰.

In summary, we want to demonstrate how the consumer co-operatives as a whole were penalized from both a quantitative and qualitative point of view¹¹. However, a small number of organizations were an exception to this state of events, and paradoxically they succeeded and even benefitted in term of business from the new cultural horizon. This distinction between failure and success — at least in the case of Italy — is absolutely essential also in terms of the “legacy” of the fascist period for the consumer co-operative movement after 1945.

⁹ Basevi (1953).

¹⁰ Menzani (2009). See also Battilani (1999) and Prinz (2017).

¹¹ A later example like Spain during Francoism also seems to demonstrate this in relation to the consumer co-operatives. See Medina-Albaladejo and Pujol-Andreu (2014) and Medina-Albaladejo (2017).

This article is divided into four sections: after the introduction, in the second section, we explain the evolution of consumer co-operatives in Italy from a quantitative point of view. In the third section, we establish the relationship between co-operatives and the Italian fascist regime. The article closes with conclusions.

II. THE EVOLUTION OF CO-OPERATION IN ITALY

In Italy a large co-operative movement, which was well-rooted in working-class society, had to operate within a truly anti-democratic and illiberal regime. The following paragraphs will review the quantitative evolution of the consumer co-operative movement during the Interwar Period, and then the different qualitative paths that characterized this evolution. This period was characterized by the opportunistic and parasitic exploitation of the co-operatives by the institutions (though there were some exceptions to this state of affairs).

The statistical treatment of the subject is difficult for two reasons. After the First World War, Italian consumer co-operatives were not represented by a single organization, but were politically divided between several umbrella organizations. As a result, it is necessary to consider the information from every single organization, and these sources do not always survive. The second problem concerns the statistical information that is necessary to paint a sufficiently broad and reliable picture, which must not be limited to just the existing co-operatives, but which should consider also some indicators of their size, such as number of members, employees, social impact and the turnover.

Unfortunately, as Italian historiography has underscored several times, this information is not always available, and therefore the statistical reconstruction must allow for some lacunae which may be significant. Aside from these difficulties, however, the data that we have allow us to undertake certain significant evaluations.

Italian co-operation, and with it the entire consumer sector, underwent intense development in the first decade of the twentieth century, which is not called the "golden era of the movement" by chance¹². In a context of industrialization and urbanization, these co-operatives offered easier access to basic foodstuffs and cultural, social and educational services, which compensated for the still weak presence of the State in this field. The development of Italian consumer co-operatives was consistent with the European general trend¹³

¹² Zamagni and Fornasari (1997): 82.

¹³ Brazda and Schediwy (1989).

TABLE 1. *Consumer co-operation in Italy*

	1893	1911	1914	1920	1928	1938
No. of co-operatives	1,013	1,714	2,481	7,514	3,333	2,938
No. of sales points	n.a.	n.a.	n.a.	n.a.	4,786	4,589
No. sales points/co-op	—	—	—	—	1.4	1.6
No. of members (miles)	n.a.	n.a.	400,000	1,500,000 ^a	826,000	590,417
No. members/co-op.	—	—	161	200	248	201
Social impact ^b (%)	—	—	4.4	16.0	8.1	5.3
Social impact ^c (%)	—	—	3.6	11.5	6.2	4.6
Social impact ^d (%)	—	—	7.8	25.5	12.1	9.0
Turnover ^e	n.a.	n.a.	181,836,402	n.a.	1,000,000,000	1,300,000,000
Turnover ^f	—	—	612,737,239	—	823,571,816	1,078,278,452
Turnover ^e /co-op.	—	—	73,292	—	300,030	442,478
Turnover ^f /co-op.	—	—	246,972	—	247,096	367,011

^a Indicates an estimate, the calculation of which is explained in the text.

^b Usually the consumer co-operative member was the head of the family, although the family unit as a whole benefited from the services of the co-operative. Therefore, in order to measure the real social impact we have multiplied the total number of members by the average number of persons in a household — four (father, mother and two children) — and we have obtained the percentage from the total population.

^c Another method to measure the impact social could be examining the percentage of the total number of members with respect to the active male population (almost all members were male).

^d The majority of the consumer co-operatives were urban, and therefore another way to measure the social impact could be by calculating the percentage of the total members with respect to the active male population in industrial and service sectors (not the agricultural sector).

^e In lire — current prices.

^f The turnover has also been calculated in constant prices (2010 euro) to negate the effect of inflation. The Italian consumer price index has been used to undertake this calculation.

Source: Gide (1922); Caroleo (1986); Bartilani (1999); Zamagni *et al.* (2004); Menzani (2009); Population data: Maddison (2006); Active male population data: Mitchell (2003); Consumer price index: Istat, *Coefficienti per tradurre valori montari (1861-2016)*.

— they developed as a response to the social problems caused by the new market economies (“the social question”): low salaries, unequal income distribution and an intense shortage of basic services¹⁴.

On the eve of the First World War, 2,481 consumer co-operatives were operating in Italy¹⁵. The majority of these enterprises were single shops, while the large businesses which operated with several sale points in a provincial market were few, and were located mainly in Piedmont and Lombardy¹⁶. Italian consumer co-operatives had approximately 182 million lire and 400,000 members in total¹⁷.

The size of the Italian co-operatives was smaller than in other countries such as the United Kingdom, where these entities had more than 2,000 members per co-operative¹⁸, compared to little more than 160 members per co-operative in Italy. That is, in Italy, the co-operative movement was much more atomized, and the social impact was less than that in United Kingdom, Switzerland, Scandinavia, France or Germany, due to the fact that more than 4 per cent of the total population benefitted from a co-operative and almost 8 per cent of the active male population in the industrial and service sectors were members of these entities (Table 1).

After the First World War the number of consumer co-operatives rose greatly all over Europe, reaching 7,514 entities in Italy. This increase was also a result of the high cost of living and problems with food procurement, as well as the annexation of areas with high levels of co-operative activity such as the Trentino (a border area that the Austro-Hungarian Empire had transferred to Italy after the Great War). The catholic co-operative movement had also expanded; in 1919 it founded its own national umbrella organization, the Confederazione delle Cooperative Italiane (Confederation of Italian Co-operatives) in opposition to the Lega Nazionale delle Cooperative (National League of Co-operatives), which had socialist overtones. Most of these co-operatives continued to operate exclusively locally, and thus we can suggest that almost all the new organizations were single shops.

If we consider that the size of the Italian consumer co-operatives was approximately 200 members per society, it is likely that the Italian consumer co-operatives of 1920 would have had 1.5 million members. Therefore, the social impact could increase to affect 16 per cent of the total population and

¹⁴ Thompson (1966); Williamson (1991) and Wrigley (1990).

¹⁵ Gide (1922): 49.

¹⁶ Setzer (1989).

¹⁷ Gide (1922): 49.

¹⁸ Gide (1922): 49.

25.5 per cent of the active male population in the industrial and service sectors — the highest levels until that time, but still quite a lot lower than the main European countries. It is more difficult to estimate the overall turnover, and this will not be attempted here.

The advent of fascism involved a significant reduction in these numbers. Benito Mussolini and the fascists took four years to transform Italian democracy into a nationalist dictatorship. Thus, in 1928, two years after the definitive closing of all the representative organizations and the establishment of the Ente Nazionale Fascista della Cooperazione (National Fascist Agency on Co-operation — ENFC), the Italian co-operative movement had 3,333 consumer enterprises, with 4,786 points of sale and 826,000 members and overall sales of 1 billion lire. Ten years later, on the eve of the Second World War, these numbers had undergone another small contraction: 2,938 businesses, with 4,589 shops and 590,417 members, who produced sales of 1.3 billion lire. The social impact decreased to 5.3 per cent and 9 per cent respectively.

In less than 20 years, therefore, the Italian consumer co-operative was marked by a collapse in the number of entities from 7,500 to 3,000 businesses, which also created an equally strong drop in the number of shops and members, from 1.5 million to a little less than 600,000. The size (members per co-operative) of these entities stayed more or less equal, but the sales at constant prices per co-operative appear to be significantly higher in 1938, and this rise was also due to the overall increase in individual consumption during the interwar period. Until 1928 the turnover at constant prices per co-operative remained steady, but ten years later had increased by 49 per cent. These figures emphasize a process of concentration, which also likely occurred in the rest of the European countries¹⁹. There were fewer entities and members, but they sold more and the number of sales points per co-operative grew.

III. VIOLENCE AND THE ANTI-CO-OPERATIVE CULTURE

Fascist aversion to consumer co-operation stemmed from two principal elements, one of which was of an idealized nature and one which was more concrete. Co-operative business was founded on the principle of members' democracy, and in most of Europe it was connected to leftist or anti-fascist political cultures. Furthermore, in the specific case of the consumer movement, the

¹⁹ Brazda and Schediwy (1989).

direct competitors were the private shopkeepers who constituted one of the social bodies which formed fascism²⁰.

The fight against co-operation involved four different strategies. The first two did not require fascism to gain power. These were a defamatory and disparaging press campaign (achieved through the propaganda of right-wing newspapers) and a series of violent attacks, in blackshirt style, which aimed to physically damage the co-operatives. For example, in Friuli-Venezia Giulia, a region in north-east Italy, fascists attacked and injured dozens of co-operators during 1921²¹. The other two strategies could only be implemented from a position of institutional responsibility. This involved approving a series of laws against co-operation and imposing on co-operatives, by means of pretexts and pressure, managers who were ideologically closer to fascism.

Anti-co-operative propaganda was a characteristic of most European nations in the first two decades of the twentieth century²², and was promoted not only by fascist groups, but also, more broadly speaking, by liberals and conservatives. The economic success of the co-operatives generated fear and resentment among many middle-class groups, in particular shopkeepers, land owners and industrialists. The idea had matured that co-operation represented an economic model which drew its energy from an illiberal intertwining of public and party power, strengthened also by the fact that the co-operative enterprises were admittedly often inspired by socialist or catholic ideology. In practice, from a right-wing point of view, the co-operatives were organizations which exploited political knowledge in order to gain favours in terms of contracts, licences or tax benefits²³.

In Italy, for example, a controversy arose concerning the “red co-operativism octopus of the State”²⁴, which included among its protagonists famous intellectuals such as Maffeo Pantaleoni. In correspondence with Charles Gide, he wrote: “you ask me why economists do not like co-operatives; we do

²⁰ Menzani (2009).

²¹ Bof (1995).

²² See the monographic issue *La cooperazione italiana*, 2 (2009) that analyses the history of the movement in Europe during the interwar period.

²³ Killingback (1988).

²⁴ “Cooperativismo rosso piovra dello Stato” is the title of a polemic written by Giovanni Preziosi, then republished in the volume of the same author: *Uno Stato nello Stato. La Cooperativa Garibaldi della gente di mare* (Preziosi, 1922), with a preface by Maffeo Pantaleoni. See also Zavaroni (1987): this is a monographic issue, and Boccolari and Ferretti (1987).

not like them because they have stolen hundreds of millions from the State, and because they are the most shameful thieves that I have ever encountered in the world of business”²⁵. In his other works, Pantaleoni did not shrink from attacks on “socialist, communists, Bolsheviks, demagogues of low social bases, of low-life, of deadbeats”, and defined co-operatives as “cases of founding fortresses or strongholds of Bolshevik bandits, placed precisely where the economic activity of the country must be carried out through forced paths, and therefore can effectively be extorted”²⁶.

This type of liberal tradition, which was the enemy of State intervention in the economy and therefore was in opposition to collaboration between local governments and co-operatives, provided fascism with a wide theoretical frame of reference. In Italy and Germany the supporters of Mussolini and Hitler readily accepted the arguments against co-operatives that had been expressed previously by the conservatives, whose goal was to generate anti-co-operative public opinion and a general understanding of the harsh measures which would be taken against the movement. In Italy, Dino Alfieri, co-director of the Exhibition of the Fascist Revolution (November 1928), talked of co-operation which in the past was “completely warped” and “enslaved to the socialist party”, which was managed by those “Italian Reformists”, who with their “ambiguous mentality” could mostly be considered “the greatest corrupters of the political character of our country”²⁷. Other pro-fascist scholars followed this same line. “The co-operative”, wrote the deputy secretary of the Ministry of Corporatism (Ministero delle Corporazioni) Giuseppe Bottai, in 1927, “during the years the memory of which is still sinisterly vivid, too often served to propitiate, for electoral purposes, subversive trade unions, thanks to various forms of parasitism”²⁸. According to the fascist co-operator Rosaria Labadessa:

Of the old co-operative experiments those best known to the public are, naturally, the worst; and from these the public has learned that the co-operative is a business which can be run without capital, and without risking anything, [...] which continues because it is protected and pushed by some politician, or because there is an active and cunning president or director, interested in keeping the show going for as long as possible²⁹.

²⁵ Quoted by Fay (1939): II, 197.

²⁶ Pantaleoni (1922): 11, 17.

²⁷ Alfieri (1929).

²⁸ Speech by Giuseppe Bottai (26 May, 1927) quoted by Briganti (1978): 46-47.

²⁹ Labadessa (1931): 7-8.

Blackshirt violence and fervour rapidly spread following these verbal controversies. With widespread institutional support, fascist violence against co-operatives and its members increased. These attacks were justified by the need to block the subversive perspectives which stemmed from the *Biennio Rosso* (Two Red Years, 1919-1920)³⁰. Mussolini and his collaborators understood that the co-operative organization represented a decisive connection between mass organizations and society. In fact, the co-operative enterprise was perceived as a political entity as well as an economic one, which inserted itself, together with the rural leagues and the trade unions, into the collection of structures with socialist, catholic and liberal-popular overtones which permeated contemporary society and which represented an irreplaceable pivot between parties and citizens.

In fact, various political forces exploited these organizations to increase their own popularity: they targeted individuals and aimed to meet their needs and be part of their aspirations by coordinating propaganda and information. For fascism, the breaking of these links signified a crisis in the opposing forces, and therefore this separation or break was an essential part of conquering institutional power. During the early 1920s, hundreds of co-operatives were the target of assaults, and these were the prelude to the subsequent control of the co-operative movement³¹.

In Germany, violence against the co-operatives was less pervasive and mostly occasional³². However, we must bear in mind that Mussolini gained power with a type of coup d'état, which was idealistically represented through the image of the march on Rome, and that Hitler became Chancellor through election and as such did not have such a great need for violence and intimidation. Moreover, anti-Semitism was a strong feature of nazi violence, and the attacks against the labour movement were less important in Germany than in Italy.

Once fascism gained power, the strategy towards consumer co-operatives changed rapidly. Violence diminished tremendously or ceased, and propaganda also became an accessory instrument. A more institutional approach was now favoured: for example, the launching of anti-co-operative legislative measures and the placement of men close to the party among the executives. One such instance of forced resignations was when some of the biggest Italian worker co-operatives in construction and brick production,

³⁰ Fabbri (2009).

³¹ Franceschelli (1949).

³² Kurzer (1997).

which were located in Bologna, were forced to lay off their technical managers and were then forced to employ fascist directors³³.

All this went hand-in-hand with a new economic theory of co-operation, the formulation of which was complex, controversial and, ultimately, disastrous. The basic idea was to cut all ties with the recent past and to rediscover purity in the origins of co-operation — purity which had once existed but then was besmirched by marxist and christian democratic interpretations. Everything was to be expressed in nationalistic terms, to encourage a sui generis form of “fascist co-operation”. Consumer co-operation was first of all rethought in a more inter-class sense, but all the other formulations were veritable oxymorons because it was never possible to reconcile members’ democracy with leader-worship.

The ENFC senior official, Cesare Gheduzzi, for example, wrote some remarks which clearly reflected how the fascist embodiment of the co-operative was attempting to harmonize democracy and leader-worship through the concept of “organicism”, a doctrine which supported the idea of the diversity of the people and which was based on each individual having their own specific role as an organ in the body. In a book analysing the case of Sweden, which was very important at that time, he highlighted how in this Nordic country co-operation was pervasive and deep-rooted in communities:

The best results are obtained when the members [that is the shareholders] show serious interest in the way in which they are administered, [and] worry especially about electing and controlling the executive bodies, to whom they give moreover the greatest freedom of action. [...] It is first necessary to find and then train men who, in the different branches of the movement, not only enjoy the trust of the members and carry out the position assigned satisfactorily, but who also have the gift of being a driving force of the people, in order to direct the co-operators along that path that only their intuition can designate as the best³⁴.

Similarly to the events in Italy, consumer co-operation in Germany was also restructured and re-organized, but not immediately destroyed. This caused various influential forces in German society which were close to nazism (or in any case were conservative) to protest through certain shopkeepers’ associations against those “hard and pure” nazis who considered the democratic-co-operative logic irreconcilable with leader-worship (*Führerprinzi*). nazism preferred to take over entrepreneurial heritage rather than

³³ Peruta and Varni (1989).

³⁴ Gheduzzi (1934): 39.

destroy it, through a policy of “alignment” (*Gleidischaltung*) with the totalitarian State; from an ideological point of view, however, it tried to insist on the bonds between community and co-operative³⁵.

The attempts to conceptualize a non-democratic co-operative elicited few results, except perhaps for the formulation of the one-to-one relationship between leader and people. However, this relationship could perhaps have functioned in the huge meetings of Mussolini, but would not have worked for the members' meetings (during which the president read and explained the financial statement); fascism never managed to eradicate the concept of democracy from co-operation.

In Italy and Germany, there was a dichotomy between “fascist pseudo-co-operation” and “pseudo-fascist co-operation”. Both involved a certain distortion of the co-operative principles, and the use of categories derived from liberalism in order to create a co-operative ideology which not only was not very original, but which did not even involve much fascism. In fact, given that the fascist principles and those of co-operation were incompatible — if only because of their different opinions on democracy — there would have been fascist co-operation which in fact was no longer a form of co-operation, or a real co-operation which was in fact not fascist³⁶. The type of co-operation would have depended on the vigour with which the regime put its own mark on the enterprises. Therefore, where there was fascist ideology there was no co-operation, and where there was co-operation there was no fascist ideology.

These ideological oxymorons were reflected in the legal approach. In Italy, the work of “legal revision” was based on the creation of three different types of consumer co-operative (depending on the context). The first type of co-operative was composed of a joint-stock company, based on Articles 219 and 228 of the *Codice di Commercio* (Commerce Code), which was open to the public and which paid dividends in the forms of both stock (*utile*) and refund (*ristorno*). The second type of co-operative complied more strictly with the non-profit ideal of the co-operative, and thus the share quota was not productive and only the *ristorno* was recognized. The third type of co-operative was similar to an independent institution or agency, and these were under the total or partial patronage of public agencies and referred to the similar experiences accrued during the First World War, at contingent moments³⁷.

³⁵ Dowe (1988) and Fairbairn (1999).

³⁶ The most important books that supported the idea of a fascist cooperation are: Labadessa (1928); Pagano (1930); Focarile (1930), and Lama (1933).

³⁷ Menzani (2009).

In general, the preferred model was the second one because the co-operative association resembled “a large family”, and because purchases and distributions were closely connected with welfare practices. In fact, the moral aim of providing mutual aid, education and better hygiene was one which was also held by consumer co-operatives and should be linked to propaganda: for example, propaganda through various initiatives such as seaside and mountain colonies for the children of members. Thus, the role of moderating consumer prices was reduced, although the co-operatives and their consortiums had done this during the pre-fascist era, as part of their efforts to protect members and customers in general. This ability to moderate was replaced by forms of welfare which were of very different scopes and significance³⁸.

In terms of legislature, the German consumer co-operatives were penalized more than those in Italy. In 1933, it was established that the dividend paid by the consumer co-operatives could not exceed 3 per cent of the turnover, and that “this provision was not only aimed at limiting professional freedom, but also questioned one of the first principles of consumer co-operation, namely the distribution of the surplus among the member”. Then, in 1935 a specific “law on consumer co-operatives” eliminated or privatized the co-operatives which were in greatest difficulty. This affected fewer than 100 societies, and the means of control were intensified for those which remained: for example, troublesome staff were replaced with members of the Nazi party, and the most restless co-operatives were forced to merge with the already “standardized” sister enterprises³⁹.

The management of the consumer co-operatives by fascist administrators, those who were close to fascism, and those who were not fascists but were intimidated by the regime deserve some specific comments because reality and theory were very different. We have shown that in many cases the participation of pro-fascist managers was negative, fraudulent, and parasitic or patronage-type administrations, but it is also true — paradoxically — that in certain cases there were successful developments from a business performance point of view.

The vast majority of consumer co-operatives which joined ENFC were the products of the “fascistization” of existing businesses, mainly socialist or Catholic; in contrast, the number of consumer co-operatives created after Mussolini came to power was small, and these co-operatives were mostly founded on the initiative of ex-combatants. Therefore, the Italian consumer

³⁸ Degl’Innocenti, (1981). See also Biagi (1927); Piemontese (1928), and Labadessa (1933).

³⁹ Ditt (1986) and Novy (1988).

co-operatives were governed and managed by pro-fascist administrators, and had a social base which still partly had an anti-fascist orientation. In other cases, the old management remained, having in some way complied with the new political situation and accepted various compromises and certain impositions⁴⁰.

Especially in those associations in which administrators close to the regime had been placed, the distance between these new managers and the old social base was very clear. A strong relationship matured, and the authoritarian impositions, which very often had originated from a private-law concept of co-operation, almost completely cancelled out the democratic mechanisms. Fascism debased the participatory instruments and emphasized the powers of those individuals — such as the technicians or the executives — who had been placed in roles because of their ideology. In certain cases they started to expropriate the property of consumer co-operatives: the assets, the office or other properties could be sold at favourable prices to people outside the co-operative, and it was not a coincidence that those favoured were close to fascism or were related to the new blackshirt administrators. In various provinces there was “legalized usurpation, conducted without outcry, but with equally annihilating determination: [...] of the forced sales, the compulsory dissolutions, the fake donations, caused by illegal pressure and threats and [...] supported by notarial deeds, minutes of assemblies, [...] by liquidating decrees of complaisant prefectural authorities”⁴¹.

Within the co-operatives in which fascism had achieved substantial and effective control, the members and the employees who had most strongly expressed — or continued to express — anti-fascist tendencies were harassed in various ways, from demotion down to expulsion under any pretext. Also, at this stage, supporters of the regime were granted paid positions in co-operatives⁴².

In the province of Ravenna, for example, where the consumer co-operative movement was a protagonist in the local market, fascism suppressed almost all the shops through various stratagems. Only a couple of the least important were left open, to the benefit of the private shopkeepers who thus found the road cleared of troublesome competitors⁴³. Some consumer

⁴⁰ Other managers, such as Angiolo Cabrini, sincerely conformed to fascism: Fabbri (1972).

⁴¹ Arbizzani *et al.* (1991): 15.

⁴² Storchi (1988).

⁴³ Casadio (2009). The case of consumer cooperation in Trentino is also important: Leonardi (1991).

co-operatives were closed down by local authorities after a fabricated inspection; others were accused of swindling the members, put under temporary receivership and then dissolved. This “reprivatizing axe”⁴⁴ — as this operation was defined — represented one of the hardest blows to the Italian co-operative movement.

In 1923 the Prefect of Turin divested the Associazione Generale Operaia (General Labour Association) of power and placed a commissar at the wheel of the historic Alleanza Cooperativa Torinese (Turin Co-operative Alliance) — the first consumer co-operative in Italy. The same fate befell the Unione Cooperativa di Milano (Co-operative Union of Milan), the largest and probably best-organized Italian consumer co-operative. Controlled by fascists from 1923, when some men were placed on the Board of Directors, it was subsequently placed under the administration of an external commissioner. An important measure taken by the new management close to the regime was the dismissal of many anti-fascist employees, who were replaced by persons close to the regime. Moreover, the fascists caused a reduction in turnover by closing those points of sale that were most troublesome to the shopkeepers, who were the most important competitors in the retailing sector⁴⁵.

Various cases of this kind were recorded in Germany as well, though over a much shorter time span (1933-1941). The start of the Second World War and the change in top officials at the Ministry of the Economy accelerated the decline of the German consumer co-operatives. In 1941 an ad hoc law decreed their definitive dissolution, starting in 1942. The businesses were liquidated and the members were reimbursed a small part of the shares, whereas the rest of the equity — human resources, points of sale, financial liquidity, etc. — went to the “*Gemeinschaftswerk der deutschen arbeitsfront*” (the Company of the German Labour Front), which was controlled by the State. The procurement mechanism, which had been duly restructured, was used to support the war effort. Thus, the aim which had prescribed a few years previously was dramatically realized. This aim was that the consumer movement should not only benefit the members, but was also subject to the greater interests of the nation⁴⁶.

It should be noted that within this very negative picture there were certain more positive elements from a business performance point of view. The most interesting element was the merger — either forced or incentivized — of small consumer co-operatives that operated within the same geographical

⁴⁴ D’Attorre *et al.* (1988): 100.

⁴⁵ Nejrotti (1984, 1986).

⁴⁶ International Co-operative Alliance (1940), Kluge (1991).

context. These were mostly businesses which had started on the initiative of different leaders or management groups and which until that point had preferred to compete rather than collaborate. Unification meant achieving economies of scale, with a greater critical mass; a more advantageous level of trade; a cut in the fixed costs; and a single president, a single director and a single Board of Directors. The managers' resistance to these mergers was often swept away by fascist authoritarianism. In 1929, for example, the fascist co-operator Tullio Giumelli set out an ambitious programme for the reorganization of the sector which, owing to the nostalgia for the early origins of Fascism and the compromises made during its concrete application, however, had a modernizing impact:

This is how the consumer co-operative should organize itself in Italy; suppression, even violent, of the small and useless organizations: in the towns, merger of the existing co-operatives; suppression of the sectoral co-operatives (tram drivers, railway workers, soldiers); alliances and mergers with municipal organizations which are only a remnant of the baggage of war. Imagine what a different influence co-operation in Milan would have if instead of the fifteen or sixteen enterprises of all kinds there was a single body with three hundred thousand members capable of selling several hundred million food items. [...] And in the rural areas: what a different influence would a single co-operative body have in Reggio Emilia with sixty branches instead of sixty consumer co-operatives spread over every "Villa" with an accumulation of administrators one more jealous than the other of his small business⁴⁷.

This programme was only partially carried out because in various provinces it faced opposition in the form of the fears of those shopkeepers who perceived the entrepreneurial modernization of the sector as a threat to their profits. They had a strong political influence since they were among the principal supporters of the rise of fascism. If we note that in Bologna, Reggio Emilia and Genoa the mergers between the consumer co-operatives actually occurred and can be judged positively with regard to business performance, we should also note that in other areas they remained on paper. In the municipality of Pavia in the mid-1930s there were ten different consumer co-operatives, whereas in Ancona — but also in Vigevano and Modena — eight small self-governing associations competed, each of which was located in a different district⁴⁸.

⁴⁷ Giumelli (1929): 87-90.

⁴⁸ Menzani (2009). See also Zamagni (1981).

All this explains why the number of co-operatives in Italy dropped from 7.514 to 2.938 in the period 1920-1938, but the turnover at constant prices per co-operative grew 49 per cent in comparison with 1915 levels (Table 1). There were fewer entities, but they sold much more than before. These data confirm that the fascist period prompted a concentration process for the consumer co-operative movement, as was also the case in other European countries under the leadership of technocrats, according to Brazda and Schediwy⁴⁹.

In Germany, the process of forced concentration was implemented with greater conviction, at least where the consumer co-operatives were not closed as a matter of course. A study by Kuno Bludau has demonstrated how the economic impact of nazism on the consumer co-operative movement had a two-fold effect: the termination of various entities and, in contrast, the increasing efficiency of many others (this increase in efficiency was due to the reorganization, i.e. the mergers of small businesses). As a rule, however, these economic benefits were not particularly long lasting — they were basically confined to the second half of the 1930s — because the outbreak of the Second World War meant this collective entrepreneurial experience was abruptly interrupted. The benefits were much more limited than in Italy because the final aim of the nazi regime was the destruction of the co-operative movement. A few entities benefitted from State action, but the movement lost around half of its members, social impact and turnover, until it was finally destroyed during the war⁵⁰.

Another important element was the choice — at both political and marketing level — to present the consumer co-operatives as an interclass entity and not, as had often occurred previously, as solely for the working class. This was important for two reasons: firstly, new groups of consumers came to these shops and, secondly, in many cases the points of sale abandoned the Spartan appearance that had previously distinguished them because they were focusing with greater conviction on the middle class and not just the working and farm-labour classes.

During the years of fascism, the consumer co-operative movement was involved in a very important organizational innovation: the establishment of the Ente Centrale Approvvigionamenti (“Central Wholesale Society” — ECA, and from 1938 EICA), which we can consider the ancestor of the national consortium for collective purchases, namely the ANCC (later Coop Italia)⁵¹. The establishment of the organization, which occurred in 1927, was certainly

⁴⁹ Brazda and Schediwy (1989).

⁵⁰ Bludau (1968).

⁵¹ Vera Zamagni *et al.* (2004). See also Casali (1994, 2000).

useful for the commercial modernization of the Italian consumer co-operative movement, and demonstrated the unmistakable intent of the regime to begin rescuing those large co-operatives that had been between 1921 and 1925. Even with all its limitations, including its still-limited range, the ECA represented the single purchase agency which co-operators had wanted since the nineteenth century, when many had begun looking with admiration upon the English CWS⁵². According to co-operative doctrine, this consortium of consumer co-operatives had to rise from below, that is to say from the communion of the efforts of the individual associations. In Italy, however, the ECA was the product of a rescue and standardization operation undertaken after the chaos of the preceding years, without any recognition of the need for democratization in the retailing sector. The creation of this consortium was strongly linked to the monetary policy of stabilizing the lira, because the main goal was to curb the consumer prices in order to preserve the purchasing power of Italians.

Regardless of these considerations, we deduce that the creation of ECA was a huge step towards the overall improvement of the consumer co-operative movement from a business point of view, and therefore an important "legacy" left by Italian fascism for the movement which flourished, after 1945, on foundations which were once again democratic.

IV. CONCLUSIONS

The impact of fascist ideology and the fascist governments on the consumer co-operative movement must be considered in generally negative terms, even if there are some significant exceptions in the field of business organization and performance.

Fascism opposed the consumer co-operative movement for two reasons. First, co-operation was a democratic organization linked to anti-fascist political cultures (socialism, christian democratic, and democratic liberal) and secondly, it was a competitor of the private shopkeepers, who represented an electoral base that approved of fascism. Because of these points, the consumer co-operative movement was the subject of a disparaging press campaign that was accompanied by a series of blackshirt attacks and — on an institutional level — a series of legislative measures penalizing the movement; these were followed by the "conquest" of many businesses through pressure or the imposition of new administrators. The figures demonstrate an undeniable contraction in the consumer co-operative movement in fascist Italy.

⁵² Battilani (1999).

However, there was no desire to close down permanently the consumer co-operatives. Rather, the fascists attempted to develop a new theory on the subject. The literature on this subject takes up thousands and thousands of pages, and dozens and dozens of monographs and reviews, all of which denigrate the old socialist and christian co-operation without managing to formulate any original reflection on fascist co-operation. In fact, this last entity was a particularly contradictory hybrid in which — on a theoretical level — leader-worship merged with members' democracy, oligarchy clashed with participation, and free elections had to be reconciled with the desires of the top levels. It is not surprising, therefore, that against this weakness, the actual behaviour of the fascist or fascistized co-operation was equally controversial.

The fate of many consumer co-operatives was dependent on the conduct of the new pro-fascist administrators. In various cases they were accessories to fraudulent divestments, and were driven by the desire to exploit the co-operatives for self-enrichment. In other cases, the co-operative was used as an instrument to discriminate against anti-fascists and to provide employment to right-wing sympathizers, or also to serve as a “sounding board” for the regime's propaganda. However, in some situations the work of the new administrators took on a more modern entrepreneurial vision. This meant that certain consumer co-operatives became more efficient from a business point of view, grew through mergers, and became more orientated towards the middle class and therefore more modern because they were less politicized and less overloaded with social burdens, thus following the European pattern of the consumer co-operativism during the interwar period.

Bibliography

- Alfieri, D. (1929). Premessa. In R. Scheggi (ed.). *La cooperazione nell'Italia fascista* (pp. IX-XVI). Milano: Alpes.
- Arbizzani, L., Onofri, N. S. and Garotti, G. R. (1991). *L'unione dei mille strumenti. Storia della cooperazione bolognese dal 1943 al 1956*. Bologna: Editrice Emilia Romagna.
- Basevi, A. (1953). *Sintesi storica del movimento cooperativo italiano*. Roma: Stab. Staderini.
- Battilani, P. (1999). *La creazione di un moderno sistema di imprese. Il ruolo dei consorzi nella cooperazione di consumo dell'Emilia-Romagna*. Bologna: Il Mulino.
- (2005). I mille volti della cooperazione italiana: obiettivi e risultati di una nuova forma di impresa dalle origini alla seconda guerra mondiale. In E. Mazzoli and S. Zamagni (eds.). *Verso una nuova teoria economica della cooperazione* (pp. 97-139). Bologna: Il Mulino.

- Biagi, B. (1927). *Il carovita e la cooperazione di consumo. Discorso pronunciato alla Camera dei Deputati l'11 marzo 1927*. Roma: Tipografia della Camera dei Deputati.
- Bludau, K. (1968). *Nationalsozialismus und Genossenschaftswesen*. Hannover: Verlag für Literatur und Zeitgeschehen.
- Boccolari, G. and Ferretti, V. (eds.). (1987). *La cooperazione "rossa" sotto la scure littoria. Il movimento cooperative reggiano nel periodo fascista*. Reggio Emilia: Ist. Storico Socialista P. Marani.
- Bof, F. (1995). *La cooperazione in Friuli e nella Venezia Giulia dalle origini alla seconda guerra mondiale*. Udine: Arti Grafiche Friulane.
- Bosworth, R. J. B. (1998). *The Italian Dictatorship: Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*. London: Arnold.
- Brazda, J. and Schediwy, R. (1989). Introduction. In J. Brazda and R. Schediwy (eds.). *Consumer Co-operatives in a changing world* (pp. 13-42). Ginebra: International Co-operative Alliance.
- Briganti, W. (ed.). (1978). *Il movimento cooperativo in Italia. 1926-1962*. Roma: Editrice Cooperativa.
- Caroleo, A. (1986). *Il movimento cooperativo in Italia nel primo dopoguerra (1918-1925)*. Milano: Franco Angeli.
- Casadio, A. (2009). L'età delle illusioni. La cooperazione di consumo dalla Prima guerra mondiale al Fascismo. In A. Baravelli (ed.). *Un secolo di cooperazione di consumo a Ravenna (1861-1980)* (pp. 119-169). Ravenna: Angelo Longo Editore.
- Casali, A. (1994). *I consorzi cooperativi nella cooperazione di consumo italiana. Dall'Ufficio centrale di provvedimento di Vercelli alla Coop Italia, 1887-1993*. Firenze: Consorzio cooperative di consumo, stampa.
- (2000). *Per una storia di Coop Italia: Mario Cesari (1926-1968)*. Bologna: Il Mulino.
- D'Attorre, P. P., Errani, P. L. and Morigi, P. (1988). *La città del silenzio. Ravenna tra democrazia e fascismo*. Milano: Franco Angeli.
- Degl'Innocenti, M. (1981). Geografie e strutture della cooperazione in Italia. In G. Sapelli (ed.). *Il movimento cooperativo in Italia. Storia e problemi* (pp. 3-88). Torino: Einaudi.
- Ditt, K. (1986). Le cooperative nel Terzo Reich. In M. Degl'Innocenti (ed.). *Le imprese cooperative in Europa* (pp. 282-307). Pisa: Nistri-Lischi.
- Dowe, D. (1988). Le unioni di cooperative commerciali, agrarie e di consumo in Germania nel XIX e nel XX secolo. In M. Degl'Innocenti (ed.). *Il movimento cooperativo nella storia d'Europa* (pp. 271-88). Milano: Franco Angeli.
- Fabbri, F. (1972). Angiolo Cabrini (1869-1937). Dalle lotte proletarie alla cooperazione fascista. *Cooperazione e società*, 1-2, 3-63.
- (2009). *Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo, 1918-1921*. Torino: UTET.
- Fairbairn, B. (1999). The Rise and Fall of Consumer Cooperation in Germany. In E. Furlough and C. Strickwerda (eds.). *Consumers against Capitalism? Consumer Co-operation in Europe, North America and Japan, 1840-1990* (pp. 267-302). Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- Fay, C. R. (1939). *Co-operation at Home and Abroad: a Description and Analysis*. London: P. S. King.

- Focarile, C. (1930). *La funzione sociale della cooperazione fascista per il potenziamento della stirpe*. Roma: Esperienza cooperativa.
- Franceschelli, M. (1949). *L'assalto del fascismo alla cooperazione italiana. (1921-1922)*. Roma: Ed. Coop.
- Friberg, K., Vorberg-Rugh, R., Webster, A. and Wilson, J. (2012). The Politics of Commercial Dynamics: Cooperative Adaptations to Postwar Consumerism in the United Kingdom and Sweden, 1950-2010. In P. Battilani and H. G. Schröter (eds.). *The Cooperative Business Movement, 1950 to the present* (pp. 243-262). Cambridge: Cambridge University Press. Available at: <https://doi.org/10.1017/CBO9781139237208.013>.
- Furlough, E. (1991). *Consumer cooperation in France: the politics of consumption: 1834-1930*. Ithaca: Cornell University Press.
- Gheduzzi, C. (1934). *La cooperazione svedese*. Bologna: Azzoguidi.
- Gide, C. (1922). *Consumers' Co-operative Societies*. New York: Alfred A. Knopf.
- Giumelli, T. (1929). La cooperazione di consumo in Italia e direttive per il suo maggiore sviluppo. In R. Scheggi (ed.). *La cooperazione nell'Italia fascista* (pp. 87-90). Milano: Alpes.
- Hilson, M. (2013). Consumer Co-operation and Economic Crisis: The 1936 Roosevelt Inquiry on Co-operative Enterprise and the Emergence of the Nordic 'Middle Way'. *Contemporary European History*, 22 (2), 181-198. Available at: <https://doi.org/10.1017/S0960777313000040>.
- Holyoake, G. J. (1857). *The History of the Rochdale Pioneers*. London: Trübner & Co.
- International Co-operative Alliance. (1940). *Consumers' Cooperation under the Nazi Regime*. New York: ICA.
- Killingback, N. (1988). Limits to Mutuality: Economic and Political Attacks on Co-operation during the 1920s and the 1930s. In S. Yeo (ed.). *New Views of Co-operation* (pp. 207-228). London: Routledge.
- Kluge, A. H. (1991). *Geschichte der deutschen Bankgenossenschaften. Zur Entwicklung mitgliederorientierter Unternehmen*. Frankfurt am Main: Fritz Knapp.
- Kurzer, U. (1997). *Nationalsozialismus und Konsumgenossenschaften: Gleichschaltung, Sanierung und Teilliquidation zwischen 1933 und 1936*. Pfaffenweiler: Centaurus. Available at: <https://doi.org/10.1007/978-3-86226-854-2>.
- Labadessa, R. (1928). *Caratteri distintivi della impresa cooperativa*. Roma: Grafia.
- (1931). *La cooperativa. Idee e realtà*. Roma: Cooperativa Ape.
- (1933). *Il bilancio della cooperazione del consumo in Italia*. Roma: Edizioni Enc.
- Lama, E. (1933). *La cooperazione italiana nella dottrina e nella pratica*. Roma: Casa editrice Pinciana.
- Leonardi, A. (ed.). (1991). *Un ventennio difficile di cooperazione trentina. Il Sait dal 1926 al 1945*. Rovereto: Pancheri.
- Maddison, A. (2006). *The World Economy*. Paris: OECD. Available at: <https://doi.org/10.1787/9789264022621-en>.
- Medina-Albaladejo, F. J. (2017). Consumer co-operatives in Spain, 1860-2010. In M. Hilson, S. Neunsinger and G. Patmore (eds.). *A global history of consumer co-operation since 1850: movements and businesses* (pp. 326-352). Leiden: Brill. Available at: https://doi.org/10.1163/9789004336551_016.

- and Pujol-Andreu, J. (2014). Cooperativas de consumo y niveles de vida, España 1865-1939: Una primera aproximación. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 494. Available at: <https://goo.gl/pHmxLe>.
- Menzani, T. (2009). *Il movimento cooperativo fra le due guerre. Il caso italiano nel contesto europeo*. Roma: Carocci.
- Mitchell, B. R. (2003). *International Historical Statistics. Europe, 1750-2000*. New York: Palgrave Macmillan.
- Nejrrotti, M. (1984). Il movimento cooperativo di consumo nel Milanese (1918-1925). *Storia in Lombardia*, 3, 119-169.
- (1986). Fascismo: la cooperazione compressa e snaturata. In G. Sapelli and M. Degl'Innocenti (eds.). *Cooperative in Lombardia dal 1886* (pp. 85-111). Milano: Unicopli.
- Novy, K. (1988). Cultura ed edilizia popolare e cooperative. In M. Degl'Innocenti (ed.). *Il movimento cooperativo nella storia d'Europa* (pp. 287-297). Milano: Franco Angeli.
- Pagano, L. (1930). *La cooperazione nel fascismo: cenno ético*. Napoli: Federazione regionale fascista delle cooperative.
- Pantaleoni, M. (1922). Prefazione. In G. Preziosi. *Uno Stato nello Stato. La Cooperativa Garibaldi della gente di mare* (pp. 11-17). Firenze: Vallecchi.
- Peruta, F. D. and Varni, A. (eds.). (1989). *Pietra su pietra: storie di fornaciai e muratori a Bologna tra immagini e parole*. Casalecchio di Reno: Grafis edizioni.
- Piemontese, G. (1928). *Le cooperative operaie di Trieste, Istria e Friuli*. Roma: Edizioni delle Cooperative operaie di Trieste Istria e Friuli.
- Preziosi, G. (1922). *Uno Stato nello Stato. La Cooperativa Garibaldi della gente di mare*. Firenze: Vallecchi.
- Prinz, M. (2017). German Co-operatives: Rise and Fall, 1850-1970. In M. Hilson, S. Neunsinger and G. Patmore (eds.). *A global history of consumer co-operation since 1850: movements and businesses* (pp. 243-266). Leiden: Brill. Available at: https://doi.org/10.1163/9789004336551_013.
- Setzer, J. (1989). The consumer co-operatives in Italy. In J. Brazda and R. Schediwy (eds.). *Consumer Co-operatives in a changing world* (pp. 819-897). Ginebra: International Co-operative Alliance.
- Storchi, M. (1988). La cooperazione reggiana nel fascismo: strutture e gerarchie (1923-1934). In M. Degl'Innocenti, P. Pombeni and A. Roveri (eds.). *Il PNF in Emilia Romagna: personale politico, quadri sindacali, cooperazione* (pp. 65-73). Milano: Franco Angeli.
- Thompson, E. P. (1966). *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage Books.
- Williamson, J. G. (1991). *Inequality, Poverty, and History: Kuznets Memorial Lectures of the Economic Growth Center, Yale University*. Oxford: Basil Blackwell.
- Wrigley, E. A. (1990). *Continuity, Chance and Change: The Character of the Industrial Revolution in England*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zamagni, S. and Zamagni, V. (2010). *Cooperative Enterprise. Facing the Challenge of Globalization*. Cheltenham: Edward Elgar. Available at: <https://doi.org/10.4337/9781849805667>.
- Zamagni, V. (1981). *La distribuzione commerciale in Italia fra le due guerre*. Milano: Franco Angeli.

- and Fornasari, M. (1997). *Il movimento cooperativo in Italia: un profilo storico-economico (1854-1992)*. Firenze: Vallecchi.
- Battilani, P. and Casali, A. (2004). *La cooperazione di consumo in Italia*. Bologna: Il Mulino.
- Zavaroni, A. (1987). Malvossi e Marpioni dietro uno strano libello. 'La Valvola' (1902-09). *l'Almanacco*, 11, 25-36.

EL DEBATE EN TORNO AL SEGURO DE SALUD PÚBLICO Y PRIVADO EN ESPAÑA: DESDE LA TRANSICIÓN POLÍTICA A LA LEY GENERAL DE SANIDAD (1975-1986)

The debate regarding public and private health insurance in Spain: From the political transition to the General Law of Health (1975-1986)

MARGARITA VILAR-RODRÍGUEZ

Universidad de A Coruña
mvilar@udc.es

JERÒNIA PONS-PONS

Universidad de Sevilla
jpons@us.es

Cómo citar/Citation

Vilar-Rodríguez, M. y Pons-Pons J. (2018).

El debate en torno al seguro de salud público y privado en España: desde la transición política a la Ley General de Sanidad (1975-1986).

Historia y Política, 39, 261-290.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.10>

(Recepción: 09/01/2017. Evaluación: 08/03/2017. Aceptación: 26/06/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

Este trabajo persigue como principal objetivo analizar cómo se gestaron y se debatieron en el Parlamento las bases del actual modelo sanitario español desde el inicio de la transición democrática hasta la aprobación de la Ley General de Sanidad en 1986. Durante este período se produjo un importante debate sobre el modelo y funcionamiento del sistema sanitario en España que orbitaba en torno al papel que debía representar el Estado en la gestión, financiación y prestación de servicios y su

competencia o cooperación con el sector privado. El estudio pone en evidencia que el debate sanitario ha venido protagonizado por dos modelos diferentes de sanidad que se han enfrentado desde los primeros momentos de la transición hasta el presente. La herida entre estas dos facciones sigue abierta y el consenso global lejos de ser alcanzado.

Palabras clave

Sanidad; modelo sanitario; España; transición política.

Abstract

This paper aims to analyze how the foundations of the current Spanish health model were developed and debated in Parliament from the beginning of the democratic transition until the approval of the General Health Law in 1986. During this period there was an important political debate on the model of the health system in Spain that orbited around the role that the State should represent in the management, financing and provision of services and its competence or cooperation with the private sector. The study shows that the health debate has been carried out by two different models of health that have been faced from the first moments of the transition to the present. The wound between these two factions remains open and the global consensus far from being reached.

Keywords

Health; health model; Spain; political transition.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. EL SEGURO DE SALUD EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: ENTRE LAS HERENCIAS Y LAS REFORMAS (1975-1978). III. EL DEBATE SOBRE EL MODELO SANITARIO EN LOS PRIMEROS PASOS DE LA DEMOCRACIA (1979-1981). IV. LA APROBACIÓN DE LA ANSIADA LEY DE SANIDAD (1986): DEBATE Y CONSECUENCIAS: 1. El debate sobre la Ley General de Sanidad. 2. El modelo establecido por la Ley General de Sanidad. V. CONCLUSIONES: LA AGENDA PENDIENTE TREINTA AÑOS DESPUÉS. BIBLIOGRAFÍA.

I. INTRODUCCIÓN

La muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 abrió la puerta hacia la transición de España a la democracia, un proceso finalmente exitoso que tuvo mucho de incoherente e improvisado¹. La mayoría de historiadores, políticos o periodistas han caracterizado a la transición española como un proceso singular por tres razones fundamentales: primero, porque fue una reforma política confeccionada desde la legalidad anterior —sin ruptura global—; segundo, porque consiguió un nuevo consenso histórico en el país —aunque no ausente de controversia y de confrontación política a corto y medio plazo— que derivó en la aprobación de la Constitución de 1978; tercero, porque cristalizó en un Estado democrático y autonómico, estable y plural, que consiguió integrarse en Europa en apenas una década.

En conjunto, la década de 1970 resultó un período complicado para España, pues se sucedieron crisis ocasionales, algunas más graves que otras, en el ámbito político (la incertidumbre y la complejidad de la transición), económico (las conocidas como crisis del petróleo que asolaron, sobre todo, a los países capitalistas occidentales) y social (oleada de manifestaciones en un marco de efervescencia política). Este difícil contexto se vio reflejado en la composición de los gobiernos y principales cargos políticos de la época: de un lado, muestran una imagen de continuidad más que de ruptura; de otro, revelan las dificultades para administrar las grandes demandas sociales del momento y encajar a la vez las diversas voluntades políticas en un país donde el estado de bienestar estaba por desarrollar.

¹ Sobre estas cuestiones, véanse García Delgado *et al.* (2008); Gallego (2008), y Carr (2009).

La cobertura sanitaria se posicionaba como una de las principales demandas de la población española durante la transición. La aprobación del Seguro Obligatorio de Enfermedad en 1942 convirtió la sanidad en una pieza clave del discurso propagandístico paternalista de «justicia social» utilizado por la dictadura franquista para amortiguar las tensiones internas del país en un marco de control de la población, represión laboral y pésimas condiciones de vida². Sin embargo, el modelo sanitario establecido por la dictadura revelaba un sistema imperfecto y con graves problemas, ahogado por un déficit financiero crónico y con capacidad de cobertura muy limitada tanto en términos de prestaciones ofrecidas como en porcentaje de población cubierta. Además, el Estado franquista se desentendió por completo de su financiación y el sistema permaneció costeado básicamente por empresarios y trabajadores, quienes destinaban un porcentaje de su raquítrico salario a las cotizaciones y recibían unas prestaciones irrisorias, cada vez más depreciadas por la fuerte inflación del período³. En consecuencia, los trabajadores se convirtieron en las principales víctimas de las imperfecciones del sistema sanitario vigente durante la dictadura. Este modelo protector careció además de dos pilares básicos en los modelos de cobertura social vigentes en los países de la Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial: la universalización de las prestaciones y el carácter redistributivo desde el punto de vista social⁴. Sin una reforma fiscal que aportase el sostén financiero y bajo las limitaciones propias de un régimen dictatorial resultaba imposible avanzar en la modernización del sistema sanitario.

Los años setenta suponen una década de dos esperas históricas en el ámbito sanitario: la llegada de la democracia y la creación del Ministerio de Sanidad⁵. Se confiaba en que ambos aspectos permitiesen establecer en España un sistema sanitario público de corte europeo. En este objetivo se concentraron las expectativas de políticos, profesionales médicos y de la sociedad en

² Estos aspectos han sido ampliamente estudiados en Pons y Vilar (2014).

³ Los salarios reales se mantuvieron bajos en la posguerra en un marco de falta de libertades y derechos laborales, véase Vilar (2004).

⁴ Véanse Comín (1996; 2010). En particular, como señala Comín (2015: 174), «la dictadura de Franco fue una excepción en la Europa occidental, lo que explica que la política económica y fiscal de Franco fuese una reliquia del pasado, utilizada en los países fascistas, que contrastó con las aplicadas en la Europa democrática e incluso en otras dictaduras como Portugal». La rigidez en la recaudación del Estado durante la dictadura (basada en impuestos indirectos y con un elevado fraude y ocultación) limitó los gastos y obligó a recurrir de manera abusiva a las emisiones de deuda pública.

⁵ Francia (1997) y Guillén (2000).

general. Pero el proceso no resultó sencillo. Primero, porque el sector sanitario vivió durante estos años un permanente conflicto en muchos frentes, pues no existía acuerdo entre las diferentes fuerzas políticas, sociales y profesionales sobre el modelo sanitario. Segundo, porque la reforma sanitaria necesitaba de la reforma previa del marco hacendístico y político, que no se consolidó hasta la reforma tributaria de 1977 y la aprobación de la Constitución en 1978. Tercero, porque casi cuarenta años de dictadura habían dejado como herencia una estructura sanitaria llena de problemas organizativos y financieros y de deficiencias difíciles de resolver de manera inmediata.

En conjunto, desde el inicio de la transición democrática hasta la aprobación de la Ley General de Sanidad en 1986, se produjo un importante debate sobre el modelo y funcionamiento del sistema sanitario español⁶. Este proceso, apenas estudiado en la historiografía, resultó clave para definir el modelo sanitario vigente en España en las décadas posteriores. Este trabajo tiene como principal objetivo aportar un análisis pormenorizado de este debate. El estudio pone en evidencia que el debate sanitario ha venido protagonizado por dos modelos diferentes de sanidad que se han enfrentado desde los primeros momentos de la transición hasta el presente. La herida entre estas dos facciones sigue abierta y el consenso global, lejos de ser alcanzado. Partiendo de estas ideas, resulta de gran interés estudiar cómo se gestaron y se debatieron en el Parlamento las bases del actual sistema sanitario español, un país que ha logrado alcanzar las mejores posiciones en los *rankings* internacionales tanto en indicadores de salud de sus ciudadanos como en valoración de su sistema sanitario⁷.

II. EL SEGURO DE SALUD EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: ENTRE LAS HERENCIAS Y LAS REFORMAS (1975-1978)

El Instituto Nacional de Previsión (INP), centro del poder sanitario durante el franquismo y brazo ejecutor de la política social durante la

⁶ Las formas de cobertura de la asistencia sanitaria se han vinculado a los modelos estatales de bienestar establecidos por Esping-Andersen (1990; 1996). A partir de aquí, otros autores han aportado matices y diferencias entre países, incluso entre aquellos que inicialmente parecían formar parte de la misma categoría. Sobre los modelos de bienestar en el sur de Europa en perspectiva comparada, véanse Ferrera (1996) y Guillén (2006).

⁷ Los estudios disponibles sobre estos indicadores muestran la buena posición española en este ámbito, véase, por ejemplo, Medeiros y Schwierz (2015).

dictadura, se convirtió en centro principal de las críticas de los que perseguían una renovación profunda en la sanidad con el cambio de régimen⁸. De un lado, el INP se identificaba demasiado con el modelo de política social de la dictadura como para poder revestirlo de un traje democrático y convertirlo en abanderado de la reforma sanitaria en la transición. De otro, el INP había mostrado su incapacidad para resolver los problemas de financiación acumulados y había fracasado en la europeización de un sistema sanitario diseñado en un marco dictatorial y con enormes fallas en términos de cobertura y gestión⁹. Por este y otros motivos, el INP estaba condenado a desaparecer antes o después en un contexto de creciente conflicto sanitario agravado por los efectos negativos derivados de la crisis económica. El profesor Camilo Lluch afirmaba en un artículo de prensa publicado en 1976 que «la Seguridad Social en España está inmersa en una profunda crisis que afecta a su financiación, a sus gastos, a su gestión y a su control»¹⁰. Tomando como base este diagnóstico, proponía un replanteamiento completo del modelo que debería contener necesariamente un control democrático del presupuesto de la Seguridad Social y un nuevo modelo de financiación que corrigiese los negativos efectos redistributivos sobre la renta del esquema aplicado hasta entonces, basado en cargos a los propios trabajadores, bien mediante cuotas sobre salarios, bien mediante la elevación de los precios de los bienes y servicios que consumen para compensar la cuota empresarial. Según reflejan las *Memorias Estadísticas de la Seguridad Social*, en 1970 el 90,26 % de los ingresos del Sistema de la Seguridad Social procedía de las cuotas pagadas por empresarios y trabajadores; el casi 10 % restante se repartía entre las subvenciones del Estado y otros recursos minoritarios. En 1975 la situación apenas había variado; las cuotas de empresarios y trabajadores mantenían un porcentaje del 88,62 %. Dentro de las cotizaciones sociales, las cuotas al seguro de enfermedad representaban en torno al 50 % del importe total. Este esquema era insostenible. Sin embargo, una reforma fiscal previa parecía imprescindible (aunque no suficiente) para una mayor financiación del sistema por parte del Estado. Pero el país tenía muchos deberes pendientes.

En mayo de 1977, el diario *Ya* recogía las líneas principales de los programas sanitarios de tres partidos políticos donde quedaban claros los diferentes modelos perseguidos¹¹. El Partido Demócrata Popular (más tarde en

⁸ Jurado (1993): 18.

⁹ Sobre estos aspectos, véase Pons y Vilar (2014).

¹⁰ «La seguridad social en la encrucijada», *Ya*, 17-11-1976, Hemeroteca Archivo Linz, R-58860.

¹¹ Para este párrafo, véase «La reforma sanitaria, a debate», *Ya*, 14-5-1977, Hemeroteca Archivo Linz, R-59715.

AP) defendía «la sanidad como un servicio público esencial que debe encauzar el estado; regionalización de las redes de hospitales y demás servicios dirigida a lograr una cobertura total de las necesidades asistenciales; y libre elección de médico». Por su parte, la Federación Social Demócrata (más tarde UCD) perseguía «la creación del servicio de salud pública que beneficie al conjunto de la población española, con máxima descentralización de servicios y posibilidad de libre elección de médico y centro de asistencia mediante el pago de una cantidad mínima proporcional a su coste y renta». Finalmente, el Partido Socialista Popular (más tarde en PSOE) proponía «la implantación de una política de salud integral, servicio nacional de salud, único, público y gratuito, financiado exclusivamente a través de impuestos y compatible durante el período de adaptación de la misma con la práctica privada de la medicina; paralelo impulso de campañas de prevención y educación sanitaria».

Hubo que esperar al resultado derivado de las primeras elecciones democráticas de junio de 1977 para abordar el conflicto. Tras la apertura del período constituyente, llegaron los primeros intentos de reforma. Los principales escaños en el Congreso se repartían entre UCD (165), PSOE (118), PCE (20) y AP/PP (16)¹². Dentro de este marco, un PSOE con claras aspiraciones de alcanzar el Gobierno ejerció una dura y activa oposición, también en el ámbito de la sanidad. Enrique Sánchez de León¹³ se convirtió en ministro de Sanidad (julio 1977-marzo 1979) durante el primer gobierno de la UCD elegido por las urnas y liderado por Adolfo Suárez. Su ministerio se creó sobre dos organizaciones estatales: la Dirección General de Sanidad, hasta ahora bajo el paraguas del Ministerio de Gobernación, y la Seguridad Social, hasta entonces bajo la competencia del Ministerio de Trabajo¹⁴. Con esta unificación se ponían las bases para el nacimiento del Ministerio de Sanidad y Seguridad Social, como respuesta a la necesidad de unificar en un solo organismo estatal

¹² Datos recogidos de Linz *et al.* (2005), cuadro 14.26.

¹³ Licenciado en derecho, ingresó en el Cuerpo Superior de Inspectores de Trabajo y Seguridad Social del Ministerio de Trabajo en 1960. En 1971 pasó a formar parte del Congreso como procurador general del Estado. Entre otros cargos, había sido nombrado director general de Ordenación de la Seguridad Social en el primer Gobierno de la monarquía. Información obtenida del Archivo del Congreso de los Diputados.

¹⁴ El primer Ministerio de Sanidad en la historia de España se había creado durante la II República, siendo su titular Francisco Largo Caballero. El ministerio desapareció tras la Guerra Civil y sus competencias fueron asumidas por el Ministerio de la Gobernación hasta 1977.

las dispersas competencias que en materia de salud pública se distribuían hasta entonces en ministerios diversos¹⁵.

El sector más crítico con la sanidad vigente calificó este proceso como una oportunidad perdida para reformar de raíz y modernizar la sanidad española, puesto que «el control del ministerio quedó en manos del grupo de presión más continuista, defensor del modelo sanitario elaborado por el INP»¹⁶. A pesar de las críticas, el ministro siguió adelante estableciendo dos principales objetivos a cumplir durante su mandato: la reforma de la Seguridad Social y la elaboración de una ley de sanidad¹⁷. La primera perseguiría los objetivos de simplificación y racionalización económica y de democratización de los órganos de vigilancia y control para obtener la máxima rentabilidad social. La segunda debía clarificar las responsabilidades públicas y privadas así como los objetivos prioritarios del modelo sanitario del país.

En el mes de octubre de 1977 comenzó el estudio para la elaboración de una ley de salud¹⁸. El 1 de diciembre de 1977 se celebra el debate de la primera sesión informativa de la Comisión de Sanidad y Seguridad Social en el Congreso de los Diputados¹⁹. En su discurso de apertura, el ministro Sánchez de León presentó los principales problemas de la sanidad española y las líneas maestras a seguir por su ministerio, que «nace compuesto de retazos y con muchos problemas enquistados»²⁰. Entre los problemas destacó tres muy graves que afectaban a los pilares del sistema. Primero, reconoció la regresividad de la seguridad social en España puesto que las bases teóricas de cotización más próximas a la remuneración real se mostraban en los salarios más bajos y no en los más altos, donde realmente existía la mayor capacidad contributiva²¹. Segundo, asumió la persistencia de una gestión sanitaria obsoleta que «vinculaba la higiene, la pobreza, la caridad, la asistencia, la medicina preventiva en una maraña de organismos y actuaciones dignas de ser corregidas»²². Tercero, puso énfasis en el excesivo gasto en farmacia (89 mil millones de pesetas al año), que convertía a España en el séptimo país del mundo en consumo farmacéutico, y la ineficiente distribución del personal sanitario (por

¹⁵ Decreto 1558/77 de 4 de julio, BOE 05/07/1977.

¹⁶ Francia (1997): 123-126.

¹⁷ «Los reformadores», *ABC*, 22-1-1978, p. 3.

¹⁸ «Estudio de la Reforma de asistencia sanitaria y de las bases de la futura ley de la salud», *ABC*, 02-10-1977.

¹⁹ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, año 1977, núm. 32, p. 1159.

²⁰ «Hoy, nueva sesión de la cumbre de la Moncloa», *ABC*, 18-12-1977.

²¹ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, año 1977, núm. 32, p. 1173.

²² *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, año 1977, núm. 32, p. 1183.

aquel entonces sesenta mil médicos, 3400 odontólogos, dieciocho mil farmacéuticos, siete mil veterinarios, ochenta mil ayudantes técnicos sanitarios y cinco mil matronas). Estos problemas urgían una reforma sanitaria que permitiese conseguir una mayor operatividad, con una reducción del gasto y la progresiva clarificación económica y financiera, y corregir los graves defectos del sistema de prestaciones que gozaba de clara impopularidad, sobre todo en el caso de la asistencia primaria.

¿Pero qué modelo sanitario proponía la UCD en 1977? El ministro Sánchez León parecía tenerlo claro: «La Seguridad Social necesita democratizarse y socializarse, pero no estatalizarse»²³. Es decir, se proponía un sistema sostenido en la liberalización de la primera asistencia, la interrelación entre las distintas instituciones, la asistencia psiquiátrica, el impulso de la medicina de familia y la descentralización. Teniendo en cuenta estos aspectos, el Ministerio presentó un anteproyecto de ley de sanidad en diciembre de 1977. El texto generó duras críticas desde el Colegio de Médicos, los sindicatos y los partidos de la oposición. Los diputados del PSOE Guillermo Galeote y Vicente Martín ejercieron una dura oposición en torno a dos cuestiones²⁴: el papel del Estado en el ámbito de la sanidad (funciones a asumir y estrategia de la política sanitaria) y la necesidad de generar transparencia y confianza a la sociedad en torno a la «jungla de la Seguridad Social». Dentro de este clima de tensión, el avance del proyecto se enquistó.

Unos meses más tarde, los representantes del Ministerio de Sanidad justificaban el retraso del proyecto argumentando que «en tanto no se apruebe la Constitución por referéndum, lo único que puede hacer el Ministerio es ir arbitrando una serie de normas internas que faciliten el buen funcionamiento de la sanidad», sin avanzar más²⁵. Bajo su argumento, entendían que la reforma sanitaria debía esperar hasta que se diese a conocer el modelo socio-económico del país, que debería venir establecido por el texto constitucional. A los problemas de corte político había que sumar la falta de control de los gastos y de los ingresos y la ineficacia en la prestación de servicios, denunciada por médicos y periodistas en la prensa diaria, pues «la actual estructura de ingresos y pagos supone de hecho un campo abonado para el descontrol, las corruptelas y el pago de extratipos a mutualidades y demás organismos autónomos

²³ «Sánchez de León: Antes de fin de año se presentará a las Cortes el proyecto de Reforma sanitaria», *ABC*, 5-11-1977.

²⁴ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, año 1977, núm. 32, p. 1185 y ss.

²⁵ «La reforma sanitaria se establecerá tras la aprobación de la Constitución», *El País*, 30-8-1978 y «El difícil e inalcanzable camino de la reforma sanitaria», *El País*, 15-9-1978.

difícilmente perseguible, dado que en estos momentos la Seguridad Social cuenta con más de dos centenares de comisiones gestoras que actúan poco más o menos como reinos de taifas²⁶. A este conflicto había que añadir «el atraso y falta de pago de las cuotas de la Seguridad Social por parte de gran número de empresas» afectadas por la crisis económica de aquellos años, que casi había conducido al INP a la bancarrota en el verano de 1977. Ante los graves desequilibrios financieros, el Ministerio estableció medidas restrictivas sobre algunas partidas de gastos de la Seguridad Social. Las guardias de médicos, las pensiones alimenticias de los enfermos hospitalizados y las adquisiciones de útiles, lencería y material fungible de los hospitales se convirtieron en el principal objetivo de los recortes²⁷. El malestar social creció.

Los Pactos de la Moncloa incluían un importante programa de reformas de la Seguridad Social centradas en inyectar transparencia y responsabilidad pública como contraposición al INP, que representaba por aquellos tiempos la opacidad y fracaso del sistema sanitario en España. El problema radicó en que la mayor parte de los acuerdos tomados no se llevaron a la práctica por los sucesivos Gobiernos de la UCD, lo que contribuyó al desencanto social y abrió un período de fuertes debates políticos y mediáticos con dos grupos bien definidos, uno de ruptura con el sistema vigente y otro de integración²⁸. Por una parte, la mayoría de la opinión pública, sindicatos, partidos de izquierda (PSOE y PCE) y minoritarios sectores profesionales del ámbito sanitario defendían un sistema basado en un servicio nacional de salud, que integrase las instituciones sanitarias de todas las Administraciones Públicas, de cobertura universal y financiación básicamente estatal. Por otra, la mayoría de los médicos y de la Administración Sanitaria, junto con los partidos de la UCD y AP, abogaban por un sistema de seguros sociales, financiado mayoritariamente a través de la Seguridad Social (con participación marginal del Estado) y gestionado a través de conciertos públicos y privados para aprovechar la totalidad de los recursos sanitarios disponibles en el país. Este posicionamiento abrió un encendido debate político y social entre los defensores de la medicina liberal y los partidarios de la medicina social, lo que no benefició el avance hacia la reforma consensuada. Es más, los dos frentes mantuvieron sus posiciones durante los años de transición y, lejos de buscar el acuerdo, convirtieron la controversia en materia de salud en uno de los principales enfrentamientos políticos parlamentarios.

²⁶ «Proyecto para centralizar los ingresos y gastos de la Seguridad Social», *El País*, 31-5-1978.

²⁷ «El difícil e inalcanzable camino de la reforma sanitaria», *El País*, 15-9-1978.

²⁸ Elola (2001): 53.

A medida que pasaba el tiempo, el INP resultaba más cuestionado por la opinión pública, los colegios profesionales, sindicatos y parte de los políticos. Sin embargo, el ministro de Sanidad continuaba apoyando públicamente su gestión y lo calificaba de «organismo ideal para actuar como soporte de nuevas andaduras, debido a su capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias sociales»²⁹. Pero el mantenimiento del INP se había convertido en un escollo para avanzar, por lo que estaba condenado a desaparecer. Los cambios no llegaron hasta la aprobación de la Constitución en 1978. Sin duda, había demasiados frentes abiertos en el período y era necesario establecer prioridades. La Constitución dedica a la salud el art. 43, redactado como sigue³⁰: «1. Se reconoce el derecho a la protección de la salud; 2. Compete a los poderes públicos organizar y tutelar la salud pública a través de medidas preventivas y de las prestaciones y servicios necesarios. La ley establecerá los derechos y deberes de todos al respecto; 3. Los poderes públicos fomentarán la educación sanitaria». Este artículo sienta las bases legislativas de un enfoque más moderno y europeísta de la sanidad en España, pero a la vez deja un amplio campo a las reformas sanitarias. Por otro lado, la Constitución contiene también reglas básicas sobre la distribución de las competencias sanitarias entre el Estado y las comunidades autónomas. Según el art. 149.1.16.^a, corresponde al Estado «la Sanidad exterior. Bases y coordinación general de la sanidad. Legislación de productos farmacéuticos». Este artículo abría la posibilidad de caminar hacia la descentralización sanitaria.

Una vez conseguido el acuerdo constitucional, en el otoño de 1978, se aprobó el Real Decreto Ley 36/1978³¹, por el que se procedió a la reorganización de todo el sistema de Seguridad Social con el fin de simplificar y racionalizar su labor. Dentro de este contexto, desapareció el INP, se extinguieron el Servicio de Mutualismo Laboral, las mutualidades laborales y demás instituciones de estructura mutualista, y se crearon tres grandes entidades gestoras de la Seguridad Social, sujetas a principios de solidaridad financiera y unidad de caja³²: El Instituto Nacional de la Seguridad Social (INSS), gestor de las prestaciones económicas, donde quedaron integradas las mutualidades y

²⁹ «La seguridad social debe reformarse en profundidad», *ABC*, 28-2-1978.

³⁰ Muñoz *et al.* (1997): 223. Sobre la Constitución de 1978 y el modelo económico y social de Estado, véase Vallejo (2003).

³¹ BOE 18/11/1978, núm. 276, pp. 26.245-26.249.

³² El Mutualismo Laboral había nacido con la aprobación de la Orden del Ministerio de Trabajo de 24 de octubre de 1946 con el objetivo de complementar los seguros sociales existentes, dado que la cuantía de sus prestaciones se había mantenido muy baja. Más detalle sobre este tema tan complejo en Pons y Vilar (2014): 145 y ss.

demás entidades gestoras de estructura mutualista³³; el Instituto Nacional de Salud (INSALUD), para la administración y gestión de los servicios sanitarios; y el Instituto Nacional de Servicios Sociales (INSERSO), responsable de los servicios complementarios de las prestaciones del Sistema de la Seguridad Social (como los servicios a ancianos y personas inválidas). En paralelo, como organismos autónomos del Estado, se crearon la Administración Institucional de la Sanidad Nacional, para la administración de los servicios de prevención y asistencia que le fuesen encomendados, y el Instituto Nacional de Asistencia Social, para ejecutar los servicios de asistencia social del Estado, complementarios a los del Sistema de Seguridad Social. Dentro de este organismo quedaron integrados los establecimientos de asistencia pública, dependientes de la Dirección General de Servicios Sociales. De manera simultánea, quedaron transferidas a la Administración institucional del Estado y dejaron de tener la condición de Organismos de la Seguridad Social: el Servicio de Empleo y Acción Formativa, Promoción Profesional Obrera, el Servicio de Universidades Laborales y el Servicio Social de Seguridad e Higiene en el Trabajo. Junto con estas medidas, se crearon también el Instituto Nacional de Empleo para gestionar las prestaciones del desempleo y la Tesorería General de la Seguridad Social, responsable de administrar los recursos del sistema. En conjunto, con estos cambios se pusieron las bases para unificar todas las competencias en materia de salud en torno a una única entidad, el INSALUD³⁴.

En la introducción del Real Decreto Ley 36/1978 se destacan tres principales problemas —heredados del franquismo— que justifican los cambios en la gestión de la sanidad española. En primer lugar, era necesario simplificar el número de entidades gestoras, racionalizar sus funciones y descentralizar sus tareas administrativas. Además, el texto «faculta al Gobierno para regular la participación en ellas de sindicatos, organizaciones empresariales y Administración, dando así cumplida respuesta a una de las demandas sociales de mayor arraigo». En segundo lugar, la reforma permite reintegrar al Estado funciones que había asumido la Seguridad Social y que no son propias de la misma, «tales como las referidas a empleo, educación y servicios sociales, más propias de un concepto de servicio público que no del delimitado acotamiento de prestaciones de la Seguridad Social». En tercer lugar, la pretensión de

³³ Recordemos que en los años setenta se aprobaron diversas mutualidades de funcionarios que generaron efectos positivos en el negocio del seguro privado de salud. La entrada en vigor de la Ley 33/1984, de 2 de agosto, de Ordenación de Seguro Privado determinó la inclusión de las mutualidades y montepíos de previsión social en el sector de los seguros; véase Pons y Vilar (2014): 400.

³⁴ Sevilla (2006): 14.

simplicación y racionalización se «compatibiliza con el principio de caja única en toda la Seguridad Social». En conjunto, la reforma posibilita una clara delimitación de tres áreas diferentes con objetivos específicos: la salud, la seguridad social y los servicios de asistencia social.

En septiembre de 1978 un artículo en la Tribuna Libre de *El País* ponía en evidencia la insostenible situación de la asistencia sanitaria en España basándose en cuatro deficiencias³⁵: 1) ausencia de una medicina básica urbana y rural con ambulatorios desbordados y carentes de medios adecuados; 2) escasez e irracionalidad en la distribución de hospitales; falta de medidas preventivas mínimas y de educación sanitaria; 3) abusivo consumo de fármacos; 4) nefasta gestión económica del INP, que carecía de la menor participación democrática de los trabajadores sanitarios y los asegurados, y presenta graves irregularidades con los fondos «que en ocasiones se han dedicado a subvencionar sectores poco rentables del INI, e incluso a reservas disponibles para la banca privada». La parálisis legislativa no hacía más que agravar los problemas.

III. EL DEBATE SOBRE EL MODELO SANITARIO EN LOS PRIMEROS PASOS DE LA DEMOCRACIA (1979-1981)

La aprobación de la Constitución y la creación de las entidades gestoras de la Seguridad Social no desactivaron el conflicto en torno a la renovación sanitaria, principal objetivo de los responsables de la cartera de este ministerio en las siguientes legislaturas. Unos meses más tarde, tras las elecciones de marzo de 1979, Sánchez León fue sustituido en la cartera de Sanidad sin haber conseguido aprobar una ley de sanidad y con la limitada satisfacción de haber sustituido al obsoleto y cuestionado INP por un nuevo sistema de gestión de la Seguridad Social. El reparto de los escaños en el Congreso entre las principales fuerzas políticas (UCD, 168; PSOE, 121; PCE, 23 y AP/PP, 9) apenas había variado respecto a las elecciones de 1977, pero la oposición política del PSOE a las políticas gubernamentales se recrudeció en un marco de crecientes expectativas electorales³⁶.

Al igual que su predecesor, Juan Rovira Tarazona (abril 1979-septiembre 1980), ministro de Sanidad y Seguridad Social en la primera legislatura constitucional, se propuso como principal objetivo de su mandato la elaboración de

³⁵ «La insostenible situación de la asistencia sanitaria», *El País*, 8-9-1978, Hemeroteca Archivo Linz, R-59748.

³⁶ Datos recogidos de Linz *et al.* (2005), cuadro 14.26, p. 1.114.

dos nuevas leyes sobre seguridad social y sanidad³⁷. En una de sus primeras conferencias de prensa el ministro Rovira planteaba tres medidas urgentes a conseguir: la puesta en funcionamiento de la Tesorería de la Seguridad Social, «con el fin de clarificar los temas financieros pendientes y gestionar mejor los recursos»; promocionar los nuevos institutos recientemente creados; y presentar al Congreso lo antes posible los nuevos textos legislativos³⁸. Un mes más tarde, en junio de 1979, se hacen públicos dos textos, uno del Gobierno y otro del principal partido de la oposición, el PSOE, que ponen sobre la mesa una propuesta de corte muy diferente³⁹. El acuerdo resultó imposible. Por aquel entonces España necesitaba una reforma sanitaria de Estado, pero el tema de la sanidad se había convertido en un pulso entre las dos principales fuerzas políticas.

A finales de diciembre de 1979, una comisión de expertos elegida en el Congreso de los Diputados presentó un índice básico de temas para comenzar a trabajar en el proyecto sanitario. La comisión, integrada por catorce miembros, entre los que figuraban el secretario de Estado para la Sanidad; el director general de Salud Pública; los presidentes de los Consejos Generales de los Colegios Médicos, Farmacéuticos, Veterinarios, Técnico-Sanitarios y Odontólogos; los decanos de las facultades de Medicina de Madrid y Barcelona y varios catedráticos de Derecho Administrativo, pasó el testigo a un grupo de trabajo integrado por representantes de todos los grupos parlamentarios para confeccionar un borrador de reforma sanitaria a partir del índice propuesto⁴⁰. Dos meses más tarde, se presentó un primer borrador que tuvo mala acogida ante la Comisión de Sanidad del Congreso de los Diputados, presidida por el antiguo ministro Sánchez León —lo que ponía en evidencia la línea continuista de la UCD—, sobre todo por el grupo parlamentario socialista⁴¹.

En febrero de 1980 se dieron por terminados los debates previos en la Comisión sobre las líneas generales de la reforma sanitaria, sin haber alcanzado el consenso político. ¿Dónde estaba el principal escollo? De nuevo, en el

³⁷ Abogado del Estado que ocupó diversos cargos en el Ministerio de Hacienda durante la dictadura. Más tarde, en 1976, fue nombrado subsecretario de la Seguridad Social y luego ministro de Sanidad. Tras su cese en 1980, pasó a ser delegado del Gobierno en Cataluña. Información obtenida del Archivo del Congreso de los Diputados.

³⁸ «Rovira con los delegados territoriales de sanidad», *ABC*, 30-5-1979.

³⁹ «Reforma sanitaria», *ABC*, 30-6-1979.

⁴⁰ «No hay consenso en la financiación ni sobre el servicio nacional de salud», *ABC*, 1-12-1979.

⁴¹ «La comisión ejecutiva del PSOE estudió la reforma sanitaria», *Diario 16*, 30-1-1980, Hemeroteca Archivo Linz, R-20061, y «El PSOE contra el documento de la reforma sanitaria», *ABC*, 13-2-1980.

diferente modelo sanitario que pretendían la UCD y el PSOE. Para la UCD, la sanidad no debía ser más que una tarea del Estado ejercitada no a través de un Servicio Nacional de Salud, «que no es más que la estatalización de la gestión sanitaria», sino de un servicio público en el que puedan concurrir todos los agentes sanitarios incluidos los de la iniciativa privada. Mientras tanto, los socialistas partían de tesis estatalizadoras y proponían un profundo proceso de reforma sanitaria que supusiera una auténtica renovación del modelo existente⁴². Ambos partidos cruzaron acusaciones de plagio, mala fe e incitación al disenso en la prensa del país. El proceso se enquistó cada vez más para un Ejecutivo que no contaba con la mayoría absoluta en las Cortes y un PSOE que veía cada vez más cerca su llegada al Gobierno⁴³.

En abril de 1980, la federación de sanidad de UGT hizo pública una propuesta de ley de sanidad con cuatro garantías básicas no negociables: la protección de la salud de todos los españoles y no solo de los que pagasen cuotas a la Seguridad Social; que las obligaciones concretas del sector sanitario recayesen en los municipios; la necesaria participación de los usuarios en los órganos de gestión; y, por último, una financiación presupuestaria para el sector⁴⁴. La propuesta recibió una buena acogida en el ámbito socialista, pero chocó con algunos de los planteamientos básicos expuestos por el Gobierno. Un mes más tarde, en mayo de 1980, el Congreso retomó el debate sobre la reforma sanitaria a partir del texto elaborado por la Comisión de Sanidad y Seguridad Social de la Cámara. Su presidente, Sánchez León, insistía en la idea de que «la sanidad no debe ser más que una tarea del Estado, ejercitada no a través de un Servicio Nacional de Salud, que no es más que la estatalización de la gestión sanitaria, sino de un servicio público de salud en el que puedan concurrir todos los agentes sanitarios, incluidos los de la iniciativa privada»⁴⁵. El PSOE presentó una enmienda a la totalidad del texto elaborado por la UCD al que calificó de «chapuza continuista». La enmienda se rechazó y el debate otra vez se enquistó.

La propuesta de bases para la reforma sanitaria presentada por la UCD siguió adelante, apoyada por el partido liderado por Fraga Iribarne, Coalición Democrática. El siguiente paso sería la elaboración de un proyecto de ley y su posterior remisión al Parlamento. Pero, otra vez, el proyecto se vio frenado por la sombra de las irregularidades y las confrontaciones políticas. De un lado, la

⁴² «El Ministro de Sanidad defendió la reforma sanitaria», *ABC*, 8-3-1980 y «La Comisión de Sanidad y Seguridad Social», *ABC*, 20-3-1980.

⁴³ «El Ministerio de Sanidad acusa de plagio al PSOE», *ABC*, 21-2-1980.

⁴⁴ «UGT elabora una ley de sanidad», *ABC*, 3-4-1980.

⁴⁵ «El Congreso comienza a estudiar hoy la reforma sanitaria», *ABC*, 6-5-1980.

oposición liderada por el PSOE presionaba por una reforma sanitaria «de Estado». De otro, salía a la luz el escándalo por la filtración de unas auditorías e informes internos que ponían de relieve presuntas irregularidades en numerosos hospitales públicos⁴⁶. Dentro de este contexto, en septiembre de 1980, se produjo un relevo ministerial. Alberto Oliart Saussol llegó al Ministerio de Sanidad con el firme propósito de impulsar una comisión parlamentaria para investigar a fondo y clarificar las cuentas del INSALUD⁴⁷. Para poner orden en la Seguridad Social, incorporó a su equipo al economista José Barea. El proceso creó fuertes tensiones en los «cuadros históricos» del citado organismo y un cruce de declaraciones en la prensa, aprovechado por diferentes sectores políticos y profesionales⁴⁸.

Oliart trató de aportar soluciones al peligroso agujero financiero de las cuentas de la Seguridad Social, pero la necesidad de medidas de ajuste para afrontar la gravedad de la crisis vigente dejó a la sanidad en segundo plano. En palabras del ministro, «las únicas expectativas consisten en aumentar la presión fiscal o elevar las cuotas de la Seguridad Social. Ambas soluciones nos llevarían a un callejón sin salida desde un punto de vista económico, por lo que mi propuesta es un mayor control del gasto y mayor eficacia en la administración de los recursos»⁴⁹. Para dar respuesta a estos problemas, el ministro solicitó la vía del consenso a las demás fuerzas políticas pero, dados los precedentes, había poco espacio para la esperanza. En paralelo, el Gobierno contaba cada vez con menos apoyo parlamentario y mediático, lo que derivó en la dimisión de Suárez en enero de 1981.

El nuevo Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo nombró como ministro de Sanidad y Consumo a Jesús Sancho Rof, quien tenía ante sí una tarea complicada, en un marco político de crispación general golpeado por la crisis del intento de golpe de Estado del 23-F y una crisis económica pendiente de

⁴⁶ «Rovira informa del fraude a la Seguridad Social», *ABC*, 19-6-1980.

⁴⁷ Abogado del Estado, ocupó cargos en Renfe desde los años sesenta. En 1973 dejó la Administración para ser consejero del Banco Hispano Americano y del Banco Urquijo, entre otras empresas privadas. En 1977 fue nombrado ministro de Industria y Energía; en 1981, ministro de Sanidad y, tras el golpe de Estado, Calvo-Sotelo lo nombró ministro de Defensa. Información obtenida del Archivo del Congreso de los Diputados.

⁴⁸ «UCD no ha desarrollado la reforma sanitaria aprobada en 1980», *El País*, 02-10-1982.

⁴⁹ «Oliart propugnó el control del gasto de la seguridad social», *ABC*, 23-1-1981 y «Alberto Oliart expone la situación de la asistencia sanitaria de nuestro país», *ABC*, 25-1-1981.

cerrar⁵⁰. En paralelo, las tensiones internas en el seno del Ministerio crecían, a la sombra de la corrupción vigente en el ámbito sanitario y la pesada herencia de cuarenta años de errores acumulados en el sistema. El debate parecía en punto muerto. La prensa de los primeros años ochenta repetía los mismos enfrentamientos y conflictos en torno a la reforma sanitaria: las reivindicaciones del Sindicato de Médicos Libres, las amenazas de huelga de los colegios profesionales médicos y farmacéuticos y las posturas encontradas de Gobierno y oposición en un marco de deterioro progresivo de la sanidad pública. Ahora bien, en esta etapa la brecha entre los modelos sanitarios propuestos por los diferentes partidos políticos era prácticamente insalvable.

El ministro Sancho Rof aclaraba que aunque la Constitución dice que «el sistema de Seguridad Social es un sistema público, único para todos los españoles», esto no implicaba que el Estado tuviera que ejercer como principal actor del sistema sanitario⁵¹. El ministro continuaba defendiendo un modelo basado en conciertos con la sanidad privada; pues lo contrario sería un despilfarro de recursos. Dentro de este marco, algunos miembros de la UCD llegaron a afirmar que «la Seguridad Social no sirve y que hay que buscar un nuevo gestor, que no es otro que la iniciativa privada»⁵². Mientras tanto, el PSOE (representado por el diputado Vicente Martín) acusaba al Gobierno de contribuir a la degradación de la sanidad pública a través de la congelación de la oferta material y humana y la paralización de inversiones para facilitar su privatización⁵³. El grupo socialista proponía reformas profundas dentro de un modelo de sanidad pública en un marco de denuncia del «despilfarro de recursos, incumplimiento de horarios y dedicación, incompatibilidades, creación de feudos privados en centros públicos, conciertos descontrolados que se traducen en la utilización de camas ajenas, cuando se dispone de propias no utilizadas [...]»⁵⁴.

⁵⁰ Sancho Rof fue director general de RTVE en los últimos años de la dictadura y ocupó varias carteras ministeriales en los Gobiernos de la UCD presididos por Suárez y por Calvo-Sotelo. Información obtenida del Archivo del Congreso de los Diputados.

⁵¹ Congreso de los Diputados, Sesiones Informativas de Comisiones, Acta taquigráfica de la sesión celebrada por la Comisión de Sanidad y Seguridad Social, jueves 23 de abril de 1981, núm. 29, p. 3.

⁵² «En el fondo de un conflicto hay un asalto a la Seguridad Social», *ABC*, 8-4-1981.

⁵³ Congreso de los Diputados, Sesiones Informativas de Comisiones, Acta taquigráfica de la sesión celebrada por la Comisión de Sanidad y Seguridad Social, jueves 23 de abril de 1981, núm. 29, pp. 24-25.

⁵⁴ «En el fondo de un conflicto hay un asalto a la Seguridad Social», *ABC*, 8-4-1981.

En un marco de debilitamientos y desintegración de la UCD y de fortalecimiento y creciente popularidad del proyecto socialista, la reforma sanitaria permaneció en segundo plano hasta caer en el olvido, tras el estallido del «síndrome tóxico» del aceite de colza, que supuso un mayor desprestigio para la sanidad española. Este nuevo escándalo puso de manifiesto «la artificiosidad administrativa de un ministerio sometido a sucesivas reestructuraciones, a un cambio constante de competencias y de equipos rectores, así como las luchas intestinas interministeriales e intercorporativistas en función de la interrelación de competencias»⁵⁵.

La etapa de la transición se cerraba con un nuevo ministro de Sanidad. A finales de 1981, Manuel Núñez Pérez volvía a poner sobre la mesa un paquete de medidas para mejorar y racionalizar la Seguridad Social, «las mismas que se han venido prometiendo desde hace años, sin que se llegaran a cumplir»⁵⁶. Las críticas a la gestión ministerial se repetían en la prensa en duros artículos que señalaban que «parece una burla el que en 1982 se nos vuelva a prometer lo ya prometido en 1978 y 1980, sin haber abordado el único objetivo realizable y barato: un servicio integral y justo de salud»⁵⁷. El hecho de haber contabilizado cuatro ministros de sanidad en cuatro años ponía de manifiesto las dificultades de la reforma sanitaria en España, el juego de intereses externo e interno al Ministerio y el fracaso de la transición en esta parcela. Núñez impulsó la Ley de incompatibilidades del personal al servicio de la Seguridad Social, un proyecto que encendió todavía más el debate entre el Gobierno y la oposición. En las vísperas de una nueva cita electoral, en octubre de 1982, el ministro de Sanidad anunciaba la elaboración de una nueva normativa para regular y racionalizar el sistema de conciertos entre centros privados y la Seguridad Social para la asistencia de enfermos. Unos días más tarde la UCD perdía las elecciones. El balance en cifras de los primeros Gobiernos democráticos en el ámbito de la sanidad resulta bastante pobre⁵⁸. El porcentaje de población cubierta apenas había variado entre 1975 (81 %) y 1980 (83 %), por lo que la cobertura universal permanecía como un objetivo a conseguir. La financiación del gasto sanitario público procedía fundamentalmente de las cotizaciones de empresarios y trabajadores, mientras que el Estado aportaba apenas el 25 % en 1980. El gasto total en salud como porcentaje del PIB situaba a España en el vagón de cola europeo (1980: 5,3 %), por

⁵⁵ «UCD no ha desarrollado la reforma sanitaria aprobada en 1980», *El País*, 2-10-1982.

⁵⁶ «Seguridad Social y el desconcierto», *El País*, 11-4-1982.

⁵⁷ «Seguridad Social y el desconcierto», *El País*, 11-4-1982.

⁵⁸ Estas cifras han sido obtenidas de Pons y Vilar (2014), cuadros 4.1, 4.2, 4.3 y 4.7.

detrás de otros países como Grecia y Portugal. En conjunto, en 1982 el consumo final de sanidad en España era provisto en un 79,2 % por la sanidad pública y el resto por la sanidad privada. Detrás de estos porcentajes había muchos intereses contrapuestos que se trataron de integrar para conseguir aprobar la ley de sanidad.

IV. LA APROBACIÓN DE LA ANSIADA LEY DE SANIDAD (1986): DEBATE Y CONSECUENCIAS

Las elecciones celebradas en 1982 dejaron un reparto de escaños en el Congreso muy diferente a las elecciones anteriores. De un lado, el PSOE obtuvo la mayoría absoluta con 202 diputados y, de otro, AP/PP se erigió como principal partido de la oposición (107); mientras que UCD (11) y el PCE (4) perdían peso en la Cámara de Diputados⁵⁹. Cuando el PSOE llegó al poder en octubre de 1982, la reforma de la sanidad española constituía un trabajo pendiente. Desde el primer momento quedó claro que la estrategia del PSOE en este ámbito iba a ser muy diferente desde los bancos azules del Gobierno. Su objetivo principal se centró en lograr aprobar la Ley de Sanidad, algo que no habían conseguido los gobiernos anteriores, aunque esto implicase la renuncia a algunos elementos básicos de su proyecto inicial.

Recordemos que el PSOE había propugnado desde la oposición en los años de gobierno de la UCD un sistema sanitario tipo Servicio Nacional de Salud, del estilo a los implantados en otros países europeos, sostenido sobre tres principios básicos: de cobertura universal por la condición de ciudadano, financiado mayoritariamente vía impuestos y de gestión pública⁶⁰. La puesta en marcha de este proyecto, una vez alcanzado el Gobierno, debía hacer frente a dos problemas principales: la crisis económica, que limitaba los recursos, y la oposición de los partidos políticos y los sectores sanitarios más conservadores. Tampoco podemos olvidar las eternas herencias sanitarias en forma de opacidad financiera y gestora. El recién iniciado proceso de traspaso de competencias de sanidad en 1981 a las comunidades autónomas añadía algunas dificultades. A pesar de ello, el ejecutivo preveía aprobar la reforma sanitaria de manera rápida, aunque el proceso se prolongó más de lo esperado. La aprobación de la Ley General de Sanidad hubo de esperar hasta casi el fin de la legislatura en 1986 y solo se consiguió con un proyecto descafeinado que

⁵⁹ Datos recogidos de Linz *et al.* (2005), cuadro 14.26, p. 1114.

⁶⁰ Sevilla (2006): 14. Sobre las novedades de la propuesta de modelo sanitario del PSOE, véase Barbado y Powell (2011).

trataba de integrar en mayor o menor medida los intereses de todas las partes (políticos, empresarios, sociedad y profesionales).

1. EL DEBATE SOBRE LA LEY GENERAL DE SANIDAD

En febrero de 1983, en una de sus primeras ruedas de prensa como ministro de Sanidad y Consumo, Ernest Lluch declaraba a los periodistas⁶¹: «Nos hemos encontrado en el Instituto Nacional de la Salud con una situación de poca claridad financiera»⁶². El ministro continuaba señalando que «aparecen con frecuencia deudas de las que no se había recibido información y este organismo se encuentra en estos momentos con una gran necesidad de clarificar totalmente el estado de las cuentas». En junio de 1983 Lluch presentó su proyecto de reforma sanitaria, inspirado en un programa de universalización y racionalización de la sanidad, en el marco de unas jornadas internacionales convocadas exclusivamente para analizar los puntos esenciales que debería incluir la nueva configuración sanitaria de un país que pretendía estar en esta materia a la altura de sus vecinos europeos.

Como siguiente paso, se nombró una comisión encargada de redactar el borrador inicial, formada por el subsecretario de Sanidad, Pedro Sabando; el catedrático de Derecho Administrativo Pedro Muñoz; los consejeros de Sanidad de los Gobiernos de Andalucía, País Vasco y Madrid; dos representantes de la Federación Española de Municipios; tres directores generales del Ministerio de Sanidad; el secretario general técnico, el director del gabinete del ministro y el asesor ejecutivo, Pedro Pablo Mansilla⁶³. Diez meses más tarde, Lluch hacía público el primer borrador del anteproyecto de ley básica de Sanidad, donde se ponía de manifiesto que de las «tres patas básicas de la sanidad, la medicina hospitalaria se encuentra a buen nivel, en la medicina primaria existe retraso y muchas disfunciones y en la medicina preventiva, un gran retraso»⁶⁴. Entre las

⁶¹ En 1977 fue elegido diputado en las elecciones a Cortes Constituyentes, como cabeza de lista de Socialistes de Catalunya; reelegido en 1979 y en 1982. En mayo de 1986 se retiró del primer plano político y volvió a su cátedra de Economía en la Universidad de Barcelona. Fue asesinado por ETA en el año 2000. Su último cargo oficial fue como rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander entre 1989 y 1995. Datos biográficos obtenidos de la Fundación Ernest Lluch.

⁶² «Las finanzas del Insalud son poco claras, según Ernest Lluch», *El País*, 4-2-1983.

⁶³ «Ocho meses de consultas y negociación», *El País*, 25-10-1984.

⁶⁴ «Ernest Lluch hará público hoy el contenido del anteproyecto de ley básica de Sanidad que se enviará en enero a las Cortes», *El País*, 27-12-1983.

principales ideas recopiladas en el texto podemos destacar «la extensión de la cobertura sanitaria a toda la población, que se realizará de forma progresiva, y la creación de un Servicio Nacional de Salud que se adapta a la estructura estatal autonómica»⁶⁵.

Pero el modelo sanitario propuesto inicialmente por el PSOE desde los escaños de la oposición en las anteriores legislaturas había quedado muy desfigurado con el fin de integrar los intereses de todas las partes y lograr aprobar la ley con el mayor consenso posible. Así se ponía de manifiesto en el discurso del ministro Ernest Lluch durante la discusión del proyecto de ley de sanidad en el Congreso en 1985⁶⁶. Su proyecto perseguía «mantener una relación estable entre la sanidad pública y privada» dentro de las directrices del sector público (demanda de sector privado). Y añadía que «la mayor parte del sector privado hospitalario de este país se mueve en relación con el sector público, es decir, que sin tener flujos públicos no podría subsistir. Solo el 17 % de los servicios privados de la sanidad no están concertados con el sector público». Su proyecto proponía la universalización de las prestaciones (demanda social) y la creación de más empleo en el ámbito sanitario, libre ejercicio de la profesión médica y mejora de las condiciones laborales (demanda de los sindicatos y colectivos profesionales). Por último, el ministro señalaba en su discurso que en España «no se podía establecer un Servicio Nacional de Salud», puesto que estamos ante un sistema con «autonomías políticas de los servicios», aunque el Estado debe proporcionar unas garantías mínimas para todos los españoles (demanda de las comunidades autónomas). Además, el proyecto proponía el «mantenimiento de un mecanismo mixto de financiación donde las cotizaciones sociales se seguían contemplando como una fuente de financiación», aunque con el deseo de ir aumentando de manera progresiva la aportación del Estado. La exposición del proyecto de ley se encontró con la oposición de AP/PP y el PCE, aunque desde enfoques y estrategias muy diferentes. El único consenso de todos los grupos parecía estar en la necesidad de una reforma sanitaria y en los problemas graves (financieros, de gestión y atención) de la sanidad española.

De un lado, el diputado José María Romay Beccaria, en representación de AP, puso énfasis en criticar «la mala asistencia sanitaria pública» y en la necesidad de dar «libertad a los usuarios para elegir los servicios que desean»; es decir, defendía la plena libertad de elección de médicos y centros hospitalarios (públicos o privados) y la firma de conciertos para conseguir este

⁶⁵ «La ley general de Sanidad ampliara la cobertura médica a toda la población y unificará las redes asistenciales», *El País*, 28-12-1983.

⁶⁶ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, II Legislatura, 1985, núm. 215, sesión plenaria núm. 215, pp. 9852-9855.

objetivo⁶⁷. Carlos Ruiz Soto, también diputado popular, complementaba este discurso afirmando que «el Servicio Nacional de Salud es una antigualla que está en solfa» y proponía «hacer complementarias las dos medicinas, las dos sanidades, la pública y la privada, pero no complementarias una de la otra, porque además en nuestra Constitución está también al libertad de empresa». De otro lado, el diputado del PCE y portavoz del Grupo Mixto, Fernando Pérez Royo, defendió su enmienda a la totalidad del proyecto basándose en su defensa de un servicio público sanitario con las características que históricamente han definido al Servicio Nacional de Salud. Y continuó su argumento: «En contra de esta alternativa sanitaria solo ha estado la cúpula de la organización médica colegial, los sectores empresariales de la medicina privada, una parte de la patronal farmacéutica y los sectores financieros interesados en la puesta en marcha de seguros complementarios de enfermedad». Al final de su discurso, criticó los pasos atrás dados por el PSOE en su proyecto sanitario y su abandono del proyecto de Servicio Nacional de Salud (SNS). En la réplica, Vicente Martín, diputado del PSOE, sostuvo que un SNS ya no era jurídicamente viable, pero defendió la idea de que «el Servicio Nacional de la Salud de las Comunidades Autónomas, con carácter progresista, integrador, publico, generalizado...» ya está incluido en el proyecto de ley presentado.

A continuación, se abrió un período de recopilación de críticas y sugerencias por parte de los agentes institucionales, sociales y profesionales. La entrada en vigor de la nueva ley se demoró, no solo por la necesidad de encontrar vías de acuerdo entre los diferentes agentes políticos, profesionales y sociales, sino también por las discrepancias internas en el propio gobierno. De un lado, la resistencia numantina de los sectores pro-seguros sociales a la aprobación de la Ley General de Sanidad, encabezados por Alianza Popular y los colegios médicos⁶⁸. De otro, la extensión de la protección a todos los ciudadanos (en 1985 quedaban fuera de la cobertura alrededor de dos millones de personas), la concepción de la salud como un servicio integral (hasta el momento limitado a atender la enfermedad) y la ampliación de la cobertura sanitaria a nuevos campos (psiquiatría, venta de productos terapéuticos y orientación familiar, principalmente) se traducían en mayor gasto, lo que generó reticencias con el Ministerio de Hacienda presidido por Miguel Boyer⁶⁹. La necesidad de encontrar nuevas vías de financiación para esta partida dividió al Ejecutivo. El

⁶⁷ Para este párrafo, véase *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, II Legislatura, 1985, sesión plenaria núm. 215, pp. 9856-9901.

⁶⁸ Elola (2001): 130. Sobre el proceso político que condujo a la aprobación de la Ley General de Sanidad de 1986, véase Giménez (2011).

⁶⁹ «Lluch y Boyer aproximan posiciones sobre la reforma sanitaria», *El País*, 6-2-1985.

consenso interno fue facilitado por el XXX Congreso del PSOE, que consideró urgente la reforma y manifestó el propósito de elevar en los próximos años los gastos sociales por encima del crecimiento de la actividad económica. Para este fin, el Estado debería aumentar de manera paulatina la aportación a la Seguridad Social durante unos años, con dos fines principales: pagar la extensión del servicio a todos los ciudadanos y conseguir la integración en la red pública de asistencia de las diversas administraciones sanitarias, hasta ahora dependientes de las diputaciones y ayuntamientos, incluyendo toda la red de beneficencia y casi todas las instalaciones psiquiátricas existentes.

Tras un proceso tormentoso de más de tres años, donde se sucedieron complicadas negociaciones con diversos sectores políticos, fuerzas sociales y profesionales, se aprobó la Ley General de Sanidad en 1986, que abordó la difícil tarea de sentar al mismo tiempo las bases de dos procesos complejos: la modernización de la sanidad española y la descentralización de su gestión. Sin embargo, el texto no satisfizo a casi nadie. La derecha tachaba la ley de dirigista y le achacaba fundamentalmente no instaurar la libre elección de médico y de sistema sanitario⁷⁰. Los sectores progresistas criticaban que la ley no instaurase un servicio nacional de salud, al estilo del británico, y que no garantizase la gratuidad total de la prestación sanitaria y, en consecuencia, su universalidad. En particular, la prensa calificaba el texto de «totalmente descomprometido» y virtual, pues se condicionaba la práctica de la ley a circunstancias de subjetiva interpretación como «el proceso evolutivo de los costes» o «las disponibilidades presupuestarias»⁷¹.

En realidad, la Ley General de Sanidad (LGS) 14/1986, de 25 de abril, aprobada finalmente con los votos a favor de PNV, PSOE, PCE y CiU, supuso el desarrollo legislativo estatal del derecho a protección de la salud establecido en las bases de la Constitución. Sin embargo, este texto contenía más un conjunto de principios y objetivos de largo alcance que un plan de ejecución inmediato de reforma sanitaria⁷².

2. EL MODELO ESTABLECIDO POR LA LEY GENERAL DE SANIDAD

La LGS establecía que la asistencia sanitaria pública se extendería a toda la población española en condiciones de igualdad (art. 3.2) y que la actuación de

⁷⁰ «El cambio apenas ha tocado la estructura sanitaria», *El País*, 10-6-1986.

⁷¹ «La ley general de Sanidad, una reforma a la inversa», *El País*, 20-9-1985.

⁷² Muñoz *et al.* (1997): 224. La ley completó también el desarrollo de la reforma de la atención primaria iniciada con el Real Decreto 137/1984, BOE 01/02/1984, núm. 27, pp. 2627-2629.

las Administraciones públicas sanitarias estaría orientada a promover la salud en general, fomentar la educación sanitaria de la población, garantizar acciones de prevención y curar enfermedades, asegurar la asistencia sanitaria en caso de pérdida de salud y promover acciones para la rehabilitación y reinserción social del paciente (art. 6). La cobertura sanitaria pública en España pasó del 81 % de la población en 1975, al 90 % en 1985 y al 99 % en 1990, tras la incorporación de la población atendida hasta el momento por los servicios de beneficencia⁷³. El denominado Decreto de Universalización⁷⁴ puso fin en España a la caridad sanitaria de la antigua beneficencia y dio acogida en el SNS a las personas sin recursos económicos. En general, la ampliación de la cobertura benefició al menos a tres sectores importantes: los parados, que tenían garantizada indefinidamente la asistencia sanitaria de su familia; los jóvenes sin empleo, atendidos hasta los 26 años; y los trabajadores autónomos, que quedaron también incorporados en el régimen general. Además, desde 1984 las mutualidades de funcionarios (MUFACE, MUGEJU, ISFAS) gozaron de la posibilidad de elegir cada año el aseguramiento (SNS o compañías de seguro privado), mientras que antes se adscribían de manera obligatoria a una compañía privada. Ahora bien, la universalización de la sanidad española exigía un incremento de gasto sanitario público y una transformación del modelo de financiación.

En segundo lugar, la LGS configuró una estructura mixta de financiación para el Servicio Nacional de Salud procedente de: cotizaciones sociales, transferencias del Estado, tasas por la prestación de determinados servicios y aportaciones de las comunidades autónomas y corporaciones locales (art. 79). Establecía además que los «presupuestos del Estado, Comunidades Autónomas, Corporaciones Locales y Seguridad Social consignarán las partidas precisas para atender las necesidades sanitarias de todos los organismos e instituciones dependientes de las Administraciones Públicas y para el desarrollo de las competencias» (art. 78). No obstante, el modelo diseñado de SNS apostaba por el incremento progresivo de la financiación del sistema en base a impuestos generales en lugar de cotizaciones a la Seguridad Social, como venía ocurriendo hasta el momento. A partir de la modificación del sistema de financiación de la asistencia sanitaria, introducida en la Ley de Presupuestos Generales del Estado 37/1988 para 1989, la mayor parte de la financiación de la sanidad se produce a través de los ingresos del Estado⁷⁵. Dentro de este proceso, el peso de las cotizaciones sociales y de la financiación estatal cambió de manera progresiva entre 1980 y 1999, año en el que se aprobaron los primeros

⁷³ Información obtenida de Pons y Vilar (2014): cuadro 4.1.

⁷⁴ Real Decreto 1088/89, BOE 09/09/1989, núm. 216, pp. 28657-28658.

⁷⁵ Temes y Gil (1996): 12.

presupuestos que incluían una financiación completa de la sanidad a partir de impuestos. De este modo, el porcentaje de financiación del gasto público por parte del Estado creció desde el 24,8 % en 1980 al 72,8 % en 1990⁷⁶. Aquí resultó clave la reforma fiscal impulsada por Fernández Ordóñez en 1977, ya que aumentó la capacidad recaudatoria de la Seguridad Social⁷⁷.

La mayor parte del sistema de financiación se canalizó durante estos años a través de la Tesorería de la Seguridad Social, que transfería los recursos necesarios al INSALUD, al Instituto Social de la Marina y a las mutuas patronales de accidentes de trabajo para que prestasen la asistencia sanitaria encomendada. Por tanto, existía una dicotomía en el proceso de financiación, pues participaban dos ministerios diferentes, lo que complicaba el proceso⁷⁸. A su vez, el presupuesto del INSALUD se desgaja también desde 1981, año en que comienza el proceso de transferencias sanitarias a las comunidades autónomas con la gestión sanitaria transferida. Por último, el Estado realiza una transferencia a las mutuas de funcionarios (MUFACE, MUGEJU, ISFAS), entidades que permiten completar la asistencia sanitaria pública. En conjunto, el gasto en salud como porcentaje del PIB se incrementó lentamente en España durante estos años: 1980: 3,97 %; 1985: 4,06 %; 1990: 4,78 % y 1995: 5,08 %⁷⁹. Este modesto crecimiento porcentual ha ido acompañado de una permanente insuficiencia presupuestaria que ha derivado en la conocida deuda sanitaria.

En el año 1983 se intentó poner orden a esta situación ya de por sí insostenible. El director general del INSALUD, Francesc Raventós, denunciaba que la falta de datos hacía imposible cuantificar las plantillas y las deudas contraídas con los proveedores. Además, una buena parte de los mil centros o servicios concertados (hospitales, servicios de hemodiálisis, ambulancias...) carecían de contrato y el resto lo tenía pendiente de revisión desde años atrás⁸⁰. Raventós ponía sus esperanzas de solución en la aprobación de la reforma sanitaria y la aprobación de una ley de administración pública. Mientras tanto, concentró sus esfuerzos en la puesta en marcha de un control estricto del gasto sanitario. Desde mediados de los años ochenta los números del INSALUD empezaron a estar más claros, aunque esto no solucionó el problema de la deuda. La financiación de la sanidad española centrará buena parte de los debates sanitarios

⁷⁶ Información obtenida de Pons y Vilar (2014): cuadro 4.3.

⁷⁷ Pérez Jiménez (2000): 254. Sobre la reforma fiscal de la democracia, puede consultarse Albi (1996).

⁷⁸ Muñoz *et al.* (1997): 247.

⁷⁹ Información obtenida de EUROSTAT, accesible en: <https://goo.gl/4usQ43> (consultado el 8 de junio de 2017).

⁸⁰ «El nuevo año del Insalud», *El País*, 30-1-1984.

políticos en las siguientes legislaturas y exigirá varias operaciones de saneamiento para garantizar el funcionamiento del sistema sanitario público.

En tercer lugar, uno de los principales logros de la LGS consistió en dibujar un marco general organizativo y competencial necesario para la acción pública sanitaria del Estado descentralizado tratando de hacer compatible la autonomía de cada territorio con un sistema sanitario único basado en la igualdad y la solidaridad. De este modo la LGS puso las bases para construir una red única de centros con financiación pública. Dentro de este marco, resultó fundamental la integración de todas las estructuras y servicios públicos al servicio de la salud dentro del Sistema Nacional de Salud tanto de la Administración del Estado como de las comunidades autónomas⁸¹.

Un cuarto aspecto clave, incluido en la LGS, se refiere a la gestión de los recursos sanitarios. Recordemos que en los países que adoptaron SNS, la provisión de los servicios sanitarios se organizó de manera directa, mientras que en los de SS se realizó de manera indirecta. Así, en el primer grupo de países encontramos en teoría una integración entre el financiador y el proveedor de los servicios sanitarios. Sin embargo, en la práctica, la mayoría de países bajo un SNS han adoptado una gestión mixta de los servicios, aunque con un claro predominio de la propiedad pública en los hospitales y privada en la atención primaria (con la excepción de España, Grecia y Portugal, que en estos años mantenían también la propiedad pública en la atención primaria).

¿Qué modelo de gestión implantó la LGS? La normativa consagraba como regla general la gestión directa de la administración con sus propios medios y plantilla. De este modo, el Estado no solo establecía las reglas del servicio y las financiaba, sino que se encargaba además de la provisión y suministro de las prestaciones sanitarias⁸². No obstante, esta regla general contenía tres excepciones: primera, la mayoría de las prestaciones farmacéuticas no se producían y suministraban directamente, sino a través de farmacias privadas; segunda, los beneficiarios de las mutualidades administrativas que financian la asistencia sanitaria (MUFACE, ISFAS y MUGEJU), pero no han desarrollado una infraestructura propia, sino que contratan los servicios con empresas

⁸¹ LGS, título III, art. 42. El proceso de transferencias sanitarias a las comunidades autónomas se inició con Cataluña en 1981; siguió con Andalucía (1984), País Vasco y Valencia (1988); Navarra y Galicia (1991), Canarias (1994) y se cerró con el traspaso sanitario del resto de comunidades en 2002. Una vez terminado este proceso se aprobó la Ley de Cohesión y Calidad del SNS en junio de 2003 para lograr el equilibrio entre descentralización y coordinación, Ley 16/2003, BOE 29/05/2003, núm. 128, pp. 20.567-20.589.

⁸² Muñoz *et al.* (1997): 272-273.

privadas y públicas, entre las que los beneficiarios pueden elegir, siempre que exista un convenio con el SNS; por último, la LGS establecía la posibilidad de firmar convenios o conciertos con el sector privado para la prestación de servicios sanitarios o complementarios: «Las Administraciones Públicas Sanitarias, en el ámbito de sus respectivas competencias, podrán establecer conciertos para la prestación de servicios sanitarios con medios ajenos a ellas. A tales efectos, las distintas Administraciones Públicas tendrán en cuenta, con carácter previo, la utilización óptima de sus recursos sanitarios propios» (art. 90.1). No obstante, «a los efectos de establecimiento de conciertos, las Administraciones Públicas darán prioridad, cuando existan análogas condiciones de eficacia, calidad y costes, a los establecimientos, centros y servicios sanitarios de los que sean titulares entidades que tengan carácter no lucrativo» (art. 90.2). Los centros sanitarios susceptibles de ser concertados por «las Administraciones Públicas Sanitarias deberán ser previamente homologados por aquéllas, de acuerdo con un protocolo definido por la Administración competente, que podrá ser revisado periódicamente» (art. 90.5).

En conjunto, la LGS impulsada por Ernest Lluch en el ocaso de la primera legislatura socialista supuso un paso clave para establecer las bases del modelo sanitario español, pero su elaboración y aprobación consumió los primeros cuatro años de gobierno del PSOE, por lo que dejó muchos flecos pendientes en cuanto a su aplicación práctica. Por otro lado, su excesiva generalidad exigió una aplicación progresiva de sus contenidos a través de medidas complementarias. La prensa de la época señalaba al final de la primera legislatura socialista, en la primavera de 1986, que «la esperada reforma global de la sanidad sigue siendo una promesa por cumplir... , pues los proyectos de reforma hospitalaria y de asistencia sanitaria primaria apenas han comenzado a aplicarse»⁸³. Como consecuencia, sus sucesores en el Ministerio de Sanidad tenían por delante una doble tarea: poner en práctica la reforma sanitaria y desarrollar el proceso de transferencia de las competencias sanitarias a las comunidades autónomas en un marco de restricciones presupuestarias y duros ajustes de cara al proceso de integración de España en la Unión Europea. Quedaba todavía mucho camino por recorrer.

V. CONCLUSIONES: LA AGENDA PENDIENTE TREINTA AÑOS DESPUÉS

La LGS supuso un enorme progreso en la configuración de un modelo sanitario propio de un Estado democrático moderno, al estilo de otros países

⁸³ «El cambio apenas ha tocado la estructura sanitaria», *El País*, 10-6-1986.

europeos, aunque solo estableció directrices básicas y objetivos generales en materia sanitaria que exigían el desarrollo de posteriores reformas más concretas. No obstante, cabe destacar que treinta años después de su adopción, y con alternancia política en los Gobiernos, las bases de la LGS no se han modificado. El debate sanitario continuó en el centro de la arena política en la década siguiente, en torno a tres cuestiones básicas: las listas de espera en la sanidad, la necesidad de contener el gasto y ganar eficiencia y el modelo de gestión sanitaria, temas muy relacionados entre sí. Dentro de este contexto, la suficiencia financiera se convirtió en uno de los objetivos principales de las administraciones sanitarias en un marco europeo que iniciaba los recortes en bienestar y exigía a España ajustes en las cuentas públicas de cara a su integración en Europa.

A principios de la década de 1990, se produjeron tres victorias a pequeña escala: la ampliación de la cobertura sanitaria hasta conseguir casi la protección universal; la progresiva financiación del gasto del Estado vía impuestos y en detrimento de las cotizaciones sociales; y la ley del medicamento, que pretendía contribuir a la mayor eficacia y calidad de los fármacos. En paralelo, las conclusiones del Informe Abril (1991), encargado por el ministro de sanidad (García Vargas) a una comisión de expertos en un clima de debate social sobre la privatización de la sanidad en España, cayeron como una bomba en el ámbito político y la opinión pública. El informe (cuya elaboración costó más de cien millones de pesetas) proponía en el fondo modelos de gestión privada en la sanidad pública, recortes de gasto, pagos por algunos servicios sanitarios y privatización de algunas actividades en un marco donde el déficit sanitario alcanzaba alrededor de 700 000 millones de pesetas⁸⁴. Lejos de conseguir el consenso, el informe provocó una falla más grande entre partidos políticos, profesionales y ciudadanía. Finalmente, quedó guardado en un cajón.

En las últimas décadas del siglo xx los diferentes Gobiernos trataron de frenar el gasto, sobre todo en farmacia (control de recetas, acuerdos con la industria, impulso de genéricos), con los conocidos popularmente como «medicamentazos». Por otro lado, comenzaron a introducirse otros modelos de gestión hospitalaria que diluyeron la línea fronteriza entre la sanidad privada y pública a través de las fundaciones sanitarias, la firma de conciertos y la gestión privada de instalaciones sanitarias públicas.

El balance histórico presenta luces y sombras. De un lado, el seguro obligatorio de salud llegó tarde a España y bajo una dictadura, con una cobertura escasa, carencia de infraestructuras y una financiación deficiente basada en cotizaciones sociales. El joven modelo público sanitario de la democracia se

⁸⁴ «El Informe Abril sugiere un sistema de financiación de la sanidad que implica la desaparición del Insalud», *El País*, 6-7-1991.

vio asolado antes de configurarse por la falta de consenso político y la falta de recursos que obligaban a recortar gastos y servicios. La aprobación de la LGS en los años ochenta pareció un punto de inflexión en este camino de incertidumbres, aunque no logró el consenso político. Hoy en día el modelo sanitario público español se enfrenta a un futuro incierto en un marco de crisis, recortes, privatizaciones de la gestión y retroceso del estado de bienestar. De otro lado, y a pesar de todos estos problemas, el sistema sanitario español ocupa las primeras posiciones de los *rankings* mundiales y sus principales indicadores se sitúan entre los mejores del mundo. El largo camino recorrido y las dificultades históricas superadas invitan a ser moderadamente optimistas, aunque muchos aspectos puedan ser mejorables.

Bibliografía

- Albi, E. (1996). La reforma fiscal de la democracia. *Hacienda Pública Española*, número extraordinario, 281-295.
- Barbado, F. J. y Powell, C. (dir.). (2011). El PSOE y la reforma sanitaria, ¿un nuevo modelo? En *Congreso Internacional Historia de la Época Socialista: 1982-1996*. Disponible en: <https://goo.gl/Fpb6xQ>.
- Carr, R. (2009). *España: 1808-2008*. Barcelona: Ariel.
- Comín, F. (1996). Las formas históricas del Estado de bienestar: el caso español. En B. Álvarez-Miranda (ed.). *Dilemas del estado de bienestar* (pp. 29-58). Madrid: Fundación Argentaria.
- (2010). Los seguros sociales y el Estado de bienestar en el siglo xx. En J. Pons y J. Silvestre (coords.). *Los orígenes del Estado de bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidente, vejez, desempleo y enfermedad* (pp. 17-50). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- (2015). La deuda pública: el bálsamo financiero del régimen de Franco (1939-1975). *Revista de Historia Industrial*, 57 (1), 173-210.
- Elola, J. (2001). *Política sanitaria española*. Madrid: Díaz de Santos.
- Esping-Andersen, G. (1990). *The Three Worlds of Welfare capitalism*. Cambridge: Polity Press.
- (ed.). (1996). *Welfare States in Transition. National Adaptations in Global Economies*. London: Sage.
- Ferrera, M. (1996). The 'Southern model' of welfare in social Europe. *Journal of European Social Policy*, 6(1), 17-37. Disponible en: <https://doi.org/10.1177/095892879600600102>.
- Francia, J. M. (1997). *25 años de Reforma sanitaria. De la transición al Gobierno del Partido Popular 1970-1995*. Salamanca: Hespérides.
- Gallego, F. (2008). *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona: Crítica.
- García Delgado, J. L., Fusi, J. P. y Sánchez Ron, J. M. (2008). *España y Europa*. En J. Fontana y R. Villares (dirs.). *Historia de España* (vol. 11). Barcelona: Crítica-Marcial Pons.

- Giménez, M. C. (2011). La transición hacia la reforma sanitaria: la Ley General de Sanidad (1986). En *Congreso Internacional Historia de la Época Socialista: 1982-1996*. Disponible en: <https://goo.gl/r5bcwc>.
- Guillén, A. M. (2000). *La construcción política del sistema sanitario español: de la postguerra a la democracia*. Madrid: Exlibris.
- (2006). Los sistemas sanitarios públicos europeos y el sistema sanitario público español. En *Actas de las Jornadas sobre «La Sanidad Pública en España: reflexiones»* (pp. 31-46). Oviedo: Consejo Económico y Social del Principado de Asturias.
- Jurado, E. (1993). *Crónica de la transición sanitaria en España (1977-1992). Del discreto encanto de la reforma prometida al Informe Abril*. Madrid: E. Jurado.
- Linz, J. J., Montero, J. R. y Ruiz, A. M. (2005). Elecciones y política. En A. Carreras y X. Tafunell (coords). *Estadísticas Históricas de España. Siglos XIX-XX* (vol. III) (pp. 1027-1154). Madrid: Fundación BBVA.
- Medeiros, J. y Schwierz, C. (2015). Efficiency estimates of health care systems. *European Economy. Economic Papers*, 549. Luxembourg: Publications Office of the European Union. Disponible en: <https://goo.gl/5WNQN2>.
- Muñoz, J. L., García, J. L. y González, L. (dir.). (1997). *Las estructuras del Estado de bienestar. Derecho, economía y sociedad en España*. Madrid: Civitas.
- Pérez Jiménez, R. (2000). Políticas sanitarias y desigualdades en España. En J. Adelantado (coord.). *Cambios en el Estado de bienestar* (pp. 251-284). Barcelona: Icaria.
- Pons, J. y Vilar, M. (2014). *El seguro de salud privado y público en España. Su análisis en perspectiva histórica*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Sevilla, F. (2006). *La universalización de la atención sanitaria. Sistema Nacional de Salud y Seguridad Social*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Temes, J. L. y Gil, J. (1996). *El Sistema Nacional de Salud*. Madrid: McGraw-Hill Interamericana.
- Vallejo, R. (2003). Estado y economía en la España democrática, 1975-1999. *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, 9, 159-184.
- Vilar, M. (2004). La ruptura posbélica a través del comportamiento de los salarios industriales: nueva evidencia cuantitativa (1908-1963). *Revista de Historia Industrial*, 25, 81-126.

MEMORIA Y TRANSICIÓN EN ESPAÑA. EXHUMACIONES DE FUSILADOS REPUBLICANOS Y HOMENAJES EN SU HONOR

Memory and transition in Spain.
Exhumations and tributes to executed Republicans

PALOMA AGUILAR

Universidad Nacional de Educación a Distancia
paguilar@poli.uned.es

Cómo citar/Citation

Aguilar, P. (2018).

Memoria y transición en España.

Exhumaciones de fusilados republicanos y homenajes en su honor.

Historia y Política, 39, 291-325.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.11>

(Recepción: 15/06/2017. Evaluación: 30/08/2017. Aceptación: 01/10/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

En este artículo se estudia el «primer ciclo» de exhumaciones de republicanos fusilados por los franquistas durante la Guerra Civil y la posguerra, y enterrados en fosas comunes sin identificar. En este ciclo, que se inició durante la transición a la democracia y se prolongó hasta los años noventa, no se siguió protocolo científico alguno, sino que fue llevado a cabo de forma muy rudimentaria por parte de familiares y amigos. Las reinhumaciones solieron ir acompañadas de actos de homenaje y normalmente estuvieron precedidas de funerales religiosos. En muchas localidades, además de eliminarse los símbolos heredados de la dictadura, se crearon nuevos «lugares de memoria», particularmente mausoleos en los cementerios con inscripciones que rendían tributo a las víctimas del franquismo. En este artículo se comparan las iniciativas de traslado y dignificación de restos que tuvieron lugar en Extremadura, Navarra y La Rioja. Los hallazgos de esta investigación plantean, desde una perspectiva local,

algunos interrogantes a la caracterización de la transición española como un período de silencio y olvido sobre los que se pretende reflexionar.

Palabras clave

Transición; memoria; exhumaciones; acción colectiva; efecto difusión/contagio.

Abstract

This article focuses on the *first cycle* of exhumations of Republicans executed by Francoists during the Civil War and the post-war period, and buried in non-identified common graves. During this cycle, which started during the transition to democracy and lasted until the late 90s, no scientific protocol was implemented; relatives and friends undertook the task of unearthing and reburying the remains. Reburials usually implied ceremonies paying tribute to the victims and were normally preceded by religious ceremonies. In many of these localities, besides eliminating the old symbols of the dictatorship, new *lieux de mémoire* were created, particularly mausoleums with inscriptions honoring the victims of Francoism. In this article I compare the unearthing and reburying experiences that took place in Extremadura, Navarra and La Rioja. From a local perspective, the main findings of this research raise some questions about the characterization of the Spanish transition as a period of silence and oblivion that we should reflect upon.

Keywords

Transition; memory; common graves; collective action; diffusion/contagion effect.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. FUENTES DE DATOS Y DEBATE TEÓRICO. III. ANTECEDENTES HISTÓRICOS. IV. EXHUMACIONES Y HOMENAJES EN LA TRANSICIÓN. V. LAS AMENAZAS. VI. CONCLUSIONES. VII. NOTA METODOLÓGICA. BIBLIOGRAFÍA.

I. INTRODUCCIÓN¹

En este artículo se estudia el «primer ciclo» de exhumaciones de republicanos fusilados durante la Guerra Civil y la posguerra, y enterrados en fosas comunes sin identificar. Este ciclo, que hasta ahora no se había investigado de forma exhaustiva², se inició durante la transición a la democracia y se prolongó, con una intensidad variable, hasta los años noventa, pero el momento cumbre se produjo entre 1978 y 1980, con un pico importante en 1979³.

¹ Aunque no puedo mencionarlos a todos en esta nota, me gustaría comenzar por reconocer una inmensa deuda de gratitud con aquellos a quienes he entrevistado en el marco de esta investigación. También quiero mostrar mi más sincero agradecimiento a las siguientes personas por haberme brindado, con generosidad, su tiempo y su ayuda: Jesús Vicente Aguirre, Txema Aranaz, María Jesús Aranda, Víctor Manuel Arbeloa, Montserrat Armengou, Fernando Ayala, Juan Andrade, Antonio Benítez, Josefina Campos, Jokin de Carlos, Felisa Casatejada, Julián Chaves, Francisco Cebrián, Jesús Equiza, Francisco Espinosa, Carlos Gil, José Hinojosa, Roldán Jimeno, José Luis Ledesma, Dionisio Lesaca, Antonio D. López, Miguel Martorell, Fernando Mendiola, Petra Mijarra, Fernando Mikelarena, Javier Monzón, José Luis Muga, Javier Muñoz Soro, Orreaga Oskotz, Juliana Muga, Ángel Pascual, Fermín Pérez-Nievas, Emilio Ruiz, José María Sánchez Torreño, Andrew Ritchey, Alberto Tantos, Javier Vesperinas y Martín Zabalza. Una mención especial merece, por su gran labor, Guillermo León, ayudante de investigación de este proyecto durante varios meses para el trabajo de campo en Extremadura. En este texto se recogen algunos de los argumentos expuestos en otro artículo mío (Aguilar, 2017b)

² Estas exhumaciones han aparecido mencionadas en diversos lugares, como en algunas monografías sobre la represión franquista: Herrero y Hernández (1982); Hernández (1984); Reig Tapia (1984); Espinosa (2003); Aguirre (2007); Berrio *et al.* (2008); Chaves *et al.* (2014), y Martín Bastos (2015). También figuran algunas reflexiones en León (2007); Hristova (2007); Junquera (2013); Ferrándiz (2014); Aguilar y Ferrándiz (2016), y en el documental de Armengou y Belis titulado *Abuelo, te sacaré de aquí* (2013). Pero las únicas investigaciones monográficas publicadas hasta la fecha son las de Serrano Moreno (2016) y Aguilar (2017a).

³ Aguilar (2017a).

Estas iniciativas de desenterramiento y dignificación tuvieron lugar antes del denominado «giro forense»⁴, que comenzó a gestarse a partir de la invitación que cursó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) a la American Association for the Advancement of Science para que les asistieran en la investigación científica de los desaparecidos en Argentina⁵. La constitución en 1984 del Equipo Argentino de Antropología Forense, asistido por Clyde Snow y otros expertos⁶, fue un hito fundamental a nivel internacional para que se produjera el mencionado giro forense, aunque hubo otros antecedentes relevantes, como los que señala Moon en su artículo⁷.

Tras la exhumación acometida en Priaranza del Bierzo (León) en el año 2000 se desencadenó un «segundo ciclo» que habría de ser mucho más mediático que el anterior. Los desenterramientos posteriores a esa fecha —y, por lo tanto, al giro forense— no han dejado de recibir atención tanto en la prensa nacional como en la internacional y, por lo tanto, su impacto social ha sido mucho mayor. A partir de entonces la recogida de restos se empezó a llevar a cabo, en la mayoría de las ocasiones, siguiendo protocolos científicos, y comenzaron a proliferar las asociaciones dedicadas a este fin, empezando por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), creada en el 2000 y directamente ligada a aquella primera exhumación científica. Este es también el año en el que el Partido Popular obtuvo, por vez primera, mayoría absoluta en el Parlamento y fue en esta legislatura cuando se dispararon, por parte de varios partidos de la oposición, las iniciativas relacionadas con el pasado bélico y dictatorial⁸.

En las exhumaciones del «segundo ciclo», aún vigente, se conjuga la presencia de familiares de republicanos represaliados con la de distintos profesionales, fundamentalmente antropólogos forenses y arqueólogos, además de voluntarios que ofrecen su colaboración bajo la supervisión de los anteriores. Estos equipos técnicos⁹ trabajan con rigor para demarcar el perímetro de las

⁴ Anstett y Dreyfus (2015: 4) lo han definido como «the arrival of forensic pathologists and anthropologists on the scene of mass violence and genocide as the decisive agents of practices in the search for bodies».

⁵ La CONADEP se formó en Argentina en 1983 para investigar la suerte de los desaparecidos causados por el terrorismo de Estado ejercido por la dictadura militar que ocupó el poder entre 1976 y 1983.

⁶ Snow *et al.* (1984).

⁷ Moon (2016).

⁸ Aguilar (2006).

⁹ El más conocido es la Sociedad de Ciencias Aranzadi, presidida por el antropólogo forense Francisco Etxeberria. Esta sociedad lleva más de quince años desempeñando

fosas y cavan la tierra con esmero para no dañar los restos, esforzándose por respetar su individualidad para una posible identificación genética posterior¹⁰. El arranque de esta nueva etapa también supuso la implicación activa de una parte de la generación de los nietos y los biznietos de quienes combatieron en la Guerra Civil¹¹, los cuales, hasta ese momento, no habían desempeñado un papel particularmente activo en la reivindicación de las víctimas del franquismo.

En contraste, en las exhumaciones del «primer ciclo» no se siguió protocolo científico alguno, sino que las llevaron a cabo familiares (con un cierto predominio de las viudas y madres, aunque también estuvieron muy presentes hermanos/as e hijos/as), amigos y, en ocasiones (al menos en Extremadura), trabajadores del empleo comunitario contratados por los Ayuntamientos para este fin. Estas personas no tenían conocimientos anatómicos y utilizaron herramientas propias de las labores agrícolas para recuperar, con frecuencia solo parcialmente, los restos.

Los huesos, en la mayoría de las ocasiones, se apilaron de acuerdo a su tipo o tamaño, sin preservar su individualidad. Aunque a veces se lograba identificar a las víctimas por algún defecto físico o por el hallazgo de efectos personales, el principal objetivo era recoger la mayor parte de restos que fuera posible y enterrarlos de forma conjunta en el cementerio bajo una lápida en la que figurara no solo el nombre de las personas que se creía que habían sido desenterradas, sino también una leyenda que les rindiera tributo. Con frecuencia se erigieron grandes mausoleos y se añadieron nombres de víctimas de esa localidad que aún yacían en lugares no identificados, que estaban enterradas en la fosa común del cementerio o que habían sido fusiladas tras juicios sumarios y yacían en otros camposantos. Lo importante, a la hora del homenaje, era incluir al conjunto de víctimas mortales del franquismo de la localidad sin exclusiones. Por lo tanto, las inscripciones de estos monumentos funerarios cumplen una función más reparadora que registral.

Las exhumaciones de este ciclo, a diferencia de las del segundo, apenas recibieron atención mediática a nivel nacional, aunque en ocasiones sí fueron

una labor fundamental en la recogida de restos de fusilados en la guerra y la posguerra, y en la identificación de los mismos.

¹⁰ Ferrándiz (2014) proporciona algunas descripciones de los trabajos de estos profesionales. Etxeberria, desde el 2000, ha escrito informes forenses, documentados con fotos y vídeos, de todas las exhumaciones que ha dirigido, aunque en poco más de diez ocasiones los jueces se los han solicitado. También ha publicado, junto con otros miembros de su equipo, varias investigaciones al respecto. Ver Etxeberria (2012).

¹¹ Silva y Macías (2003).

cubiertas por la prensa local. El único medio de ámbito nacional que prestó una atención notable, aunque no sistemática ni exhaustiva, a este ciclo de exhumaciones fue la revista *Interviú*¹².

Más allá de la poca atención que han recibido las exhumaciones del «primer ciclo», este artículo se centra en él porque arrancó en una etapa —la transición española— que ha solido ser caracterizada por su resistencia a afrontar en el ámbito político y social lo que ocurrió durante la guerra y el franquismo¹³. El contraste entre el discurso de los partidos a nivel nacional, en el que primaron las menciones a la «reconciliación nacional», así como el deseo de arrumbar los aspectos más dolorosos del pasado, y las numerosas exhumaciones y tributos a las víctimas del franquismo que se llevaron a cabo a nivel local en determinadas provincias, constituye, por lo tanto, una interesante paradoja sobre la que merece reflexionar.

En este artículo voy a presentar tanto una visión general de lo que ocurrió en las cuatro provincias que he investigado hasta la fecha (Cáceres, Badajoz, Navarra y La Rioja) como un relato algo más detallado de los rasgos más importantes de las dos primeras exhumaciones que tuvieron lugar en la zona analizada: Marcilla (Navarra) y Casas de Don Pedro (Badajoz). La combinación de las perspectivas macro y micro me permitirá abordar mejor las dinámicas generales del fenómeno, e ilustrar, mediante ejemplos particularmente significativos, algunas características de estos procesos.

II. FUENTES DE DATOS Y DEBATE TEÓRICO

La unidad de análisis de esta investigación son los municipios y las observaciones recogidas en la base de datos que he creado (EXFOTRAN)¹⁴ son las exhumaciones y los funerales que tuvieron lugar en ellos¹⁵. La recogida de

¹² Las razones de esta excepción se explican en Aguilar y Ferrándiz (2016). Periódicos relevantes de tirada nacional, como *El País*, solo se hicieron eco de estas iniciativas de forma excepcional.

¹³ Aguilar (2008).

¹⁴ Véase la nota metodológica al final de este artículo.

¹⁵ En algunos municipios no hubo exhumación, sino que solamente se «dignificaron» las fosas no identificadas que se encontraban en el interior de los cementerios, lo que quiere decir que se erigió algún tipo de monumento funerario o placa conmemorativa sobre ellas. Ese fue el caso, por ejemplo, de La Albuera (Badajoz). Muñoz y Chaves (2014) han publicado los nombres de algunas de las localidades extremeñas en las que se han hecho exhumaciones, incluyendo las del primer ciclo, que ellos denominan «al

datos ha sido laboriosa y compleja por varios motivos. En primer lugar, porque entre los años treinta y los setenta ha habido no pocas variaciones a nivel local: algunos municipios han desaparecido y se han creado otros nuevos. En segundo lugar, porque varios desenterramientos se llevaron a cabo de forma clandestina, en cuyo caso solo ha quedado huella oral de los mismos. En tercer lugar, porque la documentación de los Gobiernos Civiles, de los cuales dependían las jefaturas provinciales de Sanidad, que eran las encargadas de recibir, otorgar —o denegar— las autorizaciones, ha desaparecido en varias provincias. Y, en cuarto lugar, porque el estado de conservación de la documentación en los ayuntamientos varía mucho de un caso a otro.

Las principales fuentes de información de este trabajo son: a) aproximadamente 250 entrevistas; b) material de archivo de carácter local, provincial y estatal; c) prensa, sobre todo de carácter local; d) fotografías y filmaciones de las exhumaciones y reinhumaciones que se hicieron entre los años setenta y los noventa¹⁶, y e) también he recopilado las anotaciones manuscritas y los documentos mecanografiados de quienes protagonizaron estas iniciativas explicando cómo se organizaron¹⁷, de qué manera consiguieron reunir el dinero que necesitaban para construir el mausoleo¹⁸, los bocetos que elaboraron sobre cómo debían hacerse los monumentos funerarios¹⁹, la correspondencia que

alba». He podido constatar, además de algunas lagunas en este listado, que estos autores han incluido La Albuera entre los pueblos que exhumaron. Sin embargo, tuve la ocasión de entrevistar a Domingo Comerón González, concejal del PSOE en la localidad entre 1983 y 2000, y él me confirmó que en dicho municipio no se hizo exhumación alguna, sino que en abril de 1983 se acotó el lugar del cementerio en que se sabía que estaba la fosa común y se construyó un mausoleo, que aún existe, sobre la misma.

¹⁶ Algunas de estas fuentes me ha permitido comprobar cuánta gente participó en estas iniciativas, si se exhibieron banderas o se entonaron himnos, y si tuvo lugar algún tipo de ceremonia religiosa.

¹⁷ En este sentido son fundamentales las anotaciones del párroco Javier Vesperinas y el libro de Josefina Campos (2008).

¹⁸ Aunque la casuística es muy diversa, en la mayoría de los casos fueron los familiares quienes asumieron el coste del mausoleo, mientras que los ayuntamientos, con cierta frecuencia, cedieron de forma gratuita terreno en el cementerio. A veces he encontrado rasgos de gran generosidad en alcaldes o concejales que renunciaron a sus sueldos durante algunos meses para cubrir el coste de la excavación y del monumento funerario. Este fue el caso, por ejemplo, de Vicente Herrera Silva, alcalde socialista de Alconchel (Badajoz) desde 1979 hasta 1999.

¹⁹ Por ejemplo, Juan Carlos Molano, el alcalde comunista de Montijo (Badajoz), me mostró el boceto de monumento que él mismo dibujó cuando se hizo la exhumación.

intercambiaron entre ellos y, en ocasiones, también con agrupaciones locales de partidos o sindicatos.

El marco teórico de esta investigación arranca de una serie de paradojas que, a su vez, suponen retos importantes para la literatura existente. Nos encontramos ante un conjunto de movilizaciones llevadas a cabo por personas que en principio contaban con muy pocos recursos económicos y organizativos. Estas iniciativas fueron muy escasas en determinadas provincias, como en Cáceres, pero en otras resultaron muy abundantes, sobre todo en Navarra y Badajoz. Pero lo que entonces se hizo, dada su poca estructuración y carácter efímero, no parece poder caracterizarse como un movimiento social al uso.

Si las comisiones gestoras de familiares que algunas veces se crearon hubieran permanecido con posterioridad a la exhumación, podríamos estar ante algo parecido a lo que Verberg ha denominado «activismo social basado en la familia». Ella define este fenómeno como una gama de actividades de diversa naturaleza llevadas a cabo por familiares de víctimas, que pretenden incrementar la conciencia sobre el hecho que causó la muerte de sus parientes e intentar modificar una serie de políticas para evitar que la tragedia vuelva a repetirse. Según esta autora, «el dolor es un potente catalizador del activismo» y quienes tienen en común haber perdido a un familiar por un motivo parecido con frecuencia se organizan para acometer distinto tipo de actos conmemorativos con el fin de sobrellevar el duelo y conseguir aceptar la pérdida. En la mayoría de las prácticas de activismo familiar que esta autora investiga, los protagonistas consideran que las muertes de sus seres queridos fueron «injustas o evitables». Por ese motivo tratan de crear, mediante actos públicos celebrados de forma periódica, «comunidades de memoria» que trasciendan el espacio íntimo de los familiares directamente afectados, pues intentan transformar la visión del mundo que tienen los demás para, de esta forma, introducir cambios en la agenda política que eviten la repetición de la tragedia²⁰.

Que fue fielmente seguido lo demuestra el monolito que actualmente sigue existiendo en el cementerio y en el que cada 14 de abril se conmemora la llegada de la Segunda República y se rinde homenaje a los fusilados por el franquismo. Sin embargo, en muchas otras ocasiones el diseño del mausoleo se dejó en manos de marmolistas. En Almendralejo (Badajoz) entrevisté a Alberto Asuar, marmolista del PCE cuya empresa familiar fue la encargada de la realización y el diseño de los monumentos funerarios de varios pueblos de Badajoz. Asuar fue también concejal comunista en Almendralejo, pueblo en el que contribuyó a que en 1983 se llevara a cabo la exhumación de los restos de los republicanos fusilados.

²⁰ Verberg (2006): 23 y 38-42.

Estas ambiciones son, desde luego, mucho más propias de las asociaciones de memoria actuales que de las humildes y efímeras comisiones gestoras que se han mencionado con anterioridad. Por lo tanto, el estudio de Verberg sobre el activismo familiar, aunque contiene reflexiones muy pertinentes sobre el objeto de estudio de este artículo, no se adecuaba plenamente al mismo.

Algo parecido ocurre con los trabajos realizados específicamente sobre asociaciones de familiares de desaparecidos, como el de Rowayheb y Ouais, centrado en el Líbano²¹. Aunque en dicha investigación también se plantean consideraciones muy sugerentes, tampoco constituye un marco teórico adecuado, pues se analiza una asociación que ha perdurado en el tiempo, que representa a un colectivo de carácter nacional y que aspira a introducir cambios en la agenda política del país. Ninguna de estas tres condiciones se cumple en nuestro caso.

La literatura sobre justicia transicional, por su parte, con algunas interesantes excepciones, ha tendido a poner el foco de atención en las políticas de verdad, memoria, justicia y reparación llevadas a cabo por los Estados u otras autoridades de carácter subestatal en la era posterior al «giro forense», mientras que las iniciativas que se estudian en este artículo han sido llevadas a cabo por ciudadanos, con frecuencia al margen del Estado y sus agentes, incluido el Poder Judicial, que nunca se ha involucrado en la búsqueda de desaparecidos de la guerra y el franquismo. En realidad, estamos ante lo que he denominado procesos de «autorreparación» y «autohomenaje» que se organizan ante la inacción del Estado, la indiferencia de los jueces y la presencia de unas élites políticas mayoritariamente reacias a mirar al pasado.

Esta investigación también plantea importantes retos a quienes hemos defendido que, durante la transición, se arrumbaron los aspectos más dolorosos de la historia reciente porque sus protagonistas políticos y mediáticos, además de la mayoría de la sociedad, consideraron que esta era la mejor forma de transitar pacíficamente a la democracia. Y es que lo que fue cierto a nivel estatal no parece haberlo sido necesariamente en unidades menores de análisis.

Es innegable que las autoridades políticas de la transición no establecieron diálogo alguno con las víctimas de la dictadura para conocer sus necesidades ni sus demandas, y los dos principales partidos de izquierdas se apresuraron a suscribir una política de reconciliación nacional consistente en dejar de lado los aspectos más espinosos del pasado. Se atendieron, otorgando pensiones, las necesidades más perentorias de las viudas del bando republicano, que no las habían podido cobrar con anterioridad, pero nadie se preocupó, salvo a nivel local, de ayudar siquiera a trasladar los restos de los muchos

²¹ Rowayheb y Ouais (2015).

miles de fusilados que yacían en campos, pozos y cunetas para darles un entierro digno.

Es verdad que las principales formaciones de izquierda tenían muy poco interés en remover el pasado, pero también lo es que, por aquel entonces, los partidos políticos tenían una implantación territorial muy débil y estaban simplemente ausentes en muchos pueblos. Esto dejaba un amplio margen de maniobra a los alcaldes y concejales, a quienes las instrucciones de los órganos estatales de sus partidos llegaban, en el mejor de los casos, como un eco muy lejano.

El propósito de encontrar un marco teórico adecuado a las exhumaciones del primer ciclo me ha llevado, finalmente, en dos direcciones complementarias. En primer lugar, a la teoría de la acción colectiva²². Es cierto que en estas iniciativas no se proporcionaron «incentivos selectivos» a sus participantes, puesto que quienes asumieron su coste y los riesgos que conllevaban se beneficiaron en igual medida que aquellos que no se atrevieron a involucrarse. Sin embargo, hubo dos elementos propios de la acción colectiva que sí les resultaron algo más propicios: a) el tamaño de los grupos era pequeño, lo que permitía ejercer un mayor control sobre sus miembros y evitar más fácilmente el conocido problema del «gorrón» o «polizón» (*free rider*), y b) el papel crucial desempeñado por los pioneros o «empresarios políticos», en palabras de Olson²³. No conviene subestimar que muchas iniciativas de carácter social son lideradas por personas de una audacia, tenacidad y valor excepcionales, capaces de arrostrar peligros y sortear todo tipo de dificultades. Sus características son asimilables a los que Tarrow denomina «madrugadores» (*early risers*) en los ciclos de protesta, que son quienes proporcionan oportunidades a otros actores y contribuyen a difundir el fenómeno²⁴. Gracias al liderazgo ejercido por estos pioneros puede irse formando una «masa crítica» que traspasado determinado umbral, conocido como punto de inflexión (*tipping point*), consigue que cada vez más gente acabe viendo como normal lo que antes se consideraba arriesgado o incluso indeseable. Una vez superado ese umbral la acción colectiva incrementa notablemente sus probabilidades de éxito.

Eso es lo que les ocurrió a quienes primero se atrevieron a trasladar restos de republicanos en la transición. Gracias al trabajo de campo he podido identificar y entrevistar a varios de estos pioneros (en muchos casos mujeres), y constatar así hasta qué punto están dotados de una gran capacidad organizativa, así

²² Olson (2002) [1965].

²³ *Ibid.*: 175 y ss.

²⁴ Tarrow (1997) [1994]: 59 y 156.

como de un empuje y carisma extraordinarios. Muchas de estas personas tuvieron que afrontar, con muy pocos recursos materiales, todo tipo de obstáculos, incluidas amenazas, para conseguir sus objetivos. En algunos casos acabaron contando con la ayuda de una serie de actores, suficientemente poderosos a nivel local como para contribuir, de forma significativa, al éxito final de sus iniciativas.

La segunda fuente de inspiración de esta investigación son las investigaciones sobre los efectos espaciales de los fenómenos sociopolíticos y el denominado «efecto difusión» o «efecto contagio». Según estas teorías, la probabilidad de que se produzcan iniciativas como las que aquí se analizan suele incrementarse —o reducirse si los resultados no son los esperados— a medida que se llevan a cabo en lugares próximos. Por ejemplo, autores como Tolnay, Deane y Beck han puesto a prueba estas tesis en fenómenos como la propagación de los linchamientos de los afroamericanos en el sur de Estados Unidos a finales de siglo XIX y principios de XX²⁵. Otros autores, como Brinks y Coppedge, las han utilizado para tratar de explicar la extensión de la democracia en el mundo a partir de la proximidad geográfica entre los países²⁶.

Con el fin de documentar la difusión de estas iniciativas disponemos, además de mapas que demuestran el contagio entre municipios vecinos, de abundantes testimonios orales que lo avalan y de un relato del proceso sumamente minucioso y revelador escrito por una de las principales pioneras de Navarra: Josefina Campos, a quien he entrevistado en varias ocasiones²⁷. Aunque ella no participó en la primera exhumación que se llevó a cabo en dicha provincia, sí fue la que, inspirada por la que se había hecho en Marcilla, contribuyó —junto a otros actores clave en esta operación, como José María Jimeno Jurío— a coordinar a familiares de muchos pueblos de la Ribera Navarra para llevar a cabo, de forma conjunta, la búsqueda de restos y la celebración de homenajes y funerales multitudinarios. Los impulsores de las exhumaciones que se llevaron a cabo en los dos pueblos pioneros —Marcilla y Casas de Don Pedro— de las cuatro provincias estudiadas también han sido entrevistados.

III. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Al seleccionar las cuatro provincias analizadas, que se corresponden, en la actualidad, con tres comunidades autónomas, se han buscado tanto rasgos

²⁵ Tolnay, *et al.* (1996).

²⁶ Brinks y Coppedge (2006).

²⁷ Campos (2008).

comunes (provincias en las que se llevaran a cabo exhumaciones desde muy temprano) como contrastes con el fin de intentar explicar mejor el fenómeno en su conjunto. La unidad de análisis principal es el municipio. La ventaja que Guy Peters otorga al análisis de las unidades subnacionales consiste en que, al mantener constantes ciertos rasgos básicos del sistema político y de la estructura socioeconómica, es más sencillo aislar los factores que realmente dan cuenta del fenómeno que queremos explicar²⁸.

En primer lugar, las diferencias ideológicas anteriores a la Guerra Civil eran notables. Mientras que el Frente Popular obtuvo una importante victoria en las elecciones de 1936 en Extremadura, obteniendo siete de los nueve nueve escaños en liza en Cáceres y once de catorce en Badajoz, el Bloque de Derechas obtuvo «el copo» en Navarra (los siete escaños), mientras que en La Rioja se llevó tres de los cuatro posibles. El partido que más escaños obtuvo en Extremadura fue el PSOE (tres en Cáceres y seis en Badajoz), mientras que los carlistas se llevaron cuatro en Navarra²⁹.

En segundo lugar, como Navarra y La Rioja cayeron desde el principio de la guerra en manos de los franquistas, la violencia republicana fue inexistente. A principios de 1937 casi la totalidad de Cáceres había sido tomada por los rebeldes; aquí sí que hubo represión revolucionaria, pero en escasa medida. Sin embargo, una parte de Badajoz y dos municipios de Cáceres (Alía y Madrigalejo) permanecieron leales a la República hasta el final del conflicto. Esta sección de la provincia, completamente rodeada por zona franquista, es la que se conoce como «Bolsa de la Serena»³⁰ (la «hernia roja», en terminología franquista), y en ella tuvieron lugar dinámicas muy diferentes. Particularmente, la represión republicana fue mucho mayor aquí que en otras zonas de la provincia. Y cuando finalmente cayó en manos de los franquistas, los crímenes extrajudiciales que estos llevaron a cabo fueron también muy abundantes³¹. Según las cifras

²⁸ Peters (1998).

²⁹ Una vez que estalló el conflicto, la movilización masiva del Requeté navarro (y vasco) constituiría una fuente de apoyo fundamental para el bando franquista, contribuyendo, junto con los falangistas y el ejército, a la cruenta represión de la provincia. Véase Mikelarena (2015).

³⁰ Para la evolución de esta zona durante el conflicto, véase González y López (2008).

³¹ Durante la contienda, como es bien sabido, ambos bandos fueron responsables de la ejecución de miles de personas sin mediar juicio alguno y de hacer desaparecer sus cuerpos en lugares muy diversos. Aunque se suele decir que este «terror caliente» tuvo lugar sobre todo en los primeros meses del conflicto, en las localidades pacenses que solo cayeron en manos de los franquistas al final de la guerra, esta siniestra dinámica volvió a producirse sin que las autoridades hicieran nada por impedirlo.

aportadas por los estudios más recientes, la represión franquista en Badajoz fue siete veces y media superior a la republicana³².

También existen variaciones importantes dentro de cada provincia. Por ejemplo, los crímenes franquistas en Navarra se concentraron en la zona en la que los sindicatos eran más fuertes, la Ribera; mientras que en La Rioja su incidencia fue mayor justo al otro lado del Ebro, esto es, en el norte de la provincia³³.

TABLA 1. *Represión republicana y franquista*

	<i>Porcentaje de población represaliada por los republicanos</i>	<i>Porcentaje de población represaliada por los franquistas</i>
Badajoz	0,197	1,435
Cáceres	0,0281	0,342
Navarra	0	0,822
La Rioja	0	0,943

Fuentes: para Badajoz, Martín Bastos (2015); para Cáceres, Chaves (1995); para Navarra, Fondo Documental de la Memoria Histórica; para La Rioja, Aguirre (2007). Datos calculados según el censo de 1930.

Después de la guerra, una vez que la dictadura se estableció en todo el territorio, solo los familiares de los franquistas fueron autorizados a localizar, exhumar y reinhumar con todos los honores los restos de sus allegados enterrados en fosas comunes. La legislación al respecto fue muy abundante durante los primeros años de la posguerra, en los que se produjo tal trasiego de cadáveres que se acabaron limitando los meses en los que podían producirse los desenterramientos para evitar problemas sanitarios. Los deudos de los vencedores no solo recibieron ayudas económicas para llevar a cabo estas tareas, sino que algunas fosas pudieron acotarse y beneficiarse de la misma protección legal que los camposantos.

En la mayoría de los pueblos y las ciudades se celebraron grandes manifestaciones, con la participación de autoridades civiles y religiosas, para rendir tributo a los muertos del bando vencedor. Y, cuando se llevaba a cabo algún traslado de restos, dependiendo del estatus de las víctimas en cuestión, las ceremonias podían llegar a ser igualmente importantes. Es bien sabido que por

³² Martín Bastos (2015).

³³ Berrio *et al.* (2008) y Aguirre (2007).

todas partes se erigieron monumentos y se hicieron inscripciones dedicadas a los «caídos por Dios y por España». Además de las placas en las fachadas de las iglesias, que aún pueden verse en no pocas localidades, se erigieron «cruces de los caídos» en lugares particularmente visibles, muchas veces con inscripciones en las que figuraban los nombres de los muertos del bando vencedor y la simbología franquista habitual de la época (el yugo y las flechas, y el águila de San Juan). También se construyeron mausoleos en los cementerios para rendirles honores³⁴.

Durante la Guerra Civil, en casos excepcionales los familiares de los republicanos fueron autorizados a recoger los restos recién fusilados de sus allegados y se les permitió darles sepultura, normalmente en una fosa común del cementerio. Algunas familias pudientes llegaron a ofrecer dinero a personas humildes para que sacaran, por la noche, a sus allegados de las fosas comunes y los enterraran de forma clandestina en el panteón familiar. Pero en ninguno de estos casos los familiares pudieron añadir inscripción alguna en las lápidas mortuorias. Hasta tal punto llegó la obsesión de los vencidos por intentar borrar de la faz de la tierra cualquier indicio de que los represaliados habían llegado a existir. En otros casos, igualmente excepcionales, se llegó a conseguir, varios años después de la guerra, el permiso de algún gobernador civil, o del alcalde de algunas localidades, para desenterrar, con enorme discreción, restos de fusilados para trasladarlos al mausoleo familiar. Hay, al menos, dos casos en Marcilla en que ello fue posible, de nuevo sin inscripciones.

Muchos de los restos óseos que yacían en fosas comunes fueron trasladados en los años cincuenta a la cripta del Valle de los Caídos, en el caso de los vencidos sin el permiso de sus familiares. El incompleto y desactualizado «mapa de fosas» (alojado en la web del Ministerio de Justicia), que se creó por mandato de la popularmente conocida como «ley de memoria histórica», permite ubicar muchos de sus emplazamientos.

Por último, en los últimos años de la dictadura se autorizaron unas pocas exhumaciones en casos en los que distintas clases de construcciones iban a erigirse justo en el emplazamiento de las fosas, lo que habría supuesto, como ocurrió en tantas ocasiones, su desaparición u ocultamiento definitivo.

³⁴ En Navalvillar de Pela, Badajoz, hay uno particularmente bien conservado. Una de sus inscripciones reza: «Caídos en la cruzada contra el comunismo para salvar la civilización del mundo. Vuestra sangre y vuestro recuerdo guiará a la juventud española hacia el heroísmo de la victoria en el signo de Dios y del Imperio hasta la eternidad. ¡Presentes!». Muy cerca de él se encuentra el mausoleo que erigieron en 1980 los familiares de los vencidos cuando trasladaron los restos que se encontraban dispersos en tres fosas comunes. Su dedicatoria dice: «En memoria de los mártires fusilados por defender la libertad y la democracia».

Pero, en términos generales, los familiares de las víctimas de la represión franquista no pudieron desenterrar a los suyos. Tampoco les autorizaron a celebrar funerales y sus nombres no quedaron grabados en las fachadas de las iglesias, en las placas conmemorativas, ni en las cruces de los caídos. Sus nombres tampoco sirvieron para bautizar las calles y plazas de los municipios, pues estos espacios estaban reservados para los «caídos por Dios y por España».

Así las cosas, a la muerte de Franco aún quedaban varios miles de personas enterradas en multitud de fosas comunes dispersas por todo el país. Lo que los allegados de los vencidos perciben como agravio y humillación es que sus familiares hayan estado tanto tiempo —y en no pocos casos aún estén— «tirados como perros» (esta es una expresión que se repite constantemente en las entrevistas) y que sus nombres hayan sido vilipendiados o, en el mejor de los casos, relegados al olvido, como si nunca hubieran existido. De hecho, muchos de ellos ni siquiera pudieron ser inscritos en el registro de defunciones hasta bien entrada la democracia, con todos los problemas que ello conllevaba para sus familiares.

La prohibición, tanto de trasladar a los muertos como de ofrecer a sus deudos un lugar digno donde enterrarlos y de celebrar cualquier ritual de luto en su memoria, había dejado unas heridas profundas que permanecían manifiestamente abiertas cuando se inicia la transición. Muchos miles de asesinados no figuraban en registro alguno y sus restos no reposaban en los camposantos (salvo, en ciertos casos, en fosas comunes sin identificar). Tras la muerte de Franco existía una gran incertidumbre sobre cómo evolucionaría la situación, aún pervivían actores poderosos heredados de la dictadura y existía un miedo nada desdeñable a la repetición de la guerra, incrementado, sin duda, por unos niveles muy elevados de conflictividad social y violencia política. A pesar de que muchos pensaron que ese momento histórico no parecía el más propicio para reivindicar la memoria de los vencidos, algunas familias decidieron no esperar más y, superando la aprensión, los obstáculos administrativos y, en ocasiones, las amenazas, se propusieron exhumar a sus deudos y enterrarlos, con honores, en el cementerio de la localidad. Otras siguieron paralizadas por el temor a remover el pasado y ni siquiera pensaron, porque ya se ha explicado que la difusión mediática de estas iniciativas fue muy escasa, que tal cosa pudiera ser posible hasta muchos años después.

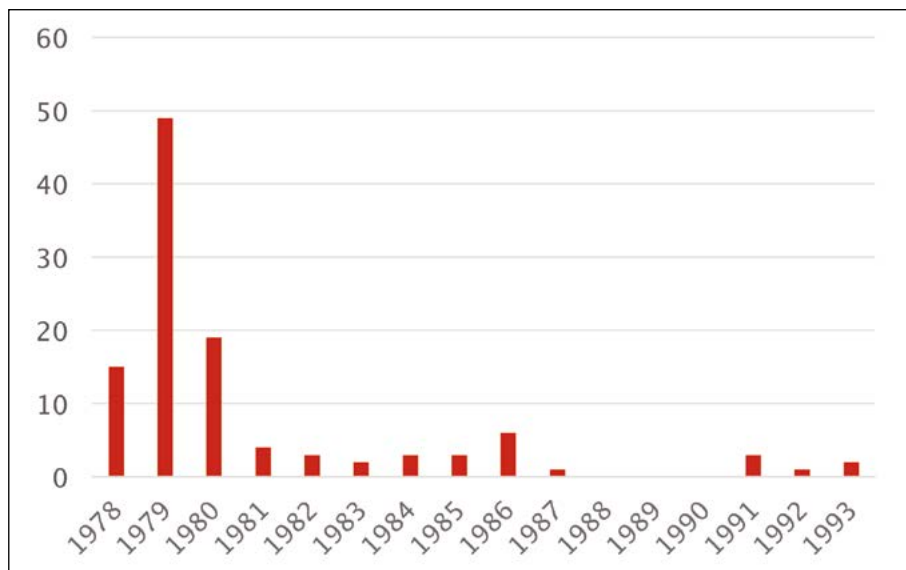
IV. EXHUMACIONES Y HOMENAJES EN LA TRANSICIÓN

Mientras que en muchas partes de España aún se está debatiendo qué hacer con los legados simbólicos del régimen franquista, en no pocos pueblos aprovecharon la llegada de los alcaldes izquierdistas tras las elecciones de abril

de 1979 para quitar placas de las iglesias, borrar las inscripciones de las cruces de los caídos, quitar las placas de las calles —con frecuencia recuperando las que habían tenido antes de la guerra— y erigir panteones a las víctimas del franquismo, sobre todo, aunque no exclusivamente, cuando lograron trasladar los restos. En algunos lugares, los símbolos de la dictadura desaparecieron con nocturnidad o aparecieron rotos en algún descampado.

En consonancia con la consigna de la «reconciliación española», en numerosos municipios sustituyeron las viejas inscripciones sectarias de las cruces por otras de carácter inclusivo, aunque, con frecuencia, un tanto abstractas³⁵. Sin embargo, los epitafios de los mausoleos fueron mucho más explícitos y combativos.

GRÁFICO 1. *Evolución temporal de las exhumaciones del primer ciclo en Extremadura, Navarra y La Rioja*



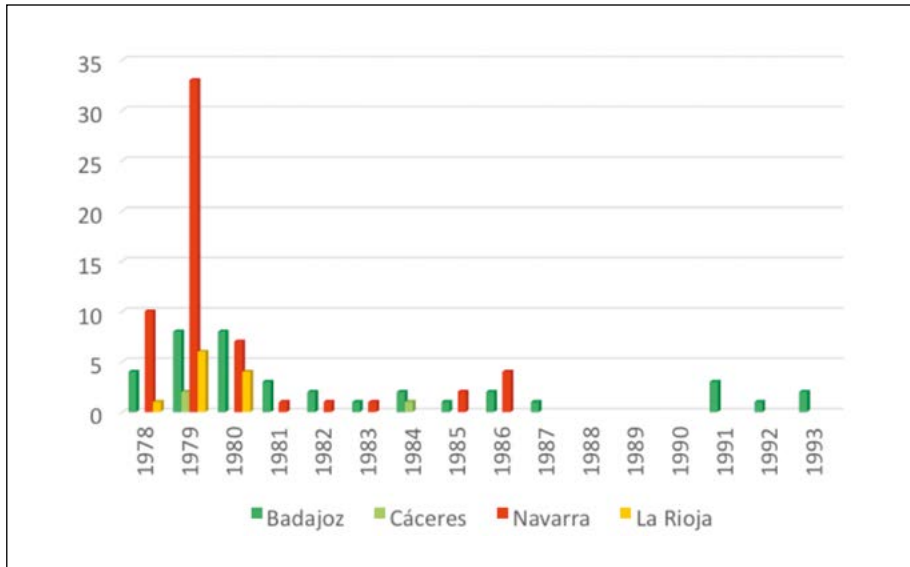
Fuente: EXFOTRAN.

³⁵ En Badajoz abundan las que rezan: «A todos los caídos en las guerras de España» o variantes similares. Incluso el alcalde comunista de Montijo, Juan Carlos Molano, colocó la siguiente inscripción: «En memoria de todos los montijaneros que murieron durante las pasadas guerras en defensa de sus ideales». En la entrevista me dijo que no se atrevieron a más, ya que también habían borrado las otras inscripciones que figuraban en el gran monumento franquista, dejando tan solo el nombre de los caídos en el frente.

Como puede observarse en el gráfico 1, el primer ciclo de exhumaciones se inició durante la transición a la democracia y se prolongó hasta los años noventa, pero el momento cumbre se produjo entre 1978 y 1980, con un pico clarísimo en 1979. Es muy probable que la intentona golpista de 1981 tuviera un efecto disuasorio en muchos municipios, pero este gráfico demuestra que el ritmo de estas iniciativas empezó a declinar ya en 1980.

En el gráfico 2 se pueden ver desglosadas las cuatro provincias que se analizan en esta investigación. Solo en Badajoz se mantuvieron constantes las iniciativas de traslado y dignificación de restos entre 1979 y 1980, reduciéndose en los otros tres casos entre esos dos años. A partir de 1981 las exhumaciones ya solo tuvieron lugar de forma esporádica.

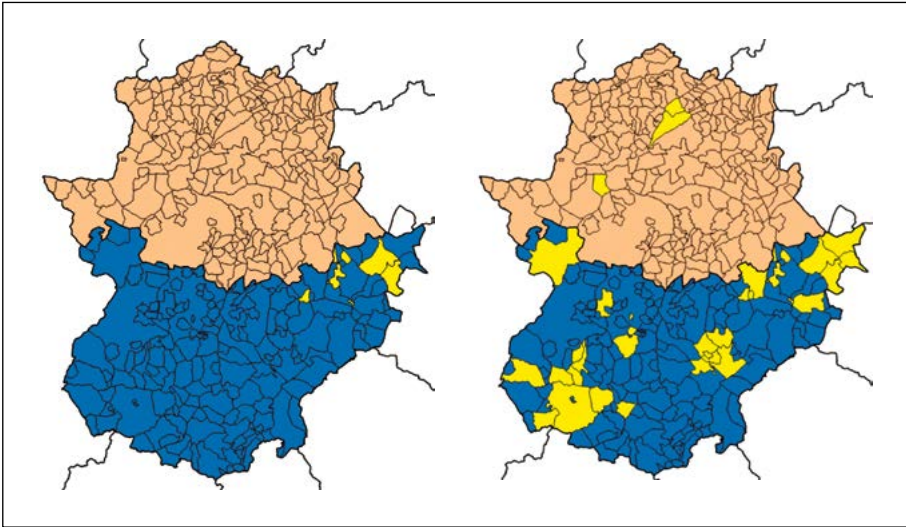
GRÁFICO 2. *Evolución temporal de las exhumaciones del primer ciclo en Badajoz, Cáceres, Navarra y La Rioja*



Fuente: EXFOTRAN.

En los siguientes mapas se muestra la evolución del primer ciclo de exhumaciones en Extremadura entre 1978 y 1984.

MAPA 1. *Evolución de las exhumaciones en Extremadura entre 1978 y 1984*

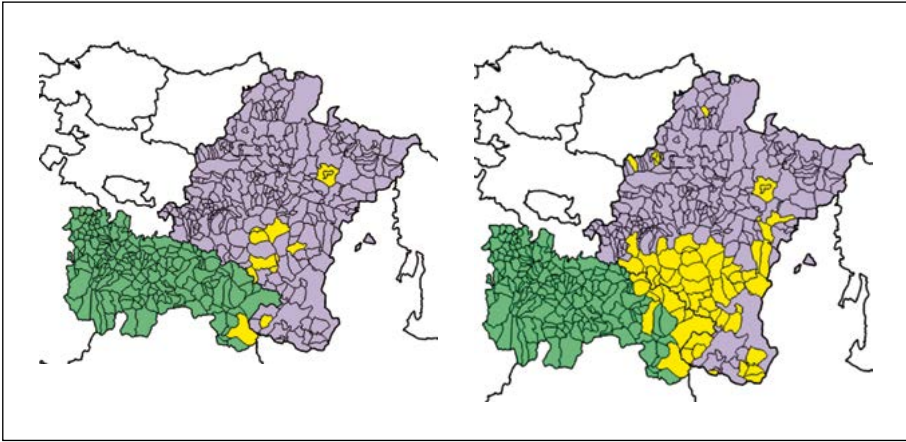


Fuente: EXFOTRAN.

Como se observa, el fenómeno comienza precisamente en la denominada «Bolsa de la Serena», la última en caer en manos franquistas y, cinco años más tarde, se ha empezado a difundir por la región, muy particularmente en Badajoz, donde la represión franquista fue mucho más elevada y estuvo más diseminada por toda la provincia. Pero también se observa que la difusión de estas iniciativas se ha producido de forma muy dispersa y, por lo tanto, poco exhaustiva, pues muchos municipios con republicanos enterrados en fosas comunes no adoptaron estas medidas.

En estos otros mapas se muestra la evolución del primer ciclo de exhumaciones en Navarra y La Rioja entre 1978 y 1984.

MAPA 2. *Evolución de las exhumaciones en Navarra y La Rioja entre 1978 y 1984*

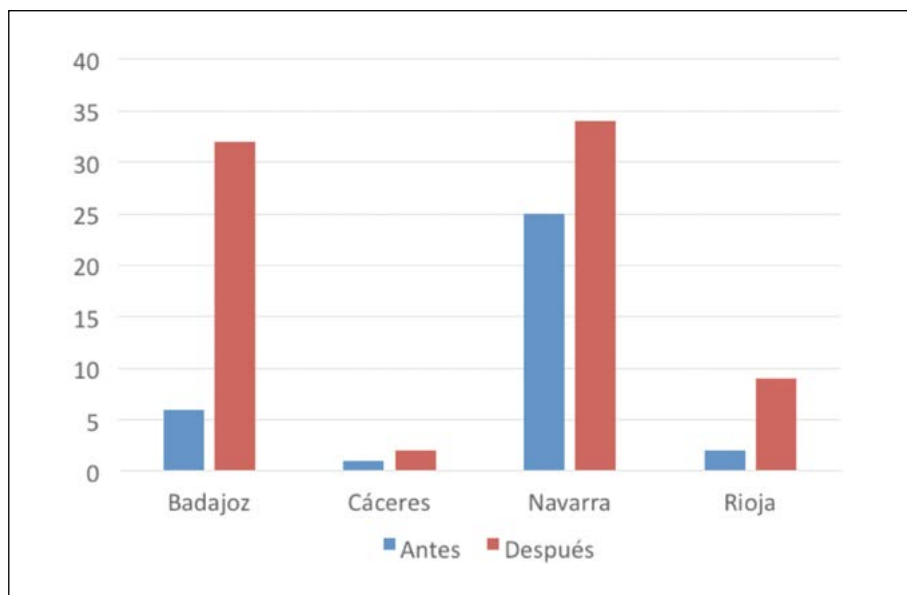


Fuente: EXFOTRAN.

Aquí el fenómeno es completamente diferente. Aunque en 1978 las iniciativas brotaron de forma tan dispersa como en Extremadura, pocos años más tarde los municipios que habían logrado trasladar y dignificar los restos aparecen mucho más concentrados. Y esta concentración tiene lugar precisamente en las mismas zonas que fueron más fuertemente represaliadas, las cuales, a su vez, coinciden, en términos generales, con aquellas en las que el Frente Popular había obtenido un respaldo mayor.

Aunque en las cuatro provincias se llevaron a cabo exhumaciones y homenajes durante la transición, no todas ellas lo hicieron al mismo ritmo ni de la misma manera. En el gráfico 3 se muestra una diferencia muy importante entre el número de exhumaciones que tuvieron lugar en estas provincias antes y después de la celebración de las elecciones municipales de 1979.

GRÁFICO 3. *Número de exhumaciones anteriores y posteriores a las elecciones municipales de 1979*



Fuente: EXFOTRAN.

Con anterioridad a los comicios (la barra azul del gráfico), los traslados de restos fueron mucho más abundantes en Navarra que en cualquier otra provincia.

En términos porcentuales, las diferencias entre las dos provincias que se mostraron más activas, Navarra y Badajoz, son aún más claras. Mientras que en Navarra el 42 % de las exhumaciones tuvieron lugar antes de la celebración de estos comicios, en Badajoz tan solo el 14 % de los municipios se adelantaron a los mismos, lo que prueba que aquí la llegada de los Ayuntamientos de izquierdas fue más determinante que en Navarra y que la mayoría de los familiares solo se atrevieron a proponer el traslado de los restos cuando consideraron que iban a encontrar el respaldo de las nuevas corporaciones municipales.

El hecho de que los navarros no tuvieran que esperar hasta la llegada de los Ayuntamientos democráticos es un claro indicio de que en esta provincia los familiares contaron con más apoyos y también que lograron coordinarse mejor. De hecho, un hallazgo fundamental del trabajo de campo realizado en esta provincia es que en muchos municipios se crearon «comisiones gestoras» formadas por familiares y párrocos, se siguió un protocolo común para llevar

a cabo estas iniciativas y los familiares de distintos pueblos colaboraron estrechamente entre sí.

Javier Vesperinas, por aquel entonces párroco de Marcilla —el primer pueblo de las cuatro provincias en el que se logró trasladar restos de fusilados, celebrar un funeral y hacer un homenaje en el cementerio—, en la única entrevista que ha concedido hasta la fecha, tuvo la generosidad de compartir conmigo las notas personales que entonces tomó sobre cómo debían impulsarse este tipo de iniciativas. Es un testimonio muy valioso y sus escritos son fundamentales porque en ellos recoge, no racionalizaciones *ex post*, sino sus impresiones personales en aquellos momentos sobre, por ejemplo, las trabas que hubieron de afrontarse al principio y las emociones que entonces experimentaron las personas involucradas. Lo que él hizo, en realidad, fue crear un protocolo de actuación sumamente útil que seguirían fielmente los familiares de los pueblos de la Ribera navarra. De hecho, tanto este párroco como Josefina Campos, dos de los principales protagonistas de este primer impulso reparador en Navarra, subrayan la asombrosa coordinación que se dio entre los distintos pueblos.

Este párroco, desde luego, no dejaba nada a la improvisación. Incluso señala la conveniencia de evitar que los homenajes tuvieran lugar en fechas que pudieran indicar afán de revancha. Hombre de ideas muy moderadas, insiste en la importancia de proceder con la mayor discreción. Vesperinas también registró en sus escritos el miedo inicial de los familiares a que la derecha pudiera profanar los restos o el lugar de enterramiento, así como la emoción con la que acometieron la búsqueda de las fosas y el extraordinario alivio que sintieron aquellos al poder darles una sepultura digna en el cementerio. La frase más repetida, según su testimonio, era: «Por fin los tenemos en casa».

La colaboración entre las diversas comisiones gestoras que se crearon en los pueblos no solo era necesaria dada la enorme dispersión de los restos (los represaliados de un mismo pueblo solían encontrarse en varios términos municipales diferentes), sino que fue deliberadamente propiciada para mejorar la eficacia de las iniciativas. Cuanta más gente respaldaba las gestiones más sencillo resultaba afrontar las trabas administrativas, y cuantas más personas participaban en los actos de homenaje —incluso se llegaron a fletar autocares desde varios pueblos—, más fácil era vencer el miedo que todos reconocían sentir y, como se me ha señalado en más de un testimonio, más acompañados se sentían los dolientes.

La coordinación también contribuyó a la velocidad con la que se difundieron estas iniciativas y explica la cantidad de municipios que se vieron beneficiados por ellas. Las primeras comisiones gestoras navarras decidieron dejar a los partidos y a los sindicatos fuera de los actos de homenaje, e intentaron,

al menos al principio, que estos estuvieran lo menos politizados que fuera posible, aunque siempre hubo familiares que aportaron banderas, sobre todo republicanas, y, con el tiempo, el tono ideológico se fue elevando.

Precisamente una de las consignas que el párroco de Marcilla deja explícitamente reflejada en sus notas mecanografiadas es la de «evitar interferencias de partidos políticos»; también afirma lo siguiente: «Los partidos PSOE, PNV y PCE anunciaron su no intromisión». Está claro que Vesperinas quería que estos actos tuvieran un contenido netamente religioso y familiar³⁶. También es cierto que los parientes que impulsaron las primeras exhumaciones temían que la implicación de los partidos pudiera dar al traste con sus iniciativas, ya que ello podría haber suscitado la suspicacia de las autoridades y la resistencia de los más reaccionarios.

También es verdad que el PSOE y la UGT, que en aquellos momentos tenían una implantación muy débil en Navarra, no mostraron gran interés en reivindicar a sus víctimas, como lo demuestra un documento del Comité Provincial de la Federación Socialista de Navarra del PSOE del 4 de febrero de 1978, en el que indica a sus agrupaciones locales la conveniencia de mantenerse al margen de estas exhumaciones y homenajes para evitar ser tildados de revanchistas. Esta es la obsesión que ha perseguido al PSOE desde hace décadas y la que ha permitido que, durante mucho tiempo, hayan sido otros partidos los que hayan acabado rindiendo tributo a las víctimas del franquismo, cuyo grupo más nutrido era, sin embargo, de militancia socialista y/o ugetista.

En claro contraste con la experiencia navarra, el 84 % de las exhumaciones de Badajoz tuvieron lugar tras las elecciones municipales del 79. De estas, el 69 % se hicieron con alcaldes socialistas, el 19 % con alcaldes ucedistas, el 9 % con alcaldes comunistas y la única restante con un alcalde de la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT). Los párrocos, salvo en algún caso aislado, se limitaron a celebrar los funerales, e incluso en alguna ocasión se negaron a que los restos entraran en la iglesia o se resistieron a celebrar una misa por ellos. Tampoco contribuyeron a crear comisiones gestoras con los familiares, ni se coordinaron entre ellos para facilitarles los trámites administrativos, lo que sin duda habría ayudado a expandir el fenómeno. En muy pocos casos, los familiares se negaron a que se celebraran funerales. Sin embargo, sí que hubo una cierta coordinación, aunque mucho menos exhaustiva y eficiente que en Navarra, entre algunos alcaldes de izquierdas y los pocos responsables locales del PSOE, la UGT y el PCE que se implicaron en estos actos.

³⁶ La mera elección del término «intromisión» pone de manifiesto que Vesperinas consideraba que estos actos deban ser ajenos a toda manifestación partidista e incluso ideológica.

En Badajoz, a lo largo de este primer ciclo, se exhumó en el 23 % de los municipios. Esto, en principio, podría parecer una cifra muy elevada, sobre todo si tenemos en cuenta que estamos hablando de la transición, y que, hasta ahora, teníamos un gran desconocimiento del alcance que habían tenido estas iniciativas en determinadas provincias. Pero el hecho de que en Navarra llegaran a exhumar el 21 % de los municipios es mucho más significativo, porque en esta provincia, además de que la represión fue menor, estuvo concentrada en muchas menos localidades que en Badajoz.

La distinta intensidad con la que se propagó el fenómeno en ambas provincias queda nuevamente demostrada por una cifra muy elocuente que he podido obtener a partir de EXFOTRAN y que muestro en la tabla siguiente.

TABLA 2. *Población represaliada e incidencia de las exhumaciones a nivel municipal*

	<i>Porcentaje de población represaliada</i>	<i>Porcentaje de municipios que exhumaron con ≥ 1,5 % de población represaliada por los franquistas</i>
Badajoz	1,43 % [1]	32,7 % [2]
Cáceres	0,34 % [4]	16 % [4]
Navarra	0,82 % [3]	93,5 % [1]
La Rioja	0,94 % [2]	26 % [3]

Fuentes: para Badajoz, Martín Bastos (2015); para Cáceres, Chaves (1995); para Navarra, Fondo Documental de la Memoria Histórica; para La Rioja, Aguirre (2007). Datos calculados según el censo de 1930. Para la segunda columna, la fuente es EXFOTRAN.

En la tabla 2 se observa, de forma conjunta, la tasa de represión en cada provincia junto con el porcentaje de municipios que, habiendo tenido un 1,5 % o más de la población represaliada por los franquistas, acometieron actos de traslado y dignificación de restos. Entre corchetes figura el puesto que ocupa la provincia en cada una de las dos columnas³⁷. El resultado más llamativo es que, mientras que el 93,5 % de los municipios navarros más represaliados exhumaron a sus deudos, solo lo hicieron el 32,7 % de los pacenses.

³⁷ Navarra sube del puesto 3.º en represión al puesto 1.º en número de exhumaciones, mientras que Badajoz baja del 1.º al 2.º y La Rioja del 2.º al 3.º; Cáceres es la única provincia que figura en último lugar en ambas columnas.

El bajísimo porcentaje de municipios que exhumaron en Cáceres, aunque guarda cierta coherencia con el hecho de que aquí la represión franquista fuera mucho menor, también podría deberse a que en esta provincia la izquierda tuvo menos éxito electoral que en Badajoz³⁸. En consonancia con ello, aquí solo exhumaron el 16 % de los municipios con un 1,5 % o más de la población represaliada por los franquistas.

Respecto a La Rioja, que es la segunda provincia que más sufrió la violencia de los golpistas en términos relativos a su población, habría sido esperable que se hubieran realizado más traslados de restos y homenajes que en Navarra, pero solo exhumaron el 26 % de los pueblos que sufrieron un 1,5 % o más de bajas por la represión franquista.

Aunque es cierto que en La Rioja se beneficiaron, por vecindad, de la gran coordinación que se produjo en Navarra entre los familiares de distintos pueblos y los párrocos, este fenómeno no se llegó a organizar aquí con la misma eficacia ni contó con un ambiente tan propicio como en Navarra. De hecho, La Rioja fue la provincia en la que la derecha obtuvo los mejores resultados de las cuatro analizadas en las elecciones municipales de 1979.

Efectivamente, también debió de influir mucho en el número de desenterramientos el diferente respaldo que las distintas candidaturas obtuvieron en estas elecciones en ambas provincias. Navarra es un caso especial, pues ya se ha mencionado que aquí casi la mitad de las exhumaciones se habían producido antes de los comicios. Además, el panorama electoral resultó estar mucho más fragmentado y ser más complejo: distintas candidaturas independientes consiguieron el mayor porcentaje de voto en las elecciones (el 46 %) y se alzaron con el mayor número de concejales. Estas candidaturas eran muy heterogéneas ideológicamente. En todo caso, Navarra es la provincia analizada en la que mayor respaldo consiguieron las formaciones de extrema izquierda.

Por un lado, el PSOE y el PCE consiguieron sus mejores resultados en Extremadura, sobre todo en Badajoz. Además, hay otro dato fundamental, anteriormente apuntado, que se debe tener en cuenta: los militantes del PSOE y de la UGT fueron, en conjunto, los más represaliados por los franquistas en el conjunto de España en la guerra y la posguerra. Pero donde más peso histórico había tenido la familia socialista dentro de las cuatro provincias analizadas era en Extremadura y, muy especialmente, en Badajoz.

³⁸ De hecho, la presencia de fuerzas conservadoras siempre ha sido muy importante en Cáceres (incluso hay serias sospechas de que los resultados de las elecciones del 36 fueron amañados en esta provincia para que dieran la victoria al Frente Popular). Véase Ayala (2001).

Por otro lado, las razones que explican la mayor implicación de un sector de los párrocos navarros en las exhumaciones de la transición están relacionadas con dos hechos cruciales. En primer lugar, indagando en las biografías de los religiosos que se mostraron más activos y que escribieron las homilías más combativas, he observado que algunos de ellos eran descendientes de represaliados, luego tenían motivaciones personales para promover las exhumaciones y los homenajes. Este fue el caso, por ejemplo, de Dionisio Lesaca, nieto y sobrino de fusilados, a quien entrevisté en mayo de 2015. Él fue el encargado de la homilía en Valtierra (Navarra) y coautor de «Historia de una ignominia», artículo publicado en 1981 por él y dos sacerdotes más en el que se explicaba lo que se había hecho en los pueblos navarros para rehabilitar a los fusilados republicanos.

Y, en segundo lugar, hay otro tipo de explicación fundamental, y es que fue un sector de la Iglesia navarra el que intentó que la Iglesia española pidiera perdón por su apoyo al bando franquista en la Guerra Civil en la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes que se celebró en 1971. Esta asamblea, de hecho, es el primer hito que aparece mencionado en las notas mecanografiadas de *Vesperinas*. He tenido la oportunidad de entrevistar a Jesús Equiza, el sacerdote que redactó esa ponencia —que no salió aprobada porque se requería una mayoría de dos tercios— y él resultó ser una persona particularmente activa en las exhumaciones y homenajes de los años setenta y ochenta. Según explicaba, y así lo he podido constatar en otras fuentes, hubo un sector de la Iglesia navarra que se quedó sumamente frustrado por no haber conseguido sacar adelante esta iniciativa, ni otra similar que intentaron promover en 1975 aprovechando el Año Santo de la Reconciliación. Fue entonces cuando un grupo de religiosos se propuso llevar a cabo, por su cuenta, distinto tipo de actos encaminados a pedir perdón y lograr la rehabilitación de los vencidos.

De hecho, en muchas de las homilías que se escribieron para los funerales de los represaliados navarros se pide perdón por la actitud culpable de la Iglesia durante la guerra y la posguerra. Por ejemplo, en la pronunciada en Peralta, uno de los pueblos navarros más activos en esta «operación retorno», expresión que da título al libro escrito por Josefina Campos³⁹, el párroco dijo lo siguiente: «Yo, hijo también como vosotros de uno de los 90 asesinados, os pido perdón, sí, os pido perdón en nombre de la Iglesia». Y más adelante afirma que «de estos árboles tronchados vilmente el 36 han brotado “frutos buenos” de honradez familiar, de fidelidad conyugal, de piedad filial, vocaciones sacerdotales y religiosas». Ciertamente, el hecho de ser descendiente de represaliado no inhibió las creencias religiosas de muchos, ni incluso la vocación religiosa de algunos, al menos en Navarra.

³⁹ Campos (2008).

Muy frecuentemente fueron varios los sacerdotes que oficiaron los funerales y acompañaron los féretros por las calles del pueblo. Y, desde luego, tener a un nutrido grupo de párrocos al lado en esos momentos no era cualquier cosa. No solo porque su autoridad moral logró que se superaran con más facilidad la aprehensión y las trabas administrativas, sino por su gran capacidad de gestión y organización. Las vías de comunicación que existían entre ellos facilitaron la coordinación de las diversas acciones que había que llevar a cabo para buscar los restos, trasladarlos y organizar los homenajes ulteriores. La red de locales con la que siempre ha contado la Iglesia, igual que sirvió con frecuencia para albergar las reuniones de la disidencia incipiente al franquismo en no pocas localidades, también se usó para que los familiares de los fusilados se congregaran de la forma más discreta posible.

Toda esta labor de apoyo y coordinación propició la participación masiva en los funerales y homenajes, ayudó a los familiares a superar el miedo y mermó la probabilidad de resistencia por parte de la derecha, que seguía teniendo mucho peso en algunas partes de Navarra.

La Iglesia navarra también contribuyó a la propagación del fenómeno publicando una noticia en el boletín diocesano sobre lo acontecido en Marcilla⁴⁰. El funeral se había celebrado en marzo de 1978 y este artículo se publicó a mediados de junio de ese mismo año. Entre medias, no se había producido ninguna otra exhumación, probablemente porque en Marcilla habían procedido con tal cautela y discreción que, como he podido comprobar, ni siquiera tuvieron constancia de lo que habían hecho en los pueblos vecinos. Sin embargo, con posterioridad a la publicación de este artículo, que demostraba que este tipo de actos contaban con el aval de un sector de la Iglesia, estas iniciativas comenzaron a extenderse por la Ribera navarra y el norte de La Rioja.

En abierto contraste con la experiencia de Marcilla nos encontramos con la de Casas de Don Pedro, el municipio pionero de Extremadura. Las dificultades que hubo de superar la familia de Felisa Casatejada para conseguir llevar a cabo la exhumación fueron enormes. A Felisa le habían asesinado, sin mediar juicio alguno, a dos hermanos, de 17 y 19 años, una vez finalizada la guerra. Cuando se propusieron trasladar sus restos, junto con los de otros fusilados, tuvieron que afrontar las amenazas de la derecha, que hizo pintadas en el pueblo, distribuyó octavillas en contra de Felisa, presionó al párroco y al alcalde para que evitaran el traslado de restos y el homenaje, y lanzó distintos mensajes intimidatorios. Ante las amenazas de la derecha de quemar los huesos extraídos de la fosa común y destruir el panteón, algunos familiares decidieron quedarse

⁴⁰ *La Verdad. Hoja Parroquial de las Diócesis de Pamplona y Tudela*, 18-06-1979.

dos días enteros en el campo vigilando los restos y, durante muchas semanas, vigilaron el cementerio hasta bien entrada la madrugada.

Felisa primero tuvo que convencer al alcalde y al párroco, que si bien eran ideológicamente conservadores y le pusieron algunas limitaciones, acabaron brindando su apoyo a los familiares de los fusilados a pesar de las presiones en contra que recibieron de la derecha más recalcitrante del pueblo. Y luego también tuvo que vencer la resistencia del gobernador civil, quien la llamó a su despacho para amenazarla con meterla en la cárcel si, durante el homenaje, se mostraban banderas o se cantaban himnos.

Los familiares, en un principio, acordaron no hacerlo, pero, llegado el momento, como esta era una zona de tradición izquierdista, y varios de los descendientes de los fusilados ya tenían en aquel momento militancia política y sindical, fueron muchos los que acabaron incumpliendo flagrantemente las órdenes del gobernador civil. En una de las fotografías publicadas en el reportaje de *Interviú* que vio la luz con motivo de esta exhumación se observa a algunos familiares levantando el puño, mientras que sobre los tres féretros, que contienen los restos de decenas de fusilados, se extienden banderas del PCE y del PSOE⁴¹.

Esta iniciativa fue mucho más improvisada que la de Marcilla y tuvo un contenido mucho más ideológico, pero la homilía del párroco fue totalmente aséptica, ya que no se hizo mención alguna a las circunstancias de las muertes. Y, a diferencia de lo ocurrido en Marcilla, ni el párroco ni el alcalde acompañaron los restos al cementerio, pues no querían irritar más aún a la derecha, de quien habían recibido muchas presiones solo por el hecho de permitir el traslado de los restos. Mientras que el Ayuntamiento de Marcilla, a solicitud del párroco, decidió ceder el terreno del cementerio de forma gratuita y afrontar todos los costes, incluido el del panteón, los familiares de Casas de Don Pedro tuvieron que comprar el terreno del cementerio a la Iglesia y hacer una colecta para sufragar todos los gastos, que fueron muy cuantiosos, como he podido comprobar en las facturas.

Otro gran contraste entre ambos casos es que, frente a la gran discreción con la que procedieron en Marcilla, donde ni siquiera se tomaron fotos, en Casas de Don Pedro, además de hacer muchas instantáneas, decidieron llamar a un reportero, pero no de una revista cualquiera, sino de *Interviú* para que publicara un artículo sobre ello⁴². Los familiares me han explicado que eligieron esta revista por ser entonces la más atrevida; pensaban, con razón, que difícilmente encontrarían otra publicación dispuesta a hacerse eco de la

⁴¹ Catalán Deus (1978): 86-88.

⁴² *Ibid.*

exhumación. Con la difusión mediática de su iniciativa pretendían dos cosas: la primera, que en toda España se supiera la injusticia que se había cometido con sus familiares; y, la segunda, informar a los familiares de los fusilados que ya no vivían en el pueblo por si querían colaborar en la erección del panteón y añadir nombres a la inscripción. La revista, efectivamente, sirvió para que muchos de los allegados de los represaliados que llevaban muchos años viviendo en otros lugares conocieran esta iniciativa e incluso contribuyeran económicamente a la misma, así como al envío anual de flores al cementerio⁴³.

V. LAS AMENAZAS

Ya se ha mostrado que el traslado de los restos casi siempre vino acompañado de homenajes multitudinarios y de la erección de llamativos panteones en memoria de las víctimas del franquismo. El éxito de muchas de estas iniciativas no nos debe inducir a pensar que fuera fácil hacerlo, ni que todo el que se propuso trasladar y dignificar restos lo consiguiera. Muchas familias, sobre todo las pioneras, además de tener que superar el miedo (esta es la palabra que con más frecuencia ha salido en las entrevistas), sufrieron muchas presiones e incluso amenazas.

Además de los ejemplos ya mencionados en este artículo, podemos citar algunos otros. En Montijo, Badajoz, aparecieron pintadas amenazando de muerte al alcalde del PCE, Juan Carlos Molano, uno de los principales promotores de la exhumación y el homenaje en su localidad. Un párroco riojano sufrió, además de amenazas, agresiones físicas. Tengo la carta manuscrita en la que explica a una de mis entrevistadas que, como consecuencia de ello, había decidido dejar de asistir a las exhumaciones y los homenajes en los que hasta ese momento había participado de forma muy activa. José M.^a Jimeno Jurío, un exsacerdote que desde muy pronto se dedicó a recorrer los pueblos navarros y a grabar a multitud de familiares de víctimas para documentar con detalle el alcance de la represión, fue amenazado de muerte, lo que le obligó a abandonar su tarea no sin antes donar sus materiales a otros investigadores⁴⁴. La revista *Punto y Hora de Euskal Herria*, en la que Jimeno Jurío había empe-

⁴³ Aparte de la enorme cantidad de personas que decidieron en la posguerra huir de sus lugares de origen para evitar el maltrato de los vencedores, Extremadura perdió a casi un tercio de su población por causa de la emigración de tipo económico entre los años sesenta y setenta. De ahí la importancia de difundir al máximo el traslado de los restos y la construcción del panteón.

⁴⁴ Jimeno Aranguren (2008).

zado a publicar los primeros resultados de sus investigaciones, sufrió un atentado con bomba de la Triple A. *Interviú*, que fue la revista de tirada nacional que más cobertura dio a las exhumaciones del primer ciclo, recibió muchas amenazas, algunas de las cuales se llegaron a publicar en la sección de cartas al director. Y *Cuadernos para el Diálogo*, que publicó en 1976 el primer reportaje sobre una de estas exhumaciones, recibió anónimos intimidatorios de la extrema derecha, hasta el punto de que la redacción de la revista tuvo que recibir protección policial. Uno de estos anónimos cita explícitamente el artículo sobre el traslado de restos y viene firmado por un «excombatiente de la Cruzada» que insulta a Ruiz-Giménez y a otros redactores de la revista, y se lamenta de no ser más joven para «empuñar otra vez el fusil» y así «mantener el orden, la paz y la justicia»⁴⁵.

Otro tipo de presiones sufrió Benito Benítez, alcalde de Torremejía (Badajoz), que llevó a cabo la exhumación y reinhumación de restos que le habían solicitado los familiares de los fusilados, al ser demandado judicialmente por un concejal de la UCD de su pueblo y por el gobernador civil por supuestos delitos de salud pública y malversación de fondos. Este caso saltó a la prensa nacional porque al alcalde de la ORT, al no poder afrontar las costas del juicio, le embargaron una vaca. Esta familia solo disponía de dos vacas y, tras haber entrevistado a su viuda, a su hijo, a su hermano y a su sobrino, he podido constatar el enorme sufrimiento que supuso para todos ellos este caso judicial, hasta que, finalmente, Benito fue absuelto⁴⁶.

A la derecha, desde luego, le horrorizaba la posibilidad de que el fenómeno de las exhumaciones se acabara extendiendo por toda España, poniendo con ello en entredicho la legitimidad del relato franquista, según el cual los únicos responsables de las atrocidades de la guerra habían sido los republicanos.

VI. CONCLUSIONES

Al escribir la historia de la transición se han pasado por alto muchas experiencias locales cuya importancia es extraordinaria para entender tanto

⁴⁵ Agradezco a Javier Muñoz Soro que me proporcionara dichos anónimos.

⁴⁶ Llevo dos años intentando conseguir, sin éxito, este expediente judicial. Esta es solo una pequeña muestra de las limitaciones que tenemos los investigadores españoles por estar sujetos a regulaciones excesivamente restrictivas, que, además, son interpretadas con distinto grado de flexibilidad por los profesionales encargados de la custodia de los documentos.

las posibilidades que se abrieron a la muerte de Franco como la persistencia de limitaciones al cambio⁴⁷. Lo que se hizo en este período no se puede entender sin la presencia de actores poderosos que ejercieron distinto tipo de presiones para evitar la democratización real del país y sin reconocer que sectores amplísimos de la ciudadanía, traumatizados por un pasado de violencia atroz, mostraron una escasa proclividad a mirar hacia atrás por las consecuencias funestas que ello podría tener sobre el presente. Pero tampoco puede negarse que la muerte de Franco tuvo un potente efecto liberalizador sobre los españoles, lo que se tradujo en una etapa de extraordinaria creatividad cultural, en multitud de movilizaciones políticas y laborales, y en la articulación de iniciativas sociales de una audacia sorprendente, como las que hemos mostrado aquí.

Quiero subrayar la pertinencia de poner el foco a nivel municipal para entender los mecanismos que muchas veces acaban desencadenando reacciones mucho más amplias, ayudando a la formación de una «masa crítica» que, mediante la superación de un umbral invisible, propicia la difusión de los fenómenos sociopolíticos. Con frecuencia, estas fascinantes historias locales solo se pueden reconstruir con precisión acudiendo a fuentes orales, pues nos ha llegado muy poca documentación escrita de procesos como los que aquí se examinan, y la mayoría de ellos no recibieron cobertura mediática a nivel nacional. Gracias a las entrevistas se han podido ir reconstruyendo puzzles tan complejos como estos.

Tras la muerte de Franco, en muchas partes de España se llevaron a cabo exhumaciones aisladas, pero en algunas provincias, como en Navarra y Badajoz, este fenómeno adquirió dimensiones muy significativas. El proceso de democratización del país redujo el riesgo y, por lo tanto, el coste de acciones colectivas tan escasamente gratas para las fuerzas conservadoras como estas, mejoró las posibilidades de organización y coordinación de los actores sociopolíticos, y permitió a los ciudadanos, de acuerdo con la célebre tesis de Kuran para explicar la caída secuenciada de los regímenes comunistas en Europa⁴⁸, revelar sus preferencias auténticas, silenciadas durante décadas.

Interviú, la prensa local pacense y la publicación de una noticia sobre la exhumación de Marcilla en el Boletín Oficial Eclesiástico de Navarra no llegaron a desencadenar una «cascada informativa»⁴⁹, sobre todo porque las fuerzas hegemónicas del cambio no tenían gran interés en difundir estos fenó-

⁴⁷ Encarna Nicolás fue una de las primeras investigadoras en proponer investigar la transición desde una perspectiva local. Entre los trabajos más recientes desde esta perspectiva destaca el coordinado por Ortiz Heras (2016).

⁴⁸ Kuran (1995).

⁴⁹ Lohmann (1994).

menos, tan a contracorriente de la decisión de relegar al olvido los recuerdos más dolorosos de nuestra historia, pero sin duda contribuyeron a la difusión del fenómeno.

Una de las variables fundamentales a la hora de explicar la existencia de exhumaciones es la capacidad organizativa de los familiares, y esta, a su vez, depende de los aliados que se encontraron en cada caso. Esta facultad está directamente relacionada con lo que la literatura académica entiende por «capital social». Este mide la capacidad de cooperación y colaboración que tienen distintos grupos a la hora de emprender acciones de forma conjunta. Las relaciones de confianza entre los individuos —facilitadas, en el caso de Navarra, por la presencia de párrocos, que eran figuras de autoridad moral indiscutible— y la preexistencia de una tupida red de personas y locales en cada municipio, a cuya creación también contribuyeron los sacerdotes, fueron elementos fundamentales para explicar la mayor difusión del fenómeno en Navarra⁵⁰.

Considero que es un error creer que la necesidad imperiosa por saber dónde están los restos de las personas queridas solo puede brotar del sentimiento religioso. La elaboración del duelo, en casi todas las culturas, está directamente ligada al conocimiento de la suerte de los difuntos. El no saber con certeza cómo murieron ni dónde están —o, como ocurrió en muchos casos en la dictadura, aun sabiéndolo, no poder visitarlos en el cementerio— genera un sufrimiento que trasciende las creencias de cada uno. De ahí la extraordinaria importancia que todavía tiene la dignificación de los restos de los fusilados para sus familiares, independientemente de su fe, o ausencia de ella.

Durante la transición hizo falta una tenacidad portentosa para afrontar las dificultades existentes y asumir gastos tan elevados, sobre todo si tenemos en cuenta que, en la mayoría de los casos, estas tareas las emprendieron personas de origen humilde y, a menudo, con escasos recursos económicos y organizativos. Pero es que los familiares de los fusilados, igual que Antígona, no habían logrado superar el trauma de la «mala muerte» ni la humillación por el olvido, el abandono y la falta de sepultura.

Esta investigación se hace eco de una historia local que interpela al relato hegemónico de la transición, según el cual los perdedores de la Guerra Civil y

⁵⁰ Como muestra de la densidad del tejido asociativo en Navarra podemos citar la importancia que el movimiento cooperativo ha tenido allí desde principios del siglo xx, y el decidido apoyo que solía recibir de los párrocos a nivel local. Véase Equiza (1996). No olvidemos tampoco que partidos políticos de izquierda radical que surgieron en pleno franquismo, como la ORT, tuvieron su origen en el sindicalismo católico y gozaron de gran arraigo en Navarra.

las víctimas del franquismo aceptaron dejar de lado sus reivindicaciones porque entendieron que cualquier propuesta de revisión del pasado podía resucitar viejas rencillas y acabar desencadenando una nueva guerra civil. Parece evidente que una cantidad significativa de familiares de los vencidos no se resignó a pasar página.

Las iniciativas que se han analizado en este artículo también demuestran que, a pesar de todas las dificultades existentes, desde muy temprano se llevaron a cabo numerosos traslados de restos y actos de homenaje a los fusilados sin que ello pusiera en riesgo el proceso democratizador. Ciertamente, la España de los años setenta era un país muy distinto y la probabilidad de que pudiera reproducirse una guerra civil tras la muerte de Franco, aunque entonces no se percibiera de forma tan nítida, era bastante remota. Es cierto que la violencia de todo signo que existió en los primeros años de la transición sirvió para resucitar el temor al enfrentamiento, pero también lo es, según me han confirmado en las entrevistas líderes locales de los partidos políticos, que el PSOE y el PCE moderaron sus reivindicaciones y su perfil ideológico desde muy temprano —recordemos sus respectivas renuncias al marxismo y al leninismo— para ensanchar su base social y resultar más competitivos en las elecciones. Y, en ese empeño decidido por conquistar el poder político, las víctimas del franquismo, sobre todo las que aún yacían en fosas comunes, se convirtieron en un incómodo recordatorio de la parte más siniestra de nuestra historia reciente, y por eso fueron soslayadas. A la vista de ello, muchos familiares de los fusilados, con discreción pero sin demora, decidieron acometer por su cuenta estas acciones que en este texto se han denominado de «autorreparación» y «autohomenaje», ya que los poderes públicos, salvo en el caso de algunos Ayuntamientos, estuvieron ausentes de ellos.

Aunque con demasiada frecuencia tiende a pasarse por alto, este primer ciclo de exhumaciones existió, tuvo una presencia muy importante en algunas provincias y se llevó a cabo en circunstancias considerablemente menos propicias que las actuales por parte de viudas, madres, hermanos, hijos y sobrinos de los fusilados, muchas veces con la única ayuda de sus aperos de labranza. Y ello ocurrió décadas antes de que los nietos y biznietos pasaran a liderar, a partir del año 2000, actos de reparación y reconocimiento considerablemente más visibles, auspiciados por asociaciones formales de víctimas y ejecutados por forenses y arqueólogos, con la colaboración de voluntarios.

VII. NOTA METODOLÓGICA

EXFOTRAN es una base de datos compuesta por diferentes variables. En primer lugar, figuran los lugares y fechas de las exhumaciones —o

funerales— en las cuatro provincias analizadas. Todas las fuentes escritas son incompletas, así que la base de datos se ha ido enriqueciendo con testimonios orales, ya que varias exhumaciones se hicieron de forma clandestina. En segundo lugar, se recogen datos sobre la represión franquista y republicana recopilados a partir de fuentes secundarias que se citan en el texto. En tercer lugar, se han incluido datos electorales de la Segunda República y de las primeras elecciones de la transición democrática iniciada tras la muerte de Franco, así como otras variables de carácter demográfico y socioeconómico que han sido recopiladas a partir de archivos y fuentes secundarias.

Las entrevistas que he llevado a cabo han tenido un carácter semiestructurado, a partir de un guion común de 25-30 preguntas. Las personas seleccionadas han sido: a) familiares y/o amigos de los fusilados que promovieron o al menos participaron en las exhumaciones y ulteriores homenajes; b) autoridades políticas de carácter local que ocuparon puestos de responsabilidad en aquellos momentos; c) sacerdotes que participaron en el traslado de restos y/o que oficiaron los funerales en recuerdo de las víctimas; d) representantes de partidos y sindicatos a nivel local o provincial, y e) periodistas que se hicieron eco de estas iniciativas.

Bibliografía

- Aguilar, P. (2006). Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del 'pacto de silencio'. En J. Aróstegui y F. Godicheau (eds). *Guerra civil. Mito y memoria* (pp. 245-293). Madrid: Marcial Pons.
- (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2017a). Las desconocidas fosas abiertas en la transición. *TintaLibre*, 47, 28-29.
- (2017b). Unwilling to forget. Local memory initiatives in post-Franco Spain. *South European Society and Politics*, 22 (4), 405-426. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/13608746.2017.1395078>.
- y Ferrándiz, F. (2016). Memory, Media and Spectacle: *Interviú's* Portrayal of Civil War Exhumations in the Early Years of Spanish Democracy. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 17 (1), 1-25.
- Aguirre, J. V. (2007). *Aquí nunca pasó nada. La Rioja 1936*. Logroño: Ochoa Impresores.
- Anstett, E. y Dreyfus, J. M. (2015). *Human Remains and Identification. Mass Violence, Genocide, and the «Forensic Turn»*. Manchester: Manchester University Press.
- Armengou, M. y Belis, R. (2013). *Avi, et trauré d'aquí* («Abuelo, te sacaré de aquí», documental de TV3).
- Ayala, F. (2001). *Las elecciones en la provincia de Cáceres durante la II República*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.

- Berrio Zaratiegui, J. C., Esparza Zabalegi, J. M., Ruiz Vilas, M. J., Asociación de Familiares de Asesinados Navarros y Altaffaylla Kultur Taldea. (2008). *Navarra 1936. De la esperanza al terror*. Tafalla: Altaffaylla.
- Brinks, D. y Coppedge, M. (2006). Diffusion is No Illusion: Neighbor Emulation in the Third Wave of Democracy. *Comparative Political Studies*, 39, 463-489.
- Campos, J. (2008). *Los fusilados de Peralta, la vuelta a casa (1936-1978). Operación retorno*. Pamplona: Pamiela.
- Catalán Deus, J. (1978). Casas de Don Pedro, 39 años después de la matanza. El pueblo desentierra sus muertos. *Interviú*, 109, 86-88.
- Chaves, J. (1995). *La represión en la provincia de Cáceres durante la guerra civil (1936-1939)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Chaves, J., Chaves Rodríguez, C., Ibarra Barros, C., Martín Bastos, J. y Muñoz Encinar, L. (2014). *Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica de Extremadura: balance de una década (2003-2013)*. Badajoz: PREMHEX.
- Espinosa, F. (ed.). (2003). *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*. Barcelona: Crítica.
- Equiza, J. (1996). *El cooperativismo en Navarra en el siglo XX*. Madrid: Nueva Utopía.
- Etxeberria, F. (coord.). (2012). Antropología forense de la guerra civil española. *Boletín Galego de Medicina Legal e Forense*, 18.
- Ferrándiz, F. (2014). *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la guerra civil*. Barcelona: Anthropos.
- González, J. R. y López, A. D. (2008). El patrimonio de la guerra civil en la comarca de La Serena. Realidad actual y perspectivas de actuación. En VV.AA. *Guerra y patrimonio en el frente extremeño. 70 aniversario del cierre de la «Bolsa de la Serena». Actas de las Jornadas de Patrimonio y Guerra Civil* (pp. 115-184). Badajoz: Ceder la Serena.
- Hernández, A. (1984). *La represión en La Rioja durante la guerra civil* (3 vols.). Logroño: Edita Antonio Hernández García.
- Herrero, G. y Hernández, A. (2010) [1982]. *La represión en Soria durante la guerra civil*. Soria: Asociación Recuerdo y Dignidad.
- Hristova, M. (2007). *Memoria, olvido y la apertura de las fosas comunes de la guerra civil en 1978-1981 y 2000-2006* [tesis doctoral]. Universidad de Groninga. Disponible en: <https://goo.gl/qVhVLq>.
- Jimeno Aranguren, R. (2008). Notas a la edición de 2008. En J. M. Jurío y F. Mikelarena. *Sartaguda 1986. El pueblo de las viudas* (pp. 17-24). Pamplona: Pamiela.
- Junquera, N. (2013). *Valientes. El relato de las víctimas del franquismo y de los que les sobrevivieron*. Madrid: Aguilar.
- Kuran, T. (1995). *Private Truths, Public Lies: The Social Consequences of Preference Falsification*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- León, G. (2007). La memoria de la guerra civil en la transición política a través de la prensa regional: la provincia de Badajoz. En J. Cuesta (dir.). *Memorias históricas de España (siglo XX)* (pp. 148-170). Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero.
- Lohmann, S. (1994). The Dynamics of Informational Cascades: The Monday Demonstrations in Leipzig, East Germany, 1989-91. *World Politics*, 47 (1), 42-101.

- Martín Bastos, J. (2015). *Badajoz: tierra quemada. Muertes a causa de la represión franquista. 1936-1950*. Badajoz: PREMHEX.
- Mikelarena, F. (2015). *Sin piedad. Limpieza política en Navarra, 1936. Responsables, colaboradores y ejecutores*. Arre (Navarra): Pamiela.
- Moon, C. (2016). Human rights, Human Remains: Forensic Humanitarianism and the Human Rights of the Dead. *International Social Science Journal*, 65 (215-216), 49-63.
- Muñoz, L. y Chaves, J. (2014). Extremadura: Behind the material traces of Franco's repression. *Culture and History Digital Journal* 3 (2). Disponible en: <http://dx.doi.org/10.3989/chdj.2014.020>.
- Olson, M. (2002) [1965]. *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Provision of Goods*. Cambridge: Harvard University Press.
- Ortiz Heras, M. (coord.). (2016). *La transición se hizo en los pueblos. El caso de la provincia de Albacete*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Peters, G. B. (1998). *Comparative Politics. Theory and Methods*. New York: New York University Press.
- Reig Tapia, A. (1984). *Ideología e historia: sobre la represión franquista y la guerra civil*. Madrid: Akal.
- Rowayheb, M. G. y Ouais, M. (2015). The Committee of the Parents of the Missing and Disappeared: 30 Years of Struggle and Protest. *Middle Eastern Studies*, 51 (6), 1010-1026.
- Serrano Moreno, J. E. (2016). La exhumación de 1979 en Murcia. Acción colectiva de familiares de fusilados republicanos durante la transición. *Ayer*, 103 (3), 147-177.
- Silva, E. y Macías, S. (2003). *Las fosas de franco: los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*. Barcelona: Temas de Hoy.
- Snow, C. C. et al. (1984). The Investigation of the Human Remains of the 'Disappeared' in Argentina. *The American Journal of Forensic Medicine and Pathology*, 5 (4), 297-299.
- Tarrow, S. (1997) [1994]. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tolnay, S. E., Deane, G. y Beck, E. M. (1996). Vicarious Violence: Spatial Effects on Southern Lynchings, 1890-1919. *American Journal of Sociology*, 102 (3), 788-815.
- Verberg, N. (2006). Family-Based Social Activism: Re-Thinking the Social Roles of Families. *Socialist Studies Review*, 2 (1), 23-46.

EL TERRORISMO CONTEMPORÁNEO
A LA LUZ DEL PENSAMIENTO DE CARL SCHMITT:
LA METAMORFOSIS DEL PARTISANO

Contemporary terrorism in the light of Carl Schmitt's
thought: The metamorphosis of the partisan

LAILA YOUSEF SANDOVAL

CIS-Endicott

lailayousefsandoval@gmail.com

Cómo citar/Citation

Yousef Sandoval, L. (2018).

El terrorismo contemporáneo a la luz del pensamiento de Carl Schmitt:
la metamorfosis del partisano.

Historia y Política, 39, 327-357.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.39.12>

(Recepción: 25/10/2016. Evaluación: 11/01/2017. Aceptación: 05/05/2017. Publicación: 17/04/2018)

Resumen

La expansión del terrorismo yihadista se plantea como uno de los problemas más graves de la política internacional. Para comprender sus raíces y orígenes conceptuales es necesario echar una mirada a la teoría del filósofo y jurista Carl Schmitt. Schmitt dedicó parte de su obra al estudio del fenómeno partisano o guerrillero. Tal y como él explica, los partisanos emergieron en el siglo XIX y se caracterizaron por su irregularidad, su movilidad y su carácter político y telúrico. Con el desarrollo de la técnica y en el contexto de lucha bipolar los partisanos del siglo XX irían perdiendo la contención que les caracterizaba inicialmente. Existe un debate acerca de si el terrorista del siglo XXI es la evolución de dichos partisanos o si, por el contrario, constituye una figura diferente. Para dar respuesta a ello comparo en este artículo, desde la perspectiva teórica de Carl Schmitt, los rasgos propios del yihadista con los del guerrillero.

Palabras clave

Carl Schmitt; partisanos; terrorismo yihadista; *Ius publicum europaeum*.

Abstract

The expansion of jihadist terrorism is considered one of the most serious problems of international politics. In order to understand its roots and conceptual origins it is necessary to take a look at the theory of the philosopher and jurist Carl Schmitt. Schmitt devoted part of his work to the study of the partisan or guerrilla phenomenon. As he explains, the partisans emerged in the 19th century and they were categorized by their irregularity, their mobility and their political and telluric nature. With the development of the technique and in the context of the bipolar struggle, the partisans of the 20th century would lose the restraint which characterized them initially. There is a debate about whether the terrorist of the 21st century appears as the evolution of these partisans or if, on the contrary, it constitutes a different figure. To answer this question I compare in this article, from the theoretical perspective of Carl Schmitt, the traits of the jihadist with those of the guerrilla.

Keywords

Carl Schmitt; partisans; yihadist terrorism; *Ius publicum europaeum*.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. IRREGULARIDAD PARTISANA VS. IRREGULARIDAD YIHADISTA. III. PARTISANOS POLÍTICOS VS. YIHADISTAS POLÍTICOS. IV. PARTISANO TELÚRICO VS. YIHADISTA GLOBAL. V. CONCLUSIONES. BIBLIOGRAFÍA.

Necesitamos terra firma, ciertamente, pero no podemos esperar que esta tierra sea tan segura como era el Estado. La dimensión de peligro y riesgo permanecerá insuperable en la era posmoderna —una era en la que la seguridad se ha perdido, quizás para siempre¹.

Bastan unos pocos terroristas para ejercer presión sobre grandes masas. A la esfera más o menos limitada del terror abierto se añaden las zonas de la inseguridad, del miedo y de la desconfianza general [...]².

I. INTRODUCCIÓN

La humanidad vive una etapa de incertidumbre ante la violencia global y la falta de perspectivas en todos los ámbitos. Se halla sin respuestas, sin mecanismos de control ante la barbarie del terror, la guerra, las desigualdades y, especialmente, sin ilusión ninguna acerca de una paz global venidera. La expansión del terrorismo contemporáneo contribuye a fomentar un profundo sentimiento de inseguridad. Al tratarse de un fenómeno actual, se carece de la distancia histórica suficiente como para emitir un diagnóstico definitivo, pero la investigación acerca de sus orígenes conceptuales puede ayudar a clarificar alguna de las claves de este convulso presente.

El jurista y filósofo Carl Schmitt murió en 1985, momento en el que el terrorismo internacional ya había surgido. No pudo llegar a contemplar su progresivo crecimiento y expansión, pero dedicó gran atención al fenómeno partisano en su *Teoría del partisano*³. Aunque las formas que ha adquirido la

¹ Galli (2010): 189. Traducción personal.

² Schmitt (2013): 84.

³ Según Jochen Hoock, *Teoría del partisano*, publicada en 1963, inició una oleada de nuevos adeptos a Schmitt: «Esta publicación marca el inicio de una recepción más amplia

enemistad en el siglo XXI desbordan el análisis schmittiano, su legado sigue siendo operativo porque puede servir para interpretar las coordenadas actuales de la violencia.

La similitud que la figura del guerrillero tiene con la del terrorista, entendido este como yihadista, hace inevitable pensar en la familiaridad que guardan ambos conceptos y plantea una cuestión muy discutida en la academia en la actualidad: ¿es el terrorista yihadista la última transformación del partisano o no?

La figura del partisano es uno de los más claros reflejos del cambio que experimenta la guerra al inicio del mundo contemporáneo en el siglo XIX. Schmitt consideraba que la primera aparición destacada de los partisanos había sido la de los soldados españoles que lucharon contra los franceses entre 1808 y 1813 y la de los guerrilleros prusianos que se enfrentaron al Imperio de los Habsburgo en 1813⁴. El partisano no pertenecía al Ejército estatal y por eso no era considerado militar, pero como sus prácticas eran bélicas tampoco podía ser calificado de civil: era un «combatiente irregular». Y del mismo modo que su carácter se inscribía en dos ontologías sociales diferentes —la de lo civil y la de lo militar—, temporalmente, se situaba en la brecha que separaba dos épocas jurídicas, dos formas de concebir el mundo: la del Derecho Internacional Clásico y la del Derecho Internacional Contemporáneo, anunciando ya la disolución del contexto westfaliano del *Ius publicum europaeum*⁵. En *El nomos de la Tierra*⁶ Schmitt explica cómo el Derecho Internacional Clásico o *Ius publicum europaeum* instauró, desde el siglo XVII hasta finales del XIX, unas relaciones interestatales basadas, aparentemente, en el enfrentamiento limitado y acotado

que abarca la década de 1970 y se prolongará hasta final de siglo. La larga crisis de la guerra de Vietnam, después la de 1968, que Schmitt parece haber observado no sin cierta simpatía, le abre un público que va en adelante de la extrema izquierda a la extrema derecha de la palestra política», Hooek (2014): 187-188 (traducción personal).

⁴ De hecho, según Schmitt, el Edicto de 1813 del rey de Prusia supone la «Carta Magna del partisanismo», Schmitt (2013): 58, aunque se acabó modificando y se eliminaron las partes referentes al partisanismo: «Cada súbdito, dice el real edicto prusiano de abril de 1813, está obligado a oponerse al enemigo invasor con armas de cualquier clase. Se recomiendan expresamente hachas, horquillas, guadañas y escopetas. Cada prusiano está obligado, no sólo a no obedecer ninguna orden del enemigo, sino a hacerle daño con todos los medios posibles», Schmitt (2013): 57.

⁵ «Esta actividad partisana, argumenta Schmitt, es un síntoma preciso de la debilidad creciente del estado europeo, y de la creciente incapacidad del *Ius publicum Europaeum* para contener la política [...]», Hooker (2009): 159. Traducción personal.

⁶ Schmitt (2002).

entre entidades estatales y en la consideración del adversario como «enemigo», no como «criminal».

Sin embargo, la Primera Guerra Mundial cristalizará el abandono definitivo de ese Derecho Internacional Clásico. Con él desaparecerán sus distinciones propias: guerra/paz, combatiente/no combatiente y, especialmente, amigo/enemigo. Para Schmitt la diferencia amigo/enemigo, propia de la Modernidad, constituía el criterio de lo político⁷. A nivel internacional, esta estructura permitía reconocer la necesidad existencial de los Estados de tener aliados y, sobre todo, de reconocer a sus adversarios el estatus de enemigos. La guerra se concebía como un duelo entre caballeros cuyo enfrentamiento no estaba provocado por un odio irracional o una pasión desenfrenada, sino por la resolución de conflictos secularizados. Los primeros partisanos todavía son capaces de trabajar sobre la base de la distinción amistad/enemistad y eso es lo que hace de ellos, a ojos de Schmitt, unos personajes honorables. Sin embargo, según Schmitt, a partir de la revolución comunista⁸, e impulsados por el avance arrollador de la técnica, los partisanos convierten su lucha en total y se transforman en una especie de partisanos industriales⁹. Al defender causas universales se produce el abandono de la finitud y de la contención que eran propias de los primeros partisanos. Los nuevos partisanos dejarán de considerar a sus contendientes como enemigos y comenzarán a criminalizarlos. La Segunda Guerra Mundial supondrá la disolución total del Derecho Internacional Clásico: los partisanos industriales ya formarían parte de esa lógica. A ojos de Schmitt, la criminalización del enemigo se recrudecerá y el carácter indiscriminado de la guerra se acentuará con la normalización del uso de la guerra aérea que, para Schmitt, es «pura guerra de destrucción»¹⁰. Además, ese ejercicio de criminalización propio de la contemporaneidad no

⁷ «La distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo. Lo que ésta proporciona no es desde luego una definición exhaustiva de lo político, ni una descripción de su contenido, pero sí una determinación de su concepto en el sentido de un criterio. En la medida en que no deriva de otros criterios, esa distinción se corresponde en el dominio de lo político con los criterios relativamente autónomos que proporcionan distinciones como la del bien y el mal en lo moral, la de belleza y fealdad en lo estético, etc.», Schmitt (2009): 56.

⁸ «La teoría bélica de un revolucionario profesional como Lenin destruyó sin miramientos todos los acotamientos tradicionales de la guerra. Entonces la guerra se hizo guerra absoluta, y el partisano se hizo portador de una enemistad absoluta contra un enemigo absoluto», Schmitt (2013): 97.

⁹ Schmitt (2009).

¹⁰ Schmitt (2002): 349.

solo se manifiesta a través del fin de la distinción combatiente/no combatiente —pues la aviación ataca sin distinción— y de la consideración del adversario como criminal, sino también con la propia criminalización de la guerra: «La teoría actual de la guerra justa tiende precisamente a la discriminación del adversario que libra la guerra injusta. La propia guerra se convierte en delito en el sentido criminal de la palabra. El agresor es declarado criminal en el sentido más absoluto de esta palabra: es declarado fuera de la ley como un pirata»¹¹.

Esta pérdida de los enemigos y la criminalización de los adversarios propia de la contemporaneidad fue muy denunciada por Schmitt. Puede que el partisano representara para él la última oportunidad de defender y encarnar lo político en los inicios del siglo xx, una etapa en la que la desaparición de la dinámica amigo/enemigo implicó un proceso de despolitización impulsado por la expansión de la técnica y del liberalismo¹². En este sentido, lo que Schmitt destaca del partisano es que, aunque inaugure una nueva época en el derecho internacional, aún mantiene la herencia del *Ius publicum europaeum* y sus rasgos más distintivos, como explicaré a continuación¹³.

Tan consciente fue Schmitt de la rápida evolución a la que estaba sometida la política internacional en la contemporaneidad que llegó a preguntarse por las formas que adquiriría el partisanismo y por los tipos de «enemistad absoluta» que surgirían una vez eliminada la posibilidad del reconocimiento del enemigo:

Nuevas especies de enemistad absoluta tienen que surgir en un mundo en donde los contrincantes se empujan unos a otros hacia el abismo de la desvalorización total antes de aniquilarse físicamente. La enemistad se hará tan horrorosa que ni

¹¹ Schmitt (2002): 101.

¹² Teóricos como Hooker han llegado a ver en la figura del partisano una limitación a la guerra descarnada y desproporcionada: «Además, como figura defensiva, el partisano podría abrir la posibilidad de nuevas vías a la restricción y a la limitación de la enemistad —es decir, el partisano podría ser una fuente de orden. A su manera, *Teoría del partisano* es un intento de pensar el fin del *Ius publicum Europeum* y de buscar una solución fuera del estado», Hooker (2009): 273-281.

¹³ El profesor J. W. Müller señala que el partisano es conservador, no se adapta al universalismo liberal, pero al mismo tiempo forma parte ya del cambio conceptual de la política: «El partisano de Carl Schmitt habrá sido desde el principio una figura paradójica: un tradicionalista al que sólo las condiciones de la modernidad han podido poner de manifiesto y que, aun intentando desesperadamente remontar el tiempo en su parte del mundo, precipita, en realidad, el declive del derecho interestatal europeo convencional», Müller (2007): 209 (traducción personal).

siquiera se podrá hablar de enemigo y enemistad. Ambos se procribirán y condenarán en debida forma antes de empezar con la obra de la destrucción. La destrucción se hará entonces completamente abstracta y absoluta. Ya no se dirige contra un enemigo, sino que servirá a la imposición, llamada objetiva, de valores supremos, y éstos, como es sabido, no tienen precio. Sólo la negación de la enemistad verdadera abre el camino para la obra destructora de la enemistad absoluta [...] ¿Quién podrá impedir que, de manera análoga, pero mucho más intensa, surjan nuevas especies insospechadas de enemistad que provoquen por su parte apariencias y formas inesperadas de un nuevo partisanismo?¹⁴

De hecho, la enemistad sufrirá una nueva transformación a partir del 11 de septiembre de 2001, momento inaugural de una nueva etapa en las relaciones internacionales contemporáneas. Con la caída del World Trade Center se derrumbaba el icono del imperialismo norteamericano y del capitalismo occidental. El prototipo de criminal para el ideario estadounidense, que hasta ahora había sido el nazi y el comunista, será ahora el terrorista yihadista. Esta batalla de los Estados contra entidades no-estatales, como son los grupos terroristas, adolece de una carencia de enemigos. ¿Se puede hablar de «guerra contra el terrorismo», siquiera de «guerra», cuando aquellos que se enfrentan no poseen la misma idiosincrasia ontológica?¹⁵ La supuesta imposibilidad de la guerra contra el terrorismo es bidireccional. Por un lado, el Estado se ve incapaz de acabar con las estructuras terroristas a través de la guerra porque estas no presentan visibilidad o presencia estatal. Paralelamente, el grupo terrorista no puede llevar a cabo una guerra contra el Estado enemigo porque su *modus operandi* no corresponde al de la estatalidad, sino al del ataque sorpresa e indiscriminado contra la población civil. Este carácter irregular y asimétrico de las nuevas contiendas, junto al hecho de que ya ni siquiera se declare la guerra, otorgan a los conflictos bélicos contemporáneos una específica particularidad que hay que tener en cuenta para comprender el fenómeno de la lucha terrorista yihadista, que se perfila como una continuación de la guerra, motivada muchas veces por los intereses de las diferentes potencias.

El partisano fue para Carl Schmitt uno de los «últimos guardianes de la tierra»¹⁶ porque todavía albergaba la herencia de una época, la del *Ius publicum*

¹⁴ Schmitt (2013): 100-101.

¹⁵ Habermas considera un error hablar de guerra contra el terrorismo: desde un punto de vista normativo, porque supone considerar a los terroristas con el rango de enemigos de guerra; desde un punto de vista pragmático, porque es imposible hacerle la guerra a una red; Borradori *et al.* (2004): 67.

¹⁶ Schmitt (2013): 81.

europaeum, que hacía viable la paz aunque fuera de manera precaria. Según Schmitt, esto fue posible gracias a que el partisano, hasta que se convirtió en un partisano con aspiraciones universales, conservó el sentido de lo político, es decir, mantenía la distinción amigo/enemigo¹⁷. El filósofo Jacques Derrida ha subrayado las graves consecuencias que ha supuesto para la contemporaneidad la inauguración de un mundo sin «enemigos»:

Perder el enemigo, en esta hipótesis, no sería necesariamente un progreso, una reconciliación, la apertura de una era de paz o de fraternidad humana. Sería peor: una violencia inaudita, el mal de una crueldad sin medida y sin fondo, un desencadenamiento inconmensurable en sus formas inéditas, esto es, monstruosas, una violencia respecto de la cual lo que llamamos hostilidad, guerra, conflicto, enemistad, crueldad, odio, reencontrarían contornos reconfortantes y finalmente apaciguadores —porque identificables. La figura del enemigo sería entonces socorrida, precisamente en tanto que figura, en razón de sus rasgos que permiten identificarlo como tal, idéntico incluso a eso que siempre hemos determinado bajo ese nombre. Enemigo identificable, es decir, fiable incluso en su perfidia —y por tanto familiar. Un próximo, en resumen, podríamos casi amarlo como a sí mismo, le reconocemos desde el fondo de una historia común. Este adversario seguiría siendo un vecino, incluso si es un mal vecino al que hay que hacer la guerra¹⁸.

Según Derrida, tras la caída del muro de Berlín y el fin del comunismo se inicia una época que supone «la ruina misma del concepto de fin y de guerra»¹⁹. Lo que en un principio pudiera aparecer como una ventaja, la desaparición definitiva de los enemigos o el inicio de un mundo sin ellos, es una herida mortal a la propia noción de lo político. El reconocimiento del enemigo aseguraba la aceptación de un «otro» identificable, delimitable y reconocible como enemigo. Para entender este proceso y poder dar una mínima respuesta a la pregunta acerca de si el partisano y el terrorista son equivalentes, es fundamental distinguir el siguiente movimiento en la teoría de Schmitt: el paso de los partisanos originarios del siglo XIX, que se podrían denominar «primeros partisanos», a los partisanos del siglo XX. Esta distinción es necesaria para poder definir una línea evolutiva en el partisanismo y ver en qué punto el terrorista yihadista podría enraizar en ella.

¹⁷ «Por sí mismo lo político no acota un campo propio de la realidad, sino solo un cierto grado de intensidad de la asociación o disociación de hombres», Schmitt (2009): 68.

¹⁸ Borradori *et al.* (2004): 101.

¹⁹ Derrida (2010): 359.

Como ya se ha mencionado, en el siglo XIX el *Ius publicum europaeum* está en plena disolución y los primeros partisanos están en la brecha de ese tránsito. Una vez que en el siglo XX la noción de guerra abandona por completo sus rasgos modernos y se convierte en la guerra contemporánea absoluta, el partisano también enlaza su guerra revolucionaria con esa guerra absoluta. Esta segunda etapa del partisanismo, caracterizada por la defensa de unos fines universales, no acotados, por el empleo de medios más violentos y por la consideración del enemigo como un criminal —rasgos no aplicables a los «primeros partisanos»— determina la forma que adquirirá la violencia en el siglo XX y pareciera que pone las bases del terrorismo contemporáneo, como se explicará a continuación. Aunque el contexto específico en el que aparece el yihadista es el del siglo XX y XXI, una nueva etapa de las relaciones internacionales en la que los problemas ya no los plantea únicamente la industrialización, sino la globalización y el contexto de lo virtual, se puede advertir una conexión conceptual con el partisano industrial.

II. IRREGULARIDAD PARTISANA VS. IRREGULARIDAD YIHADISTA

A ojos de Schmitt, una de las notas definitorias del partisano es su carácter irregular. Se podría afirmar que es el sucesor del pirata ya que en la época en la que aún regía el Derecho Internacional Clásico este quedaba fuera del derecho, ya que su ámbito propio era el espacio marítimo, es decir, el de la ilegalidad y la irregularidad. La gran diferencia entre ellos es que los ataques del pirata están motivados por el afán lucrativo de conseguir un botín, mientras que los partisanos están vinculados con la defensa de una determinada política.

Para Schmitt lo irregular es aquello que queda fuera de la línea que delimita lo regular, es decir, aquello que no se deja acotar ni clasificar por las dicotomías clásicas propias de la modernidad (guerra/paz, combatiente/no combatiente) y que solo funcionan en el marco regular: «El partisano está fuera del acotamiento»²⁰. Lo irregular emerge con especial fuerza cuando se hunde la lógica de la delimitación, cuando se empieza a desdibujar la línea conceptual que separa la guerra de la paz, el soldado del civil, etc. Como lo irregular se conforma por oposición a lo regular, para comprender al partisano hay que comparar sus rasgos con los de la figura del combatiente regular, especialmente en lo que respecta a su posición espacial y a su estatus jurídico.

²⁰ Schmitt (2013): 29.

«El partisano lucha irregularmente. Pero la diferencia de lucha regular e irregular depende de la precisión de lo regular [...]»²¹.

Para empezar, los lugares de aparición del partisano son aquellos que no se dejan incluir en la lógica de la regularidad del *Ius publicum europaeum*: la guerra colonial y la guerra civil²². La primera, porque no pertenecía al derecho clásico, que era únicamente europeo; la segunda, porque dicho derecho era meramente interestatal, no interno²³. Ahora bien, según Schmitt la presencia del partisano, aunque importante en el ámbito de las guerras coloniales (véase el papel del partisano español en su lucha contra la ocupación francesa), quedaba eclipsada entre los muchos personajes que participaban en la lucha contra la ocupación de un Estado extranjero. Por el contrario, en la guerra civil se desplegaba todo el potencial propio del partisano, convirtiéndose en el verdadero protagonista²⁴.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que el partisano no solo se veía instalado en lugares no encasillables en lo regular, sino que él mismo adquiría un papel activo en la conformación de la irregularidad al imprimir su propia dinámica al espacio desde el que actuaba. El partisano volvía irregular el espacio introduciendo en él nuevas variables como la de la profundidad a partir del siglo xx, tal y como ocurrió con el submarino:

En la lucha partisana surge un nuevo espacio de acción de estructura muy complicada, porque el partisano no lucha en un campo de batalla abierto ni en el mismo plano de una guerra de frentes declarados. Más bien le impone a su enemigo otro espacio distinto. Al plano evidente del escenario de guerra regular y tradicional se añade otra dimensión poco clara, la dimensión de la profundidad [...] Tenemos aquí una analogía inesperada —pero no por eso

²¹ Schmitt (2013): 23.

²² «Por tanto, no es accidental que el *locus classicus* del partisano sea la guerra colonial y civil —los dos ámbitos que precisamente denotan más la ausencia de la regularidad política en un lado del conflicto», Hooker (2009): 162. (traducción personal).

²³ Según Agamben y su interpretación de la *stasis* griega, la guerra civil estaría desde siempre atravesada por la irregularidad: «Lo que se deduce del texto de la ley propuesto por el Ateniense en el diálogo de Platón [*Leyes*, IX, 869c-d] no es tanto la conexión entre *stasis* y *oikos* como el hecho de que la guerra civil asimila y vuelve imposibles de distinguir el hermano del enemigo, el adentro y el afuera, la casa y la ciudad», Agamben (2015): 21-22.

²⁴ La distinción anterior es discutible o al menos no es evidente que el carácter político de un guerrillero esté menos acentuado en una guerra colonial que en una guerra civil, pero Schmitt no termina de desarrollar el argumento.

menos eficaz— con el submarino, que añadió también una dimensión de profundidad a la superficie del mar, en donde se desarrollaba la guerra marítima de estilo tradicional²⁵.

Como el partisano no pertenecía a un Ejército estatal, su actuación no podía ser regular, sino que tenía que basarse en el escondite, el camuflaje y la nocturnidad. Al no poder situarse frente a su enemigo, al romper la demarcación clásica de los conflictos regulares que colocaba a los diferentes ejércitos a cada lado de una línea, en una suerte de simple horizontalidad, el partisano introdujo una dinámica de actuación no frontal u horizontal, pero sí oblicua o profunda, con zigzagues, interrupciones, irregularidades al fin y al cabo. Como muestran muchos ejemplos históricos, la dificultad de una victoria por parte de un Ejército regular en su lucha contra una guerrilla deriva precisamente de enfrentarse a ella desde el plano de la regularidad, como si se tratara de otro Ejército, pues las coordenadas espacio-ontológicas son diferentes; no comprenderlo puede conducir a la derrota²⁶.

Al partisano le define, además de la irregularidad espacial, la irregularidad jurídica. Según Schmitt, en el siglo xx se produce una identificación entre regularidad y legalidad, por un lado, y entre irregularidad e ilegalidad, por otro. Esta identidad no se había dado hasta entonces, pues anteriormente se podían encontrar elementos irregulares dentro de la legalidad (tropas partisanas irregulares como punta de lanza de Ejércitos regulares)²⁷. Pero, en virtud de dicha equivalencia, el partisano fue considerado ilegal, no por sus métodos, sino por el mero hecho de situarse fuera del derecho. Y por ello, el partisano no era reconocido como enemigo: el enemigo entraba dentro de la lógica del reconocimiento de los Estados adversarios. Se convirtió en el criminal, aquel que ni siquiera es respetado como un igual en el combate: «Cuanto más se respeta al adversario regular y uniformado como enemigo y no se confunde con un criminal aun en la lucha más sangrienta, tanto más inexorablemente se trata como criminal al combatiente irregular»²⁸.

²⁵ Schmitt (2013): 80-81.

²⁶ «Hay una frase famosa, que se suele citar como orden de Napoleón al general Lefèvre, del 12 de septiembre de 1813, y que no ha perdido nada de su actualidad y exactitud: con los partisanos hay que luchar a la manera de los partisanos, *il faut opérer en partisan partout où il a des partisans*», Schmitt (2013): 31. Sería un error enfocar lo guerra únicamente desde un aspecto instrumental sin tener en cuenta las diferentes ontologías bélicas que conforman a los combatientes.

²⁷ Ver *infra* p.10.

²⁸ Schmitt (2013): 50.

Otra muestra de irregularidad se hacía patente en el aspecto fisionómico del guerrillero. Schmitt definió al partisano como aquel que combate sin uniforme y esto está relacionado tanto con el aspecto espacial como con el jurídico. Siguiendo el esquema de analizar lo irregular como contraste o reverso de lo regular y aceptando que la regularidad está encarnada y manifestada en un elemento material como es el uniforme de los soldados de los Ejércitos regulares, se puede concluir que el uniforme no es un mero traje, sino que porta la importancia de un símbolo, de un valor indicativo del que carece el partisano. Como dice Schmitt, el partisano para el uniforme es, más que la demostración de autorregularidad del soldado, el objetivo y la diana a la que apuntar²⁹.

El hecho de no llevar uniforme le confirió la capacidad de realizar prácticas de simulacro que le permitían jugar con el espacio y de ejercer una movilidad acentuada, otro de sus rasgos fundamentales³⁰. Esta movilidad guerrillera no es solo física, sino que es una nota de su concepto existencial. Este carácter general de sorpresa e imprevisibilidad rompe con la concepción clásica del conflicto, que se transforma en algo no pautado ni razonado. En lo estipulado hay límites derivados del propio acto de la fijación de las normas de lo que es o no válido. Pero siendo la actuación del partisano algo que va más allá de cualquier regla, se produce una alteración en la forma de comprender la batalla, que puede transformarse en cualquier cosa ante la falta de limitación.

Pese a todo, existe en el partisano un deseo de regularidad³¹: el anhelo del derecho³². Para empezar, el partisano necesita un aliado regular: «el tercero interesado» (término de Rolf Schroers), que da armas al partisano y además le otorga reconocimiento: «El partisano que lucha con armas depende siempre de una organización regular. Precisamente Ernesto Che Guevara, el compañero de Fidel Castro en la lucha cubana, lo subraya con insistencia»³³.

²⁹ Schmitt (2007): 116.

³⁰ «El rápido cambio en el tipo de aparición forma parte de la movilidad». Schmitt (2007): 121.

³¹ En este sentido la figura del partisano entrañaría la contradicción de autodefinirse desde la irregularidad pero tender hacia su contrario: «El auténtico partisano está atrapado en una contradicción performativa que normalmente resolverá logrando la regularidad —volviéndose a plegar en un sistema regular de soberanía», Hooker (2009): 190 (traducción personal).

³² «Como figura definitivamente “irregular”, el partisano siempre es dependiente de su relación con una “regularidad” parecida. Es una categoría relacional [...]», Hooker (2009): 179 (traducción personal).

³³ Schmitt (2013): 34.

Ese tercero o amigo —pues en la dialéctica amigo/enemigo tan importante es uno como otro— sirve de enlace para convertir la irregularidad del partisano en regular: «A la larga, lo irregular tiene que legitimarse con lo regular. Para esto no hay más que dos posibilidades: el reconocimiento por una fuerza regular que ya exista o la conquista de una nueva regularidad por la propia fuerza»³⁴. Mao también pone de manifiesto la necesidad de que el partisano forme parte de la guerra general ya que necesitan la colaboración del Ejército regular para obtener la victoria: «Los dirigentes de la guerra de partisanos se sirven de los destacamentos de partisanos igual que un pescador de su red; unas veces el pescador lanza su red, otras veces la trae. Cuando la lanza debe conocer perfectamente la profundidad de las aguas, la velocidad de la corriente, debe saber si no hay en el agua algún obstáculo»³⁵.

Según Schmitt, una vez que el partisano lleva a cabo su acción irregular la incluye en la órbita de la regularidad, tanto en lo que se refiere al territorio (por la necesidad de la creación de bases de apoyo a los partisanos que establezcan los territorios conquistados por los guerrilleros) como a la transformación de su propio status (dada la larga duración de la guerra, algunos partisanos se ven en la obligación de transformarse en soldados regulares). Toda guerrilla, aun siendo la irregularidad su nota definitoria, requiere un simulacro de institucionalización. Mao subraya que la centralización del mando es incompatible con los partisanos, en concreto con su movilidad, pero como no puede haber una total ausencia de mando, es necesaria la existencia de una sección más regularizada y otra más irregular, esto es, «la organización de un comando centralizado en estrategia y de un comando descentralizado en el campo y estos combatientes»³⁶.

El recorrido histórico de los vaivenes entre regularidad e irregularidad se hace patente en el despliegue histórico del fenómeno partisano. Si en el siglo xvii el guerrillero era un mero bandido o vagabundo, según Schmitt, en el siglo xviii es la parte de la tropa que realiza acciones de manera irregular, desligada del Ejército, pero formando parte de él, siendo todavía regular. En el siglo xix el partisano emerge como desligado de la regularidad, pero no totalmente, sino siempre con la necesidad de volcarse o volver a la regularidad. Como colofón de esta tendencia o deseo de regularidad, a finales del siglo xx se produce la inclusión definitiva del partisano en el Derecho Internacional. A instancias de los países subdesarrollados, que veían en sus guerrilleros a los verdaderos héroes de las luchas de liberación, se acordó que los partisanos

³⁴ Schmitt (2013): 86.

³⁵ Mao Tsé-Tung (1955): 92.

³⁶ Mao Tsé-Tung (1955): 122.

fueran reconocidos como combatientes siempre que sus armas estuvieran a la vista³⁷, esto es, en la medida en que su regularidad fuera más patente.

La enorme dificultad con que se enfrentó la Conferencia [diplomática de Ginebra de 1974-1977] radicaba en que el guerrillero participa en el conflicto armado sin distinguirse de la población civil y todo el sistema del Derecho humanitario bélico descansa precisamente en la distinción a través de signos exteriores entre los combatientes y la población civil. Haciéndose eco de esta dificultad, la delegación española en la Conferencia señaló que «la guerrilla es un fenómeno esencialmente incompatible con cualquier reglamentación y es contradictorio querer someterla a un régimen de derecho» (*Actes de la Conférence diplomatique sur la réaffirmation et le développement du Droit international humanitaire applicable dans les conflits armés* (1974-1977), Vol. XV, Département fédéral, Berne, 1978, p.161) Sin embargo, los países del Tercer Mundo insistieron en la necesidad de incluir a los guerrilleros entre quienes pudieran ser considerados como combatientes y, en su caso, beneficiarse del trato de prisioneros de guerra³⁸.

Una vez descrita la irregularidad partisana o guerrillera es necesario analizar en qué medida la irregularidad de los terroristas yihadistas repite ese esquema. Para empezar, hay que señalar la dificultad que supone encontrar una definición clara y ampliamente aceptada de lo que significa «terrorismo». Como señala De la Corte Ibáñez, es difícil establecer un límite temporal: los *assassins* de la Edad Media pueden ser considerados terroristas, el terror revolucionario francés también e incluso algunos Estados son denominados terroristas³⁹: «(A)ún no disponemos de una definición de los fenómenos terroristas que concite un consenso más o menos universal»⁴⁰. Ahora bien, el objetivo de este artículo no es comparar la figura del partisano (que también puede ser interpretado de diversas formas: como guerrillero, como paramilitar, como

³⁷ De esto también da cuenta Carl Schmitt, aunque no deja de parecerle paradójico: «¿Qué quiere decir, por ejemplo, la orden de que hay que portar las armas “abiertamente”, si la Instrucción general de guerrilla de la Asociación de suboficiales suizos, mencionada anteriormente, indica a los combatientes de la resistencia: “Opera solamente de noche, y descansa durante el día en los bosques?”», Schmitt (2013): 41.

³⁸ Díez de Velasco (2013): 1.123-1.124. Resulta interesante la reticencia de España, precisamente uno de los países con más presencia de partisanos originarios, a institucionalizar la figura del guerrillero.

³⁹ Véase De la Corte Ibáñez (2006): 23-25.

⁴⁰ De la Corte Ibáñez (2006): 97.

miliciano) con la del terrorista en general, sino de establecer el nexo de unión entre el partisano, tal y como fue concebido por Carl Schmitt, y un tipo especial de terrorista, muy presente en el imaginario político actual, el yihadista.

Se puede aceptar que los terroristas yihadistas presentan un carácter irregular ya que no pertenecen al Estado y se sitúan fuera de la legalidad internacional. La acción terrorista tiene un componente performativo especial, evidentemente no requiere la adscripción a un Estado soberano, pero en ocasiones ni siquiera a la propia organización (piénsese en la figura del «lobo solitario»), sino que en el acto locutivo de actuar «en nombre de» ya se está ejecutando el terror.

Si bien el lugar de aparición del partisano era la guerra colonial y, especialmente, la guerra civil, el yihadista ha estado presente en las luchas contra las intervenciones militares extranjeras (véase el enfrentamiento entre terroristas de Al Qaeda y el Ejército estadounidense durante la invasión de Irak en 2003)⁴¹, en Estados fallidos (como Libia) donde los terroristas aprovechan la falta de estructuras y en las guerras civiles que enfrentan a chiíes y sunníes en determinados países de Oriente Medio. Pero a ello se añade otro lugar de aparición: las urbes occidentales, alejadas, en un principio, de los focos principales de los conflictos, pero escenarios también del terror en un contexto de interconexión global.

En línea con esto último, la novedad que introduce en el panorama internacional el fenómeno yihadista estriba en que dichos terroristas se organizan formando miríadas de células que a su vez forman grupúsculos en forma de red a nivel global. Pero aunque la disposición de los grupos de los que forma parte el yihadista se muestre tan difusa y desarticulada, contiene un elemento jerárquico y está dotada de una organización. Es más, al igual que el partisano, el yihadista tiende a la regularidad y a crear una estructura de gobierno con figuras destacadas, como bien escenificó el Estado Islámico con su líder Abu Bakr Al Baghdadi o miembros destacados como el portavoz Abu Mohamed Al Adnani o los componentes del sanguinario grupo apodado los «Beatles»⁴². Y también cuenta con la ayuda de «terceros interesados» que le

⁴¹ Tras la invasión de Irak en 2003, la Administración de Paul Bremer disolvió el Ejército iraquí y ese fue uno de los diversos detonantes de la expansión de Al Qaeda en Irak.

⁴² También es el caso de Al Qaeda y de su líder Bin Laden. Andreas Behnke señala que la dispersión atribuida a las redes yihadistas no puede llevarnos a concluir que carecen de una organización: «Este argumento subestima la importancia inicial de la organización como coordinadora de los ataques llevados a cabo contra objetivos en diferentes países. Además, aunque ahora aparece significativamente debilitada, Al Qaeda tiene todavía una estructura organizativa», Behnke (2013): 136.

dan reconocimiento y le apoyan con armas y dinero. De aquí se deduce que el terrorista comparte con el partisano su carácter irregular sin menoscabo de su tendencia a la regularidad.

Igualmente, la irregularidad del yihadista se manifiesta a nivel jurídico, dado que es considerado ilegal y criminal. El terrorista también se caracteriza por la movilidad, esto es, la facilidad para desplazarse, esconderse en guaridas o pisos francos, lo que facilita la preparación de sus ataques en la clandestinidad. En el caso del yihadista, esta movilidad se ve acentuada no solo por la falta de uniforme que comparte con el partisano, sino especialmente por el desarrollo de las nuevas tecnologías, que le permiten establecer redes de financiación y reclutamiento en cualquier parte del mundo por internet.

Como ya se ha señalado, Schmitt estaba seguro de que las nuevas formas de enemistad absoluta serían impulsadas por el imparable avance de la técnica. Esto rompe el esquema de Clausewitz según el cual «la guerra no se realiza con un enemigo abstracto, sino contra uno real, al cual debemos tener siempre presente»⁴³, pues, muy especialmente en el siglo XXI, se abren los espacios de la virtualidad o del enemigo no presente. Si algo define al enemigo clásico es que es reconocible porque está dotado de «presencia», porque es un enemigo público, no privado. Frente a ese enemigo presente y reconocible, la novedad que dejó patente el 11-S fue el potencial virtual de la violencia⁴⁴. Empiezan a extenderse unos mecanismos de terror que funcionan a partir de un miedo generado por la «posibilidad» de un atentado que quizás nunca tendrá lugar, un terror basado en la sombra de lo potencial y de lo virtual. El potencial atentado terrorista carece de presencia en la medida en que todavía no ha ocurrido, pero al mismo tiempo su presencia es constante, porque el miedo siempre está presente⁴⁵, como bien señala Derrida: «Si debiéramos hacer una historia del Terror y del Terrorismo [...] habría que reconstituir todas las teorías políticas que han hecho del miedo o del pánico (por tanto, del terror o del terrorismo como saber-hacer reinar el miedo) un motivo esen-

⁴³ Clausewitz (2005): 138.

⁴⁴ «El trauma sigue siendo traumatizante e incurable porque procede del porvenir. Lo virtual también traumatiza. El trauma tiene lugar allí donde estamos heridos por una herida que todavía no ha tenido lugar, de una forma efectiva ni de otro modo que mediante la señal de su anuncio», Derrida (2005): 129.

⁴⁵ «Lo que da miedo no está nunca plenamente presente ni plenamente corporal, en el sentido en que lo puramente corporal se supone saturado de presencia. El miedo excede siempre la presencia corporal, y es la razón por la que es también la pasión correlativa de la ley; el miedo es, por tanto, a la vez el origen de la ley y de la transgresión de la ley, de la ley y del crimen», Derrida (2005): 70.

cial y estructural de la subjetividad, de la sujeción, del ser-sujeto, de la sumisión o del sometimiento político»⁴⁶.

III. PARTISANOS POLÍTICOS VS. YIHADISTAS POLÍTICOS

Otro gran rasgo del partisano es su carácter eminentemente político. El partisano es el que toma parte, el que se decanta por una opción política y la defiende con su vida, sin que eso signifique que desprecie a su enemigo de manera visceral: «El partisano tiene, pues, un enemigo verdadero, pero no absoluto. Es la consecuencia lógica de su carácter político»⁴⁷. El partisano se mantiene en la limitación, tanto espacial como existencial: lucha por una tierra delimitada, lo que hace que sus acciones sean defensivas y no ofensivas, y la relación que establece con su contrincante es la enemistad, no la criminalización.

Sin embargo, el partisano sí es considerado un criminal por parte de los Estados del mismo modo que el yihadista es calificado de terrorista. Pero aunque el partisano sea considerado un criminal, él no criminaliza, sino que toma a su adversario como a un enemigo. Y, como ya se dijo en la introducción, esta es una de las claves de la defensa que hace Schmitt de esta figura: el partisano hace suyo uno de los rasgos fundamentales del *Ius publicum europaeum*, la distinción amigo/enemigo⁴⁸.

Para Schmitt, el partisano representa una figura heroica y es importante destacar su «carácter intensamente político [...] para no confundirlo con el vil ladrón y atracador que piensa exclusivamente en su provecho particular, sin

⁴⁶ Derrida (2005): 67-68.

⁴⁷ Schmitt (2013): 99. Y sigue la cita: «Se comporta exactamente como lo precisó santa Juana de Arco ante el tribunal eclesiástico. No era partisana y luchó regularmente contra los ingleses. Cuando el juez eclesiástico le hizo la pregunta —una trampa teológica— de si pretendía afirmar que Dios odiaba a los ingleses, ella contestó: “No sé si Dios ama u odia a los ingleses; lo único que sé es que hay que echarlos de Francia”. Cualquier partisano normal que defiende el suelo de su patria podría haber dado esta contestación. Esta actitud fundamentalmente defensiva implica también la limitación fundamental de la enemistad. El enemigo real no se declara enemigo absoluto ni tampoco enemigo última de la humanidad en general».

⁴⁸ Mao también entendiendo que la enemistad es un rasgo que atraviesa existencialmente la realidad del partisano: «Dos aspectos constituyen el objeto de nuestro estudio, de nuestro esfuerzo de conocimiento: nosotros y el adversario [...]», Mao Tsé-Tung (1955): 224 (traducción personal).

tener otros motivos»⁴⁹. No le es imputable el honor porque este iría acompañado del plus que confiere el *status* de pertenecer a las instituciones soberanas y legítimas: «No solamente arriesga su vida como cualquier combatiente regular, sino que también está consciente y dispuesto a que el enemigo le ponga fuera de ley, derecho y honor»⁵⁰, pero eso no implica que su figura no sea honorable desde una perspectiva no jurídica.

Se podría atisbar una primera diferencia entre partisanos y yihadistas en esta manera de entender lo político. Para Schmitt, una reivindicación política nunca podría haber sido exclusivamente religiosa. La política es contención y limitación del conflicto, aspiración y conciencia de finitud. La religión, por el contrario, tiene aspiraciones universales. El yihadista entiende la política a partir del fundamentalismo religioso. Incluso aunque defienda un fin político, como la creación de un Estado o un califato, siempre será subsidiario de la religión, más bien de una visión distorsionada y falsa de la religión, lo que mitigaría su carácter político.

La victoria en la batalla partisana es una victoria política, significa ganar a un enemigo en una contienda, supone reconocer una cierta limitación, al menos que la guerra ha acabado y que se han logrado los objetivos políticos. Pero la invocación a un fundamentalismo no tiene límites, es infinita. Y por esta razón, el terrorista no funciona con las coordenadas amigo/enemigo, para él todos los que no apoyan su causa son criminales⁵¹.

Mientras que la campaña del «partisano» tradicional llegaba a un final definitivo con la retirada de las fuerzas de ocupación, parece difícil imaginar una suspensión de hostilidades por parte de Al Qaeda. Dada la presencia mundial de

⁴⁹ Schmitt (2013): 32. Pero si algo diferencia al partisano del pirata es su pertenencia a dos ámbitos geográficos distintos, la tierra y el mar, que generan definiciones diferentes de guerra y enemigo: «El partisano es y seguirá siendo siempre tan distinto del pirata, y también del corsario, como tierra y mar son distintos espacios elementales de la actividad humana y de disputas bélicas entre los pueblos. Tierra y mar no sólo han desarrollado distintos medios de la beligerancia y campos de batalla muy desiguales, sino también distintas ideas de guerra, enemigo y botín», Schmitt (2013): 37.

⁵⁰ Schmitt (2013): 45.

⁵¹ «El objetivo, hecho alcanzable a los musulmanes por la gracia de Dios, es cada hombre americano. Él es nuestro enemigo tanto si nos combate directamente como si simplemente paga sus impuestos. Ustedes pueden haber oído que tres cuartas parte de la población estadounidense apoyó los ataques de Clinton contra Irak. Un pueblo que apoya a su presidente cuando mata a personas inocentes es un pueblo decadente, sin moralidad», «Interview with Osama bin Ladin» (diciembre 1998), en Rubin y Rubin (2002): 153, *apud* Benhke (2013): 138.

la política, la economía y la cultura estadounidense en el mundo, la meta de Bin Laden es realmente una utopía, ya que profetiza un mundo preglobalización sin todas estas influencias. Lo cual hace que, tratándose de una meta imposible e ilimitada, el plazo para la lucha se vuelva infinito⁵².

Ahora bien, pese a estas diferentes maneras de concebir la política, la falta de carácter político del yihadista no es evidente. La idiosincrasia del islam es esencialmente política: no existe islam sin manifestación política. Es más, la disputa entre las dos ramas fundamentales del islam, la sunní y la chií, es generadora a día de hoy de dos grandes bloques de confrontación —en la que se ve inserto el yihadista, aunque no sea el único protagonista— cada uno de los cuales lucha para hacerse con el dominio de la región, lo cual muestra que el islam pone en juego la capacidad de conformar una comunidad política con sus amistades y enemistades propias. Jürgen Habermas advierte del hecho de que, pese a que el fenómeno yihadista presente un marcado carácter religioso, el elemento político sigue presente:

El fundamentalismo islámico actual elabora también motivos políticos. En todo caso, no hay que pasar por alto los motivos políticos que hoy nos salen al paso en la forma del fanatismo religioso. Esto se corresponde con el dato de que algunos de los terroristas que hoy se lanzan a la «guerra santa» fueron hace pocos años nacionalistas seculares. Cuando uno examina las biografías de esa gente, descubre continuidades notables. La decepción que han producido los regímenes autoritarios de signo nacionalista puede haber contribuido a que hoy la religión ofrezca un nuevo lenguaje para las antiguas orientaciones políticas [...] ⁵³.

Y aunque el yihadista haga una interpretación radical y deformada de su religión, su fanatismo pareciera constar de cierto carácter político. Para afirmarlo o negarlo, y siguiendo la teoría de Schmitt según la cual el criterio de lo político es la distinción amigo/enemigo, habría que analizar hasta qué punto

⁵² Benhke (2013): 144. Autores como Chomsky niegan que la motivación de Bin Laden fuera oponerse a la política de la globalización: «A la red de Bin Laden, la globalización y la hegemonía cultural le preocupan tan poco como los pobres y los pueblos oprimidos de Oriente Medio, a los cuales ha perjudicado gravemente durante años. Bin Laden dice en voz alta y clara cuáles son sus preocupaciones: Guerra Santa contra los regímenes corruptos, represivos y no islámicos de la región —y contra quienes los apoyan», Chomsky (2001): 32.

⁵³ Habermas (2006): 22.

el yihadista —guerrillero sunní de la corriente salafista— toma a sus adversarios como enemigos o como criminales. El yihadista no reconoce a sus contrincantes su valor de enemigo, su odio es visceral, se trata de una enemistad absoluta, por lo tanto, no tiene la capacidad de conformar orden político, si bien, especialmente en el caso del Dáesh, su tendencia a la institucionalización de la impresión, en un principio, de un afán de actividad política.

El partisano originario no utilizaba la violencia indiscriminada contra la población civil, su objetivo no era crear un reino del terror, sino recuperar el territorio de la patria y, además, con la ayuda de la población civil. En su obra clásica *La guerra de guerrillas*⁵⁴ el Che Guevara establecía como indispensable el respeto, la ayuda y la colaboración de los partisanos hacia la población de los lugares en los que se instalaban ya que compartían objetivos comunes. A ojos del Che Guevara, la acción partisana se aleja de la acción terrorista: «Muy importantes son los actos de sabotaje. Es preciso diferenciar claramente el sabotaje, medida revolucionaria de guerra, altamente eficaz y el terrorismo, medida bastante ineficaz, en general, indiscriminada en sus consecuencias, pues hace víctimas de sus efectos a gente inocente en muchos casos y que cuesta gran número de vidas valiosas para la revolución»⁵⁵.

Al verse inmerso en un contexto en el que el *Ius publicum europaeum* ya no es en absoluto funcional, el yihadista entra en la lógica de la criminalización del adversario y de su aniquilación. Los medios que utiliza para intentar lograr sus fines se caracterizan por una violencia indiscriminada contra la población civil⁵⁶, algo que ya advirtió Carl Schmitt: «La población es tu mejor amigo», dice la Instrucción general de guerrilla repetidamente citada [...] La evolución desde la Segunda Guerra Mundial nos abrió múltiples perspectivas en este respecto, y la posible destrucción de estructuras sociales nos hace dudar si no pueden darse casos en que la población necesite ser protegida contra los partisanos»⁵⁷.

⁵⁴ Autoras como Mary Luz Sandoval Robayo insisten en señalar la diferencia entre partisano y terrorista: «Los medios del partisano se supone deben respetar la vida, la integridad y la libertad de quienes no están directamente involucrados en la reyerta armada, es decir, los no combatientes, en cambio, los ejercidos por el terrorista no tienen en consideración tales preceptos, trátase del terrorismo de Estado o del terrorismo de facción», Sandoval (2006): 41.

⁵⁵ Sandoval (2006): 38-39.

⁵⁶ El terrorista viola el «principio de discriminación» y el «principio de proporcionalidad» que caracterizan el derecho de los conflictos armados; Díez de Velasco (2013): 1100.

⁵⁷ Schmitt (2013): 42.

Su intención, al margen de sus objetivos políticos, es instaurar un régimen de miedo y terror cotidiano entre la ciudadanía en forma de ataques terroristas en lugares concurridos⁵⁸. El establecimiento de un clima de terror como fin en sí mismo convierte el miedo al terrorismo en parte de la propia acción terrorista, como señala Raymond Aron en su estudio sobre la paz y la guerra: «Es considerada como terrorista una acción violenta cuyos efectos psicológicos no guardan proporción con los resultados físicos [...] La ausencia de discriminación contribuye a propagar el temor, ya que, como quiera que nadie está directamente apuntado, nadie se encuentra protegido»⁵⁹.

El terror se expande en la medida en que genera un sentimiento de «vulnerabilidad universal»⁶⁰ y este carácter azaroso y casual del ataque terrorista hace de la inseguridad constante una nueva forma de vida tanto en Occidente como en el resto del mundo. Hay que mencionar que los ataques del terrorismo no van dirigidos únicamente al exterior, esto es, a objetivos occidentales, sino especialmente contra los propios ciudadanos musulmanes, generando un clima de guerra civil y sectaria (especialmente entre sunníes y chiíes) en el seno de determinados países, como Irak o Siria. A diferencia del partisano contemporáneo o yihadista, que convierte al ciudadano en la primera víctima de su contienda, el partisano clásico lograba que el aldeano se convirtiera en su compañero de batalla. Ambos disciernen entre población civil y Ejército regular, el guerrillero para colaborar con los civiles, el yihadista para atacar contra ellos como estrategia sistemática. Eso no significa que el terrorista no ataque a blancos militares o institucionales. Se podría distinguir entre las acciones terroristas discriminadas (contra objetivos concretos, sedes gubernamentales o militares) y las indiscriminadas (contra civiles, objetivos no concretos, indeterminados). Pero pese a que el primer tipo de ataques sea un instrumento de la lucha terrorista, de lo que hacen su bandera los terroristas yihadistas es del ataque a civiles y a sus lugares de actividad diaria (mercados, fiestas, discotecas): «Los terroristas suelen identificar dos tipos e enemigos: instituciones y colectivos humanos. Por supuesto, el adversario institucional por antonomasia es el Estado y el sistema político que lo configura. Éstos pue-

⁵⁸ Como bien señala Derrida, la escenografía terrorífica del propio ataque yihadista se convierte en arma: «Más que en destruir las Torres Gemelas o en atacar el Pentágono, más que en asesinar a miles de personas, el verdadero “terror” consistió y comenzó por ahí, en exponerlo, en explotarlo, en hacer exponer y explotar la imagen por el objetivo mismo», Borradori *et al.* (2004): 163 (traducción personal).

⁵⁹ Aron (1985): 219.

⁶⁰ Walzer (2008): 20. «El terrorismo es el asesinato aleatorio de personas inocentes impulsado por la esperanza de producir un terror generalizado», Walzer (2008): 9.

den resultar deslegitimados por su carácter corrupto e ineficaz [...] o sencillamente pueden ser rechazados como inmorales»⁶¹.

Es precisamente ese carácter indiscriminado del ataque lo que provoca pavor entre las poblaciones, y esa inseguridad emerge como un arma más en provecho de los terroristas. La siguiente cita de Sánchez Ferlosio, aunque no referida al terrorismo yihadista, sino al terrorista en general, ilustra muy bien la idea que acabo de comentar: la impasibilidad ante la identidad de la víctima pone en el centro de la acción la muerte misma y no al sujeto que muere, pues este pertenece a la masa, a una población civil cuyos miembros resultan indiferentes, como individuos particulares, a ojos del terrorista: «Lo que le importa al terrorista, a diferencia del soldado, no es el que su víctima muera (esté muerta), cosa que está desentendida de quién sea o no sea el agente, sino poner (tener) en su haber nominal el haberla matado. Por eso tiene que firmar sus muertes, que de modo específico serán *muerteres firmadas*»⁶².

IV. PARTISANO TELÚRICO VS. YIHADISTA GLOBAL

Junto con la irregularidad (espacial, jurídica y fisionómica), la movilidad y el carácter político Schmitt destaca un último rasgo del partisano, su carácter telúrico⁶³, su defensa del trozo de tierra que considera suyo: «La fundamentación del partisano en el carácter telúrico me parece necesaria para destacar espacialmente la postura defensiva, es decir, la limitación de la enemistad en el espacio y para evitar la reivindicación absoluta de una justicia abstracta»⁶⁴.

La concreción de su localización hace que la postura del partisano sea defensiva y convierte sus aspiraciones en particulares y no universales. El carácter telúrico supone una profunda y estrecha relación del partisano con la tierra, su ligazón a un espacio delimitado y limitado, el del hogar terrenal⁶⁵. El espacio se conjuga con lo político y el guerrillero hace de la naturaleza su patria.

El partisano se conforma como la imagen invertida del Ejército regular, de modo que si bien para este último el espacio y la geografía pueden resultar

⁶¹ De la Corte Ibáñez (2006): 241.

⁶² Sánchez Ferlosio (1980).

⁶³ Término que Schmitt toma de Jover Zamora; Schmitt (2013): 37.

⁶⁴ Schmitt (2013): 37.

⁶⁵ El pirata lo hacía porque el mar era su lugar natural, el partisano no es el pirata aunque comparta con él su estar fuera de la ley. El partisano, como hemos explicado, está íntimamente relacionado con las guerras civiles y con las guerras coloniales, pero no con el mar.

problemáticas, el partisano va a hacer de ellos un aliado. Clausewitz establecía lo siguiente, refiriéndose a las armadas regulares: «De tres maneras influye el terreno en la acción de la guerra: presentando un obstáculo al avance, presentando un obstáculo a la visión general y protegiendo contra el efecto de las armas de fuego [...]»⁶⁶.

Los Ejércitos son incapaces de encontrar un aliado existencial en la naturaleza debido a su estricta regularidad: o la consideran un instrumento del que servirse o un obstáculo a superar. El partisano, por el contrario, en su alianza con las fuerzas de la naturaleza, se convierte en el verdadero defensor de la patria. Por esta razón para Schmitt el partisano sería el único capaz de mantener la conexión con el espacio en un tiempo en el que la unión política-territorio comienza a hacer aguas.

El avance de la técnica ha sido uno de los elementos que más ha contribuido a difuminar el carácter telúrico del partisano al permitir la deslocalización del guerrillero y las acciones a distancia. Para Schmitt hay dos maneras de enfocar este asunto. Desde una perspectiva «técnico-optimista», se puede plantear que el desarrollo de la técnica conllevará la desaparición del partisano. Pero, según una visión «radical-pesimista», se puede pensar que el partisano se adaptará a la expansión de la técnica y se convertirá en el «partisano industrial»⁶⁷. Si en vez de en la industria se piensa más bien en la tecnología, se puede advertir cómo el yihadista ha sabido adaptarse al nuevo ámbito de lo virtual y cómo, por tanto, se ha cumplido el diagnóstico radical-pesimista de Schmitt.

Gracias a la motorización, su movilidad aumenta de tal forma que está en peligro de desincardinarse por completo. En las situaciones de la guerra fría se convierte en técnico de la lucha invisible, en saboteador y espía. En la Segunda Guerra Mundial hubo ya tropas de sabotaje con entrenamiento partisano. Este partisano motorizado pierde su carácter telúrico. Ya no es más que un instrumento, transportable e intercambiable [...]»⁶⁸.

Esto ha provocado un cambio de escenarios: si el campo con sus aldeanos era el lugar natural del partisano originario, el campo de actuación del

⁶⁶ Clausewitz (2005): 409.

⁶⁷ Schmitt (2013): 87-90. «Pero, ¿no será posible que el tipo humano que hasta ahora constituyó el partisano consiga adaptarse al nuevo ambiente técnico-industrial, que se sira de los medios nuevos y que desarrolle una nueva especie adecuada de partisano, digamos el partisano industrial?», Schmitt (2013): 88.

⁶⁸ Schmitt (2013): 38.

yihadista es la ciudad y sus habitantes insertos en el contexto de la globalización. Pese a ello, no hay que desechar la idea de que el yihadismo tenga una conexión con la tierra o un carácter telúrico. El Dáesh, como paradigma del terrorismo yihadista en la actualidad⁶⁹, es consciente del potencial geográfico de la política y por eso pretende instaurar un orden geográfico nuevo. Los terroristas ya han manifestado su desprecio por las líneas territoriales clásicas, en concreto por la frontera Sykes-Picot con la que en 1916 ingleses y británicos establecieron las fronteras entre pueblos árabes que pertenecían anteriormente a la Gran Siria⁷⁰. Una de las problemáticas que surge con el Dáesh es el de la estatalidad porque, basándose en una errónea y distorsionada interpretación del islam, su objetivo es recuperar la gloria pasada del imperio musulmán, del califato. Esto implica que cualquier territorio que en el pasado formara parte del imperio musulmán, aunque fuera hace varios siglos, pertenece al califato.

Su intención es crear un espacio en la tierra no occidentalizado (De la Corte Ibáñez sostiene: «El terrorista culpabiliza a su enemigo de sus desgracias»⁷¹, y en el caso del terrorista yihadista, su enemigo, aparte del musulmán chuí, es el occidental), enemigo también de los modos de vida capitalista — aunque sirviéndose de los medios que dicho capitalismo ofrece— y portador de una determinada autenticidad moral y religiosa que, hay que insistir, se aleja de las verdaderas enseñanzas del islam. Y en eso radica precisamente la diferencia entre grupos yihadistas como Al Qaeda y el Dáesh. A finales del años 2017 Irak proclamó la derrota del Dáesh, que había logrado enraizarse en el territorio, y «casi» había conformado un Estado a partir de la tierra, algo que jamás consiguió Al Qaeda, como bien señala el especialista Patrick Cockburn:

Al Qaeda es más una idea que una organización, y así ha sido por mucho tiempo. A partir de 1996, durante un período de cinco años tuvo cuadros, recursos y campos en Afganistán, pero estos fueron eliminados después del derrocamiento de los talibanes en 2001. De ahí en adelante, el nombre de Al Qaeda primordialmente ha sido un grito de batalla, una serie de creencias islámicas que se centran en la creación de un Estado islámico [...] ⁷².

⁶⁹ Si bien el análisis del terrorismo toma forma en este artículo en una de sus formas más concretas, la del Dáesh, los rasgos generales esbozados pueden aplicarse a cualquier forma de terrorismo contemporánea que siga la pauta.

⁷⁰ Martín (2015). Véase el capítulo «Un diablo llamado Sykes-Picot».

⁷¹ De la Corte Ibáñez (2006): 241.

⁷² «El Estado Islámico puede presumir de controlar un territorio y de hacer prevalecer su ley. Mientras tanto, al Qaeda sigue reclutando persona a persona, como si se tratara del departamento de Recursos Humanos de cualquier empresa», Cockburn (2015): 60.

El Dáesh fue la materialización en la tierra de lo que solo era una idea creada por Al Qaeda, de ahí su triunfo entre sus acólitos⁷³. Al Qaeda nunca aspiró a crear un Estado, o al menos no lo logró⁷⁴. Su acción se centró en llevar a cabo determinadas acciones en los países que consideraba criminales. Ahora bien, el Dáesh «casi» logró convertirse en un Estado, aunque fuera un estado de terror y profundamente, y por principios, antidemocrático. Si se considera con Weber que lo que conforma un Estado es el territorio, el Gobierno y la población, el Dáesh cumplió «casi» las condiciones (incluida la acuñación de moneda, la creación de tribunales de justicia, de documentos de identidad propios, etc.). Y si no las llegó a cumplir del todo es porque uno de los atributos fundamentales de un Estado, como bien señaló Hegel, es «ser reconocido» por otros Estados, y esto es algo de lo que careció el Dáesh.

Este supuesto Estado se concebía a sí mismo como una unidad territorial cerrada (las áreas ocupadas de Siria e Irak) aunque los atentados de los lobos solitarios o células en países extranjeros formaran parte de su estrategia de terror. Existía por tanto un anclaje al territorio en el caso del Dáesh que no se daba con Al Qaeda, o al menos no de forma tan patente⁷⁵: «Ambas organizaciones presentan dicha identidad como la de la nación del islam. Pero la propuesta de la segunda —matriz emergente en el yihadismo global— resulta más atractiva debido a sus conquistas en Oriente Medio, haber proclamado el califato y estar configurando una sociedad a la cual adherirse e incluso emigrar para adquirir esa nueva identidad»⁷⁶.

Esto último es importante, pues para poder aumentar su población, el Dáesh no solo hizo un llamamiento a utilizar a las mujeres para poblar el territorio, sino que para muchas familias fundamentalistas se convirtió en un centro de peregrinación para crear asentamientos territoriales en un lugar donde llevar una vida auténticamente salafista en la «Ítaca musulmana»⁷⁷.

El nombre originario del Dáesh nos pone sobre la pista de su carácter geográfico específico. En su origen, el Estado Islámico surge como la filial «Al

⁷³ Martí (2016).

⁷⁴ Con todo, hay que señalar que aunque Al Qaeda no fue capaz de crear un Estado, sus aspiraciones tienen un componente telúrico, como apunta el profesor Andreas Behnke: no está del todo claro que el aspecto espacial esté totalmente ausente de la estructura y de las estrategias de esta organización; Behnke (2013): 135.

⁷⁵ No hay que olvidar que una de las reivindicaciones de Bin Laden era la salida de las tropas estadounidenses de Arabia Saudí, territorio santo para los musulmanes.

⁷⁶ Reinares (2015b).

⁷⁷ Martín (2015): 16.

Qaeda en la Tierra de los Dos Ríos» (AQTDR) surgida en el año 2004⁷⁸. En esa denominación inicial ya se percibe la importancia del elemento geográfico, con esa referencia al Tigris y al Éufrates. Al Qaeda no incluía esos guiños y su nombre significaba «la base». Posteriormente AQTDR se independizó de Al Qaeda y se convirtió en el autodenominado «Estado Islámico de Irak y Siria» (ISIS en sus siglas en inglés) o en el «Estado Islámico para Irak y el Levante» (ISIL)⁷⁹. Finalmente se le conoció como Dáesh (*al Dawla al Islamiya fi al Iraq wa al Sham*), que significa «Estado Islámico en Irak y el Sham».

Con el término *Sham* se designa⁸⁰, por un lado y con carácter nacionalista, a lo que fuera la Gran Siria, por otro, en la terminología propia del colonialismo, a la zona del Levante, y, hoy en día, al estado de Siria. No se sabe si esa referencia a *Sham* se hacía en un sentido coloquial por referencia al Estado sirio o si implicaba una visión romantizada de la unidad de los países que comprendían la Gran Siria porque, tal y como explica Martí, no parece coherente que los terroristas utilicen un término colonial. Tampoco tendría mucho sentido una referencia a la Gran Siria dado que los yihadistas se oponen al nacionalismo o panarabismo árabe que en la década de los sesenta pretendía reforzar los vínculos entre los países árabes a través de una política laica y nacionalista. Todo parece indicar, entonces, que *Sham* refiere al Estado sirio. En cualquier caso, la referencia geográfica es clara.

Una vez que a finales de junio de 2014 el Estado Islámico proclamó el califato, también anunció que su nombre había evolucionado y que a partir de ese momento se autodenominarían Estado Islámico sin más⁸¹. Conseguida la creación de su Estado el yihadismo disolvió las distinciones territoriales. Ya no eran necesarias las referencias a Irak o Siria, sino a un Estado basado en la religión y no en la estatalidad política.

⁷⁸ Reinares (2015a).

⁷⁹ Martí señala que el término «Levante» pertenece al vocabulario colonial, mientras que *Sham* forma parte de la terminología nacionalista árabe; Martí (2016).

⁸⁰ El artículo de Alejandro Martí da una buena explicación de los usos de este término; Martí (2016).

⁸¹ Aquellos que luchaban contra el Dáesh se negaban a referirse a él como «Estado» porque reconocer su estatalidad hubiera significado otorgarles la credibilidad o el derecho a conformar un Estado. Por eso los Gobiernos prefirieron utilizar el término Dáesh, que además tiene una denotación despectiva: «En árabe puede dar pie a un juego de palabras que lleve a otras interpretaciones, como “algo que pisotear” o “persona intolerante que impone su punto de vista”. Además, la pronunciación del vocablo “daesh” en francés es similar a “déche”, que significa miseria, y a “tache” [que] se refiere a mancha»; Julve (2015).

Los yihadistas reconocían la importancia de la geografía, pero para superarla y disolverla, para crear un califato mundial, en línea con sus aspiraciones universalistas. Es más, como llegaron a tener un pseudo-Estado, ya no necesitaban camuflaje. Hay que recordar que una de las características que definían al partisano era su falta de uniforme, muestra de su falta de regularidad. El Dáesh llegó a tener sus propios uniformes y a los terroristas les interesaba llevarlo para manifestar su condición de miembro del grupo. Solo se vestían de incógnito cuando salían de sus fronteras y realizaban sus acciones en el extranjero.

Algún autor ha señalado que el uso de las nuevas tecnologías por parte de los yihadistas hace que el carácter telúrico pierda importancia⁸². Los ataques terroristas pueden ser organizados a distancia, lejos del territorio natural de los yihadistas. Aceptando que esto es así, que la tecnología ha trastocado las variables espaciales de los conflictos, no parece que el rasgo telúrico o territorial del yihadista haya desaparecido del todo. Se podría decir que las variables territoriales han aumentado porque los atentados en el extranjero son una realidad, pero la conexión con el espacio de tierra al que los terroristas se sienten ligados sigue intacta y el terror se impone de manera sistemática, como forma de Gobierno, precisamente en dichos territorios.

V. CONCLUSIONES

Para algunos académicos los terroristas contemporáneos compartirían todos los rasgos propios de los partisanos⁸³. Tras la comparativa realizada en este artículo, se podría estar de acuerdo en que ambos comparten el carácter irregularidad, con tendencia a la regularidad, la movilidad y el carácter telúrico.

Ahora bien, hay dos rasgos que marcan la diferencia entre el partisano clásico y el yihadista: por un lado, el carácter político del yihadista es dudoso; por otro, tiene la intención de implantar un reinado del terror a través del

⁸² «En verdad, la técnica viabiliza cursos de acción de forma notoriamente rápida pero también posibilita el accionar lejos de la tierra y cuestiona si el apego a ella sigue siendo vital para pensar en combatientes no-estatales», Laleff (2011): 116.

⁸³ «El terrorista puede ser considerado como la figura contemporánea del partisano en la medida en que elige un combate irregular, fundado sobre una táctica de movilidad —astucia y sorpresa—, bajo un compromiso político marcado por el maximalismo y la hostilidad absoluta, a la que responde la hostilidad absoluta de los estados, y, finalmente la inscripción más o menos fuerte en un “santuario” territorial», Holeindre (2014): 86-87.

ejercicio de la violencia indiscriminada contra la población civil. Estos dos rasgos no son atribuibles a los primeros partisanos, pero quizás sí formen parte del proceso de transformación del partisano industrial en un partisano global. Precisamente, si Schmitt dedicó sus escritos al guerrillero (se entiende que al partisano clásico) y le consideró «el último centinela de la tierra» es porque consideró que en un mundo en el que las categorías clásicas del derecho comenzaban a disolverse, el partisano aún podía reinstaurarlas, especialmente en lo tocante al respeto al enemigo.

Algunos autores sostienen que aunque el terrorista yihadista pueda compartir ciertos rasgos con el partisano e incluso tener su origen en él, debido especialmente a su carácter fundamentalista religioso y a su actuación indiscriminada contra poblaciones civiles por medio de la instauración del terror, lo que podía ser una diferencia de grado se convierte en una diferencia cualitativa. Por ejemplo, Carlo Galli es de la opinión de que el concepto de terrorista contemporáneo no es asimilable al del partisano, ya que carece de proyecto político, su violencia no sirve para construir ninguna estructura y sus fines no están orientados a la conformación de formas políticas estables, sino que su objetivo es el ejercicio absoluto de la violencia:

No se puede describir al terrorista en términos de *hostis*, ni de guerrillero, ni siquiera de revolucionario internacional, quizás tampoco de guerrillero tecnológico. La suya es una especie nueva, tanto en el plano subjetivo (no tiene amigos sino sólo enemigos, y en los casos extremos es enemigo incluso de sí mismo porque con el suicidio renuncia al propio cuerpo y a la propia vida) como en el plano objetivo (el terrorismo no tiene otra estrategia propia sino el terror, y su hostilidad no prefigura órdenes que no sean imaginarios); y la motivación religiosa que le adjudica a su hostilidad no constituye una teología política (ni siquiera en una acepción no secularizada), es decir, no tiene funciones ordinativas, sino que es más bien una «teología inmediata» y «extrema»⁸⁴.

Ahora bien, para afirmar que el terrorista yihadista no es un partisano hay que aceptar que en la teoría de Carl Schmitt existe una diferencia entre los partisanos originarios y los partisanos contemporáneos. El carácter indiscriminado y violento de los medios y fines del yihadista y su negativa a reconocer en el adversario a un enemigo alejan a estas dos figuras. Pero si, asumiéndose esa distinción, se advierte que los rasgos relacionados con la limitación, de los que carece el terrorista, pertenecen a los «primeros partisanos», es decir, a

⁸⁴ Galli (2011): 189.

aquellos pertenecientes todavía al *Ius publicum europaeum*, aunque fuera como testigos de su disolución, y que las características que tienen que ver con la ilimitación y la violencia pertenecen a los partisanos industriales, sí se puede trazar una línea evolutiva y afirmar que el terrorista contemporáneo es la terrible metamorfosis y continuación de los segundos partisanos, ya insertos en un contexto en el que el *Ius publicum europaeum* ha dejado de funcionar. Es decir, si se acepta la continuidad entre los primeros partisanos y los industriales, habrá que reconocer que la última transformación de este fenómeno ha dado lugar al terrorista yihadista. Por el contrario, si se concibe que la diferencia entre los dos tipos de partisano es de cualidad y no de grado y que, por tanto, el partisano industrial ya se plantea como un personaje muy alejado del primer partisanismo, entonces se podrá aceptar que el terrorismo yihadista tampoco es el resultado de la evolución de dicho partisanismo originario, sino que es un fenómeno diferente y que el propio proyecto schmittiano sufre ahí una fractura, pues no permitiría explicar las nuevas formas que adquiere la violencia en la contemporaneidad.

Por tanto, solo reconociendo la evolución que sufre la propia figura del partisano en el seno de sus propias notas definitorias podremos aceptar que el resultado de su última transformación es la del yihadista. La transformación profunda que sufre la guerra una vez que el *Ius publicum europeum* desaparece es la clave para comprender la emergencia del terrorista yihadista, pues este toma de esa guerra indiscriminada los rasgos que harán de él una figura caracterizada por una violencia exacerbada. Este combatiente yihadista, como evolución contemporánea del partisano surgido en el siglo XIX, se ve inmerso en la lógica de criminalización del enemigo y absolutización de la política y se convierte en una de las formas más radicales de esa enemistad absoluta que ya profetizó Schmitt y que avanza luchas futuras. Schmitt llega a hablar del «cosmopartisano», un partisano que, gracias al avance de la ciencia, entrará en la lucha de la conquista del espacio, no ya terrestre, sino cósmico⁸⁵.

Bibliografía

- Agamben, G. (2015). *La guerre civile. Pour une théorie politique de la stasis*. Paris: Points.
- Aron, R. (1985). *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza Universidad.
- Behnke, A. (2013). El Terror y lo Político: el 11-S en el contexto de la globalización de la violencia. *Relaciones Internacionales*, 23, 117-148.

⁸⁵ Schmitt (2013): 90.

- Borradori, G., Derrida, J., Habermas, J., Bouchindhomme, C. y Gleize, S. (2004). *Le Concept du 11 Septembre. Dialogues À New York, Octobre-Décembre 2001, avec Giovanna Borradori*. Paris: Galilée.
- Chomsky, N. (2001). *11/09/2001*. Barcelona: RBA.
- Clausewitz, C. von (2005) [1832]. *De la guerra*. Barcelona: Ediciones Obelisco.
- Cockburn, P. (2015). *Isis, el retorno de la yihad*. Barcelona: Ariel.
- De la Corte Ibáñez, L. (2006). *La lógica del terrorismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Derrida, J. (2005). *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Madrid: Trotta.
- (2010). *Séminaire La bête et le souverain. Volumen II (2002-2003)*. Paris: Galilée.
- Díez de Velasco, M. (2013). *Instituciones de Derecho Internacional Público*. Madrid: Tecnos.
- Galli, C. (2010) [2001 y 2002]. *Political spaces and Global War*. Mineapolis: University of Minnesota Press.
- (2011). *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Habermas, J. (2006). *El Occidente escindido*. Madrid: Trotta.
- Holeindre, J.-V. (2014). Carl Schmitt penseur des transformations de la guerre. En S. Sur (comp.). *Carl Schmitt. Concepts et usages* (pp.73-92). Paris: CNRS Éditions.
- Hooek, J. (2014). Carl Schmitt : Une réception controversée dans l'Allemagne d'aujourd'hui. En S. Sur (comp.). *Carl Schmitt. Concepts et usages* (pp.175-194). Paris: CNRS Éditions.
- Hooker, W. (2009). *Carl Schmitt's International Thought. Order and Orientation*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.1017/CBO9780511691683>.
- Julve, R. (2015). ¿Por qué los gobiernos lo llaman Daesh y no Estado Islámico o ISIS? *El Periódico*, 23-11-2015. Disponible en: <https://goo.gl/cQ7127>.
- Laleff, R. J. (2011). Carl Schmitt: límites y potencialidades del partisano. *Cuadernos de Marte*, 1 (2), 95-120.
- Mao Tsé-Tung. (1955). *Oeuvres Choisies*. Paris: Editions Sociales.
- Martí, A. (2016). ¿ISIS, ISIL, Daish o Estado Islámico? Por qué es imposible ponerse de acuerdo. Disponible en: <https://goo.gl/WyKxQP>.
- Martín, J. (2015). *Estado Islámico. Geopolítica del caos*. Madrid: Catarata.
- Müller, J. W. (2007). *Carl Schmitt. Un esprit dangereux*. Paris: Ed. Armand Colin.
- Reinares, F. (2015a). Al Qaeda y el Estado Islámico. *El País*, 11-1-2015. Disponible en: <https://goo.gl/GfMxG2>.
- (2015b). Yihad en pos de una identidad. *La Vanguardia*, 12-1-2015. Disponible en: <https://goo.gl/x1MWPo>.
- Rubin, B. y Rubin, J. C. (2002). *Anti-American Terrorism and the Middle East. A Documentary Reader*. Oxford: Oxford University Press.
- Sánchez Ferlosio, R. (1980). Notas sobre el terrorismo/1. *El País*, 11-3-1980. Disponible en: <https://goo.gl/B4cf5V>.
- Sandoval Robayo, M. L. (2006). Partisanismo o terrorismo en la era técnico-industrial. *Jurídicas*, 3 (1), 35-58.
- Schmitt, C. (2002) [1950]. *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del "Ius publicum europaeum"*. Granada: Comares.

- (2007) [1969]. Conversation sur le partisan. Carl Schmitt et Joachim Schickel. En C. Jouin (comp.). *La guerre civile mondiale. Essais (1943-1978)* (pp.113-136). Paris: Ed. Ere.
- (2009) [1932]. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2013) [1963]. *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid: Trotta.
- Walzer, M. (2008). *Terrorismo y guerra justa*. Buenos Aires: Katz.

RECENSIONES

SALVADOR CALATAYUD, JESÚS MILLÁN Y MARÍA CRUZ ROMEO (eds.): *El Estado desde la sociedad. Espacios de poder en la España del siglo XIX*, Alicante, Publicacions de la Universitat d'Alacant, 2016, 380 págs.

En este volumen, los profesores de la Universidad de Valencia Salvador Calatayud, Jesús Millán y María Cruz Romeo presentan una colección de ensayos que supone una continuación a los contenidos en el libro previamente editado por ellos en el año 2009, *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques*. Si en aquella ocasión se trataba de echar una mirada renovada al proceso de construcción del Estado español desde la diversidad territorial de espacios en principio alejados de los centros de poder, este libro reflexiona sobre el proceso de construcción estatal «desde abajo», o si se prefiere, desde la sociedad.

Los autores que participan en el volumen quieren dejar atrás visiones estáticas y centralistas del proceso de construcción del Estado. Para ello, dotan a sus análisis de gran historicidad y analizan los contextos y coyunturas concretos sin echar mano de apriorismos surgidos de modelos teóricos de construcción estatal o de experiencias de otros estados que supuestamente debieran servir de referencia. De esta manera, no solo salen a la luz dinámicas que pueden alterar el orden de los factores en la relación entre iniciativa estatal centralizada y respuesta reactiva social, sino que sobre todo se ofrece una imagen plural de la construcción del Estado y la sociedad modernos. Porque no se trata únicamente de presentar una perspectiva renovada del proceso de construcción del Estado en España. En este libro el Estado no es el objeto principal (o único) de estudio, sino que lo que interesa a los autores son más bien las «influencias mutuas entre el Estado y la sociedad, a través de las cuales se han configurado uno y otra» («Introducción», p. 9). O dicho de otra forma: «No es que el Estado implante determinadas instituciones, claramente concebidas para ser trasladadas a la realidad social. Más bien, las acaba implantando en un proceso de relación con la sociedad, a través del cual se configura el resultado» (p. 13).

El libro huye de definiciones normativas, de tipos ideales, de expectativas cumplidas o incumplidas, y por lo general no intenta ofrecer un dictamen de éxito o fracaso sobre el proceso de construcción estatal español (aunque en

ocasiones sea convocado el fantasma del atraso). Los trabajos aquí contenidos ofrecen muchas observaciones para profundizar en la «aparente paradoja de un ideal de Estado que, en la perspectiva del liberalismo, se pretendía mínimo en el mismo momento en que se acumulaban los medios y los canales de intervención» (como afirma Calatayud en su estudio de la regulación estatal del agua, p. 302). Se trata más bien, según proponen los editores, de considerar una «intervención del Estado, selectiva, pero enérgica, en los aspectos que se consideraban imprescindibles para un proyecto nacional» (p. 21). Pero esta «densificación estatal» no pudo producirse de otra manera que a través del establecimiento de relaciones con las sociedades locales, que alteraron el alcance y las formas de penetración de la administración central.

El libro ofrece nueve ensayos que abordan estas problemáticas desde diversos puntos de vista, consiguiendo una notable coherencia. Sin embargo, no es ni pretende ser una monografía exhaustiva sobre la cuestión. Los capítulos no intentan ofrecer una mirada completa o definitiva a su tema de estudio. Algunos ofrecen análisis de procesos a medio y largo plazo, mientras que otros analizan coyunturas específicas. Solo uno, el análisis del regionalismo castellanoleonés de Rafael Serrano García, examina cuestiones identitarias. Cronológicamente, el libro se centra en el período isabelino, con algunas incursiones en la monarquía de Fernando VII y en la Restauración. Tras la lectura del volumen, sobresalen tres momentos recurrentes entre los analizados por los autores, que además son objeto de estudio central de tres capítulos: los primeros pasos del Estado liberal en la década de 1830, que Enrique Montañés examina desde el punto de vista del apoyo que recibió por parte de la burguesía tenedora de deuda pública en el momento transicional del Estatuto Real y la revolución del verano de 1835; el Trienio esparterista (1840-1843), a través del cual Pedro Díaz Marín analiza el proyecto de Estado del liberalismo progresista y las dimensiones del liderazgo político del regente; y el Bienio progresista (1854-1856), momento fundamental en el estudio que firman Jesús Millán y María Cruz Romeo sobre las tensiones entre Estado e Iglesia, a través de una mirada que quiere superar la narrativa secularizadora e individualista.

De esta forma van surgiendo a lo largo del libro las visiones que tenían del Estado liberales moderados y progresistas, que estaban por lo general enfrentadas. Poner el foco en estos sectores del liberalismo respetable tiene sentido pues se trata de aquellos grupos políticos que ocuparon mayoritariamente el poder durante el período isabelino, ya fuera en Madrid o en los espacios de poder local y regional. Sin embargo, la perspectiva del libro probablemente hubiera salido enriquecida de haber considerado los proyectos de aquellos otros grupos políticos que no llegaron a ocupar durante el siglo XIX posiciones de control continuado de las estructuras del Estado (carlistas, republicanos, demócratas,

socialistas o anarquistas), pero que tenían sus propios proyectos estatales y sociales, que pasaban por presentar alternativas al Estado liberal tanto en sus premisas ideológicas como en la forma en la que estaba siendo construido. Otra de las maneras a través de las que el Estado se relacionó con la sociedad fue contribuyendo a la generación de formas de oposición.

Un aspecto que aparece recurrentemente en los trabajos aquí recogidos son las estrategias y formas de negociación que el Estado llevó a cabo durante el siglo XIX con grupos sociales locales (fundamentalmente oligarquías y elites, aunque en ocasiones, como expone Antonio M. Linares en su estudio de la desamortización municipal en Extremadura, también grupos de desposeídos) para hacer llegar su poder de transformación a los espacios regionales. El proceso no se presenta como caracterizado por actitudes de resistencia, sino que se muestra cómo los poderes locales solían emplear la visita de los agentes del Estado para afianzar o mejorar su posición social. En este proceso, los proyectos diseñados desde el centro eran generalmente reconducidos de tal forma que se adaptaran a las condiciones locales o de competencia que existían entre distintas regiones. Este no era simplemente un peaje que las autoridades del Gobierno central se veían obligadas a pagar para imponer sus planes en aquellos lugares donde su presencia era débil, sino que la acción de los actores locales solía reconducir (ya fuera hacia lo posible o hacia lo deseable) los proyectos presentados por el poder central. En un contexto de política liberal representativa, el Estado debía conjugar intereses partidarios e ideológicos con los provinciales. Para ello generalmente necesitaba de intermediarios, ya fueran surgidos del propio espacio local (caciques o notables, estudiados por Xosé Ramón Veiga), de la maquinaria meritocrática de generación de agentes estatales (como los ingenieros de caminos y puertos que examina Marc Ferri), o de sectores urbanos (como las asociaciones de reforma social surgidas entre los filántropos burgueses que analiza Mónica Burguera). En este sentido, hubiera sido enriquecedor que el libro contuviera algún análisis del desarrollo de estas dinámicas en el espacio colonial, así como de las relaciones entre Estado y sociedad ultramarina.

En definitiva, nos encontramos ante una importante aportación a la renovación de los estudios de *nation-building* en España realizada desde un análisis crítico de la construcción paralela del discurso de lo social. Es este un volumen que propone estudiar el proceso de construcción del Estado-nación que se aceleró en las décadas centrales del siglo XIX no solo como una etapa más del tránsito hacia la modernidad, sino como un momento con peculiaridades propias y potencialidades particulares que son merecedoras de atención.

Juan Luis Simal
Universidad Autónoma de Madrid

ROBERTO DI STEFANO Y FRANCISCO JAVIER RAMÓN SOLANS (eds.): *Marian Devotions, Political Mobilization and Nationalism in Europe and America*, London, Palgrave/Macmillan, 2016, 341 págs.

Uno de los debates académicos que ha deparado resultados más fructíferos en los últimos años, no solo en la historiografía sino también en otras disciplinas como la sociología, es el que ha girado en torno a la relación entre religión y modernidad. Desde hace ya varios años, la corriente interpretativa que insistía en la incompatibilidad de la religión, en especial el catolicismo, con el mundo moderno ha sido ampliamente contestada por una serie de trabajos que reivindican el papel de la religión como elemento forjador de la modernidad aunque se mostrara muchas veces crítica con lo que consideró algunos de sus excesos. Este, desde luego, constituye el eje argumental de la obra aquí reseñada, la cual tiene, entre sus principales virtudes, no caer en la ley del péndulo, ya que es capaz de abordar, desde puntos de vista diversos y plurales, la relación entre religión y modernidad de una manera comedida y razonada.

Marian Devotions ha sido coordinado por dos historiadores expertos en la materia: el argentino Roberto Di Stefano, especialista en la historia religiosa de la Argentina contemporánea, y el español Francisco Javier Ramón Solans, que, a pesar de su todavía corta trayectoria investigadora, se ha convertido en uno de los principales expertos internacionales en el análisis político-cultural de las devociones marianas. El gran acierto de estos editores ha sido reunir a un importante elenco de especialistas que, desde diferentes perspectivas (histórica, sociológica, antropológica, teológica) han sido capaces de abordar, con una visión integradora, el complejo fenómeno de las devociones marianas a través de ejemplos locales. Se podría hablar, en definitiva, de la utilización de un enfoque microhistórico que, desde el análisis de lo pequeño, trata de conocer la inmensidad de lo global.

Concretamente, son dos los elementos que aportan unidad y coherencia a la obra ante la pluralidad de metodologías y puntos de vista empleados por cada participante. En primer lugar, la presencia de un enfoque transnacional, estrechamente relacionado con la aparición desde mediados del siglo XIX de un nuevo catolicismo de carácter ultramontano, antiliberal y antisocialista que giró en torno a la reforzada figura del papa y que aprovechó muchos de los recursos aportados por el sistema económico capitalista y el desarrollo tecnológico. Ya fuera en Argentina, en Alemania o en España, las apariciones y devociones marianas se insertaron en un contexto general de guerra cultural (*cultural war*) en donde estuvo en juego la posición que la religión debía ocupar en una esfera pública en constante redefinición. En segundo lugar y sin

entrar en contradicción con el elemento anterior, todos los participantes en la obra tienen muy en cuenta la importante contribución de los cultos marianos, en particular, y de la religión católica, en general, en el proceso de construcción de identidades nacionales. De esa manera, no solo discuten la supuesta incompatibilidad del catolicismo ultramontano con el nacionalismo, sino que además integran el estudio de este nuevo catolicismo con otros fenómenos coetáneos, como el advenimiento de la nueva política, de la sociedad de masas y de la economía de mercado. Sin cuestionar el acierto de incluir el análisis de estos dos aspectos, considero que la obra se habría enriquecido todavía más si hubiese tenido mayor presencia la perspectiva de género, que considero capital para comprender la importancia simbólica de la figura femenina de la Virgen María y sus distintos significados a lo largo del tiempo. Aunque es verdad que el enfoque de género es comentado por los editores en la introducción, la mayoría de las referencias a este aspecto en los capítulos posteriores no van mucho más allá de apuntar la presencia de mujeres entre las personas que participaron en las diversas manifestaciones de culto mariano.

La obra está dividida en dos partes: la primera, compuesta por ocho capítulos, se refiere a Europa, y la segunda, formada por cuatro capítulos, se centra en América. Todo ello va precedido de una introducción escrita por los editores, que constituye un excelente estado de la cuestión sobre el tema abordado en el libro. Di Stefano y Ramón Solans distinguen tres ciclos de movilización mariana: en el primero se articuló un nuevo modelo de devoción mariana para hacer frente a la Revolución francesa y sus consecuencias (1789-1870); la segunda etapa correspondería al desarrollo de este modelo y a su progresiva nacionalización en el contexto de las guerras culturales (1870-1919); y el tercer periodo se caracterizó por la vinculación de los cultos marianos con la movilización política anticomunista (1919-1950). El *aggiornamento* representado por el Concilio Vaticano II trajo importantes cambios a esta imagen combativa y sobrenatural de María, que pasó a adoptar rasgos más humanos y humildes aunque con la resistencia de los sectores más conservadores de la jerarquía eclesiástica.

Los hechos acaecidos en Lourdes en 1858, donde una joven campesina llamada Bernadette Soubirous aseguró haber visto y escuchado a una mujer que se identificó como la Inmaculada Concepción, tuvieron una importancia decisiva en el desarrollo de las dos primeras fases de movilización mariana. Christian Sorrel (capítulo 3) ofrece en su trabajo una explicación global de lo ocurrido en Lourdes tras las apariciones, enfatizando especialmente las relaciones, no siempre fluidas, entre lo que pronto se convirtió en un masivo centro de peregrinación y la cabeza del catolicismo, Roma. Varios capítulos muestran el interés que tuvieron católicos de otros países en crear su propio

«Lourdes» nacional. Olaf Blaschke (capítulo 4) se refiere a las semejanzas de las apariciones de Marpingen (1876-1877) respecto al santuario francés y analiza las importantes consecuencias producidas por la masiva movilización de católicos en el recién constituido Estado nación alemán, de mayoría protestante. Ramón Solans (capítulo 6) explica el intento de la derecha española de, siguiendo el ejemplo de Lourdes, convertir la Basílica del Pilar, en Zaragoza, en un templo nacional, proyecto no del todo conseguido al atraer básicamente peregrinaciones de carácter regional y fracasar la tentativa de constituir en el santuario aragonés un centro de curaciones milagrosas. Una manera efectiva de dinamizar las peregrinaciones hacia estos centros de culto mariano fue mediante la promoción de coronaciones a la Virgen, iniciativa que, como señala Claude Langlois (capítulo 2), pasó de practicarse solamente en Italia durante la Edad Moderna a extenderse desde mediados del siglo XIX por todo el mundo católico, especialmente Francia.

El trabajo de Roberto Di Stefano y Diego Mauro (capítulo 11) muestra perfectamente la evolución de un culto mariano a lo largo de las tres fases descritas en la introducción dentro del contexto argentino: desde la resignificación nacional de la Virgen de Luján a mediados del XIX hasta la utilización política de esta devoción por parte de Juan Domingo Perón tras unas décadas marcadas por la irrupción de la política de masas, la extensión de los transportes y la industrialización del país. Zimdars-Swartz, por su parte (capítulo 7), se centra en los hechos ocurridos en Fátima en 1917, lugar pronto bautizado como el Lourdes portugués si bien el contexto internacional, marcado por la Revolución rusa y el posterior avance del comunismo, inauguró un renovado modelo devocional basado en el rezo del rosario y en los denominados «secretos de Fátima». El capítulo que trata un culto mariano más reciente es el de Agnieszka Halemba (capítulo 8), referido a las apariciones ocurridas en 2002 en una región occidental de Ucrania. A través de una metodología antropológica, incluyendo la realización de entrevistas orales, la autora destaca el vínculo de estas apariciones con la identidad nacional ucraniana en una región muy diversa donde dicha identidad nacional no había sido históricamente muy fuerte.

La obra también incluye ejemplos de devociones marianas que, si bien no fueron las hegemónicas en sus respectivos países, también contribuyeron a construir la nación desde el ámbito regional. Joseba Louzao (capítulo 5) centra su análisis en la Virgen de Begoña, una advocación vizcaína que atrajo a tradicionalistas, nacionalistas vascos y liberales monárquicos españoles y frente a la cual se situaron los sectores progresistas y anticlericales de Bilbao. Los disturbios ocurridos en la capital vizcaína en octubre de 1903, brillantemente novelados por Vicente Blasco Ibáñez en *El intruso*, constituyeron una guerra cultural en toda regla. El trabajo de Wright-Ríos (capítulo 10) se

complementa perfectamente con el estudio de Linda B. Hall sobre la Virgen de Guadalupe (capítulo 9), ya que, mientras el primero se refiere al culto regional de Nuestra Señora de Juquila en México, el segundo se centra en la principal devoción mariana del país pero desde la perspectiva de los inmigrantes mexicanos en EE.UU. Finalmente, el trabajo de Susana Monreal (capítulo 12) trata sobre la Virgen de Verdún, una advocación que no cuestionó la primacía de la Virgen de los Treinta y Tres en Uruguay pero que sí tuvo un fuerte carácter nacionalizador, especialmente durante la primera mitad del siglo xx.

Marian Devotions ha sido publicada por la prestigiosa editorial anglosajona Palgrave/Macmillan, hecho que por sí solo ya demuestra la calidad de la obra aunque el precio por adquirirla sea a todas luces excesivo. Esperemos, no obstante, que este libro se encuentre en las principales bibliotecas universitarias españolas y que incluso alguna editorial española se atreva a traducirlo en los próximos años. Una inversión que, a mi juicio, podría resultar muy rentable porque *Marian Devotions* constituye una excelente aportación para la historia político-cultural del catolicismo en la contemporaneidad.

Raúl Mínguez Blasco
Universidad del País Vasco

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO: *Gil-Robles. Un conservador en la República*, Madrid, Gota a Gota, 2016, 312 págs.

Manuel Álvarez Tardío presenta su biografía del que fuera líder de la CEDA como la primera de investigación histórica. El propósito del autor ha sido ceñirse a los datos y hechos documentados explicándolos dentro de cada contexto. En ocasiones, él mismo reconoce que esta tarea no ha resultado fácil. Cuando el régimen de la Segunda República todavía sigue en el candelero, vista la reivindicación de algunos agentes políticos, se revela hartamente complicada una labor de análisis contrastada, serena e imparcial. La consulta de una reseñable variedad de archivos se ordena a esta pretendida finalidad. Los legajos del Congreso de los Diputados, del Centro Documental de la Memoria Histórica, del Archivo Histórico Nacional o los fondos documentales de personalidades destacadas de la época como Manuel Giménez Fernández o el cardenal Vidal i Barraquer certifican la intención de Álvarez Tardío de adentrarse en el escenario poliédrico de la Segunda República y en el ámbito concreto de la derecha española.

A lo largo de trescientas páginas el autor nos introduce en la vida política de José María Gil Robles. No estamos, por tanto, ante una biografía íntima

que trate temas familiares, reducidos a informaciones puntuales de contexto. El itinerario político-ideológico del dirigente salmantino constituye el hilo conductor de toda la obra. Más aún en los años centrales de la República de 1931, convertida en el nudo gordiano de una publicación que apenas se detiene en los orígenes o precedentes juveniles del biografiado; ni tampoco en el papel del líder de la CEDA después de la Guerra Civil hasta su defunción en 1980. Esto no significa que se prive al lector de los datos más relevantes de los períodos mentados; más bien se incide en la etapa nuclear del personaje, de la que es experto el autor. Se trata de detallar el cometido de Gil Robles en la organización del primer gran partido conservador de masas, en su propuesta de reforma constitucional o en su gestión al frente del Ministerio de la Guerra. Todo ello enmarcado en el formato de un libro con una clara intencionalidad divulgativa, aunque siempre entremezclado con el debido rigor científico. Es claro, pues, que había de priorizarse si se aspiraba a ofrecer una lectura asequible, equidistante tanto del academicismo como de la crónica periodística.

En el capítulo inicial queda correctamente perfilada la adscripción conservadora de Gil Robles, hijo de un jurista y profesor de ideas tradicionalistas. La formación en los postulados de un catolicismo opuesto a la modernidad, entendida como conciencia cultural surgida con la Ilustración antropocentrista y el individualismo liberal, es uno de los episodios que introduce el autor para adentrarse en el posterior compromiso político del biografiado. En efecto, la vinculación de Gil Robles a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNdP), fundada en Madrid por el padre Ayala en 1909, sitúa al joven salmantino en las corrientes católicas más propicias al posibilismo. En este caso concebido como un medio estratégico para procurar la restauración cristiana de la sociedad y de sus sistemas políticos, a partir de los instrumentos que estos mismos ofrecían. Aunque Álvarez Tardío cite la obra de Ordovás sobre la historia de la ACNdP para explicar la posición del grupo durante el tránsito de la monarquía a la república, se echan en falta otras menciones bibliográficas. Me refiero a la obra de Feliciano Montero *El movimiento católico en España* (Madrid, 1993), por cuanto contribuye a esclarecer programas y actitudes de esos sectores con arreglo a las directrices del pontificado de León XIII (1878-1901). Que se invitara a la activa participación de los católicos en todas las facetas de la vida pública implicó una paulatina superación de los posicionamientos retardatarios o integritas. Aquella solución de compromiso, dispuesta a aceptar los regímenes liberales como mal menor, pretendía alentar el ascenso de los católicos a las instituciones, llenándolas así de contenido cristiano. En este sentido, Álvarez Tardío expone cómo Gil Robles se imbuyó de aquella doctrina hasta el punto de descifrar —aunque no siempre de modo explícito en la obra— el

supuesto enigma de la evolución ideológica del dirigente conservador. La adopción de los esquemas de la democracia cristiana moderna alrededor de los años cincuenta, como narra el autor al final del libro, serían la consecuencia de esos inicios formativos, luego madurados en otras circunstancias una vez concluida la Segunda Guerra Mundial.

El hecho de que Gil Robles participara en la puesta en marcha del Partido Social Popular en vísperas de la dictadura de Primo de Rivera confirma lo dicho hasta aquí. A la iniciativa del que fuera joven promesa del maurismo —Ángel Ossorio Gallardo— se sumaron otros correligionarios de aquel movimiento junto con algunos tradicionalistas y socios de la ACNdp. Esta amalgama confluía en tres principios fundamentales para dar respuesta a la crisis del entramado político de 1876. En primer término, la aconfesionalidad y autonomía de la formación, es decir, informada por ideales cristianos pero desligada de cualquier control clerical. Su propósito regeneracionista basado en el reformismo social de inspiración católica y en la autentificación representativa del Parlamento terminaban de conformar aquel tridente. Con esta fugaz experiencia Álvarez Tardío aventura las líneas maestras que, en buena medida, guiarán el pensamiento de Gil Robles en la fundación de la CEDA.

Sobre estas premisas el autor accede a considerar los capítulos centrales de la biografía, encuadrando el devenir político del líder salmantino en el transcurso de la República. No sin antes recordar su filiación monárquica, en la que veía una garantía de orden y catolicidad frente al peligro revolucionario. Con todo, el desenlace de las jornadas de 1931 abocó a Gil Robles al acatamiento del nuevo régimen, en línea con la posición adoptada por la ACNdp y sus órganos de prensa. En realidad se seguía la ruta marcada por el magisterio de la Iglesia desde que León XIII publicara la encíclica *Sapientiae Christianae* en 1890. Según su contenido, la Iglesia debía mostrarse respetuosa e indiferente con las formas de gobierno o las leyes civiles mientras se salvaguardaran los derechos de la religión y de la moral. Si con esto se desvinculaba a la Iglesia de cualquier régimen político en particular, del mismo modo se proclamaba que aquella no podía estar supeditada a ningún partido, ni actuar como auxiliar para la lucha política. Que Álvarez Tardío no aluda a estos textos supone una carencia, en parte resuelta por varias citas de los editoriales del periódico *El Debate*, que actuaba en España como correa de transmisión de aquel pensamiento.

Con estas pautas el autor pasa a desentrañar las causas que conformaron Acción Nacional como herramienta para coaligar a la derecha ante el auge y predominio de la izquierda republicana. A partir de aquí, Álvarez Tardío deslinda los grupos que, forzados por unas circunstancias adversas, cohabitaban en el seno de una organización heterogénea que pronto habría de quebrarse.

La prevalencia de los sectores posibilistas, atizados por el accidentalismo de Ángel Herrera con respecto a las formas de gobierno, concluyó con la separación de los monárquicos, agrupados desde entonces en Renovación Española bajo el liderazgo de Antonio Goicoechea. Llegados a este punto, el autor delimita de modo oportuno los caracteres y dimensiones de la familia conservadora, recordando su pluralidad innata —como en el caso de la izquierda— para aseverar lo acientífico y contraproducente de un juicio global sobre su actuación durante la República.

Ciertamente, en la biografía subyace un propósito claro de revisión histórica. De hecho, algunos podrán tildar la obra con la peyorativa acepción que ahora se aplica al término «reversionismo». No obstante y aun a riesgo de incurrir en una perogrullada, cabe recordar que la misión del historiador consiste en indagar la verdad del pasado. Para ello el especialista precisa sumergirse en los esquemas mentales de la época estudiada y no juzgarlos desde los parámetros del presente. Es a través de este procedimiento con el que puede procurarse una explicación imparcial y razonada sobre los fenómenos o acontecimientos investigados. Las fuentes documentales, debidamente contextualizadas, nos permiten explicar los hechos tal como sucedieron en realidad. Sabemos que en nuestros días existe un nuevo intento de politización de la historia. Casi siempre condicionado por ideas preconcebidas o consignas ideológicas que tienden a tergiversar, cuando no a frustrar, un análisis pretendidamente histórico. Es lo que denuncia Álvarez Tardío en relación con algunos profesionales del gremio al desdibujar la figura de Gil Robles. Ofrecer una imagen del líder de la CEDA como uno de los principales exponentes del fascismo en España, sonsacando algunas declaraciones en intervenciones públicas sin valorarlas en su integridad y contexto, representa —a decir del autor— lo opuesto a esa labor de estudio y esclarecimiento del pretérito.

Se entiende entonces que en los capítulos centrales de la biografía se aporte numerosa documentación —tanto de las proclamas de Gil Robles como de la izquierda— para visualizar un retrato preciso del personaje y de su ideario político. La ruptura propinada por la Constitución republicana respecto a los derechos de la Iglesia (que la izquierda más exaltada vinculaba con el poder monárquico) condujo al posibilismo católico a la organización del primer gran partido conservador de masas. Según el autor, esto manifestaría la convicción de Gil Robles de enderezar el régimen por la vía democrática apelando a la revisión constitucional. Se descartaría así el recurso al golpe de fuerza animado por los conservadores subversivos, como los llamara Julio Gil Pecharromás. De hecho, nada tuvo que ver el dirigente salmantino con la sanjurjada, al contrario que algunos monárquicos ligados a Renovación o a la revista *Acción Española*. Es verdad que Gil Robles aspiraba a reforzar la

autoridad del Estado; primero mediante un modelo político que subrayara los poderes del ejecutivo; y en segundo lugar, reduciendo ciertas facultades del Parlamento. En este caso, se trataba de modificarlo de tal modo que pudiera compatibilizarse la representación de los partidos con otra de cuño corporativo, aminorando las divisiones sociales que atribuía a los excesos del individualismo liberal. Es una lástima que el autor no abunde en el ejemplo que para Gil Robles revistió el *Estado Novo* portugués ideado por Antonio de Oliveira Salazar. Era este el modelo de estadista a seguir, tanto por su procedencia (ligada al accidentalismo del Centro Académico de la Democracia Cristiana) como por su realización constitucional de 1933 al combinar ciertos hitos del liberalismo con algunas pautas del pensamiento tradicionalista.

Gil Robles tampoco estaba planteando la ruina del edificio republicano, como de hecho propugnarían los monárquicos, cada vez más partidarios de una solución autoritaria. De ahí la constante distinción por parte de Álvarez Tardío de estas dos líneas o grupos de la derecha española. Según el autor, solo se produjo una convergencia de pareceres a la altura de 1936, cuando se llegó a una situación insalvable. El libro nos presenta a la CEDA como envuelta en una especie de tenaza entre una izquierda nada condescendiente, debido a la presión ejercida por la fuerza movilizadora de un PSOE con unas bases muy radicalizadas, y una derecha dispuesta a finiquitar cuanto antes y por medio de la violencia todo el entramado republicano. Estas circunstancias explicarían —a decir de Álvarez Tardío— la dificultad de la CEDA en proclamar un republicanismo que no compartía la mayoría de sus votantes, pero que era exigido por la izquierda para aceptarla como alternativa institucional. Tal como refiere el biógrafo, una declaración tan explícita —como la que luego profesarían los Agrarios— en un partido de masas, tan plural y diverso como la CEDA, hubiera provocado más inconvenientes que ventajas al reforzar el apoyo electoral de la derecha monárquica. El trasvase de votos habría debilitado el peso e importancia de la CEDA, perjudicando con ello la estrategia posibilista focalizada en la reforma de la Constitución. Para Álvarez Tardío, la ambigüedad calculada en el discurso de Gil Robles sobre el hipotético republicanismo de su partido se ordenaba a dicho fin: despojar a la República de sus rasgos sectarios para dar cabida a todos. La izquierda interpretó este objetivo como un asalto a los principios programáticos que les habían inspirado en la redacción del texto. Por su parte, la derecha alfonsina lo juzgó como una traición al votante conservador, por cuanto asentaba un sistema considerado nefasto en tanto que desnaturalizaba la metafísica de España, ligada —para ellos— a la acción conjunta del altar y el trono.

Otra faceta del posibilismo de la CEDA que nos revela Álvarez Tardío es su colaboración con el Partido Radical de Lerroux. Debía evitarse que esta

formación se inclinara hacia la izquierda, a pesar de que con ello desertaran algunos dirigentes disconformes con la nueva orientación centrista del radicalismo. Aunque se alcanzaran varios objetivos en el reconocimiento de los derechos de la Iglesia y en el impulso de algunas medidas socioeconómicas como la Ley de Arrendamientos, no logró revisarse la Constitución. Sobre todo porque no contaba con el beneplácito de Alcalá Zamora, al que se unió la falta de cohesión de los radicales a la altura de 1935 y la ausencia de una posición preeminente de la CEDA en el Gobierno. Así lo expone el autor, quien relata el paso de Gil Robles por el Ministerio de la Guerra. Subyace aquí una doble intención: la de asegurar el cumplimiento de un programa mínimo dentro del gabinete y la de frenar la influencia del marxismo preservando el papel de las fuerzas armadas como garantes del orden. Con este argumento, Álvarez Tardío intenta desmontar la idea del golpe de Estado desde dentro que han lanzado otros autores.

A pesar de los abusos infringidos después de las elecciones de 1936 (reconocidos en sus testimonios por varios de sus protagonistas), el profesor de la Universidad Rey Juan Carlos insiste en la disposición de la CEDA a sostener un Gobierno de izquierda moderada que lo librara de las presiones del sector marxistizado del PSOE. La certificación del fracaso posibilista sentenciado por José Calvo-Sotelo ante las Cortes encontró las últimas resistencias desde los escaños de la CEDA. La imposibilidad de escindir el Frente Popular a favor de los grupos moderados para brindarles su apoyo parlamentario determinó el cambio de actitud de Gil Robles. Para Álvarez Tardío, la imposibilidad de un acuerdo de convivencia no puede reducirse a que los cedistas tuvieran un compromiso ambiguo con la democracia liberal, sino también porque la mayor parte de la izquierda no se preocupó por integrar en la República a ese amplio sector del conservadurismo católico.

Sin embargo, parece claro que —a pesar de una cierta voluntad de diálogo— acabó por imponerse la polarización de las bases, dificultando una lectura incluyente del régimen republicano. El calado social del tradicionalismo ideológico por un lado y de la marxistización por otro (prototipo sociológico de los países latinos, según Raymond Aron), impidieron aquella realización. Quizá Álvarez Tardío tendría que haberse detenido más sobre este punto. En cualquier caso, estamos ante una obra recomendable para comprender mejor los entresijos y complejidades de la política española de entreguerras.

Antonio Cañellas Mas

Universidad de Alcalá/Real Academia Mallorquina de Estudios Históricos

MATTEO TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017, 311 págs.

Atrás quedan los tiempos en que para abordar una biografía se hacían necesarias justificaciones con aire de disculpa. Desde los orígenes de la práctica historiográfica la biografía ha sido un género recurrente y, en las últimas décadas, han sido relevantes las de las principales figuras de la Segunda República, la Guerra Civil y la construcción del franquismo. Son ya canónicas las obras sobre Francisco Largo Caballero, Manuel Azaña, José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos, Juan Negrín o sobre el mismísimo Franco. Sin embargo, estos estantes cuentan con significativos espacios en blanco que hasta el momento habían sido ocupados por literatura de combate y, en mayor medida, por hagiógrafos de la dictadura y revisionistas. Uno de estos huecos era el de Onésimo Redondo, lo que justifica que el historiador Matteo Tomasoni escogiera el título de «el caudillo olvidado». No cabe de duda que lo recordable y lo olvidable responde a condicionamientos paralelos al devenir del personaje y están más relacionados con los contextos y los intereses de los promotores de la memoria. Esta gestión del recuerdo explica el vaivén en el siglo xx de lo memorable y las diferentes etapas de mistificación del personaje.

La biografía de Onésimo Redondo, resultado de una celebrada tesis doctoral, va precedida de un prólogo de Ferran Gallego, que localiza el interés en los debates sobre la conformación y los límites ideológicos del fascismo español, campos en los que es un acreditado especialista. La obra está conformada por dos partes diferenciadas pero complementarias. La primera, una biografía exhaustiva del personaje en la que aborda sus orígenes familiares; su contacto con la academia alemana y con el programa de participación política del catolicismo militante en el *Zentrum* —y no en relación con el nacionalsocialismo, cuestión que se había convertido en un lugar común pero que Tomasoni rechaza—; su compromiso con el propagandismo católico de la familia Herrera Oria y *El Debate*; o su formación en el sindicalismo agrario de tipo vertical. Redondo adquirió un papel relevante durante la Segunda República en torno a la configuración y debates sobre el fascismo. En los primeros compases democráticos participó en la fundación de Acción Nacional —una primera respuesta de la asociación de propagandistas y de las derechas católicas promovida por Ángel Herrera y Gil Robles—, de la que pronto se distanció por el fracaso electoral y sus crecientes críticas a la capacidad de dirección política del clero. A finales de 1931 creó junto a Ledesma Ramos las JONS con una clara vocación violenta, antipartidista, antiliberal e hipernacionalista, cuestiones que determinarían sus anhelos regeneracionistas. El fracaso del

golpe de Sanjurjo le llevó al exilio en Portugal, donde conoció la obra de António Sardinha y de otros integralistas, fundamentales para comprender su doctrina política. En ese período se distanció de Ledesma Ramos, que había iniciado un acercamiento a José Antonio Primo de Rivera, flamante diputado por Falange Española. Acató, no sin ciertos recelos, la fusión de FE y de las JONS y contribuyó desde el reducto pucelano a la reacción y a la definición doctrinal de un partido en vías abiertas de fascistización. Tras la ilegalización de FE y de las JONS fue encarcelado —Tomasoni se apoya en una profusa correspondencia para destacar el papel de su esposa, Mercedes Sanz, a la hora de hacer de enlace y permitirle seguir coordinando el partido desde prisión—. El 18 de julio, fue liberado de la prisión de Ávila y trasladado a Valladolid para apoyar junto a las milicias falangistas el alzamiento nacional —del que tuvo noticias los meses previos—. Se convirtió durante cinco días en el único líder falangista en libertad y en la voz autorizada del partido en la zona sublevada. Sus expectativas de transformación nacional a través de la violencia le llevaron a las faldas de Guadarrama, donde fue asesinado al toparse con una columna republicana.

La segunda parte del libro aborda las bases de su pensamiento político: su imperialismo y castellanismo, el compromiso con la transformación violenta, el nacionalsindicalismo y un novedoso capítulo dedicado a su antisemitismo, aspecto poco transitado por la historiografía. Todos estos factores no pueden entenderse sin el trasfondo católico, tuétano de su planteamiento ideológico y de su praxis política. Faltaría una tercera vía transitable que Tomasoni deja enunciada: la construcción del mito de Onésimo, sus usos públicos y los combates por apropiarse y resignificar el personaje en sucesivas escalas de la memoria, atendiendo a cada coyuntura y a los espacios del recuerdo. Sin duda este análisis contribuiría a comprender las múltiples dimensiones de uno de los principales «caídos» de la dictadura. Otra puerta abierta sería la existencia de una comisión de investigación sobre el asesinato de Redondo —documentación preservada en el Archivo Histórico Nacional— que realizó decenas de entrevistas y corroboró la tesis del asesinato por el encuentro accidental con una columna republicana. Cabría preguntarse si se crearon comisiones análogas con otros personajes asesinados durante la guerra y trabajarlas a fondo.

Las fuentes utilizadas por Tomasoni son muy novedosas, especialmente el archivo familiar que heredó Mercedes Redondo, hija del biografiado, y que albergaba numeroso material inédito, correspondencia, listados bibliográficos y joyas hemerográficas que se consideraban perdidas, como el semanario *Libertad*, fundado por Onésimo en junio de 1931 para combatir la República y disputar espacios discursivos fagocitados por las izquierdas. Fue su principal

herramienta de expresión política y ha sido digitalizado y puesto a disposición de los investigadores en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional. A la hora de afrontar una biografía de estas características es fundamental hacerlo con el material de un archivo de estas características, para evitar los improductivos debates escolásticos en los que está sumida la disciplina, en una constante y estéril lógica de actualización conceptual.

Esta obra contiene tres aportaciones metodológicas relacionadas con las recientes formas de concebir el oficio. En primer lugar, la biografía de su autor constata el proceso paulatino de internacionalización de la universidad española, que ha abierto el horizonte a múltiples espacios historiográficos internacionales y a la superación de los análisis explicativos basados en la excepcionalidad española. En segundo lugar, la integración discursiva de la vida, obra y pensamiento de Onésimo, desde una óptica que no discrimina la ideología de la acción política. Y, en último lugar, la apuesta por el género biográfico, que permite hacer historia desde lo que podríamos denominar un «giro cronológico», es decir, que en lugar de articular el estudio en etapas cerradas y autónomas unas de otras (República, Guerra Civil, dictadura, etc.) aborda el tiempo transversal de agentes históricos que abarcan diferentes periodicidades.

La obra también contribuye a complejizar más si cabe los orígenes del proceso de fascistización español, con un personaje que concilia sin contradicciones el catolicismo nacionalista de Menéndez Pelayo, la reacción y el elitismo rural con el nacionalsindicalismo y el antisemitismo. Su pensamiento político contribuye a demoler la esclerótica noción del fascismo vinculada, *stricto sensu*, al planteamiento revolucionario, modernista y urbano —representado por Ledesma Ramos— y hace hincapié en los procesos de fascistización y en la relación de fuerzas en el seno del falangismo de tendencias políticas diferenciadas pero confluyentes. La trayectoria de Onésimo nos muestra cómo no solo podemos comprender el fascismo a nivel teórico o doctrinal. A su vez, cuestiona una vez más el laicismo o anticlericalismo del falangismo, como ha constatado para el caso nacionalsocialista Steingmann-Gall. Tomasoni compara la apuesta doctrinal de Ledesma Ramos por la revolución con la reacción nacionalista e historicista de Onésimo, cuyos nexos de unión se encontraban en el antirrepublicanismo, el nacionalsindicalismo y la acción violenta. Redondo rechazaba el uso y la adscripción al fascismo y a la revolución y se encontraba más cómodo en la reacción por la restauración de los valores nacionales, representados en Castilla y su campo, y no por corrientes políticas extranjeras.

Mención especial merece el análisis del antisemitismo de Onésimo, diferible según el autor del contenido racial planteado por el nazismo y más

cercano a la recuperación de un historicismo nacionalista y a un viaje en el tiempo a la España imperial y a los Reyes Católicos, a la que habría que sumar la cultura política antijudía a nivel internacional y la presencia de este enemigo nacional en obras de referencia para el vallisoletano como *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo, que identificaban la decadencia nacional con complots judaicos.

En definitiva, consideramos que esta *opera prima* de Matteo Tomasoni enriquece y amplía los debates sobre el fascismo en España y arroja mucha luz sobre uno de los caudillos centrales en la memoria mortuoria del franquismo.

César Rina Simón

Universidad de Extremadura

JESÚS CASQUETE: *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, Madrid, Alianza, 2017, 279 págs.

Las *Sturmabteilung*, más comúnmente llamadas SA, fueron mucho más que una simple arma ideológica puesta al servicio de Adolf Hitler. Estas «fuerzas de asalto», tal y cómo se dieron a conocer a lo largo de los años fundacionales, se convirtieron en unos «soldados políticos» cuyo principal propósito fueron la provocación y el matonismo. A pesar de ello, lo que hasta hoy se ha interpretado como un simple conglomerado de radicales empapados de ideología nacionalsocialista acabó convirtiéndose en un instrumento fundamental para la estrategia política del Führer. Es por esto que la investigación que analizamos ahonda su análisis en aspectos trascendentales como la creación de un idealismo mesiánico, la autocelebración y el culto a los mártires, la justificación de la violencia, el antisemitismo y el compromiso —y en algunos casos me atrevería a decir la recíproca confidencialidad— entre la Iglesia protestante y la ideología nazi.

La publicación de Jesús Casquete, profesor de la Universidad del País Vasco y reconocido especialista sobre ideologías políticas, se presenta como una obra esencial en el estudio del nacionalsocialismo y especialmente en la aún necesaria interpretación de los orígenes del Tercer Reich alemán. A la base de este proyecto editorial está, no podía ser de otra forma, un largo período de investigación que Casquete ha llevado a cabo en distintas localidades de Alemania, trabajando en archivos y bibliotecas con material, en algunos casos, inédito.

El libro no sigue un esquema cronológico, ni tiene planteado hacer un simple repaso de la historia de las SA. Con esta publicación, Casquete se atreve —acertando en su tesis original— con el hacer un balance *a posteriori*

sobre la actividad desarrollada por el brazo armado del nacionalsocialismo, investigando con precisión y escrupulosidad sus fines y directrices políticas. Principal hilo de la investigación parece ser la búsqueda de la «naturaleza» propia de las SA entendidas como agente político al servicio de la causa nacionalsocialista e instrumento de máxima fidelidad al jefe supremo Adolf Hitler. El culto al dirigente «todopoderoso» y su elevación al título de «salvador de la patria» contribuyeron de forma determinante a crear el mito del caudillo alemán quien, obtenido incluso el apoyo de los cristianos alemanes, acabó siendo incluido en la cúspide de la nueva «Trinidad teutónica»: Dios, Alemania y Adolf Hitler.

Es sabido que la creación de las SA se remonta a los años fundacionales de la ideología nazi, aunque más que un producto de esta última las fuerzas de asalto se estructuraron con la idea de convertirse en el brazo armado (o sea un complemento) de la misma doctrina. La necesidad de un cuerpo con estas características se explica a raíz de la situación surgida a causa de la creación del régimen de Weimar, la grave crispación política existente entre los diferentes representantes del pueblo alemán y también el peso provocado por la carga de Versalles. A mediados de los años veinte, Alemania logró —no sin dificultades— dejar de un lado la desilusión provocada por la derrota de la Primera Guerra Mundial, dando comienzo a una breve pero frenética vivacidad social y política conocida como los *Goldene Zwanziger* (los felices años veinte), época en la que sin embargo proliferó y se acrecentó el poder nazi.

En este contexto, los inicios de las SA se remontan al mes de septiembre de 1920 con la creación de una «sección gimnástica y deportiva» que sirvió al partido nazi para implementar su presencia en la calle, pudiendo contar con un cuerpo cuyos afiliados hacían un juramento basado en la ciega obediencia, lealtad y compromiso con su jefe. Con tan solo un año de vida, las SA ya habían experimentado su propio «bautismo de fuego» luchando para hacerse con el control de la calle, reventando los mítines de los adversarios políticos y alimentado el odio y la provocación entre sus afiliados y simpatizantes. Los actos violentos que protagonizaron las SA en Múnich primero y en ciudades como Berlín después tuvieron las características —aspecto detenidamente analizado por el autor— de plantear una propaganda basada en la mentira, indispensable para forjar el mito de la supremacía ideológica del partido nazi. Particularmente relevante en la propaganda fue también la creación del culto al mártir, que en el caso de esta agrupación tuvo el nombre de Georg Hirschmann: víctima de un enfrentamiento con los socialistas, la muerte de este joven militante de las SA fue el pretexto perfecto —aprovechado *in primis* por el mismo Hitler— para crear una «liturgia del victimismo» que sirvió al nacionalsocialismo para planificar su escalada hacia el poder.

El libro contempla también algunos elementos que identificaron las SA y todo el aparato político nazi. Por un lado las fuerzas de choque al servicio del Führer defendieron una división sexual de las competencias, donde el hombre —a diferencia de la mujer, obligada al mero sustentamiento de la raza— ocupaba un puesto central. Por el otro, las SA contribuyeron de forma determinante a la difusión del sentimiento antihebreo, congregando entre sus filas a muchos partidarios del antisemitismo visceral proveniente de la Liga Antisemita fundada a finales del siglo XIX. Asimismo, asume un valor esencial en el análisis de Casquete el rápido proceso de radicalización que alcanzaron unas SA ya ampliamente involucradas en la caída del régimen de Weimar y la trasposición del enfrentamiento callejero a una más preocupante guerra civil latente que se extendió en todo el país.

Entre las principales novedades recogidas por el autor, hay que señalar la cuestión de los seguros de las SA y la participación directa de los cristianos alemanes en la causa nazi. En cuanto a lo primero, Casquete dedica un capítulo de su brillante y novedoso estudio a la formación de un elaborado sistema de seguros que desde los años del Deutschenationale Volkspartei (DNVP) y su plan de protección (*Stahlheim*) fue asumiendo un peso cada vez mayor. A finales de los años veinte los nazis fomentaron la formación de divisiones de seguros, creando las bases de la *Hilfkasse* (caja de auxilio) y un sistema propio que garantizó e incluso justificó la práctica de la violencia y de la intimidación. El éxito de esta técnica no solo permitió a las SA engrosar sus filas, sino a la vez endurecer los ataques a sus propios enemigos políticos.

El segundo aspecto analizado por el autor explora la poco conocida colaboración de los Deutsche Christen (DC) con la causa nazi. Esta organización de matiz cristiano-protestante se aproximó con fuerza al nacionalsocialismo durante el período de entreguerras, al considerar la ideología de Adolf Hitler como el principal referente del proceso de regeneración nacional. No se trató de una asimilación de los cristianos alemanes entre las filas del partido nazi, sino más bien de un intento por compaginar la fe en Dios con la salvación política ofrecida por el Führer. El resultado de esta liturgia ideológica (donde lo espiritual fue mezclándose con lo político) llevó en apenas unos años a rellenar las iglesias protestantes de esvásticas, himnos y saludos con el brazo levantado. La nazificación del espacio religioso creó, en el seno del nacionalsocialismo, un nuevo prototipo de SA, que Joachim Hossenfelder —pastor evangelista y principal exponente de los DC— elevó al cargo de «SA de Jesucristo».

Todo el entramado nazi basado en la autoglorificación, la justificación previa y la supremacía ideológica tuvo en las SA un hábil instrumento de propaganda. Este cuerpo fue fundamental para la supervivencia del partido en sus fases iniciales, pero a la vez para consolidar una liturgia política que,

gracias a los mitos creados por Hitler, alcanzó en poco tiempo el poder. Las referencias finales al culto a los mártires y al planteamiento de un proyecto de base totalitaria (efectivo a partir de 1933) fueron algunos de los efectos provocados por la intensa campaña de propaganda desarrollada a lo largo de los años previos. Sin la organización de unas fuerzas de combate como fueron las SA es posible que el nacionalsocialismo hubiera tardado más tiempo en completar el proceso de nazificación de la sociedad alemana. No obstante, las cosas fueron diversamente y las SA pudieron convertirse, antes de las purgas de 1934 (la tristemente célebre *Kristallnacht*, la Noche de los cuchillos largos), en el perfecto ejemplo de ciudadano alemán del futuro Tercer Reich: el hombre-soldado puesto al servicio incondicional del jefe, Adolf Hitler. Una dramática lealtad que costó al pueblo alemán el peso de una larga guerra, la incitación al odio racial y el asesinato de millones de personas.

Matteo Tomasoni
Universidad de Valladolid

FERNANDO DEL REY Y MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO (dirs.): *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*, Madrid, Tecnos, 2017, 510 pags.

«El odio es nuestra mayor defensa frente al enemigo [...]. Con odio no hay nada a lo que un hombre no se atreva, no hay límites a lo que pueda soportar». Lo escribía en la década de 1970 el escritor y político nacionalista serbio Dobrica Ćosić, tiempo después primer presidente de la República Federal de Yugoslavia en 1992-1993, aunque lo hacía en una novela ambientada en la Primera Guerra Mundial. *Políticas del odio* revisita el período jalonado entre esa y la siguiente contienda mundial. Añadir algo sustancial a las montañas de papel que buscan las razones y lógicas de lo sucedido en esas décadas no es sencillo, máxime si se trata de hacer además desde un mínimo andamiaje explicativo. A lo que se añade que, en el caso de la historiografía española, reacia todavía a aventurarse en lo ocurrido más allá de nuestras fronteras, no es habitual siquiera intentarlo. Esta obra tiene de partida el mérito de hacerlo, y su propuesta es estudiar ese período poniendo el foco, como reza el subtítulo, en algo tan central como lo que hubo de violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras.

Quizá podría comenzarse el comentario de este volumen señalando lo que este no es ni pretende ser. Para empezar, no se trata de una obra de síntesis. Al contrario que los de M. Kitchen, J. Casanova o el más reciente de I.

Kershaw, por citar solo algunas de las más conocidas, no busca proveer de un gran fresco general de aquella «era de los extremos», de las catástrofes o de «descenso a los infiernos». Tampoco proyecta una mirada de largo espectro a través de grandes cuestiones transversales como el enfrentamiento entre bolchevismo y nazismo, las persistencias del Antiguo Régimen o lo que pudo tener el período de «guerra civil europea», al modo como lo hicieron autores como E. Nolte, A. J. Mayer o E. Traverso; ni un gran estudio comparado de los diferentes proyectos y regímenes políticos a la manera de G. Luebbert. *Políticas del odio* ofrece una visión del período que se centra en la violencia que invadió las prácticas políticas y sociales y los movimientos y proyectos que más se habrían servido de ella en su lucha contra la democracia y entre ellos por acceder al poder y rediseñar el Estado y la sociedad. Lo hace además a través de una serie de miradas parciales, una por cada uno de los ocho autores del libro. En ese sentido, y al contrario que las referencias anteriores, se trata de una obra coral. Por último, se caracteriza por usar un concepto de «entreguerras» restringido a los años que median entre el final de la Primera Guerra Mundial y el estallido de la segunda. Aunque se dedica especial atención a los legados de la Gran Guerra y de la Revolución rusa, el objeto del estudio es el tracto temporal 1918-1939.

Ahora bien, nada de todo eso supone un demérito. La dimensión que se privilegia, la de las políticas de la violencia y los discursos del odio, atraviesa aquellos dos decenios y resulta crucial para entenderlos. Al dejar fuera las dos guerras mundiales, el concepto reducido del período de entreguerras da sustantividad propia a los años que discurrieron entre una y otra y puede ayudar a evitar miradas teleológicas. Por su parte, no es un libro centrado exclusivamente en Europa, sino que hay referencias a otros países como México y encontramos todo un capítulo consagrado a los Estados Unidos. Y por último, el volumen y sus textos resultan coherentes entre sí y lo son con la trayectoria anterior del equipo de investigación que lo sustenta. Su trabajo, coordinado por Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío, se ha materializado en publicaciones de indudable impacto y que han suscitado no pocos debates. En varias de ellas, como los trabajos colectivos *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española* (2011) y *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos* (2012), se exploraban para el ámbito español las prácticas y discursos de la violencia y su papel en la crisis de la democracia republicana de 1931-1936. Mientras tanto, en el número monográfico de la revista *Ayer*, dedicado a «Violencias de entreguerras. Miradas comparadas» (2012), se proponía ya el salto hacia el contexto europeo que el libro aquí comentado confirma y lleva más lejos.

Aunque hablando de una obra coral eso tiene siempre algo de arriesgado, el argumento vertebral del volumen es claro. El mundo que transitó entre las

dos guerras mundiales se vio atravesado por proyectos, ideologías y movimientos políticos y sociales que impugnaban las democracias liberales. Eran de muy distintos tipos y objetivos pero tenían en común su radicalidad y alimentar y hacer amplio uso de prácticas violentas y de odios excluyentes, y su resultado sería amenazar y a menudo derribar los regímenes políticos pluralistas de 1919. La introducción del libro, a cargo de sus dos directores, despliega ese eje argumental. La experiencia de la Primera Guerra Mundial, se nos explica, supuso para las sociedades occidentales la «brutalización» de sus prácticas sociales y políticas y nutrió corrientes ideológicas y culturas políticas contrarias a la «modernidad liberal». En unos casos eso suponía reverdecer las que legaba el siglo XIX y en otros crear otras nuevas, como el fascismo, pero suponían siempre combatir las reglas del juego y los compromisos de la política liberal. En ese escenario, el odio y la violencia se harían instrumentos habituales en la competencia entre actores sociales y políticos, nutrirían ideologías que propugnaban la superación del Estado mínimo liberal e identificaban sus enemigos. Como consecuencia habría un envite generalizado sobre los regímenes representativos que, allí donde las instituciones y sus consensos estaban menos asentados, implicaría su crisis y hundimiento.

Como es lógico, el mayor desarrollo de esas tesis se encuentra en los capítulos que firman los coordinadores. Son por lo demás los que por contenido, debates abordados y ámbito europeo parecen más ambiciosos. En el primero, el más largo del volumen, F. Del Rey detalla la influencia de la Gran Guerra en los movimientos «revolucionarios» de las dos décadas siguientes. Haciendo uso de los clásicos términos de G. L. Mosse, el capítulo sostiene que los discursos, representaciones y prácticas bélicas permearon los años de posguerra y que esa «brutalización» de la política se tradujo en la extensión de la «pasión revolucionaria» y en la forja de «culturas de guerra» basadas en el radicalismo, la deshumanización del enemigo y la legitimación de la violencia. Esos serían los rasgos, según este argumento, de los tres grandes actores de aquel drama de violencia, a saber: el bolchevismo, el fascismo y el modernismo reaccionario. Por su parte, en el capítulo que cierra el libro, M. Álvarez Tardío aporta un ejercicio comparado en el que repasa para aceptar la relación entre debilidad institucional y violencia política. En su argumentación, los regímenes que habían logrado asentar sus democracias liberales antes de la Gran Guerra fueron capaces después de superar el desafío del radicalismo político violento, mientras que donde las instituciones y los consensos democráticos eran más débiles —como Alemania, Italia y la España republicana—, los Estados no pudieron mantener el monopolio en el uso de la fuerza y sus regímenes democráticos fueron derribados.

Los restantes seis capítulos del libro aportan estudios de algunas de las dimensiones y manifestaciones de lo dicho. Lo hacen además con trabajos

amplios, como los dos anteriores, pues de hecho la mayoría ocupan en torno a medio centenar de páginas y ninguno está por debajo de las cuarenta. En casi todos los casos se trata de cuestiones sobre las que quienes los firman son especialistas para el ámbito español, que se aúpan aquí sobre ese conocimiento previo y acometen el nada desdeñable esfuerzo de ampliar el foco para abordarlas desde una perspectiva comparada y/o europea. Así, S. Souto aporta un detallado análisis comparado del papel desempeñado por las organizaciones juveniles marxistas de Alemania, Austria, Gran Bretaña y España en la vida política de esos países, en sus partidos obreros y en los grupos paramilitares. No es cuestión baladí, puesto que los activistas más jóvenes fueron los responsables de buena parte del radicalismo del período y los actores de muchas de sus prácticas violentas. Por lo mismo, J. A. Parejo se centra en las juventudes fascistas alemanas, austríacas y españolas para describir la expansión del fascismo y de su violencia y subrayar que atrajo a gentes de todos los estratos sociales y que se nutrió del temor real a la amenaza comunista. R. Villa dirige su mirada a la violencia en los procesos electorales y encuentra que fue menor en los regímenes democráticos más estables, mientras que registró mayores cotas allí donde el régimen político se enfrentaba a una «oposición sistémica importante», a poderosos partidos y sindicatos partidarios de su derrocamiento —incluso violento— y a lealtades relativas por parte de las fuerzas políticas llamadas a sostenerlo (Alemania, Austria, Portugal y la Segunda República española). Por su parte, el capítulo firmado por J. De la Cueva aborda la violencia «antirreligiosa» que apareció en países que van desde el México de las guerras cristeras hasta la España de 1936, pasando por la guerra civil rusa y, en menor medida, las finesa y griega. El texto, bien informado sobre los casos tratados y sobre los antecedentes del fenómeno, es otro ejercicio comparado que pretende explicar por qué el anticlericalismo violento fue tan disímil en los diferentes países.

Por último, a esos capítulos el libro añade dos estudios de caso nacionales. El de J. Casquete sobre la violencia callejera nazi en el distrito berlinés de Kreuzberg, en 1929-1933, refleja una investigación de primera mano que por ejemplo acaba de materializarse en la monografía *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar* (2017). Mientras tanto, el capítulo de N. Townson supone una rica e inédita exploración sobre el caso de los Estados Unidos. El texto resume bien los principales ámbitos de la violencia en ese país: la dura violencia sociolaboral entre la patronal y los sindicatos y la represión del movimiento obrero; la histeria anticomunista del llamado Red Scare de 1919-1920; y la constante violencia racial contra la población afroamericana. Se muestra así que, aunque no se vinculara a movimientos antidemocráticos como el fascismo y el comunismo, la violencia y los discursos que la

legitimaban no pasaron de largo de EE.UU. ni dejaron de tener un sentido político durante los años de entreguerras.

Como también suele suceder en los volúmenes colectivos, los diferentes capítulos tienen registros, objetivos, despliegue de erudición y valor no siempre similares. De igual modo, al tratar temáticas tan amplias y en ámbitos geográficos transnacionales, es inevitable que puedan echarse en falta aquí o allá datos y referencias o que no convengan por igual todos los enfoques y argumentos. A la luz de otras fuentes o enfoques, siempre cabría hacer matizaciones. Por poner algún botón de muestra, podría discutirse lo que las violencias anticlericales e iconoclastas tenían de «liquidación revolucionaria de la religión» —y no del orden social, político y simbólico que sus instituciones reproducían—, el énfasis en la amenaza comunista como origen de la fascinación por el fascismo o la escasa atención prestada a los muy diversos contextos y a los condicionamientos sociales implicados en las violencias electorales. De igual modo, no está claro que el concepto un tanto normativo de violencia que se defiende en el último capítulo sea más útil que el que desarrollara con buenos resultados la sociología histórica de Ch. Tilly o M. Mann y que en ese mismo texto se refuta. Sería asimismo posible contrastar los autores en cuyos argumentos se apoyan algunos capítulos —por ejemplo Linz, Huntington, Nolte o Payne— con otros más actuales y citados en la literatura historiográfica de referencia. Y metidos en harina bibliográfica, está claro que, hablando de tantos y tan diferentes contextos y temas, resultaría fútil ponerse a detectar carencias; pero alguna de las ausencias es llamativa, como la de los títulos de quien en nuestra historiografía más ha escrito sobre violencia política, culturas de guerra o paramilitarización de la política en los años treinta (E. González Calleja) o la de los trabajos más punteros que han abordado recientemente la salida y legados de la Gran Guerra, los conflictos y violencias que prolongó o inauguró su final o la paramilitarización de las sociedades de posguerra (por ejemplo, B. Cabanes o R. Gerwarth).

Claro que eso mismo apunta a comentarios sobre alguna cuestión más central del libro. En primer lugar, es difícil negar que, en efecto, la Primera Guerra Mundial, de un modo u otro, «hizo que muchos europeos banalizaran la muerte en masa» y que «proyectó sobre la vida cotidiana y la política en tiempos de paz sus valores y códigos de actuación», por ejemplo mediante la extendida «utilización del odio en las relaciones políticas y la deshumanización del adversario» (p. 30). Sin embargo, eso no lleva necesariamente a aceptar la tesis de la «brutalización», que de hecho buena parte de la más sólida literatura lleva ya unos años cuestionando en tanto que demasiado genérica, metafórica e incluso engañosa. Para el citado Gerwarth, por ejemplo, en su reciente *Los vencidos* (2017), comprender las violentas trayectorias que siguió

la Europa posterior a 1918 exige atender no tanto a las experiencias de la Gran Guerra cuanto al modo como terminó para los Estados vencidos en forma de derrota, derrumbes imperiales y crisis revolucionarias, mientras que otros autores van más lejos y subrayan que la guerra del 14-18 no solo vomitó al futuro muerte y destrucción, sino que legó asimismo culturas de paz.

En segundo lugar, el énfasis en lo que la Primera Guerra Mundial tuvo de parteaguas histórico es irrefutable. Sin embargo, llevado al extremo, el carácter matricial de esa guerra puede hacer olvidar que la genealogía de sus violencias y de las que le sucedieron resulta más compleja. Por un lado, algunas de ellas y de los dispositivos represivos que alumbró el período posterior ya habían sido ensayados por las potencias occidentales en sus guerras imperialistas en África, Asia o el oeste norteamericano. Por otro, aunque no sea lo que en este volumen se privilegia, no parece posible soslayar del análisis de las violencias de entreguerras cuestiones propias de la historia social y económica como los efectos de la crisis desatada en 1929 y del capitalismo en una fase de acelerada transformación, lo que Ch. Maier llamó hace tiempo corporativización de las sociedades y economías europeas, o los enormes retos políticos y crisis de legitimidad que implicó para los Estados liberales decimonónicos la irrupción de las masas en la vida política. Y en tercer lugar, aunque vinculado a lo anterior, estaría la cuestión de qué es causa de qué. En distintos puntos del libro puede leerse que el odio y la violencia producen ideologías radicales y en otros se sugiere que estas los utilizan y alimentan. A su vez no queda claro si la novedad de las violencias del período está en esas novedosas ideologías «totalizantes» o en las nuevas capacidades tecnológicas y organizativas de los Estados de cara a implementar proyectos de ingeniería social. Y por último, como se señala al final del volumen, la clave explicativa de la ausencia o abundancia de violencia en ese período parece estar en la existencia o no de instituciones fuertes, sólidos consensos procedimentales y capacidad de integración en las reglas del juego (p. 472), pero cabría preguntarse hasta qué punto eso puede ser una suerte de variable independiente y si no influyen a su vez en todo eso la credibilidad de las instituciones liberales, la legitimidad que obtienen los proyectos alternativos e incluso las condiciones sociales y económicas de cada país en cada momento.

Es evidente que no se puede exigir a ningún trabajo resolver puzles de ese tenor. En realidad, nada de lo apuntado en los párrafos previos obsta para saludar la aparición de una obra como esta. Se trata de un trabajo ambicioso que, entre otros méritos, rompe con el iberocentrismo de nuestra historiografía, recoge una serie de textos amplios y trabajados en el seno de un proyecto de investigación coherente y entre los que prima la mirada comparada. Con todo ello, *Políticas del odio* aporta una mirada coral sugerente al complejo y

fascinante período de entreguerras; un tiempo que muestra con particular nitidez el rostro menos amable de la modernidad occidental sobre la que cabalgamos con más o menos control hacia el futuro.

José Luis Ledesma

Universidad Complutense de Madrid

HUGO GARCÍA, MERCEDES YUSTA, XAVIER TABEL Y CRISTINA CLÍMACO (eds.): *Rethinking antifascism. History, Memory and Politics, 1922 to the Present*, New York, Berghahn Books, 2016, 360 pages.

Este libro, editado por cuatro reconocidos expertos en la materia como Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco, cuenta con la participación de dieciocho historiadores y de diecisiete ensayos que aportan síntesis y nuevos enfoques sobre el antifascismo a partir de un marco geopolítico diversificado: España, Italia, Francia, Portugal, Alemania y Gran Bretaña. En todos ellos, el antifascismo ha tenido un papel fundamental como movimiento sociopolítico y, sucesivamente, como objeto de estudio de los debates historiográficos hasta las fechas más recientes.

De entrada cabe decir que este libro se asoma al panorama historiográfico europeo del antifascismo para convertirse en un texto y compendio de referencia, pues ofrece un análisis metódico y acertado en la mayoría de sus ensayos, de este fenómeno a lo largo de todo su recorrido desde el período de entreguerras hasta hoy. Se aprecia, además, que no se pretende ofrecer «un nuevo paradigma antifascista» frente a los ataques de un revisionismo histórico que, a menudo, han intentado desvirtuar al antifascismo en cuanto objeto de estudio y obstaculizar su difusión en las prácticas políticas y de la memoria.

Este volumen se sitúa en el ritmo ascendente de la producción bibliográfica publicada en los últimos años sobre el antifascismo o, más bien, los antifascismos¹, dado que en la década de los años veinte y treinta se difundieron diferentes maneras de entender lo que fue un sentimiento, una cultura política y, sobre todo, un amplio movimiento político y social. Esta amplitud de miras se refleja en el ensayo de Hugo García sobre el antifascismo español en los años treinta, donde se destaca el aspecto plural de la cultura del antifascismo y su heterogeneidad en los diversos contextos nacionales y, al mismo tiempo,

¹ Serge Wolikow, «Les gauches, l'antifascisme et le pacifisme pendant les années 1930», en Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (coord.), *Histoire des Gauches en France, XX^e Siècle: à l'épreuve de l'histoire*, vol. 2, Paris, La Découverte, 2004.

su carácter de masa e incluyente con respecto a las diversas formas de entender el antifascismo en el seno de la izquierda.

En la primera parte del libro se abordan los principales temas y debates de la historiografía sobre el movimiento antifascista en los contextos europeos más relevantes. Se empieza el recorrido por un caso emblemático: la campaña de liberación del líder comunista alemán Ernst Thälmann, que es presentado por Anson Rabinbach de forma novedosa y reveladora. Después se abordan, en un estudio dedicado a Gran Bretaña escrito por Tom Buchanan, nuevas perspectivas para ampliar el marco del concepto «antifascismo». La acción del antifascismo en Portugal queda reflejado en la reconstrucción por Cristina Clímaco de un recorrido que inicia en 1926 y la propuesta de una interesante conexión con la España de la Guerra Civil. Sorprende, en fin, la presencia de un capítulo dedicado al antifascismo en Argentina, no por la falta de relevancia del ensayo de Andrés Bisso, que es considerable, sino porque queda algo aislado del marco general del antifascismo europeo. No aparece bien reflejada la importancia real que tuvo la acción y el movimiento antifascista en un contexto no afectado directamente, pese a la presencia de una amplia emigración europea, italiana especialmente, por el ascenso del fascismo.

Cabe destacar que esta obra se asoma al panorama historiográfico reconociendo desde el principio el amplio y acreditado recorrido bibliográfico existente sobre el antifascismo, destacando tanto en su introducción como en sus aportaciones individuales los logros historiográficos alcanzados por autores como Jacques Droz, Bruno Groppo, Alberto De Bernardi, Enzo Traverso, Claudio Natoli o Ferrán Gallego. Por lo tanto sería matizable la afirmación que hace Michael Seidman —y que reitera en su reciente libro sobre el antifascismo²— de que «historiadores y científicos» han ignorado el carácter inclusivo y la diversidad del antifascismo, que considera «la ideología más potente del siglo xx». Esta matización en nada disminuye el interés del capítulo que Seidman dedica al antifascismo del Frente Popular en Francia y su análisis novedoso de las distintas formas que adopta entre 1939 y 1945, entre las cuales distingue el antifascismo revolucionario promovido durante la Guerra Civil española y otro que adquiere un carácter conservador, *counter-revolutionary*. Observa cómo este último pudo haber influido en los límites de las políticas del Frente Popular, debilitado por las luchas de carácter nacional a la hora de frenar el expansionismo del nazismo y la llegada del frente de Vichy.

Este libro tiene la valentía, pues, de presentar no solo los «méritos» del antifascismo sino también sus límites. En esta dirección vemos cómo las

² Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico*, Madrid, Alianza, 2017.

conclusiones del estudio de Hugo García no dejan de subrayar una de las facetas menos gloriosas dentro de las visiones del antifascismo cuando se refiere a la violencia represiva en la zona republicana, y de cómo estos hechos no pueden justificarse bajo la casilla «cultura de guerra».

Sorprende en el libro que la categoría histórica de transnacionalidad, tan necesaria en el estudio de un fenómeno transnacional como es el antifascismo, se asome tímida y solo finalmente de la mano de Giulia Albanese y su análisis de las razones de la crisis de las instituciones liberales. Es un estudio importante porque, si bien la historiografía se ha dedicado con detenimiento a ver los límites del liberalismo, se ha interesado mucho menos en comparar los vínculos transnacionales entre los movimientos y grupos que se enfrentaron al ascenso del fascismo en el sur de Europa y a estudiar si estos vínculos podrían dar algunas claves de lectura en la afirmación de los regímenes autoritarios. Este ensayo deja abierta una pregunta crucial en los estudios del antifascismo e invita a reflexionar sobre la importancia que podría tener, para interpretar la derrota de los partidos y sindicatos de izquierda, su resistencia a las dictaduras autoritarias en los años veinte, así como la falta de diálogo transnacional entre las diferentes organizaciones de trabajadores y en el movimiento de izquierda.

Otro de los méritos del libro, lógico siendo una de sus editoras Mercedes Yusta, es la atención prestada al antifascismo femenino/feminista transnacional europeo, que ya cuenta con una abundante bibliografía tanto sobre el asociacionismo femenino como sobre las reconstrucciones de nuevos perfiles de mujeres que formaron parte de esta cultura política. El primer ensayo sobre antifascismo de género es el de Isabelle Richet, que pone sobre la mesa problemas de orden metodológico e historiográfico en la relación entre mujer y antifascismo, rescatando a las mujeres del binomio antifascistas y partisanas o heroínas de la resistencia. La autora subraya la necesidad, tras la caída del paradigma antifascista, de rescatar a las mujeres activistas de la amnesia que se ha versado sobre ella y hace un recorrido en el caso italiano sobre la exclusión de las mujeres del denominado *Tempio della virilità* —título del libro de Patrizia Gabrielli³— en el encuentro fallido entre historia de las mujeres, *gender history* e historia del antifascismo.

El ensayo de Mercedes Yusta subraya la importancia de organizaciones como la Unión de Mujeres Españolas Antifascistas y la Federación Democrática Internacional de Mujeres en el desarrollo del antifascismo y, al mismo tiempo, destaca cómo se ha minimizado la importancia en la historiografía francesa y española de unos discursos y características propias del antifascismo

³ Patrizia Gabrielli, *Tempio della virilità, L'antifascismo, il genere, la storia*, Franco Angeli, Torino, 2008.

femenino, dándole casi el estatus de «una subcultura»⁴. El capítulo evidencia las intersecciones entre las distintas políticas culturales como el feminismo y el antifascismo, desmonta la identificación entre antifascismo y comunismo en los años treinta y defiende los elementos propios del antifascismo (el pacifismo y el maternalismo feminista) hasta cuando en los inicios de la Guerra Fría estallaron las dificultades de la conjunción entre feminismo y marxismo.

La segunda parte del libro coincide en sus contenidos con el subtítulo del libro: *History, memory and politics 1922 to the present*, pues se indagan los distintos usos públicos de la memoria y los discursos del antifascismo desde el final de la Segunda Guerra Mundial y la persistente aparición de nuevas tendencias revisionistas y debates mediáticos. Además, se aborda el tema de las políticas públicas de la memoria, controvertidas y no siempre acertadas. Filippo Focardi hace referencia a los «nuevos» días y actos de conmemoración en Italia, como el día de las *Foibe* celebrado el día 10 de febrero desde 2004. Este bloque de ensayos destaca por llegar hasta hoy, tocar temas acuciantes de las políticas recientes de los Gobiernos y sus justificaciones teóricas revisionistas a la hora de actuar en detrimento de una memoria donde domina la equidistancia en la evaluación de la violencia y los errores del fascismo y el antifascismo. Los ensayos de Stéfanie Prezioso y Enzo Traverso dejan clara la necesidad de diferenciar los conceptos «revisionismo» y «revisión». Más discutible es la insistencia en las narrativas de las *resistenze* nacionales, que hace inclinar a veces los ensayos hacia el binomio resistencia igual a antifascismo, dejando por momentos de lado el marco de referencia.

Los ocho ensayos presentados en esta parte abordan, excepto dos de ellos, algunos de los ámbitos nacionales ya analizados en el primer bloque (Francia, Italia, España y Portugal) y constituyen, en cierto modo, una continuación lógica y argumentada de lo analizado con respecto a los años del «antifascismo histórico (1934-1939)», siguiendo la clasificación de Gilles Vergnon⁵. Desde los años de entreguerras se llega a analizar la evolución historiográfica del antifascismo y los «usos y abusos», como acertadamente afirma José María Faraldo, de su aplicación política e historiográfica.

El análisis de los antifascismos desde la posguerra encuentra en los contextos analizados en el libro muchos puntos de contacto. En el caso de los ensayos de Gilles Vergogn, de Prezioso y de Focardi encontramos una cierta

⁴ Mercedes Yusta, *Madres coraje contra Franco: la Unión de Mujeres Españolas en Francia del antifascismo a la Guerra Fría (1941-1950)*, Madrid, Cátedra, 2009.

⁵ Gilles Vergnon, «¿Historizar el antifascismo? Retorno sobre una cuestión», en Aurora Bosh e Ismael Saz, *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016.

cohesión con los textos dedicados a Francia e Italia en la sección anterior y nos señalan cómo el antifascismo se convirtió en ambos casos en un elemento constitutivo en las respectivas políticas republicanas de la posguerra, cuando el antifascismo se convirtió en algo consustancial de los debates públicos y mediáticos sobre las políticas de la memoria, adquiriendo un creciente protagonismo en las tendencias revisionistas. Los ensayos de Focardi y Prezioso son una demostración de la necesidad de desafiar la historiografía revisionista y las tendencias neofascistas y, al mismo tiempo, constituyen una honesta admisión de los límites de la izquierda al no haber sabido llevar adecuadamente a los debates públicos la defensa del antifascismo, como ha señalado Focardi en su libro *Il Cattivo tedesco e il bravo italiano*⁶. Esta carencia habría favorecido la victoria de los «Dan Brown» en la historia italiana —en referencia a Gianpaolo Pansa— al identificar la resistencia exclusivamente con la guerra civil y al llamar la atención sobre la creación en Italia de una memoria basada en el paradigma de la autovictimización.

Javier Muñoz Soro, con un título sugerente de lo que va a tratar en su ensayo, *In Search of the Lost Narrative* —título que podríamos aplicar a muchos de los contextos que se analizan en este segundo bloque— nos presenta, en perfecta continuidad con el recorrido y debate del antifascismo de los ensayos anteriores sobre España, una esclarecedora aproximación al presente, especialmente en lo que se refiere a las reflexiones sobre los debates públicos e historiográficos sobre el antifascismo a partir de mediados de la década de los noventa, cuando, como dice el autor «la memoria de la guerra y de la dictadura volvieron con fuerza» tras el «pacto del silencio» de la transición. El autor, sin anquilosar el análisis al contexto español, subraya cómo la vuelta a estos debates sobre el antifascismo, y en parte su banalización, fue común a muchos países de Europa occidental. En Portugal, por ejemplo, como nos describe magistralmente Luciana Sotelo, se dio un proceso de «trivialización del régimen de Salazar». El surgir, subrayado por Muñoz Soro, de lo que se define como «neofranquismo-pseudorrevisionismo» no ha sido un proceso ausente en Italia, como ya ha demostrado Focardi, tras la crisis del paradigma antifascista. España experimentó por las mismas fechas, en parte como consecuencia de la crisis del antifascismo en Italia⁷, la llegada del revisionismo. Este ha defendido, como subraya Traverso en su ensayo *Antifascism between Collective memory and Historical Revisions* retomando el término de Ricardo Robledo de «equivolencia», una culpabilidad compartida e igualada.

⁶ Filippo Focardi, *Il Cattivo tedesco e il bravo italiano. La rimozione delle colpe della seconda guerra mondiale*, Bari, Laterza, 2013

⁷ Sergio Luzzato, *La crisi dell'antifascismo*, Torino, Einaudi, 2004.

Los ensayos de Muñoz Soro y de Traverso con respecto a España e Italia describen caminos a menudo paralelos sobre el antifascismo a partir de los noventa, con la diferencia de que en España el antifascismo fue reducido a la irrelevancia política durante un largo tramo de su historia en el franquismo y la transición, y en Italia, no. Los dos ensayos discrepan en un aspecto: el encasillamiento que hace Traverso a la aportación de algunos historiadores españoles que han debatido «sobre las luces y sombras de la República» etiquetándolos como revisionistas y reabriendo viejos debates sobre este «falso revisionismo académico», como, al revés, lo define Soro. Un tema que creo que podría haberse dejado de lado cuando el problema real, como se destaca en ambos ensayos, es que la historiografía está todavía en busca de un relato del antifascismo —*in search of the lost narrative*— que ha sido desde mediados de los años noventa tergiversado y diluido por la difusión de la equivalencia en la memoria, tanto en libros como en actos políticos, memoriales, debates públicos y medios de comunicación. Llegando así aquella *grey zone* que rememora Traverso y de la cual nos hablaba Primo Levi a propósito de ejecutores y víctimas⁸.

Por último, algunas consideraciones sobre los dos primeros ensayos que componen esta segunda parte del libro que he dejado para el final dado que se alejan un poco del marco geográfico de referencia y que, sin embargo, quedan perfectamente justificados. Me refiero a los capítulos de Robert S. Coale y de José María Faraldo, que destacan por la centralidad que adquiere el término antifascismo tanto en los discursos de los *American volunteers* que participaron en la Guerra Civil como en el caso del uso del término en el bloque soviético. Resulta de especial interés el ensayo de José María Faraldo por el exhaustivo recorrido que hace de los «usos y abusos» de los conceptos de fascismo y antifascismo en el contexto soviético, desde sus orígenes hasta la persistencia de estos discursos tras la caída de la URSS, y su última aplicación al caso de Ucrania. La gradual identificación del concepto de nacionalismo con el de fascismo en el caso ucraniano se convierte en un estudio de caso de cómo las prácticas de la memoria han operado en esta dirección. Este ensayo nos demuestra la versatilidad de los conceptos que, desde el antifascismo triunfalista de la segunda posguerra, ha llegado a su versión más revisionista para legitimar una intervención militar como la de Ucrania.

En conclusión, este libro ofrece una excelente puesta al día de los estudios sobre el antifascismo, pero también de los riesgos de sus usos, aplicaciones y tergiversaciones nacionales. A la luz de unos estudios que viajan paralelos

⁸ Primo Levi, *The Drowned and the Saved*, Nueva York, 1988.

en sus análisis, quizás un enfoque transnacional y comparativo de los distintos ámbitos tomados en cuenta nos hubiese ofrecido unas claves interpretativas aún más esclarecedoras para explicar los parecidos de los procesos historiográficos y políticos más allá de los confines nacionales.

Laura Branciforte
Universidad Carlos III de Madrid

COLABORAN

PALOMA AGUILAR

Es catedrática de Ciencia Política en la UNED. Entre 2008 y 2011 fue directora del Departamento de Publicaciones y Fomento de la Investigación en el Centro de Investigaciones Sociológicas. Es autora de *Memoria y olvido de la guerra civil española* (1996); *Políticas de la memoria y memorias de la política* (2008); coeditora de *The politics of memory. Transitional justice in democratizing societies* (2001), y coautora de *Revealing new truths about Spain's violent past: Perpetrators' confessions and victim exhumations* (2016). Algunas de sus contribuciones se han publicado en las siguientes revistas científicas: *Democratization*, *Memory Studies*, *Journal of Spanish Cultural Studies*, *International Journal of Transitional Justice*, *Comparative Political Studies*, *Politics and Society*, *South European Society and Politics*, *West European Politics*, *History and Memory*, *Revista Internacional de Sociología* y *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*.

FÉLIX AGUIRRE

Es profesor titular del Instituto de Sociología de la Universidad de Valparaíso (Chile) y miembro permanente del claustro del Doctorado en Estudios Interdisciplinarios de la misma institución. Sus trabajos recientes sobre la cultura política contemporánea, los nuevos movimientos sociales y la historia de la teoría política europea han sido publicados en revistas de impacto como: *Revista Polis*, *Revista Mexicana de Sociología*, *Sociología e Política*, *The Journal of Language and Politics*, *Revista Ideas y Valores* y *Revista Española de Ciencia Política*.

EDWARD BERENSON

Es profesor de historia en la Universidad de Nueva York. Es un historiador cultural especializado en la historia de la Francia contemporánea y

de su imperio, con intereses añadidos en historia de Gran Bretaña y de su imperio, así como de los Estados Unidos. Es autor y editor de los siguientes libros: *Populist religion and left-wing politics in France* (1984); *The trial of Madame Caillaux* (1992); *Heroes of empire* (2010); *Constructing charisma: Fame, celebrity and power in 19th-century Europe* (2010); *The French Republic: History, values, debates* (2011); *The Statue of Liberty. A transatlantic story* (2012), y *Europe in the Modern World* (2016).

FRANK BÖSCH

Es director del Zentrum für Zeithistorische Forschung (Centre for Contemporary History, Potsdam) y profesor de Historia Europea del siglo xx en la Universidad de Potsdam. Es especialista en historia internacional y alemana de los medios de comunicación, de los partidos y de la política, y también ha abordado distintos aspectos de la historia transnacional a partir de finales del siglo xix. Es autor de cinco monográficos, incluyendo sus recientes obras *Media and historical change. Germany in international perspective* (2015); *Öffentliche Geheimnisse. Skandale, Politik und Medien in Deutschland und Großbritannien 1880-1914* (2009), y *Die Adenauer-CDU: Gründung, Aufstieg und Krise einer Erfolgspartei* (2001). Es editor de la revista *Zeithistorische Forschungen (Studies in Contemporary History)*.

ISABEL BURDIÉL

Es catedrática de Historia Contemporánea en la Universitat de València. Especialista en la historia política y cultural del siglo xix, con especial interés por las relaciones entre liberalismo y monarquía. Se ha interesado también por la integración de materiales literarios en el análisis histórico y por las posibilidades de la historia biográfica. Su obra *Isabel II. Una biografía* (2010) obtuvo el Premio Nacional de Historia en 2011. Entre sus últimas publicaciones destacan *Los retos de la biografía* (2014) y, con Roy Foster, *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas* (2015). Actualmente prepara un estudio biográfico de Emilia Pardo Bazán.

POL DALMAU

Es doctor en Historia y Civilización por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, e investigador postdoctoral Humboldt en el

Leibniz-Institut für Europäische Geschichte de Maguncia. Ha sido investigador visitante en la Universidad de Nueva York y es miembro del Catalan Observatory de la London School of Economics. Sus áreas de trabajo son la consolidación y crisis del Estado liberal, las relaciones cambiantes entre prensa y política y el colonialismo español en Cuba y Marruecos. Es autor del libro *Press, Politics and National Identities in Catalonia: the Transformation of La Vanguardia, 1881-1931* (2017).

FRANCISCO J. MEDINA-ALBALADEJO

Es profesor contratado doctor de Historia Económica en la Universitat de València. Su principal línea de investigación es la historia de las cooperativas agrarias y de consumo y su relación con la industrialización del sector agroalimentario, la mejora de los niveles de vida y el desarrollo de la transición nutricional en España. Ha publicado diversos artículos en revistas nacionales e internacionales, tales como: *Business History, Enterprise and Society, Journal of Wine Research, Historia Agraria, Revista de Historia Industrial, Ayer y América Latina en la Historia Económica*.

TITO MENZANI

Es profesor adjunto de Historia Económica e Historia de la Empresa en la Università di Bologna. Sus principales líneas de investigación son las organizaciones que relacionan el emprendimiento y los fines sociales, como las empresas cooperativas, la industria mecánica y el reclamo de tierras durante los siglos XIX y XX. Colabora con institutos de investigación como la Fondazione Ivano Barberini, la Fondazione Memorie Cooperative y el Communication Strategies Lab. Ha contribuido con artículos en revistas nacionales e internacionales, tales como: *Enterprise and Society, Memoria e Ricerca* y *Modern Italy*. En total ha publicado quince monografías y alrededor de cincuenta artículos. Entre sus libros recientes destaca: *Cooperative: persone oltre che imprese. Risultati di ricerca e spunti di riflessione sul movimento cooperativo* (2015).

FRANCISCO J. REYES

Es miembro del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Universidad Nacional del Litoral (Argentina). Sus

principales temas de investigación son las identidades partidarias de la Argentina del cambio del siglo XIX al XX, los rituales y la sacralización de la política. Entre sus publicaciones destacan *De la velada de club a la estética de los cortejos. La construcción del 1 de Mayo socialista en la Argentina finisecular* (2016); *Una religión cívica para la Argentina finisecular* (2015), y *La revolución como mito, la regeneración como promesa. Ideas-fuerza en los orígenes de la Unión Cívica Radical* (2015).

MARGARITA VILAR-RODRÍGUEZ Y JERÒNIA PONS-PONS

Son profesoras de la Universidad de A Coruña y de la Universidad de Sevilla, respectivamente. Han trabajado juntas durante una década la historia económica del seguro público y privado en España durante los siglos XIX y XX, especialmente el seguro de enfermedad. Fruto de este trabajo investigador han publicado artículos en revistas como *International Journal of Social History*, *Labor History*, *Social History of Medicine*, *Business History*, *Asclepio* y *Historia Agraria*, entre otras. También son autoras de libro titulado *El seguro de salud privado y público en España. Su análisis en perspectiva histórica* (2015), que recibió el Premio Vicens Vives 2015 al mejor libro de historia económica y social publicado en España y Latinoamérica, otorgado por la Asociación Española de Historia Económica.

LAILA YOUSEF SANDOVAL

Es profesora de Ética en la Universidad CIS-Endicott en Madrid. Es doctora con mención europea por la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre Carl Schmitt. Su investigación se centra en la filosofía de las relaciones internacionales y la historia de los conceptos. Entre sus publicaciones cabe destacar: “Westfalia en Carl Schmitt: otra leyenda” (*Res Publica*, 2015) y “Cuius regio, eius oeconomia: la crítica de Carl Schmitt a la economía liberal desde su perspectiva interna e internacional” (*Revista Europea de Historia de las ideas políticas y de las instituciones públicas*, 2017).

XABIER ZABALTA

Es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco. Su obra académica incluye los libros *Mater Vasconia. Lenguas*,

fueros y discursos nacionales en los países vascos (2005) y *Una historia de las lenguas y los nacionalismos* (2006 y 2010). En su ensayo *Gu, nafarrok* (2007), que apareció en castellano con el título de *Nosotros, los navarros* (2009), abordó de manera crítica las identidades contrapuestas de Navarra. Es, además, autor de una biografía en euskara del escritor suletino Augustin Chaho (*Aitzindari bakartia*, 2011), editada también en castellano y en francés, y con Iván Igartua de una *Breve historia de la lengua vasca* (2012 y 2016), en castellano, vascuence, inglés y francés.

INSTRUCCIONES PARA LOS AUTORES

La revista

La revista *Historia y Política* publica trabajos de investigación originales sobre la política en la historia: las ideas, los procesos, los protagonistas y los movimientos. Se distingue por primar el análisis y la renovación interpretativa que ofrecen la comparación y las diferentes ciencias sociales.

Historia y Política agradece el envío de artículos inéditos para su publicación y sigue rigurosos criterios de selección para asegurar la calidad de los textos que publica. Los artículos se enviarán en formato electrónico (extensiones *.rtf o *.doc) a través del Repositorio Español de Ciencia y Tecnología (RECYT), al que se accede a través de <http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/index>.

Envío de originales

La plataforma RECYT es un repositorio de revistas científicas de calidad mantenido por la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología. Una vez que se da de alta como autor, puede enviar el artículo a la revista a través de la plataforma, saber en qué estado de tramitación se encuentra y actualizar sus datos de contacto y su perfil biográfico.

Una vez que tiene el artículo listo y se ha asegurado de que cumple con las normas de formato y citas de la revista [ver más abajo] y ha preparado un resumen del mismo, puede darse de alta en RECYT para enviar el artículo.

1. Acceda a <http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/user/register>, rellene el perfil de usuario y pulse «registrar».
2. Con la claves entre en la revista (<http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/login>). Vaya a la sección «mis revistas» (el acceso en el panel lateral).
3. Pinche con el ratón en «Autor» (en azul) que es el rol del usuario en la revista.
4. Pinche en «**HAGA CLIC AQUÍ PARA COMENZAR EL PROCESO DE ENVÍO**»
5. Siga las instrucciones.

Nota: Si tiene preguntas sobre este procedimiento escriba a historiaypolitica@cps.ucm.es.

Idiomas de los originales

Historia y Política acepta trabajos en español e inglés y los publica en el idioma en el que fueron escritos. Si se envía una versión en inglés, la calidad del inglés debe ser perfecta, por lo que el texto debe haber sido escrito o revisado por una persona nativa de lengua inglesa.

Formato de los originales

La extensión de los textos no puede ser inferior a las 8000 palabras ni superar las 12 000, incluyendo las notas a pie de página, la bibliografía, los gráficos, cuadros, mapas o apéndices. La fuente empleada será Times New Roman, tamaño 12, con un interlineado de 1,5 espacios, salvo en las notas a pie de página, que deben ir en tamaño 10 y a un interlineado sencillo.

Para garantizar la confidencialidad de la evaluación, el texto no debe contener ni el nombre del autor o autores, ni ninguna referencia que permita su fácil identificación (proyectos, seminarios, agradecimientos, etc.). Tenga en cuenta que en los procesadores de texto hay una sección en Archivo/Propiedades, en la que hay que borrar las referencias a la autoría y la organización. Una vez que el artículo sea aceptado para su publicación, todas las referencias se podrán incluir posteriormente en el proceso de edición.

Los artículos deben ir precedidos de **título** en español e inglés, y también de resumen en ambos idiomas. La extensión de la versión española del **resumen** debe estar comprendida entre 150 y 250 palabras. El resumen debe describir de forma precisa el objetivo del artículo, sus fuentes y metodología y las conclusiones. Su alcance debe ser estrictamente informativo y seguirá siempre la estructura *objetivos-métodos-resultados-conclusiones*. El mismo no puede incluir información que no figure en el texto del artículo. También deben evitarse palabras o expresiones poco significativas, perífrasis y frases excesivamente largas. También se incluirán cinco descriptores o **palabras clave** en español e inglés.

Los artículos deben tener una organización interna aproximada al modelo IMRyD (introducción-métodos-resultados-discusión) de comunicación de resultados científicos. De este modo, los evaluadores podrán considerar la adaptación del trabajo al siguiente esquema:

- *Introducción*. Este apartado debe ser utilizado para presentar su objeto de estudio, describir el problema que pretende resolver, el método de análisis y las fuentes utilizadas para ello.
- *Desarrollo*. Este apartado central del texto debe ser utilizado para analizar su objeto de estudio. Los autores pueden utilizar tantos epígrafes o apartados como consideren necesarios.
- *Conclusiones*. Este apartado debe ser utilizado para especificar de la manera más sistemática y precisa posible los resultados de su investigación, destacando especialmente las aportaciones originales que ofrece en su artículo y las nuevas líneas que deja abiertas para la investigación y debate de la comunidad historiográfica.

En función de esta estructura interna, el artículo debe dividirse en apartados con sus correspondientes títulos numerados (I., II., III.,...). También puede utilizar niveles en los apartados, también numerados, aunque no es recomendable utilizar más de dos en un artículo científico (1., 2., 3.,...).

Las citas textuales irán entrecomilladas, y si exceden las cinco líneas, se separarán del cuerpo principal del texto, sin comillas, sangradas y con tamaño 12. Cualquier cambio introducido en la cita original deberá indicarse encerrándolo entre corchetes.

El uso de la negrita o el subrayado no está aceptado. La cursiva queda únicamente reservada al uso de palabras latinas o expresiones en otras lenguas distintas a las del artículo.

Los cuadros, gráficos o imágenes que pueda contener el artículo deben ir numerados en su encabezamiento e incluir una referencia a la fuente en el pie de las mismas.

En caso de que el artículo contenga imágenes, estas deben enviarse en un documento separado en formato de imagen JPG o similares, una vez que el artículo haya sido aceptado para su publicación. La obtención de licencias de reproducción de imágenes es responsabilidad del autor. Sin las pertinentes licencias, las imágenes no podrán ser publicadas.

Envío y evaluación de propuestas de dossier

Las propuestas de dossier deben ser enviadas en documento adjunto al correo electrónico de la revista: **historiaypolitica@cps.ucm.es**.

Las propuestas de dossier deben tener uno o dos coordinadores y pueden comprender entre cuatro y seis artículos.

Los dossieres no podrán incluir más de dos autores vinculados a una de las entidades editoras de la revista (UCM, UNED, CEPC). Asimismo, se recomienda que al menos uno de los autores no pertenezca a una entidad académica española.

Los coordinadores o autores que hayan publicado previamente algún artículo en *Historia y Política* no podrán publicar en un dossier de la revista hasta pasados tres años.

La propuesta de dossier debe contener los siguientes aspectos:

- Título del dossier.
- Justificación del interés de la propuesta.
- Nombre y apellidos de los autores e institución a la que están adscritos.
- Título y resumen del contenido de cada artículo que forma el dossier.

Los coordinadores del dossier tienen además la obligación de informar al Consejo de Redacción si han presentado una propuesta de dossier en otra revista o la tienen ya aprobada a la espera de ser publicada, aunque aborde una temática diferente. En caso de no informar de estas circunstancias, el Consejo de Redacción se reserva el derecho de volver a evaluar la propuesta de dossier e incluso de rechazarla, aun en el caso de que hubiese sido aprobada previamente.

El Consejo de Redacción de *Historia y Política* evaluará la propuesta de dossier en un plazo máximo de seis meses y se reserva el derecho de rechazar o instar a los coordinadores a que introduzcan modificaciones en su propuesta original.

En la evaluación de la propuesta de dossier, el Consejo de Redacción de *Historia y Política* tendrá en cuenta de manera prioritaria los siguientes criterios:

- La adaptación de la propuesta a las líneas temáticas de la revista.
- El carácter interdisciplinar de la propuesta de dossier.
- La dimensión internacional de la temática y los autores que conforman la propuesta de dossier.

Una vez aceptada la propuesta, los coordinadores del dossier se comprometen a cumplir con los siguientes aspectos:

- Respetar los plazos previstos para la entrega de los textos.
- Revisar los textos antes de su envío a la revista para comprobar que se adaptan al formato y normas de citación de la revista.
- Incluir una breve presentación o introducción con la que abrir la publicación del dossier (4000 palabras máximo).
- Consultar con el Consejo de Redacción cualquier modificación de la propuesta aprobada de dossier.

Los artículos del dossier se deben ajustar a la extensión (inferior a las 12 000 palabras), formato y normas de citación de la revista.

El autor de cada artículo del dossier es responsable del envío de su texto una vez finalizado mediante la plataforma RECYT.

Las directrices para autores pueden consultarse de manera más detallada en el siguiente enlace:

<http://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/about/submissions#onlineSubmissions>

Normas de citación

Notas

Se situarán a pie de página, numeradas mediante caracteres arábigos y en formato superíndice. No deben ser muy extensas, y únicamente contendrán fuentes documentales y breves aclaraciones que no sean de suficiente importancia para situarlas en el cuerpo principal del texto. También incluirán las citas bibliográficas, que en ningún caso serán las referencias bibliográficas completas, que figurarán en la bibliografía final del artículo.

Las referencias a fuentes documentales, hemerográficas o de archivo se harán en las notas a pie de página siguiendo las normas habituales en el ámbito académico. En caso de un artículo de prensa, sígase este ejemplo:

«Una manifestación gloriosa», *La Correspondencia de España*, 15-3-1882.

Citas bibliográficas

Las citas bibliográficas se indicarán en nota a pie de página, y siempre deben corresponderse con su referencia completa en la bibliografía final. Se consignarán de forma abreviada según el sistema autor-año de Harvard —autor (año): página/s—:

Smith (1993): 323

Los documentos con dos autores se citan por sus primeros apellidos unidos por «y»:
Telles y Ortiz (2011)

Si se cita el trabajo de tres o más autores, es suficiente citar el primer autor seguido de *et al.*:
Aguilar *et al.* (2003)

Si se citan varios trabajos de un autor o grupo de autores de un mismo año, debe añadirse a, b, c... después del año:

Johnson (2012b)

Cuando el apellido del autor citado forma parte del texto de la nota, debe indicarse siempre entre paréntesis el año y página(s) de la obra citada:

Como afirma Cascales (2010: 22)...

Las citas de varias referencias bibliográficas en una sola nota a pie de página deben ir separadas por un punto y coma siempre que sean más de dos, teniendo en cuenta que la última irá precedida de coma y de la conjunción «y». Si solo son dos, se separarán por la conjunción «y», sin más signo de separación entre ambas:

Garland (2013); Duff (2001); Aguilar (2003), y Rey (2010)

Garland (2013) y Duff (2001)

Bibliografía

Se incluirá al final de los artículos. Únicamente contendrá referencias citadas en el texto. Por tanto, queda expresamente prohibido incluir referencias adicionales. Se ordenará alfabéticamente por el primer apellido del autor y se seguirá el estilo APA (American Psychological Association).

Si se citan dos o más obras de un autor publicadas en el mismo año, se distinguirán por medio de una letra:

Maravall, J. A. (1966a). *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones.

Maravall, J. A. (1966b). *De la Ilustración al Romanticismo: el pensamiento político de Cadalso*. Paris: Centre de Recherches de L'Institut d'Etudes Hispaniques.

En caso de que se cite una obra reeditada y se considere relevante la fecha de la primera edición, esta se indicará entre corchetes:

Maravall, J. A. (1981) [1963]. *Las comunidades de Castilla: una primera revolución moderna*. Madrid: Alianza Editorial.

A continuación adjuntamos ejemplos para las tipologías más usadas de documentos:

Monografías

— *Un autor*

Crouch, C. (2011). *The Strange Non-Death of Neoliberalism*. Cambridge: Polity.

— *Dos o más autores*

Anduiza Perea, E., Crespo, I. y Méndez Lago, M. (1999). *Metodología de la Ciencia Política*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

— *Libro en línea*

Sanmartín Cuevas, X. (2014). *Nuevas tecnologías, traen nuevas tendencias: viaje TIC con 80 entrevistas exclusivas*. Disponible en: <http://catalogo.ulima.edu.pe/uhtbin/cgiirsi.exe/6Yw1INoKGt/x/153460026/9>.

Capítulos de monografías

Zea, L. (2007). América Latina: largo viaje hacia sí misma. En D. Pantoja (comp.). *Antología del pensamiento latinoamericano sobre la educación, la cultura y las universidades* (pp. 125-138). México: UDUAL.

Artículos de revistas científicas

Miguel, E., Shanker, S. y Ernest, S. (2004). Economic shocks and civil conflict: an instrumental variables approach. *Journal of Political Economy*, 112 (4), 725-753.

— *Revistas electrónicas*

Pifarré, M. J. (2013). Internet y redes sociales: un nuevo contexto para el delito. *IDP. Revista de Internet, Derecho y Política*, 16, 40-43. Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=7882_8864004.

— *Revistas electrónicas con DOI*

Díaz-Noci, J. (2010). Medios de comunicación en internet: algunas tendencias. *El Profesional de la Información*, 19 (6), 561-567. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.3145/epi.2010.nov.01>.

Congresos

— *Actas*

Cairo, H. y Finkel, L. (coord.). (2013). *Actas del XI Congreso Español de Sociología: crisis y cambio. Propuestas desde la Sociología*. Madrid: Federación Española de Sociología.

— *Ponencias publicadas en actas*

Codina Bonilla, L. (2000). Parámetros e indicadores de calidad para la evaluación de recursos digitales. En *Actas de las VII Jornadas Españolas de Documentación (Bilbao, 19-21 de*

octubre de 2000): *la gestión del conocimiento: retos y soluciones de los profesionales de la información* (pp. 135-144). Bilbao: Universidad del País Vasco.

— *Ponencias y comunicaciones en línea*

Durán Heras, M. A. (2014). *Mujeres y hombres ante la situación de dependencia*. Comunicación presentada en el seminario *Políticas públicas de atención a personas mayores dependientes: hacia un sistema integral de cuidados*. Disponible en: http://www.imserso.es/InterPresent2/groups/imserso/documents/binario/mujereshombres19_21mayo.pdf.

Tesis

— *Publicadas*

Llamas Cascón, A. (1991). *Los valores jurídicos como ordenamiento material* [tesis doctoral]. Universidad Carlos III de Madrid. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10016/15829>.

— *Inéditas*

De las Heras, B. (2011). *Imagen de la mujer en el Fondo Fotográfico de las Guerra Civil Española de la Biblioteca Nacional de España. Madrid, 1936-1939* [tesis doctoral inédita]. Universidad Carlos III de Madrid.

DOIS

En el caso de que los trabajos en formato electrónico contengan DOI (*digital object identifier*), será obligado recogerlo en la referencia bibliográfica. Se hará del siguiente modo:

Murray, S. (2006). Private Polls and Presidential Policymaking. Reagan as a Facilitator of Change. *Public Opinion Quarterly*, 70 (4), 477-498. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1093/poq/nfl022>.

Proceso de publicación

Historia y Política acusará recibo de todos los originales a su recepción en la plataforma RECYT e informará de la conclusión del proceso de evaluación.

El Consejo de Redacción decidirá la publicación de los trabajos sobre la base de dos informes de evaluación, emitidos por sendos especialistas ajenos a la organización editorial de la revista, aplicándose el método doble ciego. Entre los artículos evaluados positivamente, el consejo decidirá la publicación de aquellos mejor puntuados. La publicación podrá quedar condicionada a la introducción de cambios en la versión original indicados por las evaluaciones. Los autores de artículos aceptados para publicación podrán ser solicitados para la corrección de pruebas de imprenta, que habrán de ser devueltas en el plazo de 48 horas. No se permitirá la introducción de cambios sustanciales en las pruebas, solo la corrección de errores con respecto a la versión aceptada.

Recensiones de libros

Historia y Política no acepta reseñas no solicitadas ni el envío de libros para su recensión. Todas las recensiones son encargadas a especialistas por el Consejo de Redacción.

Derechos de autor

Los autores conservarán sus derechos de autor y garantizarán a la revista el derecho de primera publicación de su obra, el cual estará simultáneamente sujeto a la Licencia de

reconocimiento de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obra derivada 4.0 Internacional que permite a terceros compartir la obra siempre que se indique su autor y su primera publicación esta revista.

Plagio y fraude científico

La publicación de un trabajo que atente contra los derechos de propiedad intelectual será responsabilidad de los autores, que serán los que asuman los conflictos que pudieran tener lugar por razones de derechos de autor. Los conflictos más importantes pueden darse por la comisión de plagios y fraudes científicos. Se entiende por **plagio**:

- a. Presentar el trabajo ajeno como propio.
- b. Adoptar palabras o ideas de otros autores sin el debido reconocimiento.
- c. No emplear las comillas u otro formato distintivo en una cita literal.
- d. Dar información incorrecta sobre la verdadera fuente de una cita.
- e. El parafraseo de una fuente sin mencionar la fuente.
- f. El parafraseo abusivo, incluso si se menciona la fuente.

Las prácticas constitutivas de **fraude científico** son las siguientes:

- a. Fabricación, falsificación u omisión de datos y plagio.
- b. Publicación duplicada.
- c. Conflictos de autoría.

ANUNCIOS

INVESTIGACIONES de HISTORIA ECONÓMICA

VOLUMEN 14 • NÚMERO 1 • Febrero 2018

Economic History Research

artículos

JOAQUÍN OCAMPO SUÁREZ-VALDÉS
«Pequeños», familiares y competitivos: astilleros
y construcción naval en Asturias (c. 1750-2015)

JAVIER MORENO LÁZARO
Los *harinócratas*. Organizaciones, mercado e inquietudes
inversoras de los empresarios de Castilla la Vieja
y León, 1820-1868

FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ-ROCA,
JESÚS D. LÓPEZ-MANJÓN
Y FERNANDO GUTIÉRREZ-HIDALGO
Accounting information as a facilitator of inter-generational
transfer in family businesses: The case of an Andalusian
business family

MARÍA DEL CARMEN ESPIDO BELLO
Y JESÚS GIRÁLDEZ RIVERO
Mercado internacional, mercado nacional:
el bacalao en España en el primer tercio del siglo XX

AMÉLIA BRANCO Y JOÃO CARLOS LOPES
Cluster and business performance: Historical evidence
from the Portuguese cork industry

reseñas

UCM

Departamento de Historia del Pensamiento
y de los Movimientos Sociales y Políticos

CEPC | CENTRO DE
ESTUDIOS POLÍTICOS
Y CONSTITUCIONALES



Departamento de Historia Social
y del Pensamiento Político

